

EL PRIMER AMOR PUEDE
ROMPERTE O SALVARTE



TERCER LIBRO
**TRES
MESES**

— JOANA MARCÚS SASTRE —

Tres meses

Joana Marcús

Published:

2020

Source:

<https://www.wattpad.com>

Nota :D

Esta historia es la misma que la de *Antes y Después de diciembre* , solo que narrada por Ross y con escenas extra.

(Si no las habéis leído, tenéis ambas disponibles en mi perfil)

Empezaré a subir la sinopsis cuando termine Después de diciembre, que ya le queda poquito. Si queréis ir guardándola, ya os digo que aquí colgaré todas las novedades de esta historia.

♥Un beso, nos vemos muy pronto ♥

Sinopsis

Jack Ross y el compromiso nunca se habían llevado bien. Cosa que, siendo sinceros, le había facilitado muchas situaciones en la vida.

Sin embargo, algo cambió cuando conoció a Jenna, sus ojos castaños brillantes y su sonrisa tímida.

Pero... tres meses no eran suficientes como para enamorarse de alguien, ¿no? Así que, ¿qué importaba si intentaba pasar más tiempo con ella del que le gustaría admitir?

¿Qué importaba si, después de todo, sí que era tiempo suficiente como para enamorarse?

¿Qué importaba si, por primera vez en su vida, daba a alguien la opción de romperle el corazón?

Fecha de publicación: 05/01/2020

Capítulo 1

Qué dolor de cabeza.

Me froté los ojos en cuanto me desperté, mirando a mi alrededor. Estaba en mi habitación. ¿Cómo demonios había llegado? Apenas recordaba nada de anoche. Solo una chica. Ah, sí... había llegado a casa con ella. Esperaba que ya se hubiera marchado.

Al mirar a mi izquierda, puse una mueca al ver que seguía en mi cama, durmiendo boca abajo. Mierda. Tenía que irse.

Me puse incorporé sin mucho cuidado y ella no tardó en despertarse al notar que me estaba moviendo por la habitación. Me subí unos pantalones de algodón y noté que me miraba, desnuda, sonriendo un poco mientras bostezaba.

—¿Ya te vistes? —preguntó, mirándome de arriba abajo con una sonrisa que dejaba claro lo que pensaba.

La miré fijamente unos segundos, intentando acordarme. ¿Cómo se llamaba?

—Sí, —murmuré al final, mirando la hora en mi móvil—. Tengo cosas que hacer.

No era cierto, pero ella no tenía por qué saberlo. Solo quería que se fuera para poder seguir durmiendo.

La chica —su nombre seguía siendo un misterio— dejó de sonreír.

—¿Eh?

—Tengo cosas que hacer —repetí—. Puedo llamar a un taxi, si quieres.

—Vinimos en mi coche —me recordó.

—Ah. Pues te acompañaré a la puerta.

Ella tardó unos segundos, pero al final se incorporó mirándome con aire confuso.

—¿No quieres echar un polvo mañanero o...?

—Odio las mañanas —enarqué una ceja.

Otra mentira. Pero mi cabeza estaba a punto de explotar.

—Como quieras —masculló, ofendida.

Vi que agarraba su ropa interior, su vestido y sus tacones y se los ponía sin prisa. Me dedicó unas cuantas miradas de soslayo, como si esperara que me lo pensara mejor. No iba a hacerlo. Odiaba compartir mi cama.

Cuando terminó, se estiró y me siguió por el pasillo. Will y Sue, mis dos compañeros de piso, estaban en el salón cuando llegamos. Hice un gesto a la chica hacia la puerta. No nos prestaron demasiada atención.

—Lláname esta noche —sonrió la chica, inclinándose para darme un beso en la mejilla.

—¿Tengo tu número?

La miré un momento. Escuché una risa ahogada y mal disimulada de Sue.

Ella, por su parte, me levantó la mano y vi que lo tenía ahí apuntado. Después de lo que pareció una eternidad, por fin se marchó. Suspiré, aliviado.

Resoplé y me dejé caer en uno de los sofás. Sue leía un libro mientras que Will parecía demasiado centrado en algo de su móvil como para hacer caso a mi mirada acusadora.

—Buenos días, ¿eh? —protesté—. Gracias por preguntarme cómo he dormido.

—Sabemos cómo dormiste —Sue me dedicó una mirada mordaz—. ¿Es que tienes un radar para detectar a las más ruidosas o qué?

—Me gustan ruidosas —la irrité—. Podrías decir buenos días, al menos.

—Son las doce —remarcó, mirándome de reojo.

—Pero acabo de despertarme, ¿no?

Ella optó por ignorarme.

—Oye —Will levantó la cabeza hacia mí—. Necesito que me hagas un favor.

Casi resoplé.

—¿Qué favor?

—Necesito que lleves las cosas de Naya a su residencia. Tienes la llave en la barra.

—Las cosas de Naya —repetí, incrédulo—. ¿Y no puedes hacerlo tú? ¿No es tu novia?

—Estaré toda la mañana con mi padre —me dijo él con el ceño fruncido—. Y ella no puede ocuparse.

—Qué pena.

—Vamos, Ross. ¿No puedes hacerlo tú?

—Supongo que la opción de preguntárselo a Sue estaba descartada.

—Espero que no estuviera ni planteada —remarcó ella.

Al final, no me quedó más remedio que hacerlo. Después de comer algo, me vestí y me encaminé al coche de Will, que guardaba una maleta gigante y pesada de color chillón. Puse una mueca —pesaba una tonelada, maldita Naya — mientras la transportaba a mi coche y me dirigía a la residencia.

Si había algo peor que la resaca, era tener que pasear por el sol con resaca.

Me daba la sensación de que alguien me estaba aporreando la cabeza con un martillo cuando me deslicé con la maleta de Naya entre la gente, suspirando. Había demasiadas familias ahí. Demasiadas chicas llorando. Demasiados hermanos y novios afligidos. Madre mía. Ni que las enviaran a la guerra. Solo era la Universidad.

—...es muy sencillo. Somos pareja. Nos queremos, pero... podemos acostarnos con otras personas. Sin sentimientos ni nada, solo sexo.

Miré de reojo a mi derecha, donde vi a un chico hablándole en voz baja a la que supuse que sería su novia. Puse una mueca sin fijarme demasiado en ellos. Solo con verle la cara al chico ya supe qué clase de imbécil era. Pobre chica. Esperaba que le dijera que no o lo dejara.

Menos mal que yo no tenía esos dramas estúpidos de pareja.

Había una cola corta delante de Chris, el hermano de Naya y recepcionista de la residencia, pero él se deshacía rápidamente de todo el mundo. En cuanto me vio, sus labios se apretaron al mismo tiempo que los míos formaban una sonrisa.

—Hola, Chrissy.

Su frente se crispó por la irritación, como siempre.

—¡No me llames Chrissy!

—Vale, Chrissy —señalé la maleta—. Necesito subir a la habitación de tu hermana, pero no sé cuál es.

—El primer día está prohibido que suban chicos no-familiares —remarcó.

—Si somos casi familia.

—En ese *casí* están las normas de la residencia.

—Venga, ¿qué habitación es?

—Es la 62, pero de verdad que no puedes subir. Si mi jefa se entera...

—Le diré que soy el hermano de su compañera, ¿qué más da?

—¡Naya me ha pedido que te advierta que no molestes a la pobre chica que sea su compañera!

—¿Por qué? —sonreí burlonamente—. ¿Le da miedo que la asuste?

—A mí me da miedo que vengas por aquí a verla.

—Los dos sabemos que eso no pasará. No es mi estilo.

—Lo hiciste con Lana.

—Y sigo teniendo pesadillas con ello.

Lo pensó un momento, cavilando.

—Su compañera todavía no ha llegado —me dijo finalmente—. He estado mirando su ficha y parece una buena chic...

—Espera, ¿eso es legal? ¿Mirar las fichas?

Hubo un momento de silencio. Él enrojeció hasta las orejas.

—¡Es mi hermana, solo quiero saber con quién le ha tocado! —Chris se quedó en silencio un momento—. Y... creo que es la chica que viene ahora.

Bueno, esa conversación era muy interesante, pero quería volver a casa para poder hibernar en paz.

—¿No puedes hacer una excepción? —le pregunté, señalando las escaleras con la cabeza.

—No puedo dejarte subir, Ross. El primer día está prohibido.

Suspiré largamente. Después de haberme obligado a tener que transportar eso, ¿no me dejaría subir?

—¿Por qué me discriminas así? —protesté.

—Porque es una residencia femenina. Y tú no me pareces una chica.

—Ni tú tampoco, pero veo que trabajas aquí.

Cuando vi que Chris se ponía rojo, sonreí ampliamente. ¿Por qué era tan divertido irritar a la gente?

—Yo soy un trabajador competente y profesional que...

Oh, no. No iba a escuchar un sermón sobre aptitudes profesionales teniendo ese dolor de cabeza. Ni de coña.

—Bueno —lo corté, inclinándome hacia delante—, ¿le vas a decir tú a Naya que tiene que subirse las cosas? Porque no me va a quedar otra que echarle la culpa, Chris.

Él pareció querer decir algo, pero se detuvo en seco, pensativo.

—¿Y por qué no lo hace Will? Es su novio.

Así que el problema no era que subiera un no-familiar. Era que subiera yo.

¿Tan poco se fiaba de mí?

Bueno, es comprensible.

—Porque Will está ocupado haciendo un examen y se cree que tengo cara de chico de los recados —me inventé rápidamente—. ¿Puedo subir o no? Esto pesa.

—Está bien... —murmuró por fin—. ¡Pero márchate enseguida, que si te ven...!

Le sonreí.

—Si yo soy muy discreto... —murmuré.

Su mirada se clavó en mi derecha, por lo que supuse que estaría la chica en cuestión.

—Tengo mucho trabajo —confirmó mis sospechas—, así que si me disculpas...

—El hombre ocupado —puse los ojos en blanco y fui a las escaleras.

Sin embargo, algo me llamó la atención cuando me alejé del mostrador. Y ese algo era la chica que estaba hablando ahora con Chrissy.

Ella estaba apoyada con los brazos en el mostrador. Tenía una maleta pequeña al lado y se ponía un mechón de pelo tras la oreja casi cada vez que hablaba, pero creo que no se daba cuenta de ello. Sonreí disimuladamente y pensé en acercarme, pero decidí detenerme. ¿Esa era la compañera de habitación de Naya?

Llevaba puesto un jersey color mostaza con unos vaqueros estrechos que, en esos momentos, me entraron ganas de comprar para dar a cada chica que conociera en mi vida. Pero dudaba que les quedaran la mitad de bien. O igual

pensaba eso porque estaba aburrido y necesitaba una distracción. Su culito redondo era una muy buena distracción.

Creo que ya no tengo ni dolor de cabeza.

De todas formas, me conformé con subir a las escaleras. Después de todo, ella iba a dormir en la residencia, ¿no? Eso quería decir que no podía hacer nada. A no ser que quisiera estar evitándola por el resto del año. Y no era mi perspectiva de curso ideal. Además, si no recordaba mal, era la chica a la que su novio le había preguntado lo de acostarse con otras. No había estado nunca con alguien con pareja. No iba a empezar ahora. Ni siquiera por un culo perfecto.

Saqué la llave del bolsillo y la metí en la cerradura, pero algo me impidió abrir la puerta. Me detuve con el ceño fruncido y me mordí el interior de la mejilla, pensativo. No podía hacer nada con ella. Por todo lo dicho y, también, porque Naya iba a matarme si se enteraba.

Pero... hablar inocentemente con la chica no haría daño a nadie, ¿no?

Con una pequeña sonrisa malvada, saqué la llave de la cerradura y me la guardé en el bolsillo.

Esto iba a ser divertido. Esperaba que saliera bien.

Dejé la maleta de Naya en el pasillo y volví a bajar las escaleras, donde la chica todavía hablaba con Chrissy. Noté la mirada de ella sobre mí cuando me deslicé por el mostrador.

—Déjame la llave —le dije a Chris—. Tu hermana no está.

No me la dejes. No me la dejes.

—¿Y dónde está?

—Oye, es tu hermana, no la mía. Deberías saberlo mejor que yo.

—No tengo otra copia de la llave, Ross.

No me la dejes. Vamos, Chrissy. Haz algo bien.

Por su cara, deduje que no iba a ayudarme. Así que tuve que arriesgar el plan a un todo o nada.

—Muy bien —sonreí—. Pues su maleta se queda en el pasillo.

Chris sabía que eso no era una buena idea. Lo sabía demasiado bien. Él suspiró largamente y sonreí más porque sabía que había ganado esa ronda.

—Puedes esperar un momento a que termine de hacerle la presentación individual a Jennifer y luego ella te abrirá la puerta. Si no hay ningún

problema, claro.

Te quiero, Chrissy.

¿Jennifer? Mhm...

¿Esa inocente alma iba a ser la compañera de Naya? Pobrecita. No tenía ni idea de lo que se le venía encima.

Ella me seguía mirando y me di el lujo a mí mismo de hacer lo mismo. Tenía una cara bonita; nariz pequeña, ojos castaños, labios rosados y piel pálida. Apartó la mirada al instante en que se chocó con la mía y estuve a punto de sonreír cuando me dio un repaso, pero me contuve.

Especialmente porque la llave seguía en mi bolsillo. Tenía que disimular un poco.

Pero... no pasaba nada por mirar, ¿no? No haría daño a nadie. Especialmente a mí, que prácticamente estaba babeando sobre el mostrador.

Seguía esperando una respuesta, por cierto. Ella dudó un momento.

Di que sí. Di que sí. Di que sí, vamos.

—Eh... no hay problema —murmuró,

Tuve que contenerme para no esbozar una sonrisa de triunfo.

Dios, me encantó incluso su voz. ¿Por qué demonios tenía que ser la compañera de habitación de Naya? ¿Por qué no podía conocerla en un bar cualquiera?

Por un breve momento, mis ojos la recorrieron de arriba abajo. Tenía las piernas y la cintura delgadas. Tuve que suponer lo de la cintura porque el jersey era ancho y no dejaba entrever demasiado, pero sí podía ver los dos pequeños bultos que eran sus pechos. Mhm... tenía el cuello delgado y pálido, y el pelo castaño llegándole un poco más arriba de la línea del sujetador.

Intenté centrarme en Chrissy antes de que mi mente se pusiera en su modo perverso.

—Mira —lo miré—, un poco de simpatía para variar.

Chris estaba dispuesto a ignorarme para soltarle el mismo sermón que soltaba a todas las novatas, distrayéndome de las vistas perfectas que tenía al lado.

—Si necesitas algo, me llamo Chris y soy...

—El que se encarga de que no entren los chicos sin permiso —murmuré.

Mis palabras tuvieron el efecto que deseaba. Los ojos castaños de Jennifer volvieron a mí y, por un instante, me pareció que iba a sonreír.

Pero el idiota de Chris tuvo que volver a hablar.

Ya no te quiero, Chrissy.

—...el encargado de mantener la paz en esta residencia —me corrigió él—. Me alojo en la habitación 1. Está en ese pasillo de ahí. Si necesitas algo pasadas las doce de la noche, me encontrarás ahí.

—Y si no, lo encontrarás jugando al Candy Crush aquí —añadí.

Esta vez me dedicó una sonrisa divertida y creo que nunca me he alegrado tanto de haber tomado una decisión como la de dejar la maldita llave en mi bolsillo.

—No pongas en duda mi autoridad, que luego nadie me hace caso —me dijo Chris, pero no le presté la más mínima atención.

Honestamente, podría haber caído un rayo a mi lado y dudo que mi mirada se hubiera despegado de ella.

Volví a repasarla con los ojos y ni siquiera se dio cuenta de que se estaba colocando de nuevo un mechón en la oreja. Me entraron ganas de hacerlo a mí. Joder, ¿por qué tenía que ser la maldita compañera de Naya? Me habría saltado todas mis reglas de no haber sido por ese detalle.

Vi que sus labios se curvaban hacia arriba al decir algo a Chris e, irremediablemente, bajé los ojos a su culo otra vez.

—La seguridad es lo primero —escuché que decía Chris—. Regalo de la facultad. Solo uno.

En cuanto vi que sus mejillas se teñían de rosa pálido, me giré para ver qué lo había ocasionado. Una cesta de condones. Tuve que contenerme para no reírme al ver su cara de espanto.

—Yo te recomiendo los de fresa —le dijo Chris—. A no ser que no te guste, claro.

—¿A ver? —murmuré, rebuscando en la cestita.

—Solo uno —protestó él.

Agarré uno cualquiera. Multifruta. Ya lo había probado.

Ella también había aceptado uno. Sus mejillas se volvieron a teñir de rosa al mirarlo y metérselo en el bolsillo. Casi parecía que no sabía qué hacer con él.

Podríamos probarlo juntos.

—Que tengáis un buen día —sonrió Chris ampliamente—. ¡SIGUIENTE!

Ella dio un respingo mientras yo le daba lo que creía que era ya el tercer repaso consecutivo. En serio, ¿por qué no podía dejar de mirarla? ¿La de anoche me había dejado un trauma o algo así?

—Entonces... —vi que Jennifer no reaccionaba y me obligué a hablarle—, ¿tienes la llave?

Ella abrió la mano para mí. Tenía las manos pequeñas y los dedos delgados. Se mordía las uñas. Tuve que contener una sonrisa al ver la copia exacta de la llave que yo había escondido.

—A no ser que me haya engañado, la tengo.

Oh, así que teníamos un poco de sentido del humor, ¿eh?

—Genial —contuve una sonrisa—. Vamos, te ayudaré.

Levanté su maleta —aunque hubiera preferido levantarla a ella—. No pesaba ni la mitad que la de Naya. Escuché sus pasos siguiéndome y, por un momento, me arrepentí de todas las decisiones que me habían llevado al momento en que ella no se había colocado delante para tener una vista panorámica de su culo. Tuve que conformarme con mirarlo mientras Jennifer metía la llave y yo me apartaba con la excusa de dejarle espacio.

La habitación era una mierda, igual que había sido la de Lana hace un tiempo. Casi pude leer la decepción en su expresión. La pobre intentó disimularlo, pero sus ojos eran demasiado sinceros. Seguro que era una mentirosa pésima.

—Bueno —empezó, forzando una sonrisa—. No está tan mal.

Casi me miraba como si esperara que yo lo confirmara. No quería arruinarle el primer día, así que me contuve.

—No es un basurero —murmuré, intentando no reír.

Empujé las dos maletas. La de Naya seguía dándome dolor de espalda. Aunque ya no me arrepentía tanto de que Will me hubiera obligado a venir. Especialmente cuando le acerqué la otra maleta a Jennifer y pude volver a repasarla.

Levanté los ojos al instante en que se giró hacia mí, señalando la cama de Naya. No me había pillado. Menos mal.

—¿Conoces a la chica que dormirá ahí? —preguntó inocentemente.

Estuve a punto de usar mi sarcasmo, pero me contuve. Parecía preguntarlo en serio. Y me pareció extrañamente tierna. No había mucha ternura en mi vida.

Pero... no pude evitarlo.

—¿Yo? No —sonreí, divertido—. Es que me gusta transportar maletas de desconocidos. Es la pasión de mi vida.

Igual que mirar el culo a las dueñas de esas maletas.

A ella se le tiñeron las mejillas de rojo y me arrepentí un poco de haberlo dicho de esa forma.

—Es la novia de mi mejor amigo —añadí, extrañamente arrepentido de haber hecho que se sintiera mal—. Se llama Naya.

Y será tu peor pesadilla.

—¿Y es...? —otra vez el mechón de pelo—. ¿Simpática?

—Cuando le interesa —pensé en advertirla sobre sus gritos con Will, pero supuse que se daría cuenta sola y fui por otro lado—. También puede llegar a ser muy persuasiva.

—¿Persuasiva?

Me miraba como un corderillo asustado. Era más divertido de lo que debería ser.

—Ya lo entenderás cuando te veas a ti misma haciendo cosas que no te apetecía hacer porque ella ha conseguido convencerte.

Di un paso a ella y creo que ni se dio cuenta, así que di otro, probándola. No se movió. Pensé en dar otro y probar mi suerte colocándole el mechón de pelo, pero me detuve. Ella seguía mirándome, esperando que dijera algo. Mierda. Tenía que parar. Era la compañera de Naya. Y la volvería a ver, seguro.

—Bueno —di un paso atrás, conteniéndome a mí mismo—, si me disculpas, mi trabajo de transportista ha concluido.

Jennifer parpadeó como si volviera a la realidad.

—Sí, claro —murmuró, pasándose una mano por el cuello que me quedé mirando—, gracias por ayudarme con la maleta.

Sonreí, pero dudo mucho que supiera el por qué.

—Un placer —murmuré.

Demasiado placer.

No me di la vuelta al alejarme, dejándola sola en la habitación.

—¿Te encuentras bien, Ross? —me preguntó Sue de repente.

Yo dejé el móvil a un lado. Al final había mandado un mensaje a la chica de esa mañana. Y no me parecía un plan tan disparatado. No tenía mucho más que hacer. Además, eso de quedarme para ver la reunión de Romeo y Julieta que iban a organizar Will y Naya no era mi plan ideal.

Ross: Te paso a buscar en una hora.

Chica de anoche cuyo nombre no recuerdo: Genial :)

Tendría que preguntarle el nombre disimuladamente.

—¿Por qué no iba a estar bien? —murmuré, mirando a Sue.

Ella estaba en el sillón, cambiando de canal.

—Porque sigues aquí —remarcó—. ¿No tienes una cita? ¿Tus días de libertinaje han llegado a su fin?

—Ya te gustaría. Tengo la cita en una hora.

—Genial. Cuando volváis, ¿puedes no hacer ruido? Porque estoy un poco harta de no poder dormir.

—Sabes que hay una cosa que se llama tapones para los oídos, ¿no?

—Sabes que hay una cosa que se llama motel, ¿no?

Sonreí y negué con la cabeza. La chica seguía mandándome mensajes, pero los ignoré.

—¿Y tú vas a quedarte? —le pregunté—. ¿En serio quieres ver la reunión de esos dos? Todos sabemos que estarán cuatro horas besuqueándose e ignorándonos.

—No tengo nada más que hacer.

—Pues yo pienso desaparecer en cuanto crucen la puerta —murmuré.

—¿En serio? —Sue agudizó su mirada—. Creo que vienen con alguien más.

Estaba a punto de ponerme de pie para ir a cambiarme de ropa, pero me detuve en seco.

—¿Eh?

—Will me ha mandado un mensaje avisándome hace un rato. Parece que Naya tiene una nueva amiga y la han invitado.

Mi cerebro tardó dos segundos en volver a la cara de la chica que compartiría habitación con Naya.

Mhm...

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—No. Me ha dicho que es la compañera de habitación de Naya.

Mi subconsciente esbozó una sonrisa malvada.

A ver, no había hecho nada esa mañana. Me había portado bien. Había sido un buen amigo. Pero... si me la traían directa a casa, no podían pretender que ni siquiera lo intentara.

—¿No tenías que prepararte para tu cita? —preguntó Sue con los ojos brillándole curiosidad.

Justo en ese momento, escuché la puerta abriéndose y esboqué una sonrisita malvada.

—¡Por fin! Me estaba muriendo de hambre.

Sue me miró y negó con la cabeza, divertida. Yo simulé una postura natural al ver que se acercaban.

—Yo también me alegro de verte, Ross —me dijo Naya.

Iba a centrarme directamente en lo que me interesaba, que era la chica que estaba de pie a su lado, claramente un poco intimidada. Pero decidí ser un poco más discreto e irritar a Naya.

—Genial, hemos pasado de la tranquilidad absoluta a tener que escuchar gritos en estéreo todo el día.

—Si yo nunca me enfado.

—¿Y quién ha hablado de enfadarse?

Joder, cuando se ponían a hacerlo eran insoportables.

Algo me voló a la cara. La chaqueta de Will. La lancé al sillón, riendo. Sue, mientras, seguía negando con la cabeza por mi cancelación de la cita mientras se abría la bolsa de comida y observaba a la chica nueva.

Yo aproveché para mirar a Jennifer, que se había cambiado de jersey. Ese era más estrecho. Y confirmó su cintura también perfecta. La recorrí con los ojos y no se dio cuenta. Naya sí. Vi que le clavaba un codazo a Will, alertándolo. Les sonreí inocentemente. Oh, ella se iba a enfadar mucho.

Pero, honestamente, valía la pena el riesgo.

—Veo que aún no has salido corriendo —le dije a Jennifer

—No la asustes, Ross —me advirtió Naya—. Es mi compañera de habitación. Y quiero que siga siéndolo.

Ella había clavado los ojos en mí, pero me obligué a mirar a Naya, haciéndome el inocente.

—¿Qué insinúas?

—Que eres un pesado —remarcó, sujetando a su amiga—. Ven, siéntate.

Casi me entraron ganas de ir a por ella cuando vi que Naya me fulminaba con la mirada y se la llevaba al otro sofá, alejándola de mí lo máximo posible. Habría que arreglar eso en algún momento.

Mhm... si no podía acercarme a ella, tendríamos que atraer su atención.

—Acaba de llegar y ya me está insultando —le dije a Will.

Él sonrió, pero a Naya no le hizo ninguna gracia.

—No la espantes —me advirtió.

Jennifer parpadeó, sorprendida, y me miró en busca de algo que pudiera espantarla. Mierda. No quería asustarla tan rápido. Apreté un poco los labios a Naya. No iba a joderme esto. Desviación de atención. Eso nunca fallaba.

—¡Yo no espanto a nadie! —la miré—. Además, si quiere vivir contigo tendrá que saber que tú y Will sois como un combo. Aguantar a uno implica aguantar al otro.

—¿Qué? —ella me miró.

Buen trabajo.

—Cuando cada noche de la semana no puedas dormir por el ruido que hacen, ya volveremos a tener esta conversación.

Will vio que su novia se estaba enfadando y decidió poner paz al asunto, como siempre.

—Déjalo, Jenna. Todos hemos aprendido a ignorarlo.

Naya se apresuró a tomar la delantera de nuevo, señalándonos a mí y a Sue y presentándonos. Sonreí un poco al ver que Jenna solo me miraba a mí al hacerlo, ignorando a Sue.

—¿Ross? —podía acostumbrarme a oír mi nombre con su voz—. ¿Es el diminutivo de algo?

Fingí que me centraba en cualquier otra cosa, acercándome a la comida china y deshaciendo unos palillos.

—Es mi apellido —murmuré—. Me llamo Jack Ross, pero todo el mundo me llama Ross.

—Su padre también se llama Jack —dijo Will por mí.

Sí, y no iba a dejar que me llamaran como a ese gilipollas.

—Y yo dije que, como me llamaran Jack Ross Junior, me cortarían las cenas —concluí.

Ella sonrió al adelantarse para robar comida.

Y empezó a hablar de que era del sur de estado y de no sé qué de universidades mientras yo intentaba participar y, a la vez, decía a la chica de anoche que se olvidara de mí. Estaba ocupado. Y lo que esperaba que me mantuviera ocupado estaba diciendo que tenía una relación abierta con su novio o algo así.

—No sé si se lo ha inventado él —estaba murmurando—, pero dice que es cuando dos personas se quieren, pero pueden acostarse con otras.

Yo había aprovechado mi oportunidad y la había deslizado a mi lado, por lo que ahora la tenía sentada junto a mí. Miré disimuladamente sus rodillas y ella se dio cuenta, por lo que tuve que improvisar.

—Nunca entenderé la vida en pareja. ¿Te vas a comer todo eso?

—Todo tuyo —sonrió, tendiéndomelo.

Era demasiado inocente para su propio bien. Mientras recogía el plato con una sonrisita, Naya me crucificaba con la mirada desde el otro lado del salón.

—Me gusta esta chica —le dije para irritarla.

Will se giró enseguida para distraerla y evitar que me matara.

—Deberíamos intentarlo, cariño —bromeó—. Ya sabes, eso de acostarnos con otros.

—Como lo hagas, te mato mientras duermas —casi me reí al oír a Naya, que seguía de mal humor por verme repasando a su amiga con los ojos—. Yo no podría dormir tranquila pensando que éste puede estar tirándose a otra.

—Pero sería sin amor, ¿no? —sugerí.

No me importaría intentarlo con tu compañera , te lo aseguro.

—Sí, supongo —Jenna se encogió de hombros, ajena a las miradas de asesina que Naya me lanzaba.

Me distraje un momento porque la chica seguía mandándome mensajes. Al final, decidí dejar de responderle y levanté la mirada. Fruncí un poco el ceño cuando vi que Sue abrazaba su cojín favorito y Jenna se apartaba de ella. Por consiguiente, se pegaba a mí.

No estaba tan mal.

—Pedir perdón no soluciona nada —le dijo Sue de malas maneras.

Oh, había intentado tocar sus cosas.

Sin embargo, me distrajo el hecho de que se había acercado tanto que podía olerle el pelo. Mhm... mi pervertido interior estaba cada vez más feliz.

—No te lo tomes como algo personal —le dije—. Está así de loca con todo el mundo.

—¡No estoy loca! —me dijo Sue.

—Vale, vale. Entonces, no estás loca. Solo estás mal de la azotea.

La ignoré cuando vi que me sacaba el dedo corazón. Jenna miró de reojo a Will y Naya, que se besuqueaban. Parecía incómoda. Como si quisiera irse.

Y... asumí que era mi momento de gloria.

—¿Vamos arriba? —pregunté, en general, aunque mi mirada estaba clavada en ella.

Sue se marchó y la ignoré. Esos dos seguían ocupados. Jenna dudó, mirándolos.

Venga, di que sí. Di que sí.

—Yo voy —dijo, al final.

Que empiece la fiesta .

—Menos mal que hay alguien no aburrido —murmuré.

Ella se me quedó mirando cuando salí de casa y empujé la ventana del final del pasillo. Parecía confusa.

—¿Qué haces? —se acercó—. Hace frío.

Déjame calentarte y no tendrás tanto frío.

—Tenemos que pasar por aquí, te ayudaré.

Y lo haré encantado.

—¿A qué? —parpadeó inocentemente.

Como siguiera mirándome así por mucho tiempo, no iba a poder seguir disimulando mucho más. ¿Por qué me gustaba tanto que pareciera no darse cuenta de que era un perverso?

—¿Vamos a subir por ahí? —ella puso una mueca, viendo la escalera de incendios.

Y, esta vez, tú vas delante.

—Es seguro. O, al menos, nadie se ha matado en lo que llevamos viviendo aquí.

—Seguro que yo soy la primera...

Sonreí cuando se acercó a mí. Metí una pierna en la ventana y le ofrecí una mano. Me sorprendió que no lo dudara. Su mano se sentía pequeña y caliente en la mía. Era una sensación extrañamente agradable. Lástima no tener una excusa para alargarla.

Mierda, ¿qué tenía? ¿Catorce años? Tenía que centrarme un poco.

Empujé la ventana tras disfrutar de las vistas de ella subiendo y luego la seguí, cruzando la escalera en tiempo récord. Vi que se metía las manos en los bolsillos traseros y juro que la sangre empezó a circularme demasiado rápido en lugares demasiado inapropiados al imaginarme que esas manos eran las mías. Vale, necesitaba distraerme un poco. ¿Qué me pasaba?

—No está mal, ¿eh? —murmuré, pasando por su lado. Necesitaba no poder verla desde atrás si quería centrarme.

Me dejé caer en una de las sillas de camping que teníamos ahí montadas y ella se sentó en la de al lado, mirándome.

—¿Qué hacéis cuando llueve? —preguntó, mirando a su alrededor.

Me agaché a la nevera. Vale, no podía emborracharme si quería estar centrado. La cerveza parecía una buena opción.

—Correr a esconderlo todo —murmuré.

—¿Y si no llegáis a tiempo?

—Entonces, esperamos a que se seque. ¿Tienes sed?

Asintió con la cabeza, sonriendo, y me quedé parado un momento antes de pasarle una cerveza. Me rozó al agarrarla y no hizo un solo gesto de haberse dado cuenta, mientras que yo tuve que aclararme la garganta para volver a centrarme.

—¿A vuestros vecinos no les importa que tengáis esto aquí? —me preguntó inocentemente mientras yo intentaba centrarme en cualquier otra cosa de la terraza que no fuera ella.

—Nadie sube nunca aquí —dije, tras aclararme la garganta otra vez.

Joder, ¿cómo le pueden quedar a alguien tan bien unos vaqueros?

—¿Y si lo hacen?

¿O un jersey ancho?

—El plan A es invitarlos a una cerveza.

Tengo que mandar una carta de agradecimiento a la empresa que ha fabricado esos pantalones.

—¿Y el plan B?

Y, encima, huele demasiado bien.

—Tirarlos hacia abajo —sonreí, enseñándole la cerveza—. No puede haber testigos del crimen.

Tuvo el resultado esperado; se puso a reír. Música para mis oídos.

—Pues es un sitio precioso —me aseguró, dando un sorbo a su cerveza—. Quitando las fábricas abandonadas de fondo.

—Si pretendes que son bosques, parece más bonito.

Cuando ella se quedó mirando la ciudad, dándome en bandeja de plata la posibilidad de darle otro repaso, decidí encenderme un cigarro para pensar en otra cosa. Pero, ¿qué estaba mal conmigo? ¿Por qué estaba tan alterado?

—¿Y hace mucho que conoces a Naya? —me preguntó.

Yo le había dado una manta para que se cubriera y dejara de distraerme. Vi que se la subía a la barbilla.

—Desde que empezó a salir con Will hace... —ahora, al no verla bien, me arrepentía de haberle dado la manta. ¿De qué hablábamos? Ah, sí. Los tortolitos—. No sé ni cuánto hace ya. Llevan como... toda la vida juntos. Son muy pesados.

Dudaba que yo pudiera hacer eso jamás. No me imaginaba a mí mismo

saliendo con alguien. Solo de pensar en pasar más de un mes con una persona, me entraban ganas de salir corriendo.

—Siete años —me dijo—, según lo que me ha dicho Naya.

—¿Siete años ya? —madre mía, qué rápido pasaba el tiempo.

No quería hablar de ellos, pero no quería preguntarle directamente por su vida. Tendría que encontrar una forma más discreta de sacar el tema.

—¿Cuándo la has conocido? —pregunté.

—Hace como... dos o tres horas.

Sonreí al ver que ella ladeaba la cabeza en mi dirección.

—Sí que se te da bien integrarte.

Yo te integraría en mi cama.

Mi conciencia necesitaba una ducha fría.

—Qué más quisiera yo. En mi instituto no tenía muchos amigos.

Eso me distrajo. Especialmente por la mueca que puso, como si acabara de arrepentirse de lo que había dicho.

—¿No?

—No —dijo apresuradamente—. Pero era un lugar muy... peculiar. Parecía sacado de una película de Lindsay Lohan del 2000.

—¿Por qué? —no pude evitar sonreír.

—A ver —lo consideró un momento—, porque estaban los populares, los pingados, los invisibles...

—No, espera —la detuve, interesado—. Déjame adivinarlo. Se me dan bien estas cosas.

Ella también se giró hacia mí, sonriendo y concediéndomelo.

—Había una chica muy mala pero muy guapa que se metía con todas las chicas que consideraba inferiores a ella —empecé.

—Bingo. Aunque a mí nunca me dijo nada.

—Y un chico malo que se saltaba todas las clases y hablaba mal a los profesores pero que, sorprendentemente, siempre gustaba a todas las chicas.

—A mí nunca me gustó.

—Y había un club de teatro, una banda de música... donde todos los integrantes eran considerados pingados.

—De hecho, fui miembro de la banda de música por un tiempo.

Me detuve un momento para empezar a reírme.

—No puede ser. ¿Y qué hacías? ¿Tocar la flauta?

—Mhm... no exactamente.

Oh, oh. Se le habían encendido las mejillas. Me incliné hacia delante, más interesado.

—¿La guitarra? —sugerí.

Hubo un momento de silencio.

—Tocaba el triángulo.

Contuve una risa cuando me miró, avergonzada.

Dios, me encantaba. Me daba igual no conocerla, ya me encantaba. Y no solo físicamente.

—Me imagino que no te llenaba mucho —bromeé.

—No. Lo dejé en dos semanas. Y empecé con otra cosa.

—Como... ¿cantar?

—Si me oyeras cantar, utilizarías el plan B contra ti mismo.

Lo dudaba mucho. Sonreí y la miré, un poco más interesado de lo que quería estar.

—Mhm... ¿bailar?

—Ajá.

Por su cara, no necesité más.

—Por favor, dime que no bailabas ballet.

—No estaba tan mal —masculló, confirmándolo.

—¿Eso es un sí? —sonreí ampliamente.

—Durante un tiempo, sí. Y era muy buena, por cierto. Pero tuve que dejarlo.

Ya me la estaba imaginando enfundada en un traje de esos blancos ajustados y tuve que volver a centrarme.

—¿Por qué?

—Mi profesora —apartó la mirada— me dijo que, si quería seguir, tenía que adelgazar cinco kilos.

¿Era una broma? ¿Su profesora había visto ese culo?

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

—No lo sé. Estaba un poco mal de la cabeza.

Me dio la impresión de que le restaba importancia pero que, en su momento, le había afectado bastante. No quería que le afectara y ni siquiera entendí el por qué.

—Quería dejarte en el infrapeso —bromeé, mirándola de arriba abajo.

—No, si la historia no termina ahí... —se aclaró la garganta—. Mi madre se enteró y se enfadó tanto que se plantó en la academia, la insultó y terminó tirándole café a la cara.

Vale, ya no solo era ella la que me encantaba. También era su familia.

—Me cae bien tu madre —le aseguré, riendo.

—¿Ya has terminado de adivinar? —me sonrió, enarcando una ceja.

Oh, esa sonrisa... iba a ser mi perdición.

—Oh, no —enarcó también una ceja—. A ver, a ver... ¿eras parte del grupo de los invisibles?

Me devolvió a sonrisa.

—Se podría decir que sí —se colocó un mechón de pelo tras la oreja.

Me distraje momentáneamente con sus dedos en su pelo.

—Y tu novio no lo era.

—No lo era, no.

—Seguro que tu novio era el típico chico popular que jamás habías pensado que se fijaría en ti, ¿no?

—Eres bueno —parpadeó, mirándome.

Mierda, que no siguiera haciendo eso de parpadear y sonreír así. Creo que ni siquiera era consciente de que lo hacía, pero me estaban entrando ganas de terminar esa conversación y seguir en mi dormitorio.

—Y cuando lo hizo —volví al tema—, el instituto entero estuvo una semana hablando de vuestra relación.

—Casi —se rio suavemente—. Dos semanas.

—He estado cerca.

Me sostuvo una mirada que esperé que entendiera. Por un momento, me dio la sensación de que me la devolvía.

Pero, después, me di cuenta de que no había estado flirteando conmigo. Al menos, no conscientemente. Porque puso una mueca, sacándome de mi ensoñación.

—¿Tu instituto también era así o qué?

Ahora mismo, mi instituto me importa una mierda, créeme.

—No. Pero he visto demasiadas películas con el mismo argumento.

—A veces, los clichés están bien —se encogió de hombros.

—No he dicho que lo estuvieran. Tu vida parece una novela de Nicholas Sparks.

—¿Quién es ese?

Me detuve un momento para mirarla. ¿No había dicho que estaba en filología? Parecía no tener ni genuina idea.

—¿Estás estudiando literatura y no sabes quién es? —pregunté, confuso.

—Es que no me gusta leer.

—¿Estás estudiando literatura y no te gusta leer? —reí.

—Es que no sabía qué estudiar, ¿vale? —sus mejillas se tiñeron de rosa.

—¿Y no te has leído ninguno de sus libros? ¿Ni siquiera has visto alguna película suya?

No me lo podía creer.

—¿Cuáles son?

Empecé a enumerar, pero ella no conocía ninguna. Le conté que a mi madre

le encantaban. Y era cierto. Podía visualizar su estantería con libros y películas suyos.

—No me gusta el cine, tampoco.

Oh, no.

Intenté tomármelo con humor, aunque lo cierto era que la decepción había sido bastante notable.

—¿Y qué haces para vivir? ¿Mirar las paredes? ¿Escuchar música?

—La música no está mal, pero soy muy selectiva, así que no escucho demasiada.

—¿Y se puede saber qué te gusta?

—Pues... me gustaba bailar ballet. Hasta que a mi madre bañó el café a mi profesora.

Intenté no reírme porque estaba demasiado intrigado. ¿De qué galaxia había salido esa chica?

—¿Y ahora?

—Mhm... me gustan los realities de la tele. Especialmente si se pelean mucho.

Bueno, la perfección no existe.

—Vale, volvamos al tema de las películas —me centré—. ¿No has visto ninguna película?

Era imposible.

—Claro que sí.

Menos mal.

—Buscando a Nemo.

Lo retiro.

—La cumbre del cine de cultura —murmuré.

—Es que me aburren las películas.

No seas cabrón. No respondas mal.

—Será porque no las ves bien.

—¿Se pueden ver mal? —preguntó, perpleja.

—Pues claro que sí —me incliné, intrigado—. A ver, ¿no has visto nada de Disney?

—Sí.

Menos mal.

—¿Cuál?

—Buscando a Nemo.

Lo vuelvo a retirar.

—Ni siquiera estoy seguro de que eso sea de Disney.

—Entonces, no. ¿Qué tiene de malo?

¡¿A parte de todo?!

—Es que no entiendo cómo has podido pasar por la vida sin ver películas como... yo que sé... ¿El rey león?

Juro que se me hundió un poco el pecho cuando negó con la cabeza.

—No me suena.

Otra vez a enumerar películas sin que le sonara ninguna.

—Y yo que creía que tenía una vida desgraciada...

—Soy muy feliz así —sonrió.

—De eso nada. Tienes que ver El rey león.

Pareció sorprendida cuando me puse de pie.

Conseguí que bajara conmigo e ignoré como pude a los tortolitos que se metían mano en el sofá. De pronto, tenía mucha prisa por llegar a la habitación con Jenna. Lancé mi libreta a un lado y me dejé caer en la cama escuchando que cerraba la puerta.

—Prepárate para que cambie tu vida —murmuré.

Sin embargo, me detuve en seco cuando me di cuenta de que estábamos los dos solos en mi habitación.

Nunca había estado en mi habitación con una chica sin terminar como quería terminar con ella.

Mierda. Tragué saliva cuando se acarició distraídamente el cuello, dejándome

una vista perfecta de sus piernas al darse la vuelta. Sus botas no me dejaban verle los tobillos.

—Pues quitarte las botas —me escuché decir.

Ella me miró un momento y lo hizo, agachándose delante de mí. Mierda. Tenía que centrarme. No podía empezar a pedirle que se quitara lo demás. Aunque fuera lo que quería.

Las dejó a un lado y volví a recorrerla al pasarse por la habitación.

Me daba igual Naya. Y Will. No iba a poder evitar intentarlo. Ya lo veía claro. Me tenía demasiado obsesionado. Y acababa de conocerla.

—¿Cuál es esta? —preguntó de repente.

Parpadeé y vi el poster que señalaba.

—¿Esa? Kill Bill —casi me reí. Era la primera persona del mundo que no la conocía, seguro—. De Tarantino. Un clásico.

—Tampoco la he visto.

—Me lo imaginaba.

—¿Y si la vemos?

Esta vez, no pude evitarlo y, ante su mirada inocente, me empecé a reír.

—Te recomiendo empezar tu inmersión cinéfila con Disney. No creo que estés psicológicamente preparada para Tarantino.

Ella me sonrió sin comprender y tuve que contenerme para no pedirle que se acercara.

—¿Te gusta el baloncesto?

Parpadeé. ¿Qué?

La miré y vi que me sonreía mientras sostenía uno de mis trofeos. Mi espalda me recordó con un pequeño pinchazo que nunca volvería a ganar algo así y tuve que esforzarme por no amargar mi buen humor. No sé ni por qué seguía teniendo esos trofeos ahí. Debería devolverlos a casa de mis padres.

—Me gustaba —murmuré—. Ahora me aburre.

Jenna pareció algo decepcionada cuando miró la colección y lo devolvió a su lugar.

—Parece que eras bueno.

Si te enseñara todo en lo que soy bueno...

—Sigo siéndolo —dije con el tono más neutral que pude reunir—. Ven. Ya tengo la película.

Observé cada movimiento que hizo cuando se acercó a mí y se subió a la cama. Tragué saliva cuando se acercó para poder ver mejor, casi rozándome con la rodilla. La recorrí entera con los ojos mientras ella sonreía a la pantalla.

Mierda. ¿Por qué me esta costando tanto centrarme? Me removí en la cama y puse la película solo para no tener que volver a mirarla. Necesitaba centrar mi atención en otra cosa. En cualquier otra.

Creo que ni me enteré de la película, pero daba igual. Me la sabía de memoria. Como casi todo el mundo normal. Incluso intenté no girarme a ver sus expresiones porque olía demasiado bien y yo me estaba distrayendo demasiado mal.

—¿Y bien? —pregunté cuando la película terminó.

Me permití girarme y me arrepentí al instante. Su cabeza estaba a centímetros de la mía. Pero ella miraba la pantalla con una pequeña sonrisa. Mis ojos fueron irremediablemente a sus labios y se me secó la boca.

—No ha estado mal —me dijo, mirándome.

Eso me distrajo completamente.

—¡¿Que no ha estado mal?! —repetí, perplejo—. Acabas de ver mi infancia en una hora y media, ¿y tu conclusión es que no ha estado mal?

Ella pareció intentar no sonreír.

—A ver, sí, vale, me ha gustado.

—Sabía que no podrías resistirte a los encantos de Simba —bromeé.

Espero que tampoco puedas resistirte a los míos .

—Pues el que más me ha gustado ha sido Pumba.

Me puse a buscar alguna otra película al sonreír. No quería que se fuera tan rápido pese a que ya sabía perfectamente que no haríamos nada de lo que me hubiera gustado hacer con ella.

Eso quizá debería haberme decepcionado, pero no lo hizo. De hecho, estaba conforme con solo tenerla ahí sentada, mirando una película conmigo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Me ha parecido muy tierno.

—¿Tierno en el sentido de que te lo comerías o en el sentido de ternura?

Jenna pareció completamente alarmada y me hizo gracia.

—Dios mío, en el sentido de ternura. Comerse a Pumba sería como... pisar una flor en peligro de extinción.

—Qué profunda. Quizá sí tengas espíritu poeta, después de todo.

Podría ser tu musa .

No sé por qué, pero accedió a quedarse conmigo más tiempo. Y, tampoco sé por qué, pero me alegró que lo hiciera. Especialmente porque, mientras ella miraba la película y murmuraba cosas que yo pretendía escuchar, tenía vista directa sobre su cuerpo entero. Y, además, a la mitad de la última película se acercó un poco más y su rodilla se pegó a la mía. Lo intenté, pero apenas pude despegar la mirada de ahí en toda la película.

Tampoco sé por qué, pero le expliqué que quería ser director de cine y, para mi sorpresa, pareció interesarle.

—Wow. Ahora entiendo todo lo de las paredes.

Miré a mi alrededor. Sí. Era un poco exagerado.

—¿No te gusta?

—Es original —miré su cuello cuando lo estiró para ver cada póster con más atención—. Mi habitación no tiene ni uno. Aunque tampoco es que me gusten muchas cosas.

—Ahora puedes poner uno de Pumba.

Ella empezó a reírse y no pude evitar una pequeña sonrisa de triunfo cuando vi sus labios curvándose solo para mí.

—Seguro que a Naya no le extraña nada entrar y ver la foto de un cerdo rojo en mi pared —me dijo, divertida.

Me quedé mirando sus labios. Joder, ¿por qué me gustaba tanto? Era guapa, sí, pero tampoco era la chica más guapa que había visto en mi vida. Entonces, ¿por qué demonios no podía dejar de mirarla?

Ella se volvió a colocar un mechón tras la oreja, divertida, y estuve a un segundo de estirar la mano y hacerlo yo mismo...

...justo cuando Naya tuvo que abrir la maldita puerta.

Me giré con cara de fastidio.

—¿Estáis haciendo algo que no pueda presenciarse? —preguntó, tapándose los ojos. Ojalá lo estuviéramos haciendo—. Genial. ¿Quieres que nos vayamos?

Clavé los ojos en Jenna. No quería que se la llevara tan pronto, pero por la mirada que me dedicó Naya, supe que ella sí quería. Casi me retó con los ojos.

—¿Ya habéis terminado? —le pregunté, enarcando una ceja.

—Cállate —me puso una mueca antes de girarse hacia ella—. Vamos, Jenna, he llamado a un taxi y debe estar abajo.

No pude evitar apretar un poco los labios cuando el peso de la cama se cambió al deslizarse fuera de ella. Naya me sacó el dedo corazón y yo hice lo mismo antes de girarme a contemplar el culo de Jenna por última vez mientras se ponía las botas.

Esta bostezando cuando siguió a Naya hacia la puerta, que parecía tener demasiada prisa. Borré mi expresión de fastidio cuando Jenna se detuvo en la puerta. Entrecerré los ojos, curioso, cuando pareció pensarlo un momento antes de darse la vuelta hacia mí.

—Buenas noches, Ross —me dijo con una pequeña sonrisa.

La observé un momento antes de hacerle un gesto con la cabeza. Ella se dio la vuelta y me dejó solo con el portátil, que cerré y dejé a un lado, pasándome una mano por la cara.

Acababa de irse y sólo podía pensar en cuándo volvería a verla.

Capítulo 2

El concierto de Mike me apetecía casi tanto como lanzarme por la maldita ventana.

Me puse la sudadera y salí de la habitación, mirando mi móvil. ¿Por qué seguía hablándome la chica de la otra noche? En fin... la ignoré y me centré en Sue y Will, que estaban charlando en la cocina. Se callaron al ver que llegaba sin molestarse en intentar ocultarlo.

—¿Qué? —enarqué una ceja.

—Nada —Sue sonrió ligeramente—. Solo hablábamos de tu pequeña sequía.

—¿Mi pequeña sequía? —pregunté, entrecerrando los ojos.

—La compañera de habitación de Naya estaba anoche contigo en la habitación —me dijo Will—. Naya dice que no hicisteis nada.

—¿Y vosotros qué sabéis? —sonreí de lado, acercándome para robar una golosina de la bolsa de Sue—. A lo mejor es silenciosa.

Espero que no.

—Es obvio que no hiciste nada. La chica no se fue con las bragas en el bolsillo o el pelo hecho un asco —Sue puso los ojos en blanco y me quitó la bolsa cuando fui a robar más.

—Bueno, no hice nada. Es verdad.

—¿Y te encuentras bien? —ella parecía horrorizada—. Creo que es la primera vez desde que te conozco que no haces eso con una chica que entra en tu habitación.

—Simplemente, no me apetecía.

La mayor mentira de mi vida.

Will me estaba mirando fijamente. Suspiré.

—¿Qué?

—A Naya le cae bien —remarcó.

—Pues me alegro por ella.

—Ross, sabes lo que quiero decir. No quiere que la espantes.

—¡No espanto a nadie! Solo vi unas películas con ella.

—Vi cómo la mirabas —él frunció un poco el ceño—. No es una chica cualquiera. Es la compañera de Naya. Ya le hiciste lo mismo con Lana. No le arruines las cosas con esta chica.

—¿Le hice lo mismo con Lana? ¡Solo salí con ella!

—Y ha terminado en Francia —Sue sonrió ampliamente.

—Lo que quiero decir es que esta noche va a venir Jenna y...

—Espera —lo detuve—, ¿va a venir?

Él frunció el ceño al ver mi sonrisita.

—Ross...

—¿Qué? ¿No puedo alegrarme? Me cayó bien.

—Nunca me meto en lo que haces con esas chicas, pero no hagas lo mismo con ella.

—Ni se me había pasado por la cabeza.

Sonreí ampliamente y agarré las llaves y la chaqueta. Los escuché siguiéndome mientras subía al ascensor repasando mentalmente cada detalle de los vaqueros estrechos y el jersey que había llevado. Esperaba que se pusiera algo más ajustado. O quizá no. Sería más fácil controlar los ojos si no lo hacía.

Al llegar a la residencia, nos tocó esperar diez minutos, como siempre. Miré la hora en el móvil, un poco más impaciente de lo que debería.

—Voy a ver... —empezó Will.

—Voy yo —lo corté, saliendo de un salto.

—¡Ross! —intentó protestar.

Lo ignoré, metiéndome en la residencia tan rápido como pude. Chris dio un respingo al verme llegar.

—¡De eso nada! ¡Las visitas no autori...!

—Solo serán veinte segundos, Chrissy.

—¡Nunca son solo veinte segundos!

—Voy a ver a mi futura novia, amargado, déjame en paz.

—¿Amargado...? ¡Ross, vuelve aquí!

Otro al que ignoré completamente. Subí las escaleras y crucé el pasillo. Esboqué una sonrisita al llamar a la puerta con los nudillos. Estaba mentalmente preparado para enfrentarme a una Naya cabreada, pero me enderecé de golpe cuando vi que era Jenna quien abría la puerta.

Me tomé un breve momento para recorrerla. Llevaba unas zapatillas, unos vaqueros rotos y... un jersey ajustado.

Gracias.

Tuve que centrarme para levantar la mirada a sus ojos y fingir aburrimiento.

—No es por meter prisa, pero Sue se está poniendo nerviosa. Y yo no pienso responsabilizarme de lo que haga.

Ella sonrió y tuve el impulso de acercarme, pero me conformé apoyando una mano en el marco de la puerta.

—Naya se está...

—¡ME ESTOY MAQUILLANDO!

—¿Por qué me da la sensación de que ya he vivido esto? —negué con la cabeza—. Ah, sí, porque pasa cada vez que queremos salir.

Creo que Naya me dijo algo, pero yo estaba demasiado ocupado viendo que Jenna esbozaba una sonrisa divertida. Se había pintado los labios de rosa.

—Puedes intentar convencerla de que no necesita retocarse —me abrió la puerta—. Ya lo he intentado yo.

Oh, no. No iba a entrar. Si lo hacía, no podría seguir disimulando. Respiré hondo para centrarme. Teníamos que ir al maldito concierto.

—No, tengo un método más efectivo —le aseguré—. ¡Si en cinco minutos no estás lista, nos vamos sin ti, y no pienso decirte si Will mira a las chicas del bar!

Apenas tardó dos segundos en salir.

—Lista.

Negué con la cabeza cuando desapareció por el pasillo. Jenna cerró la puerta a su espalda.

—¿Has pensado en ser profesor alguna vez? —me preguntó, acercándose—.

Tienes autoridad.

—Y falta de vocación.

Fue una de las pocas veces en mi vida que no sabía qué más decirle a una chica. No supe llenar el silencio. Mierda, ¿qué me pasaba? Fui directo a las escaleras para no mirarla y escuché que me seguía. Chris me observó como si hubiera matado a alguien cuando pasamos por delante de él.

—Han sido más de veinte segundos.

—Vamos, Chrissy, las visitas cortas están permitidas —puse los ojos en blanco.

—Que no me llames Chrissy. Además, ¡en el momento en que oscurece fuera, se considera horario nocturno! Y no debe haber visitas sin planificar por la noche, Jennifer.

Lo estaba matando con la mirada cuando Jenna, a mi lado, pareció completamente descolocada.

—Si solo han sido dos minutos.

—La ley es la ley y debe respetarse.

—*La ley es la ley y debe respetarse* —lo imité mientras le sujetaba la puerta.

Jenna se rio y Chris nos miró con mala cara, pero no me importó. Estaba disfrutando de las vistas mientras ella iba hacia el coche delante de mí.

—¿Y si aceleráis el paso? —protestó Sue.

Oh, cállate.

Al menos, conseguí sentarme a su lado en el coche. Había decidido no conducir precisamente por eso. En el bar, parecía un poco distraída mirando el grupo que precedía a mi hermano. Vi su pequeña mueca y casi me entraron ganas de reírme.

—¿Es tu amigo? —me preguntó, girándose.

¿Mi amigo? ¿No le habían dicho que era mi hermano? Bueno, había llegado el momento de divertirse un poco.

—Sí. ¿A que es bueno?

Ella abrió la boca, un poco sorprendida. Se apresuró a enderezar la conversación.

—Sí. Son muy... eh... especiales.

—Lo sé. Nunca habías oído algo así, ¿verdad?

—No —murmuró en voz baja—. Desde luego que no.

No pude evitarlo y empecé a reírme, haciendo que me clavara una mirada sorprendida.

—Mientes muy mal —aseguré, sentándome a su lado y acercando mi silla a la suya sin siquiera darme cuenta.

—No miento mal —protestó, cruzándose de brazos.

Mi mirada se clavó irremediabilmente en sus brazos, que al cruzarse habían subido un poco sus pechos. Enarqué una ceja, más interesado.

—¿Cuánto tocan ellos? —Naya dejó la carta en la mesa de un golpe, mirándome fijamente.

Suspiré y volví a levantar la mirada.

—Se supone que hace treinta y cinco minutos —dijo Will—. Supongo que habrán llegado tarde.

—Qué novedad —puse los ojos en blanco otra vez.

Mi hermano no tardó en salir. Puse una mueca al verlo aparecer medio desnudo con todas esas chiquillas gritándole emocionadas. Jenna abrió los ojos de par en par.

—Van vestidos de forma... peculiar.

—¿Van vestidos? —murmuré.

Tantos años y seguían obligándome a ir a ver sus tonterías.

El concierto terminó y Mike se bajó de un salto del escenario, viniendo directo a nuestra mesa. Mi mirada fue inmediatamente a Jenna, que estaba dándole un torpe sorbo a su cerveza. Mike ni la vio. Menos mal. Lo último que necesitaba era que se fijara en ella.

—¿Qué tal? —me preguntó mi hermano—. ¿Te ha gustado?

Suspiré. No quería sacar todo mi mal carácter tan rápido.

—Fascinante.

—Sí, ¿verdad? ¿Y a vosotros?

Los demás pusieron caras de circunstancias.

—Ha estado bi... —intentó decir Jenna.

—¿Y tú quién eres?

Oh, no.

Me tensé al instante en que Mike clavó sus ojos hambrientos en Jenna, que parecía completamente incómoda.

—Creo que no te tenía fichada —le dijo, el muy idiota.

—Normal, no soy una ficha.

Parpadeé, sorprendido, y miré Jenna. Cuando nuestras miradas se cruzaron, tomé un trago de cerveza para disimular la sonrisa. Ella frunció un poco el ceño cuando Mike arrastró una silla entre nosotros.

—Soy Mike —se presentó él—. Soy el hermano de este idiota.

Genial. Menuda impresión se llevará de mí.

—¿Sois hermanos? —parecía perpleja.

—Desgraciadamente —la miré—, sí.

—No se parecen en nada —remarcó Will.

Pero Mike estaba centrado en su labor. Tuve que hacer esfuerzos monumentales para no apartarlo de un manotazo y espantar a Jenna.

—¿Y tú cómo te llamas? —le preguntó, inclinándose.

Bueno, nunca he tenido mucha paciencia.

—Nada que te importe —le dije de malas maneras—. Ya he cumplido, así que dile a mamá que no tengo que venir a ver esta mierda hasta dentro de un año.

—Mamá estará muy contenta de que me hayas traído nuevos fans. Deberías apoyar más a tu hermano mayor, Ross.

—Lo haré el día que hagas algo que valga la pena apoyar.

Vi que Jenna entreabría los labios, sorprendida, y me arrepentí al instante. Mike captó mi mirada y entrecerró los ojos, divertido.

—¿Es tuya?

Será una broma.

Abrí al boca para decir algo, pero me detuve cuando Jenna se me adelantó.

—No soy de nadie, gracias. Y si fuera de alguien, sería de mi madre, que para eso me parió.

Creo que sonreí cuando todo el mundo se quedó en silencio. Mike se había quedado sin palabras. ¿Alguna vez lo había visto así? Lo dudaba mucho.

Vale, definitivamente, me gustaba esa chica. Me daba igual Naya, Will y todo lo demás. No podía evitarlo.

—Qué carácter, chica —reaccionó por fin mi hermano.

—No la molestes —le dijo Naya—. Eres muy pesado, Mike.

Y dejé de escuchar porque Jenna había bebido de su cerveza y se había dejado los labios húmedos. Se me secó la boca cuando se pasó un dedo por debajo del pintalabios para secarse, asegurándose de no quitarlo. Y no supe si quería limpiarle yo la boca o hacerle un desastre. Creo que prefería la segunda.

Volví a centrarme cuando Mike se alejó y Jenna me miró de reojo.

—No lo soporto —estaba diciendo Naya—. Lo siento, Ross, pero...

—No te preocupes, siento lo mismo —le aseguré.

—¿Y qué hacemos aquí? —me preguntó Jenna.

Aparté la silla de Mike para volver a acercarme disimuladamente mientras hablaba.

—Mi madre quiere que venga a verlo, al menos, una vez al año. Es la única forma de que no me moleste con él el resto del año.

Ella pareció sorprendida, pero no dijo nada.

—¿Cómo están tus padres? —me preguntó Will.

¿Por qué teníamos que hablar de ellos ahora? Yo quería hablar del pintalabios de la chica que tenía sentada al lado. Pero tuve que conformarme.

—Bien, como siempre. Mi madre sigue pintando líneas en un lienzo y llamándolo arte abstracto, y mi padre sigue leyendo para no morirse del aburrimiento.

—¿Tu madre es pintora? —a Jenna se le iluminó la mirada.

Me quedé mirándola un momento y tuve que centrarme en Mike para poder seguir la conversación.

—Eso se llama a sí misma. Aunque está claro que lo de artista no es hereditario. Mike lo ha demostrado esta noche.

Mientras salíamos del local, me deslicé disimuladamente hacia Will mientras Naya, Sue y Jenna se adelantaban.

—Dame las llaves —le dije en voz baja.

—¿Ahora? —preguntó, enarcando una ceja.

—Sí, déjame conducir.

—¿Por qué? —pareció curioso.

—Por nada. Solo dámelas.

—No será para llevar a Jenna a la residencia, ¿no?

Le quité las llaves rápidamente y le dediqué una sonrisa divertida.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—No dejas de mirarla fijamente como si quisieras arrancarle la ropa, tío. Deberías disimular un poco más. Tienes suerte de que Naya no se haya dado cuenta. Creo que ella tampoco, pero es cuestión de tiempo que...

—Tranquilo, abuelo, no se dará cuenta hasta que no sea estrictamente necesario.

Él puso los ojos en blanco.

—Por cierto —Will se cruzó de brazos—, ¿qué es eso de que tuviste que pedirle las llaves a Chris para dejar las cosas de Naya? ¿Yo no te había dado unas?

En lugar de responder, hice un gesto hacia el coche, malévolo.

—Venga, vamos a casa. Tengo sueño.

—Eres un caso perdido —murmuró Will, siguiéndome.

Jenna se subió a mi lado y me distraje un momento mirando sus rodillas. Conduje en silencio —con el estéreo de los besos de esos dos y los gruñidos de Sue de fondo— y me detuve delante de nuestro edificio. Jenna pareció dudar un momento cuando nos quedamos solos.

—¿Te llevo? —ofrecí.

Di que sí. Di que sí. Di que sí.

Ella me dedicó una pequeña sonrisa y yo apreté la mano en el volante.

—Si no te importa.

Te aseguro que no me importa.

Vi que Naya se detenía en medio del vestíbulo del edificio, nos miraba y hacía un ademán de acercarse para decirme cosas poco agradables. Aceleré enseguida. De hecho, iba tan distraído que no me acordé de que estaba conduciendo como un loco. Vi de reojo que ella se aferraba al asiento con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Conduciendo, me recuerdas a mi hermano mayor.

Fruncí un poco el ceño.

—¿Y eso es bueno?

—Parece que tenéis las mismas ganas de tener un accidente.

Frené un poco al instante, riendo. Me gustaba su sentido del humor. Me recordaba al mío. Vi que sus manos se alejaban del asiento y se las puso encima de las rodillas.

Necesitaba hablar de algo para no centrarme en eso. Lo que fuera.

—¿Qué tal tu primer día de clase? —solté sin pensar.

Sí, el mejor tema de conversación del mundo, imbécil.

—Aburrido. Presentaciones. Profesores aburridos. Mala combinación. ¿El tuyo?

—Yo no he tenido presentaciones. Es mi segundo año.

—¿No has cambiado de profesores?

—Técnicamente, yo no estoy haciendo una carrera. Solo dura dos años. Son los mismos profesores y alumnos que el año pasado.

—Oh.

¿Por qué me gustó tanto la manera en que me miró? ¿O la manera en que su boca se movió para formar esa última palabra? Me obligué a centrarme en la carretera a pesar de tener sus ojos castaños brillantes sobre mí.

—¿Y qué harás cuando termine este año?

Creo que era la primera vez que alguien me preguntaba eso. Dudé un momento, un poco sorprendido.

—Supongo que lo sabré cuando termine este año —le dediqué una pequeña sonrisa.

—¿No tienes nada pensado? —sonaba perpleja.

Si te dijera lo que tengo pensado...

—Sí. Tengo pensado acabar el año. Después, improvisaré —la miré de reojo—. ¿Y tú qué tienes pensado cuando termines tus magníficos años de filología?

Sonrió un poco.

—Pues... espero tenerlo claro para entonces. En el peor de los casos, me veo a mí misma enseñando a niños de catorce años a diferenciar determinantes de adverbios.

—Un futuro esperanzador.

—Espero no terminar así.

Yo sé cómo quiero terminar contigo.

Vale, tenía que relajarme un poco.

—¿Y no hay nada que te guste? —pregunté.

—Nada especialmente.

¿En serio? ¿De dónde había salido esa chica?

—Pero... eso es imposible. Tiene que haber algo que destaque. Aunque sea un poco.

—No lo creo.

—¿Y qué se supone que has estado haciendo los últimos dieciocho años de tu vida?

—Pues... intentar sobrevivir a mis hermanos, aprobar el curso y ahorrarme broncas de mi madre.

Sonreí, negando con la cabeza.

—Tiene que haber algo —insistí—. Siempre lo hay. Quizá, todavía no lo has encontrado.

—Espero que sea eso.

Y sonaba realmente perdida. Detuve el coche y la miré. Su mirada estaba clavada en el frente. Estaba pensativa. Pensé en estirar el brazo y colocarle el mechón de pelo que se le había vuelto a salir, pero me detuve cuando me dedicó la sonrisa más jodidamente tierna que había visto en mi vida.

—Gracias por traerme.

Mis ojos vagaron hacia abajo. Joder, ¿era consciente de lo bien que le sentaba ese jersey?

—No hay de qué, chica sin hobbies.

Me puso una mueca que le arrugó un poco la nariz y tuve que contenerme para no adelantarme y atraerla para besarla. ¿Qué demonios me pasaba?

—Te sienta bien el rojo —no pude evitar destacarlo.

Mierda, ¿me había pasado? Solo era un cumplido, pero se miró a sí misma como si fallara algo. Aparté la mirada y tragué saliva con fuerza. Me daba la sensación de que la sequedad de boca no era por la cerveza, sino porque su maldito perfume floral flotaba por todo el coche y estaba haciendo las cosas mucho más complicadas de lo que ya eran.

—Buenas noches —murmuré sin mirarla.

Ella me observó unos instantes.

—Buenas noches, Ross.

Me giré cuando estuve seguro de que había bajado del coche y me quedé mirando su culito moviéndose cuando iba hacia la puerta. En cuanto desapareció en el edificio, bajé la ventanilla y dejé que el aire frío me diera en la cara.

Había estado con nosotros toda la tarde en la tienda de cómics y admito que me había embobado varias veces viendo cómo jugueteaba con el cordón de su sudadera gris. ¿Por qué me dejaba tan embobado solo moviendo un dedo? Era ridículo.

Aceptó volver a casa con nosotros y tuve que hacer esfuerzos por no acercarme a ella por el pasillo hacia mi habitación. La sudadera y el pelo se le habían mojado. Ahora, se le pegaban al cuerpo y yo tenía la boca seca por ver la forma de su cintura y sus pechos —por fin—. Verla en mi habitación era todavía peor.

Pero me centré en abrir mi cómoda y buscar sudaderas pequeñas. Quería verla con mi ropa. Aunque sonara a bobada. Quería verlo.

—Seguro que mi madre está convulsionando ahora mismo en casa —murmuré.

La miré de reojo.

—Siempre hablas de tu familia como si tu madre fuera histriónica.

Ella soltó una risa suave que hizo que su pecho se sacudiera y cerré los ojos un momento de centrarme en la cómoda.

Vamos, mente fría.

—No lo es. Pero se preocupa mucho. Muchísimo. Demasiado.

—¿Y eso es malo? —le enseñé las cuatro sudaderas—. Elige la que quieras. Son las más pequeñas que tengo.

Y necesitaba que se pusiera algo. Urgentemente. Porque en ese momento solo llevaba una camiseta interior de tirantes de la cual no podía apartar los ojos.

Vale, tenía que echar un polvo pronto. Desde que la había conocido, no lo había hecho con nadie. Iba a terminar volviéndome loco.

—No es malo —me dijo ella, pero ya no sabía ni de qué hablaba—. Pero puede llegar a agobiar. ¿Tu madre no te llama continuamente para saber cómo estás?

—No me llama mucho —fingí un bostezo para calmarme—. Pero nunca ha sido de las que llaman para ver cómo estás. Al menos, no demasiado.

No veía a mi madre preocupándose tanto por mí. Solo lo hacía por Mike.

Me distraje cuando me enseñó una amplia sonrisa que me hizo sonreír a mí también. Sujetaba la sudadera de Pumba. Era la que había elegido expresamente. La que había tenido en mente desde que habíamos visto la película.

—No sé por qué, pero me imaginaba que elegirías esa —murmuré.

Esta vez no aparté la mirada cuando se estiró para ponérsela. De hecho, me entraron ganas de golpearme a mí mismo por haberle dado más ropa. Sin embargo, la visión de ella con algo mío hizo que, por algún motivo, valiera la pena.

—Venga, vamos —me sonrió, pasando por mi lado y dejando una suave ola de perfume a su paso que esperaba que no desapareciera cuando se marchara esa noche.

No pude volver a hablar con ella. Naya nos contó no sé qué de una invitación de una chica. Will la llevó a la residencia y yo me quedé en el sofá con mala cara. Miré mi móvil varias veces, pensativo, pero supuse que no quería que la molestara justo después de irse. Suspiré y fui a la habitación.

Apenas llevaba durmiendo unas horas cuando el móvil empezó a sonar. Como fuera el idiota de Mike...

—Seas quien seas... ¿sabes qué hora es?

—Necesito tu ayuda.

Me tensé al instante en que escuché la voz de Jen. Un momento, ¿por qué la llamaba Jen? Bueno, no importaba. Lo que importaba era que sonaba asustada. Y no me gustó nada.

—¿Jen?

—Sí. Soy yo —suspiró suavemente—. ¿Puedes hacerme un favor?

La pregunta es si podría decirte que no.

—¿Qué pasa? —ya me había incorporado.

—Naya me ha llamado llorando para que fuera a buscarla, pero... eh... ¿crees que podrías acompañarme a buscarla?

Puse una mueca de decepción. ¿Era esa clase de favor?

Lástima. Yo que ya iba a por condones...

—¿Y Will?

—Ha dicho que no quería que le dijéramos nada.

—¿Sabes lo que me hará si se entera de que no le he avisado?

—Lo mismo que me hará Naya a mí si Will se entera de algo.

—Deberíamos avisarlo y...

—Ross —susurró—, por favor.

Mierda.

Mierda, ¿por qué no podía decir que no? ¿Por qué me gustó tanto la forma en que pronunció mi nombre? Cerré los ojos con fuerza.

—En cinco minutos delante de tu residencia.

—Gracias, Ross —sonó tan aliviada que lo único que quise hacer fue ir a besarla hasta que se le pasara la preocupación, pero dudaba que eso fuera a calmarla mucho.

—Si, en el fondo, soy una persona caritativa —murmuré.

Bueno, siendo positivo, al menos tenía una excusa para verla otra vez.

Me puse de pie y se froté los ojos perezosamente. Seguía medio dormido cuando crucé el pasillo escuchando los ronquidos de Will. Estaba claro que no iba a despertarse en un futuro cercano. Agarré las llaves y bajé rápidamente

al garaje.

Ella estaba de pie delante de su residencia con el móvil en la mano y me quedé embobado un momento cuando vi que seguía llevando mi sudadera puesta. Y unos pantalones cortos. Casi empecé a babear como un idiota. Se acercó cuando vio mi coche y se subió a mi lado. Su expresión estaba un poco crispada por la preocupación. Me gustaba más cuando sonreía.

—Los rescatadores —intenté bromear.

No tardé en darme cuenta de que no estaba por la labor, así que decidí dirigir la conversación por otro lado. Y aceleré un poco. Después de todo, no sabía qué le pasaba a Naya.

—¿Qué le ha pasado?

—No me lo ha dicho. Pero sonaba bastante mal.

—¿Y por qué no quiere que Will se entere?

Ella esbozó media sonrisa, mirándome.

—La conoces más que yo, deberías decírmelo tú.

Bueno, su humor había mejorado. Aproveché la ocasión.

—Bonito atuendo.

No seguí mirándola —más que nada, para no matarnos—, pero vi de reojo que se echaba una ojeada a sí misma. Habría apostado lo que fuera a que se había ruborizado.

—Es que no sabía que ponerme —empezó a decir rápidamente—. Pero... te la lavaré y te la devolveré, te lo aseguro.

Prefiero que te la quites a secas.

—Me fío de ti —dije, sin embargo.

—Es que...

—Puedes quedártela. A mí me va pequeña —mentí—. Y a ti te queda bien —ahí no mentí.

—Pero... —parecía confusa—, es tuya.

—Ya no. Ahora es tuya.

Se quedó mirándome un rato con aire pensativo antes de volver a centrarse en la carretera. Me dijo que me detuviera en una calle llena de grupos de gente algo más joven que nosotros bebiendo y nos bajamos juntos. No pude

evitar media sonrisa cuando volví a ver sus pantalones cortos.

Por favor, que no se los quitara nunca.

O sí. Pero solo en mi habitación.

—¿Qué buscamos? —pregunté, metiéndome las manos en los bolsillos. ¿No se estaba congelando con esos pantalones cortos?

—Un edificio amarillo muy feo.

Vi un grupo de chicos mirándola desde lejos, pero ella ni siquiera se dio cuenta. Estuve a punto de decirle que se pusiera a mi otro lado, pero ya era demasiado tarde. Entrecerré los ojos cuando uno de ellos se giró descaradamente cuando Jen pasó por su lado, mirándole el culo. Oh, no. Eso no.

—Bonitos calcetines —le dijo con una sonrisa.

Vi que Jen seguía andando en un intento de ignorarlo, pero yo no fui capaz de hacerlo. No sé cómo no lo agarré del cuello de la camiseta. Imbécil.

—Bonita cara. Cierra el pico si quieres conservarla.

No me giré a mirar su reacción. Que viniera si quería. Me coloqué al lado de Jen, que miraba encima de su hombro con sorpresa. Sus ojos grandes y castaños se clavaron en mí con sorpresa. Mierda. No quería que conociera esa parte de mí todavía.

—¿Acabo de descubrir tu lado oscuro? —preguntó, medio en broma.

Pero podía notar cierta sorpresa en su voz. No sabía si eso era bueno o malo, así que me apresuré a arreglarlo.

—Soy un hombre peligroso —bromeé.

Por su sonrisa deduje que había funcionado. Ella siguió andando y yo suspiré, aliviado.

Entonces, Jen aceleró el paso y vi que se acercaba a Naya, que estaba sentada en la acera con cara de haber llorado. Oh, a Will no le gustaría eso de no avisarlo. Iba a matarme si se enteraba. Me acerqué también a ella con el ceño fruncido.

Los ojos de Naya parecían temerosos cuando se clavaron en los míos.

—¿Ross? ¿No habrás...?

—Me ha hecho jurar que no le diré nada a Will —señalé a Jen con la cabeza.

Y Naya la abrazó, contándonos lo que le había pasado. Algo de un collar y una

piscina. Tampoco necesitaba muchos detalles para suponer lo demás. Jen la miraba con una mueca de impotencia que no me gustó.

—¿Quieres mi chaqueta? —le ofreció.

De eso nada. Ya llevaba pantalones cortos. A ese paso iba a volver a la residencia con una pulmonía.

—En mi coche hay de sobra —aseguré, haciendo un gesto a Naya para que se acercara—. Vamos, Naya.

—Sí, no quiero pasar un segundo más aquí...

Le puse un brazo por encima del hombro. Pobre chica. Estaba helada. Lástima que yo tampoco llevara una chaqueta encima. Empecé a dirigirme al coche con ella, pero me detuve cuando noté que Jen no estaba a mi otro lado. De hecho, no se había movido.

—¿Y por qué lo ha hecho? —preguntó ella.

Naya la miró, extrañada.

—Le gusta reírse de los demás. Supongo que la hace sentirse mejor consigo misma.

—¿Y te has quedado sin nada? ¿Sin móvil, sin dinero...?

—Todo se ha jodido cuando lo han tirado a la piscina.

Jen clavó los ojos en la casa y vi que se le crispaban los labios. Oh, no. Iba a hacer algo muy estúpido, ¿verdad? Conocía esa cara. Era la que ponía yo justo antes de meterme en una pelea innecesaria.

—Eso no es justo —murmuró.

—Lo sé —dijo Naya en voz baja.

—¿Y tu collar?

—Fue el primer regalo que me dio Will —ella agachó la cabeza. Sí, recordaba haber ido a tres malditas tiendas diferentes porque no encontraba nada que le gustara del todo, el muy pesado—. Por mi cumpleaños.

—¿Te lo ha roto?

—No. Se lo ha puesto.

Jen parpadeó, incrédula.

—¿Y no le has dicho nada?

¿Era una broma? ¿No conocía a Naya? Podía ser muy pesada, pero no se había metido en una pelea en su vida.

—No es tan fácil —dije. Y era verdad. No era fácil plantarte solo delante de varias personas.

—Sí lo es —insistió ella.

—No, no lo es, Jenna —le dijo Naya—. Después de todo lo que pasó en el instituto... me he acordado de lo insignificante que me sentía por ese entonces. Me... me he bloqueado.

Oh, conocía ese sentimiento. Me había surgido demasiadas veces viendo a mi padre. Demasiadas. Intenté alejar esos pensamientos a toda velocidad.

Jen, por su parte, apretó los labios en una dura línea.

—Esperad aquí un momento.

Vi, perplejo, que se daba la vuelta hacia la casa.

—¿Que esperemos? —preguntó Naya.

—Voy a entrar un momento a por tus cosas y volveré.

¿Era una broma?

—Voy contigo.

—No. Quédate con Naya. Será un momento.

Sí, claro.

—De eso nada. O vamos todos o ninguno.

Naya se mantuvo pegada a mi lado cuando me apresuré a seguir a Jen, todavía un poco perplejo. Abrió la puerta de un empujón y se dirigió al jardín trasero. Se detuvo delante de una chica con el pelo rizado que llevaba el collar de Naya. Creo que se dijeron algo, pero yo tenía la mirada clavada en los amigos de esa chica. Como alguno diera un solo paso hacia ella, se me olvidaría eso de parecer un buen chico.

—¿Te he invitado?

Levanté la cabeza. Jen estaba de brazos cruzados delante de la chica como si fuera un maldito samurái.

—No. Has invitado a una amiga mía. Se llama Naya. Quizá te suene... llevas puesto su collar.

No me gustaba nada como la estaba mirando su amigo. Dejé que Naya se escondiera un poco a mi espalda, pero yo estaba listo para mandar de un empujón al chico ese a la piscina como diera un solo paso más.

—¿Y eres su guardaespaldas? —la chica sonrió—. No intimidas mucho.

No quería volverme loco delante de Jen, pero no iba a tolerar que ese otro chico se acercara a ella. Intenté centrarme.

—¿Por qué no le devuelves el collar y terminamos con esto? —le enarqué una ceja a la idiota de la chica.

Y su amigo el bajito tuvo que elegir ese momento para meterse.

—Será mejor que os vayáis.

¿Y vas a hacer tú que me vaya? Por favor...

No me hacía ni gracia. Me limité a enarcar una ceja. El chico me dedicó una sonrisita y le mandó un beso a Jen para que yo lo viera. Oh, así que Frodo quería provocarme.

Vale, se acabó. No me iba a ir de esa casa sin el maldito collar. Ya era personal.

—¿Y por qué iba a dártelo? —preguntó la chica.

—Porque no es tuyo —Jen apretó los puños.

—Ahora es mío. Y tú estás en mi casa. Vete.

—No sin el collar —le aseguré.

—No lo repetiré.

—No nos iremos sin el collar —repetí yo.

Frodo se acercó a Jen —que no se dio cuenta— y yo di un paso hacia él al instante.

—¿Por qué os la jugáis por ella? Decidle a la zorra de vuestra amiga que si quiere el collar, vaya ella misma a por él.

Justo en el momento en que ya me daba igual y apretaba un puño —la cara de Frodo estaba en la alineación perfecta para girársela de un puñetazo— me detuve en seco al notar una mano pequeña apoyándose suavemente en mi hombro. Me giré, extrañado, y Jen me apartó con tanta suavidad que le hice caso y dejé que se quedara sola delante de Frodo.

—Qué miedo —sonrió el chico, mirándola de arriba a abajo.

Y, sin más, esa chica pequeña y tierna... le reventó la maldita nariz de un puñetazo.

Entreabrí los labios, perplejo, cuando ella sacudió el pequeño puño con una mueca y el chico empezó a retroceder, sujetándose la zona afectada.

—¡Estoy sangrando, psicópata!

Jen lo ignoró completamente y se giró a su amiga.

—¿El collar?

La chica se lo dio. Ella se dio la vuelta. Yo seguía con la boca entreabierta. No me podía creer que eso acabara de pasar. Era demasiado bonito para ser cierto.

Entonces, Jen me miró con la misma sonrisa dulce que había visto en ella esos días.

—¿Nos vamos?

Quiero casarme con ella.

Me obligué a seguirla. Incluso su culo parecía más perfecto que cuando habíamos entrado. En cuanto estuvimos fuera, no pude evitarlo y me acerqué a ella.

—Le has dado un puñetazo —no pude evitar la sorpresa en mi voz—. En toda la cara.

Ella sonrió divertida y juro que no sé cómo no la besé ahí mismo.

—No ha sido para tanto. Deberías ver a mi hermano Steve. Era boxeador. Me enseñó a golpear, pero no había tenido que ponerlo en práctica hasta ahora.

Mi felicidad momentánea se borró cuando vi sus nudillos rojos. Mierda. Debí haberlo hecho yo, no Jen. No quería que se hiciera daño. Naya la felicitó, pero no la escuché.

—¿Te has hecho daño?

—Un poco.

Tuve que contenerme para no atraerla cuando me ofreció la mano. No quise tocarla. Pero sí que vi los pequeños círculos rojos en tres de sus nudillos. Era cierto, le había dado con los adecuados. Sabía golpear. Otra agradable sorpresa.

A no ser que te golpee a ti.

—Con el puñetazo que le has dado, no me extraña —mascullé, sin saber si

reír, llorar o poner mala cara. Opté por sacudir la cabeza. No tenía la mano hinchada. Buena señal—. No parece nada grave.

Naya dijo algo y les ofrecí llevarlas a la residencia —aunque no fuera ahí donde quería ir de verdad, pero eso tendría que esperar—. Ninguno de los tres dijo nada en todo el camino. Yo tarareé unas cuantas canciones y detuve el coche delante de pequeño edificio. Entonces, Naya se asomó entre ambos asientos delanteros para mirarme.

—Supongo que lo de no decir nada a Will sigue en pie, ¿no? —sonrió ampliamente.

—Sí —puse los ojos en blanco.

—¡Eres el mejor! —y bajó del coche.

Esperé un segundo a oír la otra puerta abriéndose. Sin embargo, me giré al ver que Jen no se movía de su lugar, mirándome. No pude evitar fruncir un poco el ceño.

—Gracias por haber venido —murmuró finalmente, retorciéndose los dedos. ¿Estaba nerviosa? ¿Por darme las gracias? ¿En serio?

Bueno, habría que relajar un poco el ambiente. No como me gustaría pero, de nuevo, eso tendría que esperar.

—No querría meterme contigo. He visto los puñetazos que das.

Ella me dedicó una sonrisa un poco tímida y agachó la mirada. No sé por qué, pero me gustó la idea de que se pusiera nerviosa a mi alrededor. Teniendo en cuenta que el alterado siempre era yo, no estaba mal ver que también podía provocar algo en ella.

Pero los nervios terminaron deprisa. Levantó la cabeza y me dedicó otra pequeña sonrisa.

—Buenas noches, Ross.

Vi que se daba la vuelta y bajaba del coche. Cuando entró en el edificio, me obligué a mí mismo a apartar la mirada y volver a casa.

Capítulo 3

—¡BUENOS DÍAS, ROSS!

Gruñí contra mi almohada antes de lanzársela y fruncí el ceño cuando algo impactó contra mi cama.

—Vete —le mascullé a Naya de mala gana, dándole la espalda.

—¡Es tarde, Ross!

—Nunca es tan tarde como para no dormir un poco más. Cállate.

—¡Venga, Ross Rossi Ross! Vamos, ven a desayunar.

—Déjame en paz.

—¿No vas a venir?

—No.

—Vamos, despierta y...

—Estoy despierto —me giré, malhumorado—. Lo que no estoy es de humor para tont...

—Jen ha venido conmigo —añadió con una sonrisa malvada.

Me quedé mirándola un momento y vi que su sonrisa se ampliaba. Me froté la cara y miré la hora. Era tarde. Vale. Sabía por qué era. Había intentado salir a noche y encontrar alguna chica para llevarme a casa. Había encontrado algunas, pero... de pronto, parecía que me daban placer vacío. Ninguna tenía ojos castaños brillantes —ni un culo perfecto—. Ni siquiera me besé con ninguna. Solo volví a casa y me fui a dormir de mal humor.

Estúpida Jen.

—Bueno —me estiré—, haré el esfuerzo.

—Claro que lo harás —ella soltó una risita—. Esperaba encontrarme una chica aquí.

—Tú eres una chica y estás aquí —me incorporé, mirándola—. Enhorabuena. La has encontrado.

—Qué gracioso eres.

La ignoré y fui a la cocina, donde vi a Jen charlando con Will. Joder, ¿por qué siempre se veía tan bien? Igual debería verla recién levantada, menos atractiva. Así se me pasaría esa obsesión rara que estaba desarrollando.

Aunque pensar en ella despertándose en mi cama, precisamente, no provocaba sentimientos de rechazo en mí.

—¿Quién la ha dejado suelta por la casa? —protesté.

Me deslicé junto a Jen, que sonrió divertida.

—Oye —Naya se cruzó de brazos—, que no soy un perro.

—No, eres peor. Un mosquito molesto —abrió la nevera tras sacarme el dedo corazón.

—¿No hay nada para desayunar? —Naya empeoró su mueca.

—Claro que hay algo —sonreí ampliamente—. Pizza fría, agua tibia y cervezas. Un desayuno rico en proteínas.

Hubo un momento de silencio cuando me giré hacia Jen para ver si estaba sonriendo. Lo estaba haciendo con la mirada clavada en la barra. Bien. Estaba a punto de sonreír cuando noté que Will me miraba demasiado significativamente como para no irritarme.

Le puse mala cara cuando sus ojos se desviaron hacia Jen y luego a mí de nuevo para después sonreír maliciosamente. No, capullo. Le puse mala cara, pero no sirvió de nada.

—Ross, ve a comprar algo —me dijo.

—¿Y por qué tengo que ir yo? —no quería irme tan pronto, ni siquiera había hablado con ella.

—Porque siempre lo hago yo.

—¿Y por qué no lo hace Sue?

—Yo desayuno mi helado —protestó ella.

—¿Desayunas helado? —Jen puso cara de asco.

Vi que la mirada asesina de Sue se clavaba en ella y se le enrojecían las mejillas. Sacudí la cabeza, atrayendo la atención de nuevo.

—Ya voy.

Fui a comprar de todo. No sabía qué le gust... es decir, que les gustaba a todos para desayunar. Cuando volví al piso, abrí con una sonrisita de triunfo.

—Queredme —las dejé sobre la barra.

Sin embargo, mis ojos se desviaron a Jen, que intentaba hablar en voz baja por el móvil. No me gustó su expresión apenada. No me gustó nada.

—¿El qué? —preguntó en voz baja—. ¿Qué...?

Sus ojos se levantaron a nosotros y los cerró un momento, avergonzada.

—¿Podemos hablar de esto más tarde? Es que ahora no es un buen... ¿y tú a mí? ¿Por qué siempre tengo que hacerlo yo? —pausa, su ceño se frunció arrugando ligeramente su frente perfecta—. Y tú estabas de acuerdo, ¿o te has olvidado de eso?

Miré a Will. Gesticuló un *novio* con los labios. Oh, era eso.

Qué mal me caía ese pobre chico.

Y ahora me caía todavía peor, porque no podía soportar ver que alguien cambiaba la sonrisa de Jen por algo que no fuera algo mejor.

Dios, qué cursi había sonado eso. Solo me faltaba vomitar arcoíris.

—Tú lo has dicho —insistió una Jen bastante irritada—. Llevo tres semanas aquí. ¿Qué harás cuando lleve un mes? ¿Venir a secuestrarme o qué?

Para entonces, ya te habré enamorado y te habrás olvidado de ese imbécil.

¡Yo no haría que su ceño se frunciera!

—Nada. Te acabo de decir que nada. Pero...

Se quedó mirando el móvil. ¿Le había colgado? ¡Yo no le colgaría!

Levantó la cabeza y, cuando vi que entraba en pánico porque no sabía qué hacer, le pasé una bolsa de comida.

—Gracias, pero no desayuno nunca —su voz sonaba mucho más apagada que antes. No pude evitar apretar un poco los labios.

Imbécil.

—¿Y no comes nada hasta el mediodía? —pregunté con una media sonrisa.

—No —murmuró, apartando la mirada.

Vi que dudaba un momento con la cabeza agachada y juro que me entraron

ganas de decirle que dejara a ese imbécil aunque realmente no fuera problema mío. Menos mal que me detuvo al levantar la mirada y dedicarme una pequeña sonrisa

—Pero haré una excepción.

Mientras ella sacaba algo de comer de la bolsa, Will se aclaró la garganta.

—Bueno, ¿y qué hacemos esta noche?

—A mí no me apetece salir, la verdad —murmuró Naya con la boca llena.

—Ni a mí —dijo Jen, otra vez un poco demasiado apagada para mi gusto.

Will me miró un momento y supe que planeaba algo malvado. Especialmente, porque su siguiente mirada se clavó en Jen. Mhm... igual podía gustarme ese plan malvado.

—Podríamos ir al cine —dijo casualmente

—Nunca diré que no a ir al cine —dije enseguida.

Miré a Jen esperando que dijera algo, pero vi que toda su incomodidad de antes se transformaba vergüenza. Se le encendieron las mejillas. Eso estaba mejor.

—¿Qué? —preguntó Naya, curiosa.

—Es que... no quiero que os penséis que soy muy rara.

Y solo con eso ya supe qué tenía en esa cabecita tan bonita. Esbocé una sonrisa de oreja a oreja.

—Dime que has ido alguna vez al cine.

Su cara se volvió escarlata y no pude evitarlo. Empecé a reírme con ganas. Me puso mala cara.

—Dios, es como si viniera de un universo paralelo.

—Es que... —buscó una excusa—, a mis amigos nunca les gustó demasiado.

—Pues hoy será tu primera vez —le aseguró Naya—. Pero por la noche. Tengo un montón de trabajo acumulado.

—La verdad es que yo también.

Hablar de trabajo hizo que me acordara de que tenía que terminar el maldito proyecto en grupo. Mierda, ¿a qué hora había quedado con esos inútiles? A las diez y media. ¿Qué hora...? Genial, eran las diez. Me puse de pie.

—Y yo tengo que irme —les dije. Iba a llegar tarde, mierda—. Nos vemos esta noche. Ya me diréis la hora.

Me fui sin decir nada. Ojalá hubiera tenido tiempo de girarme y decirle algo a Jen, pero dudaba que estuviera de humor para eso.

Estaba fumándome un cigarrillo frente al edificio mientras esperaba a Will. ¿Por qué tardaba tanto? Ah, sí. Había movido uno de los cojines de Sue y esa loca estaba gritándole por todo el piso.

Di la última calada y vi que su coche aparecía. Subí a su lado y empecé a reírme al ver su expresión de cansancio.

—Que sea la última vez que tocas sus cojines, señorito —me burlé.

—Oh, cállate —sacudió la cabeza y empezó a conducir hacia la residencia.

Hubo un momento de silencio mientras yo escondía el paquete de tabaco en el bolsillo. Noté que esbozaba una pequeña sonrisa y fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Nada.

—No, ¿qué?

—Sabes *qué*.

—No, no lo sé.

Vaaaaaale, sí lo sabía.

—Sea lo que sea que estés pensando, estás equivocado —añadí.

—Ni siquiera te he dicho nada —se rió de mí.

—Sé lo que ibas a decir.

—¿No has dicho que no lo sabías?

—¿Quieres dejar de intentar sonsacarme cosas como si esto fuera un interrogatorio de una película mala de detectives? Ya te he dicho que lo sé.

—¿Y qué es?

—Que quiero algo con la amiga de Naya. No es así.

—Con la amiga de Naya —repitió, divertido—. ¿Ya no es Jenna? ¿O Jen, mejor

dicho?

—Ni me acordaba de ella —murmuré, mirando por la ventanilla.

—Oye —dejó de reírse por un momento—, no es para tanto. Es decir, en ti es raro, pero si te gusta una chica, es nor...

—No me gusta. Solo... me parece interesante.

—Sí, a mí Naya también me parecía interesante. Por eso empecé a salir con ella.

Clavé los ojos en la carretera, malhumorado. Dejé que me comiera yo solo la cabeza un rato antes de girarme hacia él de nuevo.

—Tiene novio —le recordé.

—Sí, Naya me ha hablado de su novio.

—¿Y?

—Dice que cree que no la trata muy bien —se giró un breve momento para mirar mi expresión.

No sé si me gustó —porque eso quería decir que yo podía ser mejor— o lo odié —porque odiaba pensar que alguien podía tratarla mal—. Era extraño.

—Pues que lo deje —murmuré, fingiendo que me daba igual.

—Podrías convencerla tú.

—No es mi problema.

—Ya lo creo que lo es.

—Aunque lo fuera, tampoco podría convencerla.

—Creo que podrías hacerlo.

Silencio. Lo miré de reojo.

—¿Y eso por qué? —y esta vez se me olvidó fingir indiferencia.

—Lo primero que ha hecho esta mañana ha sido preguntar por ti.

Repiqueeté los dedos en mi rodilla, un poco impaciente. Sabía que tenía más cosas que contar. Y me daba un poco de miedo la ansiedad que no podía controlar por saberlas. Will sonrió.

—¿Y qué más? —insistí.

—¿No has dicho que no era tu proble...?

—Dímelo de una maldita vez, pesado.

—Vale, vale —empezó a reírse de nuevo—. Naya y yo hemos notado... ciertas miradas.

—Ciertas miradas —repetí, más interesado de lo que me gustaría.

—Siempre quiere sentarse contigo en el sofá, acompañarte a fumar, escuchar tus tonterías... es decir, si escucha tus tonterías y no se aburre con ellas... cástate con esa chica, porque es única.

—Yo no digo tonterías.

—...y te mira. Te mira mucho.

Me removí incómodo en el asiento antes de fruncir el ceño otra vez.

Iba a preguntar más, pero decidí que no quería saberlo. No quería seguir aumentando esa estúpida emoción que me estaba recorriendo. No me gustaba. En su lugar, me giré hacia delante. Él también decidió dejar el tema, pero me entraron ganas de golpearlo cuando vi que seguía riendo disimuladamente.

Ya en la residencia, estaba un poco ansioso por descubrir si lo que había dicho era verdad. Ese día, iba a fijarme en si me miraba o no. Después de todo, lo único que necesitaba a esas alturas era una pequeña señal y pensaba lanzarme y acabar con toda esta mierda de espera que me estaba desquiciando.

Admito que mi desilusión fue notable cuando Naya me abrió la puerta en lugar de ella.

—¿Y Jen? —pasé por su lado y revisé la habitación con los ojos.

—Duchándose —ella me enarcó una ceja—. Hola a ti también. Estoy genial, gracias por preguntar.

Le dediqué una sonrisa encantadora y miré el lado de la habitación que sabía que era de Jen. ¿Por qué quería ver sus cosas? Me acerqué y me senté en su cama mientras esos dos se empezaban a besuquear. Agarré el primer libro que vi y me di cuenta de que era un álbum pequeño. Me tumbé en la cama y esboqué media sonrisa al verla con la que supuse que sería su hermana mayor —me había hablado de ella— y otro de sus hermanos en la playa, de pequeños.

Ya había pasado unas cuantas fotos cuando algo interrumpió mi investigación de su vida. Ya había llegado a las fotos de instituto. Lástima.

—Eh... hola.

La miré por encima del álbum. Joder. Solo llevaba un albornoz. Y de Dori. No sé si me entró ternura o algo peor, pero mis ojos se clavaron irremediabilmente en su clavícula descubierta. Mierda. Tenía que hablar algo o se daría cuenta.

—Empezaba a sentir que me estaba fundiendo con el entorno. Estoy cansado de oír succiones y lametazos.

Will rió y me lanzó una almohada. Conseguí atraparla y la dejé en la cama de Jenna, que se acercó directamente a mí y me gustó más de lo que debería ver que me dedicaba una pequeña sonrisa.

—Bonito albornoz —murmuré—. Se nota que hasta hace poco solo habías visto Buscando a Nemo.

—No tengo otro —me dijo, un poco molesta. Era adorable incluso molesta—. ¿Se puede saber qué haces con mi álbum?

Oh, no. Se sentó a mi lado. Y solo llevaba ese trozo de algodón encima. Además, se inclinó hacia delante y el escote se abrió un poco. Mierda.

Vista al frente, soldado .

—Me aburría —dije con toda la tranquilidad que pude reunir, que no fue demasiada.

—¿Y no tienes móvil? —sonrió, enarcando una ceja.

—Sí. Pero me gusta más el drama realista.

Ella pareció divertida cuando se adelantó y me robó el álbum, rozándome el proceso. Miró la foto que yo había considerado que era con dos amigos y vi que esbozaba media sonrisa. Me incorporé hasta quedar sentado y me incliné encima de su hombro para poder ver mejor. Olía demasiado bien. Podría pasarme horas solo oliéndole el pelo. Se me estaba yendo la olla.

—¿Quiénes son? —le pregunté.

Señaló al primer chico.

—MI novio, Monty...

—¿Monty? —se me olvidaron las dos primeras palabras por un momento. Qué mierda de nombre—. Por Dios, ¿qué le hizo a sus padres para que lo odieran al nacer?

Empezó a reírse y cuando se le sacudieron los hombros me rozó el pecho con ellos. Mierda. Repiqueteé un dedo en el colchón cuando se giró para mirarme. Creo que nunca había estado tan cerca de mí.

—Viene de Montgomery —me explicó.

—No sé si lo hace peor.

Volvió a sonreír, se me quedó mirando un momento, y luego pasó a la siguiente foto. Yo me quedé mirando un pequeño lunar que tenía bajo la oreja. De pronto, quería besarlo. Y descubrir todos los que tenía en el cuerpo. Vale, tenía que centrarme.

Volví a la realidad y vi que Will me miraba con una sonrisita malvada, mientras que Naya parecía querer matarme. Por lo tanto, se me estaba notando demasiado.

—Nel, una amiga —siguió explicándome Jen sin siquiera darse cuenta—, y un amigo de Monty. Ganaron un partido de fútbol por primera vez.

Un momento, ¿ese de ahí era mi competencia? Por favor. Me entraron ganas de reír. Y de hacer comentarios ofensivos. Pero no quería cabrear a Jen.

—Tienen pinta de ser malísimos —no pude evitarlo, lo siento.

Por un momento, me dio la impresión de que iba a ponerme mala cara, pero volvió a reírse y cerró el álbum, mirándome otra vez. ¿Por qué estaba tan cerca? O mejor dicho ¿por qué normalmente no estaba tan cerca? Podría llegar a acostumbrarme.

—Lo eran —me aseguró, mirándome—. Solo iban a los entrenamientos para salir después con sus amigos a beber.

Ella dejó el álbum donde lo había encontrado y por un precioso momento, cuando se acercó al armario, creí que iba a cambiarse ahí mismo. Pero, evidentemente, no fue así. Agarró algo de ropa y volvió a mirarme. Yo seguía medio atontado en su cama.

—Cinco minutos y estoy lista —me aseguró.

Sonreí y volví dejar caerme en la cama.

—Yo creo que voy a ponerme taponos.

Volvió rápidamente y yo me pregunté por enésima vez cómo podían quedarle tan bien unos estúpidos vaqueros. En serio, iba a mandar un correo de agradecimiento a donde fuera que los había comprado solo para que me mandaran diez más y poder ponérselos —y quitárselos— una y otra vez.

¿Ves? Se te va la olla.

Subimos al coche y apreté un poco los labios cuando no se sentó a mi lado, sino detrás con Naya. Bueno, no todo podía ser perfecto.

—¿Dónde íbamos? —con tanto pensar en ella, se me había olvidado.

—Centro comercial. Cine. ¿Podemos ir a ver la película esa de guerra? —Naya se asomó entre nuestros asientos con una sonrisa inocente.

—No me apetece llorar —aseguró Jen.

—Me uno a Jenna —dijo Will.

Y yo. En cualquier cosa.

Bueno, iba a necesitar un cigarrillo. A estas alturas, era lo único que podía calmarme un poco. Aceleré y me encendí uno con la mano libre.

—¿Y cuál es la alternativa? —preguntó Naya.

—La de miedo —dije enseguida—. La de la monja esa.

Quería que cierta señorita se aferrara a mí, aunque fuera por estar asustada.

—¡Sí, esa! —Will siguió mi plan malvado.

—No sé... —empezó Jen.

—Ni de coña —dijo Naya.

Oh, no. No iba a quitarme eso también. De eso nada. Quería mi excusa para que Jen se abrazara a mí. Me lo había ganado.

—¿De quién es el coche?

—Tuyo, pero...

—Entonces, la de la monja.

—Eso no es justo, Ross.

—Repito, ¿de quién es el coche?

Jen se asomó en ese momento entre los asientos.

—Sí, pero el cine no es tuyo.

Dios, voy a casarme con esta chica.

Estuve a punto de esbozar una sonrisa, pero me detuve cuando Will me echó una ojeada divertida. Así que me limité a mirar con mala cara a Jen.

—Yo confiaba en ti.

—¡Mira al frente! —me chilló, volviendo a colocarme.

—¡Pero si estoy en una carretera recta!

—¡Anda que no ha muerto gente en carreteras rectas!

Pasado su momento de reina del drama, aparqué en el centro comercial y los cuatro fuimos a la zona del pequeño cine. Yo ya me comía mis palomitas. Jen iba delante de mí y aproveché la ocasión para mirarla de arriba abajo unas cuantas veces más de las que me gustaría admitir.

Sin embargo, me detuve cuando ella se giró en redondo hacia mí. Por un momento, me dio la sensación de que iba a darme una bofetada —merecida, la verdad— por haberle estado mirando el culo, pero vi que solo señalaba la pantalla de la sala.

—¡Es gigante!

Parpadeé antes de darme cuenta de qué hablaba. Lástima. Solo yo era el perverso.

Esboqué una pequeña sonrisa y negué con la cabeza. Al menos, pude sentarme a su lado. Me acomodé en mi asiento y empecé a engullir.

—¿Siempre tienes tanta hambre? —me preguntó Jen en voz baja.

Pese a que solo había publicidad en la pantalla, ella se había inclinado hacia mí para hablarme en voz baja. Definitivamente, podía acostumbrarme a eso.

—Siempre —le aseguré.

—¿Y no engordas?

—Nunca.

Puso una mueca.

—Creo que te odio.

Estuve a punto de reír. No, no iba a dejar que me odiara. Aunque teniendo en cuenta mi experiencia con otras chicas era probable que lo hiciera.

—Yo creo que no. Toma, anda.

Metió su pequeña mano en las palomitas y la miré de reojo mientras se las comía lentamente. Cuando vi que empezaban los créditos iniciales, me incliné hacia ella y pude oler su perfume. Ella se giró un poco hacia mí, intrigada.

—Oye —murmuré.

—¿Qué pasa?

—¿Alguna vez has visto una película de terror?

—La verdad es que no.

Sonreí y ella me entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—Creo que esta noche te arrepentirás de haber venido.

Pareció confusa, pero no dijo nada.

Sin embargo, no se esperaba que la primera escena fuera de terror puro y duro. Creo que nunca me había alegrado tanto de algo como cuando surgió el primer susto y ella soltó un grito ahogado, rodeándome el brazo con ambas manos. Contuve una pequeña sonrisita divertida mientras seguía comiendo y ella sufría, aferrada a mí.

De pronto, el terror era mi género favorito.

Terminó con ambos brazos literalmente rodeando el mío y la mejilla pegada a mi hombro. Y no recuerdo haber estar tan cómodo con el contacto humano en mucho tiempo. Estaba mirándola de reojo cuando, de repente, sus dedos se apretaron en mi brazo con fuerza. Otro susto.

Benditos sustos.

Jen levantó la cabeza hacia mí.

—¿Cómo se mete ahí? —pareció sinceramente irritada.

—Si no lo hiciera, no habría película.

—Lo sé —volvió a apoyar la mejilla en mi brazo—. Pero es estúpida.

Yo sí que soy estúpido.

Estaba disfrutando demasiado de eso. Demasiado. Me incliné un poco hacia ella para que tuviera mejor acceso a mi brazo y, efectivamente, se pegó con más fuerza. Pero una parte de mí sabía que no lo hacía por mí. Sino por el miedo que le causaba la película. Intenté no parecer muy decepcionado mientras ésta terminaba.

Y me soltó. Y yo suspiré. Ella abrió los ojos como platos cuando vio que tenía marcas rojas en el brazo que había estado agarrando. Pero te aseguro que no me dolían. No pude decírselo porque se puso de pie enseguida y siguió a la parejita feliz.

—¿Ya nos vamos? —preguntó Naya.

Yo abrí la boca y volví a cerrarla, mirando a Jen de reojo. Ella parecía ocupada

asegurándose de que no nos perseguía nadie. Cuando volví a levantar la cabeza, vi que Will me sonreía. Le fruncí un poco el ceño, pero su sonrisa se amplió.

—Podéis venir a casa —sugirió él, estúpidamente feliz.

Jen dio un respingo cuando vio que todos la mirábamos.

—Yo debería irme a la residencia, la verdad... —murmuró, jugando con sus dedos. Siempre hacía eso cuando se ponía nerviosa, ¿no?

—No seas así —le suplicó Naya—. Vamos, por fa, por fa...

Pareció que Jen iba a negar con la cabeza y me encontré a mí mismo suplicando que no lo hiciera. Quería que volviera a mi habitación. Aún sin hacer nada. Quería pasar más tiempo con ella.

—Luego te puedo llevar a la residencia —dije demasiado precipitadamente, así que intenté arreglarlo con una broma—. Estoy empezando a asumir que soy el chico de los recados.

La verdad es que no me esperaba que fuera a decir que sí, pero sus ojos se clavaron en los míos y me pareció que no dudaba un segundo en dedicarme una pequeña sonrisa.

—Bueno... vale.

—¿En serio? —Naya se indignó—. ¿A mí me dices que no y a él que sí?

—Es que a mí me gusta Tarantino, Naya —le sonreí ampliamente—. Estamos en diferentes puestos sociales.

—Exacto —bromeó Jen, sonriéndole ampliamente.

Para mi sorpresa, cuando me encaminé al coche, ella se colocó a mi lado y enganchó su brazo con el mío. Intenté disimular, pero se me habían tensado todos los músculos del cuerpo sin saber muy bien por qué.

Ya habíamos cenado cuando fui con Jen a mi habitación. Ella eligió una película cualquiera, pero no tardé en darme cuenta de que no le estaba prestando ni un poco de atención... porque estaba pendiente de cada rincón de la maldita habitación.

Contuve una sonrisa.

—¿Qué haces? —pregunté.

Ella dio un respingo cuando pausé la película y me miró.

—¿Yo? —se le tiñeron las mejillas de rojo—. Nada.

—¿Estabas mirando el rincón? —enarqué una ceja, sin poder contener la sonrisa por más tiempo.

—No —mintió rotundamente.

—¿Tienes miedo? —la irrité un poco más.

—¡No!

Y esta vez no me hizo tanta gracia porque pareció demasiado incómoda con la situación.

Vamos, idiota, compórtate un poco para variar.

—No pasa nada —le aseguré enseguida—. Tener miedo de una película de miedo es... casi obligatorio.

Ella pareció un poco más animada por un momento y tuve el impulso de alargar la mano y apartarle el mechón de pelo de siempre antes de que ella lo hiciera inconscientemente.

—Pues no te veo muy asustado —murmuró.

—Porque ya he visto muchas. Te aseguro que no va a salir ninguna monja asesina de ahí.

Ella asintió con la cabeza, pero vi que algo le rondaba la cabeza.

—¿Qué? —pregunté.

—Es de noche...

—Gracias por avisarme. No me había dado cuenta.

Suspiró y sonreí. ¿Qué le pasaba?

—Es que está oscuro —insistió, jugueteando con sus dedos.

—Vale —tenía mi atención, pero seguía sin entender qué pasaba—, eso también lo había visto.

Se mordió el labio inferior y se incorporó un poco bajo mi atenta mirada.

—¿Puedes... acompañarme al baño?

Vale, no pude evitar ser el idiota que los dos sabíamos que era y me puse a reír. Ella volvió a enrojecer y se incorporó bruscamente, irritada.

—Sabía que no tendría que habértelo pedido.

Oh, no. Mierda. Me puse de pie precipitadamente, siguiéndola.

—No, espera. Yo te cubro las espaldas.

La seguí al cuarto de baño admirando las vistas y ella se detuvo en la puerta, señalándome.

—Espera aquí.

—Como ordenes —hice una reverencia.

Me puso mala cara y se apresuró a entrar en el cuarto de baño. Apoyé el hombro en la pared y sonreí un poco, divertido.

—¿Sigues vivia?

Escuché su suspiro incluso a través de la puerta.

—Sí, Ross.

—¿Y cómo sé que eres tú y no te está obligando a decir eso un espíritu de monja?

Hubo un momento de silencio. Mi sonrisa se ensanchó.

—Porque te lo digo yo.

—Pero, ¿cómo sé que eres tú y no...?

Me empecé a reír cuando abrió la puerta, poniéndome mala cara.

—No tiene gracia —me frunció el ceño—. Estoy asustada.

—Sí que tiene gracia. Admítelo.

—Que te den.

Dejé de reír, sorprendido, cuando me lo dijo con ese enfado. Espera, ¿estaba enfadada de verdad? Vi que entraba en mi habitación y me apresuré a seguirla. Sin embargo, mi alivio fue evidente cuando vi que solo estaba irritada por la situación. Esbocé una sonrisa y me dejé caer en la cama. El portátil rebotó y ella lo salvó justo a tiempo, poniéndome mala cara. Otra vez.

—¿Nunca has tenido miedo de una película de terror? —preguntó, sentándose a mi lado.

Entrelacé los dedos en mi nuca solo para no tener la tentación de estirarme y arrastrarla justo a mi lado.

—Bueno... —sí, la verdad era que sí—, de pequeño vi un trozo de El exorcista.

La escena de las escaleras. Estuve unas cuantas noches asustado.

—¡Y te ríes de mí! —me empujó por el hombro, indignada.

—¡Yo tenía ocho años, tú diecinueve!

—Dieciocho —me corrigió.

La edad perfecta para estar aquí sentadita en mi cama.

Pareció que iba a decir algo, pero se detuvo cuando el ruido de esos dos tortolitos haciéndolo empezó a escucharse en la habitación. Suspiré sonoramente.

—Que empiece la fiesta —murmuré.

—¿Siempre son así de...? ¿Mhm...?

—¿Pesados?

—Iba a decir cariñosos.

La miré de reojo. No era capaz de decir algo malo de ellos ni en una situación así. Esbocé media sonrisa. Era demasiado buena.

—Sí, siempre son unos pesados cariñosos —le aseguré—. Pero no te preocupes, Sue no tardará en cortarles el rollo.

—¿Qué quieres decir?

Casi al instante, escuché los pasos de Sue hacia su habitación justo antes de que golpeará su puerta con un puño.

—¡Tengo que despertarme a las seis! ¡Si queréis gritar id a la calle!

Y volvió a su habitación. Todo volvía a estar en silencio.

—Siempre me quejo de Sue —murmuré—, pero la verdad es que ayuda bastante en ese sentido. Además...

Me corté a mí mismo cuando me empezó a sonar el móvil. La cara de Lana apareció en la pantalla y fruncí un poco el ceño. ¿Qué quería? ¡Estaba ocupado!

Pero la conocía. Empezaría a agobiarme si no respondía. Suspiré.

—¿Te importa...?

—Estás en tu casa —se encogió de hombros.

Respondí a Lana por el camino hacia el salón, justo en el punto del pasillo en

que empezaba a haber cobertura.

—¿Sí?

—Hola, cariño —me saludó alegremente.

—¿Cariño? —enarqué una ceja—. ¿Qué quieres?

—Oh, vamos, Ross. Solo te llamaba para preguntarte si estás bien y todo eso.

Me detuve al final del salón, en la ventana, y me apoyé con un brazo en la pared.

—Estoy bien —le dije—. ¿Y tú? ¿Qué tal por la magnífica Francia?

—Oh, es increíble. Deberías haber venido. Te encantaría.

—No creo que sea para mí, la verdad.

—¿No te acuerdas de la escuela esa de cine? Está en Francia. Podrías haberla visitado. Y visitarme a mí.

—Lana, mandé la solicitud hace unas semanas. No me dirán nada hasta dentro de un mes o dos. Si es que me responden, cosa que dudo.

—No seas tan pesimista, cariño —suspiró—. ¿Y qué tal...?

—Oye, la verdad es que estoy un poco ocupado. Te llamaré más tarde, ¿vale?

—¿Ocupado? —eso pareció divertirla—. ¿Ya estás con otra chica? ¿Os he pillado en mitad de...?

—Estoy con una chica, pero no de ese modo —bajé la voz.

Silencio. Casi pude verla frunciendo el ceño.

—¿Tienes novia? —me preguntó con voz aguda.

—No.

—¿Entonces...?

—Solo es una amiga. Una buena amiga que me está esperando.

—Así que te gusta una chica.

—Buenas noches, Lana.

—¡Pienso descubrir quién es!

Colgué suspirando y me di la vuelta justo en el momento en que Will agarraba

las llaves de su coche. Vi que Jen se ajustaba el abrigo y fruncí un poco el ceño.

—¿Ya te vas? —pregunté—. Solo estábamos a mitad de la película.

—Es que tengo sueño —pareció sincera—. La puedo terminar en mi habitación.

—Eso está al nivel de traición de alguien que empieza una serie con otra persona y la termina solo.

—¿Qué pasa? —me preguntó Will con su sonrisita divertida—. ¿Quieres venir?

Sonreí ampliamente.

—Si insistís, no puedo negarme.

—Nadie ha insistido —me dijo Will, pero lo ignoré completamente.

En el camino a la residencia, no sé ni de qué estábamos hablando cuando Will me dio un manotazo en el brazo. Clavé los ojos en la misma dirección que él y suspiré.

—¿Ese no es Mike? —preguntó.

Pues claro que era el idiota de Mike. Discutiendo con una chica. Qué novedad.

—Deberíamos parar —me dijo Jen—. No parece que tenga cómo volver a casa.

Solo la perspectiva de Mike sentándose al lado de alguien como ella me revolvía el estómago.

—Quizá por eso no deberíamos parar —le dije—. A ver si se pierde por el monte.

Will me miró.

—¿Qué monte? Si esto es una ciudad.

—Pues por un callejón.

Me tensé un poco cuando Jen me puso una mano en el hombro.

—No seas así, es tu hermano.

Si ella supiera cómo era el idiota de mi hermano...

—Y por eso paso de recogerlo.

—¿Y vas a dormir tranquilo sabiendo que podría estar solo aquí de noche?

Al final, no sé cómo me convenció, pero de pronto tenía al idiota de Mike asomándose por mi ventanilla.

—¡Hermanito! —exclamó.

—Sube y calla —le solté.

—¿Habéis venido a rescatarme? —preguntó—. Hola, Jennifer.

Se me removió algo dentro cuando vi que la miraba y no me gustó nada.

—Hola, Mike —le respondió ella educadamente cuando se sentó a su lado. Lo miré de reojo. Como hiciera algo, lo que fuera...

—¿Dónde ibais? —preguntó él.

—Me acompañaban a la residencia.

—¿Ya? Pero si es viernes.

—No me gusta mucho salir.

—Si salieras una noche conmigo, lo amarías.

Y, entonces, me pasó algo que no me había pasado en toda mi vida.

Sentí una punzada de celos.

No recordaba haberme puesto celoso en mi vida. Ni siquiera con mis otras novias. No era mi estilo. ¿Qué demonios me pasaba?

—No la molestes, Mike.

—No la molestes, Mike —me imitó, riéndose.

Poco después, llegamos a la residencia y Jenna se quitó el cinturón.

—Gracias por traerme, Will.

Admito que me ofendió un poco que solo lo mirara a él y a mí me ignorara.

—¿Gracias por traerme, Will? ¿Y yo qué soy? ¿Un adorno?

—Gracias por traerme, Ross —corrigió, dedicándome una sonrisa.

—¿Gracias por traerme, Ross? —dijo Mike—. ¿Y yo...?

—Tú, cállate —le espeté.

Mike hizo una de sus tonterías, pero yo solo tenía ojos para Jen, que pareció

divertida mientras entraba en su residencia. Y deseé poder entrar con ella.

Capítulo 4

Miré a Will y Naya besándose como si no hubiera un mañana... y solo pude formular una pregunta:

—¿Dónde está Jen?

Naya se separó y me dedicó una mirada de advertencia.

—Déjala en paz —me advirtió.

—¿Eh? —me hice el ofendido.

—Ya me has oído, Ross. Estoy harta de que me espantes a las amistades. Ya lo hiciste con Lana.

Y dale con Lana. ¿Desde cuándo a nadie le importaba que se hubiera ido? ¡Ni siquiera habían hablado de ella en meses!

—Naya... —intentó decirle Will.

—No, cariño, sabes que es verdad.

—No, no lo es —aclaró Will—. Creo que esta vez no lo es.

Hubo un momento de silencio. Naya me miró fijamente y yo me revolví, incómodo.

—Oh —dijo, de repente, y su mirada se iluminó—. ¿En serio? Nunca creí que... bueno... oh, ¡me encanta! ¡Voy a mandarle un mensaje y a...!

Se detuvo cuando su móvil vibró y sonrió ampliamente.

—¿A que no adivinas quién me ha preguntado qué estoy haciendo porque está aburrida, Ross?

—Dile que voy a buscarla —murmuré, poniéndome de pie.

Llegué a la residencia poco más tarde y bastante más emocionado de lo que quería creer. Admito que me sorprendió un poco ver a Jen hablando con Chrissy.

Además, cuando se apoyaba en el mostrador se le levantaba el jersey y tenía una vista panorámica de su culo perfecto. Me deleité un momento antes de acercarme.

—...conciencia porque duermas en la calle —estaba murmurando Chris.

Fruncí el ceño. ¿Dormir en la calle? ¿Quién? ¿Jen? ¿Teniendo yo esa cama tan grande?

Sí, claro.

Y, entonces, ella pronunció las palabras mágicas para darme una excusa para tocarla.

—No te imaginas lo que necesito un abrazo ahora mismo.

Vi que Chris hacía un ademán de abrazarla y aceleré el paso. De eso nada. Ese abrazo era mío.

Noté que se tensaba cuando la rodeé con los brazos por la cintura y le puse una mano en el estómago. Estaba más duro de lo que habría imaginado. ¿Hacía ejercicio?

No me importaría mirar una sesión.

Jen levantó la cabeza, sorprendida, y su pelo me rozó la mandíbula. Se quedó mirándome con los muy abiertos.

—¿Y por qué no me lo pides a mí? —miré a Chris porque mirarla a ella me estaba empezando a poner un poco nervioso—. Hola, Chrissy.

Él dijo algo, pero yo estaba a millas de escucharlo cuando noté que Jen ponía una de sus manos sobre la mía. Mi brazo entero se tensó, pero ella ni siquiera se dio cuenta. ¿Cómo podía no notar ciertas cosas cuando era tan estúpidamente obvias?

—Vale, Chrissy —le dije al ver que había terminado, mirándola solo a ella—. Bueno, ¿de qué hablabais? ¿De los condones con sabor a mora?

Lo malo fue que Jen se separó un poco. Lo bueno fue que sonrió, sacudiendo la cabeza.

—¡Eso son secretos de la residencia! —me increpó Chrissy.

—No puedes pretender dar condones de sabores por el campus sin que se entere todo el mundo.

Además, yo ya había probado todos los sabores.

Aunque volver a probarlos con Jen no era un problema, la verdad.

—Eres un chismoso —me dijo Chris, enfadado—. Hablábamos de los problemas financieros de Jennifer.

Mi pensamiento se desvió por un momento de todos los escenarios que envolvían a Jen y a esos condones para mirarla, sorprendido. Sus mejillas se habían teñido de un rojo intenso.

—Gracias por la discreción, Chis.

—Ups. Hablábamos de Candy Crush.

—Muy hábil...

La miré un momento más y vi que ella se ponía todavía más roja al notarlo. ¿Por qué le incomodaba hablar de eso conmigo? ¿Era por mí? ¿No tenía la suficiente confianza conmigo? Eso me irritó un poco más de lo que debería.

—¿Estás mal de dinero?

Al notar que las vibraciones calientes de su cara podían derretirme el brazo, decidí soltarla —muy a mi pesar— para que no se sintiera tan incómoda. Ella se colocó el mechón de pelo de siempre, aclarándose la garganta.

—No. Bueno... sí, pero no pasa...

—¿No puedes pagar el mes? ¿Es eso?

Por el amor de Dios, yo le pagaría diez años si hacía falta solo para no volver a ver esa cara.

—Eso es privado —ella miró a Chris, que se hacía el distraído.

Puse los ojos en blanco. Mierda, quería que confiara en mí. Me acerqué un paso a ella, que me miró a través de las pestañas.

—Vamos, responde.

Ella dudó por un momento antes de asentir lentamente con la cabeza.

—Sí. Así que si sabes de alguien que busque trabajadores de... algo... lo que sea, sería útil.

Sabía que podía ir al tablón de anuncios y encontraría diez trabajos distintos. Pero no quería que tuviera que trabajar sin ser necesario.

Así que me la jugué. Todo o nada.

Por favor, que salga bien.

—No, no conozco a nadie.

Casi me dolió a mi cuando vi su decepción. ¿Qué demonios me pasaba?

—Vaya —murmuró.

Por favor, que salga bien. Por favor.

Creo que nunca me había puesto tan nervioso. Y era por una estupidez.

—Pero tengo algo mejor. Podrías venirte a vivir con nosotros.

La palabra *conmigo* estuvo a punto de salir de mis labios, pero me contuve a tiempo. Era demasiado pronto. Con el tiempo ya la usaría.

Su cara fue de confusión absoluta, claro, lo que aumentó mis nervios.

Pero, ¿cuándo demonios me había puesto yo nervioso por última vez? ¿A los catorce años?

—¿Eh? —musitó finalmente.

—¡Claro! Si ya eres parte de nuestro selecto grupo de amigos.

—Nos conocemos desde hace un mes, Ross.

¿Por qué pronunciaba tan bien mi nombre? ¿Por qué sonaba mejor cuando lo decía ella? Igual debería centrarme en la conversación.

—Pero si ya prácticamente vives ahí con nosotros —*conmigo*—. Solo es cuestión de transportar tus cosas —*a mi habitación, preferiblemente* .

En realidad, estaba dispuesto a dormir en el sofá si hacía falta.

—Pero... —dudó, confusa—, te estoy diciendo que no tengo dinero.

Casi me reí.

—Pero es temporal, ¿no? Cuando estés mejor financieramente, vuelves aquí.

O no.

Ella esbozó media sonrisa incómoda.

—¿Y, mientras, cómo te pago? ¿Con amor?

Por favor y gracias.

La idea me devolvió a mi imaginación jugando con Jen y esos condones. Estuve a punto de babear como un idiota.

—Es una opción a la que no me negaré.

Ella se puso roja, claro, y tuve que contener una sonrisa orgullosa.

—Lo digo en serio —murmuró—. No sé cómo pagarte.

—¿Y cuándo te he dicho yo que tuvieras que pagarme nada? —fruncí el ceño.

—No puedo meterme en vuestra casa así... porque sí —masculló—. Will y Sue podrían enfadarse.

Pues que les den.

Pero sabía que esa respuesta no la convencería. Y quería convencerla, no asustarla.

—Will no se enfadaría nunca contigo. Además, probablemente Naya venga más para verte y esté más contento. No será muy agradable para los demás por los gritos, pero estoy dispuesto a sacrificarme.

Y a producir nuestros propios gritos, con un poco de suerte.

—¿Y Sue? —preguntó, un poco asustada.

Así que era eso lo que la asustaba. Maldita Sue.

—Sue nos detesta a todos, ¿qué más da lo que piense? Si lo raro es que todavía no nos haya matado mientras dormíamos.

Esbozó una pequeña sonrisa, pero se borró demasiado rápido para mi gusto.

—No sé qué decirte, Ross..

—Entonces, di que sí.

A todo.

Y Chris mencionó algo de dos meses. Era un poco corto para mi gusto, pero para empezar no quería pedir mucho más.

—Pero... —ella clavó sus ojos en mí—. ¿Dónde dormiría yo?

—Conmigo, obviamente.

Las palabras salieron antes de que pudiera contenerlas. Vi que sus ojos se abrían más de la cuenta y que Chris casi moría atragantado. Mierda, no podía ser un cerdo con ella. Tenía que contenerme más. Pero no podía. Estaba demasiado emocionado con la perspectiva de compartir cama con ella.

—Oye, que soy inofensivo —dije enseguida—. No te haré nada.

—Me lo imaginaba —murmuró, aunque vi que su pulso latía a toda velocidad en su cuello.

Eso me gustó más de lo que me hubiera imaginado. Y no pude contenerme.

—A no ser que me lo pidas, claro.

Su mirada fue casi desafiante.

—No te lo pediré.

Acepto el reto.

—Eso está por ver.

Me miró durante unos segundos más de la cuenta y casi sentí que se formaba una atmósfera completamente paralela a los demás a nuestro alrededor. Sin embargo, el idiota de Chris tuvo que interrumpir en ese momento.

—Ejem. Todavía tienes que firmar, Jennifer.

Mientras ella firmaba, noté que me miraba de reojo y le fruncí el ceño. El pequeño Chrissy quería hablar conmigo. Era tan obvio como su hermana.

Pero tendría que esperar, porque yo tenía que transportar a cierta señorita a mi casa.

Y pasamos un rato más en recepción antes de que la convenciera de ir a por sus cosas. Me sorprendió un poco que se creyera que la casa de Will. Si ella supiera... pero tampoco le di mucha importancia. Al contrario. En ese momento era difícil cabrearme.

Sentarme en su cama y ver cómo iba de un lado a otro tirando sus cosas en la maleta que tenía delante me gustó bastante más de lo que debería. Además, cada vez que se agachaba el jersey le caía un poco por el hombro y veía los pequeños lunares que tenía en él, justo antes de que volviera a colocarlo, resoplando.

Había querido ayudarla varias veces, pero todas ellas se había puesto nerviosa. Así que solo disfrutaba de las vistas.

—¿Por qué tienes tantas cosas? —pregunté, intentando picarla un poco—. Si siempre vas con lo mismo.

Tuvo el efecto deseado. Clavó los ojos en mí a través del espejo. Luego se repasó a sí misma. Yo hice lo mismo.

—Eso no es cierto —me dijo, ofendida.

—No me malinterpretes, me encanta lo que llevas siempre. Ojalá ni siquiera lo llevaras.

Se puso roja instantáneamente y me lanzó lo que tenía en la mano. Esos pantalones tan perfectos. Casi los abracé, riendo, cuando me puso mala cara y siguió colocando cosas.

—Hoy te has levantado inspirado, ¿no?

—Yo siempre estoy inspirado —murmuré, mirándole el culo de nuevo cuando se dio la vuelta. ¿Cómo podía ser tan perfecto?—. Pero lo disimulo.

Si supiera lo cierto que era eso, se asustaría.

Ella me miró de nuevo con mala cara y yo coloqué mejor lo que había lanzado de malas maneras.

—¿Y cómo es que no tienes dinero? —pregunté, mirándola.

Ella suspiró, doblando una camiseta y dándome la espalda. No quería incomodarla, pero a la vez tenía demasiada curiosidad.

—Mis padres se lo han dejado todo a mis hermanos mayores. Creen que es mejor invertir en un taller de coches que en mis estudios.

Yo te dejaría todo mi dinero si me lo pidieras.

Me imaginé la cara de horror del imbécil de mi padre si pudiera escuchar mis pensamientos y esboqué una sonrisa divertida.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Cuatro.

Levanté las cejas, sorprendido, y ella me dedicó una sonrisa alegre que me guardé en la retina.

—Todos mayores que yo —aclaró.

Me habló de sus hermanos y yo solo pude mirarla fijamente mientras lo hacía. Me estaba idiotizando por esa chica y seguía sin entender muy bien el por qué.

—A mí me parece interesante —murmuré cuando me dijo que no lo era.

—Sí, es fascinante...

—Lo es.

Entonces, capté algo por el rabillo del ojo. Unas bragas viejas que tenía tiradas por la maleta. Las levanté, curioso.

—Preciosas.

Ella se apresuró a arrancármelas y tirarlas a la maleta, abochornada. Sonreí ampliamente.

—No toques mi ropa interior —me señaló.

—Vale, sargento.

Seguro que incluso esas bragas le quedaban geniales. Y ella avergonzándose. Puse los ojos en blanco.

Estaba demasiado contento para disimularlo. Iba a dormir con ella. Joder, por fin. ¡Un mes entero esperando!

En el coche no podía dejar de parlotear como un idiota.

—Will estará muy contento cuando te vea. Y Naya también.

—Naya va a estar sola en su habitación. No creo que eso la haga muy contenta.

—Prácticamente vive con nosotros. Os veréis más así.

Noté que me miraba fijamente y me esforcé en ocultar mi sonrisa de imbécil.

—¿Por qué estás tan contento con la situación, Ross? —preguntó, curiosa.

Mierda, disimula.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

Por ti. En mi cama.

—¿Escuchamos música? —subí el volumen sin esperar respuesta.

No podía más. En el ascensor, ella parecía un poco nerviosa, pero me miró y me dedicó una sonrisa pequeña que me llegó más hondo de lo que quise admitir en ese momento. No pude contenerme al llegar y le pasé por delante, entrando al salón.

—¡Me he ido con las manos vacías y vuelvo con una nueva inquilina!

Y ya es mi favorita.

—Hola —murmuró Jen a mi lado.

Will, Sue y Naya nos miraban fijamente, sin saber qué decir.

—¿Qué está pasando? —preguntó Will, mirándome fijamente.

Entendí la pregunta no formulada enseguida, pero fue Jen quien respondió. Y, para mi sorpresa, con más emoción de la que había mostrado hasta ahora.

—Vengo a vivir aquí.

Vi cómo la mandíbula de Naya casi rozó el suelo.

—¡¿Qué?!

Le pasé un brazo por encima de los hombros a Jen, que sonrió, divertida.

—Hemos decidido llevar nuestra relación un paso más allá. Os pedimos un poco de privacidad y respeto en estos momentos de felicidad.

—¡¿QUÉ?!

—Que no es verdad, Naya —Jen me empujó para deshacerse de mi abrazo mientras yo me reía abiertamente—. Voy a pasar una temporada aquí si no os importa.

Miré a Sue al instante mientras Will respondía. Ella suspiró, como si me estuviera haciendo el favor de la vida.

—¿Sabes cocinar? —le preguntó a Jen.

—Un poco, sí.

—¡Por fin alguien que sabe cocinar! —exclamó Will.

Eso me ofendió. Mucho. ¿Y yo qué?

—¡Mi chili es perfecto!

—Si supieras hacer algo más, ya sería genial —me dijo Naya.

Me daba igual lo que dijeran. Creo que nunca me había dado tan igual nada.

La acompañé a la habitación y fui a por pizzas con la felicidad de un niño pequeño.

Justo estaba subiendo cuando noté que me vibraba el móvil. Era el pequeño Chrissy.

—¡Chrissy! —lo saludé, de buen humor.

—Vale, ¿qué estás tramando?

Me detuve antes de abrir la puerta, sorprendido.

—¿Yo?

—Sí, tú. Le he dicho a Jenna que me pagara los dos meses de habitación para que pudiera quedarse *en ella* y no venir a tu casa.

—Bueno, pero ahora está en mi casita, ¿qué más da?

—Pero podría quedarse aquí.

—Peeeeero... ella no ha pensado en eso.

—¿No ves que no tiene sentido? Pagará dos meses para nada.

—Oh, vamos, Chrissy. Los dos sabemos que hay más habitaciones libres en la residencia. Si no le cobras nada a Jen no tienen por qué ocupar la suya. Y todos seremos felices en nuestra triste realidad.

Hubo un momento de silencio.

—¿A qué viene tanta insistencia en que venga a tu casa, Ross? Creo que tiene novio.

Sonreí ampliamente.

—¿Por qué lo dices como si tuviera intenciones ocultas?

—Porque las tien...

—Buenas noches, Chrissy. Sueña con los angelitos. O conmigo. Es lo mismo.

—¡Oye, espe...!

Y colgué. Adiós, Chrissy.

Will se reía disimuladamente de mí mientras cenábamos y yo no podía dejar de mirar el pijama de Jen, que eran unos pantalones cortos de algodón, mi sudadera de Pulp Fiction, unas gafas grandes y esos calcetines de colores junto con las pantuflas de perrito.

Admito que quizá lo que más miré fueron esos pantaloncitos cortos. ¿Cómo podían sentarle tan bien? ¿Podía ponérselos cada día? ¿Sería raro pedírselo?

La oportunidad perfecta llegó cuando Will y Naya se fueron a dormir. Miré a Jen de reojo. Ella parecía nerviosa y sonreí disimuladamente. Me gustaba que se pusiera nerviosa por mí. Me sentía como si el juego estuviera más igualado.

Ella se encerró en el cuarto de baño y yo me puse el pijama, impaciente. Quería que viniera ya. Quería volver a ver esos pantaloncitos cortos y esa sonrisa avergonzada.

Y, de pronto, volvió. Parecía un poco más calmada, pero le temblaban las manos. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo y ya no pude aguantarme callado más tiempo.

—¿Qué lado prefieres? —pregunté.

—¿Eh?

—En la cama, Jen. ¿Derecha? ¿Izquierda? ¿Debajo?

O encima. Por favor, que sea encima.

—Me da igual —murmuró, avergonzada.

Vale, eso no iba a ser tan fácil como creía.

—Pues me pido la derecha.

Me tiré en la cama y la miré fijamente mientras daba la vuelta para quedarse en el lado opuesto. Observé cada movimiento cuando se desató el pelo y cayó por encima de sus hombros y parte de su espalda, cómo se lo colocó con los dedos, cómo se quitó las gafas y cómo se pasó las manos por los ojos.

Estaba medio embobado cuando me miró.

—Si quieres hacer algo ilegal, este es tu momento. No veo nada.

Sonreí.

—Lo tendré en cuenta para el futuro.

Joder si lo tendría en cuenta.

Estiré el brazo para apagar la luz y me observó un momento más antes de girarse hasta quedar boca arriba. Vi que tragaba saliva mirando el techo y llegué a la conclusión de que eso sería todo lo que haríamos esa noche.

Y estaba extrañamente satisfecho con ello.

—Buenas noches, Jen.

—Buenas noches, Ross.

Por mucho que intenté dormirme, era incapaz porque era demasiado consciente de que la tenía a menos de un metro de distancia.

Me pasé las manos por la cara, frustrado, y la miré por enésima vez en la noche.

En sueños, había girado la cabeza hacia mí, aunque seguía estando boca arriba y podía ver su pecho subiendo y bajando pausadamente. Tenía el pelo desparramado por su almohada y los labios entreabiertos. Y, curiosamente, me dio la sensación de que podría estar mirándola dormir por toda mi maldita vida. Vale, ¿cuándo me había vuelto yo tan cursi?

Pero tenía que hacer algo. No podía, simplemente, no dormir.

Tras evaluar mis opciones, decidí que lo mejor era irme al sofá. Al menos por una noche. Ya volvería a la cama antes de que ella se despertara para que no sospechara nada. Esto era demasiado para mí. No podía seguir así de tranquilo.

Hice un ademán de quitarme la sábana de encima y fue entonces cuando escuché su voz.

—Ross...

Mierda, ya la había despertado.

Me giré hacia ella, pero fruncí el ceño cuando vi que... no, seguía dormida.

Pero había dicho mi nombre.

¿O lo había imaginad...?

Corté el hilo de mis pensamientos cuando estiró el brazo y me agarró la muñeca con fuerza. Parpadeé, sorprendido, cuando tiró de mí hacia ella. La tentación de hacerlo fue grande. Muy grande. Demasiado grande. Pero me contuve porque estaba dormida. No era tan cerdo.

Solo tenía que esperar a que lo hiciera estando despierta. Entonces ya me dejaría llevar, encantado.

Ella murmuró algo que no comprendí y sus dedos se apretaron en mi muñeca, así que volví a tumbarme, mirándola. Estaba teniendo un sueño, eso seguro. La única pregunta era sobre qué era ese sueño.

Quizá era una pesadilla. Ella frunció el ceño y volvió a tirar de mí, entreabriendo los labios. Yo me quedé mirando su boca por un momento, olvidando completamente el mundo que me rodeaba.

Y, entonces, pese a que lo dijo en voz muy baja, volvió a decir mi nombre.

Y esta vez estaba seguro.

No me siento orgulloso de cómo me aleteó el pecho nada más oírlo. Esboqué una sonrisita malvada y me arrastré un poco más cerca con tal de adivinar de qué era el sueño, pero ella murmuraba cosas sin sentido y me apretaba el brazo y la muñeca, acariciándome.

Bueno, no era desagradable.

Ya casi me estaba acostumbrando cuando, de repente, soltó mi brazo y se dio la vuelta, dándome la espalda y suspirando antes de seguir durmiendo.

Puse una mueca disgustada.

Supuse que nunca sabría qué había soñado y por qué me incluía. Pero, al

menos, después de eso conseguí dormirme.

Me encantaba que viviera en el piso.

Y lo decía en serio. Tan en serio que daba miedo.

Bueno, quizá lo había expresado mal.

Lo que me encantaba era que viviera conmigo. Que durmiera conmigo. Que me dejara llevarla y traerla a la facultad. Me encantaba todo lo que la relacionaba conmigo.

Y no solo eso. También me encantaban los pequeños detalles que había ido descubriendo sobre ella durante el tiempo que había pasado en el piso.

Hablaba en sueños. Bueno, más bien solo murmuraba cosas sin sentido la mayor parte del tiempo. Pero en algunos momentos decía cosas que podía entender. Y te aseguro que eran interesantes.

No soportaba meterse en la cama con el armario abierto. No podía entenderlo y casi me había matado cuando me había burlado de ella, así que yo también había cogido el vicio de asegurarme de que el armario estaba cerrado cada vez que iba a la cama. Ella me sonreía ampliamente cuando lo veía, así que tampoco era muy molesto.

Algo que no me gustaba tanto era que me obligara a hacer la cama. No recordaba haberla hecho en mi vida —algunas veces Sue se encargaba por mí—. Yo prefería simplemente lanzar sábanas limpias e irme a dormir. Pero no. Jen necesitaba que estuviera hecha, y me tocaba ocuparme de eso día sí y día no.

Está claro que Will se burlaba de mí cada vez que me veía resoplando e intentando quitar todas las arrugas molestas.

También me había fijado —y eso me encantaba— en que le gustaba que la tocara. No de forma perversa —ya me gustaría a mí—, sino de forma casual. Siempre que le tocaba el hombro, la espalda... y todo lo que pudiera sin parecer un acosador, me dedicaba una sonrisita malvada y se marchaba, a lo que yo, claro, le miraba el culo y soltaba un suspiro.

En esas ocasiones, solía ser Sue la que se burlaba de mí y me decía algo como *límpiate las babas*.

Había otros detalles. Como que le encantaba la asquerosa pizza barbacoa, que la comida tailandesa no le gustaba demasiado, que las películas de Naya le parecían aburridas, que no soportaba que le remaricara lo mucho que me encantaban sus gafas —ella las odiaba—, que le encantaba que le dejara ropa para dormir —y te aseguro que yo estaba encantado con ello— y que cada noche me pedía que fuéramos a ver películas a la habitación

Y, claro, yo estaba encantado. Me colocaba con el portátil en el regazo y ella se acercaba, apoyando su cabeza en mi hombro. Solo eso me gustaba más de lo que querría admitir.

Pero todo tuvo que cambiar... con la maldita llegada de Lana.

Hacía días que me evitaba y yo quería matar a alguien. Además, una noche ni siquiera había cenado en casa y me había dicho que había estado con un amigo. No dije nada, claro, pero por dentro ya había hecho tres perfiles psicológicos a ese "amigo" idiota y lo estaba rastreando para poder ver cómo era. Y romperle la nariz, ya de paso.

Los celos eran algo nuevo para mí, pero ya sabía que los odiaba. Profundamente. Me entraban ganas de darme con la cabeza en una pared cada vez que me la imaginaba cenando y riendo con otro. Con el imbécil de su novio, por ejemplo. Pobre chico. No lo había visto en mi vida, pero lo odiaba.

Todo eso fue medianamente sostenible hasta el día en que abrí la puerta de casa y escuché su risa. La risa de Jen. Estuve a punto de sonreír, pero me detuve al darme cuenta de que era... diferente. Fruncí el ceño y entré en el salón.

Por un momento, me quedé pasmado al ver que Mike y Sue se reían a carcajadas en el sofá, mientras que Jen estaba sentada al revés con la cabeza colgando en uno de los sillones.

¿Qué demonios?

—¿Qué está pasando aquí?

Mi mirada fue directa a Mike y a sus malditos ojos rojos. Él contuvo una risotada mientras hacía lo que podía por abrir una cerveza. Iba a tragársela entera si había hecho algo a Jen.

—No sé... de... eh... qué... estás hablando.

Hizo una pausa cada vez que intentó abrir la cerveza y eso solo empeoró mi poca paciencia, así que se la quité de un manotazo y la dejé en la mesita.

No quería esa mierda. Drogas no. No aquí. Me traía demasiados malos recuerdos. Y no quería que Jen se enterara de esa parte de mí. Jamás.

—¿Quién te crees que eres para entrar droga en mi casa?

—¿Droga? ¿Qué droga?

Escuché risitas y vi que Jen y Sue se reían disimuladamente. O eso creían, porque eran bastante obvias.

—¿Te crees que no sé a qué huele la marihuana? —le espeté a Mike.

—También es mi casa —me recordó Sue, señalándome—. Y la de Jenna.

—Eso, eso —dijo la aludida.

Y solo por su voz ya supe lo fumada que estaba. Me entraron ganas de matar a Mike que se pasaron un poco cuando me quedé mirándola y a ella se le encendieron las mejillas.

—¿Has drogado a Jenna? —le pregunté al idiota de mi hermano, acercándome a ella.

—Lo hemos hecho juntos —dijo Sue entre dientes—. Somos un equipo de la droga.

Durante el breve momento en que le dediqué una mirada asesina, escuché un estruendo a mi lado y vi, alarmado, que Jen estaba desparramada en el suelo con el jersey lleno de cerveza. Se estaba riendo a carcajadas, igual que los otros dos idiotas.

Malhumorado, le quité la cerveza y la aparté de ella.

—Mierda, mira cómo te has puesto —mascullé, ofreciéndole la mano.

Ella intentó agarrármela y no pudo, así que le sujeté el brazo para ayudarla a sentarse. Estaba despeinada, roja y le brillaban los ojos. Incluso así era la chica más perfecta que había visto en mi vida.

Pero ahora no podía pensar en eso. Miré a Mike.

—Y tú ya puedes dejar de reírte. Cuando se te pase el subidón, ya hablaremos.

Jen me dedicó una sonrisita parecida a las que me dedicaba cuando la rozaba "sin querer", así que tuve que poner mucho empeño para ignorarla cuando me ofreció ambas manos. La sujeté de los brazos y la puse de pie. Olía a cerveza.

—Vamos, no seas tan amargado —me dijo, divertida, cuando estuvo justo delante de mí.

—Sí, vamos, tenemos algo guardado para ti —escuché decir a Sue.

Me giré hacia ella con la misma mirada que le había echado si hubiera querido matarla. No iba a volver a esa mierda en mi vida. Y menos ahora, que seguía sujetando los brazos de Jen porque ella se tambaleaba peligrosamente.

Escuché que Mike decía que se la quedaría, pero solo pude centrarme en el destrozo de jersey que era ahora lo que Jen llevaba puesto. Y en que se estaba pegando a su piel. Tragué saliva, pero no pude apartar la mirada. Al menos, no hasta que ella chasqueó los dedos en mi cara.

—Oye, oye. Que soy una chica con pareja, descarado.

Es peremos que no por mucho tiempo.

Se señaló los ojos con dos dedos.

—Tengo los ojos aquí arriba.

Apreté la mandíbula. No me gustaba que hablara del imbécil de su novio. Ya me había dado cuenta de que no la trataba ni la mitad de bien de lo que se merecía. De hecho, dudaba que alguna vez conociera a alguien que lo hiciera. ¿Por qué demonios estaba con él? ¿Por qué demonios hablaba de él? ¿No veía que me ponía de mal humor?

—Esto no es divertido, Jen —le dije.

Ella empezó a reírse, sujetándose de mis hombros.

—Yo creo que sí.

Ignoré a las dos hienas fumadas riendo a mis espaldas y me centré en sus manos en mis hombros.

—Vamos, tienes que quitarte eso —le dije, señalando el jersey con la cabeza.

Hice un ademán de tirar de ella hacia la habitación, pero me sorprendió notar que no se movía en absoluto.

—No quiero. Estoy aquí con mis amigos.

Oh, vamos...

—Yo también soy tu amigo y te digo que tienes que cambiarte eso.

Y, de pronto, la estridente voz del idiota de Mike resonó en el salón.

—Tú quieres verle las tetas.

—Ross quiere verle las tetas a Jenna —chilló Sue.

Y así empezaron pese a que quise interrumpirlos. Miré a Jenna, irritado, y vi que ella me dedicaba una sonrisita perversa.

A ver... mentira no era. Quería verle las tetas. Y bastantes cosas más. Pero ese no era el momento, así que perdí la poca paciencia que me quedaba.

—Se acabó, ven aquí.

Me agaché y la agarré de los muslos con un brazo, subiendo su peso a mi hombro. Subí un poco más la mano de lo estrictamente necesario, es verdad, pero tampoco se quejó cuando empecé a ir a la habitación con las risas de los dos idiotas de fondo.

—¡Bájame de aquí! —me espetó, dándome con la mano en la espalda—. Que tengo vértigo...

Puse los ojos en blanco.

—Has perdido los derechos a quejarte cuando te has fumado esa mierda.

Y no quiero soltarte el culo tan pronto.

—Mis derechos a quejarme siguen latentes. Este es un país libre, Ross, no intentes coartar mi libertad, porque...

Pareció desorientarse un poco cuando la dejé en el suelo, frotándome con su cuerpo lo máximo posible. Miró a su alrededor, sujetándose de mi brazo.

—He perdido el hilo de lo que decía —parpadeó en mi dirección.

—Qué pena —enarqué una ceja.

—¿Sabes? Si hubieras venido antes, ahora estarías tan contento como nosotros. Y no tan... amargado. Pareces Sue.

Si ella supiera la cantidad de veces que yo me había puesto "contento" en mi vida... y de lo poco que me había servido.

—Intentaré ignorar eso.

Hice un ademán de apartarme, pero me sujetó del brazo otra vez y la miré.

—Oye, Ross, deberías disfrutar un poco más de la vida, que tienes un montón de años por delante.

Esa conversación era muy interesante, pero yo solo quería que se le pasara el subidón para poder volver a hablar con ella en modo normal.

—¿Llevas algo debajo? —le pregunté.

—A no ser que te atropelle un camión, en cuyo caso...

—¿Sí o no? —insistí.

—Este jersey es barato, Ross. Si no me pongo algo debajo, pica.

Tranquila, yo te rasco todo lo necesario.

Mi conciencia debería calmarse un poco y recordar que era una chica fumada.

Tragué saliva e intenté centrarme en la tarea y no en ella en sí, agarrando el borde del jersey.

—Levanta los brazos.

—Sí, capitán.

Empezó a reírse, pero lo lo hizo.

—Ríete si quieres, pero levántalos.

Estuve a punto de perder la perspectiva de la vida cuando dejó de reír y me miró fijamente con una sonrisa que no me había mostrado hasta ese instante. Pero fue corta, porque levantó los brazos y yo me apresuré a quitarle el jersey para escapar de esa situación en cuanto antes.

No era la situación en la que me imaginado a mí mismo desnudándola, la verdad.

Me quedé mirando la diminuta camiseta de tirantes que llevaba puesta. La sangre empezó a correr por mis venas a mayor temperatura. Nunca la había visto con ropa tan ajustada. Mierda. Tenía que calmarme.

Ella se frotó el brazo y siguió mirándome de esa forma. Aparté la mirada y solté todo el aire de mis pulmones.

—Que hace frío —protestó ella mientras yo intentaba pensar en cosas feas para poder seguir con esa conversación—. Todavía es invierno.

—Me he dado cuenta —murmuré, malhumorado—, gracias por avisar.

—¿Por qué siempre eres taaaaaan sarcástico?

Miré su jersey. No quería mirarla a ella. La escuché reír mientras repasaba la mancha con los ojos.

—Mañana esto no te hará tanta gracia.

Lancé el jersey en el cesto. Ella me sonreía, divertida, así que decidí no bajar la vista más allá de su barbilla. Tenía que centrarme.

Sin embargo, me quedé paralizado cuando dio un paso hacia mí y me puso una mano en las costillas, sonriendo un poco.

—Oye, yo me he quitado la camiseta. Lo justo es que tú te quites algo también.

Mi cerebro tardó unos segundos en procesarlo. Podía sentir cada dedo de su mano en mis costillas. Tuve que tragar saliva antes de hablar, todavía perplejo.

—¿Eh?

—Igualdad de condiciones —añadió, acercándose un poco más.

No. Eso no estaba bien. Ella no estaba en posesión de todas sus facultades. Aparté la mirada y respiré hondo antes de dar un paso atrás. Tuve que contenerme para no volver a acercarme cuando me puso un mohín triste.

—¿Cuánto has fumado, Jen?

—Bastante. Pero es verdad. Me siento vulnerable.

Por favor, que no siguiera hablando.

Que hablara de cualquier otra cosa. De cualquiera.

—¿Era tu primera vez?

—No, no soy virgen —frunció el ceño perfecto.

—N-no... ¿qué?

Mierda, ese tema otra vez no.

—¡Me has preguntado tú! —me dijo, indignada—. ¿Qué te crees que he hecho hasta ahora con mi novio? ¿Jugar al ajedrez?

¡No quería saber lo que hacía con el idiota de su novio, quería que lo hiciera conmigo!

—¡Decía fumando!

—Ah, sí. Eso sí. Por un momento, pensaba que te habías vuelto un pervertido, Ross.

Sacudí la cabeza. No me había vuelto un pervertido, simplemente lo había sido siempre.

—Aunque a veces haces comentarios de pervertido, ¿eh? —me clavó un dedo en el pecho y me entraron ganas de tirar de ella hacia mí—. Como el de la toalla del otro día.

Oh, la toalla...

Bendita toalla.

La había visto salir del cuarto de baño solo con ella. Y nunca me había alegrado tanto de ver a una persona solo con toalla en toda mi vida.

—Son de pervertido entrañable.

—No lo niego, pero son de pervertido.

Me hubiera gustado alargar eso, pero tenía que centrarme. Y ella tenía que

ponerse algo encima antes de que yo perdiera la cabeza.

—¿Qué quieres ponerte? Es tarde. Puedo sacarte el pijama.

—Mi pijama es horrible —masculló.

Dudaba que algo que se pusiera lo fuera, pero no discutí.

—Podrías usar mi ropa, como siempre. Aunque esta semana no lo has hecho.

Y yo había sido demasiado consciente de ello. Últimamente, solo me gustaban mis cosas cuando las usaba ella.

—Es que es muy cómoda —me dijo, acercándose a la cama.

Me aclaré la garganta, incómodo, cuando vi que sus pechos rebotaban al dejarse caer en ella. Vale, era un maldito perverso.

—¿Y por qué has dejado de usarla?

—Porque era un poco incómodo pasearme con tu ropa estando enfadados, ¿no?

La miré, confuso.

—Yo no estoy enfadado contigo. No podría.

Joder, claro que no podría. Una sonrisa de esas y hacía que se me olvidara el maldito mundo entero. Iba a volverme loco.

—Eres tú la que se porta de forma extraña desde hace unos días.

—Porque yo sí estoy enfadada, Ross.

—¿Y se puede saber por qué?

Se dejó caer en la cama y me acerqué a ella. Me miró con una pequeña sonrisita.

—¿Por qué he tardado tanto en descubrir la marihuana?

Así que ya empezábamos a evitar preguntas...

—Porque es una droga y ni siquiera deberías haberla probado. Ya hablaré con Mike.

—Mike es un buen chico. No como tú.

Eso me cabreó casi al instante. Que me compararan con Mike ya era molesto, pero que lo hiciera ella era jodidamente horrible. Especialmente cuando yo era quien salía perdiendo.

—¿Mike te parece un buen chico? —pregunté un poco más agresivamente de lo que pretendía.

Y, para mi sorpresa, todo ese cabreo desapareció momentáneamente cuando se inclinó hacia delante y me sujetó la mano. Contuve la respiración como un idiota cuando me miró a través de las pestañas, apretándomela.

—Vamos. No seas tan tremendista. Era broma.

No supe qué decir. Su mano en la mía era tan agradable que no sabía cómo describirlo. La miré fijamente y noté que ella me acariciaba con el pulgar. Tuve que centrarme para volver a mirarla. Después de todo, seguía hablando conmigo.

—¿Por qué te cae tan mal? —preguntó, curiosa, ladeando la cabeza.

Oh, no quería contarle eso. Solo quería contarle lo bueno. Y que no se fuera corriendo. Que se quedara ahí, justo donde estaba, sujetándome la mano.

—Es complicado.

Y el hechizo se rompió cuando soltó mi mano, suspirando.

—Da igual. No es mi problema. Lo entiendo.

Mierda, no. No quería que pensara eso. Pero tampoco quería decírselo. ¿Por qué tenía que ser tan complicado todo?

—No es eso. Pero... ya te lo contaré en otro momento.

Se pasó la mano por la cara y, por un breve momento, deseé que esa mano fuera la mía. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un momento.

—Oye, Ross... —murmuró, y sonaba mareada.

Como se sintiera mal por culpa del imbécil de Mike, iba a matarlo.

Me agaché enseguida delante de ella y le quité la mano de delante de la cara. Ella parpadeó en mi dirección.

—¿No estás bien? —le pregunté.

—¿Eh? —pareció un poco sorprendida—. Sí. Estoy bien. Más relajada que nunca.

Dejé caer las manos a ambos lados de su cuerpo con tal de no tocarla. Y eso que las ganas eran grandes. Inmensas.

—¿Y qué quieres? —pregunté.

Ella seguía mirándome fijamente y yo estaba intentando centrarme. No era una buena combinación. Cuando se inclinó un poco hacia mí, me aclaré la garganta.

—¿Y bien...?

—Tienes los ojos muy bonitos.

¿Qué?

Bueno, si yo le dijera todo lo que era bonito en ella...

No supe qué decirle, y mucho menos cuando apoyó una mano perezosamente en mi hombro. Podía sentir sus dedos rozándome el cuello. Eso hizo que me quedara en blanco por un momento.

—Más que Monty —añadió—. Él los tiene marrón caca.

No pude evitar sonreír. Por fin era mejor que el idiota ese en algo.

—Gracias, supongo.

—Pero no quería decirte eso.

—¿Y qué querías decirme, entonces?

—¿Sabes qué...? ¿Alguna vez has soñado algo... que no deberías estar soñando?

¿Me estaba hablando de la pesadilla del otro día? Me encogí de hombros y sus dedos volvieron a rozarme el cuello. Deseé que eso no me afectara tanto como lo hizo.

—¿Has soñado que matabas a alguien?

—No exactamente —murmuró, apartando la mirada.

—¿Entonces?

Pareció que iba a decir algo, pero fingió un bostezo descaradamente y no pude hacer otra cosa que sonreír.

—Tengo sueño —me dijo.

La miré y suspiré. Supuse que jamás sabría qué quería decirme y decidí dejarlo pasar.

La observé un momento de más y no pude evitarlo. Le rocé la rodilla con la mano y, cuando vi que no se apartaba, le di un ligero apretón. Su sonrisa hizo que la mía se formara al instante.

—Vamos, te daré ropa.

Aunque, claro, lo que de verdad quería era quitársela.

Pero eso ya lo dejaríamos para otro día.

Capítulo 5

Jen había estado evitándome otra vez durante todo el día y mi frustración empezaba a ser notable. MUY notable.

Estaba en medio de una guerra fría con la chica que me gust... que me interesaba, y ni siquiera sabía por qué.

Mascullé una maldición cuando vi que solo me quedaban dos cigarrillos y Will, desde el sofá, soltó una risita bastante impropia en él. Lo fulminé con la mirada al instante.

—¿Qué? —pregunté directamente.

—Nada.

—Si no es nada, no te rías como un idiota.

—Oye, no pagues conmigo tus frustraciones sexuales con compañeras de piso que pasan de ti.

Volví a meterme el tabaco en el bolsillo, me giré en dirección a donde aparecería Jen en cualquier momento y solté otra maldición. Él soltó también otra risita, claro.

—¿Qué? —pregunté, esta vez de muy mal humor.

—Solo me pareces gracioso.

—Pues tú a mí me pareces un capullo.

—¿Quieres hablar del motivo de tu tensión?

Metí las llaves del coche en mi bolsillo de un golpe, irritado.

—No estoy tenso.

—Vale, eso díselo a tus pobres llaves.

Escuché que Sue les gritaba a Jen y Naya que se dieran prisa y suspiré. Will se puso de pie para acercarse a mí.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Sabes qué demonios le pasa? —le pregunté en voz baja, señalando el

pasillo con la cabeza.

Will se estiró y lo pensó un momento. Me dio la sensación de que no iba a decírmelo pese a saberlo, como siempre que quería que llegara yo solito a una conclusión. Era insoportablemente listo.

Además, ¿cómo demonios lo sabía? ¿Es que todo el mundo lo sabía menos yo, joder? ¿Tan ciego estaba?

—Tú sabes qué le pasa —concluyó.

—Si lo supiera, te aseguro que no habría estado prácticamente sin hablar con ella una semana.

—Eres tan ciego para algunas cosas, Ross...

Vale, pues debía ser eso: estaba ciego.

—Pues por eso necesito un poco de ayuda, imbécil.

—¿Llamas imbécil al amigo que quiere ayudarte?

—Mira, déjalo.

Me di la vuelta, todavía más irritado, pero me detuve cuando escuché que me llamaba. Esbocé media sonrisita antes de volver a adoptar mi expresión seria y mirarlo. El truco de dar la discusión por finalizada nunca fallaba con Will. Siempre terminaba contándome todo lo que quería saber.

—¿Y bien? —pregunté, impaciente.

—¿Me estás diciendo en serio que no lo sabes?

—¡¿Quieres decírmelo ya?!

—Está celosa.

Parpadeé, considerándolo por un momento. Por un momento, me vino a la mente que seguía teniendo muchos números de chicas guardados en el móvil. ¿Quizá los había visto? No, era imposible.

Por cierto, igual debería empezar a borrarlos. Aunque ese no era el momento de pensar en eso.

—¿Jen? —Will asintió con la cabeza, dejándome más confuso todavía—. ¿De quién?

—De Sue —puso los ojos en blanco—. ¿Tú qué crees?

—No hay nadie que... —me detuve en seco—. Dime que no es por Lana.

—Pues claro que es por ella.

Oh, venga ya.

—¿Y se puede saber qué le hace pensar que Lana me interesa en lo más mínimo?

—No creo que sea eso, Ross. Ya conoces a Lana. Es una experta en hacer que los demás se sientan fatal sin dejar de sonreír en el proceso.

—No le ha dicho nada a Jen. Si lo hubiera hecho, no la invitaría. En absoluto.

—Quizá no lo ha hecho delante de ti.

—¿Y cuándo han estado a solas?

—No lo sé. Pero está claro que algo va mal desde que Lana volvió, ¿no crees?

Pero, ¿en serio se creía que Lana podía hacer que me olvidara de ella en lo más mínimo? No la había visto en un año y ni siquiera me acordaba de su existencia. En cambio, no había hablado con Jen en una semana y ya sentía que iba a matar a alguien en cualquier momento. Preferiblemente a Mike.

Suspiré y me acomodé en el respaldo del sofá, pensativo. Will también se recostó, pero solo me miraba con expresión divertida. Intenté ignorarlo con todas mis fuerzas, pero dejé de hacerlo cuando clavó la mirada en el pasillo, por encima de mi cabeza.

—Lista —escuché que decía Jen alegremente.

Bueno, al menos, un poco de alegría en su voz. Ahora solo faltara que yo fuera el motivo. Pero la cosa estaba complicada.

—Ya era hora —le dijo Sue.

Cuando escuché sus pasos por el salón, me pasé una mano por la cara y traté de aparentar tanta naturalidad como pude. No sabía cómo acercarme a ella cuando estaba enfadada conmigo.

—¿Para qué meterle prisa? —pregunté a Sue sin mirarla—. Si Naya va a hacer que nos esperemos media hora más.

—Porque cuando Naya ve que la esperamos, se da más prisa —me dijo Will, poniéndose de pie—. Qué guapa vas, Jenna.

Yo hice un ademán de ponerme también de pie, pero me quedé clavado en el sitio cuando la vi de pie junto a Will.

Mis ojos se clavaron directa e irremediabilmente en el vestido que llevaba puesto. Uno negro, pequeño y ajustado. Jen. Con ropa ajustada.

Mierda.

Se me secó la boca. Y ella dijo algo, pero yo no sabía ni qué decía ni en qué planeta estaba. Supliqué en mis adentros que no hablara conmigo, porque no iba a enterarme de nada.

Estaba tan embobado mirando la curva de su culo perfecto que apenas fui consciente de que Sue me hacía un gesto. Volví a la realidad cuando vi que Jen también me miraba, confusa.

Vale, hora que concentrarme otra vez en el mundo que me rodeaba.

Aparté la mirada de ella y fui directo al ascensor escuchando que me seguían.

—Vamos a emborracharnos —escuché que decía Jen.

—A que todo el mundo se emborrache menos yo, que tengo que conducir —aclaré, intentando recuperar la compostura.

¿Cómo podía quedarle tan bien una maldita prenda de ropa? La sangre ya se me estaba calentando y solo la había visto. El día en que me dejara tocarla, iba a darme un infarto. Bueno, si es que ese día llegaba, porque cada vez parecía menos probable.

Si la cosa ya era complicada de por sí, empeoró notoriamente cuando decidió que lo mejor era sentarse delante conmigo en el coche. Tenía las rodillas desnudas y pegadas a menos de veinte centímetros de mi mano y juro que casi sentía que un imán me guiaba a tocarlas. Cerré los ojos por un breve instante y me obligué a mí mismo a centrarme solo en conducir.

¿Por qué me comportaba como un maldito crío? Tenía que calmarme un poco. Solo eran unas rodillas. Unas rodillas muy perfectas, sí, pero solo unas rodillas, al fin y al cabo.

La tensión entre nosotros fue horrible cuando Sue y Will fueron a buscar a Naya a la residencia y nos dejaron solos. Ni siquiera había podido escuchar lo que decían al marcharse, solo podía ser consciente de que la tenía justo al lado, en silencio. Y probablemente enfadada. ¿Qué podía decirle sin que las cosas se volvieran todavía más incómodas?

La miré de reojo y me volví a tensar cuando vi que repiqueteaba los dedos en sus rodillas. Mirarla era una especie de tortura, así que clavé la mirada en la carretera oscura, suplicando porque los demás vinieran pronto. Su perfume inundaba el coche. Y su presencia. Toda ella. Maldita tensión sexual no resulta.

Bueno, esa tensión solo emanaba de mi parte, porque ella solo parecía incómoda.

—Parece que tardan —me dijo en voz baja.

—Eso parece.

Me giré hacia Jen y recorrí cada centímetro de su cuello, incluidos los dos pequeños lunares que tenía bajo la oreja mientras ella miraba fijamente la puerta de la residencia. Ya no pude más. Necesitaba hablar con ella.

—Nunca te había visto con vestido.

Volvió a mirarme y casi perdí la compostura cuando se ruborizó.

—Bueno... el invierno no es la mejor época del año para llevar vestidos —sonrió, apartando la mirada por un momento—. A no ser que tengas una fiesta, claro.

—Ya podrían invitarnos a más fiestas.

Lo dije en broma, pero no era tan broma.

Bueeeeno, vale. No era *nada* broma.

—Nunca lo había usado —añadió—. Es un regalo de Mo... mamá.

Había intentado decir el nombre de su novio y no lo había hecho, ¿verdad?

Interesante. Muy interesante.

Se me formó una sonrisita orgullosa en los labios, pero la borré en cuanto me miró.

—Yo nunca te había visto con una chaqueta de cuero —murmuró, recorriéndome con la mirada.

Oh, mierda, que no me mirara así.

Espera, me había dicho algo. ¿El qué? Maldita sea, ¿por qué me resultaba tan difícil centrarme?

Ah, sí, la chaqueta que me había regalado Lana.

—La usaba mucho cuando iba al instituto —le dije, divertido—. Intentaba parecer un chico malo.

Y funcionaba bastante bien con las chicas. Esperemos que funcione contigo.

De hecho, todavía recordaba el día exacto en que me la había dado. Por aquel entonces, yo ni siquiera sabía que Lana sentía algo por mí, y la verdad es que me sorprendió que me diera algo. Especialmente porque eligió un día de San Valentín para hacerme ese regalo.

La cosa fue que... bueno, yo ni siquiera sabía que era San Valentín. Y aunque

lo hubiera sabido, tampoco le habría comprado nada. ¡Ni siquiera éramos pareja! Pero Lana se puso a llorar de todas formas y Naya se pasó una hora gritándome. Al final, no me quedó otra que comprarle algo a Lana para compensar. Ni siquiera recordaba qué le había dado, pero se había quedado satisfecha y me habían dejado en paz.

Bueno, al menos había conseguido una chaqueta, así que el balance final había sido positivo.

—El clásico chico malo, ¿eh? —sonrió Jen, devolviéndome a la realidad.

—Sí. Muy clásico. Pero nunca pasa de moda.

—¿Y lo eras?

—¿El qué?

—Un chico malo.

Pensé en todas las peleas, las chicas, las veces en las que había terminado en comisaría, borracho o herido... habían sido tantas que ni siquiera podía recordarlas.

Y, sin embargo, cuando la miraba a ella, no era capaz de decírselo. Si se lo decía, la imagen que tenía de mí cambiaría. Y no me gustaba esa perspectiva. Ya... se lo diría. O no. Ahora era un buen chico. Había cambiado. Igual no tenía por qué saberlo. Igual solo tenía que conocer la parte buena de mí.

—No quiero que te llesves una mala impresión de mí —le dije finalmente.

—Me has dejado entrar en tu casa y en tu cama siendo prácticamente una desconocida. No tengo una gran impresión de ti.

¡Sí! Por fin volvía esa sonrisa malvada. No pude evitar inclinarme un poco hacia ella.

—Cuánta gratitud.

—Vamos, cuéntame lo del instituto —se giró hacia mí y apoyó la cabeza en el asiento, dejando su cuello al descubierto de nuevo—. ¿Hablabas mal a los profesores? ¿Salías con muchas chicas? ¿Te metías en problemas? ¿En peleas?

Tuve que contenerme para no reír. Joder, las hacía todas menos una.

—No hablaba mal a los profesores —sonreí.

—Así que eras un chico malo que salía con muchas chicas, se metía en problemas y en peleas. No te pega nada.

Me sorprendió un poco eso último. ¿No? Era lo que había estado haciendo

toda mi vida. Ser un putito desastre. Lo que veía todo el mundo que me conocía cuando me veía. ¿Cómo es que ella no lo hacía?

—¿Por qué no?

—No lo sé. Pareces tan... tranquilo.

—¿Tranquilo? —no pude evitar reírme.

¡Tranquilo! Jamás me habían calificado como *tranquilo*. Me imaginé las carcajadas que habría soltado Will de haber estado presente y me alegré enormemente de que se hubiera ido en busca de su novia.

—¿Cuál fue tu peor castigo? —preguntó Jen de repente.

Como si quisiera responder por mí, noté que la cicatriz en mi espalda me mandaba un escalofrío por la columna vertebral. Los recuerdos de los gritos de mi madre y los insultos de mi padre vinieron a mi mente y me apresuré a alejarlos. No, es no. Jen no tenía por qué saber esa mierda.

Le conté lo del campamento militar. Fue lo más suave que se me ocurrió. Ella escuchó atentamente y empezó a reírse, así que le pedí que me contara alguna anécdota suya. Saber más de Jen siempre era extrañamente gratificante.

Pero mi interés aumentó todavía más cuando se puso roja.

—¿Qué hiciste? —insistí—. Yo te he contado lo mío.

—Es que, al lado de lo que tú hiciste, lo mío parece una tontería...

Dudaba tanto que algo suyo me pareciera una tontería, que no pude hacer otra cosa que sonreír todavía más.

—¿Y por qué te has puesto roja?

No dijo nada, pero su cara estaba completamente roja. Cuando se ruborizaba, tenía todavía más ganas de besarla que de costumbre. Me estaba idiotizando.

—Necesito saber qué hiciste —insistí.

—Solo te lo diré si me prometes que nunca jamás se lo contarás a nadie.

—Lo juro —me llevé una mano al corazón al instante.

—Y que no harás bromas con el tema.

Todo menos eso.

—Eso no puedes quitármelo. Sin bromas no sería yo.

—Bueno... —suspiró—. No te rías.

Esperé pacientemente a que hablara, con las ganas de escucharla aumentando a cada segundo.

—Yo... no me puedo creer que esté diciendo esto en voz alta.

—Esto pinta muy bien —le aseguré.

—Yo tenía unos... quince años. Había un chico que me gustaba. Era mayor. Creo que tenía diecisiete. Y era guapísimo.

La forma en que suspiró al decirlo hizo que me preguntara si alguna vez me describiría también así, con ese suspiro.

—Me siento celoso.

Me sonrió antes de seguir.

—La cosa es que quería hacerme la mayor con él para resultarle inteligente. Y a Nel, mi mejor amiga... eh... se le ocurrió que... mhm... como lo había hecho nunca con nadie y me daba miedo perder la virginidad... mhm... podía intentar un método alternativo.

Por un momento, mi sonrisa se esfumó.

—¿Un método alternativo?

—Él me mandó una foto de su... de eso. Y como no sabía qué hacer...

Cerré los ojos un momento. Ay, Jen...

—Dime que no le mandaste una foto tuya.

—¡No! —me aseguró enseguida.

Mejor. Si había una foto así, quería que solo fuera para m...

—Spencer me pilló antes de hacerlo.

La miré, pasmado.

—¿Spencer? ¿Tu hermano mayor?

Por lo que más quieras, no te rías.

—Sí. Ese Spencer. El único que conozco.

No. Te. Rías.

—¿Y te pilló...? —estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no reírme—. ¿Sin ropa?

—Sin sujetador. Me quitó el móvil y empezamos a gritar mientras yo me ponía una camiseta a toda velocidad. Mi madre nos oyó y Spencer se lo contó todo, el muy traidor. Me quitaron el móvil durante un mes. Y cuando mis hermanos, los gemelos, se enteraron... iban a la misma clase que el chico. Creo que le dejaron bastante claro que no volviera a acercarse a mí.

No pude evitarlo y me empecé a reír a la mitad del relato mientras ella parecía cada vez más y más avergonzada. Me puso una mueca cuando terminó, suspirando, y yo no pude evitar intentar imaginarme lo que pensaría su familia de mí si me conociera.

Nunca me había planteado eso con nadie. Y no estaba seguro de si me gustaba empezar ahora.

—No me lo puedo creer —murmuré, sacudiendo la cabeza.

—Mi primer fracaso sentimental.

¿Primero? ¿Con cuántos había estado?

No eres el más indicado para reprocharle eso a nadie, Ross.

Cierto.

—Ahora, mi anécdota del campamento es una mierda.

—¿Me estás comparando un mensaje con un verano entero en un campamento?

—Mi historia no tiene fotos de genitales. Eso suma puntos.

Se puso roja al instante y sonreí.

—¡No suma...! Has prometido que no se lo contarás a nadie, Ross.

—Lo sé.

Y no iba a hacerlo. Pero iba a reírme. Y mucho.

Me sonrisa se tambaleó un poco cuando se acercó a mí y me puso un dedo en el pecho, haciendo que mi sistema nervioso se centrara solamente en ella al instante.

—Como Naya me haga una sola broma con esto, sabré que has sido tú y voy a...

—¡Que no lo contaré! —no pude evitarlo y le rodeé la muñeca con la mano. La tenía delgada. Y la piel suave. Y no debería centrarme en eso, sino en que me

estaba hablando—. Pero eso no quita que no vaya a irritarte con esto durante lo que me quede de vida.

—¡No es divertido! ¡Mis tetas estuvieron a punto de ser públicas! ¡Las habría visto todo mi instituto!

Yo me habría cambiado de instituto solo para verlas.

—Seguro que te hubieran salido muchas más pretendientes.

—No quería más pretendientes —protestó—. Ya tuve uno después de eso. Y fue el peor.

Cuando vi que intentaba apartarse, tiré de su mano. De eso nada. Iba a disfrutarlo un poco más. No me regalaba muchos momentos así.

—¿Mason?

—Se llama Monty. Y no es el peor.

—Vale, Malcolm no es el peor. ¿Y quién fue?

—¡Monty!

Sonreí inocentemente cuando suspiró, frustrada.

—Fue un chico que conocí después. A los dieciséis. Me di mi primer beso con él y fue... bastante asqueroso. Parecía un caracol, con tantas babas... ¡no te rías!

No podía evitarlo. Y tampoco podía evitar pensar que yo podía enseñarle lo que era besar de verdad a alguien. ¿Por qué mi perverso interior salía tanto a la luz con ella alrededor?

—Pero lo peor no eran los besos, sino que un día intentó meterme mano y empecé a reírme como una histérica.

Dejé los pensamientos perversos por un momento, mirándola.

—¿Por qué?

Dudaba que yo me pusiera a reír si me dejaba meterle mano, la verdad.

—Porque tengo cosquillas por... casi todo el cuerpo —confesó en voz baja—. Cuando intentó llegar a mi sujetador, me rozó las costillas y... bueno, me puse a reír y no se lo tomó muy bien.

Sacudí la cabeza, divertido.

—Pobre chico.

—¡Yo no tengo la culpa!

Le recorrí el vestido de arriba abajo y no pude evitar suspirar.

—¿Así que tienes cosquillas?

—Sí, pero no...

Intentó apartar su mano de mi pecho en cuanto me incliné hacia delante. Vi que abría los ojos como platos, aterrada y divertida a partes iguales. No pude aguantarlo más y le pasé un solo dedo por las costillas. Y eso fue suficiente para que se retorciera, riendo.

—¡Para, Ross! ¡PARA!

Creo que me amenazó con un puñetazo, pero me daba igual. Le solté la mano y le hice cosquillas en el estómago. Ella retrocedió y escuché un golpe contra el cristal. Me detuve al instante, asustado, pero vi que se estaba riendo.

Y creo que fue precisamente por esa risa que ya no pude más y le agarré ambas piernas por debajo de las rodillas, pasándomelas por encima. Sonreí de lado cuando vi que no se apartaba. Al contrario, seguía riéndose. Mantuve una mano en su rodillas y me entraron ganas de subirla, pero opté por seguir torturándola un poco más mientras ella intentaba apartarse, agotada.

—¡Para, por favor!

Justo cuando apreté los dedos en su rodilla, escuché la puerta del coche abriéndose y me entraron ganas de maldecir a todos y cada uno de los que entraron en él. Les dediqué una mirada de odio profundo a los tres. Naya y Will tenían una sonrisita malvada mientras Jen se apartaba de mí, abochornada. Sue solo parecía aburrida.

—¿Interrumpimos algo? —preguntó Naya sin borrar esa sonrisita.

Le saqué el dedo corazón disimuladamente cuando vi que Jen se ponía todavía más roja, mascullaba un *no* y evitaba mirarme a toda costa.

Mierda. Otra vez el silencio incómodo no, por favor.

Pero cuando vi que ella tenía la respiración acelerada y las mejillas rojas, que me echaba miradas de reojo y que se colocaba la falda, no pude evitar una sonrisita estúpida. Bueno, por fin no era el único alterado. Me dio un manotazo en el brazo cuando se dio cuenta, pero no consiguió borrarla.

Cuando llegamos a la fiesta, no pude evitar seguirla con la mirada mientras me interrumpían unos cuantos compañeros de clase. Intenté deshacerme de ellos tan rápido como pude, especialmente cuando vi que se quedaba sola. Me acerqué por detrás y me asomé por encima de su hombro. Siempre olía tan bien...

—¿Estás buscando a alguien para mandarle fotos de tus tetas? —pregunté, divertido.

Ella me dedicó una mirada fulminante, rozándome la mandíbula con el pelo.

—¿Estás buscando a Terry?

Maldita Terry.

Nunca se lo contaría, pero había sido mi primera vez metiendo mano a una chica. En una fiesta. Junto a una piscina. En cuanto le toqué una teta, chilló y me empujó al agua. En pleno invierno. Will seguía recordándomelo hasta ese día. Y Naya también. Idiotas.

—No sabes qué pasó, así que no tienes derecho a usarlo en mi contra.

—¿Qué pasó?

—Nunca lo sabrás.

—¡Venga ya, Ross! —me sonrió, divertida.

Abrí la boca para decir algo, pero me detuve cuando escuché el grito de Lana detrás de mí.

—¡Cariño!

Joder, Lana. Ahora no.

No me quedó otra que aceptar el abrazo con una sonrisa tensa. Me entraron ganas de apartarla cuando vi que Jen miraba hacia abajo, incómoda.

—Me alegra que hayas venido. ¡Te has puesto mi chaqueta favorita!

—Sí. Ha sido casualidad, pero...

—¡Ya sabes cómo me encantaba en el instituto!

Le dediqué una mirada de advertencia y ella sonrió como un angelito, girándose en redondo hacia Jen.

—¡Jenna! ¡Por un momento, pensé que no vendrías!

Me alegró ver que ella levantaba la cabeza y nos sonreía un poco.

—Soy imprevisible.

Y tanto.

—Ya lo veo —dijo Lana—. Si queréis beber algo más, recordad que hay barra

libre. Pedid lo que queráis. ¡Yo invito!

Yo dejé de prestar atención mirando a ya sabéis quién. Tuve que volver a la realidad cuando vi que Jen me devolvía la mirada. Y me di cuenta de que Lana me había preguntado algo. Vi que señalaba con la cabeza a unos del instituto y miré a Jen al instante.

—Pero...

—Yo he visto a unos de mi clase —me dijo atropelladamente—. Ya nos veremos por aquí.

Intenté decir algo, pero Lana ya me estaba arrastrando y la vi desaparecer entre la gente. Puse mala cara y me detuve. Lana la siguió también con la mirada y luego me sonrió.

—Por fin te tengo para mí —me dijo, sonriente.

—Más te vale tratarla bien.

—¡La estoy tratando bien, cariño!

—Y no me llames cariño. Ni siquiera me lo llamabas cuando estábamos juntos.

Puso los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? —se cruzó de brazos—. ¿No te ha dejado meterte en sus bragas todavía?

—Eres muy romántica.

—No hables de romanticismo como si tú alguna vez lo hubieras experimentado.

—Contigo no, eso seguro.

No me esperaba una expresión dolida y no la encontré. Solo unos ojos desafiantes y una sonrisa petulante.

—Supongo que todavía no se ha dejado, entonces. ¿Por eso te gusta tanto? ¿Porque es la primera que se te resiste un poco?

—¿Y tú qué sabes de lo que me gusta y lo que no?

—Joder, Ross, la miras de arriba abajo cada vez que no te presta atención. A mí nunca me miraste así.

—Porque ahora me gusta lo que veo.

Apretó los labios en una dura línea y yo la señalé.

—No sabotees esto —le dije.

—Te recuerdo que tiene novio.

—Y yo te recuerdo que tiene una relación abierta.

—Sí, y seguro que se la replantea ahora que te ha conocido. ¿Eso te dices a ti mismo para mantener las esperanzas?

Sonreí irónicamente.

—Pásalo bien en tu fiesta, Lana. Me voy a dar una vuelta.

Me detuvo por el brazo al instante y me puso un mohín.

—Vale, lo siento, es que estoy un poquito borracha.

Sacudí la cabeza tras pensarlo un momento.

—Solo no te metas.

—Sabes que no me metería. Te quiero demasiado.

Por suerte, no volvió a sacar el tema en toda la fiesta. Y yo tuve la mala suerte de no volver a ver a Jen en un buen rato.

Al menos, no hasta unas horas más tarde. Yo no había bebido una gota de alcohol, claro, pero la tentación había sido grande cada vez que me ponía a buscarla y no la encontraba. Me estaba empezando a comportar como un psicópata obsesivo.

Finalmente, la vi hablando con Lana y me relajó un poco ver que ella le estaba sonriendo. Me acerqué a Jen, que me daba la espalda, y no dudé en rodearle los hombros desde atrás. Había bailado. Su piel estaba tibia. Y me daba la sensación de que olía incluso mejor.

—Mira a quién he encontrado. ¿De qué habláis?

Lana me sonrió.

—Le decía a Jenna lo bien que le queda el vestido.

Joder si le quedaba bien. Cada vez que había estado con ella no había sido capaz de apartar la mirada.

—No me cansaré de decirlo.

Sonreí a Jen, pero me detuve en seco cuando vi que parecía estar a punto de llorar. Se me paró el corazón cuando se separó bruscamente de mí. ¿Qué...?

—Tengo que irme —murmuró sin mirarme—. Pero no te preocupes, llamaré a un taxi.

Miré a Lana, que se encogió de hombros. Apreté los labios y le aseguré con la mirada que ya hablaría con ella. Pero ahora no era, ni de lejos, mi principal preocupación.

Me apresuré a seguir a Jen. La conseguí alcanzar en el pasillo. Iba en dirección contraria a la salida, mirando a su alrededor. Intenté adelantarla apresuradamente, pero no se detuvo y tuve que andar de espaldas para poder mirarla a la cara.

—¿Qué haces? —pregunté.

Por favor, que no estuviera enfadada conmigo.

—Irme —no me miró—. No sé ni qué hago aquí.

—Pero... —¿por qué estaba tan jodidamente nervioso?—, ¿no te lo estabas pasando bien con Naya? Detente un momento.

Para mi sorpresa, lo hizo y le puse las manos en los hombros. La piel tibia y suave hizo que me despidiera por un momento en que ella me miró por fin. Me entraron ganas de ir a por Lana cuando vi que parecía realmente dolida. ¿Qué demonios le había hecho?

—Te he visto antes —murmuré—, y parecía... parecía que te lo pasabas bien.

—Me lo estaba pasando bien. Con ella. Con Naya.

Maldita Lana.

—¿Qué te ha dicho?

Se hizo la inocente. ¿Por qué no podía, simplemente, decírmelo?

—¿Naya?

—No. Lana.

Pareció ponerse nerviosa y apreté más los labios.

—No sé a qué te...

—Sabes perfectamente a lo que me refiero.

Ella pareció intentar pensar algo, pero terminó apartándose de mí y eso me molestó más que el resto de la semana sin hablarme. Y todo por culpa de Lana. Joder.

La volví a seguir y vi que se detenía, frustrada.

—¿Por dónde demonios se sale de esto?

Gracias, Dios mío, por las fraternidades gigantes.

—Dudo que encuentres la salida sin mi ayuda.

Se giró hacia mí, irritada.

—¿Cómo se sale?

—¿Qué te ha dicho?

No me iba a ir hasta poder negar lo que fuera que le había dicho.

Volvió a soltar un suspiro de frustración y yo, por mi parte, volví a seguirla. Por algún motivo, se metió en una de las terrazas vacías y soltó un ruidito de exasperación que me hizo sonreír un poco pese a la situación.

Se dejó caer en una de las tumbonas y yo cerré la puerta, acercándome a ella. No supe muy bien qué hacer, así que me quedé de pie justo delante, mirándola.

—No quiero sabotear lo vuestro —murmuró finalmente.

Casi me entraron ganas de zarandearla para que se diera cuenta de la tontería que acababa de soltar.

—No hay nada *nuestro* .

—¿Y ella lo sabe? —masculló.

Suspiré pesadamente, pasándome una mano por el pelo.

—¿Qué te ha dicho?

De repente, me miró y su mirada dolida me hizo sentir tan mal que me sorprendió incluso a mí mismo.

—¿Por qué me habéis ofrecido venir si sabíais cómo era? ¿Es que os divierte o algo así?

Oh, no, eso no. Por favor, que no se enfadara conmigo. No sabía cómo gestionar esa mierda.

Por impulso, me agaché y le puse las manos en las rodillas. Estaba tan tenso que ni siquiera me di cuenta de que ella no se apartó en absoluto.

—¿Qué? No, claro que no.

Joder, si solo la había mirado a ella en toda la noche. ¿Cómo demonios no podía verlo?

—¿No sabías cómo era una chica que conoces desde el instituto y con la que saliste?

Estaba a punto de preguntarme cómo sabía que había estado conmigo cuando, de pronto, empezó a llorar.

Delante de mí.

Mierda.

Nunca había tenido que consolar a nadie. ¡Mierda! Entreabrí los labios, perdido, y vi que ella agachaba la cabeza. ¡Mieeerda! ¿Por qué solo me salía intentar abrazarla? ¡Obviamente, iba a apartarme!

—Pensé que... —intenté buscar cualquier excusa— no lo sé. Que podíais llevaros bien. Que había cambiado. Lo parecía.

Sí que lo parecía. Maldita sea. Maldita Lana. Esta no era la noche que quería con Jen.

—¿Crees que quiere llevarse bien conmigo? —preguntó, negando con la cabeza—. Ross, siente que le he quitado su vida. Y yo también. Soy su sustituta barata.

Maldito Will. Siempre teniendo razón en todo.

—No eres la sustituta de nadie —solo me faltaba ponerme una mano en el corazón para jurárselo.

—Claro que lo soy. La echabais de menos, por eso me aceptasteis tan rápido.

La tentación de besarla para probar lo contrario era grande, pero me contuve.

—¿Eso te ha dicho?

—No necesito que nadie me lo diga para verlo. No soy idiota.

No, eres perfecta. Ojalá lo vieras.

—Sé perfectamente que no lo eres.

—Entonces, ¿es eso? ¿La echabas de menos?

Me miró, expectante, y vi que lo preguntaba completamente en serio. ¿Cómo podía tener dudas? No había mirado a nadie en mi vida como la miraba a ella. ¿Cómo podía no darse cuenta?

—No —le aseguré.

Y, para mi sorpresa, sacudió la cabeza.

—No es cierto.

—No te estoy mintiendo.

—Ross...

—No te estoy mintiendo —fruncí el ceño—. ¿Crees que podría echar de menos a alguien se se acostó con mi hermano para llamar mi atención?

Pareció quedarse sin ideas por un momento, así que decidí seguir.

—No hace falta que disimules, me imaginaba que ya lo sabrías. Todo el mundo que nos conoce lo sabe. No me gusta Lana. Nunca me ha gustado. En el instituto era una buena chica y podía llegar a pasarlo bien con ella, pero... salir con ella ha sido uno de mis mayores errores. Lo hice porque sí. Ni siquiera me importó cuando me enteré de lo de Mike.

Y lo decía muy en serio. Aunque ella parecía demasiado sorprendida para creerlo.

—¿Cómo no te va a importar? —preguntó—. Son tu hermano y tu ex.

Suspiré, intentando buscar las palabras adecuadas.

—Me refiero a que no me puse celoso. Claro que me importó. Mike es mi hermano. y no es la primera vez que hace algo parecido. Pero Lana... no sentí que hubiera perdido nada que quisiera recuperar.

Vi que se quedaba pensativa y bajaba los ojos a mis manos. No me había dado cuenta de que le había rodeado las rodillas. Por un momento, creí que me apartaría, pero solo esbozó media sonrisa.

—Si le dijeras eso, quizá su ego bajaría un poco.

Si le dijera a Jen la verdad, quizá el suyo subiría.

—No escuches a Lana —murmuré.

—Ella sigue sintiendo algo por ti —insistió.

Esbocé una sonrisa irónica.

—Lana nunca ha sentido nada por mí. Solo está acostumbrada a que todo el mundo haga lo que ella quiere.

Al menos, había dejado de llorar. Suspiré, aliviado.

—Y a ti no te gusta mucho eso de obedecer órdenes.

Si me las dieras tú, las aceptaría todas.

—Pues no —dije, sin embargo—. Como habrás comprobado.

Me miró un momento con su pequeña sonrisa y mis ojos bajaron irremediablemente a sus labios. Si ya de por sí eran apetecibles, cuando se los pintaba eran todavía mejores. Tragué saliva y volví a mirarla a los ojos.

—¿Y se puede llegar a ser tan mezquina solo por eso? ¿Por conseguir lo que quiere?

—Ella es así.

—¿Y cómo pudiste salir con alguien así?

Buena pregunta.

—No lo sé. Pero me prometí a mí mismo que no volvería a cometer ese mismo error.

Ella asintió con la cabeza, mirándome fijamente. Yo tragué saliva y no pude aguantarlo más. Y menos si me seguía mirando así.

—Pero esa no es la única razón por la que está tan enfadada contigo, Jen.

Parpadeó, sorprendida. Me cosquillearon los labios cuando entreabrió los suyos, sin saber qué decir. Joder, solo quería besarla.

—¿Y cuál es la otra? ¿Le he roto un jarrón y no me he enterado? No sería la primera vez.

Sonreí, divertido.

—No que yo sepa.

—¿Entonces?

Esa mirada inocente, esos labios pintados, mis manos en sus rodillas... era demasiado. Tenía que apartarme. Ya. Cerré los ojos un momento y fue justo cuando ella puso una mano encima de las mías.

Y ya no pude más. Tenía que decírselo. Aunque lo arruinara todo. Me daba igual. Tenía que decirlo o iba a explotar.

Ella era todo lo que no había sido y había querido ser Lana. Y Lana se había dado cuenta, claro. Por eso la trataba tan mal, porque lo nuestro siempre había sido algo parecido a la amistad, pero yo sabía que jamás podría tener solo una amistad con Jen. Jamás. No podría simplemente mirarla y sentir cariño amistoso.

Y no pude seguir ocultándolo.

—No le gusta que otra persona se le haya adelantado —le dije en voz baja.

Ella abrió los ojos un poco más y volvió a separar los labios. Se me secó la boca en cuanto clavé los ojos en ellos, pero fue todavía peor cuando vi que ella hacía lo mismo, mirando los míos. Volvió a subir la mirada a mis ojos al instante y, por un momento, solo nos miramos el uno al otro. Y, por primera vez en mi vida, sentí que el mundo dejaba de existir a mi alrededor. Solo existía ella. Y mis ganas de besarla.

Me incliné hacia delante y se me detuvo la respiración cuando ella me respondió a medio camino. Pegué mis labios a los suyos y, justo en ese momento, ya supe que, para mi suerte o desgracia, no querría volver a besar a nadie más después de eso.

Cerré los ojos cuando noté que me ponía una mano tímidamente en la nuca y me incliné hacia delante, apretando los dedos en sus rodillas. Tuve que contenerme con todas mis fuerzas cuando las separó un poco para que pudiera pegarme por completo a su cuerpo.

Podía sentir su vestido debajo de mi camiseta. Y su corazón palpitando a toda velocidad. El mío también se aceleró cuando agarró mi pelo con más fuerza, arqueando la espalda e inclinándose hacia atrás. Le puse una mano en la espalda y soltó una bocanada de aire contra mis labios que fue mucho más intensa que lo que había sentido acostándome con cualquier persona en mi vida.

Abandoné su boca y le besé la mandíbula. Justo la zona donde podía sentir que su pulso palpitaba a toda velocidad. Casi gruñí de placer cuando ella echó la cabeza hacia atrás para facilitarme el acceso. No podía creerme que me estuviera correspondiendo. Era demasiado bonito para ser cierto. Era demasiado perfecto.

Y entonces no pude más y moví la mano que tenía en su rodilla. Le ardía la piel cuando subí lentamente por el interior del muslo aunque la velocidad que deseaba era una mucho más rápida. Jen apretó los dedos en mi espalda y hundió la cabeza en mi hombro mientras yo besaba su mandíbula.

Tuvo que ser ese el maldito momento que eligieron dos idiotas para abrir la puerta de la terraza.

¿Alguna vez había odiado tanto a alguien? Yo creo que no.

Me aparté impulsivamente y ella se quedó petrificada cuando la pareja nos miró fijamente. Ellos intercambiaron una mirada divertida y se marcharon. Habían interrumpido para volver a irse entre risitas, los muy idiotas.

Vi que Jen se colocaba torpemente la falda, roja y con la respiración acelerada. Estaba evitando mi mirada, y podía entender el por qué. Yo sí que estaba acelerado. Joder. Era lo más intenso que había sentido en mi vida. Y solo la había besado. Todavía podía sentir su piel suave bajo mis dedos. Miré sus rodillas y cerré los ojos, intentando centrarme.

Mierda. ¿Qué había hecho? ¿O qué haría ella? Porque yo tenía muy claro lo que quería hacer, pero estaba claro que ella no. Oh, no. ¿Y si quería irse? Me pasé una mano por el pelo, frustrado, antes de incorporarme. Ella seguía sentada en su lugar, abochornada.

—¿P-podemos irnos? —preguntó torpemente.

—Vamos —mascullé.

Necesitaba una ducha fría. O unas cuantas.

Nos reunimos con los demás sin que yo pudiera volver a mirarla. Era incapaz de hacerlo y centrarme. Ya estábamos en el coche y escuchaba a los demás hablando atrás mientras yo repiqueteaba los dedos en el volante. Quería volver a sentir su piel, no ese maldito volante. Solo a ella. Joder, ¿qué me estaba pasando?

La miré de reojo y me sorprendió pillarla observándome. Le sostuve la mirada y me sorprendió todavía más ver que no la apartaba. De hecho, bajó la mirada a mis labios y vi que la respiración se le agolpaba en la garganta. Todas las sensaciones de antes volvieron, aumentando mis ganas de mandar a los demás a la mierda a irme con ella al piso. Solos. Y terminar lo que habíamos empezado. Joder, estaba harto de tanta tensión sin resolver.

Pero no podía hacerlo. Frustrado, encendí la radio de un golpe y me centré en la jodida carretera.

Intenté volver a pillar su mirada en el ascensor y supe que ella la había notado, pero no se giró. Tragó saliva y recordé cómo había echado la cabeza hacia atrás para facilitarme el acceso a su cuello. Cerré los ojos, frustrado. Iba a volverme loco.

No me giré en absoluto cuando empezamos a cambiarnos dándonos la espalda el uno al otro, pero era demasiado consciente de su presencia. Me puse mi pijama, intentando mantener tantas capas de ropas entre nosotros como fuera posible, y ella desapareció en el cuarto de baño. Yo aproveché para pasarme las manos por la cara, tumbado en la cama. Respiré hondo y solté una palabrota en voz baja.

Iba a explotar en algún momento, estaba seguro. Nunca me había sentido tan atraído por nadie. No sabía cómo manejarlo. ¿Se suponía que ahora tenía que fingir que no había pasado? ¿O intentar llegar al final?

Cuando vi que aparecía por el pasillo y se detenía en la puerta para mirarme, tuve que preguntarlo.

—Oye, si quieres que vaya a dormir al sofá...

—¿Qué? No —me pareció que iba a acercarse, pero se detuvo a sí misma—. No, Ross... es tu cama.

Mi cama era una mierda sin ella.

—No quiero que te sientas incómoda.

—No me siento incómoda.

Se le encendieron las mejillas cuando volvió a mirarme.

—¿Tú te sientes...?

—En absoluto —casi me reí.

Lo mío no era incomodidad. Era algo mucho peor.

Ella me miró un momento y luego se acercó a la cama. Vi que se quitaba las lentillas, como siempre, y se metía bajo las sábanas. Me tumbé mirando el techo y Jen hizo lo mismo. Podía escuchar su respiración. Podía notar su maldito cuerpo irradiando calor. ¿Me estaba volviendo loco? Porque eso no era normal.

Y, entonces, escuché los estúpidos ruidos de Naya y Will haciéndolo.

Idiotas.

¡Yo también quería hacerlo!

Me pasé las manos por la cara, frustrado.

—¿Ross?

Me detuve en seco cuando escuché su voz. Me giré hacia ella y me sorprendió verla mirándome tímidamente. Oh, oh. ¿Iba a mandarme al sofá? No podría culparla si lo hacía. Me lo merecía por no saber controlarme a mí mismo.

—¿Sí?

Dudó un momento.

—Lo que ha pasado antes...

Mierda.

—¿Sí...?

—¿Te acuerdas de lo que te conté sobre mi relación?

Joder si me acordaba. Lo tenía grabado a fuego.

Espera.

Espeeeera...

¿Estaba...? ¿Estaba insinuando...?

No, imposible. Demasiado bonito para ser cierto.

Pero, ¿y si...?

Me tensé por completo solo por la anticipación.

Dilo, por favor.

—Sí.

Ella tragó saliva. Yo la miraba fijamente, esperando que dijera las palabritas mágicas.

—Que no pasa nada si tenemos a alguien con quien... bueno...

Dilo, dilo.

—...con quien hacer... cosas...

—Sí.

Dilo, vamos, Jen.

—Bueno... respecto a lo de antes...

A la mierda. Ya lo digo yo.

—Sí —la corté.

Me giré hasta quedar encima de ella, que contuvo la respiración. Me aceptó enseguida cuando me incliné hacia delante y la besé algo más bruscamente de lo que había pretendido en un principio. Pero es que llevaba demasiado tiempo esperándolo. Me pegué completamente a su cuerpo y noté que su piel ardía. Seguro que no más que la mía.

Casi sonreí cuando sentí que agarraba mi camiseta y tiraba hacia arriba. Eso estaba pasando realmente, ¿no? Porque si era un sueño esperaba, al menos, seguir dormido hasta que mis fantasías perversas se cumplieran.

Me daba igual si era un sueño o no. Solo podía centrarme en ella. La miré mientras la ayudaba a quitarme la camiseta. Le brillaban los ojos. Nunca la había visto así. Y pensar que esa mirada era solo para mí, hizo la situación todavía mejor. Me pasó una mano por el pecho con suavidad y me sentí que se me aceleraba el pulso. Entonces, me miró otra vez y se arqueó para quitarse la sudadera que le había dejado.

Sabía que la incomodaría, pero me quedé mirándola sin poder evitarlo. Era jodidamente perfecta. No podía creerme que no lo supiera. Era imposible.

Bueno, siempre podía demostrárselo.

Me volví a inclinar hacia delante y le besé los lunares pequeños que le había visto debajo de la oreja, pasándole las manos por las costillas. Por un momento, me acordé de lo que me había contado en el coche y casi esperé que se retorciera por las cosquillas. Y se retorció, pero no se empezó a reír. Y no intentó apartarme en absoluto. De hecho, sentí su mano apretándose en mi espalda para atraerme más cerca. Subí las manos y ella soltó una bocanada de aire cuando la miré y bajé los besos hacia la piel que había dejado descubierta.

No podía dejar de besarla y tocarla. Solo quería acabar con eso. Sentía que iba a explotar, pero a la vez solo quería alargarlo para que no terminara.

—Ross... espera.

Levanté la cabeza al instante, asustado. Dime que no la había espantado ahora, por favor. Ahora no. Una ducha fría ya no iba a ser suficiente. Tendría que irme al maldito Polo Norte para calmarme.

—¿Qué? —noté la urgencia en mi propia voz.

—No... no tengo...

Se puso roja y supe al instante a qué se refería. Mi pecho se deshinchó por el alivio.

Volví a subir a sus labios y la besé antes de inclinarme hacia mi cómoda y agarrar un condón. Se lo enseñé y me dedicó una mirada abochornada cuando le sonreí. Incluso en esa situación era tímida conmigo. Y, de alguna forma, me encendía todavía más. ¿Desde cuándo me gustaba tanto la ternura? Si siempre la había odiado.

Cualquier pensamiento racional desapareció cuando ella me rodeó el cuello con los brazos y pegó su pecho desnudo al mío. Dejé que guiara el beso durante unos segundos, pero era demasiado tierno. Y, aunque me encantaba su ternura, en ese momento quería algo todavía mejor. Le sujeté la cabeza con una mano y la besé más intensamente, bajando una mano entre sus pechos y hacia el inicio de sus pantaloncitos.

Oh, mi perverso interior había tenido ganas de asaltar esos pantaloncitos inocentes desde que los había visto por primera vez.

Seguía teniendo la sensación de que en cualquier momento iba a decirme que parara y toda esa fantasía se borraría, pero no lo hacía. De hecho, parecía quererlo tanto como yo.

Apenas la había rozado cuando noté que ella soltaba una especie de jadeo y me sujetaba la muñeca, apartándola. Me quedé congelado. ¿Se había arrepentido? Apoyó la mano junto a mi cabeza y vi que alcanzaba algo que yo había dejado abandonado. Se quitó el resto de la ropa con una urgencia que

me sorprendió y casi perdí completamente el control cuando me bajó los pantalones y los bóxers, acariciándome por todas partes.

—Jen... —intenté detenerla. No íbamos a poder hacer mucha cosa si seguía tocándome así.

—Déjate de tonterías y hazlo de una vez —exigió, rompiendo el condón y dándomelo.

Vale, definitivamente esa era la mujer de mi vida.

Bueno, si no quería tonterías, no iba a ser yo quien se las diera. Yo solo quería alargar el momento, pero... oye, teníamos toda la noche para alargarlo. Porque eso no iba a quedarse en un solo asalto. De eso nada.

Todavía tenía la respiración acelerada cuando me dejé caer de espaldas a su lado. El pecho de Jen subía y bajaba a toda velocidad. Todavía tenía su mano agarrada con fuerza al cabecero de la cama. Estaba completamente sonrojada, desnuda y agitada. Mi sueño hecho real. No pude evitar una sonrisita orgullosa. Yo había provocado esa expresión.

Buen trabajo, soldado.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz agitada.

Miré a un lado y agarré mi móvil.

—Las cinco de la mañana —murmuré—. Tenemos tiempo para un asalto más.

Empezó a reírse y me dio un manotazo en el hombro. Atrapé su muñeca al instante y tiré de ella hacia mí hasta que la tuve tumbada encima, mirándome. Joder, no iba a acostumbrarme nunca a su piel rozando la mía de esa forma.

—¿Es que tú nunca descansas? —preguntó con una sonrisita.

Estaba completamente despeinada y algunos mechones de pelo le caían delante de la cara. Se los aparté con los dedos. Especialmente el mechón de siempre. Por fin podía apartarlo yo.

—Contigo, espero que no.

—Sinceramente, dos por una noche es más que suficiente por mi parte —me aseguró, suspirando—. Además, tengo que ir al baño.

—¿No has ido antes de venir a la cama?

—Sí, pero solo me he mirado en el espejo y he intentando calmarme —masculló.

Tanta sinceridad me sorprendió. Especialmente porque yo había hecho lo mismo aquí, en la habitación.

—Tomo prestada tu camiseta —añadió.

—¿Mi camiseta? ¿Para qué?

—No pienso pasearme desnuda por el piso, Ross.

—Todo el mundo está dormido, ¿qué más da?

—Tú no estás dormido.

Abrí la boca, ofendido, cuando se tapó los pechos con un brazo para incorporarse y recoger mi camiseta.

—Sabes que te los he visto, ¿no? Y les he hecho cosas peores que solo verlos.

—¡No lo digas... así! —protestó, enrojeciendo—. Y no me mires el culo al salir.

—Vale.

—No lo hagas, Ross.

—¡Te he dicho que vale!

Está claro que se lo miré.

Escuché sus pasitos por el pasillo y me pasé las manos por la cara. La cama estaba hecha un desastre. Yo entero estaba hecho un desastre. Pero me daba igual. Porque por fin había sucedido. Y había sido mucho mejor de lo que había imaginado.

Sonreí y me dije a mí mismo que, definitivamente, necesitaba un tercer asalto. Me puse de pie y recorrí el pasillo sin molestarme en vestirme. Jen no había cerrado la puerta del cuarto de baño, solo la había empujado. Al abrirla, vi que se estaba intentando peinar con los dedos. Se giró hacia mí, sorprendida, cuando cerré la puerta a mi espalda.

—¿Qué...?

Se calló cuando me incliné hacia abajo para sujetarle la cabeza y besarla. Noté que sonreía bajo mis labios al girarla hacia la encimera. Su cadera chocó con ella, quedando atrapada. Me recorrió la espalda con los dedos y yo intenté subirle la camiseta, pero me detuvo.

—¡No vamos a hacer eso... aquí! —susurró, mirando furtivamente la puerta.

—¿Por qué no?

Nunca lo había hecho en un cuarto de baño. Y empezar con Jen me parecía bastante apetecible.

—P-porque... podrían oírnos y...

—Ya te he dicho que están dormidos.

—¡Pueden despertarse!

—Pues no hagas ruido —sugerí con una sonrisita.

Para mi sorpresa, no se opuso cuando la levanté por el culo —¡por fin podía tocarle el culo como un perverso!— y la senté en la encimera, separándole las rodillas y metiéndome entre ellas. De hecho, ella bajó las manos por mi espalda y me empujó todavía con más ganas. Me incliné hacia delante, obligándola a hacer lo mismo hasta que su espalda chocó con el espejo. Ya estaba empañado. Metí una mano entre nosotros y sonreí al ver que ella echaba la cabeza hacia atrás. Joder, podría acostumbrarme a eso. Quería acostumbrarme a eso.

—Vale, a la mierda —masculló—. Vamos a por un...

Se detuvo cuando levanté el condón que había estado sujetando con la mano libre y me puso mala cara.

—¿Cómo sabías que iba a aceptar, perverso?

—Porque soy un perverso muy persuasivo.

—Ya lo creo.

Rompí el envoltorio y me lo coloqué tan rápido como pude. Ella clavó los dedos en mi nuca para atraerme de nuevo en un beso tan intenso que casi hizo que perdiera el equilibrio. Le sujeté el muslo con una mano y la atraje, dejándola justo donde quer...

Me detuve en seco cuando escuché tres golpes furiosos en la puerta.

Oh, oh.

Jen también se quedó petrificada. Nos miramos el uno al otro sin movernos en absoluto. Ella abrió la boca para decir algo, pero justo en ese momento escuché la voz de Sue justo al otro lado de la puerta.

—Maldita sea, Will —espetó—. ¿Desde cuando echáis polvos en el cuarto de baño? Mejor me aguanto las ganas de hacer pis.

Y escuché sus pasos alejándose hasta que se encerró en su habitación.

Jen esbozó una pequeña sonrisa divertida y yo empecé a reírme entre dientes.

—Mejor dejamos el polvo en el cuarto de baño para otro día —murmuré.

—Sí, mejor.

La sujeté con un brazo y ella me rodeó la cintura con las piernas. Recorrí el pasillo sin soltarla y, en cuanto nos encerramos de nuevo en la habitación, nos dejé caer en la cama de nuevo.

Capítulo 6

No me sorprendió que Jen no estuviera cuando abrí los ojos. Siempre salía a dar brincos por las mañanas, cosa que no terminaba de entender. Con lo cómodo que era quedarse en la cama...

Me froté los ojos y estuve a punto de salir de la habitación directamente, pero me detuve justo a tiempo para recoger unos pantalones de algodón y ponérmelos. Hubiera sido gracioso salir sin nada puesto. Sonreí ampliamente y crucé el pasillo. Will, Sue y Naya ya merodeaban por la cocina.

—Buenos días —los saludé alegremente.

Los tres se quedaron mirándome fijamente, confusos.

—¿Por qué estás de tan buen humor por la mañana? —preguntó Naya, entrecerrando los ojos.

—¿Por qué no? Hoy hace un día precioso y soleado. Incluso Sue me parece preciosa.

Ella me puso una mueca, pero dejó de hacerlo cuando le sujeté la cara y le di un beso sonoro en la mejilla. Se apartó de un salto, asqueada y frotándose la mejilla, mientras yo me reía a carcajadas.

—¡Qué asco! ¡Como vuelvas a hacer eso, te clavo la cuchara en un ojo!

La ignoré completamente y rodeé la barra para sentarme en uno de los taburetes. Sue comentó algo sobre no tener un desayuno decente y tanto ella como Naya se pusieron a rebuscar en los armarios. Las observé distraídamente hasta que noté que Will se detenía a mi lado, mirándome fijamente. Dejé de sonreír.

—¿Qué? —pregunté, confuso.

—Nada.

—¿Nada?

—Solo te analizo.

—¿Y qué analizas, exactamente?

No respondió por unos instantes. Entonces, se cruzó de brazos.

—Supongo que no sabrás por qué Sue me ha gritado que no vuelva a echar un polvo en el cuarto de baño en medio de la noche, ¿no?

Me llevé una mano al corazón al instante.

—¿Yo? ¿Qué? ¿De qué me estás hablando?

—Creo que lo sabes muy bien.

—No tengo ni la más remota idea, querido Will. Pero hacer eso en un piso compartido es una verdadera falta de respeto. Debería darte vergüenza.

Él abrió la boca para decir algo, pero se calló cuando vio que Naya cruzaba el pasillo, enfadada. Sue sonreía malévolamente.

—¿Qué le has dicho ahora? —le preguntó Will, frunciendo el ceño, antes de seguirla.

Sue y yo nos quedamos en silencio unos segundos en la cocina. Ella estaba de brazos cruzados. Al parecer, no había encontrado nada para desayunar.

—¿Te puedes creer que echaron un polvo en el cuarto de baño? —me preguntó, irritada—. Voy a tener que desinfectarlo durante una hora.

—Qué poco respeto. Me parece indignante.

—¡Lo sé! —espetó, echando una ojeada frustrada al pasillo.

Justo mientras bostezaba ruidosamente, escuché la puerta abrirse. Miré a Jen al instante, que se había acercado con unas bolsas de comida. Pero no me centré en eso, sino en las mallas y el sujetador deportivo y ajustadito. Mhm...

¿Por qué había tardado tanto en pedirle que viniera a vivir conmigo?

—Jackie, te he dicho esa —mamá me miró con confusión—. ¿Por qué estás tan distraído hoy? ¿Qué te pasa?

Dejé la caja donde la había encontrado y fui a por la otra. ¿Cómo podía pesar tanto un maldito cuadro? Resoplé y lo dejé en la sala principal mientras ella me seguía.

—Nada —respondí—. ¿No eres rica? ¿Por qué no contratas a alguien para que haga estas cosas por ti?

—Porque así puedo verte un rato.

—Pues qué ilusión lo de transportar cajas. ¿Qué plan divertido y emocionante tenemos mañana? ¿Organizar una mudanza?

—No me cambies de tema. Te he preguntado algo. Si tienes un problema, puedes hablarlo conmigo. Lo sabes, ¿no?

—No es nada —repetí.

—¿Ha pasado algo con Will?

—¿Por qué no dejamos de fingir que por primera vez en tu vida te interesa en lo más mínimo lo que me pase, mamá?

Dejé la caja en el suelo y me sacudí el polvo de las manos. Al levantar la mirada, vi que ella se había quedado mirándome con expresión dolida. Cerré un momento los ojos, frustrado conmigo mismo.

—Lo siento, no quería decir eso.

—No pasa nada, sé que no querías decirlo.

Pero me estaba mirando fijamente, esperando que siguiera. Solté un suspiro y me coloqué el cuello de la camiseta, nervioso.

—Es que... mhm... hay una chica que...

—Espera, ¿una chica? —se quedó pasmada al instante—. ¿Una novia?

Ojalá.

Espera, ¿de dónde demonios había salido eso?

—No —murmuré.

Ella me detuvo por el brazo cuando hice un ademán de entrar otra vez en el almacén.

—¿Qué? —la miré.

—Vamos, no me dejes así. ¿Qué pasa con esa chica?

—¿Por qué estás tan emocionada? Ni siquiera la conoces. Podría ser una asesina en serie.

—Jackie, cielo, es la primera vez en tu vida que me hablas de una chica.

Cómo odié que eso fuera verdad. ¿Qué me pasaba? Normalmente era genial escondiendo lo que pensaba delante de todo el mundo.

—Conociste a Lana —murmuré.

—No la conocí. A Naya se le escapó un día que tenías novia y hasta ahí llegó mi gran conocimiento sobre tu vida amorosa.

—Créeme, prefieres no saber nada sobre mi vida amorosa.

—Bueno, ¿vas a contarme algo de esa chica?

Me soltó el brazo al ver que no iba a moverme y yo me quedé ahí de pie, incómodo. ¿Por qué había dicho nada sobre el tema?

—No hay mucho que contar —dije, al final—. Es... mi compañera de piso.

—¿Sí? —vale, verla tan ilusionada casi hizo que me fuera corriendo—. ¿Cómo es?

—Está buenísi...

—Su personalidad —puso los ojos en blanco.

Sonreí, divertido.

—Es... —busqué la palabra adecuada para definirla y me sorprendí a mí mismo sin ser capaz de encontrar nada malo—. Es... dulce.

¿Dulce? ¿Desde cuando usaba yo esa palabra tan estúpida para referirme a alguien?

—Dulce —mamá intentaba no sonreír con todas sus fuerzas.

—Sí. Es... —sacudo la cabeza—. Nada.

—No, dímelo.

—Es muy cursi.

—Jackie, dímelo.

Suspiré sin mirarla.

—Es... demasiado perfecta... como para estar relacionada conmigo.

No me podía creer que hubiera dicho eso en voz alta. Me sentía ridículo y, a la vez, como si me hubiera quitado un peso de encima. Era una mezcla extraña.

Por suerte, mamá acudió al rescate y no prolongó el silencio.

—¿Cómo se llama?

—Jen. Es decir... Jennifer.

—Oh —sonrió, entusiasmada—. ¿Ya la has besado?

Joder, sí. Y por todas partes.

Vale, eso mi madre no necesitaba saberlo.

—No te hagas ilusiones. Tiene novio.

De pronto, todo su entusiasmo desapareció y puso una mueca de disgusto.

—Oh, vaya...

—Y la trata fatal —añadí en voz baja, más para mí mismo que para ella—. No se la merece.

—¿Y tú sí?

Noté que cada fibra de mi cuerpo se tensaba al escuchar la voz de mi padre. Levanté la cabeza y me lo encontré acercándose con las manos metidas en sus pantalones grises caros. ¿Qué demonios hacía aquí? Mamá también se tensó enseguida.

—Jack —lo saludó, intentando ocultar su incomodidad—, ya te dije que no necesitaba más ayuda, ¿qué...?

—Tenía una reunión cerca de aquí y he decidido pasarme a verte —replicó papá—. No me esperaba encontrarte aquí, Jack.

Y ya estaba ahí. Esa forma asquerosamente despectiva de decir mi nombre. Por eso lo había evitado toda mi vida. Hacía que me hirviera la sangre.

Él me miró como si esperara una respuesta, pero me negué a dársela. No iba a discutir con él. Y menos sobre algo relacionado con Jen.

—¿De qué hablabais? —preguntó, ajustándose las gafas con un dedo—. He oído un nombre, pero no me resulta familiar. Jennifer, creo.

Escucharle a él decir su nombre hizo que se me revolviere el estómago.

—De nada que te importe —espeté.

Sonrió brevemente.

—Entonces, he acertado. ¿Quién es? ¿Una chica de esas que te buscas por las noches en los bares?

Mamá suspiró y negó con la cabeza. Ya conocía demasiado bien esas discusiones.

—Sí, es exactamente eso.

No quería que mi padre supiera nada de Jennifer. Nunca. Era demasiado

asqueroso. Y ella no se merecía conocer a alguien así.

—¿Por qué a mí no quieres decirme la verdad, Jack? —preguntó, mirándome con esa pequeña sonrisa que siempre me apetecía golpear—. A tu madre se la estabas diciendo.

—No estábamos hablando de nada —aclaró mamá.

—Hoy estáis muy mentirosos —papá sacudió la cabeza—. Pero no hace falta que me lo digáis. Conociendo a tu hijo pequeño, Mary, lo más seguro es que esa chica desaparezca de su vida dentro de poco, en cuanto lo conozca de verdad.

Mamá cerró los ojos un momento mientras yo intentaba no girarme y ponerme a gritar con todas mis fuerzas.

—¿Por quién será esta vez? —preguntó mi padre, acercándose a mí—. ¿Por tu hermano? ¿Por otro chico? Estoy deseando descubrirlo.

No iba a golpearlo. No iba a golpear a mi padre. Ni siquiera por eso. No iba a caer tan bajo.

Eché una ojeada a mi madre casi como si esperara que dijera algo en mi defensa. Lo que fuera. Pero está claro que no lo hizo. Solo apartó la mirada, incómoda, como había hecho durante toda mi vida con esa clase de actitudes de mi padre. No sé ni por qué me molestaba en esperar ayuda de donde sabía que no iba a encontrarla.

Así que hice lo más prudente que podía hacer; me marché.

No quería volver a casa. Estaba de muy mal humor y lo último que me apetecía era pagarlo con alguien que no tuviera la culpa de nada. Así que fui al sitio de hamburguesas al que mi abuela me llevaba cuando era pequeño y me pedí una de las más grasientas. Me la comí en silencio mientras veía las noticias en la pequeña televisión que había en un rincón del local.

Ya casi se me había pasado el enfado cuando llegué a casa, pero seguía teniendo esa tensión en los hombros que solo se me instalaba cuando pasaba el rato con mi padre. Era como si cada vez que yo diera dos pasos al frente, él me hiciera retroceder veinte de un empujón.

Todo el mundo estaba durmiendo. Me detuve en el pasillo y apoyé la frente en la puerta, respirando hondo antes de entrar.

Jen estaba ya acurrucada en la cama, durmiendo. Me quedé mirándola un momento y me pregunté si mi padre tendría razón. Si alguna vez ella y yo llegáramos a estar juntos... ¿me haría lo mismo que las demás?

Mi primer instinto fue un no rotundo, pero también había confiado en las otras dos en su momento. Especialmente en la primera. Y recordaba perfectamente cómo habíamos terminado.

Intenté no pensar en ello. No éramos nada. Ni siquiera habíamos llegado a hablar de lo que había pasado entre nosotros. Ella tenía novio. Y yo seguía sin ser el tipo de persona capaz de comprometerse con una relación sin desconfiar de ella.

Y aunque la tuviera... ¿y si mi padre tenía razón y el problema era yo y no esas chicas?

No quería pensar en eso, pero no podía evitarlo.

Saqué mi pijama y me cambié rápidamente. En cuanto me estuve cambiando de pantalones, escuché que ella se removía. Mierda, ahora no. No quería hablar con nadie. Me sentía horrible. Solo quería meterme en la cama.

—¿Ross?

Cerré los ojos un momento antes de mirarla. Estaba medio dormida y despeinada, frotándose los ojos. Lo más tierno que había visto en mi vida.

—¿Te he despertado? —intenté sonar lo más natural posible—. Lo siento, he intentado no hacer ruido.

Ella me observó por unos segundos.

—¿Dónde estabas?

Oh, no, Jen. Por favor, no.

—Mira a quién le ha nacido la curiosidad —forcé una sonrisa—. Asuntos familiares.

Tan jodidos como de costumbre.

Sentí que una incomodidad algo desconocida se instalaba en mi estómago cuando siguió mirándome fijamente.

—¿Está todo bien?

No sé si me gustaba que fuera capaz de saber cuando algo no iba bien en mi vida. Preferí no pensar en ello. No quería más preocupaciones. No esa noche.

—¿Cuándo no lo ha estado? —murmuré—. Duérmete, anda.

Me dio la sensación de que ella quería decirme algo más, pero aparté la mirada cuando sus ojos empezaron a cerrarse. Estuve unos segundos mirando el cabecero de la cama con los labios apretados antes de meterme a su lado, dándole la espalda. Suspiré pesadamente y me quedé mirando la cómoda. No podía dormir.

Y, justo cuando casi se me había olvidado que estaba ahí, noté una mano pequeña entre mis omóplatos. La cicatriz me lanzó un pequeño latigazo de

dolor, como si pudiera sentir las yemas de sus dedos incluso por encima de la camiseta.

—Sea lo que sea, seguro que se arreglará —escuché que murmuraba.

Me quedé muy quieto cuando noté que me acariciaba la espalda con la punta de los dedos. Especialmente al notar que se acercaba a mí, apoyando la frente en mi espalda. No me di la vuelta, pero sentí que la tensión de mis hombros se relajaba.

Y, al cabo de un rato, conseguí quedarme dormido.

Las buenas noticias eran que mi madre y Jen se llevaban de maravilla.

Las malas noticias era que se llevaban de maravilla... a costa de reírse de mí.

Pero bueno, tampoco podía quejarme. Era la primera vez en mi vida que presentaba una chica a mi madre. Y había sido por mi maldito cumpleaños.

Qué bien hubiera ido todo... de no ser porque el idiota de su novio había estado llamándola toda la noche.

En cuanto vi su cara en la pantalla, fue como una bofetada de realidad. Me había dado cuenta de que cuando Jen se ponía cariñosa conmigo, tenía una estúpida tendencia a olvidarme de que no éramos nada. Absolutamente nada.

Y eso me jodía. Oh, me jodía mucho.

Había estado de muy mal humor durante toda la mañana del día siguiente, pero por la tarde había dejado de estarlo para pasar a estar solo frustrado. ¿Qué derecho tenía yo a enfadarme con Jen? Ella había sido honesta conmigo. Quería a alguien con quien pasarlo bien, no a otra pareja. Ella ya tenía pareja. Y no era yo. Nunca sería yo.

Tenía que pedirle perdón. No se merecía estar incómoda por mi culpa.

Acababa de llegar de clases y estaba sentado en el sofá, suspirando y pensando en eso. Naya y Will se morreaban en el otro sofá, ajenos a mi presencia.

¿Por qué no podía yo hacer eso con Jen?

Los miré con envidia poco sana durante unos segundos, hasta que mi móvil empezó a sonar. Mi madre. La que faltaba.

—¿Qué? —pregunté.

Ella se quedó en silencio un momento.

—Hola a ti también, hijo mío —ironizó.

—¿Qué? —repetí.

—Soy tu madre, así que háblame bien —exigió esa vez.

Suspiré pesadamente.

—Lo siento —accedí—. Hola, mamá. ¿Necesitas algo?

—Gracias, Jackie. Verás, hay lasaña para cenar, pero como estoy sola he pensado que igual querrías venir.

Bueno, la lasaña nunca había sido algo a lo que pudiera decir que no.

—Suená bien.

—Pero ven con tus amigos —añadió rápidamente.

—¿Con mis amigos? —entrecerré los ojos.

—¿Por qué no invitas a Jennifer? —preguntó alegremente.

Puse los ojos en blanco. La parejita había dejado de besarse para mirarme con curiosidad.

—No creo que sea un buen momento —murmuré.

—¿Por qué? ¿Os habéis peleado?

—Algo así. No creo que deba hablarle ahora de...

—Escúchame bien —el tono firme de mi madre hizo que me callara al instante, sorprendido—. Me gustó esa chica para ti. Me gustó muchísimo. Y está claro que ella siente algo por ti. Solo necesité ver la forma con la que te miraba. Por no hablar de la forma en que la miras tú, que no sabes disimular. Así que déjate de tonterías y haz las paces con ella.

Me quedé callado, perplejo.

—¡Os espero en una hora! —añadió alegremente antes de colgar.

Mantuve el móvil en mi oreja por unos segundos como un idiota antes de mirar a Will y Naya.

—¿Queréis comer lasaña en casa de mi madre? —pregunté.

—¡Lasaña! —Naya se puso de pie de un salto—. ¡Voy a ponerme algo decente!

Will suspiró.

—Creo que puedes ir a buscar a Jenna, va a tardar un rato —me aseguró antes de seguirla.

Me quedé en silencio unos segundos en el salón sin saber qué hacer hasta que volví a mirar mi móvil. Hora de llamar a cierta señorita de culo perfecto.

—¿Ross? —murmuró nada más descolgar.

—¿Tienes algo que hacer esta noche?

¿Tenía que ir a ver al amigo ese con el que había cenado alguna vez? Porque lo detestaba y ni siquiera sabía quién era.

—Eh... no.

Sonreí ampliamente.

—¿Por qué? —añadió.

—Mi madre nos ha invitado a cenar. Will y Naya vienen. ¿Te vienes?

De pronto, me apetecía que viniera. Me apetecía mucho.

—¿Esta noche? —preguntó, sorprendida.

—Sí. Si quieres, puedo pasarte a buscar a la facultad.

Esperé. Y... esperé más. Y ella no dijo nada. Fruncí el ceño.

—¿Jen?

—Sí, estoy aquí.

Oh, no. Ese tono tenso no me gustó. Me removí, incómodo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Yo... pensé que estabas enfadado conmigo.

Casi empecé a reírme a carcajadas. No, no estaba enfadado con ella. Estaba enfadado conmigo mismo. Dudaba seriamente que pudiera llegar a enfadarme de verdad con ella.

—No estoy enfadado —le aseguré en voz baja.

Escuché que se aclaraba la garganta.

—Además... voy hecha un desastre —murmuró.

Oh, eso también lo dudaba seriamente.

—Vamos a casa de mis padres, no a un banquete real.

—Bueno, pues... no lo sé...

—Debería advertirte que mi madre es más pesada incluso que Naya cuando quiere algo.

No bromeaba. Lo era. Y lo sería especialmente con Jen, porque se había quedado encantada con ella.

Aunque no podía culparla, yo también me había quedado encantado con ella.

—Yo que tú iría —añadí al ver que no respondía.

—Vale —accedió al final, y yo sonreí—. Entonces, iré. ¿A qué hora...?

—Genial. Voy a buscarte.

No mucho más tarde, detuve el coche delante de su edificio y ella subió a mi lado, colocándose el mechón de siempre. No pude evitarlo y me quedé embobado un momento, mirándola.

—¿Qué? —me preguntó con sorprendente inseguridad.

Dios mío, esa chica necesitaba un espejo urgentemente.

—Y dices que vas hecha un desastre —murmuré.

Will y Naya fueron sorprendentemente puntuales y no tardamos mucho en llegar a casa de mis padres. Y yo estaba sorprendentemente nervioso. Miré a Jen de reojo cuando abrí la puerta del garaje y dejé que los demás pasaran.

Bueno, hora de suplicar que mi madre no le preguntara nada inapropiado.

—¿Hoooolaaaaa? —me adelanté asomándome en la cocina, donde mi madre me sonrió.

Aunque su mirada se clavó enseguida en Jen, claro. Me hubiera extrañado que no fuera así.

—Hola, queridos. Hace frío, id a sentaros al salón. Esto ya está hecho.

Y no lo había hecho ella —era tan pésima cocinando como yo— lo había comprado. Pero omitió ese detalle, claro.

—¿Es lasaña? —Naya sonrió ampliamente.

—Tienes buen olfato —mamá negó con la cabeza—. Venga, marchaos. Mi marido y mi hijo más desastroso no tardarán en venir.

Estuve a punto de ir con los demás, pero me detuve en seco.

¿Acababa de decir *marido* ?

—¿Papá está aquí?

Mamá suspiró y me dedicó una mirada que supuse que fue para intentar que no me enfadara.

—Ha llegado hace una hora por sorpresa, cariño.

Eso no era verdad. Ella había hablado conmigo media hora antes. ¿Era una maldita encerrona? Apreté los labios en su dirección. Seguro que papá la había convencido para poder conocer a Jen.

Volvimos al salón y yo no pude relajarme. Ese imbécil estaría aquí. Prefería incluso a Mike.

Quizá deberíamos irnos antes de que...

—¿Puedo preguntarte algo muy obvio?

Levanté la cabeza hacia Jen, que me miraba fijamente. Enarqué una ceja.

—Sorpréndeme.

Ella suspiró.

—¿Por qué vives en ese piso teniendo esta casa?

Porque no podía soportar seguir viviendo bajo el mismo techo que mi padre. Y porque ese piso me encantaba.

Y porque en ese piso tenía a cierta señorita durmiendo conmigo cada noche, también.

—Me gusta ese piso.

—Pero... ¡aquí tienes todo esto!

—Y ahí te tengo a ti.

Oh, mierda.

Mierda, ¿de dónde había salido eso? Carraspeé ruidosamente cuando Jen abrió la boca, sorprendida. ¡Mierda! ¿Por qué tenía que mirarme fijamente? ¡Si lo hacía, no podía centrarme y controlar lo que decía!

Cuando la puerta principal se abrió y se cerró dejando paso a Mike, fue la primera vez en mi vida que me alegré de verlo.

—Hola a todos. Ya ha llegado la fiesta.

Naya puso mala cara.

—Era todo demasiado bonito.

Intenté no estamparle un cojín en la cara a Mike cuando se sentó entre Jen y yo descaradamente, mirándola con una sonrisa.

—¿El otro sofá no era suficiente para ti solo? —pregunté de mala gana.

Intenté apartarlo mientras hablaba con Jen, pero no hubo manera. Menudo idiota.

Además, dejé de hacerlo en cuanto escuché los pasos en la escalera. Aparté la mirada sin necesidad de comprobar que era mi padre y clavé los ojos en la chimenea.

—Hola, chicos —escuché que decía.

Hubo algunos murmullos de saludos de los demás. No de mí.

—Papá —le dijo Mike.

Por supuesto, papá no respondió. Y seguro que le echó una ojeada de desprecio. Cerré los ojos un breve momento antes de girarme hacia Mike, cuya sonrisa había desaparecido casi imperceptiblemente. Ni siquiera él se merecía que lo ignorara de esa forma. Él captó mi mirada y ambos nos giramos hacia delante, incómodos.

Al menos, me pude sentar con Jen a la hora de cenar.

Y la verdad es que la cosa fue incómoda, pero no tanto como esperaba. De hecho, hubiera ido de maravilla de no ser porque el imbécil de mi padre empezó a centrar en Jen toda su amargura.

No sé cuántas preguntas le había hecho —y cuántas veces ella había enrojecido antes de responder— cuando decidí que no podía tolerarlo más.

—Es una cena —espeté—. ¿Por qué tienes que convertirlo todo en un interrogatorio?

Él ni siquiera despegó los ojos de Jen.

—Si no te importa, hijo, estoy preguntando a mi invitada. ¿Y tú trabajas, Jennifer?

—No...

—¿Y vives con mi hijo en su piso?

—Bueno, sí, pero... pero es temp...

—¿Pagas un alquiler?

—Jack —fue una de las pocas veces que mi madre intervino.

Pero no sirvió de nada. Y mi enfado estaba empezando a crecer. Mucho.

—Era solo curiosidad —replicó él tranquilamente—. ¿Pagas un alquiler, Jennifer?

—Yo... —ella agachó la cabeza— no.

Verla así y saber que era por mi culpa, porque yo la había traído aquí, estaba haciendo que tuviera ganas de estamparle algo en la cara a mi padre. Lo miré fijamente y él me devolvió la mirada, dedicándome una pequeña sonrisa condescendiente que conocía muy bien.

—William —miró a Will con esa misma sonrisa—. Tú vives con mi hijo, ¿no?

Will estaba echándome una ojeada, tenso. Asintió una vez con la cabeza.

—¿Y pagas el alquiler de la habitación?

Él no dijo nada, claro, pero mi padre ya sabía que lo hacía. Sonrió todavía más, mirando a Jen.

—Ya veo.

—Te recuerdo que es mi piso —espeté—. Por lo tanto, lo que haga o no con él, es mi problema. No tuyo.

—Creo que tengo derecho a saber lo que pasa en la vida de mi hijo para poder aconsejarle. ¿Y por qué no pagas el alquiler, Jennifer?

Oh, que dejara de mirarla así o esto iba a acabar muy mal.

—Yo... eh... —Jen seguía con la cabeza agachada—. Es temporal, solo son...

—Los alquileres suelen ser temporales. Por eso se llaman así.

Hice un ademán de levantarme y mamá me detuvo al instante.

—Jack, ya basta —insistió, mirándolo.

—Solo quiero saber por qué esta chica —señaló a Jen de una forma que no me gustó nada— puede vivir gratis en casa de mi hijo mientras que los demás tienen que pagar su alquiler.

—No es tu problema —le dije, casi gritando.

—¿Qué haces exactamente para mi hijo para poder vivir gratis, Jennifer?

Jen levantó la cabeza de golpe, enrojeciendo. Y eso fue todo lo que aguanté.

—Se acabó —necesitaba salir de ahí o iba a matarlo. Y prefería centrarme en consolar a Jen que en él—. Vámonos, Jen.

Will también se levantó, al igual que Naya.

—No seas infantil —masculló mi padre.

Cerré los ojos un breve instante y miré a Will, que me entendió al instante. Él y Naya se acercaron a Jen y los tres se marcharon. En cuanto escuché que empezaban a recorrer el pasillo, no pude evitarlo y me giré en redondo hacia mi padre.

—Eres un imbécil —le espeté—. No se merecía que la humillaras de esa forma solo para sentirte mejor contigo mismo.

—¿Mejor conmigo mismo? —soltó una risa irónica—. Por favor, solo intento ayudarte.

—¡Tú no me has ayudado en tu maldita vida, no finjas que lo haces ahora!

—¿Es que no ves cómo es esa chica?

—¡Lo veo perfectamente, por eso sé que no se merecía que le presentara a un imbécil como tú!

—Ten cuidado, hijo. A mí no me insultes.

—Pues ya lo he hecho dos veces. ¿Qué vas a hacer? ¿Darme un puñetazo o empujarme contra una mesa de cristal?

Él hizo una pausa, borrando por fin su sonrisa condescendiente y adoptando la expresión que más le representaba; la amargura. Mamá y Mike no decían absolutamente nada, como de costumbre.

—Solo intento ayudarte —repitió papá, esta vez muy serio—. ¿No lo ves? Familia pobre, sin trabajo, sin expectativas... lo que quiere esa chica es tu dinero.

—¿Ahora te preocupa mi dinero? ¿O el tuyo?

—Cuando yo me muera, será tuyo.

—¿Te crees que quiero algo tuyo? Te recomiendo que lo dones a alguien que no sea yo, porque me desharé de todo lo que me des.

—Eres un desagradecido.

—Prefiero ser un desagradecido que un maltratador de mierda.

Me di la vuelta y salí de la cocina, hecho una furia. Ni siquiera miré a nadie cuando me senté bruscamente en el asiento del conductor. Dios, solo quería irme de ahí. Maldita sea. ¿Por qué había decidido venir? ¿Cuándo me había pasado algo bueno en esa casa?

Ya casi había arrancado cuando Mike apareció y terminó en la parte de atrás. Me daba igual. Apreté la palanca de cambios y salí del garaje, maldiciendo mentalmente tanto a mi padre a mi madre. Al primero por ser un imbécil. Y a la segunda por dejarle serlo.

Y, de pronto, noté una mano pequeña sobre la mía. Me giré, confuso, y vi que Jen me estaba mirando, algo preocupada. ¿Qué pasaba? Miré hacia delante y me tensé al ver que iba a toda velocidad. Mierda. Quitó el pie del acelerador al instante y noté que se me relajaban un poco los hombros. Ella volvió a quitar la mano.

Al llegar, fui directo a mi habitación. Solo quería que acabara ese maldito día. Jen no tardó en seguirme. Escuché que se ponía su extraño pijama mientras yo estaba sentado en la cama, mirándome las manos. Escuché la televisión y me acordé de que Mike estaba en el sofá. Suspiré.

—No sé si debería dejar que se quedara —murmuré.

Jen se aclaró la garganta tras unos segundos.

—¿No tiene casa? —preguntó suavemente.

—Sí. Pero lo han echado.

Ya era la cuarta casa de la que lo echaban. ¿Es que no aprendía, el muy idiota?

—¿Por qué?

—No lo sé. Siempre son cosas distintas. Prefiero no preguntar. Antes se quedaba en casa de mis padres, pero ahora... quiere pasar ahí el menor tiempo posible. Y lo entiendo.

Lo entendía perfectamente. Ni siquiera Mike, que era feliz con cualquier tontería, era capaz de vivir ahí.

—Si no hubieras dejado que se quedara, quizá ahora estaría en la calle.

Puse los ojos en blanco y me metí en la cama con ella.

—Igual debería dormir alguna vez en la calle. Eso haría que viera la realidad de una vez.

Me quedé mirando el techo mientras ella se quitaba las lentillas y se

acomodaba. Y solo con la forma en que lo hizo, supe que algo no iba bien.

Como fuera lo que creía que era...

—No sé en qué estás pensando —murmuré—. Pero ya puedes olvidarlo.

—No estaba pensando nada —mintió descaradamente.

Oh, vamos, Jen. Aprende a mentir.

—No tiene derecho a opinar sobre esta casa —la miré—. Es mía. No suya. Ni siquiera la ha pisado en su vida.

Ella pareció algo incómoda mientras se miraba las manos.

—No es eso, Ross...

—¿Y qué es?

—Dentro de dos días hará un mes que estoy aquí.

Respiré hondo para no enfadarme. ¿En serio había dejado que el imbécil se metiera en su cabeza?

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Quizá... quizá tu padre no estuviera tan equivocado.

Y empezó a poner excusas, y yo no pude escucharla porque estaba empezando a hartarme de esa noche. ¿Por qué tenía que decírmelo ahora? ¿No podía esperar un día, al menos?

Además, ¿por qué insistía tanto en irse a su residencia? Apreté los labios, molesto.

—¿Por qué quieres irte? —pregunté directamente.

Ella suspiró.

—No es que quiera irme.

—Pues eso me parece a mí. Cada vez que menciono el tema de la casa, dices que quieres irte.

Jen me dedicó una mirada de soslayo.

—Estás enfadado por lo de antes y lo estás pa...

—Sí, estoy enfadado por lo de antes. Joder, menuda noche.

Me puse de pie. Necesitaba estar solo. Urgentemente.

—¿Dónde vas? —escuché que murmuraba mientras yo recogía la chaqueta.

No respondí. No quería enfadarme con ella. Bueno, no quería enfadarme, en general. Pero entre todos lo estaban consiguiendo.

—¡Ross! —insistió.

Vale, se acabó.

—¡Voy a tomar el maldito aire al balcón! —me giré hacia ella—. Y a fumar. Y a estar solo. Y si tan mal estás aquí, conmigo, entonces... haz lo que quieras. Estoy harto de decirte que quiero que te quedes. Y me da igual tu dinero, joder. Ya no sé cómo decírtelo. ¿De verdad te crees que quiero que te quedes para ganar dinero?

—No, yo no...

—No quiero tu dinero. Te quiero a ti viviendo aquí conmigo. Y con Will. Y con Sue. Y sé que tú también quieres vivir aquí, pero intentas convencerte a ti misma de lo contrario.

Porque lo había visto. A ella le gustaba vivir aquí. Le gustaba mirar películas conmigo, bromear con Will y que cenáramos todos juntos.

¡Si incluso se llevaba bien con la loca de Sue! ¿Cuánta gente podía decir eso?

—Yo no intento convencerme de nada —masculló.

Intenté no suspirar con todas mis fuerzas, pero no lo conseguí.

—¿Cuántas veces tengo que decirte lo mal que mientes para que dejes de hacerlo?

—¡No estoy mintiendo!

—Entonces, ¿qué demonios quieres? —solté la chaqueta, frustrado—. ¿Quieres quedarte? ¿Quieres irte? ¿Qué quieres? Porque intento entenderte, pero me lo pones muy difícil.

La miré fijamente, pero ella no dijo nada en lo que pareció una eternidad.

—No lo sé —murmuró finalmente.

Me pasé las manos por la cara, irritado.

—¿Por qué sigues escuchando a gente como mi padre en lugar de escucharme a mí? No me importa lo que diga. Y a ti tampoco debería importarte.

Esto no estaría pasando si no hubiera sido tan idiota como para llevarla a esa maldita casa. ¿Cómo había estado tan ciego?

—Pero... —ella me miró de reojo— me importa.

—Pues no debería.

Intenté calmarme durante unos segundos, respirando hondo.

—Todo lo que dice y todo lo que hace... —negué con la cabeza— siempre lo hace para joder a los demás. Por eso quería que fueras a mi casa un día en que él no estuviera. Sabía que lo jodería todo. Como siempre.

Miré los estúpidos trofeos de mi estantería y apreté los labios. Tenía que deshacerme de esa mierda.

—No hables así... —Jen apretó un poco los labios.

¿Cómo podía encontrar algo defendible incluso en mi padre? ¿Cómo podía ser tan buena incluso con alguien que la había tratado de esa forma?

—Tú no lo conoces, Jen.

—Quizá no, pero es tu padre.

Estuve a punto de reírme, pero me limité a sonreír sin ganas.

—No ha sido mi padre en mucho tiempo.

Cuando vi que no tenía nada más que decir, me giré hacia el balcón. Casi al instante escuché que se removía en la cama.

—Ross, no puedes irte cada vez que tengamos un problema.

Creo que lo que más me irritó de eso fue que tenía razón.

—Claro que puedo —mascullé.

—Ross...

Volví a recoger la chaqueta y me la puse. Necesitaba salir de ahí.

—Ross, venga ya...

No. Me aseguré de que tenía el tabaco en el bolsillo y me acerqué al balcón, malhumorado. Sin embargo, apenas había tocado la puerta cuando escuché una palabra que, sinceramente, no me esperaba que ella usara.

—¡Jack!

Me detuve, sorprendido, y me giré hacia ella. Parecía algo sorprendida, también.

¿Por qué me había llamado por mi nombre? Lo odiaba. Se lo había dicho. Solo

lo utilizaba mi padre. Y siempre en tono despectivo. Y, también siempre, conseguía ponerme de muy mal humor cada vez que lo pronunciaba con ese tono despectivo.

Y, sin embargo, no me sentí de mal humor cuando Jen me llamó así. Ni siquiera estaba irritado. Solo... no sabía cómo reaccionar. Solo podía mirarla fijamente.

—No quiero irme —dijo en voz baja—. Me lo paso bien aquí contigo y con los demás... pero sigo sintiendo que te debo algo.

Quizá no había usado las palabras que yo habría querido oír, porque lo que yo quería oír era un *quiero quedarme contigo*.

Pero eso no pasaría nunca. Tenía que ser realista.

—No me debes nada —repetí, cansado.

Ella frunció el ceño de repente.

—¿Por qué haces esto por mí?

—¿Qué?

—¿Por qué lo haces? No lo entiendo.

Y yo tampoco, Jen.

O quizá lo entendía demasiado bien.

—Porque... quiero hacerlo —murmuré.

Dios, solo quería irme a dormir de una vez.

—¿De verdad quieres seguir discutiendo esto?

—No.

—Bien. Porque yo he tenido bastantes discusiones por un día.

—Pues vuelve a la cama.

Música para mis oídos.

Me libré de la chaqueta, aliviado, y me metí en la cama de nuevo. Estaba exhausto. Y, aunque me hubiera gustado atraerla para dormir pegados el uno al otro, me dio la sensación de que esa noche no iba a ser posible.

—Buenas noches, Jen.

—Buenas noches, Jack.

Capítulo 7

Si pudiera elegir a alguien a quien hacer desaparecer de la faz de la tierra, solo a una persona, y preferiblemente sufriendo en el proceso... sería el imbécil del novio de Jen.

Oh, espera.... *ex*-novio.

Je, je, je.

Qué palabra tan preciosa. *Exnovio*. Mi palabra favorita.

Deja de sonreír, idiota.

¡No podía!

Sin embargo, con todo el tiempo que llevaba fantaseando —aunque no quisiera admitirlo— con que cortaran, me sorprendió lo agrio que fue el momento. Especialmente porque esa ruptura que tanto había esperado había significado que Jen perdiera muchas de sus cosas y me la encontrara llorando en la residencia.

Imbécil.

Bueno, al menos había desaparecido de su vida, cosa que era un alivio.

Miré a Jen de reojo. Ella acababa de discutir sobre no sé qué dieta que Naya le estaba imponiendo —bastante innecesaria, si querían mi opinión, porque viendo ese culo perfecto no le hacía falta nada más—. Estaba en la cocina, terminando de prepararse su asqueroso plato sano y se mordía el labio inferior por la concentración.

Quizá miré esa última parte un rato más del necesario.

—¿Qué miras tanto, amigo mío?

Volví a girarme automáticamente hacia delante cuando Will empezó a reírse de mí.

La parte buena fue que Jen tuvo que sentarse en mi regazo al volver, cosa con la que estuve más que encantado.

Ya casi me daba la sensación de que se había relajado sobre mí —ojalá fuera en un sentido más sucio, pero no— cuando vi que la pantalla de su móvil se iluminaba por una llamada. Me tensé al pensar que podía ser el imbécil de su

ex, pero no. Era su madre. No pude evitar una sonrisita.

—Si es mi suegra.

Pero Jen no estaba sonriendo. De hecho, yo dejé de hacerlo al ver su cara de horror. Estaba a punto de preguntarle cuando se puso de pie de un salto.

—Mierda, mierda —empezó a mascullar.

Miré a Naya en busca de ayuda —seguramente le contaba más cosas a ella que a mí—, pero parecía tan perdida como yo.

—¿Qué pasa? —preguntó Will por mí.

—Nada, es que... se va a enfadar conmigo.

—¿Por qué? —Naya enarcó una ceja, curiosa.

—Porque... mierda.

Ella respiró hondo y vi que deslizaba lentamente un dedo por la pantalla antes de llevarse el móvil a la oreja. Me tensé incluso yo sin saber muy bien por qué.

—Hola, mam...

—¡JENNIFER MICHELLE BROWN!

El grito había sido tan fuerte que lo había escuchado perfectamente. ¿Michelle? ¿Acababa de decir Michelle?

Maravilloso. Perfecto para bromas crueles.

Empecé a reírme a carcajadas sin poder evitarlo. Jen me dirigió una mirada furiosa.

—¿Michelle? —repetí, riendo tanto que me dolía el estómago.

Pero más me dolió el hombro cuando me dijo que me callara y me pellizcó.

—¡Oye! —yo también le puse mala cara.

—¿ME ESTÁS ESCUCHANDO? —la voz de mi (ojalá) futura suegra volvió a resonar a través del móvil.

—Claro que sí, mamá —Jen se apresuró a hacerle caso—, es que...

—¡¿HAS ESTADO VIVIENDO CON UN CHICO DURANTE SEMANAS Y NO ME HAS DICHO NADA?!

Oh, la cosa se ponía interesante.

—¿Ese soy yo? —pregunté, entusiasmado con la idea.

—No creo que sea yo —murmuró Will, sonriendo ampliamente.

Jen intentó irse antes de que Naya le dijera que solo había cobertura en el salón. Bendita cobertura.

—Iba a decírtelo, mamá —le dijo ella, abochornada—. Es que con todo el lío de clase se me olvidó y...

—¡SE TE OLVIDÓ!

No pude escuchar lo demás. Solo vi a Jen hablando en voz baja con ella, abochornada. Me giré hacia los demás cuando ella se alejó tanto como pudo de nosotros. Naya y Will hacían lo imposible por escuchar cada detalle.

Cuando volví a mirar a Jen, vi que estaba girada hacia mí con aspecto dubitativo. No necesité que me dijera qué le había preguntado para saberlo.

—Háblale bien de mí —sonreí, levantando y bajando las cejas.

—Es un poco pesado, pero no está mal —murmuró ella, entrecerrando los ojos hacia mí.

—Cuánta gratitud a quien te ha abierto las puertas de su casa, Michelle.

Y las de su camita bonita.

Ella dio un respingo y me miró, más enfadada de lo que hubiera esperado.

—Vuélveme a llamar Michelle y te quemó todos los paquetes de tabaco que te queden.

Whoa, iba en serio.

Volvió a centrarse en su conversación y yo me entretuve mirando sus pantaloncitos y lo bien que le quedaban. Eran una buena distracción.

Sin embargo, me distraje completamente cuando escuché que hablaba de dinero y de no sé qué viaje. Fruncí el ceño al darme cuenta de que estaba hablando del cumpleaños de su madre. Me lo había contado. No sabía cómo pagarlo.

Menos mal que yo sí.

Hora de ganarnos a nuestra futura suegra.

Me puse de pie y le quité el móvil de la mano sin siquiera titubear. Ella se giró hacia mí con los ojos muy abiertos, pero la ignoré y me llevé el móvil a la oreja.

—¿Señora Brown?

—¿Qué haces?! —me chilló Jen, que se había quedado pálida.

La esquivé y la sostuve lejos con un brazo mientras intentaba recuperar su móvil.

—Vale, tú no eres mi hija —me dijo su madre a través del móvil.

—No, soy el dueño del piso —sonreí.

—¡Oh! —noté que el tono cambiaba drásticamente a uno mucho más alegre—. ¿Y cómo te llamas, cielito?

—Jack Ross.

—¡Jenny nos ha hablado mucho de ti! ¡Nos ha dicho que le has ofrecido tu casa!

La miré de reojo e intenté no sonreír maliciosamente, pero no pude evitarlo. La pobre Jen parecía desesperada por recuperar su móvil.

Esto es genial.

—Sí —murmuré—, es un placer.

—Oh, es un detalle por tu parte. Uno muy grande. No le he dicho nada a Jenny porque se pone muy nerviosa con el tema del dinero, pero si quieres ponerle un alquiler o algo así, lo entenderemos perfectamente. Un piso conlleva muchos gastos.

—No se preocupe —le aseguré enseguida.

—¿Estás seguro? ¿No has venido a hablar por eso?

—En realidad, no. Mire, si mi madre hiciera sesenta años y no fuera a su fiesta se pondría muy, muy triste, y no puedo dejar que eso le pase a usted.

—Qué pelota es —Will empezó a reírse.

Le sonreí antes de mirar a Jen, que parecía mucho más confusa que antes.

—¿Qué dices? —me preguntó en voz baja.

Pero tenía que centrarme en su madre.

—Si lo que estás insinuando —me dijo ella— es que quieres pagárselo tú... no creo que podamos aceptarlo sin más, cielo. Ya has hecho mucho por Jenny. Aunque es verdad que no querría pasar mi cumpleaños sin ella.

—No, claro.

—Mira... —suspiró—, no quiero que te sientas presionado a nada. Ni siquiera sé la relación que tienes con Jenny, y mira que ella es complicada... pero si de verdad no te importa hacerlo... te devolveremos el dinero. Tienes mi palabra.

—Sí, no se preocupe —sonreí—. Ya me lo devolverá cuando pueda. No hay prisa.

Ni siquiera quería que me lo devolviera, la verdad.

—¡Oh, eres un cielo! —exclamó la señora Ross efusivamente—. Que sepas que Jenny nos habla mucho de ti. Yo creo que le gustas más que ese exnovio loco que tenía, aunque tampoco es que sea muy difícil. ¡A mí también me gustas mucho más tú y ni siquiera te conozco! Por cierto, a ver cuándo nos conocemos. ¡Te recibiremos con los brazos abiertos y mucha comida casera! Bueno, no quiero robarte más tiempo. ¡Que sepas que ha sido un placer hablar contigo!

—El placer es mío —le aseguré, riendo—. ¿Quiere hablar con su hija?

—Sí, claro.

Sonreí y le ofrecí el móvil a Jen.

—Es tu madre.

Ella me quitó el móvil al cabo de unos segundos, todavía un poco confusa. Mantuvo una corta conversación con su madre antes de colgar y girarse hacia mí con lo que habría sido el ejemplo perfecto de *cara de asesina*.

—Bueno —Naya se puso de pie—. Creo que es nuestro momento de ir a tu habitación, amor.

Y, claro, en cuanto nos dejaron solos empezó la pelea por el dinero. Suspiré y dejé que ella discutiera prácticamente sola. No me gustaba discutir con Jen, y menos por dinero. El noventa por ciento de las peleas que había tenido que soportar en casa de mis padres habían sido por dinero. Siempre todo se reducía al maldito dinero.

Quizá me habría puesto de mal humor con otra persona, pero no podía hacerlo con ella, y menos cuando se le pasó el enfado, se lanzó sobre mí y me abrazó como un koala. Bueno, había sido una discusión corta.

Esperemos que la reconciliación no sea tan corta.

—Y no es por presumir —le dije—, pero creo que ya le caigo mejor a tu madre que tú.

Ella empezó a reírse y se separó un poco para mirarme. Fijamente. Demasiado fijamente, quizá. Dejé el plato que le había robado hacía un rato en la mesa de café y la miré con curiosidad.

—¿Qué? —sonreí un poco.

Ella apartó la mirada enseguida y sus mejillas se tiñeron de rojo. No supe muy bien cómo tomármelo.

—¿Tienes sueño? —preguntó de repente.

Me quedé mirándola antes de empezar a reír, confuso.

—¿Qué tienes en esa cabecilla maligna?

—Nada —dijo demasiado rápido como para que la creyera.

Me echó una miradita de reojo que conocía muy bien. Muy, muy bien. Empecé a entusiasmarme incluso antes de que dijera nada.

—¿Estás muy cansado? —preguntó.

—Para ti, no.

Y nunca había dicho algo con tanta sinceridad.

Ella sonrió ampliamente y se acercó a mí. Le sujeté la nuca instintivamente cuando inclinó hacia mí para besarme, pero ese beso no llegó. Abrí los ojos, confuso, y vi que estaba mirando fijamente el pasillo.

A Sue, más concretamente, que cerró los ojos al instante.

—Oh, no. Más parejas no, por favor.

¡Acababa de interrumpir nuestro beso y todavía se quejaba! La miré con cara de fastidio.

—¿Qué quieres, Sue?

—Iba a limpiar esto, pero no puedo hacerlo si estáis ahí besuqueándoos.

Bueno, eso tenía una fácil solución.

Miré a Jen. Ella me miró. Y en menos de un minuto estuvimos encerrados en nuestra habitación.

Vale, igual me arrepentía un poco de haberle prestado el dinero. ¿En serio no podría verla en dos días y medio? ¡Eso era una eternidad!

Puse una mueca disimuladamente mientras la acompañábamos por el aeropuerto. Jen casi parecía molesta al vernos a todos con caras de amargura. Especialmente a Naya, que era una dramática y tenía un paquete de pañuelos preparados.

—Solo son dos días —le dijo Jen.

—¡Dos días y medio! —protestó.

Bueno, por primera vez, estaba de acuerdo con ella. Yo también quería montar un poco de drama.

Pero a la vez no me importaba que se fuera porque parecía realmente ilusionada. Se me hizo extraño pensar que alguien pudiera estar ilusionado con la idea de volver a ver a su familia. En mi caso, era lo opuesto. Me emocionaba más cuando pasaba mucho tiempo sin verla.

—Pásatelo bien —Will le dio una palmadita en la espalda a Jen, que le sonrió.

Mientras Sue hacía lo que podía por no ser una antipática por una vez en su vida, yo suspiré e intenté aparentar normalidad. No quería que se sintiera mal por irse. Y menos por irse solo dos días y medio.

Cuando Jen se detuvo delante de mí, tuve que contenerme para no besarla antes de que se fuera. Y no lo hice. Me porté bien. Ella solo me miró unos segundos antes de acercarse y abrazarme por la cintura.

Bueno, tendría que conformarme.

Quizá la abracé unos segundos más de los necesarios antes de que ella se separara con la cabeza agachada.

—Nos vemos en dos días, chicos.

—Dos días y medio —le recordó Naya, señalándola.

Jen nos dedicó una última sonrisa. O más bien se la dedicó a todo el mundo menos a mí. De hecho, me pareció que me evitaba con la mirada. Y lo hizo hasta que desapareció entre la gente.

—Bueno —Sue se giró hacia nosotros—, no sé si es un buen momento decirlo en medio de todo este drama, pero la verdad es que me he quedado sin helado, así que si nos pasamos por el supermercado de camino a casa...

—Venga, vamos —Will sonrió y le pasó un brazo por encima de los hombros a Naya.

Yo no dije gran cosa por el camino. La verdad es que me sentía un poco raro. Especialmente cuando llegamos al piso. Naya decidió quedarse en la residencia y Mike seguía ahí, así que el balance no fue muy positivo para nadie.

No tardé en ir a la habitación y ponerme una película cualquiera. Incluso en esa tontería se me hizo raro que Jen no estuviera ahí, irritándome para elegir ella la película. Suspiré. Iban a ser dos días y medio muy largos.

Mi madre me llamó al día siguiente para volver a ayudarla con lo de la galería —es decir, para tener una excusa y que fuera a verla— y, como no tenía mucho más que hacer, le dije que sí. Fui a su casa y la ayudé a organizar los cuadros que quería en cada caja. Era un aburrimiento, pero al menos estaba distraído. Además, Mike había decidido venir conmigo y, aunque no aportaba mucho —estaba sentado en un rincón de la sala mirando su móvil—, hacía compañía.

—Vale —mamá me detuvo de repente, cruzándose de brazos—, ¿te ha pasado algo con Jennifer?

Levanté la cabeza, sorprendido, y escuché la risa ahogada de Mike.

—¿A qué viene eso? —pregunté.

—¡A que siempre que vienes a ayudarme pareces distraído por esa chica! ¿Os habéis peleado?

—No.

—Solo se ha ido de su casa —murmuró Mike.

—Por dos días y medio —puse los ojos en blanco—. Mamá, déjalo. Estoy bien.

—¿La echas de menos? —mamá sonrió tan disimuladamente como pudo.

Oh, no. No iba a tener esa conversación con ella. Suspiré y solté el cuadro en la caja que me había dicho.

—Voy a por agua —murmuré.

—Siempre huyendo de las conversaciones que no te gustan —ella negó con la cabeza.

Mike me sonrió ampliamente cuando pasé por su lado y yo lo ignoré, pero no pareció importarle demasiado. Fui directo a la cocina y escuché las teclas de un piano en el piso de arriba. Ni siquiera me había dado cuenta de que mi padre estaba aquí. ¿Cuándo había sido la última vez que no me había dado cuenta de su presencia? Maldita sea, necesitaba centrarme.

Llené un vaso de agua y ya me había bebido la mitad cuando las notas del piano dejaron de sonar, siendo sustituidas por los pasos de mi padre bajando las escaleras. Ni siquiera me di la vuelta para mirarlo cuando escuché que se detenía en la puerta de la cocina.

—Hijo —saludó frívolamente.

Dejé el vaso en la encimera sin responder. Él soltó una risa algo amarga.

—¿Sigues enfadado por lo de tu amiga? No seas ridículo.

—No hables de mi *amiga* —murmuré, girándome hacia él.

—Realmente te ha afectado, ¿eh? —él se cruzó de brazos con media sonrisa—. Nunca pensé que te vería realmente comprometido con algo.

—¿Y tú qué sabes lo comprometido que estoy?

—Solo lo supongo por tu expresión. Y por tu forma de mirarla el otro día. ¿Dónde está?

—Eso no es problema tuyo.

—Bueno, está claro que no está contigo. ¿Se ha ido? ¿Ya?

—No, todavía me aguanta —sonreí irónicamente.

—Pero no está aquí, ¿no?

¿Cómo demonios podía saberlo? Odiaba lo rápido que leía mis expresiones. Y lo fácilmente que las usaba todas en mi contra.

No respondí, y eso fue todo lo que necesitó para echarse a reír.

—Solo espero que ella esté tan comprometida como tú —me dijo lentamente.

—No hay nada a lo que comprometerse, así que déjala en paz.

—Entonces, si se marchara de repente... ¿no te importaría?

Sí, claro que me importaría. Joder si me importaría. Pero eso no era algo que quisiera compartir con mi padre.

—No —mentí.

Durante unos segundos, solo me miró fijamente, analizando mi expresión. Yo sabía mentir muy bien —aunque no me gustara—, pero él también. Era de las pocas personas que conocía capaces de identificar mis mentiras.

—¿No? —repitió, enarcando una ceja.

—Ya me has oído.

Sonrió y se separó del marco de la puerta, yendo de nuevo a las escaleras. Casi creí que había dado por zanjada la conversación, pero no fue así.

—Entonces, tienes suerte —me dijo, subiendo las escaleras sin mirarme—, porque algo me dice que es exactamente lo que te hará algún día.

Apreté los labios.

—Confío en ella —murmuré, más para mí mismo que para él.

Y lo hacía.

Ahora, solo cabía esperar que ella fuera mejor que las otras dos chicas con las que había confiado.

Las noticias perfectas eran que Jen había vuelto.

Las noticias malas eran que el imbécil de su exnovio la había golpeado.

Las noticias esperanzadoras eran que iba a partirle la nariz en cuanto le viera.

Las noticias GENIALES eran que ahora Jen era mi novia.

Las noticias regulares eran que habíamos pasado el fin de semana en la casa del lago de mis padres.

Las noticias que no sabía calificar eran que Jen había decidido hacerse el mismo tatuaje que yo en la cadera mientras estaba borracha.

Las noticias buenas a pesar de todo eran que ahora tenía una excusa para pedirle que se levantara la camiseta más veces.

Nota para el futuro: pedirle que se haga un tatuaje en el culo para tener una excusa y pedirle que se baje los pantalones más veces.

—¿En qué demonios estás pensando?

Levanté la cabeza hacia Will. Estábamos los dos delante del edificio de Jen, esperando que terminara su examen. Me había comprometido a comprarle un pastelito a Jen si le salía bien. Esperaba tener que ir a comprarlo.

Pero ahora tocaba centrarse en Will, que me miraba con curiosidad.

—En nada.

—Venga ya. ¿En qué piensas?

—En la vida. En el universo. En la inhóspita y efímera existencia del ser humano.

—Sigue sin gustarme tu sentido del humor, ¿sabes?

—Pues a mí me encanta.

—Viva la humildad.

Sonreí y eché una ojeada a mi alrededor, pero volví a centrarme en cuanto él me clavó un codazo en las costillas. Mi sonrisa se congeló cuando vi a Jen bajando las escaleras de su edificio con una mueca de disgusto.

Parece que algún profesor debe morir.

Me acerqué automáticamente a ella y la envolví con los brazos.

—¿Quieres que vayamos a amenazar al profesor?

Ella sonrió, sacudiendo la cabeza.

—No hace falta.

Y, de pronto, su sonrisa se amplió, borrando cualquier signo de amargura de antes.

—Era broma —me guiñó un ojo—. Me ha ido genial.

—¿Eh?

—Era broma —repetió—, pero has pasado la prueba de consolador.

Creo que se dio cuenta de su error casi al instante, porque vi que su cara se volvía completamente roja. Tanto Will como yo empezamos a reírnos a la vez.

—¿Consolador? —repetí, divertido.

—¡No... no quería decir eso!

—Yo creo que querías decir exactamente eso —le aseguró Will, riendo a carcajadas.

—¡Que no!

—Oye, yo no tengo ningún problema en ser tu consolador personal —le aseguré—. Siempre y cuando no uses otros, ¿eh? Mi única condición es ser exclusivo.

—Oh, cállate.

No pude seguir con las bromas durante mucho tiempo, porque ella se irritó, y con razón. Jen se bajó del coche antes de que entráramos al garaje para comprar no sé qué y, en cuanto estuvimos solos, Will sonrió maliciosamente.

—Bueno, por fin puedo decirlo.

Fruncí el ceño, confuso.

—¿Eh?

—Ya me has oído.

—Sí, pero no te he entendido.

—Por fin puedo decir... que te veo comprometido con algo.

¿En serio? Ya era la segunda persona que me lo decía. Puse mala cara cuando sonrió aún más.

—Yo soy una persona muy comprometida con la vida —protesté.

—Mira, seré sincero...

—No sé si prefiero que mientas.

—...cuando lo vuestro empezó a ser... oficial, por así decirlo... —suspiró—, la verdad es que me daba algo de miedo por los dos. Especialmente por ti porque, bueno, no es que seas muy experto en relaciones.

—¡He tenido dos novias!

No dijo nada, pero lo entendí todo por su expresión. Puse los ojos en blanco mientras salía del coche.

—Jen es diferente.

—No. Tú eres diferente con ella.

—¿Y eso es bueno o malo?

Will cerró el coche y se quedó quieto unos segundos, pensativo.

—Se te ve mejor desde que estáis juntos —concluyó—. Diría que bueno.

—Se me ve mejor porque cada noche echamos unos buenos polv...

—Vale, estamos entrando en esa delicada franja de información innecesaria.

Sonreí ampliamente y lo seguí hasta la entrada del edificio.

—Nunca te he preguntado cómo funcionáis tú y Naya en la cama —comenté, divertido—. Seguro que folláis lento y aburrido.

—Estoy odiando cada segundo de esta conversación.

—Lento y aburrido... y romántico. Ugh.

—¿Qué tiene de malo lo romántico? —protestó él, pulsando el botón del

ascensor.

—No hace falta ser lento y aburrido para que sea romántico. Es mucho más divertido cuando es rápido, duro y guarro.

—...

—Y luego le das tu toque romántico, pero sin quitar lo divertido.

—Vale, Ross, cállate.

Empecé a reírme. ¿Por qué a nadie le gustaba hablar de sexo? Jen también enrojecía cuando lo intentaba. ¡Y era mi tema de conversación favorito!

Lo estaba pensando cuando noté que Will se tensaba a mi lado. Le eché una ojeada, confuso.

—¿Qué? —pregunté con media sonrisa.

—Mierda —masculló él.

Parpadeé, sorprendido, cuando me sujetó del hombro bruscamente y me giró hacia la entrada del edificio. Estaba tan confuso que no lo miré demasiado.

—¿Se puede saber qué te pas...?

Me corté a mí mismo cuando me di cuenta de lo que me estaba enseñando.

A Jen. Y a un chico corpulento que la sujetaba con fuerza del brazo, inclinándose amenazadoramente sobre ella mientras la empujaba hacia el coche que tenía ahí aparcado.

Ni siquiera necesité más para saber quién era ese gilipollas. Noté que se me tensaba el cuerpo entero cuando me zafé del agarre de Will y empecé a avanzar hacia la puerta.

Parecía que hacía una eternidad que no me había peleado con nadie, y te aseguro que disfrutaría cada segundo en que pudiera desahogarme con la cara de ese imbécil.

Creo que tenía el cuerpo tan tenso que ni siquiera fui consciente de que había salido del edificio hasta que me encontré a mí mismo sujetándole la camiseta con un puño y estampándolo contra la puerta del coche que había abierto para Jen. Probablemente me hubiera reído en otra ocasión de su expresión de terror, pero no en esa. Estaba furioso. Verdaderamente furioso.

—¿Qué...? —empezó a balbucear como un idiota, haciendo el intento más patético que había visto en mi vida de zafarse de mí—. Suéltame ahora mismo o...

Cerré los ojos un momento. Necesitaba acabar ya con eso, pero no me atrevía

a hacerlo con Jen horrorizada detrás de mí. No sé de dónde saqué el autocontrol suficiente como para no darle un puñetazo al imbécil de su ex en ese momento.

—Llévatela de aquí —le dije a Will en voz baja.

Escuché que le decía algo, pero solo podía estar pendiente de los pasos alejándose. Y no se alejaban. Maldita sea.

—Will —repetí.

Por fin escuché que se metían en el edificio. Esperé unos segundos en los que el imbécil solo me miró con expresión de enfado.

No te preocupes, ahora te daré un verdadero motivo para enfadarte.

Me giré y miré por encima del hombro. No había nadie. Will se la había llevado. Solté todo el aire de mis pulmones. Ya me sentía realizado y ni siquiera lo había tocado.

Oh, esto iba a ser divertido. Muy divertido.

—¡Suéltame ahora mismo! —me gritó, devolviéndome a la realidad.

Me di la vuelta y tiré de su camiseta hacia mí lo justo para volver a empujarlo hacia atrás. Y con fuerza. Quizá más incluso de la que había pretendido al instante, porque él intentó darse la vuelta y la mitad de su cara chocó bruscamente con el cristal de la ventanilla, haciendo que crujiera ruidosamente.

Pareció que se quedaba paralizado cuando se giró y vio unas cuantas gotas de sangre en el cristal crujido, pero reaccionó al instante y se giró hacia mí, intentando agarrarme del cuello.

Con la cantidad de veces que lo había hecho mi padre, incluso borracho, no recordaba ni una sola vez en que lo hubiera hecho tan sumamente mal. Me eché hacia un lado y se lo agarré yo a él, sujetándolo para poder darle un puñetazo con todas mis fuerzas en el lado de la cara que no había chocado contra el coche. El muy imbécil se giró hacia mi mano y le di directamente en la nariz, que empezó a sangrar cuando lo solté y cayó al suelo, gimoteando. Le sujeté el cuello de la camiseta y le dio otro en la mandíbula.

—¡Para! —gritó de repente, retrocediendo.

Y se chocó él mismo contra el coche con la cabeza. Puse los ojos en blanco sin poder evitarlo.

Mientras gimoteaba de dolor y la sangre de las heridas del cristal y de la nariz se mezclaban por el cuello de su camiseta, no pude evitar pensar que era realmente patético. ¿Cómo había podido salir Jen con ese chico tanto tiempo?

Y, de pronto, vi que miraba algo por encima de mi hombro. No, no iba a caer en ese truco tan barato para darme la vuelta y que pudiera atacarme. De hecho, me dio tanta rabia que lo intentara de una forma tan sumamente sucia que no pude evitar agacharme y amenazar con golpearlo de nuevo.

—Escúchame bien —empecé—, no vuelvas a...

—¡Voy a llamar a la policía!

Me quedé helado cuando escuché la voz de esa señora. Miré por encima del hombro sin soltar al imbécil y vi que un grupo de gente se había reunido a nuestro alrededor, todos con cara de horror. Bueno, no me extrañaba. Menuda cara le había dejado al imbécil.

Y lo que le queda.

Suspiré cuando vi a la mujer que había hablado, que tenía el móvil en la mano.

—Voy a llamarla —repitió, señalando el móvil—. ¡Suelta ahora mismo a ese pobre chico!

El imbécil estaba llorando. Sí, llorando. Qué triste.

Suspiré y miré a la mujer.

—Créeme, se lo merece —murmuré.

—¡Nada se soluciona con violencia! ¡Suéltalo ahora mismo o llamo a la policía y...!

Solté al imbécil y me puse de pie, furioso. La mujer retrocedió un paso, asustada, al igual que el resto de los que me rodeaban. Pero yo solo señalé al imbécil.

—Este chico tan simpático y ensangrentado que ves aquí, hizo que el otro día la chica a la que quiero viniera con un golpe horrible en las costillas. Y la ha estado torturando psicológicamente durante meses sin que yo pudiera hacer absolutamente nada porque solo se atreve a atacar a gente que sabe que no le va a responder.

Hice una pausa, frunciéndole el ceño a la mujer.

—Así que no, igual la violencia no lo soluciona todo, pero te aseguro que voy a darle unos cuantos golpes más a este imbécil. Y los voy a disfrutar. Si quieres llamar a la policía para que vengan a verlo, adelante. Pero la verdad es que soy más de espectáculos privados.

Hubo un momento de silencio cuando todo el mundo se quedó mirándome. La mujer bajó la mano lentamente y se escondió el móvil en el abrigo. Al cabo de unos segundos, todos empezaron a marcharse. Me giré hacia el imbécil con

una sonrisa al ver que se intentaba sujetar la nariz con una mano torpemente.

—¡M-me has... me has roto la nariz! —gimoteó.

Le quité la mano de un manotazo, negando con la cabeza.

—Si te la hubiera roto, ahora mismo estarías retorciéndote de dolor en el suelo. Y ni siquiera sentirías esto.

Él ahogó un grito cuando me adelanté y le sujeté el puente de la nariz con fuerza suficiente para que doliera, pero insuficiente como para que empezara a sangrar de verdad. Y conocía muy bien ese tipo de dolor. Yo había estado al otro lado muchas veces. Y una parte de mí se sentía miserable, pero la otra deseaba demasiado hacer sufrir a ese gilipollas.

Le apreté la nariz entre los dedos y él intentó retorcerse para escapar, pero tenía el coche detrás, así que era imposible.

—Te estaba diciendo algo antes de que nos interrumpieran, ¿no?

—¡Para, por favor, por favor...! —empezó a suplicar.

—Oye, imbécil, te estoy hablando. Interrumpir es de muy mala educación. Cállate y escucha.

—¡Para, por favor! ¡Para! —siguió.

Puse los ojos en blanco otra vez.

—Escúchame bien —le apreté la nariz y él se centró en mí—, solo te he dado dos golpes y te he dejado así, por lo que puedes imaginarte cómo terminarías si siguiera. Estoy intentando ser bueno porque sé que a Jen no le gustaría que te hiciera más daño del necesario, pero no te recomiendo que me provoques, imbécil, porque ahora mismo tengo muchas ganas de seguir dándote puñetazos. ¿Me has entendido ahora?

Él asintió vehementemente con la cabeza.

—Genial, imbécil. Vamos avanzando. ¿Vas a escucharme ahora sin interrumpir?

—Sí, voy a...

—Cállate. Tu voz nasal me pone de los nervios. Solo asiente.

Asintió de nuevo.

—Bien. No sé que has venido a hacer aquí, pero sí sé que Jen no quiere saber nada de ti. Y tú también lo sabes, ¿no? Y aún así has estado llamándola y acosándola sin parar.

—Lo... l-lo siento... yo no quería...

—¿Quieres callarte? Me importa una mierda lo que querías antes, y me importa menos todavía lo que quieres ahora —enarqué una ceja—. Pero, teniendo en cuenta la situación en la que te encuentras, a ti te interesa mucho lo que yo quiero ahora mismo, ¿verdad, imbécil?

Asintió con la cabeza enseguida.

—Genial, porque lo que quiero es que la dejes en paz de una vez. A ella y a su familia. No quiero volver a verte. No quiero volver a oír tu voz insoportable. Ni siquiera quiero volver a ver tu maldita cara en el móvil de mi novia porque la estás llamando cuando ella solo quiere que desaparezcas de su vida. ¿Me has entendido?

Asintió de nuevo.

—¿Vas a volver a llamarla, imbécil?

—M-me llamo...

—Tu nombre no podría importarme menos. Ahora te llamas *imbécil*. ¿Vas a volver a llamarla o no, imbécil?

Negó rápidamente con la cabeza.

—¿Vas a volver a molestarla?

Volvió a negar.

—No voy a tener que volver a decirte nada de esto, ¿verdad, imbécil? Porque te aseguro que la próxima vez no voy a ser tan amable. ¿Va a tener que haber próxima vez?

Él negó enseguida y con vehemencia.

Sonreí de lado y le solté la herida de la nariz, que volvió a sangrar mientras él suspiraba, aliviado por librarse del dolor. Sin embargo, volvió a poner una mueca cuando le di unas cuantas palmaditas en la mejilla herida.

—Genial, veo que nos entendemos muy bien —ironicé—. Ahora, sé un buen chico y desaparece de mi vista.

Me puse de pie y suspiré cuando intentó imitarme tan rápido que volvió a darse con la cabeza en el coche.

—¿Vas a matarte tú solo antes de irte o qué?

—P-perd...

—Que te vayas. Ahora.

Esta vez sí se puso de pie. Sujetándose la nariz ensangrentada, se apresuró a dar la vuelta al coche echándome ojeadas de terror. Subió al asiento del conductor y yo no entré en el edificio hasta que desapareció.

Uf, me sentía como si acabara de quitarme un gran peso de encima.

Sonreí ligeramente y subí al piso. Ni siquiera sentía los nudillos. Realmente le había dado con mucha fuerza. Sacudí la mano y antes de abrir la puerta.

Me quedé un poco sorprendido al encontrarme a Sue y Mike en el sofá, Jen sentada en el sillón con la cara entre las manos y Will de pie a su lado. ¿Qué demonios?

Will me miró y le dediqué una sonrisa que lo decía todo. Él sacudió la cabeza y me hizo un gesto hacia Jen, que se puso bruscamente de pie. Estaba pálida y... ¿asustada? ¿De qué diablos estaba asustada? ¿Le daba miedo que ese imbécil volviera?

—¿Estás bien? —le pregunté enseguida.

La revisé con los ojos. Quizá le había hecho algo antes de que yo llegara, pero parecía estar bien.

—¿Yo?

Su voz sonó tan enfadada que me detuve antes de tocarla, sorprendido.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me espetó.

Vale, estaba enfadada.

Confirmado.

La pregunta era... ¿por qué?

Porque está preocupada por ti, idiota.

¿Por mí? ¿Qué...?

Estás teniendo una conversación contigo mismo. Lo sabes, ¿no?

Vale, sí. Concentración.

La miré mejor y... sí, parecía asustada. Vi que me revisaba con los ojos.

—Jen... —empecé, pero realmente no sabía muy bien qué se suponía que tenía que decirle.

—¡No tienes ni idea de lo loco que se vuelve cuando se enfada, Jack! —me espetó.

Casi me empecé a reír al recordar sus gimoteos de pánico.

—Estoy bien —le dije, sin embargo.

—¡No vuelvas a quedarte solo con él! —se acercó a mí, enfadada—. ¡Me da igual lo bueno que seas peleándote o lo que sea!

—Jen, escúchame...

—¡No! ¡Escucha tú! ¡No me vuelvas a hacer esto! ¡No vuelvas a dejarme al margen mientras tú te vas solo a hacer algo así! ¡Nunca! ¿Me oyes?

Creo que en muy pocas ocasiones me había quedado sin saber qué decir. Esa era una de ellas. Parecía tan enfadada y a la vez preocupada que no estaba muy seguro de qué decirle para que se calmara. O para que no me lanzara un cojín a la cara, al menos.

Intenté dar un paso hacia ella, y me sorprendió ver que no se apartaba. Cerré la distancia entre nosotros y le sujeté la nuca con una mano.

—Tranquila —murmuré, todavía algo confuso—, estoy perfectamente.

Ella respiro hondo y volvió a recorrerme con la mirada. Esta vez, se detuvo en la mano y me la sujetó con la boca entreabierta, horrorizada. Suspiré e intenté evitar que viera eso. Tampoco era para tanto. Solo eran unos nudillos rojos.

—Puedes olvidarte de ese idiota —le aseguré.

Ella me miró fijamente.

—¿Qué has hecho?

Desahogarme.

Volvió a mirarme la mano y tragó saliva. Suspiré y eché una ojeada a Will. Él me había advertido mil veces que le contara a Jen la verdad sobre lo que había hecho en el pasado. Y nunca le había hecho caso. Ahora, su cara era el perfecto *te lo dije*.

Qué odioso era cuando tenía razón.

—Nada que ahora sea importante —volví a la conversación con Jen e intenté ocultar mi mano en su nuca junto a la otra—. Siento no haber llegado antes.

Y lo sentía de verdad. Si hubiera llegado antes, ella ni siquiera tendría que haber hablado con él. No tendría que estar mal por culpa de ese idiota.

Me sorprendió un poco ver que esbozaba una pequeña sonrisa.

—Estaba a punto de darle un puñetazo en la nariz y una patada en la ingle.

Hubiera pagado por ver eso.

Y lo hubiera grabado para ponérmelo cada vez que estuviera de mal humor y alegrarme el día.

—Entonces, menos mal que he llegado antes de que lo noquearas —bromeé.

Jen suspiró y se acercó a mí, apoyando su frente en mi muñeca. Parecía realmente agotada. Y aliviada. Estuve a punto de sugerirle que fuéramos ya a la habitación cuando Sue se aclaró ruidosamente la garganta.

—No es por interrumpir —sí era por interrumpir—, pero, ¿alguien podría decirnos qué demonios está pasando?

Miré a Will. Él miró a Jen. Ella me miró a mí. Sí, no hacía falta explicar nada.

—Genial —Sue lo pilló enseguida—. Déjalo. Prefiero no saberlo.

—Pues no preguntes —le puse mala cara.

—Qué lástima que no te hayan golpeado a ti —murmuró ella de mal humor.

—Créeme, lo han intentado.

—Menos mal que tú eres un ninja —murmuró Mike, mirando la televisión.

Sonreí y di por zanjada la conversación al acercarme a Jen. Le pasé un brazo por encima de los hombros y fuimos los dos juntos a la habitación.

Capítulo 8

Abrí lentamente los ojos cuando noté una mano pequeña sacudiéndome el hombro con suavidad. No necesité levantar la mirada para saber quién era.

—Jack —murmuró Jen.

Cinco minutitos más...

Debió ver mis intenciones, porque esta vez fue algo más brusca al moverme el hombro.

—Vas a llegar tarde a clase.

—Qué pena.

Me acomodé mejor sobre su almohada. La única parte buena de que dejara la cama antes que yo era que podía robársela. Olía a ella. Escuché que se reía, divertida.

—¿Me vas a obligar a sacar mis armas pesadas? —preguntó.

—No me voy a mover.

Pensé que iba a volver a intentar sacudirme el hombro, pero en lugar de eso rodeó la cama y fue directa a por las cortinas. En cuanto me dio la luz del sol en la cara, fruncí el ceño.

Vale, seamos sinceros, si eso lo hubiera hecho alguien que no fuera Jen... le habría lanzado algún objeto punzante a la cabeza.

Ella me miraba con los puños en las caderas como si esperara que me levantara. Y yo solo quería quedarme en la cama. Me recordó al instituto y a mi madre. Sí, ya era un vago por aquel entonces.

—Ugh —murmuré, frotándome la cara—. Me recuerdas a mi madre.

—Despierta —ella se acercó—. Ya.

—Despierta. Ya —la imité, divertido.

Esboqué una sonrisita malvada cuando me volví a tumbar boca abajo, rodeando su almohada con los brazos. Noté que el colchón se hundía a medida que ella llegaba encima de mí. En cuanto noté que se pegaba a mi espalda, me entraron ganas de darme la vuelta y faltar a clase por algo mucho mejor que

dormir.

Jen me rodeó el cuello con los brazos y se asomó por encima de mi hombro para mirarme.

—Vamos, levántate o llegarás tarde.

—Si no voy, no puedo llegar tarde.

—Venga, deja de ser un niño —noté sus labios en el hombro. Igual si me hacía el idiota por un rato conseguiría robarle otros cuantos besos—. Tienes responsabilidades.

—¿No has dicho que soy un niño? Los niños no tienen responsabilidades.

El plan funcionó. Sonreí de lado cuando noté que me pasaba la punta de la nariz por detrás de la oreja.

Dos más de esas y nos encerramos aquí toda la mañana.

—Así no vas a conseguir precisamente que me levante, Jen.

La miré por encima del hombro. Parecía divertida, pero no con el tipo de diversión que terminaba con nosotros dos desnudos —mi favorita, por cierto —, sino con la sonrisita de *voy a provocarte porque sabes que puedo hacerlo*. Y, por algún extraño motivo —igual me había vuelto masoquista sin saberlo—, me encantaba que lo hiciera.

—Tienes que ir a clase —me dijo, confirmando mis sospechas.

—Ahora mismo quiero quedarme a hacer algo más productivo contigo toda la mañana.

Casi solté un gruñido de frustración cuando se incorporó y se sentó sobre mí. Lástima. Ya no podía sentir sus tetas en la espalda. Había sido agradable.

—Jack, levanta, vamos.

—Hazme eso de la nariz cinco minutos más y me lo pienso.

Ella intentó estar enfadada —lo intentó de verdad—, pero no le salió. Todavía sonreía.

—¿Tengo que ir a buscar un jarro de agua fría? —preguntó, cruzándose de brazos.

Vale, hora de asumir que no iba a tener mi mañana ocupada con ella. El día empezaba mal.

Ella me lanzó unos pantalones para que no fuera desnudo por la vida y le sonreí de lado al ponérmelos. Después, la seguí hacia la cocina. Todos

estaban ya ahí desayunando. Bostecé y me senté junto al idiota de mi hermano.

—Oye, ¿y por qué a mí me despertáis con ruido? —protestó él—. Yo también quiero que me despierten cariñosamente.

Jen sonrió y negó con la cabeza mientras robaba comida del plato de Will. Se situó a mi lado. Todavía llevaba la ropa de deporte y, por consiguiente, esos pantalones tan maravillosos que se le ajustaban tan bien. Por no hablar del sujetador deportivo.

—Pues búscate novia —murmuré, mirándola.

—Si tuviera novia, no estaría aquí.

Sue miró al cielo al instante.

—Por favor, dale una novia. Es todo lo que pido.

Sue, Will y yo empezamos a reírnos cruelmente de él. Jen no. Ella no era así. Ella solo le pasó un brazo por encima de los hombros y le dio un ligero apretón. Dejé de reír para poner mala cara cuando Mike me sacó la lengua disimuladamente y se pegó a ella, encantado.

Idiota con suerte.

Bueno, en realidad era mi novia, así que el idiota con suerte era yo.

Je, je, je. Eso ya me ponía de mejor humor.

—A mí no me molestas —le aseguró Jen.

Mike se pegó a ella como una garrapata. Me entraron ganas de tirarle la estúpida tostada a la cara. Para contenerme, le di un mordisco.

—Gracias, cuñada. Eres la mejor de esta casa con diferencia. No como esos amargados.

—Vaya, gracias —Will le sonrió irónicamente.

—Es la única que se acuerda de mí. No hace ruido al pasar por el salón, me guarda la comida y me pregunta cómo estoy. ¿A qué te caigo bien?

Acababa de morder mi tostada otra vez, pero dejé de masticar cuando vi que la garrapata idiota rodeaba a Jen con los brazos y, sin siquiera dudarlo, le metía la cara entre las tetas.

¡Esa cara tenía que ser la mía, no la suya!

La tostada se me atragantó y empecé a toser.

—Eres demasiado buena para mi hermano —escuché que seguía parloteando mientras yo hacía esfuerzos por no morir ahogado y que eso fuera lo último que viera—. Pero aquí estoy yo para cuando te canses.

En cuanto conseguí respirar de nuevo, enganché a Jen del brazo y la atraje hacia mí. Ella se estaba riendo cuando se quedo de pie entre mis piernas y yo señalé a Mike con mala cara.

—Vuelve a hacer eso y duermes en la calle.

—¡Solo era un abrazo!

Rodeé a Jen con los brazos como un crío. Ella negó con la cabeza y siguió comiendo, ignorando nuestra discusión.

—Y una mierda —solté.

Cuando Jen no miró, Mike fingió que tenía unas tetas delante y que metía la cara entre ellas. Apreté los labios. Realmente sabía como irritarme.

—Si somos casi iguales, Jenna —canturreó—, ¿qué más te da un hermano que otro?

Sus días en esta casa se acertaban a cada palabrita que salía de su boca.

—Mike, honestamente —lo miré—, aprecias un poco tu vida, ¿verdad?

Porque empezaba a peligrar.

—Chicos —Will nos dedicó una mirada algo severa—. Jenna es una persona, no una consola. Calmaos.

—Gracias —le dijo ella.

Vale, igual me estaba pasando. Quité los brazos de su alrededor, malhumorado, pero Jen me sonrió y apoyó ese culo tan perfecto en mi regazo, dándome un beso en la comisura de los labios antes de seguir comiendo.

Miré a Mike con una sonrisita de triunfo. Él se cruzó de brazos.

—Y repito —masculló—, solo era un abrazo inocente.

—Si tenías la cara entre sus tetas —Sue negó con la cabeza, riendo.

—Bueno, es que tiene las tetas muy...

Ya no pude evitarlo, lo siento. Tuve que lanzarle la tostada a la cara.

Al menos, conseguí que se callara por un rato.

—Últimamente compras muchas pizzas barbacoa, ¿no?

Miré al chico que estaba tras el mostrador de la pizzería. Debía tener quince años —ni siquiera estaba seguro de que fuera legal trabajar a esa edad—. Tenía la cara alargada y llena de granos. Y una mueca de aburrimiento y asco.

Me encantaba que la gente estuviera siempre tan alegre a mi alrededor.

—¿Es que llevas el recuento? —enarqué una ceja.

—No, pero me acuerdo de las caras de los que vienen a menudo —murmuró, dándome el cambio.

—Es que a mi novia le gusta esa pizza —me encogí de hombros.

—Yo la odio.

—Y yo.

Pero a Jen le encantaba. No había quien la entendiera.

Después de esa magnífica conversación con el chico de los granos, fui directo al piso. Sue y Will parecieron encantados cuando dejé las pizzas sobre la mesita de café. Sue ni siquiera preguntó antes de robar un trozo y empezar a zampar.

—¿Jen se está duchando? —pregunté, cogiendo un trozo.

Me detuve, confuso, cuando Will pareció incómodo. Más confuso estuve todavía cuando Sue soltó una risa ahogada.

—Creo que está enrollándose con el parásito arriba.

La miré durante unos segundos en los que dejé de estar confuso para estar molesto.

—No tiene gracia —espeté.

—Ross... eh... —Will pareció incómodo de nuevo—. Es verdad que está arriba con Mike. Le ha dicho que quería hablar con él a solas.

Mi cerebro tardó en procesar esa información, y no me gustó la conclusión a la que llegó. No me gustó en absoluto. Me puse de pie y fui a las escaleras de incendios. Una parte de mí no quería subirlas.

Pero Jen nunca me haría lo que estaba pensando. Nunca. Confiaba en ella. En quien no confiaba era en el idiota. Ya había visto demasiadas veces eso de

hacerse la víctima con mis parejas para terminar haciendo de todo a mis espaldas. Jen era demasiado buena para verlo, pero yo lo conocía. Y por mucho que quería confiar ciegamente en ella, tenía un malestar en el cuerpo que no podría quitarme hasta que la viera.

En cuanto llegué al final de las escaleras, me quedé helado.

Estaban los dos ahí de pie, sosteniéndose una mano. Jen estaba inclinada hacia él y, por el peor segundo de mi vida, pensé que se estaban besando. Se me detuvo el corazón.

Pero no, solo estaban hablando. Sentí que volvía a respirar, pero no me había calmado del todo cuando encontré mis cuerdas vocales.

—¿Qué hacéis?

Jen soltó la mano de Mike como si la hubiera quemado y me miró con la boca entreabierta.

—Solo charlábamos —dijo ella enseguida.

Me centré en Mike. Casi me esperaba una sonrisa engreída. Me habría preocupado menos que esa expresión tensa.

¿Qué había hecho?

No quería enfadarme antes de tiempo, pero... ¿qué demonios había hecho?

—¿Charlar? —repetí—. ¿De qué?

Ellos intercambiaron una mirada casi de complicidad. Apreté los dientes.

—Hermanito —Mike se giró hacia mí—, no es...

Creo que fue esa primera palabra la que más me cabreó.

—No me llames hermanito —espeté bruscamente—. Y no estaba hablando contigo.

Y Mike se calló. Eso sí que era anormal.

Una parte de mí sabía que no habían hecho nada malo, pero estaban nerviosos, por lo que solo me quedaba preguntarme de qué demonios estaban hablando antes de que llegara.

—Jack —Jen dio unos cuantos pasos hacia mí—, no es lo que parece.

—¿Y qué es?

Me arrepentí al instante del tono que había usado para dirigirme a ella. Se detuvo de golpe, casi asustada. Maldije para mis adentros.

—Estábamos hablando, ya te lo he dicho.

Al menos, volvió a acercarse a mí. Esta vez no dije nada y ella me tomó la mano. Como siempre que lo hacía, se me pasó casi todo el enfado, pero seguía sin entender por qué tenía que hablar con Mike ahí arriba conociéndolo.

—Solo quería preguntarle algo a tu hermano —me dijo en voz baja.

¿Y por qué a él?

—¿Y por qué no podías preguntármelo a mí? —mascullé, enfurruñado.

Jen lo pensó un momento antes de mirar a Mike. Él captó lo que intentaba decirle y se marchó sin decir nada más. Lo seguí con la mirada. Jen suspiró en cuanto desapareció y volví a centrarme en ella.

—No me gusta que estés a solas con él —mascullé con toda mi sinceridad.

—Mike no es tan mal chico —me dijo casi como una reprimenda.

En ese momento, me daba igual. Solo podía recordar a las otras dos chicas. Y cómo habían dicho exactamente lo mismo antes de terminar con él.

No podría soportar eso con Jen. Ni siquiera era capaz de imaginarlo.

—No con él —le dije en voz baja—. No con él, por favor.

Había sonado tan patético que Jen cambió su expresión totalmente. Asintió con la cabeza y me sujetó la cara con las dos manos para darme un beso en los labios. Casi consiguió que se me olvidara lo de antes. Casi.

—¿De qué hablabais?

Ella finalmente pareció acceder a decirme la verdad.

—Mis padres quieren que vayas a cenar a mi casa en Navidad.

Un momento, ¿qué? ¿Era eso?

Se me fue todo el enfado de golpe y esboqué una gran sonrisa. ¡Mis suegros querían conocerme!

—¿En serio?

—¿Te apetece? —pareció insegura.

No pasaba nada, yo ya tenía seguridad de sobra para los dos.

—Claro que me apetece.

Jen sonrió y bajó las manos de mis mejillas a mis hombros. Yo la rodeé con los brazos por la cintura. Estaba a punto de inclinarme hacia delante para besarla, pero algo en su expresión hizo que me detuviera.

—Solo... hay un pequeño detalle —añadió en voz baja, acariciándome los hombros con los pulgares.

Oh, oh.

Jen no solía ser tan cariñosa fuera de la habitación. Si lo era, solía ser porque tenía que decirme algo que sabía que no me gustaría.

—¿Qué detalle?

—Bueno...

Lo pensó un momento.

—También quieren conocer a tu familia —por fin me miró.

Noté que mi sonrisa se evaporaba al instante. Ella intentó sonreír, pero no funcionó. No con eso.

—¿A mis padres?

—Sí. ¿No te apetece?

—Sabes que eso no me apetece, Jen.

—Jack...

—Solo mi madre.

No iba a dejar que mi padre se metiera en esa parte de mi vida para arruinarla, como hacía con todo. Porque, si le dejaba, lo arruinaría de una forma u otra. Estaba seguro de ello.

—Es tu padre —insistió ella.

Casi me reí. ¿Mi padre? ¿Cuándo había sido la última vez que se había comportado como un padre? O, mejor dicho, ¿alguna vez lo había hecho? Porque por mucho que intentaba recordar buenos momentos con él, solo me venían a la cabeza insultos, golpes y gritos.

—Tú no sabes nada de él —intenté apartarme, pero me sujetó—. No quiero que lo conozcan.

No quería que pensarán que yo era remotamente parecido a él. O, mejor dicho, no quería que me relacionaran con una persona así.

Aunque el muy imbécil supiera aparentar ser una buena persona cuando le interesaba, claro.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que se piensen que soy igual de imbécil que él.

Para una vez que quería caerle bien a alguien, no iba a presentarles a mi padre. Tendría el efecto contrario.

—Tu padre puede caerte mal, Jack, pero sigue siendo una persona formal que se disculpó conmigo y trató de hacerme sentir cómoda en tu casa.

Sonreí irónicamente.

—Sí, sobretodo cuando insinuó que...

—Eso ya está olvidado.

No. Eso no. Escuchaba siempre a Jen y en la gran y aplastante mayoría de veces tenía la razón, pero no en eso. Negué con la cabeza.

—No pienso disculparme con él.

—¿Por la discusión?

Todavía recordaba la casa del lago. Y cómo le había advertido que no se volviera a quedar a solas con mi novia. Y cómo había insinuado que sería ella que me dejaría solo a mí. Había perdido la cabeza y me había puesto a gritarle pese a que no quería que Jen presenciara eso. Ojalá no lo hubiera hecho, pero la verdad es que se lo merecía.

—Por nada —concluí—. No pienso disculparme. No con él.

—¿Y si él se disculpa contigo?

¿Que él se disculpara? ¿Conmigo? Casi me reí.

—¿Qué? —me limité a preguntar, cansado.

—Podría hablar con él.

Me tensé al instante.

—No.

Ella se echó un poco hacia atrás, sorprendida.

—¿No?

Solo la imagen de ella estando a solas con ese desgraciado hizo que se me revolviere el estómago. No. No quería pensar en eso.

—No quiero que hables con él a solas. Nunca. Si lo haces, te juro que no volveré a dirigirle la palabra.

Y no era una forma de hablar.

—Jack... —Jen no pareció entenderme. Mejor.

—Lo digo en serio —le sujeté la cara con las manos, seguía pareciendo sorprendida—. No a solas. Nunca.

—¿Por qué no?

Ya estaba otra vez. Solo quería saber por qué nos llevábamos tan mal, ¿verdad?

—Porque no —corté la conversación.

—Si no quieres que haga algo, creo que es justo...

—No empieces con eso —me separé un poco—. Estoy harto de hablar de ese gilipollas.

¿Por qué no podíamos bajar al piso y cenar en paz? ¿Por qué tenía que seguir insistiendo en un tema que sabía que no me gustaba?

—Vale —insistió—. Solo quiero entender el por qué...

Otra vez no.

—¿Por qué necesitas saberlo? —me irrité—. Sabes que puedes preguntarme lo que sea y te lo diré. Todo menos eso. Y sigues insistiendo en él porque... un momento, ¿de eso hablabas con Mike?

Pues claro que era eso. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Por eso Mike estaba tan nervioso. Maldita sea.

Cuando intentó sujetarme de la mano, me aparté de ella.

—¿Eso le preguntabas? ¿Qué te ha dicho?

Bajó la mirada, enfurruñada. Vale, no le había dicho nada. Menos mal.

—Nada —confirmó mis sospechas.

—Bien.

Y, para mi sorpresa, ella se cruzó de brazos y me miró, enfadada.

—¿Qué te pasa últimamente?

Vale... ¿de qué estábamos hablando ahora? ¿No se suponía que el enfadado tenía que ser yo?

—¿Qué?

—Hay algo, ¿no?

Casi como si mi conciencia quisiera recordarme que sí, la imagen de la carta de aceptación de la escuela de Francia me vino a la mente.

Me había llegado justo antes de que ella se fuera a casa de sus padres y había estado a punto de decírselo esa noche, pero no había sido capaz. No quería arruinarle un viaje que supuestamente tenía que ser feliz. Y la cosa se había alargado... hasta el punto en que no estaba seguro de si decírselo.

Después de todo, ¿realmente quería ir a esa escuela? Si decía que no, no tenía ningún sentido contárselo a Jen.

—No hay nada —mentí, y me desprecié a mí mismo por hacerlo. No me gustaba mentir a Jen.

—Sí, hay algo —insistió—. Estás tan... irritado. Te enfadas por cualquier cosa.

—Igual es que los demás os habéis aliado para sacar los pocos temas que me enfadan y...

—No —ella negó con la cabeza, muy segura—. Hay algo más.

¿En qué momento había empezado a conocerme tan bien?

—No hay nada —repetí.

—No me mientas, Jack.

Y no quería mentirle, pero... una parte de mí no podía contárselo.

—No quiero seguir con esta conversación.

Ella se acercó a mí, enfadada.

—¿Por qué me dejas siempre con la conversación a medias?

—¿Por qué no puedes respetar que no quiera decirte algo?

—¿Por qué demonios no puedes decírmelo?

Porque la conocía. Y me diría que me fuera. Y, si no me iba, se sentiría horrible, como si fuera culpa suya. Solo quería ahorrarle todo eso.

Y en cuanto a lo de mi padre... bueno, eso no iba a contárselo nunca. No era de esa clase de cosas que quisieras ir contando por ahí.

—¡Porque no estoy preparado para hacerlo! ¿Tanto te cuesta entenderlo? Intento decirte todo, pero necesito mi tiempo.

—¿Tiempo para qué?

Suspiré pesadamente.

—Déjalo.

—¿He hecho algo?

La pregunta y el tono que usó para hacerla me pillaron por sorpresa. Me giré hacia ella y vi que tenía una mueca triste. Casi me golpeé a mí mismo por idiota.

—¿Qué? —negué con la cabeza enseguida—. No, Jen.

—Sí. Es algo conmigo. Siempre te enfadas hablando conmigo.

—No es verdad.

Sí lo era, pero era por mi culpa, no por la suya.

—Sí lo es. Cada vez que te enfadas, te marchas o empiezas a intentar cambiar de tema. Pero solo te enfadas cuando estás hablando conmigo.

No sabía qué decirle. Solo se me ocurrió una tontería.

—Lo siento —murmuré.

—No lo sientas. Solo dime qué estoy haciendo mal.

—No es por ti... solo...

Me pasé una mano por la cara, frustrado. ¿Por qué teníamos que seguir con esa conversación?

—Vamos a cenar, por favor —le supliqué con la mirada.

Le ofrecí una mano, pero ya sabía que no la aceptaría incluso antes de hacerlo.

—No vas a decírmelo, ¿verdad? —murmuró.

No pude responder. Sabía que no le gustaría nada que pudiera decirle a partir de eso.

—Bien —concluyó—. Como quieras.

—Jen...

—Déjalo.

Pasó por mi lado y fue a las escaleras. Cuando me di la vuelta, incluso con la situación de mierda en la que me había metido yo solito... no pude evitar mirarle el culo.

Pervertido de corazón y no de ocasión.

Cuando cruzamos el salón, fue más que obvio que habíamos discutido. Jen ni siquiera se detuvo, pero noté que los demás nos miraban en silencio. Me metí en la habitación con ella y cerré a mi espalda, pero no me atreví a acercarme demasiado.

La miré mientras ella recogía su pijama, repartido por toda la habitación. La noche anterior se lo había quitado y tirado por todas partes. Creo que incluso voló mi despertador.

Fue una buena noche.

—No quiero que te sientas mal por esto —le dije.

—Si no quieres que me sienta mal, dímelo.

En parte, tenía razón. Yo siempre le exigía que me lo dijera todo. Incluso sin darme cuenta de que lo hacía. No podía evitarlo. Y cuando ella quería saber algo de mí, me cerraba completamente.

Pero... seguía sin querer hablar de ello. Al menos, hasta que hubiera tomado una decisión.

—Jen...

Ella se giró hacia mí y me callé. Nunca la había visto tan enfadada conmigo. Intenté dar un paso hacia ella, pero me detuve en cuanto habló.

—Si no te importa —señaló la puerta—, quiero cambiarme de ropa.

—Vamos, no seas así.

—Y no tengo hambre. Puedes regalarle mi parte a quien quieras. O tirarla a la basura. No creo que me digas lo que harás con ella.

Oh, venga ya.

—¿No puedes olvidarte del tema?

Claro que no podía. Qué pregunta más tonta.

—¿Puedes dejarme sola?

No me quedó más remedio que hacerlo. No tenía sentido seguir insistiendo. Al menos, quizá se le pasara parte del enfado si la dejaba sola para pensar en ello.

Volví al salón. Los demás me miraron en silencio cuando me dejé caer en el sofá. Me quedé mirando la pizza barbacoa. Apenas la habían tocado para guardársela a Jen porque siempre les amenazaba con que no traería más si se la robaban. Apreté los labios.

—¿Necesitas algo? —me preguntó Will.

Saber qué decirle para que deje de estar enfadada conmigo.

—No.

—Está enfadada, ¿eh? —me dijo Sue, que seguía comiendo tranquilamente.

Mike se mantenía al margen, en silencio. Muy buena decisión.

—¿Cómo lo has adivinado? —ironicé.

—¿Y qué vas a hacer para arreglarlo? —me preguntó ella, curiosa—. Porque supongo que eres consciente de que echar un polvo no va a arreglar esto.

—Pues acabas de arruinar mi único plan.

—Qué poca comprensión femenina tienes...

—Yo no soy una chica y tampoco me gusta arreglar las cosas con sexo —protestó Will.

—Silencio —Sue lo señaló, pensativa—. ¿Qué haces tú para que Naya te perdona cuando eres un capullo?

Will la miró, ofendido.

—¿Yo? Tiendo a no ser un capullo, la verdad.

—Oh, vamos, ya me entiendes. ¿Qué haces para arreglarlo?

—Pues... con Naya es fácil. Solo tengo que regalarle algo. Preferiblemente zapatos. Se le pasa rápido.

—Eso no funcionará con Jen —murmuré.

—Pues no —Sue mordisqueó su pizza, pensando—. ¿Y qué le gusta a tu

querida novia?

—Mirar películas, correr, comer, dormir, echar polv...

—Ya está —Sue me señaló con una sonrisita de triunfo—. Cocínale algo. Tú eres un desastre cocinando. Seguro que si te ve intentándolo por ella, se le pasa.

—Si me meto en esa cocina, voy a terminar incendiando el piso.

—¿Prefieres un piso menos o una novia menos?

Vale. Tocaba cocinar.

—Ya me lo parecía —concluyó Sue.

La miré, extrañado por la conversación que estábamos manteniendo.

—¿En qué momento has empezado a preocuparte tú por mis problemas de pareja?

—Ah, bueno, me sigue dando bastante igual, la verdad.

—¿Y por qué me ayudas?

—Porque Jenna me cae bien.

No sé si estuve más sorprendido porque alguien le cayera bien u ofendido por lo que implicaba eso.

—Espera —fruncí el ceño—, ¿y yo no?

—No.

Y siguió comiendo, tan tranquila.

Bueno, en esa casa nunca faltaría sinceridad, eso seguro.

No tardé en volver a la habitación, y la verdad es que estaba nervioso. Últimamente me ponía nervioso constantemente por Jen. En cuanto abrí, supe que seguía enfadada. Tampoco me sorprendió mucho.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunté de todas formas.

No respondió, claro.

—¿Quieres que vaya a dormir al sofá?

—Haz lo que quieras —murmuró.

—Lo que quiero es dormir contigo.

Suspiré y fui a cambiarme de ropa. Dudé un instante antes de meterme en la cama a su lado. Seguía dándome la espalda. Y nunca había tenido tantas ganas de pegarla a mí. Intenté contenerme, pero al final no pude resistirme y traté de acariciarle el brazo. Apenas la había rozado cuando se apartó de mí como si quemara.

—Vamos —murmuré—, no me hagas esto. Quiero abrazarte.

No podía soportar irme a dormir sin que hubiéramos arreglado eso. Me pasé una mano por el pelo, frustrado. Tenía que hacer algo.

Lo único que se me ocurrió fue tirar de su brazo para acercarla. La dejé boca arriba y me coloqué parcialmente encima de ella, apoyado en un codo. Jen me miró un momento antes de bajar los ojos a sus manos.

—No quiero que estés enfadada conmigo.

Intenté acariciarle la mandíbula. Quería besarla. ¿Por qué tenía tantas ganas de besarla cuando se enfadaba conmigo?

Traté de resistirme porque sabía que me llevaría una bofetada si me lanzaba a besarla ahora mismo, pero no podía evitarlo. Me incliné hacia delante. Jen no me miró, pero su cuerpo siempre respondía automáticamente por ella. Vi que se le entreabrían los labios.

—¿Puedo besarte? —pregunté aunque ya sabía la respuesta.

Lo intenté igual, pero justo cuando iba a besarla ella se giró un poco y mis labios chocaron con la comisura de los suyos. Apoyé la frente en su mejilla, intentando no maldecir con todas mis fuerzas.

—Joder, Jen...

Ella me apartó por los hombros y me dejó caer en el colchón.

—Si te sientes incómodo durmiendo así, puedo ir yo al sofá —me dijo.

Yo nunca me sentiría incómodo con ella durmiendo ahí, pero no parecía entenderlo.

—No me siento incómodo. Yo sí quiero dormir contigo. Pero no así.

Jen dudó durante unas milésimas de segundos, pero enseguida volvió a darme la espalda.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

Ella apagó la luz. No me quedó más remedio que rendirme y dormir sin abrazarla.

Ya estaba despierto cuando Jen se estiró al otro lado de la cama, pero fingí que no me daba cuenta. Ella se puso la ropa de deporte y se marchó sin hacer un solo ruido. En cuanto escuché la puerta principal cerrándose, empecé la operación *reconciliación forzosa*.

Me puse de pie y fui directo a la habitación de Will. Él estaba roncando contra su almohada cuando me agaché a su lado y le pinché la mejilla con un dedo.

—Will —susurré.

Roncó con más fuerza.

Volví a pincharle la mejilla.

—Wiiiiiiill.

Ni caso.

—Willy Willy... Willy Wonka... venga, despierta, necesito ayuda.

Seguía sin despertarse. Pues nada. Tocaba olvidarse de ser suave.

—¡WILL!

Él dio un respingo, asustado, y casi se chocó con la cabeza contra el cabecero de su cama. Se giró hacia mí con los ojos muy abiertos y una mano en el corazón.

—Pero ¿a ti qué te pasa?

—Buenos días —sonreí como un angelito.

—¿Buenos días?! ¿Cómo se te ocurre despertarme así?

—Es que no tengo mucho tiempo y no me hacías caso. Oye, necesito que me hagas un favor.

—¿Ahora? ¿Qué...?

—¿Cómo se hacen las tortitas?

Will todavía parecía medio dormido. Arrugó la nariz, confuso.

—¿Tortitas?

—Sí, tortitas. ¿Cómo demonios se hacen?

—¿Para qué quieres saber eso?

—Jen me dijo que cuando era pequeña su padre les hacía tortitas a ella y a sus quinientos hermanos y le encantaban. Estoy intentando ser un buen novio. ¿Cómo se hacen?

—¿Y yo qué sé? Huevos, harina... todo eso, supongo. Búscalo por Internet.

—Vaya amigo estás hecho...

—¡Tú acabas de despertarme con un grito!

—Y ha sido para nada, porque me has servido de muy poco, ¡mal amigo!

Ignoré su expresión de indignación y fui a la cocina buscando la estúpida receta con el móvil. En cuanto me puse a cocinar, supe que eso no iba a terminar bien.

Especialmente por el delantal de florecillas, que era el único que había encontrado por ahí.

Para empezar, no sabía dónde estaba nada. Menos mal que Sue y Mike babeaban desde la barra y Sue iba indicándome dónde estaba cada cosa. Ni siquiera sabía que tuviéramos sartenes, la verdad. Nunca entraba en la cocina. Qué desastre.

En cuanto empecé a remover esa masa rara, una nube de harina me dio en la cara y me puse a toser. Sue, Mike y Will —ya se había despertado— soltaron risitas divertidas. No sonrieron tanto cuando amenacé con tirárselo todo a la cabeza.

Al menos, la parte de la sartén se me dio un poco mejor. Se trataba de que nada se quemara, ¿no? ¿Y por qué demonios se me rompían las malditas tortitas todo el rato? Solté una maldición y seguí intentándolo. Ya llevaba unas cuantas más o menos aceptables cuando Mike volvió a suspirar sonoramente.

—¿Falta mucho? Tengo hambre.

—Cállate —espeté.

—Yo también tengo hambre —añadió Sue.

—Tú también cállate.

Como no se callaran y me dejaran concentrarme en esas malditas tortitas del demonio, iba a matar a alg...

—¿Qué hacéis?

Casi me salió una tortita volando cuando escuché la voz de Jen.

Me giré hacia ella con la sartén en la mano y una gran sonrisa

—Buenos días, ¿quieres tortitas?

Oh, mierda, me estaba quemando.

Solté la sartén bruscamente en la encimera y no sé cómo me las apañé para añadir la última tortita al plato. Me metí el dedo quemado en la boca y le ofrecí el plato con la otra mano a Jen, que parecía perpleja.

—¿Ella sí y nosotros no? —protestó Sue.

Le dediqué una mirada que perfectamente la habría matado de haber sido posible. Ella resopló.

Jen finalmente aceptó el plato y sentí que la esperanza volvía a mí cuando las comisuras de sus labios se curvaron un poco hacia arriba.

Se sentó entre los dos pesados —Will había tenido el detalle de apartarse— y miró su plato con ganas. Igual que las dos aves carroñeras que tenía al lado.

—¿Nos das un poco? —Mike sonrió.

—O a mí —sugirió Sue.

—Yo soy más amigo tuyo que ella.

—No es cierto. Vive conmigo. Somos más...

Perdí la paciencia.

—Es suyo. Dejad de molestar, pesados.

Por fin Jen lo probó. La miré, cauteloso.

Solo me faltaba envenenarla sin querer para ser oficialmente el peor novio de la historia...

—¿Qué? —preguntó al darse cuenta de que todos la mirábamos.

—¿Saben... bien? —pregunté yo.

Asintió con la cabeza alegremente y casi sentí que el alma volvía a mi cuerpo.

—Menos mal —casi lancé la sartén al otro lado de la cocina, cansado.

No iba a volver a cocinar en mi vida.

Hasta que vuelvas a joderla, claro.

Me acerqué a Jen, nervioso. Ella me miró sin dejar de comer.

—¿Has dormido bien? —pregunté.

Porque yo había dormido fatal. Había tenido ganas de girarme y abrazarla cincuenta veces. No sabía cómo me había contenido.

Ella asintió con la cabeza, aunque no parecía muy segura. Tragué saliva.

—¿Estás...? ¿Estamos bien?

—No lo sé, ¿vas a decirme algo?

Vale, eso era un no.

—Jen...

—Entonces, no.

Bueno, estaba claro que ese no era el camino a la felicidad. Decidí cambiar un poco la dirección de la operación *reconciliación forzada* .

—¿Puedo llevarte a clase? Solo tienes una, ¿no?

—Me gusta el metro.

—Podemos hacer algo, entonces.

—Tengo planes.

Escuché las risitas de Sue y Mike, que se apagaron en cuanto los miré fijamente.

Estaba claro que no había mucho más que hacer. Al menos, lo había intentado. Ahora solo tenía que afinar un poco el plan. Decidí ir al cuarto de baño, frustrado, y quitarme toda la mierda de harina y azúcar de encima.

Ya volvería a intentarlo por la tarde.

Y sin ninguna maldita cocina, eso seguro.

Capítulo 9

—No me creo que estemos yendo a casa de mis padres —me dijo en voz baja.

No pude evitar sonreír al ver a la pequeña y temblorosa Jen apretujándome la mano con fuerza. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

—Esto va a ser interesante —murmuré.

No dijo nada más en lo que quedaba de trayecto. Solo se mordía las uñas y se colocaba compulsivamente el mechón de pelo de siempre. Era divertido verla, la verdad.

Estábamos yendo a casa de sus padres para Navidad. Mis padres —había hecho una tregua con mi padre, por cierto—, mi abuela Agnes y Mike vendrían al día siguiente para que cenáramos todos juntos. Jen había querido presentarme por separado.

Qué raro era todo eso de conocer a... bueno, la familia de otra persona. Realmente nunca había conocido a los padres de ninguna de mis parejas. No me había interesado demasiado. De hecho, más bien me había aburrido solo la idea de tener que caerle bien a unos cuantos desconocidos solo porque eran la familia de mi novia.

Eso no me pasaba con Jen. Con ella... bueno, realmente quería no decepcionarla y caerle bien a toda su familia. Porque, si todo iba bien, iban a tener que aguantarme muuuucho tiempo como yerno.

Si a Jen no le daba un infarto antes de que llegáramos a conocerlos, claro.

—¿No se supone que yo debería ser el nervioso? —pregunté cuando ella resopló, temblando.

Para mi sorpresa, me enganchó del brazo justo antes de cruzar la puerta de salidas. Por su cara de espanto, cualquiera habría dicho que iba a presentarme a unos asesinos en serie.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Antes de que vayamos ahí... tengo que advertirte de algo.

Creo que debería haber estado centrado en tomármela en serio, pero es que se había puesto mis pantalones favoritos y mi atención se desviaba continuamente.

—Muy bien, ¿qué pasa? —pregunté igualmente.

—Mi hermano mayor se cree que tiene la necesidad de espantar a cualquier chico que se me acerca porque se cree que eso le hace un mejor hermano.

¿Hermano mayor sobreprotector? Podría lidiar con ello.

—Vale.

—Mis otros dos hermanos son horribles, ¿vale? Son como dos monos peleándose por una banana.

—Jen, ¿qué...?

—Y mi hermana mayor va a interrogarte —me sujetó los hombros, mortalmente seria—. Va a empezar a bombardearte con preguntas hasta que respondas sin siquiera pensar.

—Vale...

—Por favor, no te creas que soy como ellos. Es decir, ellos están bien, pero... ya me entiendes.

Esta vez no pude ocultar la sonrisa divertida.

—No lo creeré.

—Y mi madre te va a empezar a acosar y achuchar. Es muy pesada. Como... MUY pesada. Pero... ¡no lo hace para molestar! Es su forma de ser, ¿sabes?

Ya podrías haber heredado un poco más de eso, mi querida Jen.

—Podré vivir con ello.

—Y quizá te haga muchas preguntas. Muchas. Se pone muy intensa cuando quiere.

—Jen...

—Y mi padre es muy...

—Jen —esta vez tuve que sujetarle la cara con una mano para cortarla—, relájate, ¿vale? Son tus padres, no los Addams.

Pensé en besarla para que se calmara, pero me dio la sensación de que lo que necesitaba era mentalizarse, así que en su lugar le hice un gesto para que guiara el camino. Ella suspiró.

—Yo no estaría tan segura.

Pero me guió hacia la puerta de salidas. No se detuvo hasta que llegamos junto a un grupo pequeño que reconocí enseguida como su familia. Era tan obvio que estaban emparentados que casi me eché a reír. Todos con el pelo y los ojos castaños, la cara algo delgada y la misma nariz. La habían sacado de su madre, que era una especie de Jen un poco más alta y con más signos de edad.

Cuando me dio la sensación de que mi querida novia estaba a punto de pensar mejor lo que hacía y salir corriendo, le di un codazo. Eso la hizo reaccionar enseguida.

—¿Mamá?

Su madre se dio la vuelta al instante.

—¡Jennifer, cariño!

Sonreí al pensar que iba a abrazarla a ella por haberla echado de menos, pero no. Vino directamente hacia mí y casi pude ver los rayos láser que le salían de los ojos al revisarme por el camino.

—¡Y tú debes ser Jack! —me dijo alegremente.

Examen visual: superado .

—Venid aquí, cielitos.

Empecé a reírme cuando nos abrazó a ambos por el cuello, apretujándonos el uno contra el otro. Jen estaba completamente roja cuando consiguió que nos soltara.

—Mamá —protestó en voz baja.

—Siempre avergonzándose de mí —ella me miró al instante.

Vale, quería apoyo. Mensaje captado.

—Eso no está bien, Jen.

Su madre asintió con aprobación.

Examen práctico: superadísimo.

Las otras dos personas que había ahí eran la hermana mayor de Jen, Shanon, que era la menos parecida a ella de los tres —supuse que se parecería más a su padre que a su madre—, y un chico que supuse que sería Spencer.

La que se acercó fue Shanon con una sonrisa.

—He oído mucho hablar de ti —me aseguró, poniendo los ojos en blanco—. Muchísimo. Como... todo el día. Jenny es muy pesada.

Si supieras lo harto que está el pobre Will de oírme hablar de ella...

—Gracias por la bienvenida —masculló Jen de mala gana.

—Soy Shanon —ella la ignoró—. Bueno, ya nos habíamos conocido por teléfono.

Sí, todavía recordaba la breve conversación después de que el imbécil del ex de Jen le destrozara las cosas. Me había pedido que cuidara de su hermana y que, básicamente, me asegurara de que el imbécil no volviera a acercarse a ella porque era capaz de perdonarlo otra vez si lo hacía. Le aseguré que estaría encantado de hacer ese trabajito.

—Yo también he oído hablar de ti —le aseguré.

Dejé de sonreír cuando una mano apartó a Shanon. Su hermano se plantó delante de mí con los brazos cruzados y los labios apretados.

Me ofreció una mano bruscamente.

—Spencer —casi escupió.

Pues sí que era un poco sobreprotector. Si yo solo quería cuidar a su hermanita...

Bueno, y echar polvos de diez con ella cada noche, pero principalmente cuidarla.

—Jack. O Ross. Lo que prefieras —le dije, ofreciendo también mi mano.

Me apretó tanto con los dedos que me dio la sensación de que quería rompérmela.

—Espero que estés cuidado muy bien de Jenny.

—Spencer... —Jen estaba tan roja que parecía que iba a explotarle la cabeza. Sería una verdadera lástima, era mi cara favorita.

—Hago lo que puedo —le aseguré.

—Espero que sea suficiente —volvió a apretar los dedos con fuerza—, ¿eh?

Esta vez me soltó la mano, pero solo para rodear a Jen con un brazo posesivamente. Ella me miró, abochornada, con la disculpa escrita en los ojos.

—Es suficiente —le aseguré a su hermano.

—Eso está por ver.

Pareció que iba a decir algo más, pero su hermana mayor intervino con una

sonrisita.

—Spencer, ¿te he contado que fue él quien se encargó del idiota de Monty?

De pronto, el hermano de Jen cambió totalmente de expresión al mirarme. Soltó tan bruscamente a su hermana que casi pareció que se había olvidado repentinamente de su existencia.

—¿Eso es cierto? —me preguntó.

Vaya si lo era.

—No me gustaba cómo trataba a tu hermana —le aseguré.

Él empezó a sonreír tan rápido que ni siquiera lo había procesado cuando se acercó y me dio una palmadita en la espalda.

—¡Podrías haber empezado por ahí! Ven, te ayudo con la mochila.

Pasar Navidad con la familia de Jen resultó ser inesperadamente divertido.

La verdad es que toda su familia era genial, y no creí poder decir eso al ir hacia ahí. El único que realmente me había intimidado un poco había sido su padre, pero no era muy hablador. Apenas habíamos intercambiado unas cuantas frases, pero me daba la sensación de que le caía bien.

Y su madre y sus hermanos me adoraban, claro. No voy a negar que estaba encantado de haberles gustado.

Quizá la parte de que viniera mi familia era la que menos feliz me hacía, pero tampoco supuso un problema. Ni siquiera con Mike, que se hizo muy amigo del sobrino de Jen —la misma edad mental, supuse— o con mi padre, que fingió que se interesaba por lo que la madre de Jen le parloteara durante toda la cena, cosa muy inusual en él. Ni siquiera puso una sola cara de desdén. De verdad intentó ser simpático.

Quizá sí que había cambiado, después de todo.

Cuando se marcharon, su madre insistió en que nosotros nos quedáramos un poquito más y yo acepté encantado cuando Jen me lo preguntó. De hecho, casi me daba lástima tener que marcharnos cuando entramos en su vieja habitación a recoger las maletas. La observé de reojo mientras curioseaba sus cajones. De hecho, no me detuve hasta llegar a una libretita.

—¿Es un diario? —pregunté, entusiasmado, pero enseguida puse un mohín—. ¿Por qué hay una lista de nombres de lugares... y de personas?

—Cuando era pequeña, tenía una lista de cosas de las que me sentía orgullosa. Haber ido a Disney, aprobar cálculo... tonterías.

La chica que fue a Disney sin haber visto NI UNA SOLA película de Disney.

Si es que tenía que quererla.

Revisé concienzudamente cada nombre hasta levantar la cabeza, ofendido.

—¿Y yo no estoy aquí?

Ella sonrió, divertida.

—Tú estás detrás. En la lista de errores de mi vida.

Le di la vuelta enseguida y lo leí todo el voz alta antes de volver a mirarla, esta vez todavía más ofendido.

—¿Por qué no está escrito *Monty*?

—¡Hace años que no escribo nada ahí!

—Nunca es tarde —le aseguré.

El viaje de vuelta fue casi aburrido. Digo *casi* porque me dio la sensación de que Jen estaba distraída por algo que no quería decirme. No dejé de echarle ojeadas una y otra vez, pero no le pregunté. Si tenía algo que decir, me lo diría ella misma, a su tiempo. Ya nos habíamos presionado bastante el uno al otro.

Pero la sensación no desapareció después de llegar, ni tampoco cuando ya nos habíamos instalado en casa. Ni al día siguiente.

Empecé a pensar que quizá se había agobiado porque el día de la noria le había pedido que viniera oficialmente a vivir con nosotros. Quizá... ¿era demasiado pronto? ¿La estaba presionando mucho? Tampoco es que fuera un experto en relaciones. Quizá lo mejor era esperar a que ella me lo pidiera.

Uno de esos días decidí ir a beber algo con algunos amigos de clase para dejarle algo de espacio y que pensara en lo que tuviera que pensar. Me daba la sensación de que lo necesitaba. Sin embargo, estuve todo el tiempo pensando en ella. En si se estaba arrepintiendo de haberme presentado a su familia o algo así, porque había estado rara desde que habíamos vuelto.

Bueno, tendría que preguntar a Will, experto en consultorios amorosos.

Cuando volví a casa, casi me esperaba encontrarla ya durmiendo. Pero no. Estaba en el sofá con Will. Cerré la puerta, sorprendido.

—Hola de nuevo —sonreí—. ¿Qué hacéis? ¿Conspiráis contra Sue y su helado?

Me acerqué y le di un beso a Jen en los labios. Después, me quité la chaqueta y la lancé al sillón, suspirando. Al volver a girarme, Will me hizo un gesto casi imperceptible que me decía clara y amorosamente *aquí sobras*, así que sonreí

y me encogí de hombros.

—Voy a cambiarme.

Me desvestí y me puse unos pantalones de algodón. Como no quería molestar, fui directo a la cama y pasé el tiempo con el móvil hasta que escuché la puerta abriéndose.

Estuve a punto de sonreír, pero no lo hice porque Jen tenía una expresión triste que odié al instante.

—¿Qué pasa? —pregunté enseguida, dejando el móvil a un lado.

Ella sorbió la nariz sin mirarme.

—Naya me ha puesto la película del perrito que se queda esperando a su dueño muerto. Estoy triste.

Maldita Naya y malditas películas lacrimógenas.

Abrí los brazos hacia ella.

—Ven aquí. Te quitaré la tristeza.

Ella esbozó una pequeñita sonrisa triste y se acercó a mí. En cuanto sentí su cuerpo pegado al mío, apagué la luz y nos tumbé a los dos debajo de las sábanas, pasándole los brazos alrededor. Jen me rodeó el cuello con los brazos y escondió la cara en la curva de éste. Le acaricié la espalda, sorprendido. Sí que le había afectado la peliculita.

—¿Mejor? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza. Pero seguía agarrándose a mí como si no pudiera aguantarse las ganas de llorar. Vale, tocaba hacerla sonreír un poco.

—Podemos adoptar un perro algún día —le dije—. Siempre he querido uno.

Al instante, noté que su agarre se suavizaba un poco.

—¿Un perro? —repitió.

—Sí. Biscuit segundo.

—Lo dices como si estuviera muerto —pero por su tono supe que ya estaba sonriendo un poco.

—No es que esté muerto, pero necesita su representación en esta casa.

Esta vez, noté sus labios curvándose hacia arriba contra mi cuello.

—O un gato —añadí—. Los gatos son más independientes. ¿Qué me dices?

¿Gato? ¿Perro? ¿Dragón de cinco cabezas?

Se separó y me dedicó una pequeña sonrisa.

—El dragón suena bien.

—Pues un dragón. Aunque yo no pienso hacerme cargo de limpiar lo que destroce.

Iba a añadir que obligaríamos a Sue a encargarse de ello, pero me interrumpió al besarme.

La verdad es que no me esperaba que me besara tan pronto y tan triste, pero correspondí al instante. Estuve a punto de dejarme llevar como siempre, pero me contuve cuando noté que me estaba besando de forma diferente. Casi como si fuera la última vez que lo hacía.

Estuve a punto de asegurarle que no sería la última vez ni por asomo, pero era mejor demostrárselo.

La sujeté con ambos brazos para darle la vuelta y dejara tumbada debajo de mí y seguí besándola de la forma más suave que pude reunir. Solo me separé para sacarle la sudadera por encima de la cabeza. Volví a besarla en los labios, en la punta de la nariz y la barbilla antes de empezar a bajar por su cuello, entre sus pechos y...

Me detuve encima de su ombligo cuando noté que algo iba mal. Levanté la cabeza y me quedé helado cuando vi que se había cubierto la cara con las manos. Estaba llorando.

—¿Qué...? No, no, no... Jen, ven aquí.

No se quitó las manos de delante de la cara cuando volví a ascender hasta su rostro. Le quité suavemente una muñeca tras otra y ella fue incapaz de mirarme. Todavía tenía rastros de lágrimas por la cara cuando se la sujeté con una mano.

—¿Qué pasa? —pregunté, porque estaba claro que no era lo de la maldita película.

—Es solo q-que...

Ella se detuvo y negó con la cabeza, todavía llorando. No sabía qué hacer y eso siempre me desesperaba con ella, así que le quité las lágrimas con el pulgar.

—¿Qué? —la insté a seguir.

—Q-que... ¿nunca te ha dado la sensación de que tienes más d-de lo que te mereces?

Fruncí un poco el ceño, confuso, cuando me miró. No me gustaba que llorara. De hecho, lo detestaba. Los ojos dejaban de brillarle y, en lugar de una sonrisita divertida, solo conseguía ganarme expresiones tristes.

—¿Lo dices por ti? —pregunté en voz baja, confuso.

—N-no... no lo sé.

Dejó de llorar un momento al mirarme.

—¿C-crees que soy una mala... persona?

Casi me eché a reír.

—Eres la mejor persona que conozco.

—No me digas eso p-porque... porque sea tu novia. Dime la verdad.

—Es la verdad —insistí, sonriendo—. Si no lo fueras, no me habría enamorado de ti.

Creía que eso sería algo que la haría sonreír, pero solo conseguí que se le llenaran los ojos de lágrimas. Entreabrí la boca, sorprendido, pero ella me interrumpió.

—Yo... solo q-quería decirte que... que te qui... —se interrumpió a sí misma y cerró los ojos—. Que nada de esto hubiera valido la pena... e-el venir aquí... si no te hubiera conocido.

Si algo no era Jen, era una de esas personas que hablaban de sus sentimientos. O que se abrían para decirte cosas bonitas. Creo que por eso me quedé tan sorprendido.

—Jen... —empecé, perplejo.

—No —me tapó la boca con un dedo—. Ahora no... s-solo... ahora mismo te necesito.

Sonreí un poco al asentir con la cabeza. Ella se limpió el resto de lágrimas con el dorso de la mano y me volvió a rodear con los brazos y las piernas. Dejé que me abrazara durante casi cinco minutos antes de que ella volviera a girarse y me besara con una intensidad que me dejó sorprendido.

Esta vez, no se puso a llorar.

Al despertarme, me acomodé un poco mejor en la almohada y volví a cerrar los ojos. No tenía ganas de despertarme. Estiré el brazo inconscientemente hacia mi lado, pero no encontré nada.

Parpadeé, bostezando, y vi que el lado de Jen estaba vacío.

Seguro que había salido a dar brincos por el parque.

Volví a tumbarme y me froté la cara con las manos, todavía medio dormido. Seguía sintiendo que algo estaba mal con ella, así que tenía que hacer algo para mejorarlo. A lo mejor si íbamos al cine... bueno, no, eso me gustaba a mí. ¿Y si la acompañaba alguna mañana a dar brincos? No. Me daría un infarto. Mejor no. Podía volver a hacerle tortitas, ¿no? Aunque me entraran ganas de ahogarme contra la almohada cada vez que pensaba en cocinar.

Fue entonces cuando me di cuenta de un pequeño detalle.

El armario estaba entreabierto.

Fue una tontería, pero sabía perfectamente que Jen tenía una obsesión insana con tenerlo siempre cerrado.

A lo mejor se había despistado, pero realmente tenía que estar muy despistada para dejárselo abierto. ¿Qué demonios le pasaba esos días?

Me quité la sábana de encima y alcancé mi ropa. Hora de ir a consultar a Will y Sue. Mientras me terminaba de vestir, vi que había una nota doblada con mi nombre sobre la mesa. Sonreí de lado.

¿Una notita de amor? No sabía que le fuera lo cursi, pero por mí no había problema, te lo aseguro.

La alcancé con una sonrisita y la abrí.

La sonrisa desapareció casi al instante en que leí la primera frase.

Lo siento, Jack, tengo que volver a casa. Ahora mismo no puedo explicártelo, pero ya lo entenderás... aunque no te culparía si no lo hicieras. He dejado tus cosas dentro del armario y el dinero de Chris encima de la cómoda. Dáselo cuando puedas, por favor. Y hay algo de sobra. No es mucho, pero quédatelo. Como agradecimiento. Ya sé que no vas a quererlo, pero... solo quédatelo.

Durante unos instantes, solo fui capaz de mirar fijamente esa nota, como si no tuviera sentido. Y no lo tenía.

¿Qué era? ¿Una broma de mal gusto?

La dejé en la cama y capté por el rabillo del ojo un sobre con dinero en la cómoda.

El corazón ya empezó a temblarme cuando abrí el armario y vi que estaba completamente vacío... excepto por mi sudadera de Pumba, la de Pulp Fiction... todo lo que le había regalado estaba ahí.

Y ella no.

Creo que todavía no era consciente de qué estaba pasando cuando volví a leer la nota como si fuera a decirme algo que no me hubiera dicho ya. Ni siquiera tenía una despedida.

No tenía... nada.

Abrí la puerta del pasillo antes de ser consciente de que lo hacía y llegué al salón, todavía perdido.

Sue, Mike y Will habían estado hablando en voz baja hasta que yo llegué. Mis ojos fueron directos a Will, que apartó la mirada. Mike y Sue fingieron que no me veían, cabizbajos.

—¿Dónde está? —le pregunté directamente a Will.

Él dudó un momento.

—No lo sé, Ross, no...

—¿Dónde está? —repetí, enfadado.

Will suspiró y se pasó una mano por la cara.

—En la reside... ¡Ross, espera!

Tarde. Ya había salido de casa.

Sinceramente, no sé ni cómo conduje, porque no sabía ni qué demonios hacía. De repente, me encontré a mí mismo entrando en la residencia. Chris se interpuso en mi camino, mirándome con confusión.

—¿Ha pasado algo? Jenna vino anoche muy triste y... —se calló cuando pasé por su lado sin responder—. ¡Oye, todavía no estamos en horario de visi...!

Creo que la mirada que le eché por encima del hombro le dejó bastante claro lo que me importaba su horario de mierda.

Subí a su pasillo y me detuve delante de la puerta de su habitación. Ni siquiera estaba seguro de lo que sentía cuando golpeé la puerta unas cuantas veces.

—¡Jen, abre la puerta!

Había oído murmullos en el interior, pero se callaron al instante. Cerré los ojos. Tenía la respiración acelerada y ni siquiera sabía por qué. Apoyé la frente en la puerta.

No podía ser. Esto era una broma. Tenía que serlo.

Volví a golpear la puerta.

Ya estaba a punto de ser menos diplomático cuando la puerta por fin se abrió. Me aparté con la respiración en la garganta, y no sé si me sentí mejor o peor cuando vi a Naya con cara de precaución.

—Ella no...

Oh, no. Si había algún momento en que me importara escuchar excusas sobre no querer verme, te aseguro que no era ese.

—Naya, quítate ahora mismo.

Ella dudó por un breve momento antes de apartarse y dejarme el paso. Entré precipitadamente en la habitación.

Creo que fue justo cuando la vi cuando me di cuenta de que no, no era una maldita broma. Por mucho que quisiera creerlo, no lo era.

Jen tenía un aspecto terrible. Como si no hubiera dormido en años. Y tenía los ojos hinchados. No entendía nada. ¿Había llorado? ¿Se iba? ¿Qué...?

Naya dijo algo, pero ya era como si estuviera en otra galaxia. Bajé la mirada hacia la maleta de Jen. Sus cosas no estaban tampoco en esa habitación. El armario también estaba abierto y vacío.

En cuanto escuché que la puerta se cerraba, me giré hacia ella.

—¿Qué...? —empecé—. No... no entiendo nada, ¿qué? ¿Te vas?

Jen no me sonrió. Ni me entrecerró los ojos, divertida. Ni siquiera me enarcó una ceja para indicarme que estaba haciendo algo mal.

No hizo... nada.

—Sí —dijo, sin más.

Tardé unos segundos en poder responder. Era como si mi cerebro no quisiera asumir lo que estaba pasando. Y yo tampoco quería hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—Quiero irme.

¿Cómo podía decirlo tan segura? ¿Cómo podía no... dudarlo?

—Anoche... yo... —había intentado consolarla. ¿No lo había hecho bien? ¿Era eso? ¿Tendría que haberme limitado a abrazarla?—. Joder, ¿no estaba todo bien?

No respondió. Solo me siguió mirando con esa expresión vacía que nunca había visto en ella.

No. Esto no estaba pasando.

Me pasé una mano por el pelo solo por hacer algo. De pronto, no sabía ni qué pensar.

—No puedes irte —no así. Teníamos que encontrar una solución—. No sé que ha pasado, pero no puedes irte.

Me acerqué a ella y noté que mi pecho se llenaba de alivio cuando no se apartó.

—Quiero irme —repitió, sin embargo.

No. Estaba mintiendo, lo sabía. La conocía.

Le sujeté la cara con las manos. Todavía tenía las mejillas húmedas. Le revisé cada centímetro de la expresión. Cada puto centímetro... en busca de esa mentira que tenía que estar diciéndome.

Y no encontré nada.

No, no, no...

—Jen, yo... —no sabía ni por dónde empezar—. ¿Por... por qué?

Por primera vez, pareció que su expresión se suavizaba. Pero no por amor. Sino por compasión.

—Solo quiero irme a casa, Jack.

—No lo entiendo, ¿qué ha pasado? Anoche todo estaba bien.

—Jack... —empezó, pero no quería oírlo.

—¿Qué he hecho mal? Sea lo que sea, te lo compensaré, te lo juro, yo...

—No es por nada que hayas hecho —le temblaba la voz.

—¿Y qué es? ¿Qué pasa? ¿Por qué quieres irte?

Cuando no respondió, sentí que mi desesperación empezaba alcanzar niveles que ni siquiera conocía.

—Solo dímelo, por favor. Solo...

—No quiero seguir contigo.

Me quedé en silencio de golpe.

Sentí que le soltaba la cara y me apartaba, pero ni siquiera fui consciente de

ello. Solo de su mirada inexpresiva clavada en mí.

—¿Qué? —pregunté en voz baja.

—No puedo seguir con esto —insistió—. No puedo seguir... con nada de esto. No puedo ir a vivir contigo, Jack. No... no quiero. Quiero ir a casa.

—¡Ya estás en casa!

—¡No lo estoy! Este no es mi hogar, es el tuyo.

—Jen...

—No formo parte de esto, Jack.

—Formas parte de mí.

No podía ser capaz de irse así, sin más. No después de todo lo que habíamos pasado. No después de... de todo. De estos tres meses. Era imposible que yo me hubiera enamorado hasta ese punto y ella ni siquiera parpadeara antes de irse.

—Tengo que irme —insistió en voz baja.

—No, no tienes por qué hacerlo. Quédate... quédate en el piso un tiempo más. Dormiré en el sofá, no me importa. Piénsalo... déjame compensarte y...

—No. Tenía un trato con mi madre, ya te lo dije. Si en diciembre quería volver a casa.

—Ya ha pasado diciembre.

—Por eso. Ya ha pasado. Todo que sucedió antes de diciembre... es pasado.

Lo dijo con una simpleza y una honestidad... como si no lo importara.

Y ya ni siquiera fui capaz de medir lo que decía.

—No me dejes.

Ya no me importaba suplicar. No lo había hecho nunca. Ni una sola vez. Nunca me había arrastrado por nada.

Casi me reí de la ironía que era esa. Durante años, me había reído de cualquiera que pudiera hacer eso. De Will por disculparse con Naya por tonterías, por ejemplo. Me había reído de él tantas veces que ni siquiera recordaba el número, y él me había dicho en broma, en todas y cada una de esas veces, que algún día sería él quien se riera cuando yo me arrastrara por una chica.

Y ahí estaba, suplicándole a la chica que quería que no me dejara. Abriéndole

mi corazón.

Y ella no se quedaría. Ya lo sabía. Lo había sabido desde que había entrado.

Pero era incapaz de aceptarlo.

—No me dejes. Te quiero, Jen. He estado seguro de muy pocas cosas en mi vida, pero esta es una de ellas —cuando apartó la mirada, la obligué a mirarme de nuevo—. Quédate conmigo. Aunque sea viviendo aquí, en la residencia. Vendré a verte cada día si hace falta. Te compensaré por lo que sea que haya pasado.

Solo no me dejes. No así.

—Jack...

—¿Es por algo que dije? ¿Te... te he hecho algo sin darme cuenta?

—No es eso, Jack.

—¿Y qué es? ¿Qué ha pasado?

—¡Nada!

—¡Eso no es verdad!

—¡Sí lo es! ¡Solo quiero irme!

—¡No es cierto, hay algo más, algo...!

—He vuelto con Monty.

Y ahí estaba. Justo lo que necesitaba para terminar de perder la esperanza de que fuera a quedarse conmigo.

Intenté negarme a mí mismo la posibilidad de creerla. Lo intenté de verdad.

—No —empecé, apartándome.

Su expresión era decidida, indiferente a lo que yo estaba sintiendo.

—Era mi novio antes de llegar aquí. Y... me he dado cuenta de que... lo echo de menos. Por eso... tengo que volver.

—No —repetí como un idiota.

—Lo siento, Jack.

No quería que lo sintiera. Quería que me dijera que era mentira y que volvía conmigo a casa. Y olvidarnos de todo esto. No quería su puta disculpa. La quería a ella, conmigo.

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta.

—Pero... no... me dijiste... pensé...

—Nunca te he dicho que te quisiera.

Silencio.

Casi al instante en que lo dijo, su móvil sonó. Yo me había quedado helado en mi lugar.

—Tengo que irme —insistió ella, mirándome—. Yo... lo siento.

No dije nada. No había nada más que decir, ¿no?

Ella pasó por mi lado sin siquiera mirarme.

Sentí que, por primera vez en mi vida, había abierto mi corazón a alguien. A ella. Y ella acababa de pisotearlo sin siquiera dudarlo.

Cerré los ojos. No, no iba a llorar. Estaba enfadado, triste y perdido a la vez. Conocía esa sensación. La había vivido mil veces en casa de mis padres. Si no había llorado entonces, no iba a llorar ahora, y menos por alguien que acababa de decirme, mirándome a los ojos, que nunca me había querido... cuando yo había estado enamorado de ella desde el primer día.

No sé qué me impulsó a hacerlo, pero de pronto me di la vuelta y la sujeté de la muñeca. Jen me miró como si quisiera irse, pero no me importó.

—¿Estás enamorada de él? —musité.

Ella asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Lo has estado todo el tiempo? —pregunté en voz baja, con la voz rota.

Jen cerró los ojos un momento antes de mirarme y volver a asentir.

—Siempre.

Le solté la muñeca al instante y me di la vuelta.

No quería verla. No ahora. No cuando acababa de... de...

Cerré los ojos cuando escuché que se marchaba por el pasillo y las conversaciones con mi padre vinieron a mi mente. Él siempre me había dicho que esto pasaría. Que me dejaría, como todas las otras. Siempre lo había visto. ¿Por qué yo no? ¿En qué momento me había abierto tanto con ella? ¿En qué momento había permitido que se metiera tanto en mi vida como para destrozármela al marcharse?

¿En qué maldito momento mi felicidad había dependido tanto de otra persona? ¿Cómo coño lo había permitido?

Miré la puerta y me di cuenta de lo que significaba que Jen se marchara; volver a mi antiguo estilo de vida. Debería alegrarme. Pero no lo hacía.

No quería nada de eso. La quería a ella. Estaba enamorado de ella.

Y ella nunca lo había estado de mí.

Por primera vez en mi vida, mi padre tendría razón al reírse de mí. Me lo merecía. Realmente me lo merecía.

Me encontré a mí mismo recorriendo el pasillo como quien vaga sin rumbo fijo. Bajé las escaleras y vi que Chris me miraba desde el mostrador como si quisiera saber qué decirme para hacerme sentir mejor. No encontraría nada. No había nada.

Will, Sue y Naya me miraron cuando salí con ellos, pero mi mirada fue directamente a Jen, en el coche de su hermana. Ella me la devolvió. Y realmente pareció que sentía tener que irse. Que quería quedarse.

Pero ¿cómo podía creérmelo después de todo lo que acababa de decirme?

Ni siquiera sabía por qué seguía queriendo que se quedara. Pero lo necesitaba.

Y ella no lo hizo. No se quedó.

Se giró hacia delante, dijo algo en voz baja y el coche de su hermana empezó a avanzar hasta perderse en la carretera.

Se había ido.

Capítulo 10

Todavía me resultaba difícil asimilarlo.

Realmente se había ido. Jen se había ido.

Ni siquiera le había importado lo que dejaba aquí o lo que podía sentir al respecto. Solo... se había ido.

Ya habían pasado dos semanas y seguía sin responder a mis llamadas o a mis mensajes. Ni siquiera estaba muy seguro de por qué seguía insistiendo. Estaba claro que no iba a responder.

Y tampoco tenía claro que quisiera que me respondiera. Cada vez que la llamaba, mi mayor temor era que respondiera una Jen que no podía reconocer diciéndome que me olvidara de una vez de ella.

Miré mi móvil. Estaba sobre la cama. Seguía sin iluminarse la pantalla por un mensaje suyo.

No lo haría, ¿verdad? Por mucho que lo intentara, no lo haría.

Me pasé las manos por la cara. Esto era insoportable. Lo único que quería era una explicación. Un motivo. Algo que no hiciera que me preguntara una y otra vez qué coño había pasado para que quisiera irse de esa forma con otro.

No levanté la cabeza cuando la puerta de nuestra habitación se abrió. Escuché los pasos de Will acercándose a mí después de cerrarla de nuevo. Se detuvo a mi lado y se sentó en la cama, suspirando.

—Ross...

—Déjame en paz —murmuré, quitándome las manos de la cara—. Ya sé lo que quieres decir.

—Lo dudo. No lo sé ni yo.

Me dedicó media sonrisa, pero la borró en cuanto vio mi expresión.

—¿Sigue sin responder?

Esta vez casi me reí yo, pero no me apetecía reír. No me apetecía nada.

—¿Tú qué crees? —aparté la mirada—. Esto es una mierda.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Naya nunca se ha ido sin darte explicaciones, sin siquiera decirte qué ha pasado para poder olvidarse de ti tan... tan fácilmente...

Me detuve cuando me di cuenta de que estaba empezando a perder el control de la situación. Respiré hondo y Will me observó sin decir nada.

—Si solo supiera... al menos... —negué con la cabeza, con un nudo en la garganta—. Ni siquiera quiso decirme... ¿qué he hecho tan malo como para que alguien como el otro fuera mejor que yo?

—No es cuestión de que el otro fuera mejor —me aseguró Will en voz baja.

—¿Y tú qué sabes? Me dijo que había estado enamorada de él todo este tiempo. Todo. Este. Tiempo. ¿De verdad he estado tan ciego?

Will no me miró ni dijo nada. Tampoco necesitaba que lo hiciera. Ya sabía que había sido un imbécil sin necesidad de que lo confirmara.

—No me puedo creer que esto me haya pasado a mí —murmuré, con el nudo en la garganta aumentando—. Todos estos años riéndome de las películas en las que le rompían el corazón a alguien, pensando en cómo se puede ser tan idiota como para abrirse de esa forma a alguien que no te quiere... y ahora me lo han hecho a mí.

—Jenna sí te quería, Ross.

—¿Que me quería? —me puse de pie bruscamente—. No. No lo hacía. Ella misma lo dijo. *Nunca he dicho que te quisiera*. Y tenía razón. Nunca lo hizo. ¿Cuántas veces crees que se lo ha dicho al otro?

—Ross...

—Mi padre tenía razón —murmuré, mirando el armario jodidamente vacío y abierto—. Él me lo dijo mil veces. Dijo que algún día me dejaría. Es un manipulador de mierda, pero al menos se dio cuenta antes que todos los demás e intentó avisarme. Y no le hice caso.

Hice una pausa y aparté la mirada del armario, negando con la cabeza.

—¿Y de qué me sirve seguir llamándola? No servirá de nada. No quiere saber nada de mí. Soy un imbécil.

—Ross, no...

—Solo quiero saber qué hice mal —soné tan patético que incluso yo me di lástima a mí mismo—. Solo quiero saber eso.

Will por fin me miró. Pareció pensar en algo durante casi un minuto entero hasta que, finalmente, suspiró.

—Ross... tengo que contarte una cosa que...

—A la mierda —mascullé, cerrando el armario de un golpe—. No me importa. No sé por qué sigo arrastrándome por... por... no seguiré haciéndolo. Estoy harto. De esto. De ella. Y de todo.

Will me miró mientras iba directo a agacharme junto a la cama y sacar la maleta que había debajo. Noté que se detenía a mi lado cuando empecé a abrir cajones de la cómoda y a llenarla bruscamente.

—¿Qué haces?

—Me voy de aquí.

—¿Te vas...? ¿Dónde?

—A Francia. A esa jodida escuela. ¿Para qué quiero quedarme? ¿Para esperar a alguien que no me quiere?

Will no dijo nada por unos segundos, sorprendido.

—¿Quieres que te ayud...?

—No.

—Puedo pedirle a Naya que te eche una mano. Es experta en llenar maletas sin que...

—He dicho que no, Will.

Él suspiró y me dejó solo de nuevo. Yo seguí metiendo la ropa bruscamente en la maleta. No podía seguir ahí. No donde todo me recordaba a ella. Necesitaba irme a cualquier sitio que no...

Mi mano se quedó congelada a punto de agarrar la sudadera de Pumba.

Me quedé mirándola un momento y casi pude escuchar los añicos de mi propio corazón cuando recordé a Jen vestida con ella. A Jen paseándose por el piso con una sonrisita. A Jen ayudando a Will en la cocina. A Jen conmigo, mirando películas y...

No. No podía pensar en ella. No así.

Ella no me quería. No se merecía que me acordara de ella. No se merecía que me acordara de esa forma. Lo que se merecía que recordara era su mirada decidida cuando me había dicho, a la cara... que no me quería.

Agarré la sudadera y la dejé en la cama. Estaría mucho mejor en la basura. O en cualquier otra parte que no fuera un lugar donde yo pudiera verla.

Hice lo mismo con todo lo que encontré que me recordara a ella. Y quizá habría sido capaz de superar ese pequeño obstáculo de no haber encontrado, entre mis camisetas, la foto que me había hecho con ella en la feria de su pueblo.

Cuando había ido a conocer a sus padres. Cuando le había pedido que viniera a vivir con nosotros. Conmigo. ¿Ya sabía que no me quería por aquel entonces? ¿Por eso no me había dicho que sí? ¿Por eso siempre pareció poner un escudo entre nosotros?

De pronto, todos los recuerdos buenos con ella estaban cubiertos por un manto negro que no me dejaba recordarlos y ser feliz. Cada vez que recordaba una sonrisa, un beso, una mirada divertida... cualquier cosa... me preguntaba hasta qué punto había sido sincera. Hasta qué punto le había gustado estar conmigo.

No pude mirar la foto. No podía verla. Estuve a punto de arrugarla en un puño, pero fui incapaz. Igual que también fui incapaz de volver a mirar esas estúpidas sudaderas y plantearme tirarlas a la basura. No podía hacerlo. No podía.

Miré mi mesita de noche y, tras dudarle unos segundos, abrí el primer cajón y lo metí todo ahí antes de cerrarlo con fuerza.

Jen se quedaba ahí. Y todos mis recuerdos de ella, también.

Pero yo... yo no podía hacerlo.

La residencia en Francia era tan pretenciosa como cara. La gente vestía solo ropa de marca, los muebles eran de lujo y absolutamente todo lo que me rodeaba tenía un valor por encima de los cien euros. Era difícil de creer que realmente estuviera viviendo ahí.

Durante los primeros días, no me había relacionado demasiado con nadie. Mi habitación era individual, así que por las noches podía meterme en la cama a ver películas, pero la verdad es que no me apetecía hacerlo. No me apetecía nada. Ni siquiera atender en clase o intentar hablar con mis compañeros. Era como si viviera en una burbuja extraña que yo mismo había creado y no podía destruir.

De hecho, ni siquiera hablé con alguien hasta que, a la semana de estar ahí, me invitaron a una fiesta. El que me había invitado era el hijo de un amigo de mi padre, así que supuse que lo hacía por compromiso. Acepté de todas formas. Y eso que sabía que lo que más me convenía no era, precisamente, una fiesta.

Incluso la fiesta era pretenciosa. Todo el mundo iba perfectamente arreglado y acicalado. Yo no lo estaba, pero a nadie pareció importarle. Ignoré a todo el mundo y todo el mundo me ignoró a mí.

Me quedé de pie junto a la mesa de bebidas. Todas eran botellas de calidad. Y estuve a punto de agarrar una, pero me contuve. No era el mejor momento para beber.

Y, justo cuando lo hacía, noté que alguien se acercaba a mí.

—¿No vas a beber?

Me giré sin mucho interés hacia una rubia que no conocía de nada. Ni siquiera le presté atención antes de sacudir la cabeza.

—No tengo sed.

—Oh, vamos —se rio—, en las fiestas no se bebe por tener sed. Y es gratis. Aprovechate, es lo que hago yo.

Ella se acercó a la mesa y llenó uno de los vasos con una gracia sorprendente. La miré mejor. Era una chica preciosa. Rubia, alta, con curvas perfectas y la tez dorada. Casi parecía sacada de una revista de lujo.

Pero... no era Jen.

Por preciosa que fuera... no era Jen. Y no podía verla de *esa* forma si no era ella.

Me ofreció el vaso con una sonrisa y yo lo miré unos segundos antes de agarrarlo por fin. El primer trago me supo a gloria. El segundo, a calma. El ardor en la garganta casi hizo que me olvidara de mis problemas. Casi.

La chica rubia se quedó a mi lado, mirándome con esa media sonrisa que había mantenido hasta el momento.

—Me llamo Vivian, ¿y tú?

—Ross.

—Oh, eres el hijo del pianista, ¿eh?

—¿Todo el mundo me conoce o qué?

Ella soltó una risita mientras yo daba otro trago al vaso. Ya lo había terminado. Me giré para llenarlo de nuevo mientras ella se apoyaba en la mesa con la cadera.

—Algo así. Tus padres son bastante famosos.

—Como casi todos los de por aquí.

—Mis padres no lo son.

La miré con curiosidad.

—¿No?

—No —me aseguró, riendo—. Mi padre trabaja en una oficina y mi madre limpia habitaciones de hotel.

—¿Y han podido permitirse... esto? —señalé a mi alrededor.

Ella sonrió de nuevo, divertida. Era preciosa. Y estaba intentando acercarse a mí. ¿Por qué no podía centrarme en eso? ¿Por qué era tan consciente de que no era... ella?

—No, claro que no —me dijo—. Conseguí una beca. Soy actriz, ¿sabes? Bueno, al menos lo intento. Aquí no solo vienen directores.

—Intentos de directores —corregí.

—Exacto —sonrió.

Le devolví la sonrisa sin saber muy bien por qué lo hacía.

Y a partir de ahí Vivian se convirtió en la única persona con la que hablé... durante meses.

Ni siquiera llamaba a Will, o a mamá, o incluso a mi abuela. A nadie. Solo hablaba con Vivian. Y lo hacía durante horas. Venía a menudo a mi habitación y podíamos hablar una y otra vez de todas las películas que nos gustaban. Y de los actores. Y de todos y cada uno de los aspectos técnicos de cada escena. Le fascinaban las mismas cosas que a mí. Era la primera vez en mi vida que conocía a alguien así.

Durante una semana, incluso llegué a olvidarme algunas veces de Jen.

Vivian, al menos, conseguía hacerme reír. Y me escuchaba. Y se preocupaba por mí. Siempre me preguntaba por qué parecía tan triste y era incapaz de contárselo.

De hecho, no se lo conté hasta la fiesta a la que fuimos una semana después de conocernos. Me esperó en la zona de los sofás cuando me senté a su lado con nuestras dos bebidas. Ella dio un sorbito a la suya, mirando a su alrededor.

Y, no sé por qué, fue en ese momento cuando quise contárselo.

—Viv —murmuré—, hay algo que... mhm...

—¿Vas a contármelo por fin? —se entusiasmó, mirándome.

—¿Cómo sabes qué es?

—Vamos, Ross. Eres como un alma en pena. Estás como... triste todo el tiempo. ¿Vas a contarme por qué?

Suspiré.

—No es una historia bonita.

—¿Y qué? Me encantan las historias.

Aparté la mirada y me terminé la copa de un trago. Iba a necesitarlo para hablarle de Jen.

—Estuve con una chica... durante un tiempo.

Ella asintió con la cabeza, escuchándome atentamente.

—Ella... mhm... yo creía que me quería. Yo a ella la quería, ¿sabes? Más de lo que he querido a nadie en toda mi vida.

Hice una pausa, tragando saliva. Nunca creí que fuera a ser tan complicado hablar de alguien y, sin embargo, lo era.

—Pero... un día se fue. Sin avisar, sin... sin más. Me dijo que había estado enamorada de su exnovio durante toda nuestra relación. Y... se fue. Me dejó.

No sé qué esperaba, la verdad. Sentía que Vivian podía aportar algo más a esa historia que unas palabras de consuelo inútil, que era lo que había recibido hasta ahora.

Y no me equivoqué. Ella no me puso cara de lástima o me dio una palmadita en la espalda. Solo asintió un poco con la cabeza, como si lo entendiera.

—Ya veo —murmuró.

Enarqué una ceja, intrigado.

—¿Eso es todo lo que dirás al respecto?

—No sé. Es que no quiero faltarle al respeto a la chica a la que quieres. Y es lo que me apetece hacer después de esta bonita historia.

Aparté la mirada, pero se la devolví cuando me puso una mano en la rodilla.

—¿Sabes cuál es la mejor forma de olvidarte de alguien?

Ver tanto entusiasmo en ella me hizo sonreír un poco.

—¿Cuál?

Ella llevó su vaso a mis labios y empecé a reírme cuando me derramó parte de su contenido en la camiseta al intentar ayudarme a beber. Cuando dejó el

vaso vacío a un lado, miré mi mancha, divertido. Ella se puso de pie y me sujetó de la mano.

—Venga, vamos a bailar —movió las caderas—, y a olvidarnos de toooooo
aquel que no esté aquí esta noche, ¿qué te parece?

—Me parece perfecto —le aseguré.

Dejé que tirara de mí hacia la gente que bailaba y sonreí cuando empezó a bailar hasta que me animé y yo también lo hice.

Esa noche me emborraché por primera vez en lo que parecía una eternidad.

Ni siquiera me acordaba del todo de lo que había pasado. Tenía lagunas. Pero recordaba beber con Viv. Y bailar con ella. Y reír. Reír mucho. Y también recordaba haber jugado a algún juego de beber estúpido y a Vivian aplaudiendo cuando me tocó besar a una chica. Ni siquiera recordaba la cara de la chica.

Solo sabía que no era Jen.

Esa chica que se acercaba para besarme... nunca volvería a ser Jen.

Seguí llamándola una y otra vez durante los días siguientes sin obtener ningún resultado. No sabía por qué lo hacía. Sabía que no iba a responderme. Incluso Vivian lo sabía, aunque no me lo decía para no hacerme daño.

Cuando hizo un mes que no la veía... decidí que se había acabado.

Una última llamada. Si no respondía, dejaría de intentarlo.

Y... no lo hizo. No respondió.

Cuando sonó el último pitido sin respuesta, dejé caer el móvil sobre la cama y me quedé mirando la ventana un momento antes de recogerlo otra vez y, sin pensarlo, borrar su número. Era una adiós. Esta vez de verdad.

Esa noche, volví a emborracharme con Vivian.

Y a la siguiente. Y a la siguiente...

Honestamente, perdí la cuenta de la cantidad de veces que me emborraché durante esos meses. Solo sé que solo quería ver a Vivian. Era la única compañía que podía soportar. Era la única que me entendía.

Ni siquiera preguntó por Jen durante esos meses. Solo lo hizo una vez, cuando estábamos los dos en mi habitación intentando hacer un proyecto para la clase de guión. Ella me lanzó la goma de borrar a la cabeza para llamar mi atención y le puse mala cara.

—¡Tengo una idea! —exclamó alegremente, saltando de la cama para

acercarse al sofá conmigo—. Una idea genial.

—¿Y cuál es esa idea tan genial? ¿Copiar el guión de Star wars?

—No —empezó a reírse y me pasó un brazo por encima de los hombros—. ¿Qué nos dijeron en nuestra última clase?

—No sé. Me dormí.

—No te dormiste. Vamos, Ross, ¿qué dijo el profesor cuando nos presentó el proyecto de crear un guión?

Lo pensé un momento, mirándola.

—Que... las mejores historias nacen de nuestras propias experiencias.

—¡Exacto! ¿Sabes qué suele decir mi padre? *Rómpele el corazón a un músico y serás su mejor canción*.

—Yo no soy músico, Viv.

—Ya lo sé —puso una mueca—. Ya podrías ser un guitarrista tatuado y rarito. Eso me gusta.

—¿Puedes centrarte?

—¡Vamos, Ross! No eres músico, pero eres director. Esa chica te rompió el corazón. ¿Se te ocurre algo mejor que usar eso para escribir el mejor guión de tu vida?

No me pareció una gran idea, pero a ella sí, así que no me negué directamente. Solo sacudí la cabeza.

—No me apetece recordarla, Viv.

—Ya lo sé, cariño. Pero piénsalo. Podría ser una buena idea. Yo te ayudaría.

Sonreí de lado.

—¿*Cariño*? ¿En serio?

—¿Prefieres que te llame por tu nombre? —sugirió, divertida—. ¿Jack?

Casi al instante en que pronunció esa última palabra, sentí que algo se rompía en mi interior.

—No —dije en voz baja—. No... no me llames así.

—Pues cariño —me dio un beso en la mejilla—. Vamos a escribir el guión que te hará famoso, venga.

Sonreí al ver su entusiasmo y, al final, suspiré.

—Muy bien. Vamos a escribir ese guión.

No sé cuántas horas pasamos encerrados en mi habitación hablando y escribiendo mi historia con Jen. Cada vez que le contaba una parte de ella, Vivian la escribía rápidamente y la moldeaba para que quedara mejor. Luego, yo lo moldeaba para que Jen quedara exactamente cómo había sido toda nuestra relación; una farsa.

No sé en qué momento decidí verter todo mi rencor en ese guión, pero lo hice. No pude evitarlo. Cada palabra, cada frase, cada diálogo... destilaba rencor. Rencor por haberme roto el corazón de esa forma. Incluso llegué a pensar que me había pasado, pero cambié de opinión cuando ambos le presentamos el proyecto al profesor y él asintió con la cabeza, encantado.

—Solo falta una cosa —comentó cuando lo hubo leído.

Vivian y yo intercambiamos una mirada.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Un título —el profesor nos miró por encima de las gafas—. ¿No tenéis ninguno pensado?

Vivian se quedó en blanco al instante. Lo supe en cuanto la miré. Sin embargo, yo sentí que el título ya había sido elegido incluso antes de escribir la historia.

—Tres meses.

El profesor me miró unos segundos, pensándolo.

—*Tres meses* —murmuró, pensativo—. Sí. Está muy bien. Se la enseñaré a un amigo mío que... mhm... creo que podría gustarle. Buen trabajo, chicos.

Dos semanas más tarde, recibí la llamada que cambió todo; el amigo de mi profesor, un productor importantísimo, estaba interesado en nuestro guión.

No sé si estaba más entusiasmado yo o Viv. Ella empezó a chillar, emocionada, y a abrazarme cuando le conté que me iría de la escuela para empezar a grabar la película.

—¡Ya eres oficialmente un director! —exclamó, entusiasmada, separándose para mirarme—. ¡Sabía que lo conseguirías!

—No lo habría hecho sin ti —le aseguré, sonriendo.

—¡Claro que lo habrías hecho! ¡No digas tonterías!

—No, Viv —le sujeté la cara con ambas manos—. No lo habría hecho sin ti.

Esta película no es solo mía, es de los dos. Quiero que seas mi actriz principal.

Ella se quedó mirándome por lo que pareció una eternidad, pasmada.

—¿Yo?

—Claro —sonreí—. Eres la mejor actriz que conozco.

—P-pero... no tengo experiencia y...

—Yo tampoco la tengo. Hacemos un buen equipo.

Empecé a ver la emoción en sus ojos cuando sonrió, incrédula.

—¿De verdad quieres que sea tu actriz principal?

—Pues claro que lo quiero. Con suerte, quizá puedas hacer que tus padres dejen sus trabajos y disfruten un poco de la vida a tu costa —bromeé.

A Vivian se le llenaron los ojos de lágrimas cuando me rodeó el cuello con los brazos y me dio un abrazo que casi me dejó sin respiración.

El rodaje fue genial. Lo hicimos casi todo en Francia, y el productor me dejó hacer prácticamente todo lo que quisiera. Además, Viv y el actor principal tenían mucha química entre ellos. Era perfecto.

Y, sin embargo, una parte de mí era incapaz de ser feliz cada vez que grabábamos una escena.

Eso no era solo un guión. Era mi vida. Lo que había vivido con Jen. Y verlo reflejado de esa forma, con una versión de Jen mucho más manipuladora y mala... me preguntaba si también había sido así en la vida real y nunca me había dado cuenta.

Al menos, podía olvidarme de ella cada vez que terminábamos un día de rodaje e íbamos a emborracharnos todos juntos. Era perfecto. Había echado de menos la bebida. Y, cuando bebía, me olvidaba de casi todo lo que había hecho la noche anterior. Prefería no acordarme.

Lo único que sabía era que dormía solo. Siempre dormía solo. Era incapaz de dormir con alguien que no fuera ella. Incluso después de todo lo que había pasado... era incapaz.

Quizá todo eso habría sido más sostenible hasta el día en que el productor quiso que la escena de la residencia, la final... se grabara realmente en la residencia de Jen.

Eso solo significaba una cosa: volver.

No quería volver.

Pero... no me quedaba más remedio que hacerlo, ¿verdad?

Vivian estuvo conmigo en todo momento. Me apretó la mano, me dio besos en la mejilla y en el hombro, me acompañó a la residencia... ni siquiera quise ir a casa a saludar a Will, Sue o Naya. O a mi familia. No quería saber nada de nadie. Solo quería grabar las dichas escenas e irme de nuevo a un lugar que no me recordara a ella.

Pero no fui capaz de mantener eso de no verlos durante más de una semana. Finalmente, después de un día de rodaje, me acerqué al camerino de Viv. Ella me abrió con una bata. Se estaba quitando el maquillaje.

—Pasa, cariño.

Suspiré y entré en su camerino. Olía a ella. Me dejé caer en el sillón y me pasé una mano por la cara mientras notaba que se dejaba caer encima de mi pierna, rodeándome el cuello con un brazo.

—¿Qué pasa? —me preguntó suavemente, colocándose el cuello de la camiseta.

—Tengo que ir a saludar a mis amigos.

—Lo sé, cariño.

—Siento que no quiero volver ahí. No por ellos, sino por...

—Lo sé —me interrumpió, sujetándose el mentón con una mano—. Pero vas a tener que ir algún día. Es mejor quitarte ese peso de encima cuanto antes.

La miré de reojo mientras ella me acariciaba la cara con los dedos, sonriéndome.

¿Por qué no podía gustarme que hiciera eso? ¿Por qué no podía disfrutarlo de esa forma? ¿Por qué no podía dejar de ser consciente de que ella no era Jen?

Aparté la mirada, pero ella me pasó una mano por el pelo. Justo lo que solía hacer Jen. Cerré los ojos intentando imaginarme que Viv era ella. Que volvíamos a estar los dos en mi cama, solos, felices y juntos.

Que volvíamos al tiempo que todavía creía que me quería.

—Creo que el pelo te ha crecido demasiado —comentó Vivian de repente.

La miré, confuso.

—¿Qué?

—Ya me has oído —sonrió—. ¿Sabes qué hice la primera vez que me dejó un

chico? Agarrar unas tijeras y cortarme el pelo.

—¿Te quedó bien?

—No. Me quedó horrible. Pero me sentí genial.

Sonreí cuando se puso de pie y rebuscó entre las cosas de los de peluquería. Finalmente, sacó una maquinilla para cortar el pelo.

—¿Quieres probar? —preguntó, divertida.

—¿Para que me destroces la cabeza? No, gracias.

—Vamos, será divertido.

Y sabía que me convencería en algún momento, así que me rendí. Fui a la silla que ella había usado unos minutos antes y me dejé caer en ella, mirándome en el espejo. Viv se colocó detrás de mí y me puso una mano en el hombro.

—Te lo dejaré un poco largo —comentó.

—Confío en ti —murmuré, cerrando los ojos y acomodándome mejor.

Noté sus labios en mi mejilla cuando me dejó un beso justo al lado de la comisura de los labios.

—Y yo en ti, Ross.

Había bebido dos vasos enteros de alcohol cuando me planté delante de la puerta de casa. Los había necesitado para enfrentarme a esto.

Me pasó una mano por el pelo y se sintió raro tenerlo tan corto. Pero no estaba mal. La verdad es que mi aspecto no podía darme más igual en ese momento.

Finalmente, saqué las llaves de mi bolsillo y abrí la puerta.

Lo primero que vi fue a Sue en el sillón, leyendo un libro, y a Will y Naya besuqueándose en el sofá. Los tres se giraron en seco hacia mí y se quedaron con la misma cara de sorpresa.

No sé qué me causó más rechazo, si ver la puerta del final a la izquierda del pasillo... o ver esos besos amorosos que se daban.

—¡Ross! —Naya se incorporó de golpe, mirándome—. ¡Por fin sabemos algo de ti! ¿Se puede saber dónde has estado toda esta semana? Pensamos que vendrías en cuanto vinieras a grabar.

Miré de reojo a Sue y a Will. Ninguno parecía saber qué decir.

Y, sin saber muy bien por qué, sentí que mi rechazo empezaba a crecer contra ellos.

—Sí, se os notaba muy preocupados hace un momento.

Se quedaron los tres en silencio cuando fui a la cocina y miré a mi alrededor. No había cambiado nada. Y eso que habían pasado ocho meses.

—Intentamos llamarte —me recordó Will—. Una y otra vez.

—Lo sé —murmuré sin prestarle atención.

Me detuve en la entrada del pasillo y no fui capaz de seguir avanzando. Era como si cada paso que diera hacia esa habitación fuera a dolerme.

No podía entrar ahí. No sin ella.

—Te hemos visto en la televisión —comentó Sue—. Por la película esa que estás grabando.

No respondí. Me di la vuelta y miré el sofá vacío. El que solía usar con Jen.

Joder, por esto no quería ir ahí. Porque todo me recordaba a ella. Y a que nunca volvería porque estaba ocupada enamorándose de otro chico. Apreté los labios.

—Tu hermano ha estado viniendo —me dijo Naya, intentando romper el silencio—. Dijo que tu madre y él tampoco sabían nada de ti y que...

—¿Ha llamado? —la interrumpí.

Naya y Will intercambiaron una mirada confusa.

—¿Quién? —preguntó Will.

—Sabes quién. ¿Ha llamado?

No necesité que respondiera para saber que no lo había hecho. Claro que no. ¿Por qué seguía insistiendo con esa chica? Estaba claro que todos le importábamos una mierda.

—¿Te ayudo a deshacer la maleta? —me ofreció Naya felizmente.

Miré mi maleta y me giré hacia el pasillo.

No, no podía.

Simplemente no podía.

—No laves mis cosas a esa habitación —le dije en voz baja.

Naya abrió la boca, sorprendida, pero pareció todavía más sorprendida cuando pasé por su lado y fui a la puerta principal.

—¿Dónde vas, Ross?

—Tengo cosas que hacer.

No esperé una respuesta. Necesitaba salir de ahí.

Al menos, la película fue un éxito.

No sé en qué momento exacto estalló, pero de pronto todo el mundo la conocía. Todo el mundo quería saber más de mí y de los actores principales, cada maldito productor del país me preguntaba si estaba interesado en hacer otra...

Era mi sueño, cumplido.

Entonces, ¿por qué me sentía tan vacío?

Había elegido el día del cumpleaños de Jen para estrenarla en mi ciudad. Ni siquiera estaba seguro de por qué. Al final habíamos decidido estrenarla el día anterior porque coincidía con un viernes, pero no importaba.

¿Por qué no podía dejar de pensar en ella? Había pasado casi un año. Un maldito año. ¿Por qué no podía olvidarme de ella?

Joey era mi nueva manager. Me la había puesto el productor en cuanto habíamos hecho el primer estreno de la película y me había caído bien. No preguntaba mucho sobre lo que hacía o lo que no. Lo único que le preocupaba era que llegara puntual a las entrevistas. Aunque fuera borracho o medio dormido.

Y te aseguro que ese día en concreto tenía ganas de emborracharme.

Era mi cumpleaños.

Bueno, dejaría de serlo en una hora, pero eso no importaba. Lo que importaba era que había estado esperando su llamada durante todo el día. Aunque fuera solo un mensaje. Algo de ella. Y no había recibido nada. Ni siquiera por mi cumpleaños.

No sé cómo terminé yendo solo al plató donde habíamos rodado algunas de las últimas escenas. Estaba cerca de la residencia, pero no quería ir ahí. Chris preguntaría qué me pasaba y no me apetecía contárselo. Solo quería estar solo.

No sé por qué terminé en el camerino de Vivian, tampoco. Pero ahí estaba, con una botella de alcohol. No podía dejar de beber. Ni siquiera cuando

escuché pasos acercándose desde la puerta.

—Sabía que te encontraría aquí —murmuró Vivian, mirándome.

Ella iba completamente arreglada. Se suponía que teníamos que estar en una cena importante, pero no había ido. Pensé que ella sí, pero por lo visto tampoco.

Vivian se sentó a mi lado en el pequeño sofá, mirándome.

—Joey está furiosa contigo.

—Me da igual.

—¿Por qué no has ido a la cena?

Suspiré y dejé de beber por un momento. La cabeza me daba vueltas y ya apenas podía sentir la garganta. Solo me ardía todo. Negué con la cabeza.

—Es por esa chica, ¿verdad? —murmuró Vivian—. Sigues pensando en ella.

Quizá fue porque había bebido, no lo sé, pero esa fue la primera vez desde que todo ese infierno había empezado... en que sentí que ya no podía soportarlo más.

No podía seguir pretendiendo que no me importaba. Que no me dolía. Que no quería que volviera. Que no deseaba con todas mis fuerzas que, de pronto, me llamara y me dijera que quería volver conmigo.

Ya no podía más.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas cuando sacudí la cabeza.

—¿Por qué sigo enamorado de ella? —le pregunté en voz baja a Vivian, como si ella tuviera una respuesta.

Pero no la tenía. Nadie la tenía. Solo me pasó un brazo por encima del hombro, mirándome.

—Ya no puedo más, Viv. Estoy harto de esta mierda. Nunca le importé y aún así no puedo dejar de quererla, ¿por qué no puedo dejar de hacerlo?

—No lo sé —dijo en voz baja.

—Y-yo... quiero que vuelva. La sigo queriendo. ¿Cómo demonios puedo seguir queriéndola?

Las lágrimas empezaron a caerme por las mejillas. Ni siquiera recordaba la última vez que había llorado, pero en ese momento no podía evitarlo. Solo quería llorar y beber. Una y otra vez.

—Ross... —empezó ella.

—Me siento como si estuviera esperando algo que sé que nunca va a pasar.

Nunca volvería. Nunca me querría. Y yo la quería a ella. ¿Por qué era todo tan injusto?

—Si ella me quisiera... si me quisiera... volvería, ¿verdad? Ella volvería, pero...

Vivian me interrumpió girándome la cara hacia ella, muy seria.

—No, Ross. Si te quisiera, nunca se habría ido.

No supe qué decirle. Viv suspiró y apartó la botella cuando hice un ademán de volver a beber.

—Sé que ahora duele —me dijo en voz baja—, pero... algún día pasará. Y cuando lo haga, te darás cuenta de que lo único que puedes hacer con todo esto... es aprender de ello.

—No puedo aprender nada de esto, yo...

—Ross, no puedes dejar pasar toda tu vida por ser incapaz de dejarla pasar a ella.

Me quedé callado cuando Vivian me acarició las mejillas con los dedos, quitándome las lágrimas con los pulgares.

—Tú no hiciste nada malo, Ross. No cometiste ningún error.

—¿Y por qué se fue, entonces? —murmuré.

—Porque no te merecía —me aseguró en voz baja—. Algún día conocerás a una chica que te quiera como te mereces y te darás cuenta de que todo lo que has pasado hasta ahora no ha significado nada.

Noté que volvía a formarse un nudo en mi garganta.

—Nunca voy a querer a otra chica como la quiero a ella.

Viv me miró por unos segundos antes de suspirar y darse la vuelta. Rebuscó algo en su bolso y frunció un poco el ceño cuando lo escondió en un puño.

—No quería usar esto, pero... solo quiero que te sientas mejor, Ross.

Parpadeé, confuso, cuando tomó mi mano y me dejó una bolsita pequeña en la palma, acariciándome con los dedos.

—¿Q-qué...? ¿Es...?

—Sabes lo que es —me dijo en voz baja—. Va bien... para olvidar.

Dios, ¿cuándo había tomado esa mierda por última vez? Todavía iba al instituto. Fue después de la herida de la espalda. Después de haber tenido que dejar el equipo de baloncesto. Había sido insoportable. Casi tanto como lo era ahora.

Vivian me dedicó una pequeña sonrisa cuando abrí la bolsita y derramé parte de su contenido en la mesa que tenía al lado.

—Toma, cariño.

Agarré la tarjeta que me estaba ofreciendo y dividí la cocaína rápidamente en dos rayas. De repente, necesitaba meterme eso cuando antes. Necesitaba acabar con esta mierda.

Cuando lo hice, casi fue como respirar de nuevo. Vivian me miró cuando me incliné y esnifé la otra raya. Ella estaba sonriendo un poco cuando me acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Mejor?

Asentí con la cabeza y cerré los ojos. Era como una neblina cubriera mis recuerdos y fuera incapaz de pensar en ellos. Justo lo que necesitaba.

Abrí los ojos cuando noté que Vivian se movía. Se estaba tomando lo poco que quedaba en la bolsa ella misma. La miré sin verla realmente. La cabeza me daba vueltas cuando se pasó el dorso de la mano por debajo de la nariz. Sonrió un poco al verme.

—Sabía que haría que te sintieras mejor.

Era como si me hablara desde otra galaxia. Y no me importaba. Eché la cabeza hacia atrás y miré el techo. Necesitaba olvidarme de todo por un rato. Por corto que fuera. Cerré los ojos y escuché que ella ponía música antes de volver a acurrucarse conmigo.

No sé cuánto tiempo pasó. Sé que ella tenía más bolsas. No sé si tomé más de eso o solo bebí. Solo sé que la botella estaba vacía cuando empecé con la nueva. Apenas sentía mi propio cuerpo y apenas era consciente de lo que pasaba. Solo podía ver a Vivian, escuchar que se reía y me hablaba... no podía entender nada.

Ni siquiera entendí que pasaba cuando vi que se sentaba encima de mí y me sujetaba la cara para besarme en los labios.

No correspondí el beso. O no recuerdo haberlo hecho. Solo pude cerrar los ojos y sentir sus labios sobre los míos.

No era un beso dulce y tierno. No me acariciaba la nuca cuando me besaba. No era Jen.

Casi como si adivinara lo que pensaba, Vivian se separó un poco y se inclinó sobre mi oreja, hablándome en voz baja.

—Yo te quiero de verdad, Ross. No como ella. Nunca te dejaría.

No pude responder. Solo quería dormirme.

Y, en algún punto de ese beso, todo se volvió negro.

Ni siquiera supe dónde estaba cuando abrí los ojos. Solo miré a mi alrededor, confuso, y noté que alguien estaba tumbado sobre mí.

La cabeza dolía. Dolía mucho. Un tipo de dolor que sabía que solo podía solucionarse de una forma.

Miré a mi alrededor y vi dos bolsas pequeñas vacías. Había otra en la que todavía quedaba un poco de contenido. Dios, lo necesitaba. Ya.

Intenté moverme, pero volví a ser consciente de que alguien estaba sobre mí. Miré abajo y sentí que mi corazón se detenía cuando vi a Vivian. Estaba dormida, abrazada a mí y... solo con unas bragas puestas.

No, no, no...

Me aparté inconscientemente y me caí al suelo. No sé cómo, pero ella se quedó en el sofá, despertándose.

Miré abajo y me di cuenta de que yo no llevaba nada puesto.

No, mierda. No, no, no. No, por favor.

Vivian me sonrió al despertarse del todo, estirándose.

—Buenos días, cariño.

¿Buenos días? ¿Era una maldita broma?

Me puse de pie y agarré bruscamente mi ropa, que estaba en un montón junto a la suya. Noté que me miraba mientras empezaba a vestirme bruscamente.

—¿Ya te vas? —preguntó, confusa.

—¿Que si me voy? No sé ni qué hago aquí —espeté.

Ella enarcó una ceja al escuchar mi tono.

—Creo que está bastante claro, Ross.

—No, no lo está, porque no me acuerdo de nada.

—¿No te acuerdas? —sonrió—, pues anoche parecías muy consciente. Y muy contento.

—¿Qué pasó? —me acerqué a ella, furioso—. ¿Qué hicimos?

—No follamos, si es lo que preguntas —dijo, tan tranquila.

—¿Y se puede saber por qué vas así?

—¿No te gusta que vaya así?

—No, Vivian, no me gusta. Vístete de una vez.

Lancé su ropa al sofá, enfadado, y ella por fin pareció entender que no estaba bromeando.

—¿Estás... enfadado?

—¡Estoy furioso! ¿Se puede saber qué pasó?

—Y-yo... te...

Con el gesto que me hizo, ya lo tuve claro. Y casi me entraron ganas de vomitar. No por ella, sino por la situación.

No, esto no podía estar pasando. Ahora no era solo una amiga. Era mi empleada, de alguna forma. Y no podía hacer esto con ella.

O quizá mi mal humor se debía a que llevaba demasiadas horas sin consumir nada. Miré la bolsita del suelo y, antes de pensar en lo que hacía, me agaché y me la metí en el bolsillo.

—¿Te vas a ir? —preguntó Vivian, completamente desilusionada.

—Sí. Finge que esto no ha pasado.

—P-pero... yo pensé.

—Estaba colocado y borracho, Viv —espeté—. No me importa lo que pensaras. Para mí, es como si no hubiera sucedido.

Finalmente, terminé de vestirme y me marché, dejándola sola.

Capítulo 11

—Levanta, Ross. ¡Ahora!

Abrí los ojos torpemente y solté un gruñido cuando noté que alguien me sacudía el hombro y, automáticamente, me caía al suelo. Tardé unos segundos —incluso al abrir los ojos—, en darme cuenta de dónde estaba. En casa. En el sofá.

Y Will estaba de brazos cruzados, mirándome fijamente.

—¿Qué...? —empecé, con la garganta seca.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?

Dejé de frotarme la cara al instante, sorprendido.

¿Will diciendo palabrotas?

Vale, no sabía qué había hecho, pero definitivamente era algo grave.

—No me mires así —me espetó, y me lanzó algo al pecho.

Lo recogí impulsivamente y no necesité mirar abajo para darme cuenta de qué era. Una de mis bolsitas.

Mierda.

—¿Otra vez? —me espetó, y realmente estaba furioso—. ¿Cuándo empezaste otra vez, Ross? ¿En Francia?

Suspiré y negué con la cabeza. Todavía estaba sentado en el suelo como un idiota. Y me dolía la cabeza.

Bueno, ahora también me dolía el culo por haberme caído al suelo.

—No —murmuré cuando vi que no reaccionaba.

—¿Entonces? —insistió bruscamente.

—Yo... eh... hace poco.

—¿Cuándo? —repitió.

—En... en mi cumpleaños.

Hubo un momento de silencio.

La verdad es que odiaba que Will se enfadara. Era siempre tan tranquilo que enfadarlo significaba que realmente habías sobrepasado el límite.

—Eso son varios meses, Ross —me dijo en voz baja.

—¿Y qué? ¿Te hubieras puesto más contento si te lo hubiera dicho al instante?

—¡Si me lo hubieras dicho al instante, sería más fácil dejarlo!

—¿Y qué te hace pensar que quiero dejarlo?

Supé que había dicho justo lo contrario a lo que quería oír en cuanto vi su cara.

En realidad, no había visto enfadado a Will muchas veces en mi vida. Como mucho, irritado, pero enfadado... bueno, era difícil conseguirlo.

Aunque, claro, yo tenía un don para sacar de quicio a la gente.

Se acercó a mí y se puso en cuclillas, mirándome fijamente. Apreté los labios cuando me quitó la bolsita de las manos y me al enseñó.

Will tenía un verdadero don para hacerme sentir como un niño pequeño que se había metido en un problema.

—¿Te acuerdas de la última vez que tomaste esto? —me preguntó bruscamente—. Porque yo sí me acuerdo, Ross.

—No eres mi padre, Will. No te comportes como si lo fueras.

—No, soy tu amigo. Y ya va siendo hora de que alguien te diga las cosas como son.

Eso, eso.

Genial, incluso mi conciencia estaba de parte del maldito listillo de Will.

Lo aparté y me puse de pie torpemente. La cabeza me seguía dando vueltas y estaba empezando a sentir el característico dolor en la parte trasera de la cabeza que sabía que solo sentía cuando necesitaba otra de esas bolsitas.

Intenté no centrarme en ello cuando Will también se puso de pie, mirándome.

—¿Por qué te haces esto? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Es por Jenna? ¿Todavía es por ella?

—No me hables de...

—Voy a hablar de lo que quiera, y quiero hablar de Jenna.

El pequeño Willy Wonka se nos ha descontrolado.

Aparté la mirada, molesto.

—Sé que la querías —relajó el tono—. Sé que ella... también te quería... a su forma. Y sé que la echas de menos.

—Yo no la echo de menos.

—¿Y esto no es por ella?

—¿Te crees que solo puedo pensar en ella? ¿Que no tengo más preocupaciones en la vida?

—¿Y por qué es? ¿Por la película? ¿Te estás agobiando? ¿Es eso?

Debió darse cuenta de que había dado en el clavo, porque dejó de fruncir el ceño y se pasó una mano por la cara, suspirando.

—Mira, si no quieres hablar de ello... lo entiendo. Pero esto —levantó la bolsita otra vez— no es la solución, Ross.

No volví a mirarlo hasta que noté que me devolvía la bolsita, negando con la cabeza. Le puse una mueca, sorprendido.

—¿No te desharás de ella?

—¿Para qué? Podrías conseguir otra en cuanto quisieras.

—Pero...

—Mira, tienes razón, yo no puedo exigirte nada, pero... lo que estás haciendo no te aportará nada. Solo te perjudicará. Y algún día te darás cuenta y te arrepentirás de haber tirado a la basura todo el tiempo que has dedicado a esta mierda.

Se dio la vuelta y volvió al pasillo. Al cabo de unos segundos, escuché que cerraba bruscamente la puerta de su habitación.

Yo miré la bolsita unos segundos antes de metérmela en el bolsillo, frustrado.

No sabía ni qué hora era. Miré mi móvil y puse los ojos en blanco al ver más de diez llamadas perdidas de Joey y dos de Vivian. Seguramente había faltado a alguna entrevista. Me daba igual. Apenas hablaba con ninguna de las dos.

Con la primera, porque era una pesada y me ponía de los nervios. Con la segunda, porque había sido incapaz de seguir siendo su amigo después de lo que pasó entre nosotros.

Ni siquiera entablaba una conversación con ella cuando nos obligaban a interactuar en las entrevistas. Me limitaba a asentir y negar con la cabeza mientras ella trataba con ganas de acercarse a mí. Pero ya no lo quería. Ya no podía volver a ser lo mismo.

Además, ella... había cambiado desde el estreno. Cada vez se parecía menos a la Vivian que había conocido en Francia.

Por lo poco que sabía, había comprado una casa gigante a sus padres y ahora les mantenía ella, que tenía un piso moderno en el centro de la ciudad. Ahora, ya no se preocupaba por pasárselo bien imaginando guiones o viendo películas. Solo quería ir de fiesta con la gente más popular de la ciudad para emborracharse y colocarse cada día.

Y yo no podía acercarme a eso. Si quería dejar esta mierda, era lo último que necesitaba. Solo había ido a dos de sus fiestas y había sido más que suficiente como para no querer volver.

Además, ahora tenía otro problema. Uno que desearía no tener; solo me quedaba media bolsa.

Mierda, necesitaba más que eso. Apreté los dientes cuando vi que todavía era de día. No podía comprarla hasta la noche. Y no podría aguantar todo el día sin ella.

Tras dudar unos segundos, alcancé mi camiseta y me la puse otra vez junto a mi chaqueta. Solo me quedaba una alternativa.

No dejé de conducir hasta llegar a casa de mis padres. Dejé el coche fuera del garaje y saqué las llaves por el camino. Esperaba que no hubiera nadie, porque no había hablado con ninguno de los dos desde que había llegado. Solo con mi abuela, y porque me la había cruzado subiendo a casa.

Además, mi abuela era mucho mejor que esos dos.

Cerré la puerta principal a mi espalda y me asomé a la casa. Parecía vacía. Sin hacer ruido, crucé el salón y vi luz en el estudio de mamá. Vale, ella estaba en casa, pero podía evitarla. Subí las escaleras y llegué al pasillo de las habitaciones. Ni un solo ruido. Lo crucé algo nervioso y llegué por fin a la habitación de Mike.

Estaba hecha un desastre. Seguramente había estado aquí hacía muy poco tiempo. No me extrañaba, porque apenas lo había visto por casa.

Revisé su cuarto con los ojos y me acerqué directamente a su cómoda. Lo pensé un momento antes de abrir el cuarto cajón y dejar a un lado las camisetas que tenía en él. Después, metí la mano al fondo y tanteé hacia arriba en el interior de la cómoda.

Y... bingo. Ahí estaba.

Esbocé media sonrisa cuando encontré las pocas bolsas que todavía no había tirado de cuando la consumía él no hace tanto tiempo. Él ya no las necesitaría.

Me lo metí todo en el bolsillo y volví a colocarlo todo tal y como estaba. Después, cerré el cajón de nuevo.

—Nunca cambiarás, ¿verdad?

Noté que me tensaba de pies a cabeza cuando me di la vuelta y vi a mi padre de pie en la puerta, mirándome con media sonrisa condescendiente.

Oh, oh. Yo ya empezaba a estar alterado por estar tantas horas sin consumir nada y él parecía tener ganas de discutir. Era una muy mala combinación.

—¿Qué te crees que miras? —le espeté.

—A ti —se apoyó en el marco de la puerta con un hombro, ajustándose las gafas—. Así que ya has vuelto a caer, ¿eh?

No dije nada. Solo salí de la habitación, frustrado, y noté que mantenía su mirada clavada en mi nuca cuando crucé el pasillo.

—Siempre has sido el más débil de esta casa —lo escuché murmurar mientras bajaba las escaleras.

Empecé a notar la rabia líquida que solo él sabía sacarme empezando a latir por todo mi cuerpo y las ganas de darme la vuelta e ir a darle un puñetazo empezaron a ser preocupantes, pero no quise hacerlo. No lo golpearía. Yo no era así. No quería ser como él.

Solo quería irme de ahí.

Pero, claro, mi madre tuvo que salir del estudio en ese momento.

Ella estaba limpiándose las manos con un trapo tranquilamente. Seguramente había estado pintando. Levantó la cabeza distraídamente, pero abrió mucho los ojos al verme, sorprendida.

—¡Jackie! —exclamó, dejando el trapo a un lado—. Hijo, ¿qué...?

Apreté los labios cuando su sonrisa empezó a desaparecer.

Por poco apegado que estuviera a mi madre... no dejaba de ser mi madre. Y me conocía mejor que nadie. Y sabía cuál era mi expresión cuando volvía a cometer una estupidez.

Ella se acercó a mí y vi que una oleada de pánico le invadía la expresión.

—¿Qué llevas en el bolsillo?

Cuando hizo un ademán de meter la mano en mi bolsillo, me aparté instintivamente y ella empezó a negar con la cabeza.

—Jack, enséñamelo —exigió con la voz temblorosa—. Ahora mismo.

—¿Para qué? —espeté, mordaz—. Ya sabes qué hay.

Noté que se me partía el corazón cuando a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Respiré hondo y aparté la mirada.

—No empieces —murmuré.

—¿Que no empiece? —repetió, acercándose a mí—. Otra vez, no, por favor...

—¿Otra vez? —repetí, incrédulo, mirándola—. ¿Y qué sabes tú de la *otra vez*?

—Soy tu madre, Jack. Sé perfectamente qué...

—¡Mi madre! —repetí, con una risa amarga—. ¿Y dónde estaba mi madre la otra vez? ¿Eh? Porque no recuerdo que estuvieras ni un solo día conmigo, mamá.

Esta vez fue ella quien apartó la mirada.

—Yo... sabes que intenté estar contigo, Jackie.

—No, no me llames Jackie. Y no me digas que intentaste estar conmigo, porque los dos sabemos que no es verdad. Me diste por perdido y te olvidaste de mí.

—Eso no es cierto.

—¡Sí, sí lo es! ¡Si no hubiera sido por Will, ahora seguiría igual! ¡Porque ni tú, ni Mike, ni papá estabais conmigo cuando más os necesité!

—¡Intentamos dejarte tu espacio!

—¡No quería mi espacio! ¡Quería una madre!

—Jack...

—¡Igual que la quería cuando tenía diez años y ese gilipollas con el que te casaste venía cada puta noche a darme una paliza y tú nunca hacías nada! ¡Nunca!

No supe muy bien por qué sacaba eso ahora, pero de pronto me sentí como si me quitara un peso de encima. Y noté que empezaba a temblarme la voz.

Nunca le había hablado a mi madre de esos años. Ni a mi hermano. Mi abuela ni siquiera lo sabía. No lo había hablado jamás con nadie.

Pero, de pronto, sentí que necesitaba echárselo en cara a alguien. Especialmente a alguien que supuestamente me quería por aquel entonces.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no dijo nada. Ambos sabíamos que era verdad.

—¡Te pasas el día diciendo que me quieres, que estás orgullosa de mí y todas esas mierdas, pero cuando las cosas se tuercen un poco desapareces de mi vida! Solo estás conmigo en los buenos momentos, porque cuando algo me va mal solo eres capaz de apartarte y dejarme solo, ¿verdad?

—Yo no...

—¡Cuando iba al instituto sabías que tenía un problema y nunca hiciste nada por ayudarme!

—¿Y qué querías que hiciera? —dijo un paso hacia mí, apretando los labios—. Intenté que entraras en una clínica de desintoxicación, pero...

—¡No quería una puta clínica! —le grité, incapaz de entender cómo no podía comprenderlo—. ¡Quería que no permitieras que él me tratara como una mierda! ¡Quería que me defendieras!

—¡Si me hubiera metido, habría sido peor!

—¡No, lo peor fue cómo me trató! ¡Durante toda mi infancia y toda mi adolescencia me hizo creer que no valía nada y que nadie me querría nunca! ¡Y tú nunca fuiste capaz de acercarte y decirme que no era verdad! ¡Nunca!

—Jack...

—¡No, no quiero escuchar excusas de mierda!

Señalé las escaleras. Ya tenía la respiración agitada y seguía temblándome la voz, pero me daba igual.

—¿Cuántas veces me dejó inconsciente y tú no hiciste nada al respecto? ¿Cuántas?

—Jack...

—¿Sabes lo que le pasa a un niño que le repites una y otra vez que no vale nada y que nunca van a quererlo? ¡Que termina creyéndoselo! ¡Y lo sigue creyendo por el resto de su vida!

Hice una pausa, intentando controlar el temblor en mi voz. Tras unos segundos, saqué las bolsas de cocaína y se las enseñé. Ella apartó la mirada. Le caían lágrimas por las mejillas, pero no dijo nada.

—¿Qué? ¿No querías verlo?

—Jack, estás siendo muy injusto.

—¿Injusto? —repetí, casi riendo.

Me volví a meter las bolsitas en el bolsillo y fui hacia la puerta principal.

—Ya nos veremos cuando todo vuelva a estar bien, ¿no?

—Jack, no te vayas, por favor, yo...

—No te preocupes, mamá, estoy acostumbrado a no verte en mis peores momentos.

No me lo había tomado.

No sé por qué, pero no lo había hecho.

Me acomodé en la sillita de la azotea y terminé de fumar el cigarrillo. La imagen de mi madre llorando me venía a la mente una y otra vez. Y me sentía como una mierda.

—Mira a quién tenemos aquí... ¡el mejor director de la ciudad! ¿Podemos hacernos una foto? ¿O mejor me firmas una teta?

Me giré, confuso, hacia Sue. Ella me dedicó media sonrisa antes de dejarse caer en la silla vacía que tenía al lado y robarme una cerveza.

No pareció darse cuenta de que la estaba mirando fijamente hasta que pasó un minuto entero.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Qué haces aquí, Sue?

—Beber cerveza y verte la cara de amargado.

—Me refiero a aquí arriba. Nunca subes.

—Lo hago en las ocasiones especiales.

—¿Y se puede saber qué tiene esta ocasión de especial?

No respondió. Solo se cruzó de piernas y se acomodó mejor en la silla. Suspiré y miré al frente. La verdad es que no estaba de humor para hablar con nadie.

—Además —murmuró ella—, te recuerdo que lo de subir estas sillas aquí arriba fue idea mía.

Esta vez reaccioné y sonreí un poco.

—Sí. Pero ya han pasado casi tres años desde eso.

—Lo hice cuando llegué.

—Todavía me acuerdo —la miré de reojo—. Estabas menos amargada que ahora.

—Es que el motivo de mi amargura sois vosotros y todavía no sois conscientes de ello.

—Si tanto te amargáramos, ya te habrías ido.

Se encogió de hombros.

—Vine aquí porque, en todos los anuncios del tablón de la universidad, era el piso que estaba más cerca.

—Oh... ¿y no fue por mi encantadora compañía?

—Te recuerdo, querido Ross, que solo dijiste que sí porque no querías vivir con alguien que te atrajera sexualmente.

—¡No lo dije así!

—*Ah, bueno —imitó mi voz—, eres una chica, pero eres un poco rara y no eres mi tipo, así que puedes quedarte.*

—¿Ves? ¡No lo dije tan mal!

—Es horrible y lo sabes.

—¿Y qué? ¿Te pusiste a llorar por mi culpa? ¿Compusiste una canción triste en mi honor?

—No. Vas a necesitar mucho más que eso para acabar con mi autoestima.

Hizo una pausa y se giró hacia mí. Esta vez no pareció tan relajada como antes. De hecho, se puso seria.

—Anoche escuché la discusión que tuviste con Will.

No dije nada, incómodo.

La verdad es que no esperaba tener esta conversación con Sue.

—¿Has venido decirme que me estoy arruinando la vida y que debería dejar las drogas? —enarqué una ceja—. Lo siento. Llegas tarde. Ya me lo han dicho la mitad de las personas que conozco.

—¿Yo? —repetió, señalándose con un dedo—. ¿Tengo cara de ser tu mami y querer cuidarte?

Sonreí irónicamente.

—¿Y qué quieres?

—Nada. Solo quería hablar contigo. Últimamente te noto algo... tenso.

—El eufemismo del año...

—¿Es por la película?

Fue la primera persona que sentí que me lo preguntaba como si realmente fuera a importarle mi respuesta. Aparté la mirada al frente y lo pensé un momento antes de responder.

—En gran parte, sí.

—¿No te gusta cómo ha quedado?

—No. No es eso. La película está bien... supongo.

—¿Entonces?

Suspiré, pensándolo por unos segundos.

—Siempre he querido esto —murmuré—. Quería grabar una película, hacerme famoso y que la gente la viera y pudiera decirme, sinceramente, que les había gustado.

—Y lo has conseguido.

—Sí, pero...

Negué con la cabeza. Era como si tuviera las palabras en la boca y a la vez fuera incapaz de encontrarlas.

—He estado soñando en este momento durante años... y ahora siento que no es lo que esperaba.

No dije nada más, solo jugué con mis dedos, algo incómodo.

—Las cosas casi nunca son como esperamos que sean —me dijo ella suavemente.

—Ya lo sé, pero... todo esto... ¿de qué me ha servido? Tengo una película que he conseguido grabar con una productora importante, pero siento que solo me lo han pedido porque sabían que tendrían ciertas ventas aseguradas por el morbo de si es una historia real o no, no porque les gustara la idea. Solo han

comprado... las ventas aseguradas, no la historia.

Negué con la cabeza.

—Y ahora soy algo así como famoso, sí, pero... la gente que se cruza conmigo por la calle y me pide una foto no me conoce. En el fondo, no les importo una mierda. Solo quieren una foto conmigo porque soy el famoso del momento. Pero ¿cuántos de ellos son realmente mis seguidores? ¿Cuántos me apoyan por lo que hago?

—Más de los que crees.

—Además, me siento tan... vacío.

No esperé una respuesta. Solo suspiré.

—Es como si nada de esto hubiera valido la pena —murmuré—. ¿Qué tengo ahora que no tuviera antes? ¿Un poco de dinero y algunos seguidores? ¿De qué me va a servir eso cuando esté solo? ¿O cuando necesite... un abrazo? ¿De qué demonios sirve todo esto si no... si no puedes compartirlo con nadie?

Dios, eso había sonado patético. Me erguí en la silla, incómodo. Todavía notaba la mirada de Sue en mi perfil, pero no se la devolví. Ni siquiera estaba muy seguro de por qué se lo estaba contando. Probablemente ni siquiera le importaba.

—Y encima estoy pagando mi frustración con la gente que se supone que me quiere. Mi madre, Will... bueno, no se merecen que los trate como los estoy tratando.

—Eso no tienes que decírmelo a mí, Ross, sino a ellos.

—Ya lo sé, pero... no sé cómo hacerlo.

—Como quieras. Te aseguro que lo único que quieren es que estés mejor. Has estado muy perdido desde que se fue Jenna.

Al menos, cuando escuché su nombre fui capaz de no evocar ni un solo recuerdo de ella. Solo me encogí de hombros.

—Esto no va sobre ella —murmuré.

—Sí va sobre ella. No completamente, pero sí una pequeña parte. Estabas enamorado.

—No estaba enamorado, estaba obsesionado —mascullé—. Y no con ella, sino con la idea que tenía de ella, porque está claro que no era como yo creía.

Sue suspiró antes de terminarse la cerveza e inclinarse hacia mí para ponerme una mano en el hombro.

—Si alguna vez vuelves a verla y no sientes nada... sabrás que era una pequeña obsesión. Si vuelves a verla y sigues sintiendo algo... bueno, ya sabes.

—La cosa es que no volveré a verla —murmuré, esbozando media sonrisa—. Tu teoría se desmorona por momentos.

—Pues también es verdad —se puso de pie y se estiró—. Bueno, Ross, esta conversación ha sido muy interesante, pero creo que ahora deberías ir a disculparte con tu madre por lo que sea que le dijeras.

—Probablemente —murmuré.

—Pues eso —me dio una palmadita en la espalda—. Después será el turno de Will.

Escuché sus pasos hacia la escalera de incendios y me giré, extrañado, cuando escuché que se detenía. Para mi sorpresa, parecía algo incómoda.

—Si te sirve de algo... a mí me gusta muy poca gente en el mundo. Realmente poca, créeme, pero... mhm... tú siempre me has parecido un buen chico, Ross.

Estaba tan sorprendido que no fui capaz de responder hasta que ella enarcó una ceja.

—Eh... gracias. Creo.

—Además, tener un mal día no significa que tengas una mala vida. Recuérdalo, ¿eh? Que estoy harta de verte así. Tu amargura absorbe mis pocas ganas de vivir.

Vi que bajaba las escaleras de nuevo y volví a girarme hacia el frente, sonriendo un poco.

Sin embargo, la sonrisa no tardó en desaparecer cuando mi móvil empezó a vibrar. Joey otra vez. La ignoré y siguió llamando por casi veinte minutos en los que seguí ignorándola. Seguro que tenía que ir a alguna estúpida fiesta o cena. No iba a hacerlo.

Dios, me dolía mucho la cabeza. Era como si alguien estuviera martilleándola. Y sabía cuál era la solución fácil a ese maldito dolor. Estaba en mi bolsillo, pero estaba intentando no recurrir a eso.

Ya había pasado casi una hora desde que Sue se había ido cuando decidí que era mejor no ir a ver a mi madre en esas condiciones. Estaba de muy mal humor. No era el mejor momento para disculparse con alguien cuando lo único que quería era darle un puñetazo a alguien.

Bajé las escaleras y abrí la puerta de casa, malhumorado, lanzando las llaves a la barra de la cocina.

No presté mucha atención a los demás mientras me quitaba la chaqueta y la dejaba a un lado.

—¡Ross! —escuché que chillaba Naya.

Dios, normalmente no me costaba aguantar la voz aguda de Naya, pero en ese momento era como si me estuviera aporreando los tímpanos. Puse una mueca, molesto.

—¿Qué? —pregunté algo más bruscamente de lo que pretendía.

Estaban todos en silencio, mirándome fijamente. Quizá Will les había contado lo que había encontrado entre mis cosas y querían decirme algo al respecto. Pero por ahora no lo estaban haciendo. Solo me miraban fijamente. Odiaba que hicieran eso.

—Eh... —ni siquiera me había dado cuenta de que Lana estaba ahí—. Hemos compr...

—¿Qué haces tú aquí?

—Naya me ha invitado —enarcó una ceja—. Por si te había olvidado, ella también vive aquí.

—Hablando de invitaciones... —Naya soltó una risita nerviosa.

Vi que echaba una ojeada al pasillo que tenía detrás e hice un ademán de girarme hacia él, confuso, pero ella volvió a hablar enseguida.

—Em... hay algo que deberías saber.

Genial. Justo lo que necesitaba con el maldito dolor de cabeza que tenía. Me crucé de brazos.

—Más te vale que no sea una de tus tonterías.

Y, por supuesto, a Will no le gustó en absoluto que le hablara así.

—Relájate —me advirtió.

—¿Que me...? —estuve a punto de reírme. ¿Quién era ahora? ¿John Wick?

Sin embargo, no me reí porque la tensión que había en la habitación no era por mí, sino por algo más.

Algo peor, seguro.

Oh, no... ¿qué demonios había hecho Naya ahora?

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué habéis hecho ahora?

Sue sacó el móvil y empezó a prepararse para grabarme. ¿Qué diablos?

—Yo no quiero saber nada de esto —murmuró, enfocándose mejor.

—¿Qué habéis hecho? —di un paso en su dirección, tneso.

—Tío, relájate —Will se puso de pie para acercarse, pero al final decidió quedarse quieto ahí. Bien hecho.

—No me digas que me relaje y dime ya qué pasa.

—Cuando te relajés...

—¡No quiero relajarme! ¿Qué pasa?

—Hola.

Me quedé congelado al instante en que escuché esa voz detrás de mí.

No.

No, por favor.

No reaccioné al instante. De hecho, tardé varios segundos en conseguir hacerlo. Se me había tensado cada maldito músculo del cuerpo y era incapaz de moverme.

De hecho, solo me di la vuelta cuando Will se acercó a mí, precavido.

Y ahí estaba ella.

La chica a la que ya no estaba muy seguro de si odiaba, amaba... o ambas.

No sabía ni cómo sentirme. Sus ojos castaños no parecían tan brillantes como la primera vez que los había visto. No parecía tan inocente. Pero seguía siendo ella.

Ojalá pudiera decir que lo hice sin querer, pero la verdad es que una parte de mí necesitaba volver a repararla con los ojos. Y eso hice.

¿Era cosa mía o era incluso más perfecta que la última vez que la había visto?

Mis ojos se clavaron inconscientemente en sus manos. Se estaba retorciendo los dedos. Solo hacía eso cuando estaba nerviosa.

Creo que no fui capaz de reaccionar hasta que dio un paso hacia mí. Fue como si la realidad me diera una bofetada para que me diera cuenta de que la chica que tenía delante era real y no una imaginación. Volvía a estar aquí.

Pero... ¿por qué? ¿Por qué había tenido que volver justo cuando estaba empezando a olvidarme de ella?

Volví a repararla con los ojos y casi solté una palabrota cuando vi que llevaba los mismos vaqueros que el día que la había conocido. Mierda. ¿Por qué seguía acordándome de esas cosas? ¿Por qué seguía siendo capaz de provocarme reacciones así?

Se suponía que lo que tenía que mostrarle era indiferencia, la que se había ganado. Pero... era incapaz de hacerlo.

Naya se aclaró la garganta en el sofá.

—¿Sor... presa?

Cerré los ojos un momento antes de volver a clavarlos en los de Jen. Ella parecía temerosa, como si dudara en acercarse a mí. Por favor, que no lo hiciera. Necesitaba alejarme de ella. Como fuera.

Necesitaba irme de ahí.

Cerré los ojos de nuevo y recordé las palabras de Sue.

No, no era una obsesión. Ni una tontería. Realmente estaba enamorado de ella. Todavía lo estaba.

No podía entender el por qué, pero era así.

Y ni siquiera ella había podido deshacerse de eso.

—Mierda —me escuché decir en voz baja.

No podía mirarme. Me di la vuelta bruscamente y, pese a que todo mi cuerpo me gritara que volviera atrás, hacia Jen... me obligué a no hacerlo.

Y no volví a mirarla. Solo me marché dando un portazo.

Capítulo 12

Así que... Jen había vuelto.

Es decir... Jennifer. Ya no era Jen. Era Jennifer.

Eso es. Hazte el duro.

La noche anterior había vuelto a la residencia casi corriendo como un imbécil. No estaba seguro de si en algún momento me entraría en la cabeza que volvía a estar por aquí, pero desde luego no iba a ser esa noche, así que me quedé en la habitación que me dejaba Curtis todo el rato.

Durante unos instantes, incluso, me planteé llamar a Vivian. Ella lo entendería. Después de todo, era la que había estado más tiempo conmigo durante ese año.

Pero no lo hice. Solo dejé el móvil otra vez a un lado e intenté dormirme. No lo conseguí.

Tampoco ayudó a mejorar mi humor que, al bajar las escaleras de la residencia, me encontrara a Jen... es decir, Jennifer... apoyada en el mostrador casi de la misma forma que la primera vez que la había visto.

Su culo era tormentosamente más perfecto que la última vez que lo había visto.

Y, además, era como si me mirara diciendo *ya no vas a volver a tocarme, capullo*.

Vale, estaba empezando a perder la cabeza.

Ya la perdiste hace unos cuantos capítulos, no te preocupes.

Quizá... me había puesto un poco de mal humor que quisiera volver a irse. Y quizá me puso de todavía peor humor que yo no quisiera que se fuera y, a la vez, tampoco quisiera que se quedara.

Y... bueno... quizá fui un poco cabrón y conduje a toda velocidad.

¡Es que estaba resentido! ¿Vale?

Tenía derecho a hacer tonterías.

No.

¡Lo tenía!

Jen... —es decir, Jennifer—, estaba bastante cabreada cuando llegamos al piso y yo me encerré en el cuarto de baño para evitarla otra vez. Mejor centrarse en otra cosa. Intenté ignorar su voz de fondo mientras me duchaba.

Dios, qué raro era volver a oír su voz en esa casa.

¿Raro bueno o raro malo?

Raro horrible. Que se fuera a su casa. No la quería aquí, ¿vale?

No te lo crees ni tú.

Salí del cuarto de baño con el pijama puesto y fui a por una cerveza sin mirarlos, pero enseguida me di cuenta del silencio incómodo que tenía a mi alrededor. Enarqué una ceja hacia Will directamente, intrigado.

—¿Qué?

Eché una ojeada a Jen... —Jennifer— y vi que ella miraba al techo como si fuera lo más interesante del mundo.

Hubo un tiempo en que solo te miraba así a ti, pequeño Ross.

Igual mi conciencia podía ir callándose un rato, ¿no?

—Estábamos hablando de tu película —aclaró Naya—. ¿Cuándo se estrena?

Esta vez no miré a Jen —maldita sea, JENNIFER, ¿por qué era tan difícil?—, pero por un motivo muy distinto.

Mierda, esperaba que no la viera nunca. O quizá sí. No estaba muy seguro de lo que quería.

—En dos semanas —aclaré en voz baja.

Sue me enarcó una ceja.

—Se te ve muy ilusionado.

No dije nada, solo le puse mala cara.

—¿Va a ir Vivian? —me preguntó Will.

Si ya tenía mala cara con Sue, fue peor cuando vi que él sonreía y miraba de reojo a la inspiración de la película, mandándome indirectas con la mirada.

No quería ponerla celosa. Esa chica me daba igual, ¿vale?

Je, je.

¡Que me daba igual!

—Obviamente —respondí secamente.

—Estoy deseando conocerla —Naya parpadeó varias veces, echándole una mirada significativa a Jen.

A la mierda, la llamaría Jen. Y si no le gustara, que se tapara los oídos.

Apreté los labios cuando ella se levantó y pasó por mi lado con la cabeza algo agachada.

—Voy a darme una ducha —murmuró por el camino.

La seguí con la mirada y mis ojos se deslizaron hacia abajo por su espalda sin poder evitarlo. De hecho, incluso me quedé mirando la puerta unos segundos.

Al menos, hasta que Sue chasqueó los dedos delante de mi cara.

—Cierra esa boca, que luego voy a tener que limpiarte las babas del suelo.

Le puse mala cara y fui al sitio que Jen había dejado libre en uno de los sofás. Estaba enfurruñado. Le di un trago a la cerveza mientras los tres me miraban con sonrisitas divertidas.

—¿Qué? —pregunté, a la defensiva.

—Nada, nada —canturreó Naya felizmente.

Y al instante supe que había algo más. Le puse mala cara.

—¿Vas a decírmelo o tengo que volver a preguntar?

—Hombre, podrías volver a preguntar. No me importaría.

—Naya —Will parecía divertido cuando le dio un pequeño codazo.

Ella se giró hacia mí, entusiasmada. Le puse todavía peor cara, temeroso.

Cuando Naya se entusiasmaba, ardía el mundo.

—Es que... me he enterado de una cosita de Jenna que a lo mejor podría interesarte.

Apreté los labios y enseguida me encogí de hombros.

—No me interesa nada de ella.

—Bueno... pues nada.

Ella volvió a girarse hacia la televisión y los demás fingieron que me ignoraban durante unos segundos, aunque estaba claro que todos esperaban para que volviera a preguntar.

Pero no lo haría.

Sí lo harás.

No. Lo. Haría.

Si no lo haces te explotará una arteria y la pobre Sue tendrá que limpiarlo.

Suspiré, frustrado, y los tres se giraron hacia mí al instante con grandes sonrisas.

—¿Qué es? —pregunté, a la defensiva.

—¿No decías que no te importaba? —me irritó Sue.

—Cállate. ¿Qué es? ¿Qué ha hecho?

—Qué va a hacer —corrigió Naya—. Va a tener una cita con un chico de su clase.

Durante un momento, me quedé en blanco.

Una cita.

Con... otro.

Bueno, eso era obvio.

Noté que se me apretaban los dientes sin siquiera poder contenerme. ¡Una cita! ¡Si llevaba solo un maldito día aquí!

¡Yo había estado pensando en ella un año entero... y ella se iba a una cita con cualquier el día después de llegar!

—Pero como ya no te importa, supongo que no estarás celoso —añadió Naya felizmente.

No dije nada. Estaba cabreado, vale. ¿Para qué intentar ocultarlo? Era obvio.

Además, ¿no se suponía que tenía novio? ¿Qué pasaba con el imbécil? Puse los ojos en blanco al recordarlo llorando junto a su coche. Ya lo habría dejado. Me había dejado para cortar con su nuevo novio en menos de un año. Genial. Qué bien.

O a lo mejor seguía saliendo con él y volvían a tener esa extraña relación abierta. Solo que esta vez el que formara parte de ella no iba a ser yo.

Y no me importaba.

Qué gran chiste.

No me imp... maldita sea, ¿por qué demonios me lo habían dicho?

Me puse de pie automáticamente y escuché que Naya me llamaba cuando fui directo al cuarto de baño, pero la ignoré. Mi tormento estaba detrás de esa estúpida mampara.

La que, por cierto, abrí sin acordarme del pequeño detalle de que la gente para ducharse se desnudaba.

Menos mal que estaba lo suficientemente cabreado como para no bajar la mirada y centrarme solo en su cara de asombro absoluto.

—¿Qué...?

—¡¿Tienes una cita?!

Su cara de estupefacción era tan tierna que, por un breve momento, casi se me olvidó el motivo por el que estaba ahí.

Y quizá eso jugó en mi contra, porque de pronto fui consciente de que el baño olía a ella, de que estaba desnuda y de que el agua le resbalaba por todo el cuerpo.

Mierda.

Vista al frente, soldado.

Levanté un poco más la barbilla para frenar el impulso de bajar la mirada y me aclaré disimuladamente la garganta.

Vale, igual debería haber ido en otro momento. Cuando no estuviera desnuda, por ejemplo.

Además, tenía las mejillas sonrojadas por el vapor de la ducha. Siempre me había gustado cuando se sonrojaba. Estuve a punto de cubrirle las mejillas con las manos para no verlo.

—¿Qué...? —de pronto, reaccionó—. ¡Me estoy duchando, maldito pervertido.

Ella intentó cerrar la mampara, pero la volvió a abrir sin siquiera pestañear. La pobre no podía usar mucha fuerza porque estaba intentando taparse las tetas con un brazo mientras forcejaba conmigo.

Por favor, cerebro, no le dejes bajar la mirada.

La tentación era grande.

—¿La tienes o no? —pregunté, intentando centrarme con todas mis fuerzas.

Ella empezó a ruborizarse más, para mi suerte o desgracia, cuando empezó a enfadarse conmigo.

—¡Sal del cuarto de baño!

—¡Ross! —chilló Naya desde el salón como una loca—. ¡No seas infantil!

Apreté los labios y volví a mirar a Jen.

—¡Dime si la tienes o no!

—¡No es tu problema!

Lo peor es que sabía que ella tenía razón, pero era incapaz de apartarme de esa ducha.

De hecho, lo que quería era meterme en ella.

Diablos, señorito.

Cuando intentó volver a encerrarse, abrí otra vez.

—¡ROSS! —chilló, frustrada.

Y siguió intentándolo, la muy testaruda.

Dijo el que no deja a la pobre chica ducharse en paz

Por supuesto, volví a ganar la pequeña batalla por el poder de la mampara.

Ella resopló, frustrada, y sacó un brazo de la ducha para empujarme hacia atrás. No me moví de mi lugar. Tampoco lo había hecho con tantas ganas como para apartarme de verdad. Y eso lo sabíamos los dos.

—¡VETE DE AQUÍ! —me gritó igual.

Oh, yo también sabía gritar.

—¡NO!

—¡ROSS, COMO SALGAS AHORA MISMO DE AQUÍ, TE DOY CON EL CHAMPÚ EN LA CARA!

Y cerró la mampara de un golpe.

Por un momento, me encontré a mí mismo esbozando una pequeña sonrisa

divertida por su repentino ataque de nervios. Sin embargo, la borré al instante en que me di cuenta.

¡No tenía que sonreírle, era mi enemiga!

La abrí de nuevo y ella volvió a intentar cubrirse torpemente.

Por favor, que no se resbalara. Si lo hacía, sabía perfectamente que mi primer instinto sería sujetarla. No quería sujetar a Jen con tanta poca ropa de por medio. Mi enfado se evaporaría.

¡Y quería seguir enfadado!

Ella intentó decir algo con calma, aunque estaba claro que no estaba calmada. Además, perdía bastante credibilidad mientras seguía intentando cubrirse torpemente.

—Solo quiero duch...

—¡Y yo quiero que me digas si es verdad!

—¡ESTOY DUCHÁNDOME, PERVERTIDO, SAL DE AQUÍ AHORA MISMO!

Enarqué una ceja, me incliné hacia delante y metí la mano baja el agua para cerrarla.

—Ya no te estás duchando.

Por su cara, deduje que la oferta de tirarme el champú a la cabeza seguía vigente.

—Esto es ridículo —murmuró.

—¿Tienes una cita o no? —insistí, deseando no necesitar la respuesta con tanta ansiedad.

¿Qué demonios me pasaba? ¡Yo no era celoso! ¡Nunca lo había sido! ¿Qué tenía esa chica que me hiciera cambiar tanto solo por verla?

—¡Déjame ducharme, maldito pesado!

—¡Ross! —la voz de Will me puso de los nervios por lo calmado que sonaba en medio de ese pequeño caos—. ¡No creo que ahora sea el mejor momento para...!

—¡Pues yo creo que es el momento idóneo! —le interrumpí antes de volverme hacia Jen de nuevo—. ¿Sí o no!

—¡Por ahora, no!

Casi solté un suspiro de alivio.

Casi.

¿Cómo que *por ahora* ?

—Y no tengo por qué darte explicaciones, así que déjame en paz —aclaró, muy digna.

—¿Por ahora? —repetí yo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Vas a dejarme sola de una vez?

Cuando casi se mató por intentar cubrirse bien, no pude evitar poner los ojos en blanco.

—¿Puedes dejar de hacer eso como si no te hubiera visto así mil veces?

Creo que ese fue justo lo que necesitaba para terminar de enfadarse.

—¡Eso no te da derecho a entrar aquí sin mi permiso! ¡Tengo derecho a darme una ducha sin que me molestes! ¡Y tú no tienes ningún derecho a verme desnuda sin mi consentimiento!

Me empujó por el pecho y estaba tan sorprendido que retrocedí.

—¡Y, ahora, déjame sola de una vez!

Casi me comí la mampara con el golpe con la que la cerró.

Vaaaale, igual me había pasado un poquito.

Puse mala cara a la estúpida mampara y rehice mis pasos hacia el pasillo. En cuanto salí del cuarto de baño, escuché que soltaba una palabrota y seguía duchándose.

Me crucé de brazos en el pasillo, yendo de un lado a otro como un maníaco. Sue, Will y Naya estaban asomados mirándome y juzgándome a partes iguales.

Me detuve abruptamente y les puse mala cara.

—¿Qué?

Enseguida, los tres volvieron a centrarse en sus cosas.

Justo cuando estaba empezando a considerar la posibilidad de ir a fumar, Jen salió del cuarto de baño y me miró, ajustándose las gafas. Seguía enfadada conmigo. Y con motivos.

—¿Vas a hablar ahora o sigues ocupada duchándote? —musité, enfurruñado.

—Déjame en paz.

Hice un ademán de seguirla al salón, pero me quedé quieto un momento al ver lo que llevaba puesto.

Oh, no.

El retorno de los pantaloncitos.

¿No podía ponerse otra cosa? ¿Cualquier otra? ¿Por favor?

Sacudí la cabeza para volver a centrarme en respirar y la seguí a la cocina. Llegué justo antes de que se abriera una cerveza. Se la quité de la mano y me la escondí en la espalda. Ella pareció todavía más furiosa.

—¿Con quién tienes una cita?

Vale, lo admito, en mi mente ya había matado de cuarenta formas distintas a un tipo sin cara que me imaginaba yéndose a una cita con Jen.

—¿En qué momento te has vuelto un controlador compulsivo? —entrecerró los ojos.

Fruncí el ceño, ofendido. Las palabras *porque el de la cita no soy yo* estuvieron a punto de salir de mi boca, pero me contuve.

Yo no quería salir con ella. Ya no.

—Solo... dímelo —murmuré, sin mirarla.

Ella puso los ojos en blanco e hizo un ademán de recuperar su cerveza. Me alejé un poco de su mano.

—Pero ¿qué? —me miró, indignada—. ¡Tienes cara de estar bromeando!

—¿Tengo cara de estar bromeando?

—¡Me da igual! ¡No te debo ninguna explicación!

—¡Dime con quién has quedado!

—¡NO!

—¡SÍ!

Y el pobre Will eligió ese momento para intentar interrumpir.

—Chicos...

—¡¿QUÉ?! —le gritamos a la vez.

Él retrocedió dos pasos enseguida, alarmado.

—Los vecinos...

—¡Que les den a los vecinos! —ya le compraría a mi abuela alguna botella de alcohol para que me perdonara. Miré a Jen—. Dímelo.

—No.

—¡Dímelo de una vez y acabaremos con esto!

Quizá lo que de verdad quería saber era si seguía con el imbécil, pero nunca lo admitiría en voz alta.

—¡No! ¡No tengo que acabar porque no tengo por qué decirte nada!

Me pasé una mano por el pelo, planteándome lo tranquilito que había estado todo ese año. No estaba muy seguro de si hubiera preferido seguir así unos meses más.

—Ross —Naya se asomó por el respaldo del sofá—. Es solo un chico de su clase. Relájate.

—Solo un chico de tu clase —repetí, entrecerrando los ojos hacia Jen.

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada, Jennifer.

Vi que su mirada se crispaba cuando la llamé así.

—No, dime qué pasa.

—¿Te gusta?

Ella me puso mala cara y yo me pregunté para qué quería saber eso.

—Eso no es problema tuyo.

—¿A él también le dirás que le quieres y luego te irás por un año?

Pero nunca dijo que te quisiera, ¿recuerdas?

Sí, joder. Lo recordaba a la perfección. Y casi desearía no haber dicho nada. Ojalá no hubiera venido, para empezar. Si me hubiera quedado en la residencia, ni siquiera pensaría en ella.

Ella apartó la mirada, enfadada. Noté que mi enfado también aumentaba.

—¿O solo lo quieres para vivir gratis a cambio de echar cuatro polvos?

Y el premio al gilipollas del año es para... ¡Ross!

Creo que me arrepentí incluso antes de haber terminado de decirlo, pero ya era tarde para echarse atrás.

Jen me dirigió la mirada más dolida que había visto en ella y el impulso de asegurarle que realmente no pensaba eso estuvo ahí... pero no lo hice.

Estaba enfadado. Muy enfadado. Tanto con ella como conmigo.

—Venga, respóndeme.

—Eres un cerdo.

Esboqué una sonrisa amarga.

—Al menos, yo soy honesto.

—Si tan mala soy, ¿por qué demonios te preocupa tanto que tenga una cita?

Buena pregunta.

—Me importa una mierda tu cita —musité, irritado.

—¡Hace cinco minutos has entrado en el cuarto de baño mientras me duchaba solo para confirmarlo, maldito psicópata!

Dudé visiblemente, pero no me importó.

—¡Solo... quiero avisar al pobre chico!

—¡Avisarlo!

Casi se me olvidó por qué estaba enfadado cuando se acercó tanto a mí que su nariz prácticamente rozó la mía. Tragué saliva.

—¿Quieres que haga yo una lista con todo lo que has hecho durante este año? ¿Y que avise a cada chica con la que salgas de ahora en adelante? ¡Porque seguro que tendría trabajo hasta el maldito año que viene!

Espera, ¿eso se creía? ¿Que me había puesto a salir compulsivamente con chicas? ¿En serio?

Intenté interrumpir, pero justo en ese momento entró Mike con toda la tranquilidad del mundo. Estaba sonriendo, el muy idiota.

—¡Hola, familia!

Lo ignoré completamente. Solo quería centrarme en Jen.

—¡No es lo mismo! —espeté.

—¡ES EXACTAMENTE LO MISMO!

—¡NO LO ES!

Mike se quedó mirándonos, confuso.

—¿Es la marihuana que me ha jodido el cerebro o esa es...?

—¡ES LO MISMO, JACK! —me gritó Jen, y sentí que una parte de mí se revolvió al escuchar ese maldito nombre.

—¡NO, NO LO ES!

—¡¿Y cuál es la jodida diferencia?! ¡¿Que tú solo te acuestas con ellas y a mí eso no me interesa?!

—¡DEJA DE HABLAR ASÍ DE MAL!

—¡ESPERA, QUE AHORA VAA DARME CLASES DE PROTOCOLO EL PSICÓPATA QUE HA ENTRADO EN MI DUCHA ESTANDO YO DESNUDA!

Escuché a esos idiotas decir algo, pero no me importó. Jen había intentado agarrar la cerveza otra vez. Yo la esquivé. Eso pareció colmar su poca paciencia restante.

—¡DAME MI MALDITA CERVEZA DE UNA VEZ, JACK!

—¡ES ROSS!

—Oh, ¿ahora te enfadas si te llamo por tu nombre? ¡Pues te seguiré llamando así hasta que me devuelvas mi maldita cerveza!

—¡Dime cómo se llama el idiota con el que quieres salir!

—¡Jack, déjalo ya o...!

—¡Es Ross!

—¡Es Jack!

—¡Ross!

—¡JACK!

—¡ROSS!

—¡JACK, JACK, JACK, JACK! —de repente, me sacó la lengua y yo parpadeé, perplejo—. Jódete.

No pude evitar esbozar una pequeña sonrisa cuando se fue muy indignada hacia el sofá con Mike.

La borré al instante en que Will me levantó y bajó las cejas con su cara de *¿ves como sigues coladito por ella?*

No seguía sintiendo nada por nadie. Y menos por ella.

La seguí, todavía enfurruñado, y me planté delante de ella. Se había sentado junto a Mike, que levantó las manos en señal de rendición.

—Yo sigo sin entender qué está pasando.

No se había molestado en venir desde que se había enterado de que estaba mal... ¿y ahora se presentaba? ¿En serio?

Por mí, se podía ir a la mierda.

—Fuera —le espeté, señalando el sillón con la cabeza.

En cuanto hizo un ademán de levantarse, Jen lo sujetó del brazo para volver a sentarlo.

—¡No tiene por qué moverse! —me entrecerró los ojos, indignada.

—¡Fuera! —insistí. Ya era algo personal.

—¡No!

—Eh... —Mike nos miró a ambos sin saber qué hacer.

—¡He dicho que quiero sentarme ahí! —protesté.

Muy maduro.

—¡Pues yo no quiero sentarme contigo! —me espetó Jen—. ¡Así que ve a tu maldito sillón!

—¡No pienso ir al sillón, él lo hará!

—¡No, él estaba aquí primero que tú!

—Chicos —intentó decir Mike—, no me importa ir a...

Jen y yo nos giramos hacia él a la vez.

—¡CÁLLATE!

—¡Estás comportándote como una niña pequeña! —le grité a Jen.

—¡Y TÚ COMO UN PSICÓPATA!

—¡INFANTIL!

—¡PSICÓPATA!

—¡PESADA!

—¡IMBÉCIL!

—¡CABEZOTA!

—¡PERVERTIDO!

—Esto es oro puro —escuché que decía Sue por ahí atrás.

Y yo, por mi parte, decidí pagar mis frustraciones sentimentales con el idiota de Mike.

—¡LEVÁNTATE DE UNA VEZ DE AHÍ, MIKE!

—¡NO TIENE POR QUÉ HACERLO SI NO QUIERE! —insistió Jen.

—¡ES MI CASA!

—¡PUES ÉL HA LLEGADO PRIMERO, ASÍ QUE TE JODES!

—¡¿VES COMO ERES UNA NIÑA?!

—¡Y TÚ UN PESADO!

—¡Y TÚ UNA...!

—¡Se acabó! —me interrumpió, poniéndose de pie y dejándome con las ganas de llamarla *infantil*—. ¡Cenad vosotros, se me ha quitado el hambre!

Me quedé mirando cómo desaparecía por el pasillo y, ni siquiera con el cabreo que llevaba encima, fui capaz de resistirme a mirar sus pantaloncitos.

—Ross —Will me miró—, creo que es un buen momento para ir a fumar, ¿no?

—Sí —musité.

Subí las escaleras antes que él y me quedé esperándolo en la azotea, dando vueltas como un idiota mientras me encendía un cigarrillo. Él no tardó demasiado en subir conmigo.

—Bueno —se detuvo a mi lado y me miró con esa cara que reñirme que tanto odiaba—, ¿algo que decir?

Me enfurruñé como un crío, apartando la mirada.

—No.

—Ya. ¿No quieres comentar nada sobre ese repentino ataque de toxicidad que te ha invadido, entonces?

—No ha sido... no soy... cállate, ¿vale?

Me di la vuelta, todavía enfurruñado, y di vueltas por el lado contrario de la azotea. Él no dijo absolutamente nada, solo me juzgó con la mirada durante todo el rato que tardé en volver hacia él con el ceño fruncido.

—¿Cómo que toxicidad? —inquirí—. Tampoco ha sido para tanto... ¿no?

Incluso yo me di cuenta de que sí mientras lo decía. Le puse mala cara.

—No me juzgues con la mirada. Eres un pesado.

—No he dicho nada —se encogió de hombros, muy tranquilo.

—¡No hace falta que lo digas para que vea esos ojos de *Ross, eres un cerdo!*

—Eso te lo ha dicho ella —sonrió, divertido.

—Pero a ella le gusta Pumba, a lo mejor era un cumplido y no me he dado cuenta.

Will empezó a reírse de mi estupidez y negó con la cabeza.

—Mira, di lo que quieras, pero no me había reído contigo en todo este año —murmuró—. En el fondo, creo que te gusta que Jenna esté aquí.

—No es verdad, la odio.

—Sí, claro. Y yo soy blanco.

—Siempre con la misma bromita...

—Si no te gusta, no te rías.

—No lo entiendo, ¿por qué te preocupas tanto de lo mío con Jen? —me corregí casi al instante—. Es decir... de lo que tuve con ella. No ahora. Porque ahora no hay nada. No la soporto.

—Ajá —sonrió.

—Respóndeme —le exigí, señalándolo con el cigarrillo.

—¿Cuántas veces has tenido que soportarme hablando de Naya después de discusiones? Creo que te debo esto. Además, es divertido ver lo frustrado que estás. Estaba cansado de verte tan apático.

—No estaba... apático. Estaba tranquilo.

—Ross, tú no has estado tranquilo en tu vida.

Le puse mala cara.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy, Willy Wonka? ¿Se te ha escapado un *oompa loompa* y por eso vas tan alterado?

—Yo no soy el que se ha metido en la ducha con su exnovia, le ha exigido que le dijera con quién tiene una cita y se ha gritado con ella.

—Vete a tu fábrica de chocolate y déjame en paz.

—Creo que si tuviera una fábrica de chocolate Naya y yo discutiríamos menos. Podrías sobornarla con dulces —reflexionó en voz alta.

—Gracias por informarme. No sé cómo he vivido hasta ahora sin saberlo.

—¡Por fin un poco de sarcasmo! —sonrió, feliz—. Ya era hora. Incluso he llegado a echarlo de menos, y eso que no te soporto cuando te haces el gracioso.

—Yo no me hago el gracioso, *soy* gracioso.

—Y un capullo que debería disculparse, también.

—¡Ella también debería disculparse conmigo!

—¿Por dejarte hace un año? —enarcó una ceja.

—¡Pues... sí!

—¿No lo habías superado?

—¡Y lo he superado!

—¿Y para qué quieres que se disculpe, entonces?

—¡Porque... sí! ¡Déjame ya en paz!

Él estaba riéndose de mí, ahí de pie, y yo no dejaba de sentirme como un imbécil. El sentimiento aumentaba por momentos.

Aunque se disipó en el momento en que sonrió y me puso una mano en el hombro.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta en coche?

Lo miré, más interesado.

—No sé. ¿Habrá cerveza?

—Sin cerveza, no me molestaría en ir.

—¿Y pagas tú?

—¡Pero si tú ahora eres rico!

—Si empiezo a gastármelo todo no seré rico por mucho tiempo, ¿no? —sonreí como un angelito—. Conduzco yo. Te espero en el coche.

—¿Y a dónde quieres?

—Donde me lleve el viento.

—Muy bien, Pocahontas. Te veo abajo.

Bajé las escaleras, sonriendo, y me di cuenta de que era la primera vez que pasaba un rato con Will desde que había llegado.

Y, joder, había echado de menos a mi mejor amigo.

No se merecía que lo tratara como lo había tratado este último año. Puse una mueca y volví atrás. Él todavía se terminaba el cigarrillo, pero se giró hacia mí.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Oye, pago yo las cervezas porque soy un buen amigo.

Él negó con la cabeza, divertido.

—Como quieras, Pocahontas.

Vale, la noche anterior al final había sido genial. Había ido con con Will al puente al que íbamos en el instituto —en los primeros años— para fumar a escondidas y nos pasamos casi tres horas enteras sentados junto al coche y hablando de esos años.

Hacía mucho que no pensaba en mis años del instituto. Los años buenos, quiero decir.

De hecho, casi siempre tenía tendencia a recordar solo lo malo, pero lo cierto es que el instituto no había sido una época tan mala en mi vida. Especialmente los primeros años. Will, Naya, Lana y yo nos lo habíamos pasado genial, incluso sabiendo que Lana intentaba pegarse a mí cada vez que tenía oportunidad de hacerlo y me ponía incómodo.

Habían sido buenos años. Tenía que encontrar el álbum de fotos. Ahora, necesitaba ver a Naya con su aparato dental y su corte de pelo horrible.

Todavía la recordaba llegando llorando a clase porque se había cortado el pelo a sí misma por curiosidad, se había hecho un desastre, y su madre la obligó a ir a clase sin arreglarlo para castigarla.

Creo que me reí de ella todo el día, la verdad. Y me gané varios empujones de Will cada vez que la defendía.

Pero es que justo había coincidido con el día en que nos hicieron la foto del álbum de fotos del curso. De verdad que estaba seguro de que ese fue el día en que más me reí de toda mi vida. Incluso ella terminó volviendo a casa riendo al ver su foto.

Volví a la realidad cuando la versión actual de Naya cambió de página de sus apuntes y siguió repasándolos con la mirada, en el sillón. La había estado ayudando hasta ahora. No se le daba muy bien el cálculo. A mí me gustaba. O me había gustado en el instituto, al menos, porque ahora ya no lo estudiaba.

Volví a acomodarme con el portátil y empecé a revisar todos los correos electrónicos de Joey. Como ya no le respondía a las llamadas, me mandaba correos para que fuera leyéndolos cuando pudiera y respondiendo a, más o menos, un ritmo habitual.

Admito que casi siempre se me olvidaba.

Estaba leyendo uno sobre una invitación a una cena de directores novatos o algo así cuando escuché pasos por el pasillo. La única que estaba en casa con nosotros era Jen.

Efectivamente, ella apareció y mis ojos se clavaron directamente en su jersey rojo. De todos los que tenía, era mi favorito. Le quedaba perfecto.

Bueno, todo le quedaba perfecto. Ojalá no lo hiciera. Sería más fácil no mirarla.

Aunque mi atención se desvió a su cara cuando empezó a jugar con los dedos, nerviosa.

—Eh... —empezó—. Tengo que hacer un trabajo de clase.

Esperé que siguiera, pero no lo hizo. Solo agachó un poco más la cabeza y vi que el mechón de pelo que siempre se le escapaba caía por su frente.

Por un momento, el deseo de acercarme y colocárselo fue tan fuerte que tuve que sujetar el portátil con algo de fuerza para contenerme. En serio, ¿cómo podía gustarme más ahora que la última vez que la había visto? ¿No se suponía que tenía que *NO* gustarme?

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Naya.

Jen me echó una ojeada y creí que iba a pedirme ayuda a mí.

Sinceramente, los dos sabíamos que por muy desagradable que fuera con ella, la ayudaría en cuanto me lo pidiera.

Y odiaba ser consciente de ello.

—No, no es eso... —dijo, sin embargo—. Es que... mhm... tiene que venir un compañero.

Noté que se me tensaban los hombros involuntariamente.

¿Iba a traer una cita aquí? ¿A la que había sido *nuestra* habitación? ¿A *nuestra* cama?

Esperaba que fuera una maldita broma.

—Su compañero de habitación es un poco raro y no podíamos ir ahí, así que... eh... le ofrecí hacerlo aquí. Espero que no os importe.

—Por mí no hay problema —sonrió Naya mientras a mí me palpitaba una vena del cuello—. ¿Es Curtis?

Curtis. Qué nombre tan ridículo.

Jack era mucho mejor.

Y papi Jackie es todavía mejor.

Tú, cállate.

Jen asintió con la cabeza tras echarme otra ojeada insegura.

—Pero podemos ir a la habitación o...

—Quedaos aquí —me escuché decir precipitadamente.

Mierda, tenía que disimular un poco.

—Pero... —Jen abrió mucho los ojos— vosotros estáis aquí.

—Veo que lo entiendes —mascullé.

Naya puso los ojos en blanco, pero parecía divertida.

—Ugh, no empieces, Ross.

Miré el portátil, frustrado. Si iba a venir el idiota que le gustaba, al menos quería ver lo que hacían. No sé por qué. Igual me gustaba sufrir gratuitamente y no lo sabía.

Justo cuando lo analizaba, escuché que llamaban al timbre y levanté la cabeza de golpe.

—Creo que es... —murmuró Jen—. ¡Ross, vuelve aquí!

Tarde. Ya estaba correteando por el pasillo de la entrada.

Bueno, hora de darle la bienvenida a *Curtis*.

Abrí la puerta principal y un chico rubio bastante más bajo que yo, delgaducho y guapito de cara me miró, sorprendido.

No pude evitar poner una mueca sorprendida, también. ¿Cuándo habían cambiado tanto los gustos de Jen? Bueno, igual era un encanto...

O igual era un capullo. Entrecerré los ojos.

—Eh... —dudó visiblemente—. Hola.

—¿Qué? —espeté.

Eso es. Muy maduro.

¿No había un botón para apagar mi conciencia?

—¿Está... Jenny? —preguntó.

¿Jenny? ¿En serio? Eso se lo llamaba su madre.

Jen era mucho mejor.

Jen era un apodo mucho más digno.

Igual que Mushu.

Ese tío no estaba a la altura de Jen.

¿Y tú sí?

—No.

Y le cerré la puerta en la cara.

Bueno, al menos lo intenté, porque el pie de Jen apareció de la nada para impedirlo. Empujó la puerta de nuevo y sonrió a Curtis.

A mí no me sonreía así. Fruncí el ceño.

—¡Sí estoy! —le aseguró—. Pasa, Curtis.

El chico pasó entre nosotros, claramente incómodo, y fue a saludar a Naya. Lo seguí con la mirada con tanta intensidad que estuve seguro de que sentía mis ojos atravesándole el cráneo.

Y, justo en ese momento, reaccioné de golpe cuando Jen me puso una mano en el brazo.

Mierda, hacía mucho que no me tocaba. Ni siquiera de esa forma tan inocente. Tragué saliva.

—No empieces —advirtió, y pese a que parecía enfadada me daba la sensación de que no lo estaba tanto como le gustaría.

—¿Empezar qué? —me hice el inocente.

—Lo de ayer —me puso mala cara—. Sabes perfectamente de lo que te hablo.

Claro que lo sabía. Y tenía pensado seguir haciéndolo.

—Solo quiero conocer a tu amigo Charlie.

—Se llama Curtis.

—Información vital para mi vida.

Me soltó el brazo, pero me clavó un dedo en el pecho, irritada. Tenía las mejillas sonrojadas. No pude evitar sonreír.

—Y es un buen chico —añadió—. Y muy listo. Y mi compañero en tres proyectos más.

—Sí que te gusta Charles de repente.

—¡Se llama Curtis! Y no es cuestión de que me guste o no.

Sonreí aún más al ver su exasperación.

—Vas a tener que pasar mucho tiempo con Caleb si tienes tres proyectos más con él.

—Se llama... —cerró los ojos un momento—. Bueno, da igual, solo... no lo espantes.

Oh, pero me encantaría hacer eso, querida Michelle.

Di un paso hacia ella.

—¿Y si lo espanto... qué?

Ella se cruzó de brazos, pero no se me pasó por alto que se había echado

hacia atrás, nerviosa.

—Pues que... eh... te mataré.

—Qué miedo.

—Ross, lo digo en serio.

—Claro, claro.

Cuando pasé por su lado para ir hacia el chico, ella me sujetó del brazo de nuevo, solo que esta vez desde muy cerca. Me tensé instintivamente cuando me giré hacia ella.

—La mitad de la nota de tres de mis asignaturas dependen de mis proyectos con él salgan bien —murmuró, mirándome—. No puedo cambiar de compañero. No quiero que las cosas sean incómodas para nosotros. Por favor, no lo espantes.

Noté que se me suavizaban las ganas de irritarla al instante. Vale, igual no iba a meterme con su amigo idiota.

O no tanto, al menos.

—Seré bueno —concluí.

Ella me miró un momento más antes de soltarme e ir al salón. Suspiré e intenté recomponerme antes de seguirla, viendo como su culo se movía con una sincronía perfecta a cada pasito que daba.

Fui al otro sofá, tratando de no prestarles atención. Jen me dedicó una pequeña sonrisa cuando me alejé de ellos, pero decidí no decir nada al respecto.

—Bonita casa —comentó el chico.

Vale, igual mi autocontrol duró poco.

—Es mía.

Vi que sus orejas se teñían ligeramente de rojo.

—Oh, bueno... eh...

—Pero es muy bonita, así —intervino Jen rápidamente—. Eh... bueno, el proyecto... había pensado en empezar por la parte teórica y luego centrarnos más en los ejercicios que nos dijern que hiciéramos en...

Y empezó a soltar un discursito de cosas de gente que estudiaba literatura. Si no fuera porque las decía Jen, probablemente ni siquiera habría escuchado un tercio de ellas.

Todo iba más o menos bien hasta que Jen se fue a la habitación y vi mi oportunidad de oro abriéndose paso.

Sonreí como un angelito y Naya me dedicó una mirada divertida cuando me senté junto al chico.

—Bueno, Calvin, ¿y cuáles son tus intenciones con nuestra dulce Jennifer?

Él parpadeó, sorprendido.

—Es... una chica muy simpática —concluyó—. Y una buena compañera de clase.

—¿Espero no enterarme de que le haces algo malo, eh? —ese último *eh* quizá sonó un poco más amenazador de lo que pretendía.

—No, no, no... —me aseguró enseguida—. Es una buena compañera de clase, nunca haría nada para perjudicarla.

En ese momento, Jen apareció de nuevo por el pasillo y se quedó mirándonos con los ojos entrecerrados con desconfianza.

—¿De qué habláis?

El chico le respondió por mí.

—Le hablaba de nuestras clases a ti... mhm... ¿novio?

Je, je.

Sonreí como un angelito a Jen, que enrojeció hasta la médula.

—Es solo mi compañero de piso —aclaró, sentándose al otro lado de su amiguito.

Un momento, ¿cómo que compañero de piso? ¿Solo eso?

Fruncí el ceño, indignado.

—Creo que soy un poco más que eso.

—No mucho más.

—Soy su exnovio.

Su amiguito nos miraba a uno y otro como si fuera un partido de tenis, perdido.

—Mi exnovio de hace mucho tiempo.

—No hace tanto tiempo, *nena* .

Oh, el apodo la había cabreado. Perfecto. Tenía que usarlo más para irritarla. Era muy efectivo.

—Hace bastante tiempo, *nene* .

Sonreí, malicioso. Por cosas así me había enamorado de ella.

Aunque... claro, ya no lo estaba, ¿eh? Eso era parte del pasado.

—¿Tan rápido te olvidas de todo lo que hicimos en ese sofá, *nena* ?

Naya empezó a atragantarse desde su sillón. Jen me dedicó una miradita de advertencia.

—Nunca hicimos nada en ningún sofá.

No fue por falta de ganas, te lo aseguro.

—Es verdad, siempre nos las arreglábamos para llegar al dormitorio. O a la ducha, o a la encimera...

—¿A la encimera?! —chilló Naya con voz aguda—. ¡Espero que, al menos, la desinfectarais después!

—¡Que no es verdad! —se avergonzó Jen.

Se giró hacia mí, enfadada, y yo aumenté mi sonrisita.

—Ross —advirtió.

—Jennifer —sonreí dulcemente.

—¿Por qué no te vas a fumar un rato?

—Fumar es malo para mi salud. No creo que sea lo más adecuado.

—Pues vete a tomar el aire. Te irá bien.

—Estoy bien, gracias por tu preocupación.

—¿Y por qué no te vas a tirar por el tejado, entonces?

—También estoy bien en ese aspecto, gracias de nuevo.

—Ross —esta vez, ya sonó enfadada de verdad—. Vuelve al otro sofá.

Solo si vienes conmigo.

—¿Acaso molesto? —me llevé una mano al corazón.

—Sí.

—¿Te molesto, Carter?

—Curtis —me dijo, y parecía ligeramente divertido.

—Ah, sí. Connor.

—¡Es Curtis! —se irritó Jen—. Y sí, moestas. Vete.

—Él acaba de decir que no —prorresté.

—No... —empezó el chico, incómodo—. Yo no... eh...

—Ross —Jen estaba empezando a temblar de cabreo.

—Venga, Ross —Naya me sonrió, divertida—. ¿No tienes ninguna película que ir a supervisar o algo así?

La verdad es que prefería supervisar a la insipiración de mi primer guión, pero no quería recibir una bofetada.

Justo cuando iba a apartarme, noté que el chico me miraba.

—Un momento... ¿eres Jack Ross?

Le puse mala cara, extrañado.

—Sí.

—¡Soy muy fan de tu trabajo!

Sonreí cuando vi que Jen me ponía los ojos en blanco, exasperada.

—¡Estaba en el primer festival en el que estrenaste la película! —añadió su amigo—. De hecho, no sé cómo no te he reconocido. Bueno... Jenny a veces te llama Jack y, eh...

Necesitaba que dejara de llamarla Jenny urgentemente o iba ahogarlo con un cojín.

—¿Puedo llamarte yo también...?

—No.

—Vale —enrojeció—. Es un placer, de verdad. Soy muy fan de tu trabajo, Ross.

Me vi obligado a apretarle la mano sin decir nada.

—Dentro de poco estrenas la película en la ciudad, ¿no? —preguntó.

—En tres semanas —exclamó Naya.

—Ya tengo la entrada comprada, así que... —miró a Jen—, supongo que es un poco tarde para invitarte.

Mejor. Que no viera la estúpida película.

—Qué lástima —sonreí.

—No quería ir —me espetó Jen, malhumorada.

Su amiguito desapareció por el pasillo, pero me importaba bien poco lo que hubiera ido a hacer. Mientras desapareciera... estaba conforme.

Y, justo cuando lo pensaba, esquivé instintivamente un cojín que Jen me había lanzado a la cabeza.

—¿Qué...?

—¡Deja de incordiarle!

Ah, eso.

—¡No lo estoy incordiando!

—¡Estás siendo un...!

—Bajad la voz u os oirá —nos dijo Naya, repasando sus apuntes.

Jen volvió a señalarme, enfadada.

—Has dicho que no lo espantarías —me dijo en voz baja.

—¿Qué estoy haciendo para espantarlo? —volví a hacerme el inocente, también en susurros.

Ella me puso mala cara y le devolví el cojinazo a la cara, o lo intenté, porque lo atrapó al aire.

—¡Para empezar, sabes perfectamente que se llama Curtis!

—Oh, pobrecito. Seguro que llora una semana porque no me acuerdo de su nombre.

—¡Y estás haciendo que se sienta incómodo!

De nuevo, el cojín me voló a la cabeza. Conseguí atraparlo antes de que llegara a su objetivo.

—Pues le caigo mejor que tú —sonreí ampliamente.

El cojín voló hacia ella.

—¡No es verdad!

Voló hacia mí.

—¡Sí es verdad, es mi fan!

Voló hacia ella.

—¡Seguro que solo lo ha dicho para quedar bien y tu peliculita es una... mierda!

Voló hacia mí.

—Mi peliculita es lo mejor que verás en tu vida. Ah, no, que no estás invitada para verla.

Voló hacia ella.

—¡Pues me la bajaré gratis por internet!

Voló hacia mí.

—¡Eso es ilegal!

Voló hacia ella.

Y justo en ese momento tuvimos que parar porque su amiguito volvió, diciendo algo que tener que irse. Jen sonrió lo se levantó para acompañarlo a la puerta.

En cuanto él no miró, me estampó el cojín en la cara.

Yo, claro, se lo tiré al culo.

No podía tener mejor objetivo que ese.

Cojín afortunado...

En cuanto hizo un ademán de devolvérmelo, se detuvo en seco y se lo escondió tras la espalda porque su amiguito se había dado la vuelta hacia nosotros para despedirse.

—Ha sido un placer conocerlos, chicos.

—Igualmente —le dijo Naya.

Sonreí con toda la educación que pude reunir, que fue poca.

—Sí, te echaremos de menos, Craig.

En cuanto Jen pasó por detrás de mí para acompañarlo a la puerta, se detuvo un momento para hundirme bruscamente el cojín en la cara. Empecé a reírme al sujetarlo.

Los miré con los ojos entrecerrados mientras se despedían. Casi esperaba un beso. Pero no, solo se dieron un abrazo y el amiguito se marchó. Eso no debería haberme aliviado tanto como lo hizo.

Jen volvió y empezó a recoger sus cosas echándome miradas de amor puro y duro cada vez que tenía que apartarme para recoger algo más. Yo estaba extrañamente encantado con la situación.

—Te odio —masculló de camino a la habitación.

—Gracias.

Se detuvo y me entrecerró los ojos.

—Eres un inmaduro.

—Oh —me llevé un amano al pecho—. No me hagas llorar.

—¡El pobre Curtis no querrá volver a venir!

—Qué pena que tu amiguito no quiera volver a venir.

—Yo no montaría una escena si entraras con una amiguita tuya.

¿A qué venía eso de *mis amiguitas*? Si ni siquiera me había acostado con nadie en un maldito año.

—¿Alguna vez me has visto con una amiguita?

—Como sea —se irritó—. Inmaduro.

—Pesada.

—Idiota.

—Pesada.

—Capullo.

—Pe-sa-da.

—¡Imbécil!

—¿Acaba de decirme que me quiere, Naya?

Ella sonrió como si entendiera perfectamente la situación.

—Yo creo que no quiero meterme en esto.

—Yo creo que sí me ha dicho eso.

—Idiota —insistió Jen.

—Pesada.

—¡Ugh, te odio!

—Yo también te quiero, pesada.

Sonreí cuando se dio la vuelta, cabreadísima, para ir a la habitación. Sin embargo, se detuvo de repente para mirarme con expresión malévola.

—Pues que sepas que esta noche he quedado con él.

Dejé de sonreír al instante.

Jen 1 - Jackie 0

Cállate.

Puse mala cara a Naya cuando ella se encerró en la habitación. Naya me devolvió la mirada, solo que parecía bastante divertida.

—Sabes que solo lo ha dicho para ponerte celoso, ¿no?

—Yo no estoy celoso. Solo... pensativo.

—Ajá —sonrió.

—Dios, no empieces a hablar así. Ya tengo más que suficiente con un Will en mi vida.

Ella repiqueteó un dedo sobre la mesa, divertida.

—Ese *te quiero* ha sido muy tierno, Ross.

Fruncí el ceño al instante, a la defensiva.

—Ha sido una broma.

—Y entre broma y broma... la verdad asoma.

Volví a ponerle mala cara.

—Mejor sigue repasando apuntes por un ratito —musité.

Ella seguía pareciendo divertida cuando volví a mi sofá y abrí el portátil de nuevo, tratando de centrarme.

Capítulo 13

Maldita Joey.

Suspiré cuando terminamos la estúpida entrevista. Apenas había hablado. Todo lo había dicho Vivian, que no dejaba de colgarse de mi brazo, sonreír de forma encantadora y parpadear varias veces seguidas al presentador, que tenía las orejas sonrojadas y se trababa al hablar por culpa suya.

En cuanto terminamos y Joey nos dejó marcharnos, suspiré y me quedé sentado en el asiento del conductor unos segundos más de los necesarios. No quería volver a casa. Sabía quién estaría ahí.

Y, por si fuera poco, hoy teníamos una fiesta en casa de Lana.

Sinceramente, como se pusiera algo parecido al vestido negro del año pasado... la pobre Sue tendría que limpiar muchas babas del suelo.

Puse mala cara inconscientemente cuando escuché que la puerta del copiloto se abría y se cerraba. Vivian se sentó a mi lado con una sonrisita.

—Hola, Ross —saludó como si nada.

Ella estaba más delgada que la última vez que la había visto, y también más maquillada. Ninguna de las dos cosas eran necesariamente malas; ahora tenía una nueva maquilladora y un entrenador personal. Vivian realmente quería sentirse una estrella del cine, ¿no?

Me pregunté si yo debería hacer lo mismo, aunque enseguida descarté la idea.

—¿Qué haces en mi coche? —pregunté lentamente.

—He pensado que podrías llevarme a casa.

—Tienes tu propio conductor.

—Tú también podrías tenerlo.

—No necesito conductor. Tengo coche. Sé conducir.

—Oh, vamos, Ross. Es solo para pasar un ratito juntos. ¿Cuánto hace que no hablamos?

—Desde que te aprovechaste de mí cuando estaba colocado.

Hubo un instante de silencio en el que, al menos, ella tuvo la decencia de ponerse colorada.

—Eso no fue... exactamente así —musitó—. No pensé que estuvieras tan inconsciente, yo...

—Mira, Vivian, ahora mismo lo último que necesito son más dolores de cabeza. Sal de mi coche y vete con tu conductor.

Me miró durante unos segundos, dolida, pero en ese momento no podía importarme menos. Empecé a apretar los dedos en el volante, frustrado. Me dolía la cabeza, tenía la garganta seca y sentía que me era imposible estar quieto. Mi rodilla no dejaba de subir y bajar a toda velocidad.

Vivian bajó la mirada hasta ella antes de volver a subirla a mis ojos.

—¿Cuánto hace que no tomas nada? —preguntó, curiosa.

—Eso no es asunto tuyo.

—Tengo de sobra en mi casa —ladeó la cabeza con una sonrisita—. Sabes que para ti es gratis.

—No necesito esa mierda.

Era cierto, ¿por qué había dejado de tomarla?

Ah, sí, porque había estado muy ocupado pensando en cierta señorita cuyos pantaloncitos me atormentaban por las noches.

Y por las mañanas, y por las tardes...

—Bueno —ella suspiró y se puso el cinturón de seguridad—, ya le he dicho a mi chófer que se fuera. ¿Puedes llevarme, al menos?

Quería acabar con eso, así que asentí una vez con la cabeza y arranqué el coche. La cabeza me seguía dando vueltas cuando cruzamos la ciudad en dirección a su casa.

Casi tenía la esperanza de que no me dijera nada cuando, al cabo de unos pocos minutos, se giró hacia mí y me repasó con los ojos.

—Te noto... tenso. Más que de costumbre.

No dije nada.

—¿Qué pasa? Puedes contármelo.

De nuevo, no dije nada... pero esta vez por unos segundos, porque después no pude resistirme. Necesitaba hablarlo con alguien. Ella probablemente lo

entendería mejor que nadie. Después de todo, había estado conmigo todo este tiempo.

—Jen ha vuelto —le dije en voz baja—. Es decir... Jennifer.

Vivian entreabrió los labios al instante, perpleja.

—¿Qué? ¿Esa Jennifer? ¿La del guión?

—Sí.

—Mierda. No me extraña que estés así... —hizo una pausa, pensativa—. ¿Y cómo lo sabes? ¿Te ha visitado?

—Está viviendo en mi casa.

Vivian soltó un bufido despectivo.

—No me lo puedo creer —soltó—. ¿Se va por un año y ahora vuelve para meterse en tu casa, como si nada hubiera pasado? Menuda zorra.

Noté que se me crispaba la expresión al instante.

—No hables así de ella.

No sé por qué la estaba defendiendo. Después de todo, desde que había llegado no habíamos hecho otra cosa que discutir, pero... no. Me superaba. No podía oír hablar así de ella.

—¿Por qué la defiendes? —me preguntó Viv, confusa, como si me pudiera leer el pensamiento.

—No lo sé. Pero no la llares así.

—Ross, te abandonó por un año para irse con otro. Fingió que te quería para vivir gratis de tu dinero. ¿Quién sabe qué cosas más te hizo sin que tú lo supieras? Por lo que sé, incluso podría haberte sido infiel con cualquier otro chico. No se merece tu respeto.

Hice un ademán de decir algo —no sé el qué, pero algo—, pero me detuve en seco cuando noté que una punzada de dolor me atravesaba el cráneo. Me llevé una mano a la frente al instante mientras intentaba controlar el coche con la otra.

Por suerte, no fue muy obvio. Vivian ni siquiera se dio cuenta.

Jen se habría dado cuenta.

—¿Qué te asegura que no te fue infiel? —me preguntó ella, ajena a mi dolor de cabeza—. Después de todo... le fue infiel a su novio contigo.

—No le fue infiel. Tenían una relación abierta.

—O eso te dijo, Ross.

Apreté los labios, negando con la cabeza.

—Jen no haría eso —murmuré.

—La Jen que creías que conocías... quizá no. Pero ¿la verdadera Jen? ¿La que te dejó, se fue con otro, te ignoró por un año...? ¿De verdad estás seguro al cien por cien de que no lo haría?

No dije nada. Dios, el dolor de cabeza era casi insoportable, y que Vivian estuviera parlotéandome sobre Jen no ayudaba en absoluto.

—Piensa en eso cada vez que sientas que vuelve a acercarse a ti —murmuró Vivian—. Igual solo ha vuelto porque se ha quedado sin dinero.

—Deja de hablar de Jen —le espeté, esta vez cabreado.

—¡Tú me has contado que ha vuelto!

—¡No para que te pongas a hablar mal de ella! No te ha hecho nada, Vivian. Déjala en paz.

—A mí, no. Pero sí te ha hecho daño a ti, Ross.

—Yo no soy nada tuyo —le recordé en voz baja.

Ella se cruzó de brazos.

—Eso es porque tú quieres.

—Vivian, no quiero estar con nadie. Ni contigo, ni con ella, ni con nadie. ¿Es que no lo entiendes?

—¿Y qué harás? ¿Pasarte el resto de tu vida solo porque una imbécil te hizo daño?

—Viv... —advertí.

—Yo podría quererte mejor que ella.

—No se trata de que me quieras mejor o peor —fruncí el ceño, aparcando el coche delante de su casa—. No es una competición, Viv, es que quiero estar solo.

—Ni siquiera me has dado una oportunidad —masculló sin mirarme—. Ni siquiera te importa lo que yo sienta.

Joder, ahora esto no...

Cerré los ojos un momento con la esperanza de que el dolor de cabeza y los nervios disminuyeran y, aunque no hubo suerte, me obligué a mí mismo a mirarla de nuevo. Vivian tenía la cabeza agachada y los ojos llenos de lágrimas.

¿Y qué le podía decir yo para que dejara de llorar? Si lo estaba haciendo por mi culpa.

Mascullé una maldición en voz baja y me quité el cinturón para pasarle el brazo por encima de los hombros.

—Vamos, Viv, sabes que sí me importa lo que sientas.

—No, no lo sé —me apartó sin mirarme.

—¿Te crees que no me importas? —pregunté en voz baja, inclinándome para que me mirara a los ojos. Le caían lágrimas por las mejillas—. Viv, hemos estado varios meses prácticamente juntos en todo momento. Yo te...

¿Yo te... qué? No la quería. No de esa forma. No podía decírselo. Y tampoco me gustaba de esa forma, por mucho que lo había intentado. Era imposible.

Vivian levantó la cabeza y me miró, esperanzada. Mierda, no.

—...te aprecio mucho —finalicé torpemente.

Vi la desilusión en sus ojos y me obligué a decir algo más.

—No cambiaría estos meses contigo por nada, Viv.

Ella desvió la vista unos segundos, de nuevo algo desanimada, pero finalmente esbozó una pequeña sonrisa.

—Yo tampoco —volvió a mirarme a los ojos—. Te he echado de menos estas semanas, Ross.

—Lo siento. Sentí que tenía que alejarme.

—No vuelvas a hacerlo. Me gusta que estés conmigo.

No dije nada, pero me obligué a no apartarme cuando me pasó los brazos alrededor del cuello para abrazarme con fuerza. Le devolví torpemente el abrazo y permanecimos así durante un rato en que noté que ella me acariciaba la espalda.

—Tengo que irme, Viv —murmuré, separándome un poco.

Ella parecía de nuevo esperanzada cuando se separó, manteniendo las manos en mis hombros.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Tengo una fiesta con mis amigos. Una fiesta universitaria —aclaré—. No creo que sea tu punto fuerte.

—No —puso una mueca y pareció cavilar algo durante unos segundos—. ¿Va a... va a ir ella? ¿Jennifer?

Asentí con la cabeza. Vivian apretó los labios, pero no dijo nada al respecto. Solo me observó fijamente.

Cuando noté que me subía las manos a las mejillas, le sujeté las muñecas y me separé.

—Tengo que irme —repetí.

—¿No quieres una bolsita? Tengo de sobra.

La pregunta me pilló por sorpresa y me obligué a mí mismo a separarme de ella y negar con la cabeza.

—No.

—¿Estás seguro, Ross? —se inclinó hacia mí y noté que me besaba el hombro. Estaba tan tenso que ni siquiera reaccioné—. Yo creo que te ayudaría a afrontar esta noche. Y te lo has ganado. Te has portado muy bien demasiados días.

Escuché que se bajaba del coche y me quedé mirando el frente, furioso conmigo mismo. Debería arrancar el coche e irme. Tenía que hacerlo. Y no mirar atrás. No tenía que ir a por nada. Tenía que irme.

Apoyé la frente en el volante y solté un gruñido de desesperación.

Vamos, tenía que irme. No podía hacer esto. No ahora que había aguantado tantos días.

Otra punzada de dolor hizo que apretara los dientes y cerrara los ojos, frustrado.

Mi padre tenía razón, era el más débil de todos ellos.

Eché la cabeza hacia atrás y, con un nudo en la garganta, abrí la puerta del coche. Vivian sonrió al abrir de nuevo la puerta de su casa y tenderme cinco bolsitas.

—Pásatelo bien, amor —canturreó.

No respondí. Solo volví al coche con la cabeza agachada.

Esperaba que *eso* ayudara a quitarme el dolor de cabeza y mejorar mi humor, pero... había conseguido lo contrario.

Estaba más nervioso que antes. Me temblaban las manos y no dejaba de pensar una y otra vez en lo que había dicho Vivian. Era como si sus palabras rebotaran dentro de mi cabeza mientras paseaba por la cocina del piso, frustrado.

Jen no me haría eso, ¿verdad? No me sería infiel con nadie. Ella no era así.

Casi pude volver a oír la voz de Vivian —o incluso la de mi padre— burlándose de mi forma de defenderla. Quizá tenía razón. Quizá estaba siendo ridículo, defendiendo a alguien que no había hecho nada por mí.

Dios, ojalá pudiera olvidarme de ella pulsando un botón. Sería todo tan fácil...

—¿Te quieres estar quieto? —protestó Sue.

Dejé de andar, pero me pasé las manos por el pelo. La cabeza me funcionaba a toda velocidad. No debería haberme tomado nada. Mierda.

—¿Ross?

La miré, frustrado. Ella levantó las cejas.

—¿Qué te pasa? ¿Ha ido mal la entrevista?

—No.

Si algo me gustaba de Sue, es que sabía cuál era el momento exacto en que alguien quería estar en silencio. Y lo respetaba.

Asintió una vez con la cabeza y se apoyó en la barra con la cadera, esperando a los demás. Jen, Will y Naya estaban tardando más de lo habitual. Yo solo quería salir de ese piso en cuanto antes.

Justo cuando abrí la nevera para sacar una cerveza, capté un movimiento por el rabillo del ojo y vi que Jen se acercaba por el pasillo.

Y... joder... ¿por qué tenía que verse así de bien?

Casi pude escuchar la risita de mi conciencia cuando no pude evitar suspirar.

Malditos vestidos azules, ajustados y perfectos.

—Me gusta ese pintalabios —le comentó Sue.

Era cierto. Tenía los ojos pintados de rojo oscuro. ¿Por qué le sentaba tan

bien ese color? Ya podría haberse puesto cualquier otro.

Verde duende, por ejemplo.

—Puedo prestártelo si quieres —sonrió Jen.

¿Cuándo hacía que no la veía sonreír? Ya ni siquiera lo recordaba. Y no entendí por qué, de repente, me importaba tanto.

Casi se me había olvidado lo frustrado que estaba por las palabras de Vivian cuando, de pronto, Sue intervino.

—¿Va a ir tu nuevo novio?

Oh, claro. Su nuevo novio. Apreté los dientes y cerré la nevera con suficiente fuerza como para escuchar el tintineo de cristales tambaleándose dentro. Ya no quería la maldita cerveza. Solo quería irme.

—Curtis estará ahí —remarcó Jen, y no sé por qué, pero me estaba mirando y lo sabía—. Pero no es mi nuevo novio.

—Te has arreglado mucho para Charlie —mascullé.

Ella no me respondió. Casi lo preferí.

Tras casi media hora de silencio tenso en esa pequeña cocina, por fin aparecieron Will y Naya. Le dediqué una mirada resentida a Will, que se encogió de hombros a modo de disculpa, señalando a Naya con la cabeza.

—¿Podéis sentaros un momento en el sofá? —preguntó Naya con una sonrisita entusiasmada.

Lo que me faltaba para esta mierda de noche... entusiasmo.

—Ya llegamos muy tarde —remarcó Sue.

—Es una fiesta universitaria —Naya le puso una mueca—. No llegaríamos tarde ni aunque quisiéramos.

Así que no me quedó otra que sentarme en el sofá junto a Sue. Jen estaba al otro lado. Lo había hecho a propósito para no sentarse a mi lado.

Por fin estábamos de acuerdo en algo.

—¿Qué? —pregunté bruscamente cuando pasaron unos cuantos segundos sin que nadie dijera nada.

—Tenemos que contaros algo —sonrió Naya.

—Sí —Will también parecía extrañamente feliz—. Algo muy importante.

—Dime que no vais a meter a más gente a vivir aquí, por favor —suplicó Sue.

Fruncí un poco el ceño cuando Will y Naya intercambiaron una miradita divertida.

¿Qué demonios les pasaba?

—No podemos decir que no —aclaró Will.

—No, por favor —a Sue iba a darle un infarto en cualquier momento.

Naya sonrió ampliamente, señalándola.

—Pero... no tendrás que preocuparte del espacio hasta dentro de unos nueve meses.

Espera, ¿qué?

¿Qué...?

¿Era...? ¿Cómo...?

Alerta por cortocircuito.

Creo que ni siquiera lo había asumido cuando Jen se inclinó hacia delante, perpleja.

—¿Estás...? —la señaló.

—De tres semanas —dijo Will.

—¿Qué...? —musité, pasmado.

¿Will siendo padre?

¡¿Naya siendo madre?!

Dios, pobre crío.

—Esperábamos un poco más de entusiasmo, la verdad —Naya nos puso mala cara.

Sue levantó las dos manos de pronto, como si quisiera congelarnos a todos.

—Un momento, ¿voy a tener que aguantar a un niño baboso, llorón y gruñón?

—O una niña —dijo Will, divertido.

No me lo podía creer. ¿En qué momento...?

Vi que Jen se ponía de pie y empezaba a abrazarlos con fuerza, emocionada. Yo seguía clavado en mi lugar sin ser capaz de reaccionar.

—¡Enhorabuena, chicos! —les dijo Jen con un deje de emoción en la voz—. ¡Seréis unos padres increíbles!

Will echó una ojeada divertida a Sue.

—Y, si no, tía Sue se encargara del bebé.

—¡A mí no me dejéis a cargo del bicho! —protestó ella al instante.

Tampoco lo había asumido cuando estuvimos en el coche. Sue volvió a sentarse entre Jen y yo. Le eché una ojeada molesta a Jen cuando vi que sonreía a su móvil, escribiendo algo. Supuse que a Charlie.

Maldito y estúpido Craig.

Bueno, concentración. Tenía que hablar con Will.

En cuanto estuvimos en la fiesta, lo enganché del brazo y lo aparté de los demás. Nos quedamos en un rincón de la cocina mientras nuestros queridos acompañantes brindaban por el bebé. Naya brindó con agua, claro.

Miré a Will como si esperara que confirmara si era cierto o no. Él tenía una pequeña sonrisa de idiota en los labios.

—Bueno, ¿qué? ¿No vas a darme la enhorabuena?

—P-pero... ¿es verdad?

—Claro que es verdad, idiota, ¿te parece que vamos a bromear con eso?

—¿Y yo qué sé? ¡No entiendo nada!

—Ven aquí, tío Jackie —bromeó, divertido.

Sonreí cuando me abrazó y me separé, negando con la cabeza.

—No me lo puedo creer. Vas a ser padre.

—Yo sigo sin creérmelo del todo, por si te sirve de algo.

—Pero... —bajé la voz, extrañado—, ¿ha sido a propósito o...?

—A ver —suspiró—, puede que haya sido un pequeño accidente... pero eso no quiere decir que el accidente no sea bienvenido. Siempre quise ser padre joven.

—Ya, pero... ¿tan joven?

—¿No me dices siempre que parezco un viejo cuando hablo? —preguntó, divertido.

Vale, en eso tenía razón. Negué con la cabeza, todavía medio perplejo.

—Bueno, mientras no dejes al pobre crío a solas con Naya... todo saldrá bien.

—Naya lo hará bien —me aseguró él, sacudiendo con la cabeza.

—Ya, ya. ¿Te acuerdas de esa vez que arrancó la cabeza a una muñeca, hace años? Bueno, mejor vigila a ese pobre crío.

Él se echó a reír, divertido.

—Serás *papá Willy Wonka* —murmuré—. Y yo voy a ser tío Jackie. ¿Por qué de repente me siento como si tuviéramos cincuenta años?

—Para mí siempre tendrás cinco años mentales, no te preocupes.

—Gracias, papi Willy. Espero que cambies los métodos de motivación personal cuando se trate de tu bebé.

Will sonrió y pareció querer decir algo más, pero se detuvo cuando miró por encima de mi hombro. Me giré instintivamente y sentí que se me tensaba el cuerpo entero cuando vi que el idiota de Craig iba directo a Jen, que se había ruborizado.

¿Por qué... se tenía que ruborizar con ese idiota?

Puse mala cara, resentido con el mundo.

—Cálmate —me recomendó Will.

—Si estoy muy calmado —le aseguré—. Solo tengo ganas de matar a alguien, pero por lo demás estoy completa y absolutamente calmado.

—Ross —atrajo mi atención, muy serio—. Te he visto los ojos. Sé cómo te pones cuando estás... así. Ten cuidado con lo que haces.

Fruncí el ceño al instante, dolido.

—¿Te crees que quiero hacerle daño a Jen?

—No físicamente —remarcó.

Le puse mala cara y aparté la mirada.

—Mira, sé que te hizo daño, pero hacerle daño tú a ella no hará que te sientas mejor.

—¿Y si se lo hago a Caleb? —ironicé.

—El amigo de Jenna no tiene la culpa de nada que haya pasado entre vosotros dos. Y lo sabes.

Sí, vale, lo sabía, pero estaba frustrado. Y más lo estuve cuando vi que Craig apoyaba la mano descaradamente en el hombro de Jen y ella se acercaba a él.

Vale, necesitaba acercarme antes de que me explotara la cabeza de fruncir tanto el ceño. Ya era cuestión de vida o muerte.

Creo que lo que más me irritó fue que, cuando llegué, todos estaban riendo. Dejé la cerveza algo más bruscamente de lo que pretendía en la encimera, junto a Jen, y los tres se giraron hacia mí al instante.

—¡Ross! —Naya sonreía, entusiasmada, echando miraditas a Jen—. ¿Te acuerdas del amigo de Jenna?

¿Que si me acordaba? Como si pudiera olvidarlo. Maldito Charlie.

Le puse mi peor cara y él se encogió, avergonzado.

—Sí —mascullé como un niño pequeño.

Naya los señaló felizmente.

—Mira, estaba diciéndoles lo buena pareja que hacen, ¿qué opinas tú?

Opinaba que quería tirarme por la ventana, pero no creo que esa respuesta fuera a gustarle demasiado.

Charlie quitó la mano de encima de Jen y se apartó un paso, algo intimidado.

—¿Qué tal?

Fui a responder, pero Jen se me adelantó.

—No hace falta que le hables —musitó, enfadada.

Enarqué una ceja al instante.

Así que la señorita pantaloncitos sexys quería guerra, ¿no?

Perfecto. Iba a tenerla.

—Pues muy bien —le dije a su amiguito, ignorándola—. Hace mucho que no nos vemos. Y eso que has quedado muchas veces con *Jennifer*.

—No hemos quedado tanto —aseguró él, incómodo.

—Oh, demasiado.

—Jack —ella me miró, enfadada.

Ese nombre dicho por ella hizo que todo empeorara. Todo. Apreté los dientes, enfadado.

—Es Ross.

—Ugh, cállate.

—Solo estoy hablando con él.

—No, estás siendo un maleducado.

La miré fijamente. Ella también me miró fijamente. Cada uno estaba más enfadado que el otro.

—No pasa nada —aseguró Charlie de fondo, aunque para mí su existencia ya había pasado a un segundo plano.

Noté que Will se acercaba, pero no despegué los ojos de Jen. Ella tampoco lo hizo. Parecía furiosa.

Le brillaban los ojos incluso cuando estaba enfadada conmigo.

Will intentó sacar conversación, o eso creo. Me daba igual. Solo podía pensar en cierta señorita que, finalmente, rompió el contacto visual entre ambos. La seguí inconscientemente a la nevera, donde vi que iba con todas las intenciones de agarrar una botella de alcohol. La cerré impulsivamente y ella se giró hacia mí, sorprendida y enfadada a partes iguales.

—¿Qué haces? ¡Podría haber perdido la mano!

Puse los ojos en blanco.

—Es una nevera, no la boca de un maldito tiburón.

La imagen de los dos en la casa del lago, nadando, besándonos... me vino a la mente. La aparté enseguida, todavía más cabreado.

No era justo. No era justo que yo siguiera acordándome de todo eso y a Jen le diera igual.

—Bueno —se cruzó de brazos—, ¿me vas a dejar abrirla?

—No —me enfurruñé, tan irracional como de costumbre.

—¿Cómo que no?

—No quiero que te emborrches.

—¡Por Dios, no empieces!

Cuando hizo un ademán de apartarme, me acerqué un poco más a ella inconscientemente.

—No quiero que te emborraches aquí —aclaré.

—¿Aquí?

—Aquí, rodeada de todos estos idiotas.

Para mi sorpresa, eso pareció cabrearla mucho más.

—Ninguno de estos idiotas me ha tratado la mitad de mal que tú.

Ojalá esas palabras no me hubieran sentado como una patada en estómago.

Apreté los labios, frustrado conmigo mismo, con ella, y con toda la maldita fiesta.

—Oh, perdón por no tratar como una jodida reina a la chica que me dejó.

Las palabras de Vivian volvieron a mí como para torturarme. Intenté alejarlas.

—Mira, *Ross* —remarcó esa estúpida palabrita—, ahora mismo no quiero tener esta conversación.

—¿Por qué? ¿Quieres irte con el imbécil?

—Y si quisiera, ¿qué? ¿Tienes algo que decir al respecto?

Se dio la vuelta, enfadada, y volvió con su querido Charlie, dejándome ahí de pie como un idiota.

Necesitaba tomar algo. Y no alcohol. Cerré los ojos con fuerza y miré a mi alrededor. Por fin, localicé las escaleras y subí al cuarto de baño.

No sé cuánto tiempo habíamos estado en esa fiesta. El corazón me bombeaba sangre a toda velocidad, mi cabeza pensaba tan rápido que nada tenía sentido y apenas podía sentir los dedos o los labios. Era como si estuviera en medio de una especie de anestesia extraña que solo calmaba el dolor de cabeza... pero aumentaba mis nervios.

Ni siquiera me di cuenta de que estaba deambulando junto a la cocina hasta que noté una mano sujetándome del hombro. Parpadeé varias veces para enfocar a Will, que me estaba mirando fijamente.

—¿Has bebido? —me preguntó, enfadado.

Y cosas peores.

—¿Tú qué crees?

—Creo que deberíamos irnos —espetó.

Abrí la boca para responder, pero me quedé completamente en blanco cuando me giré hacia la cocina.

Mi corazón se detuvo. Jen y Charlie. Juntos. Él estaba inclinado sobre ella.

Oh, no, por favor. No, no, no... eso no.

Me aparté de Will como en medio de una ensoñación y casi sentí que el mundo entero volvía a su lugar cuando me di cuenta de que no la estaba besando. Solo le estaba pasando el pulgar por el labio inferior.

Mi cuerpo entero —que ya estaba lo suficientemente tenso por culpa del alcohol y las drogas— se movió sin que yo pudiera ser consciente de lo que hacía. De pronto, me encontré a mí mismo rodeando el cuello de Jen desde atrás para acercarla a mí. Craig levantó la mirada, sorprendido, y noté que Jen se tensaba.

Ni en esa situación en la que apenas podía ser consciente de lo que hacía, fui capaz de evitar notar que el pelo le olía tan bien como recordaba. Y pensar que una de mis almohadas había olido así de bien por tres meses...

Mis ojos se clavaron en Charlie.

—¿Qué tal, Curtis? —pregunté.

La primera vez que dices bien su nombre y es en estas condiciones.

—Eh... muy bien, la verdad.

—Sí, eso ya lo veo.

Jen intentó apartarse de mí. Le puse mala cara.

—¿Quieres algo, Ross? —Naya se había acercado de la nada. Ni me había dado cuenta hasta ese momento.

—Solo pasaba por aquí —mascullé.

Jen dijo algo, pero la cabeza me daba tantas vueltas que no la entendí. Solo vi que estaba cabreada. Will también dijo algo. Dios, me dolía todo. Parpadeé, confuso, cuando Jen se apartó de mí y se marchó con él a la terraza.

Y, no sé por qué, en ese preciso momento fue cuando la parte de mi cerebro llamada *raciocinio* desapareció por completo.

Ni siquiera recordaba haber salido a la terraza, pero de pronto estaba delante de Jen. Ella estaba furiosa. Le había dicho algo, pero no estaba muy seguro de

qué era. Me pasé una mano por el pelo cuando un destello de dolor me cruzó la cabeza. No debería haber bebido tanto. No debería haber tomado nada.

Reaccioné cuando, de pronto, noté que Jen me empujaba por el pecho, completamente furiosa.

—¿Y tú me pides explicaciones? —su voz sonaba como de una galaxia muy lejana—. ¡Mírate!

—Puedo hacer lo que quiera —le dije en voz baja.

Dijo algo, pero no pude entenderla. Solo vi que sus labios se movían y me señalaba, fuera de sí. De pronto, estaba en el pasillo. Me dolía todo. Iba a vomitar en cualquier momento. No sabía ni cómo me estaba sosteniendo de pie. Solo sabía que todo daba vueltas cuando Jen se giró en seco hacia mí, haciendo que me detuviera en seco, intentando no caerme.

—¡...deja de darme órdenes! ¡Me lo estaba pasando bien hasta que has decidido meterte en mi maldito camino!

No sabía de qué me hablaba, pero me daba igual. Podía imaginarme por dónde iba la cosa.

—¡Estabas a punto de hacer una tontería!

—¿Una tontería? —repitió, completamente furiosa—. ¿Y qué sabes tú de mis tonterías?

—¡Enrollarte con ese idiota hubiera sido una tontería!

—¡Enrollarme contigo fue una tontería!

Incluso en medio de la ensoñación que estaba viviendo, sin ser consciente del todo de mi alrededor, sentí que la rabia recorría mi cuerpo, apretándome los puños.

—¡Si tanto te gusta ese imbécil, vete a vivir con él y no conmigo!

—¡Tranquilo, estoy deseando irme a vivir a cualquier otro lado para no tener que volver a verte!

Su imagen estaba casi distorsionada. No podía enfocarla bien. Y era como si sus palabras hicieran eco en mi mente antes de que pudiera encontrarles un significado. No podía pensar con claridad. Solo podía estar furioso.

—¡Si tanta prisa tienes, haz la puta maleta y vete de una vez!

—¡Lo voy a hacer! ¡Ni siquiera la he deshecho porque sabía que pasaría esto!

—¡Pues claro que sabías que pasaría! ¿Qué te creías? ¿Que ibas a volver y encontrarlo todo perfecto cuando tú misma lo dejaste hecho una mierda?

—¡Jack, no es...!

—¡ROSS!

—¡Pues Ross! —espetó, gritando—. ¡Me da igual! ¡Dentro de unas semanas me iré de tu vida otra vez y ya no tendrás a nadie a quien culpar de tus problemas!

—¡Pues que te aproveche la jodida residencia!

—¡Seguro que será mejor que tener que vivir contigo!

—¡Sí, y podrás traerte a todos los tíos que quieras!

Esas palabras habían hecho que me ardiera la garganta, pero me dio igual.

—¡Que lo hagas tú no significa que yo vaya a hacerlo!

—¡Tú no tienes ni puta idea de lo que hago o lo que no hago, Jennifer!

Ella se detuvo, todavía furiosa, y me pareció que alguien decía algo, aunque no llegué a escucharlo. Sue y Jen se alejaron. Will me sujetó del brazo y me arrastró con él hacia el coche, tambaleándome. No podía sentir las piernas. Era un milagro que no me hubiera caído todavía.

Él me detuvo junto al coche y me sujetó bruscamente de un hombro.

—Tienes que tranquilizarte —espetó.

No dije nada. La cabeza seguía dándome vueltas.

—Mírate, Ross —negó con la cabeza—. Hazte el favor de no decirle nada más. Espérate y hazlo mañana, cuando te tranquilices. Por favor.

No dije nada. Solo me aparté de él y subí al coche.

Cuando llegamos al piso, yo sentía que no podía más e iba a desplomarme en cualquier momento. Me dejé caer en el sofá y me pasé las manos por la cara. La imagen de Vivian burlándose de mí volvió a mi cabeza.

Y, claro, hice justo lo contrario a lo que Will me había dicho que hiciera.

Levanté la cabeza y miré a Jen, que era la única que quedaba en el salón.

—¿Alguna vez me fuiste infiel? —pregunté sin rodeos.

Ella se detuvo de golpe y se giró hacia mí con una lentitud que me puso más tenso de lo que ya estaba.

—¿Estás de coña? —me preguntó en voz baja.

—Es solo una pregunta —mascullé.

—Sabes perfectamente la respuesta.

¿La sabía? ¿De verdad? Sentía que, a esas alturas, ya no sabía absolutamente nada. Ni siquiera sabía cómo me sentía.

Vivian, mi padre... siempre los había tratado como si hablaran de una forma cruel de Jen, pero... ¿y si habían tenido razón todo el tiempo? ¿Y si siempre habían sido los que habían visto las cosas como eran?

Apreté los dientes, enfadado, y me puse de pie mirándola.

—¿La sé? —pregunté, acercándome—. Cada vez que te veo, me da la sensación de que hay más cosas de ti que no he llegado a conocer nunca.

—¿Qué...? —parecía realmente desconcertada—. ¿De qué demonios estás hablando?

Bueno, ya era hora de decirnos la verdad el uno al otro.

—Nunca fuiste del todo sincera conmigo, ¿no?

—Fui sincera contigo —le temblaba la voz.

—Oh, sí. El último día lo demostraste muy bien.

—Yo no... —se acercó a mí, frustrada—. ¿Y tú qué, Ross?

—¿Yo, qué? —enarqué una ceja.

—¡Deja de hablarme así, como si no hubieras tenido ningún secreto durante nuestra relación!

—Nunca te mentí. Nunca. Ni una sola vez en esos tres meses de mierda.

Ojalá lo hubiera hecho. Por una vez, desearía ser el malo de la historia y no el idiota al que dejan de lado.

—¡Pero tampoco fuiste completamente honesto! —Jen me señaló—. ¡Te pasabas el día evitando mis preguntas!

—¡Y ahora, viendo en lo que nos hemos convertido, me alegro de ello!

—¡Yo te lo conté todo!

—¡Y yo no te conté lo que *no* necesitabas saber de mí!

La imagen de mi padre empujándome contra la mesa de cristal hizo que, como siempre, un pinchazo de dolor me recorriera la espalda, especialmente en la zona del tatuaje.

Oh, no, eso ahora no. Solo empeoraría las cosas. Necesitaba cambiar de tema. Urgentemente.

Jen se acercó un poco más a mí, todavía furiosa.

—¡Me da igual lo que necesitara, lo que quería era conocerte bien! ¡Y nunca me diste la oportunidad de hacerlo!

—¿Y qué hubieras hecho si te lo hubiera contado todo? —pregunté en voz baja, dolido—. ¿Me habrías dejado aún peor por haber sido lo suficientemente idiota como para confiar en ti?

—¡Me da igual, Ross, te conté todo de mí! ¡Incluso te hablé de mi maldito hermano mayor pillándome sin sujetador! ¡Te conté cada detalle y tú nunca me diste una sola pista de nada de tu vida! ¡Tenía que descubrirlo por los demás!

Apreté los labios, enfadado.

—¡Mi vida no es tu maldito problema, Jennifer!

—¡No, ya no!

Me empujó por el pecho y di un paso atrás voluntariamente. Necesitaba alejarme de ella si quería concentrarme en lo que decía.

—¡Es tu problema! —espetó—. ¡Y te las estás destrozando!

—¿Yo me la estoy destrozando? —fruncí el ceño.

—¡Sí, Ross! —otro empujón—. ¡Después de todo lo que yo... después de todo lo de Francia y de tener la maldita oportunidad de tu vida, mira lo que estás haciendo!

—¡Estoy haciendo lo que quiero!

—¡No, estás intentando ser alguien que no eres!

—¡No sabes quién soy! —cuando hizo un ademán de volver empujarme, no pude más y le sujeté las muñecas para que se quedara cerca de mí—. ¡No sabes nada de mí! ¡Lo hubieras sabido si te hubieras quedado aquí, conmigo!

Ella no se apartó, pero casi sentí que toda mi fachada se venía abajo cuando se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Sé que no eres... esta persona! —gimoteó.

Tardé más de lo que hubiera deseando en responder.

—Esta persona —repetí en voz baja, viendo como las lágrimas se

amontonaban en sus bonitos ojos castaños.

—¡Sí, Ross! ¡Este... imbécil que no deja de meterse con todo el mundo, drogarse y emborracharse porque... no sé por qué!

Yo, desgraciadamente, sí que lo sabía.

—¿Y qué soy, Jennifer? —pregunté casi en un susurro.

—Eres... —se le rompió la voz—. Eres bueno, Ross.

Apreté los dedos en sus muñecas cuando vi que empezaban a resbalarle lágrimas por las mejillas.

Y todo por mi culpa.

Jen se acercó un poco a mí, llorando, y yo no fui capaz de apartarme y fingir que no me importaba.

—Eres gracioso, asquerosamente encantador y tienes un don para salirte con la tuya siempre. Eres... un chico al que le gustan las películas y la comida basura, el cine y los superhéroes. Y que hace los recados de los demás porque le encanta aunque finge que no es así.

Me quedé helado cuando movió las manos sin que yo le soltara las muñecas y me las puso en las mejillas.

—Y eres... eres Jack, no Ross. Ross es lo que intentas ser para no salir herido, pero no eres tú. Y lo sabes.

Noté que se me formaba un nudo en la garganta cuando me pasó los pulgares por las muñecas, acariciándome con tanta suavidad que casi me derrumbé por completo.

Era como si nadie me hubiera acariciado en años. No como ella lo hacía. No como ella me hacía sentir cuando lo hacía.

—Sé que te hice daño —continuó en voz baja, llorando—. Y lo siento. Lo siento mucho. No sabes cuánto. Ojalá pudiera...

Negó con la cabeza, tragando saliva. Un débil sollozo escapó de su garganta antes de poder continuar, y yo sentí que el nudo de la mía aumentaba.

—Sé que lo has pasado mal por eso. Y sé que... sé que ha sido por mi culpa. Pero... no eres así. No eres... simplemente no eres este, Jack. No necesitas serlo. En el fondo, eres el chico que conocí hace un año. Nunca has dejado de serlo.

Y, justo ahí, sentí que me decía la verdad.

Que realmente podíamos volver a ser lo que habíamos sido. Que yo... podía

volver a ser lo que había sido hace un año.

Pero, casi al instante en que hice un ademán de decir algo, la imagen de Vivian me vino a la mente. *Piensa en eso cada vez que sientas que vuelve a acercarse a ti*. ¿Y si ella tenía razón?

No, no podía volver a caer con esto. No otra vez.

No podría soportarlo.

Me obligué a mí mismo a separarme de ella y soltarle las muñecas. Intenté que la desesperanza de sus ojos no me importara, pero no fui capaz de conseguirlo.

—Tú misma te encargaste de que el chico que conociste hace un año desapareciera —le dije en voz baja.

No podía volver a vivir algo con ella, aunque fuera solo amistad. No si volvíamos a terminar igual. Sería insoportable.

—¿Por qué demonios has vuelto? —pregunté, y noté que me temblaba la voz —. ¿Te creías que esto iba a ser bonito? ¿Que tendríamos una segunda parte maravillosa y que yo volvería a dejarlo todo por ti?

—Ross, no...

—¿Te crees que volveré a tragarme el mismo cuento dos veces?

—¡No era ningún cuento!

—¡Me dejaste, Jennifer, así que deja de insinuar que lo que hacías era real!

—¡Lo era! —insistió, desesperada.

Cuando hizo un ademán de volver a acercarse a mí, yo me aparté bruscamente.

No. Tenía que ser fuerte. Tenía que protegerme a mí mismo. Ya no podía más.

—¿Y por qué me dejaste?! —exploté—. ¡¿Por qué demonios te fuiste?! ¡Te lo di todo! ¡Todo! ¡Y no me refiero a dinero, al piso, o a cualquiera de esas mierdas! ¡Te di todo lo que tenía de mí! ¡Aunque a ti te pareciera que no lo hacía, nunca me había abierto de esa forma con nadie! ¡Con nadie en el puto mundo! ¡Solo contigo!

Hice una pausa. Me escocían los ojos. No, no iba a ponerme a llorar. Aunque ella lo estuviera haciendo. Me tembló la respiración cuando me alejé un paso de ella.

—Eras la única persona en el mundo que podía hacerme daño. Y lo hiciste.

—Jack... yo no...

—¿Y ahora te crees que tienes algún derecho a venir aquí a darme lecciones sobre cómo cuidar mi vida? ¿Te crees que me creo toda esa mierda de amiga preocupada? ¿Crees que quiero ser tu amiguito? No es que no quiera, Jennifer, es que no puedo.

Me pasé las manos por la cara, intentando calmarme. No quería llorar. Por favor. No delante de ella.

—¡No puedo estar cerca de ti! ¡Cada vez que te veo, es como revivir toda esa mierda otra vez! ¡Te veo marchándote después de que hiciera todo lo que estuvo en mi mano para que te quedaras! ¿Quién te crees que eres para volver justo cuando estaba empezando a olvidarte? ¿Quién te crees que eres para volver a sacar todo esto de la nada?

No podía seguir viéndola llorar por mi culpa. Le di la espalda durante unos segundos, intentando calmarme. Me temblaban las manos cuando me volví de nuevo.

—Sabes que te quería, ¿no? —mascullé, resentido—. Lo sabías perfectamente, pero no impidió que te marcharas. Y sigo sin saber por qué lo hiciste. Porque no fue por el idiota que te esperaba en casa, ¿verdad?

Cuando vi que iba a responder, negué con la cabeza bruscamente.

—¿Sabes qué? No quiero saberlo. Debí haber hecho contigo lo que hacía con todas. Me habría olvidado de tu maldita existencia en una semana.

Incluso yo sabía que eso no era cierto, pero estaba demasiado enfadado como para ser racional.

Ya solo quería que se sintiera mal, como yo me había sentido. Que sintiera una pequeña parte de lo que yo había sentido durante ese año, aunque no fuera a servirme para nada y probablemente me arrepentiría en cuanto lo hubiera dicho. Me daba igual.

—Era lo que quería hacer cuando te conocí, ¿sabes? —le dije en voz baja, temblorosa—. Quería echarte un polvo y mandarte a casa. Pero Will me pidió que no lo hiciera porque eras la compañera de habitación de su novia. Porque Naya parecía pasárselo bien contigo y sabía que no querrías volver a venir con nosotros después de que yo te mandara a la mierda. Fue lo único que me impidió hacerlo —apreté los labios con fuerza, hasta el punto en que empezaron a dolerme—. Ojalá lo hubiera hecho.

Ella me miraba fijamente. Las lágrimas seguían resbalándole por las mejillas, gritándome que estaba llorando por mi culpa, pero no me acerqué. No podía.

Solo me di la vuelta y empecé a alejarme de ella, deseando poder borrar de mi memoria toda esa noche horrible.

—¿Sabes cuál es tu problema? —me preguntó en voz baja.

—No tengo ningún problema.

—Sí, sí lo tienes. Tu problema es que sigues enamorado de mí, Jack.

Apreté los dientes al instante.

Pues claro que lo estaba. Ojalá no fuera cierto, pero lo estaba. Era tan obvio que me merecía que me lo echara en cara.

Estaba furioso. Me giré hacia ella y me acerqué con dos zancadas. No se movió de su lugar cuando me incliné tan cerca de ella que casi podía rozarla.

—Y tú de mí, Jen.

Ella abrió ligeramente los ojos y fue todo lo que necesitaba para confirmarlo

—Estás tan jodidamente enamorada de mí que no soportas vivir aquí. Por eso te fuiste, ¿verdad? Quizá no fue el principal motivo, pero fue uno de ellos. Y por eso quieres irte otra vez. Porque eres demasiado cobarde como para enfrentarte a eso. Como para afrontar que alguien te gusta lo suficiente como para que pueda hacerte daño.

Sí, ese era el maldito problema. *Su* maldito problema.

—Que estás enamorada de mí —añadí en voz baja—. Porque lo estás. Puedes odiarlo todo lo que quieras, pero es así.

Jen intentó respirar hondo y vi que le temblaba el labio inferior.

—No estoy enamorada de nadie.

Sonreí irónicamente, negando con la cabeza.

No, eso no iba a negármelo. Eso no.

—Pues apártate —le dije en voz baja.

No lo hizo. Solo me miró fijamente, dudando.

—Venga —insistí—, apártate.

Me incliné hacia ella. Casi podía volver a besarla. Casi. No me atrevía a hacerlo.

Eso pareció frustrarla mucho. Tanto que perdió los nervios.

—¡Deja de ser un imbécil, Ross, sabes que no...!

—Oh, ¿lo sé?

—¡Eres un... engreído y... un maldito idiota!

—Puedes mentirme a ti misma todo lo que quieras, Jennifer, a mí no me engañas.

—¡No quiero engañarte! ¡No quiero nada contigo! ¡Tú eres el que tiene sentimientos que no tiene tener, no yo, porque...!

A la mierda.

Ya no podía más.

Sin siquiera ser consciente de lo que estaba haciendo, le sujeté la cara con ambas manos y pegué mis labios a los suyos bruscamente.

Fue como si alguien, de pronto, hiciera que mi cuerpo volviera a la vida después de un año entero estando apagado. Sentí que mi corazón se aceleraba, que me temblaban las manos y que lo único que podía desear en ese momento era seguir besándola hasta olvidarme de una vez de todo lo que habíamos pasado durante ese año.

Solo quería estar con ella.

Pero... no. No podía, ¿verdad?

Vivian tenía razón. O... podía tenerla. No podía volver a arriesgarme.

Nada jamás me había resultado tan complicado como lo fue separarme de un paso de ella, respirando agitadamente.

—¿Lo ves? —me temblaba la voz.

Esbocé una sonrisa triste cuando ella parpadeó, sorprendida.

—Al menos, tenías razón en algo. Tengo sentimientos que no quiero tener. Porque sigo queriéndote. Y no te lo mereces.

Mi pecho se oprimió cuando me di cuenta de lo que estaba a punto de decir.

—Nunca te has merecido que te quisiera, Jennifer. Nunca te lo merecerás. Pero soy lo suficientemente idiota como para seguir haciéndolo toda mi vida.

Ya no podía más. No quería seguir viéndola. Me di la vuelta con la respiración hecha un desastre y agarré mis cosas antes de salir al pasillo.

Me detuve en la ventana y tomé una bocanada de aire, intentando centrarme. La cabeza me daba vueltas, pero ahora por un motivo muy distinto.

La imagen de Jen llorando hizo que tuviera que cerrar los ojos con fuerza.

Mierda, ¿qué había hecho?

Me di la vuelta y volví a entrar en el piso. La puerta de nuestra habitación se cerró justo en ese momento.

Solté la chaqueta y las llaves por el pasillo, pero me dio igual. Llegué a la puerta y mi mano se quedó suspendida en el aire, a punto de abrirla.

Sin embargo, algo me detuvo.

¿Qué iba a arreglar ahora? No podía arreglar nada. No había nada más que hacer. Acababa de conseguir que me odiara. Y yo, por mucho que lo intentara, era incapaz de hacerlo.

Apoyé la frente en la puerta, frustrado, y me alejé de ella hasta que mi espalda chocó con la pared del pasillo. Me dejé arrastrar hasta que estuve sentado en el suelo y hundí la cara entre las manos.

Capítulo 14

—¿Ross?

Gruñí algo, medio dormido, y volví a notar que me movían el hombro.

—Ross, despierta, vamos.

Finalmente abrí los ojos. La cabeza me dolía como si me la estuvieran martilleando, pero no fue nada comparado con la punzada de dolor que sentí en el cuello al incorporarme de golpe.

Naya estaba agachada a mi lado con cara de sueño.

—¿Qué haces durmiendo aquí? —preguntó, extrañada.

Me froté la nuca con la mano, intentando acordarme de cómo demonios había terminado durmiendo en el maldito pasillo.

Ah, sí... Jen. Mierda.

Me entraron ganas de darme con la cabeza en la pared.

Naya intercambió una mirada entre mi expresión y la puerta y levantó las cejas.

—Oh... —murmuró, sin saber qué decir.

—¿Qué haces despierta? —pregunté, confuso.

—Tengo hambre —puso una mueca—. Venga, ven conmigo. Debes estar muy incómodo ahí sentado.

Acepté su mano y me puse de pie, con la espalda y el cuello doloridos.

Naya fue tan felizmente como siempre al salón. Intenté que se me contagiara un poco de su felicidad por el camino, pero la verdad es que no lo conseguí. Fui directo al sofá y me dejé caer en él, mirando el techo. Escuché que ella rebuscaba por la cocina y volvió con un tarro de galletas de chocolate.

—Para cuando terminen estos nueve meses voy a engordar doscientos kilos —murmuró, sentándose a mi lado en el sofá de piernas cruzadas—. Pero la verdad es que me da igual.

Sonreí un poco y negué con la cabeza.

—Enhorabuena —murmuré—. Lo siento, todavía no te había dicho nada.

—Ah, no pasa nada —me dijo con la boca llena—. Bueno, ¿quieres hablar de lo que ha pasado o mejor fingimos que somos todos felices comiendo galletas y hablando de mi embarazo?

—Me quedo con la segunda opción.

—Como quieras —me ofreció el tarro y robé unas cuantas galletas. La verdad es que tenía hambre.

Pero, claro, no había dado dos mordiscos a la galleta y ya había cambiado de opinión.

—Soy un gilipollas —murmuré.

Ella me miró, pero no lo negó.

—No tanto como un gilipollas —aclaró—. Solo... um... cuando estás de mal humor eres un poco... ejem... ogro.

—Vaya, gracias.

—¡No te lo tomes como algo malo! Eres mi ogro favorito.

—Naya, a veces no sé si me estás halagando o insultando.

—Si te quisiera insultar no sería tan creativa —me aseguró, todavía devorando galletas.

La observé unos segundos antes de hablar de nuevo.

—Si tú discutieras con Will... mhm... y dijeras algo de lo que te arrepientes mucho... ¿cómo lo arreglarías?

Naya me dedicó una mirada pensativa mientras cerraba el tarro de galletas. Se había comido casi la mitad en tiempo récord. Ni siquiera sabía dónde podía meter tantas galletas teniendo un cuerpecito tan pequeño.

—Bueno —dijo al final—, yo me iría a dormir, intentaría calmarme y luego, por la mañana, cuando los estuviéramos más calmados... intentaría explicarle que estaba cabreada y dije algo sin pensar. Will lo entendería.

—Ya...

—Y Jenna también —añadió con una sonrisita.

—¿Quién ha hablado de Jen? —murmuré, enfurruñado.

—Oh, nadie, nadie... solo digo que ella es muy comprensiva —sonrió, divertida

por mi reacción tan obvia—. Solo digo que en *remotísimo* caso de que dijeras algo de lo que pudieras arrepentirte... ella lo entendería. Es muy comprensiva.

Me miró, curiosa.

—¿Te ha servido de algo?

—Creo que sí.

—Nunca creí que llegaría a darte consejos matrimoniales, Ross —dijo, divertida.

Puse los ojos en blanco y me tumbé dándole la espalda. Escuché su risita cuando fue a dejar las galletas a la cocina y sus pasitos hacia el pasillo. No tardé mucho en quedarme dormido otra vez.

Sin embargo, me desperté de nuevo cuando noté que me sacudían el hombro. Abrí los ojos, confuso, y vi que ya era de día. ¿Cuánto tiempo había dormido?

—¡Ross Rossi Ross! ¡Despierta, venga!

Naya seguía sacudiéndome con suficiente fuerza como para arrancarme un brazo, la muy bruta.

—¡Que ya estoy despierto! —protesté—. ¡Deja de sacudirme!

—¡Es que he tenido una gran idea!

—Me das miedo.

—¡Escúchame! —protestó—. ¡Podemos hacer tortitas de esas que hiciste el año pasado!

—¿En serio, Naya? ¿Tú y yo en una cocina? Se me ocurren pocas combinaciones peores.

—Oh, vamos, ¿qué puede pasar que sea tan malo?

—Que muramos todos en un incendio —enarqué una ceja.

Ella no pareció muy asustada. Solo se puso a sacar las cosas de los armarios.

—¡Vamos, a Jenna le encantaron! Podrías hacerle unas cuantas. Y pintarles un corazón con sirope o algo así. Las tortitas del amor.

La idea era tan estúpida y brillante a la vez... que no pude negarme.

Y así terminé haciendo tortitas con Naya a las cinco y media de la madrugada.

¿En qué momento había acabado ahí?

Bueno, siendo sincero... tampoco estubo tan mal. Naya en general me ponía de los nervios, pero era como una hermana pequeña y pesada. Y cuando coincidíamos en algo poníamos de los nervios a Will, cosa que nunca estaba de más. Era divertido verle perder los nervios por nuestra culpa.

Hablando de cierto señorito... escuché pasos por el pasillo y miré por encima del hombro, ilusionado, pero solo era Will en pijama con cara de extrañeza.

—¿Huele a... tortitas? —preguntó, pasmado.

—¡Sí, mira, amor! —Naya ya se estaba comiendo una y fue corriendo hacia él para darle un bocado—. Toma, pruébala. ¡Está genial!

Will miró la tortita con desconfianza, como si fuera una bomba antes de explotar.

—Pero... ejem... ¿la habéis hecho vosotros dos? —preguntó, todavía más desconfiado.

—Yo las llevo comiendo un rato y sigo viva —protestó Naya, y le metió el tenedor en la boca.

La cara de sorpresa de Will al notar que estaban buenas fue un poco ofensiva, la verdad.

—Vale, os lo concedo: están muy bien —sonrió y dio un beso en los labios a Naya—. Buenos días.

—Buenos días —ronroneó ella con una sonrisita... y empezaron a morrarse.

Qué bien.

Puse los ojos en blanco y me giré hacia mi plato de tortitas, intentando ignorar la escena amorosa que tenía detrás de mí.

En serio, ¿Jen y yo nos veíamos tan estúpidos el año pasado?

Yo sé que no te importaría verte estúpido con ella otra vez.

—¿Son para Jenna? —preguntó Will directamente al ver que no tocaba las restantes. Seguro que había oído la discusión de anoche.

—Sí —murmuré.

—Pero... ¿a ella no le gustaban con sirope de chocolate?

Y... mierda.

Sabía que algo fallaría.

El amor no es fácil, querido mío. Y menos contigo.

En serio, necesitaba una conciencia nueva. No me gustaba la que tenía.

Pues soy la que te ha tocado. Te jodes.

—¿Qué piensas tanto? —Will frunció el ceño.

—Nada —dije rápidamente. No quería que pensara que me había vuelto loco—. Voy yo a comprarlo.

Tanto Naya como Will me miraron, sorprendidos, cuando empecé a vestirme rápidamente y salí de casa.

Para ser honesto, quizá tardé un poco más de lo necesario. Quería alargar el tiempo antes de verla, y quería tener mejor aspecto del que tenía. Parecía que no había dormido en años y la cabeza me seguía doliendo. Y lo peor es que sabía por qué.

Al menos, Viv me había dado material de sobra para aguantar unos días más sin ir a verla. Aunque me asqueara pensar en ello.

Subí las escaleras con el dichoso sirope casi una hora más tarde. Había dado tiempo de sobra a Jen para que levantarse, salir a correr y decidir si quería las tortitas. Si todo iba bien, solo tendría que darle su sirope de chocolate.

Pero... no estaba ahí.

Me quedé de pie en el vestíbulo. Will estaba lavando los platos. El de las tortitas seguía intacto. Apreté los labios.

—¿Y Naya y Sue? —pregunté para disimular el disgusto.

—Sue ha venido a por su helado, ha desayunado y se ha vuelto a encerrar en su habitación. Naya se ha quedado dormida en el sofá y la he llevado a la cama —sacudió la cabeza.

La pregunta estaba en el aire. Faltaba que hablara de una persona.

Pero no lo hizo, el asqueroso. Quería que lo preguntara yo.

—¿Escuchaste la discusión de anoche? —pregunté sin rodeos, sentándome en uno de los taburetes.

—Sí —murmuró, un poco menos animado.

—Creo que se acabó —murmuré yo—. No sé qué había exactamente entre nosotros, pero... se acabó. Fui demasiado lejos.

—No —me dijo, y luego lo pensó mejor—. No tanto.

Me quedé en silencio, jugando con el bote de sirope de chocolate que acababa de comprar. No pude evitar apretar los labios al recordar lo que había pasado.

—¿No ha salido? —pregunté en voz baja.

Will suspiró sin mirarme.

—No.

Solté el bote y me pasé las manos por el pelo, pegando la frente a la fría barra. Cerré los ojos un momento.

—No es muy normal en ella no salir a correr —le dije, mirándolo.

Will había dejado de trastear por la cocina y me miraba, muy serio.

—Ross, no creo...

Se detuvo y suspiró, como si no supiera qué decirme.

—Mira —siguió—, anoche... te dije que mantuvieras las distancias.

—Lo intenté —le dije sinceramente—. No pude.

Ojalá lo hubiera hecho. Ojalá hubiera esperado a hablar con Jen esta mañana en lugar del día anterior.

¿Por qué demonios nunca le hacía caso al pesado y sabio Willy Wonka?

—Sí, lo sé —se cruzó de brazos—. Y mira cómo terminasteis.

Le sostuve la mirada unos segundos y noté que empezaba a marearme otra vez. Mierda, tener mono y pensar en todo eso no era una muy buena mezcla.

Suspiré al apartar la mirada.

—Estoy harto de esto —le dije en voz baja.

—Lo sé.

—De todo —aclaré, mirándolo significativamente.

Él me miró con su intento de no parecer decepcionado porque me hubiera vuelto a enganchar a esa mierda. Casi lo consiguió.

—Lo sé —repetió.

Eché una ojeada al plato de Jen y pensé que quizá debería acabar yo con todo y llevárselo a la cama. La gente hacía eso, ¿no? Llevar el desayuno a la cama. Era... mhm... ¿una señal de tregua?

—¿Crees que...?

—No —me cortó al ver mis intenciones.

Me quedé en silencio un momento antes de ponerle mala cara.

—¿Por qué eres tan sabio? —protesté—. Se supone que tienes mi edad. ¿Por qué sabes tanto de... todo?

—Soy muy observador —me dijo con una sonrisita orgullosa.

—Odio que siempre tengas razón. A la vez, me encanta. Pero también lo odio. Que lo sepas.

—Oh, ya lo sé. Lo sé todo, ¿recuerdas?

—Hablar contigo es como hablar con un Yoda negro.

Se echó a reír a carcajadas y yo sonreí, negando con la cabeza. La sonrisa se borró un poco cuando miré el plato de tortitas.

—Dáselas a Naya cuando se despierte. Seguro que le gustarán.

Will no dijo nada, pero asintió con la cabeza.

Subí a la azotea a fumarme un cigarrillo y ya aproveché para terminar con el mono y hablar con Joey por teléfono mientras me pasaba el antebrazo bajo la nariz. Ella me echó mi bronca matutina de siempre.

Supongo que era su forma de darme los buenos días.

Cuando bajé de nuevo las escaleras, puse una mueca al escuchar la voz de Mike y Sue mezclándose en el sofá. Se callaron en cuanto pasé por su lado.

—Buenos días, hermanito —canturreó Mike felizmente.

—Cállate —mascullé.

—Vale, todavía no se han reconciliado —dedujo en voz baja.

—Pues claro que no —le dijo Sue—. Anoche discutieron.

—Ah, pero yo creo que acabaran juntos igual.

—Sí, seguro. Son igual de pesados. Hacen buena pareja.

Me detuve antes de entrar en el pasillo y los miré con mala cara. Ellos sonrieron como angelitos.

—Sabéis que puedo escucharos, ¿no?

—Pues claro que lo sabemos —Sue puso los ojos en blanco—. Si no quisiéramos que escucharas, bajaríamos la voz.

—Es que estamos enganchados a vuestra extraña relación —me dijo Mike felizmente.

Vaya dos...

A mí me gustan.

¿Por que será que eso no me sorprendió?

Negué con la cabeza y me giré para ir al cuarto de baño, pero me detuve en seco cuando me encontré de frente con Jen.

Sentí que se me encogía el corazón cuando vi que evitaba mi mirada e iba rápidamente al salón, pretendiendo que no me había visto.

Bueno, supongo que me lo merecía.

Nooooo, ¿tú crees?

Apreté los labios y me metí en el cuarto de baño, enfurruñado. Me di la ducha más rápida de mi vida. Necesitaba alejarme un poco de ese piso y pensar en frío. Después de todo, no sabía qué demonios hacer con mi vida.

Salí del cuarto de baño ya vestido en tiempo récord e hice un ademán de ir hacia la puerta, pero me detuve en seco cuando escuché la vocecita de Jen resonando en el salón.

—...me dijo que el mío era el mismo —murmuró con voz baja, apagada—. Que también sigo enamorada de él.

Me tensé. ¿Por qué hablaba de nuestra discusión con esas dos hienas?

Casi esperaba que se burlaran o hicieran una broma, pero no. Solo hubo unos instantes de silencio.

—¿Y sigues estándolo? —preguntó Mike de repente.

Oh, mierda.

—¿Eh? —soltó Jen con un hilo de voz.

Apoyé la espalda en la pared y cerré los ojos.

—Enamorada de él —aclaró Mike—. ¿Sigues estándolo?

Dejé de respirar cuando la habitación se quedó en silencio.

Honestamente, no sé qué esperaba. Si un sí o un no. No sé que me pondría

más nervioso. O me haría sonreír.

Una parte de mí quería que dijera que sí solo para sentir que no era el único idiota enganchado a nuestra historia.

La otra... bueno, la otra sentía que no me merecía ese *sí*.

Abrí los ojos y asumí que Jen ni siquiera iba a responder cuando, de pronto, escuché que se aclaraba la garganta. Mi cuerpo entero se tensó, esperando.

—Dudo que alguna vez haya dejado de estarlo.

Me quedé mirando fijamente un punto cualquiera de la pared sin saber cómo sentirme. Mi cuerpo entero se había destensado automáticamente, pero... en el fondo no estaba muy seguro de si eso era mejor o peor que una negativa.

Al final, mi única conclusión fue que no entendía nada.

Y que tenía una maldita entrevista. Y llegaría tarde.

Genial, lo ideal para empezar el día.

La entrevista fue tan aburrida como esperaba, y lo peor había sido que durante todas las pausas Vivian había estado bombardeándome a preguntas sobre Jen.

No respondí ni una, claro. Lo que me faltaba.

—Esta noche tengo fiesta —sonrió ella ampliamente mientras salíamos del edificio—. Barra libre. ¿Vendrás?

—No creo.

—¿Seguro?

—Sí.

—Creo que irá la actriz de esa película de terror que tanto te gusta.

—Hoy estoy cansado.

—Bueno... si cambias de opinión, sabes dónde vivo.

Y me dio un beso sonoro en la mejilla antes de marcharse felizmente hacia su coche, donde su conductor la esperaba.

Cuando volví al piso esa tarde estaba más cansado que de costumbre. Solo quería tirarme en el sofá y dejar que pasara otro estúpido día más. Y así hasta morirme de algo.

Qué asco daban las entrevistas. Me quitaban las ganas de todo.

Pero no pude tirarme sobre el sofá porque ya estaba ocupado por un culo odiosamente perfecto.

Jen pareció casi espantada al verme, cosa que no entendí. Dejé la chaqueta en el sillón, incómodo, y escuché que se aclaraba la garganta antes de hablar.

—Yo... eh... —hizo un gesto hacia el pasillo.

Una parte de mí deseó decirle que se marchara si quería, pero la otra... bueno, solo quería poder mirarla un rato más.

—No te molestes —murmuré, yendo a la cocina y haciéndome con una cerveza.

En cuanto me senté en otro sofá y miré la televisión, noté que me miraba fijamente. No devolverle la mirada fue mucho más complicado de lo que habría esperado. Especialmente cuando vi de reojo que se retorció los dedos.

Oh, no. Estaba nerviosa, ¿por qué? ¿Qué había hecho ahora?

¿O qué había hecho yo?

—Ross... —empezó, y solo con esa palabra supe que esa conversación no iba a gustarme.

Bueno, estaba claro. Esa mañana no me había mirado, anoche nos habíamos peleado... estaba claro.

Quería irse.

—Yo... —murmuró—, creo que deberíamos hablar.

Apreté los dientes inconscientemente. Solo quería posponer esa conversación lo máximo posible.

—Creo que anoche ya dijimos todo lo que teníamos que decir.

—No, anoche no estábamos hablando —aclaró—. Estábamos discutiendo.

—¿No te has dado cuenta de que todas las conversaciones que hemos tenido desde que decidiste aparecer de nuevo por aquí han terminado en discusiones? —pregunté, a la defensiva, mirándola—. ¿Qué te hace pensar que esta será diferente?

Jen me sostuvo la mirada. Durante varios segundos.

Por favor, que no dijera lo que no quería oír y sabía que diría.

—Mira —empezó, respirando hondo—, he estado pensando toda la noche, y... y esta tarde... yo...

Cuando vi que agachaba la cabeza, sentí que se me tensaba el cuerpo. No quería oírlo.

—...esto no es sano —concluyó.

Y lo peor es que tenía razón. Tragué saliva, viendo cómo el mechón de siempre se le descolocaba y ella lo recogía detrás su oreja inconscientemente.

Y, claro, dijo justo lo que sabía que diría:

—No... no creo que sea bueno para ninguno de los dos que esté viviendo aquí.

Intenté decir algo, pero se me quedaron las palabras agolpadas en la garganta. Ella debió notarlo, porque siguió hablando.

—Y sé que fui yo misma quien volvió a meterse aquí —me dijo en voz baja—. Yo no... si hubiera sabido que estabas aquí... bueno, eso no importa.

Sí, sí importaba. Todo en ella importaba.

Maldita sea, se iba. Otra vez. Apreté los dientes.

—Yo... voy a pedirle a Chris que me deje quedarme con él en la residencia durante el tiempo que falte para que haya una habitación disponible. Creo... que es lo mejor. Para los dos.

No. No era lo mejor para mí. Mierda, ¿por qué no me había callado anoche? ¿Por qué coño había seguido hablando?

Ella levantó la mirada hacia mí. No supe cuál era mi expresión, pero la suya estaba devastada. Odiaba verla así. Daba igual lo que hubiera pasado entre nosotros, simplemente era incapaz de verla así y no sentir nada.

Bajé los ojos a la cerveza, tratando de calmarme. No funcionó.

—Sé que tienes mucho en lo que pensar —susurró—. Y yo también. Y no... eh... no quiero ser una distracción para ti. Quería que fueras el primero en saberlo. Después de todo, es tu casa y... bueno, podrías haberme echado.

Jamás haría eso. Y ella lo sabía perfectamente.

Por muy cabreado que estuviera, no lo haría.

—Y no lo has hecho —añadió—. Yo... te lo agradezco, pero sé que tampoco eres feliz conmigo aquí. Es... creo que es lo más maduro que podemos hacer.

No. No era cierto. Yo no iba a ser feliz si se iba.

Pero... ¿y si se quedaba? ¿Qué pasaría? ¿Lo mismo que había pasado hasta ahora? No, eso tampoco nos haría felices a ninguno de los dos.

La miré. Estaba preciosa aunque tuviera ese aspecto triste.

—Me iré mañana por la noche —me dijo con un hilo de voz.

No dije nada. No había nada que decir. Se iba a marchar. Otra vez.

Y yo, también otra vez, estaba ahí de brazos cruzados sin hacer nada. ¿Qué podía hacer?

Dios, ojalá fuera Will. Seguro que él sabría qué decir en una situación así.

—Puedes... —hizo una pausa, incómoda—, la habitación es tuya. Es decir... puedo dormir esta noche aquí y...

—No quiero la habitación —le dije bruscamente—. Quiero...

A ti. Te quiero. Quédate.

Pero no lo dije.

Solo fui capaz de pasarme una mano por la nuca, frustrado conmigo mismo.

¿Qué iba a reclamarle? ¿Qué iba a pedirle? Tenía razón.

Ella no quería estar conmigo... y yo no podía estar con ella.

¿Qué sentido tenía seguir juntos?

—Muy bien —dije en voz baja—. Haz lo que quieras.

—No es...

Pero no la escuché. Solo quería irme de ahí. Quizá, si no la volvía a ver hasta que viviera en un sitio distinto, todo sería más sencillo. Esperaba que lo fuera.

—Ross —Jen se puso de pie, también—, estamos hablando.

—Tú estabas hablando —remarqué.

Solo quería marcharme, pero ella insistía en seguirme hacia la entrada.

—Te estaba consultando algo —aclaró, molesta—. Por saber si te parece bien.

Frustrado, me detuve de golpe y la miré.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Qué te vayas? ¿Para que te sientas mejor?

—No es... —repetió, y pareció perder la paciencia cuando agarré mis cosas

para marcharme—. ¡Deja de huir, Jack!

Me detuve a medio camino de abrir la puerta y la miré fijamente.

—¿Huir? —repetí en voz baja—. ¿Yo?

—Sí, siempre que intento hablar contigo, terminas yéndote. Huyendo.

¿Huyendo? ¿Tal y como había hecho ella? Una repentina oleada de tristeza me invadió, y supe que tenía que irme antes de decir algo que no quisiera decir... otra vez.

Pero fui incapaz de contenerme, como siempre.

—Parece que por fin tenemos algo en común —le dije en voz baja.

Me aparté de ella sin querer ver su reacción y cerré la puerta.

—¡Ross! —chilló Viv, entusiasmada, cuando vio que había ido a su fiesta.

En realidad, no estaba muy seguro de qué hacía ahí. Es que no se me había ocurrido otro lugar la que ir.

—Hola —murmuré, levantando el vaso de alcohol para que no lo tirara al suelo al lanzarse para abrazarme con fuerza.

—¡No sabes lo feliz que estoy de que hayas venido! —exclamó, separándose y tomando mi mano—. ¡Ven, voy a presentarte a todo el mundo!

—En realidad... —me solté de su mano, ya iba demasiado borracho como para fingir educación—. No me apetece hablar con nadie.

Ella se detuvo en medio de su enorme salón, mirándome con algo de decepción en sus ojos. La música me retumbaba en los oídos y yo volví a apoyarme en la barra, terminándome la copa de un trago. Vivian seguía observándome como si no supiera qué decirme.

—¿Por qué no? —dijo al final.

—Porque estoy bien aquí.

—Bueno, puedo quedarme contigo —sonrió y se pegó a mí.

No sé por qué, pero esa perspectiva no se me antojó demasiado agradable.

De hecho, me entró dolor de cabeza solo al pensar en Vivian hablando y hablando de sus nuevos amigos por mucho rato seguido.

—No tardaré mucho en irme —aclaré, intentando sonar lo más suave posible.

—¿Por qué? —puso una mueca.

—Porque... —y me quedé sin excusas. Genial.

Hubo un momento de silencio entre nosotros. Ella me miró fijamente, analizando mi reacción, y de pronto vi que se le crispaba la mirada.

—¿Qué? —espetó—. ¿Vas a volver con *ella* ?

Oh, lo que me faltaba.

—No sé de qué estás hablando —le dije sin alterarme.

—Lo sabes perfectamente. ¿Vas a volver corriendo con tu... *exnovia* ?

Me dio la sensación de que, por la entonación, iba a decir algo mucho menos suave, pero se contuvo.

—Vivian —le dije lentamente—, yo nunca te he pedido explicaciones de nada.

—Pero podrías hacerlo.

—Pero no quiero hacerlo. Y tú tampoco deberías querer pedírmelas a mí. No somos pareja. ¿Lo entiendes?

Intenté sonar lo más diplomático posible, pero no sirvió de nada. Ella solo me miraba fijamente, furiosa.

—¡Pues vete con ella! —me gritó por encima del ruido de la música—. ¡Me paso el día... arrastrándome porque me hagas un poco de caso! ¡Estoy harta de siempre dar y nunca recibir!

—¿Y qué quieres recibir exactamente?

—¡Un poco de... de...! —soltó un gruñido de exasperación—. ¡Un poco de amor no estaría mal, Ross!

Respiré hondo, tratando de calmarme antes de decirle nada malo de lo que pudiera arrepentirme. Igual que había hecho con Jen la noche anterior.

Jen... mierda, ¿se habría ido ya? No. Había dicho que se iba mañana.

Si volvía, todavía la encontraría en el piso.

Si volviera... quizá...

—¿Me estás escuchando? —Vivian me empujó del brazo, furiosa.

Suspiré y la miré.

—Eso no va a pasar, Viv.

Ella se detuvo en seco y me miró.

—¿El qué?

—Eso del amor —aclaré, negando con la cabeza—. Y sabes por qué.

Vivian me miró fijamente unos segundos que parecieron eternos. Yo no sabía cómo decírselo para que lo entendiera y, a la vez, no hacerle daño.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

Apreté los labios un momento antes de decirle lo más obvio que había soltado en mi vida.

—Porque estoy enamorado de Jen —aclaré—. Lo he estado más de un año y probablemente lo esté muchos más. Eso no va a cambiar, Vivian. Ni por ti, ni por nadie. Lo siento.

No estaba muy seguro de querer ver su reacción, pero tampoco podía marcharme y dejarla así, así que le sostuve la mirada. Ella tensó la mandíbula gradualmente.

—¿Y qué haces aquí en lugar de estar con ella, eh? —musitó, casi escupiendo las palabras—. ¿Por qué no te vas con ella, si tanto la quieres?

Dejé el vaso sobre la barra, pensativo.

—Buena pregunta —murmuré—. Y creo que tienes razón. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí?

Ella parpadeó, confusa, como si esa no fuera la respuesta que esperara.

—Espera... —empezó, dudando—. No... no te estaba echando, Ross. Quédate un rato más. Y... mhm... ¿quieres una bolsita o...?

—No quiero nada —señalé mi vaso—. Me emborrachado para no pensar en usar esa mierda, Viv.

—No es ninguna mierda. Te ha ayudado mucho.

—Adiós, Vivian. Pásatelo bien.

Noté que mantenía los ojos clavados en mi nuca cuando pasé entre la gente hacia la salida con un solo objetivo: intentar convencer a Jen de que no volviera a marcharse.

¿Por qué? No lo sé.

Pero bueno, ese era el objetivo.

Misión imposible: activada.

Salí de su casa dando tumbos y sacando las llaves de mi bolsillo. No sé cómo no se me cayeron al suelo cuando me apoyé torpemente sobre mi coche, tratando de acertar para meterlas en la ranura. Llevaba ya tres intentos inútiles cuando escuché que carraspeaban a mi espalda.

—Señor Ross —dijo formalmente el conductor de Vivian—, si me permite la intromisión... no creo que esté en condiciones de conducir.

Me giré hacia él tan rápido que casi me caí de culo al suelo. Él enrojeció un poco cuando le puse las manos en los hombros.

—Tienes razón, Dimitri. Así me gusta, que seas un ciudadano responsable.

—En realidad, ejem... me llamo Daniel.

—Gente como tú es la que falta en el mundo, Dorian.

—Señor... eh...

—Nuestro mundo sería un lugar rosa y bello si todos fueran como tú, Diego.

—Que no me llamo...

—Oye, Dean, ¿me llevas?

Él suspiró cuando me encaminé hacia su coche.

El pobre hombre debía estar harto de mí cuando llegamos a mi edificio. Había estado contándole toooda mi historia con Jen por el camino.

Con detalles. Y sexuales.

Pobre señor.

—Eso sí que eran horas aprovechadas —le dije, riendo, al recordarlo.

Él estaba rojo, pero no decía nada, intentando mantener la profesionalidad.

—Ya hemos llegado, señor.

—¿Eh? Ah, sí, sí... Gracias, Dennis.

—De nada —masculló.

—Ya nos veremos, ¿eh? Deséame suerte. A ver si triunfo, Deacon.

Le di una palmadita amistosa en el hombro y salí del coche dando tumbos hacia las escaleras. En cuanto estuve por la mitad del camino me pregunté por qué demonios no había ido en ascensor. Iba tan mareado que me caí y me levanté casi cinco veces antes de llegar por fin a nuestro pasillo.

Y, claro, volví a caerme al suelo.

Me quedé mirando el techo y solté una risita, pensando en la cara que pondría mi abuela si abriera la puerta y me viera.

Probablemente se uniría a la fiesta.

Fruncí el ceño cuando escuché una melodía que parecía lejana. Levanté la cabeza, extrañado, y vi que se trataba de mi móvil. Me había caído unos pocos metros atrás. Me arrastré hacia él y apoyé la espalda en la pared, descolgando.

—¿Qué? —pregunté, jugueteando con las llaves.

Ya casi estaba preparado para la bronca de Joey, pero no fue ella la que habló.

—¿Ross? —preguntó, Jen, extrañada.

Un momento, ¿Jen? ¿Llamándome? Mhm... sospechoso.

—¿Jen? —entrecerré los ojos, divertido—. Vaya, vaya, vaya... qué sorpresita nos ha traído la noche.

Una *muy* agradable.

—¿Estás borracho? —preguntó en tono de reprimenda.

—¿Yo? —me señalé a mí mismo, como si la tuviera delante—. No.

Solté una risita cuando ella suspiró. ¿Por qué era tan divertido irritarla?

—¿Dónde estás?

—En un lugar llamado mundo.

De nuevo, un sonidito de exasperación. Sonreí como un idiota.

—Ross —remarcó mi nombre—, lo digo en serio.

—¿Ahora te preocupa dónde estoy?

—Dímelo. Ahora.

—¿O qué? —otra risita—. ¿Me vas a dar uno de tus puñetazos destructores?

Oh, qué sexy había estado ese día destrozando la nariz a ese pobre chico.

Mi señorita pantaloncitos-sexys era todavía más sexy cuando se cabreaba.

—Ross —estaba perdiendo la paciencia—, dímelo ya.

—En la puerta.

Empecé a reírme cuando se quedó en silencio, confusa. Apenas unos segundos más tarde, la puerta se abrió y yo miré automáticamente sus piernas asquerosamente perfectas con esos estúpidos pantaloncitos.

En serio, no estaba muy seguro de si quería quemárselos o besarlos.

O besar lo que había debajo.

Mhm... sí, eso sonaba mejor. Muuucho mejor.

Echaba de menos sacar mi lado perverso con ella.

Levanté la mirada hacia ella recorriéndola lentamente. Parecía cabreada. Perfecto para que mi perverso interior sonriera perversamente.

—Hola —le dije, divertido.

Jen bajó el móvil de su oreja, acercándose a mí. Nunca superaría cómo se balanceaba de forma tan perfecta al moverse. ¿Es que no se daba cuenta? Debería poner más espejos en casa...

Me preguntó algo, pero no la entendí, así que solo sonreí como un idiota, mirándola medio embobado.

—¿Puedes ponerte de pie? —preguntó suavemente.

—Me lo enseñaron cuando era pequeño, creo que todavía me acuerdo.

Pese a que me ofreció una mano, me negué a aceptarla por dos motivos:

1) Todavía me quedaba dignidad —poca, pero algo quedaba— y quería intentarlo solo.

2) No quería tocarla. Estaba demasiado borracho como para disimular lo que me hacía sentir al tocarla.

Al final, conseguí meterme en casa yo solito. Apoyé la espalda en la pared de la entrada y cerré los ojos, tratando de centrarme. Escuché que ella cerraba la puerta y se plantaba delante de mí.

—¿Estás bien? —preguntó.

Abrí un solo ojo y la recorrí de arriba abajo otra vez.

—¿Eso es lo que me preguntarás después de un año de mierda, Jen? ¿Si estoy bien?

Vale, no. Ese no era el camino de la felicidad.

El camino de la felicidad terminaba en esos pantaloncitos.

Y, si seguía hablando, el camino terminaría en un puñetazo destructor.

—¿Has bebido? —preguntó, pero sonaba más a reproche que a pregunta.

—Muy bien, Einstein —le sonreí de lado.

—Ross, tú nunca bebes.

Y se suponía que tú no ibas a dejarme, Jen.

Pero no dije nada. No quería decírselo en voz alta. Bastantes cosas nos habíamos reprochado ya el uno al otro. Solo la miré unos segundos.

Todavía no se había ido. Menos mal. Todavía tenía tiempo. Y tenía que hacer las cosas rápido si quería que cambiara de opinión.

Di un paso hacia ella, vacilante, y Jen abrió mucho los ojos cuando le sujeté la cara con ambas manos, recorriéndosela entera con la mirada, bebiendo de su expresión atónita y ligeramente ruborizada.

Había echado tanto de menos esa expresión...

—Así que sigues aquí —le dije en voz baja.

Miré sus labios y ella los entreabrió involuntariamente. Se me secó la boca al instante y solté una bocanada de aire.

No, no podía volver a besarla. Ya lo había hecho una vez desde que había vuelto y no había sido como yo quería que fuera.

Intenté que mi sonrisa fuera sincera, pero se quedó en una especie de mueca triste.

—Ojalá nuestro segundo primer beso hubiera sido mejor de lo que fue.

Ella cerró los ojos, pero se había relajado y no se apartaba de mí. La tentación de acercarme y hundir la nariz en su pelo, de recorrerle la mandíbula con los labios, de echarle el pelo hacia atrás con los dedos... ese tipo de tentación era difícil de resistir cuando se trataba de Jen.

—Una discusión no es la mejor manera de decirle a alguien que sigues enamorado de él, ¿verdad? —le dije con una sonrisa amarga.

Ella abrió los ojos y me dedicó una mirada tan tierna que estuve a punto de mandar a la mierda todas las normas que me había impuesto a mí mismo esa noche y besarla.

No. Me separé, intentando negármelo a mí mismo, y ella se apresuró a sujetarme por el brazo. Ni siquiera me había dado cuenta de estar tambaleándome. Solté una maldición entre dientes mientras me ayudaba a ir al sofá con expresión preocupada.

—¿Estás bien, Ross? —me preguntó cuando cerré los ojos, echando la cabeza hacia atrás en un penoso intento de que se me pasara el mareo.

—Tengo la boca seca —confesé.

Y no era por el alcohol. Era por todo lo que me provocaba estar tan cerca de ella sin poder tocarla.

La recorrí con los ojos por enésima vez cuando fue rápidamente a la cocina y volvió con un vaso. Se sentó a mi lado, al borde del sofá, y estuve a punto de agarrarlo cuando me lo ofreció, pero a última hora lo pensé mejor.

—Vas a tener que ayudarme —le dije con mi sonrisita más inocente.

Si me aprovechaba un poco para que se acercara a mí... ¡no era incumplir mis normas!

—¿Seguro que no puedes levantar el brazo? —preguntó, enarcando una ceja.

—¿Vas a arriesgarte a que me caiga toodo por encima... o vas a ayudarme?

Ella negó con la cabeza, pero me puso una mano justo debajo de la oreja para sujetarme cuando me acercó el vaso a los labios. La miré fijamente y vi que sus mejillas se enrojecían al intentar no mirarme de vuelta.

Y, justo cuando yo estaba empezando a disfrutar de la situación, noté que el líquido me llegaba a los labios y puse una mueca de asco.

—¿Agua? —pregunté, asqueado.

—Sí... —pareció confusa—. ¿No has dicho que tenías la boca seca?

—¿Y tu conclusión ha sido que quería *agua* ?

Ella se puso muy seria, todavía con la mano bajo mi oreja.

—No te voy a dar alcohol, así que ya puedes ir olvidándote de eso.

Bueno, uno era libre de soñar.

Cerré los ojos y me permití a mí mismo disfrutar un rato de su mano en mi piel. Especialmente cuando noté que movía el pulgar a través de mi

mandíbula.

Mis propios dedos empezaron a cosquillear por las ganas contenidas de acariciarla. Por todas partes.

—¿Ross?

Abrí los ojos, despertándome de mis pequeñas fantasías.

Admito que no me esperaba su expresión preocupada.

—¿Eh?

—¿Estás bien?

¿Bien? ¡Estaba de maravilla!

Bueno, lo estaría un poco más si cerraba la distancia entre nosotros y se sentaba en mi regazo, pero dudaba que la propuesta fuera a gustarle

Y ella debió malinterpretar mi silencio, porque vi que su expresión se llenaba de preocupación.

—Voy a avisar a Will.

¿Eh? ¡No, al Yoda negro no!

La sujeté del brazo casi al instante y la volví a sentar a mi lado. No... yo quería estar solo con ella.

—No —dije, y me sorprendió lo seguro que soné.

—No sé que hacer si estás así de mal —insistió en voz baja, asustada—, necesito a Will.

¡No! Yo solo la necesitaba a ella. Solo a ella. A nadie más.

—No —repetí fervientemente.

—Pero...

—Estoy bien —me puse de pie para demostrárselo, y miré a mi alrededor—. ¿Quedan cervezas o...?

—¡Ross, para ya!

Whoa, ¿ahora estaba enfadada?

Y luego yo era el difícil de seguir...

Tiró de mi brazo y volvió a sentarme bruscamente. Yo la miré, parpadeando

con aire de confusión.

—¿Cuánto has bebido? —preguntó.

Dios, ¿por qué era tan sexy cuando se cabreaba conmigo?

—¿Te quedarás a vivir aquí? —dije sin poder contenerme.

—Ross, tú no solías beber.

—Hay muchas cosas que no solía hacer y que ahora hago —sonreí, divertido.

Como intentar contenerme con ella alrededor, por ejemplo.

Y pensar que el año pasado podría haberla besado sin miedo a que me rechazara... no había sabido apreciarlo lo suficiente.

Ella señaló mi vaso de agua de repente.

—Deberías beber algo.

—Ahora empezamos a entendernos...

—Agua.

—Retiro lo de antes.

Ella se exasperó, claro, y me hizo sonreír.

—¡Ross! —masculló, dándome bruscamente el vaso.

Bueno, pues nada. A beber agua. No quería que terminara matándome por un maldito vasito. Me lo terminé en tiempo récord y me sonreí con orgullo. Ella solo me entrecerró los ojos.

Y no pude evitar volver a preguntarlo.

—¿Te quedarás a vivir aquí?

Di que sí, Jen, vamos, vamos...

—¿Tienes hambre? —cambió de tema—. He guardado tu cena.

¿Mi... cena?

Espera... ¿se había acordado de mí?

Eso hizo que se me hinchara el pecho sin siquiera pretenderlo. Sonreí ampliamente con la perspectiva de ella acordándose de mí cuando no estaba, aunque fuera por esa tontería.

—¿En serio me la has guardado? —murmuré.

—¿Tienes hambre o no? —preguntó, avergonzada.

Asentí, entusiasmado, y la seguí con la mirada otra vez cuando fue a recalentar la cena. Necesitaba que algo me distrajera para no mirarla fijamente durante todo el rato, así que al final opté por poner un canal cualquiera y tratar de centrar mi atención en él.

Pero no pude evitar sonreír como un crío cuando me dejó el plato en el regazo y vi que era mi hamburguesa favorita.

Ay, Jen... ¿cómo podría no estar enamorado de ella?

Comí algo más rápido que de costumbre. Solo quería volver a centrarme en la conversación y que me dijera que iba a quedarse viviendo conmi... con nosotros.

Dejé el plato torpemente sobre la mesa y me giré en redondo hacia ella, que estaba sentada a mi lado.

—¿Alguna idea de qué hacer ahora? —pregunté, levantando y bajando las cejas.

Porque yo tenía muchas. Demasiadas.

Y le sobraba ropa para todas y cada una de ellas.

Aunque aceptaba sugerencias, claro. Quería que mi pequeña Jen se pusiera en modo perversa.

En cuanto vi que me ponía mala cara y dejaba el vaso también sobre la mesa, deduje que eso no pasaría.

—Deberías dormirte un poco —murmuré.

¡¿Dormir?! ¿Era una broma?

—Tengo de todo menos sueño —le aseguré.

Bueno, si lo hacía con ella igual lo consideraba.

—Ross... —me miró con mala cara.

—Jennifer... —le sonreí como un angelito.

—Duérmete.

—No, gracias.

Sonreí ampliamente cuando suspiró, invocando paciencia.

—Quiero hablar contigo —aclaré, inclinándome hacia ella.

Y besarla, y tocarla... quería hacer muchas cosas.

Pero mejor empezábamos por hablar.

Me sorprendió que me pusiera una mano en el pecho cuando intenté acercarme un poco más a su rostro. Tenía la cabeza agachada y evitaba mirarme, pero el ligero rubor de sus mejillas era inconfundible. Lo había visto demasiadas veces en nuestra habitación como para no saber qué significaba.

Dios, yo la deseaba. Y ella me deseaba a mí. ¿Por qué tenía que ser tan complicado todo? ¿Por qué no podía dejar que la besara y terminar con esta maldita tensión?

—Mañana —aclaró con un hilo de voz—, cuando estés mejor...

—Ahora estoy bien —le aseguré.

Ella se aclaró la garganta, evitando mi mirada de nuevo.

—Supongo que quieres dormir aquí, ¿no?

No, quería dormir encima o debajo de ella.

Pero supuse que eso no era una opción.

—No quiero dormirme ahora. ¿Te quedarás a vivir aquí?

Vamos, Jen, solo tenía que decir que sí. Solo eso. Y ya está.

Pero no lo hizo. Solo me empujó suavemente para que me quedara tumbado en el sofá, mirándola cuando recogió un cojín y una manta para traérmelos. Los dejó a un lado cuando se acercó para quitarme los zapatos.

—¿Te vas a quedar a vivir aquí? —insistí. Necesitaba que me dijera que sí.

—Ya hemos hablado de eso esta tarde, Ross —me dijo sin mirarme.

Tragué saliva cuando me echó una ojeada y dejó mis zapaos a un lado.

—¿Vas a venir a mi premiere? —pregunté sin pensar.

No sé si quería que viniera. Creo que no. Si lo hacía y veía la película... me odiaría. Y con razón.

—No sé si querrás eso cuando estés sobrio —murmuró.

Yo tampoco, la verdad.

Me puso la manta por encima y yo me ajusté el cojín detrás de la cabeza, siguiéndola con la mirada. Cuando la estiró para que me cubriera hasta los hombros, me miró un momento con una expresión casi tierna.

—Duérmete —susurró.

Cerré los ojos y escuché que se marchaba. Sin embargo, no pude dormirme. No podía hacerlo sabiendo que ella estaba al otro lado del pasillo y no podía tocarla. La necesitaba un poco más cerca. Mucho más.

Me puse de pie y fui dando tumbos hacia el pasillo. Me apoyé torpemente en el marco de la puerta de nuestra habitación, pero no me atreví a entrar. Solo la miré.

Jen estaba sentada en mi lado de la cama, pasándose las manos por la cara. Al instante en que la vi tan cerca de ese lugar donde habíamos pasado tanto tiempo juntos... sentí que lo único que quería era dormir con ella.

¿Dormir con ella? Mhm... habría que ser estratégico, pero no era imposible.

Estaba pensando ya en una estrategia cuando ella levantó la cabeza y me miró, extrañada. Yo tiré torpemente del cordón de mi sudadera, mirándola con una sonrisita.

—Te has dejado esto —insinué sin poder evitar el tono calenturiento.

Ella se ruborizó un poco, pero trató de ocultarlo tanto como pudo con una expresión neutral.

—¿No puedes quitártelo tú solito? —entrecerró los ojos.

—Estoy muy débil —y me llevé una mano al corazón dramáticamente.

Al final, conseguí que volviera conmigo al salón y esbocé una sonrisita triunfante cuando me colocó las manos en los hombros y me mantuvo quieto, mirándome con una ceja enarcada.

Vale. No moverme. Lo pillaba.

Seguí cada uno de sus movimientos cuando sujetó los bordes de mi sudadera, respiró hondo y tiró hacia arriba. Dejé que me la sacara por la cabeza y, cuando volví a captar su mirada, vi que se le había acelerado ligeramente la respiración.

De hecho, el ambiente entre nosotros dos era mucho más pesado que antes. En el mejor de los sentidos.

—¿Por qué no quieres vivir aquí? —le pregunté en voz baja.

Ella tragó saliva.

—Tú no quieres que viva aquí —me dijo con un hilo de voz.

¿Yo...? ¿Qué? ¿Era una broma?

Cuando hizo un ademán de alejarse para llevar mi sudadera al sillón con mi chaqueta, la sujeté inconscientemente de la muñeca, deteniéndola a mi lado.

—¿De verdad crees eso?

—¿Qué? —murmuró, mirándome.

—¿Crees que no te quiero aquí? —me incliné hacia ella—. ¿De verdad lo crees?

Era imposible. Me conocía demasiado como para creerse eso.

—Ross —empezó con un hilo de voz—, anoche tú...

—Tú sabes cuándo miento, Jen.

Le solté la muñeca, acariciando su piel tanto tiempo como me fue posible antes de que el contacto entre nosotros se rompiera, pero no dejamos de mirarlos el uno al otro.

Estaba como hipnotizado, con los ojos clavados en los suyos. Era como si el resto del mundo hubiera desaparecido. Solo existía ella.

—¿Quieres que viva aquí? —preguntó en voz baja.

Cerré los ojos. No podía mentirle. Era incapaz de hacerlo.

—No puedo volver a dejar que te vayas. No otra vez.

Su respiración temblaba cuando respiró hondo. Abrí los ojos y vi que iba al sillón y dejaba ahí mi sudadera, como si quisiera ganar tiempo antes de mirarme de nuevo.

Y ya no pude aguantarlo más. Necesitaba saberlo.

—¿Le querías? —pregunté en voz baja.

Ella me miró con una expresión que no entendí, pero sabía a quién me refería. A su maldito exnovio. O novio. No... ya no era su novio. Naya me lo había dicho. Pero necesitaba saberlo igual.

Negó con la cabeza y yo sentí que el alivio me relajaba los músculos de todo el cuerpo, pero eso no era suficiente. Todavía quedaba lo peor. Y la respuesta que más miedo me daba.

—¿Y por qué él sí y yo no? —susurré.

Jen empezó a retorcerse los dedos, nerviosa. Me acerqué a ella, que evitaba mi mirada.

—¿Por qué, Jennifer? —murmuré, pasándole los dedos por la mejilla.

Me di a mí mismo el placer de colocarle el mechón de siempre tras la oreja. Jen movió la cabeza para mantener el contacto de mi piel con la suya más tiempo, cerrando los ojos.

—Jack... —murmuró.

—Quiero saberlo —insistí.

No, *necesitaba* saberlo.

Ella levantó la cabeza y mis dedos se quedaron en su nuca cuando me miró fijamente con una expresión de... ¿culpabilidad?

—Si quieres saberlo, pregúntamelo cuando no estés borracho.

—Quiero saberlo ahora —murmuré, casi desesperado.

Negó con la cabeza, pero no apartó mi mano. De hecho, dio un paso hacia mí como si le doliera estar separada. A mí también me dolía. Apreté los dedos en su nuca, pero Jen no me tocó. Necesitaba que me tocara otra vez.

Cuando intenté encontrar su mirada, vi que ella la apartaba aún con más ahínco, dolida.

—¿Me añadiste a tu lista? —pregunté en voz baja.

—¿A qué lista?

—A tu lista de errores.

Le recorrí la cara con los ojos, acariciándole la mejilla con los nudillos y memorizando todos y cada uno de los detalles de su expresión.

—No quiero ser tu error.

Apreté los labios cuando ella los entreabrió, inclinándose hacia mí. Pareció que quería decirme algo, pero me adelanté a ella.

—He sido un imbécil contigo estos días, ¿verdad? —me incliné tan cerca de ella que el olor tan familiar de su pelo me invadió y me envolvió—. He sido un controlador compulsivo.

—Ross, no es...

—No puedo evitarlo —confesé en voz baja. Ojalá pudiera hacerlo. Lo había intentado. Podía seguir intentándolo, si es lo que ella quería. Daba miedo lo dispuesto que estaba a intentarlo por ella.

Moví la mano a su nuca de nuevo y la obligué a mirarme. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de preocupación, pero no dejé de hablar.

—Nunca había estado en la situación de que... alguien que quisiera pudiera irse. Y menos por segunda vez. No sé qué hacer cuando te tengo alrededor. No sé cómo reaccionar. Solo sé... que no quiero que te vayas.

Jen me sostuvo la mirada por lo que pareció una pequeña eternidad hasta que, de pronto, sentí que sus dedos envolvían mi muñeca y apoyaba la mejilla contra mi mano.

—No me estoy yendo a ninguna parte —me dijo en voz baja.

Cerré los ojos un momento, intentando contener las ganas de besarla, y me incliné hasta apoyar la frente en la suya. Ella no se movió. Solo apretó los dedos en mi muñeca y soltó una bocanada de aire, pegando inconscientemente su cuerpo al mío.

—No quiero ser como él, Jen —le dije, mirándola.

No quería ser el motivo de su infelicidad. No como había sido su estúpido exnovio.

O... como había sido mi padre.

Mirando atrás, darme cuenta de que yo mismo había usado todos y cada uno de los métodos que él usaba para hacerme sentir mal cuando era pequeño... me entraban ganas de vomitar. No. Yo no era él. No podía seguir comportándome como él.

—No eres como él —me dijo, como si pudiera adivinar lo que pensaba.

—No hay tanta diferencia, ¿no? Ya no.

—No sois ni remotamente parecidos, Jack —me dijo firmemente—. No digas eso nunca más.

—¿Te hizo sentir alguna vez igual de mal de lo que lo hice yo anoche?

No dijo nada. No necesitaba que lo hiciera para saber la respuesta. Moví la mano hacia su mandíbula, acariciando su suave piel con las yemas de los dedos.

Y, por vergüenza que me diera admitirlo... tenía que saber la verdad. Y yo tenía que asumirla si quería cambiar.

—No lo decía de verdad, ¿sabes? —le dije en voz baja, sin atreverme a

mirarla, avergonzado—. Solo... quería que sintieras algo parecido a lo que sentí yo cuando me dejaste.

Hubo un momento de silencio. Si se echaba hacia atrás y me apartaba bruscamente, sabía que me lo merecería. Esperé con los ojos cerrados, sin atreverme a mirarla.

Pero no lo hizo. Solo noté que se tensaba.

—¿Y... sigues queriendo eso?

—No —casi le juré. Nunca iba a hacérselo otra vez. Jamás. No podría perdonármelo. No sé ni cómo me lo estaba perdonando ella.

Jen me miró, esperando que terminara de hablar. Y tenía razón. Quedaba algo más por decir.

—Solo quiero poder verte cada día —añadí en voz baja.

Ya no podía aguantarlo más. Si seguía pegado a ella de esa forma, iba a terminar besándola. No quería que pasara eso. No así.

Me aparté y ella se tambaleó un momento, buscando equilibrio, hasta que se aclaró la garganta y miró mi camiseta, como si quisiera quitármela.

Bueno, era un buen cambio de tema.

Respiré hondo y sentí que volvía a relajarme un poco al tirar del borde de la prenda.

—Deberías irte a dormir —dijo rápidamente al ver mis intenciones.

En cuando puso la mano encima de la mía para detenerme, no pude evitar sonreírle de lado.

—No puedo dormir con esto puesto, Mushu.

Ella dio un respingo con esa última palabra, cosa que me hizo inesperadamente feliz.

Tomé su muñeca y tiré de ella hacia mí para volver a tenerla tan cerca como me fuera posible. Jen me quitó la camiseta con cuidado de no tocarme a no ser que fuera estrictamente necesario. Yo mismo me la terminé sacando por el cuello, impaciente, y tirándola al suelo.

Bueno, bueno... creo que había llegado su turno de desnudarse, ¿no?

¿De qué nos desharíamos primero? ¿De esa sudadera? ¿O de esos pantaloncitos malignos y tentadores?

Mhm... los pantaloncitos parecían una opción maravillosa.

Pero me distrajo de mis intenciones perversas cuando vi que me miraba el torso con la boca abierta, pasmada.

—¿Algo que eches de menos? —insinué con una sonrisita perversa.

—¿Qué... qué te has hecho?

—Un año es mucho tiempo, ¿quieres un resumen o...?

—¿Por qué te has hecho eso? —me interrumpió, alarmada.

Miré abajo. Ah, sí, el tatuaje del pecho. Había sido en Francia, en una noche de borrachera.

—Porque una noche me emborraché y tenía doscientos dólares —sonreí ampliamente.

Ella me puso mala cara, aunque tenía un ligero brillo de diversión en los ojos.

—No es gracioso, Ross, es...

—Es una mierda, sí —a ver, no era el tatuaje más bonito del mundo, seamos sinceros—. Soy bastante consciente de ello.

Ella sacudió la cabeza y me empujó suavemente. Sus manos pequeñas contra mi pecho desnudo avivaron sensaciones que ya ni recordaba que tuviera.

—Intenta dormirte —me dijo en voz baja, claramente alterada.

Oh, no. De eso nada.

En cuanto hizo un ademán de apartarse, la sujeté de la muñeca y tiré de ella hacia mí. Jen me miró, confusa, de pie entre mis piernas.

—Ross, ¿qué...?

—Duerme conmigo.

Ella abrió mucho los ojos, mirándome fijamente, como si se estuviera planteando hasta qué punto lo quería. Hice un ademán de incorporarme, pero me sujetó los hombros para mantenerme en mi lugar.

—¿Estás seguro?

¡Bien! ¡Estaba accediendo!

—Sí —le aseguré enseguida.

—Pero...

—Solo quiero dormir contigo, Jen.

—Mira, estás borracho —me dijo lentamente—, no quiero que mañana te arrepientas de esto.

—¿Te crees que no es lo que he querido hacer desde que te volví a ver?

Esta vez no se apartó cuando tiré ligeramente de su muñeca, echándome hacia atrás para dejarle sitio delante de mí. Jen tragó saliva y se tumbó delante de mi cuerpo, hecha un ovillo y mirando la televisión apagada. Cerré los ojos, aliviado, y le rodeé los hombros y la cintura con los brazos, desde atrás, intentando pegarla tanto a mi cuerpo como me fue posible.

Dios, no me podía creer que la hubiera echado tanto de menos.

Hundí la nariz en su pelo y noté que ella sujetaba uno de mis brazos con las manos, soltando una bocanada de respiración agitada.

Al final, me conformé con pegar la mejilla a su pelo, cerrando los ojos y disfrutando de su compañía.

—Buenas noches, Jen —murmuré contra su pelo.

Ella tardó unos pocos segundos en responder, relajándose entre mis brazos.

—Buenas noches, Jack.

Pero yo no quería dormirme tan rápido. Quería disfrutar de ese momento.

Esperé unos minutos y su respiración se volvió acompasada. Aproveché que estaba dormida para levantar la cabeza y mirarle el perfil. Tenía los ojos cerrados y la expresión calmada, perfecta. Tal y como la recordaba.

¿Cuántas noches me había contentado observándose mientras dormía cuando yo era incapaz de dormirme? Ver a Jen durmiendo era... extrañamente relajante. Podría hacerlo durante horas y horas sin cansarme.

Levanté el brazo y le coloqué unos cuantos mechones de pelo suelto tras la oreja.

Y, justo en ese momento, vi que esbozaba una pequeña sonrisa y, sin abrir los ojos, me atrapaba la mano. Contuve la respiración cuando se la llevó a los labios y me dio un suave beso en la palma antes de entrelazar sus dedos con los míos y colocar nuestras manos junto a su cara.

—Deja de mirarme y duérmete —murmuró, medio dormida.

—¿Cómo demonios sabes que estoy mirándote si tienes los ojos cerrados?

Abrió un ojo y pareció risueña cuando comprobó que no se había equivocado.

—Jack, a dormir. Es muy tarde.

—¿Ahora qué eres? ¿Mi madre?

—Soy la que te dará un puñetazo destructor como no te duermas ya.

—Adoro tus puñetazos destructores —sonreí.

Ella cerró los ojos de nuevo, pero tenía una pequeña sonrisa.

—Jack, o te duermes ya o me voy a la habitación.

Me tumbé al instante. Ella se echó a reír.

¿Cuándo había sido la última vez que la había hecho reír? Parecía que me había pasado una eternidad...

La estreché entre mis brazos y, esta vez, cuando cerré los ojos, logré quedarme dormido.

Capítulo 15

♥Mini maratón 1/2 ♥

Bueno... era el día de la premiere.

Qué asco.

Suspiré pesadamente al terminar de abrocharme la camisa delante del espejo de la habitación. Estaba muy raro tan arreglado. ¿Dónde estaban mis sudaderas? Las echaba de menos.

Mientras me ponía la americana y recogía la corbata que había comprado con Jen esa mañana, no pude evitar echar una ojeada al interior del armario. Sus cosas volvían a estar ahí. Vi el jersey rojo, los pantalones negros con los que me torturaba continuamente y las botas que siempre usaba. Era extraño. Y reconfortante.

Estaba peleándome a muerte con la estúpida corbata cuando la puerta se abrió y Will se asomó para mirarme con una sonrisita burlona.

—Mírate, qué prestigioso —bromeó—. ¿Puedo hacerme una foto contigo para presumir con mis amigos?

Le dediqué una mirada furibunda y él se echó a reír, señalando mi corbata.

—¿Te ayudo?

—Puedo yo solo —me enfurruñé.

—No, no puedes.

—¡Que sí que puedo!

—Creo que voy a tener que llamar a alguien a quien no podrás decirle que no, entonces.

Apenas unos segundos después de que desapareciera, volvieron a abrir la puerta, pero esta vez era Jen.

Maldito y sabio Willy Wonka.

Jen se acercó a mí intentando no sonreír al verme. Intenté que eso no me afectara, pero no lo conseguí.

—¿Qué es tan gracioso? —mascullé, empezando a contemplar la posibilidad de ahogarme a mí mismo con la corbata.

—¿Alguien no sabe atar su corbatita?

—Cállate. Sé hacerlo —y me enfurruñé todavía más.

Madurez en estado puro.

Jen se acercó un poco más a mí y ladeó la cabeza, divertida.

—Puedo ayudarte —se ofreció.

Con todas las cosas con las que podía ayudarme... y solo se ofrecía para atarme una corbatita estúpida.

—¿Sabes atar una corbata? —pregunté, extrañado.

—Aunque te parezca mentira, mi instituto era de uniforme. Tenía que hacerme el nudo de la corbata cada mañana. Creo que me las puedo arreglar.

Quitó las manos dócilmente cuando ella deshizo mi desastroso nudo e intentó quitar las arrugas de mi pobre corbata aplanándola con la mano.

—Tengo que admitir que nunca creí que te vería en traje y corbata —murmuró con una sonrisita—. Aunque es una corbata preciosa. Seguro que quien te la recomendó tiene un gusto excelente.

Yo sí que tenía un gusto excelente, porque la que me lo había recomendado era lo que más me gustaba de toda la situación.

—O una pesada que no me dejó comprar lo que quería —enarqué una ceja.

¡Yo quería sudaderas, no corbatas!

—Serás idiota —masculló, divertida.

Le dediqué una sonrisa fugaz mientras intentaba mover los hombros, pero era como si esa estúpida americana me estuviera oprimiendo la vida.

—Si no me obligaran a no hacerlo, iría en sudadera.

Ella esbozó una gran sonrisa al mirarme.

—En una sudadera de Tarantino —añadió.

Y por esas cosas me encantaba la pequeña Michelle.

—O de The Smiths —entrecerré los ojos.

—O de Pumba.

—O de Mushu.

Esboqué una sonrisita malvada cuando me entrecerró los ojos. Así que seguía molestándole, ¿eh?

—¿A que te haces tú el nudito, listo? —masculló.

—Vale, vale —y levanté las manos en señal de rendición.

Bajó la mirada hacia mi corbata y yo noté que tiraba suavemente de la tela mientras hacía el nudo concienzudamente. Pero no pude evitar mirarla a ella. Hacía mucho tiempo que no la tenía tan cerca de mí sin estar en una situación tensa. Casi podía rozarle el pelo con la nariz. Inspiré profundamente e intenté calmarme antes de que ella se separara un poco.

—Listo —murmuró, y me dio una palmadita en el pecho.

Ella no quitó la mano de mi pecho cuando levantó la mirada, y noté que empezaban a cosquillearme los dedos por la necesidad de alargar la mano y sujetarla de la cintura para volver a acercarla, como antes. Pero no me atreví a hacerlo. No sabía cómo reaccionaría.

Y pensar que el día siguiente era su cumpleaños... y que ella no venía a la premiere. No podría verla a las doce de la noche. Apreté un poco los labios. Por un lado, quería invitarla, por el otro...

Mierda, ¿por qué había hecho esa película? Si la hubiera hecho sobre cualquier otra cosa, podría invitarla sin miedo a que no volviera a hablarme.

—Bueno... —ella carraspeó y finalmente bajó la mano de mi pecho—, supongo que deberíais iros y...

—Sabes que puedes venir, ¿no?

Oh, no.

¿Por qué era tan impulsivo?

Jen se quedó mirándome con una mueca de incredulidad y yo sentí la imperiosa necesidad de decir algo más.

—No es tarde —añadí torpemente.

Ella no dijo nada por lo que pareció una eternidad en que mi incomodidad fue aumentando drásticamente. Finalmente, sacudió un poco la cabeza, dubitativa.

—Ross, no creo...

—Puedes venir —añadí. De hecho, quería que viniera. Me daba igual la película—. Después de todo, no tengo pareja con la que acudir.

Esperaba que eso último le aclarara las dudas de por qué la estaba invitando, pero solo conseguí que retrocediera un paso y negara con la cabeza.

—¿Y dejar que el prestigioso director que tengo delante de presente a su propia premiere con una chica vestida así? Ya lo veré por televisión. O me la descargaré ilegalmente por Internet —sonrió un poco—. Viviendo al límite.

No supe qué decirle, y Jen no pareció querer esperar demasiado, porque murmuró algo sobre llegar tarde y volvió al salón. No me quedó otra que seguirla, recorriéndola con los ojos.

En serio, nunca iba a quitarme esa obsesión por recorrerla con los ojos, ¿no?

Admito que ignore un poco a los demás mientras parloteaban. No dejaba de pensar en posibles excusas para darle a Joey y escabullirme de esa estúpida premiere. Quería quedarme en casa y mirar una película, no ir disfrazado a hablar con un montón de desconocidos.

De hecho, solo reaccioné de verdad cuando noté que Jen daba un respingo a mi lado. Mamá, la abuela Agnes y mi padre estaban entrando al piso. Seguía sin sentirme muy cómodo con el hecho de que mi padre estuviera aquí, pero supuse que por ese día tendría que aguantarlo.

Mamá se detuvo delante de Jen, perpleja y encantada a partes iguales.

—Jennifer... no sabía... oh, querida, es un placer volver a verte.

—Igualmente —le sonrió Jen cuando la abrazó.

Mamá me miró por encima de su hombro y me guiñó un ojo, gesticulando un *¡ya ha vuelto!*. Noté que se me calentaban las orejas y aparté la mirada, avergonzado.

Mi abuela también la saludó felizmente. Las dos adoraban a Jen. Lo habían hecho desde el primer día. Y me alegraba ver que eso no había cambiado.

Aunque la cara de mi padre era tan tensa como siempre, claro.

—¿Has venido a enderezar a este cenutrio? —espetó mi abuela de repente, señalándome—. Ya va siendo hora de que alguien haga que se comporte.

Jen enrojeció al instante, claro, y yo le puse mala cara.

—Abuela... —empecé.

—Bueno, bueno, yo solo lo digo —no pareció muy arrepentida—. A veces, un grito a tiempo es lo mejor del mundo. Yo no se lo di a su abuelo y te aseguro que los cuarenta años que pasé con él fueron eternos.

Jen sonrió ampliamente, sacudiendo la cabeza, pero dejó de hacerlo en cuanto mi padre se acercó a ella con su expresión distante y fría de siempre.

—Jennifer —murmuró sin mucho entusiasmo—. Me alegra volver a verte por aquí. ¿Has venido a ver a Jack en la premiere?

—Eh... —Jen se había puesto muy nerviosa, y yo fulminé a mi padre con la mirada—. En realidad, yo... eh...

—Vive conmigo —aclaré.

No entendía por qué Jen estaba tan nerviosa por aclarar eso. Después de todo, el año pasado ya habíamos dejado bastante claro que la opinión de mi padre me importaba una mierda.

Mamá y la abuela intercambiaron una mirada encantada y me miraron con un gran entusiasmo que, menos mal, Jen no vio.

—¿Hace mucho? —preguntó mi padre secamente.

—Unas semanas —dije, mirándola solo a ella—. ¿Estás bien, Jen?

Miré a mi padre con una ceja enarcada cuando Jen le echó una ojeada incómoda. Él, muy sabiamente, retrocedió un paso.

—Solo... —noté que la mano pequeña de Jen me apretaba ligeramente el brazo al mirarme—. Estoy orgullosa de ti.

No pude evitar entreabrir la boca, sorprendido, pero toda buena sensación fue sustituida por el más absoluto horror cuando noté un movimiento en la entrada y me giré hacia ella, quedándome pasmado al ver a Vivian ahí de pie, furiosa.

Oh, no.

Me tensé de pies a cabeza. Mierda. Miré de reojo a Jen. Si le decía algo de la droga... o de cualquier cosa... por favor, que se callara.

Vivian se detuvo delante de mí. Realmente parecía furiosa.

—¿Por qué sigues aquí, Ross? Necesito veinte minutos más de maquillaje al llegar y lo sabes. Y tenemos solo una hora para hacernos fotos. ¡No nos va a dar tiempo a saludar a todo el mundo! ¿Por qué no estamos ya de camino?

¿Era una broma? ¿Qué coño hacía aquí, en mi casa? ¿En qué momento...?

Oh, espera...

Era para ver a Jen, ¿no?

Noté que se me crispaba la expresión cuando la miré fijamente, y vi que las

mejillas de Vivian se teñían un poco de rosa por debajo del maquillaje, confirmando mis sospechas. Solo había subido para ver a Jen.

—¿Quién te ha dicho que subieras? —mascullé.

—Ross, cariño... —empezó, ahora ya no tan segura.

Sin embargo, se detuvo cuando se dio cuenta de que no estábamos solo nosotros tres. Sonrió de forma encantadora a mis padres y a mi abuela mientras yo echaba una ojeada a Jen.

Oh, no. Ella parecía completamente desolada al mirar de arriba abajo a Vivian. Apreté los dientes cuando Jen agachó la mirada y clavó en sus manos.

Y solo con eso ya supe que se estaba sintiendo inferior a Vivian. ¿Por qué siempre tenía que sentirse inferior a todo el mundo? ¿Por qué siempre tenía que compararse a sí misma sin darse ningún crédito? Si le dijera cómo la veía yo...

—Oh, señor y señora Ross —saludó Vivian amablemente, y miró a mi abuela—. Agnes.

Mi abuela entrecerró los ojos.

—También soy la señora Ross.

Vivian se aclaró la garganta, incómoda, y volvió a girarse hacia mí casi al mismo instante que mi padre.

—Jack —me dijo él—, no deberías hacer esperar a tu acompañante.

—No es mi acompañante.

Vivian hizo un verdadero esfuerzo por fingir que eso no le importaba, y quizá habría tenido más tacto con ella en otra ocasión, pero ahora mismo estaba cabreado. ¿Por qué había subido?

—Como sea —murmuró Vivian, sacudiendo la mano—. Venga, andando. Llegaremos tarde y es mi gran noche.

—¿No es la de los dos? —preguntó Naya.

—La pobre Joey está abajo —insistió Vivian, ignorándola.

—Joey puede esperar —mascullé.

Jen nos miraba a todos como si habláramos en otro idioma.

—¿Quién es Joey? —preguntó en voz baja.

Por primera vez desde que había entrado, Vivian la miró directamente. Y no

me gustó nada la mirada que le dirigió a Jen. En absoluto.

—Mi manager —aclaré en voz baja antes de girarme hacia mi familia—. ¿Podéis iros ya con ella? Yo vendré después.

Necesitaba despedirme de Jen. Y Vivian debió darse cuenta, porque vi que apretaba los labios.

—Ross, es tu maldito estreno —espetó—, no puedes venir después.

—¿Tengo cara de estar pidiéndote tu opinión, Vivian?

Vivian empezó a enrojecer, pero esta vez de rabia. Me daba igual. Había cruzado un límite y solo para hacer que Jen se sintiera mal. No me gustaba eso. Y lo sabía perfectamente y aun así lo había hecho.

Sin embargo, me distraje cuando noté que Jen me rodeaba la muñeca con la mano y me giré hacia ella al instante.

—Sea lo que sea que tengas que hacer, seguro que puede esperar a que vuelvas —me dijo suavemente.

Maldita sea Jen y su necesidad de no meterme en problemas.

Esperé a que los demás se fueran de todas formas. Jen los siguió con la mirada mientras yo me preguntaba a mí mismo internamente si debería quedarme con ella, después de todo.

Pero ella no querría eso. Probablemente se pondría nerviosa porque podría meterme en un lío. No, tenía que irme. Aunque no quisiera.

Cuando por fin estuvimos solos y ella se giró hacia mí, no pude evitar clavar los ojos en sus labios. Estaban demasiado cerca de mi boca como para no centrarme en ellos.

Jen tragó saliva.

—¿Vuelves a necesitar ayuda con la corbata o...?

—Volveré temprano —la corté.

Y no pude evitarlo. Simplemente no pude. La sujeté de la barbilla y pegué mis labios a los suyos.

Apenas había pasado un segundo cuando me separé con el cuerpo entero acelerado por ese breve contacto. Miré a Jen un momento más y decidí irme antes de tentarme demasiado y besarla de verdad.

Mi padre, que había estado esperando en el pasillo del edificio, clavó la mirada sobre mí mientras cerraba la puerta, respiraba hondo y me encaminaba hacia la limusina.

Todos los demás estaban animados ahí dentro. Mike había abierto otra botella de alcohol y estaba sirviendo a todo el mundo entre risas y bromas, Sue negaba con la cabeza, Naya ponía muecas cuando Will le quitaba todas las copas que agarraba y mi abuela agarró una botella disimuladamente para ella sola.

Por otro lado, mis padres estaban hablando en voz baja en un rincón de los asientos. Apreté un poco los labios cuando vi que mamá intentaba decirle algo y él le decía bruscamente que se callara. Ella tragó saliva y apartó la mirada.

Me distraje cuando Vivian, que se había sentado a mi lado, me puso una mano en la rodilla y me dio un ligero apretón en ella.

—Así que esa era la famosa Jen, ¿eh?

Respiré hondo antes de agarrarle la muñeca y dejarle su mano en su regazo. Vivian me puso una mueca.

—Solo yo la llamo Jen —aclaré, molesto.

—Ah, perdona —pero no parecía muy ofendida—. Es... interesante.

Eso hizo que me girara hacia ella al instante con el ceño fruncido.

—¿Interesante? —repetí con una mirada de advertencia.

—Bueno, por la forma en que la describías... me la imaginaba más guapa.

—Jen es preciosa.

—No tanto.

Los dos sabíamos perfectamente que, si se hubiera metido conmigo, la habría ignorado. De hecho, me habría dado completamente igual. Pero no me daba igual si se metía con Jen. En absoluto.

—No te compares con ella, Vivian —le dije en voz baja—. Saldrás perdiendo en todos los aspectos posibles.

Y me giré hacia delante, cabreado. Noté que ella me miraba fijamente unos segundos antes de hacer lo mismo, furiosa.

En cuanto llegamos, Joey vino casi corriendo, furiosa, hablando de horarios y quejándose de habíamos tardado demasiado. Me quedé al margen mientras arreglaba el maquillaje a Vivian a toda velocidad e indicaba a los demás por dónde ir.

—Vale, respondemos unas cuantas preguntas y entramos —nos dijo Joey—. No hay tiempo para más.

—Si Ross no se hubiera entretenido... —murmuró Vivian.

No dije nada. La verdad es que últimamente era muy fácil ignorarla.

Sin embargo, cuando Vivian salió con mis padres hacia la zona de los periodistas, Joey me detuvo por el brazo.

—Oye, Ross —me miró con gesto severo—, no sé que pasa contigo y Vivian, pero no puedes mirarla como si te aburriera en las fotos.

—Es que me aburre.

—Bueno, a mí me da igual, pero a la prensa no —aclaró, enarcando una ceja—. Créeme, si no quieres que seáis portada mañana en todas las revistas de cotilleo, haz el esfuerzo de no apartarte cada vez que se acerca a ti. O, al menos, no pongas cara de asco.

Puse los ojos en blanco, cansado.

—¿Y si me acerco a ti, Joey? —insinué con media sonrisita.

—Entonces, te daré una patada —me aseguró, divertida—. Venga, vete a hablar con esos buitres.

Así llamaba cariñosamente a esos reporteros que prácticamente te clavaban el micrófono en la cara.

Me acerqué a ellos. Estaban hablando con mi padre. Suspiré cuando Vivian me puso una mano en la nuca y, en contra de mi voluntad, no me moví. Solo eché una ojeada a Joey, que asintió con la cabeza.

Mientras hablaban con Vivian y con mis padres, eché una ojeada al cartel de la película y no pude evitar poner una mueca. ¿En qué momento había creído que Vivian podía representar a Jen? No tenía su expresión inocente. Ni sus ojos castaños brillantes. Ni los labios sonrosados. No tenía nada de ella.

—Ross —Joey casi me empujó contra los periodistas—. Vamos, tienes que hablar con ellos aunque sea cinco minutos.

—Cinco minutos —aclaré.

—¡Vale, vale, pero di algo!

Solté una palabrota entre dientes y me acerqué a ellos, que casi se lanzaron sobre la valla para empezar a hablarme todos a la vez. Puse una mueca y, por enésima vez, me pregunté por qué no me había quedado en casa con Jen.

—¿Podéis hacer las preguntas de uno en uno? —mascullé.

Para mi sorpresa, lo hicieron. Bueno, un pequeño consuelo.

—¿Te sientes nervioso al saber que tu película va a proyectarse en tu ciudad

natal? —me preguntó uno.

Le puse mala cara.

—No.

—¿Cómo te sientes? ¿Orgullosa? ¿Preocupada? —preguntó otro.

Le puse mala cara.

—Indiferente.

—¿Qué piensas del resultado final de la película? ¿Te sientes orgullosa del proyecto? —y otro más.

Le puse mala cara.

—Supongo.

—¿Hay algún cambio que te gustaría hacer? —y otro. ¿De dónde salían tantos periodistas?

Le puse mala cara.

—No.

—¿Has venido sin acompañante? —preguntó otro—. ¿Te acompaña Vivian Strauss?

Le puse mala cara.

—No.

—Dicen que mantienes una relación con ella, ¿es eso...?

Esta vez no le puse mala cara, sino expresión de asesino.

—No.

Vale, pareció captar la indirecta, porque se apartó para dejar a los demás acercarse. Sin embargo, una chica no pareció quedarse tan contenta con la respuesta.

—¿Hay alguien importante en tu vida? —me preguntó.

—Preguntas sobre la película, por favor —dijo Joey, salvándome de lanzar el micrófono de la chica al otro lado del recinto.

—Ross —otro me hizo gestos para que me centrara en él—, ha rumores de que la historia de la película es una historia real. ¿Es verdad eso?

Bueno, alguien tenía ganas de morir.

Intenté calmarme antes de responderle con toda la paz interior que pude reunir, que fue más bien poca.

—¿La has visto? —enarqué una ceja.

—¿Eh? —él parpadeó, confuso.

—¿La has visto? —insistí, dando un paso hacia él—, ¿has visto la película?

—No... bueno, iba a verla ahora y...

—¿Y por qué te crees los rumores si ni siquiera la has visto?

Joey se aclaró significativamente la garganta detrás de mí y suspiré cuando tiró de mi brazo hacia la entrada del establecimiento, disculpándose con los periodistas. En cuanto estuvimos lejos de ellos, se detuvo y negó con la cabeza.

—Y así es como se conquista a la prensa —murmuró, divertida.

—Ahora tendrán algo de lo que hablar —me encogí de hombros.

—Ross... —se detuvo y me miró de arriba abajo, confusa—. Sabes que nunca me meto en lo que haces, pero... ¿no te parece que deberías estar un poco más animado? Es tu premiere.

¿Debería? Me pasé una mano por la nuca, incómodo, y me encogí de hombros.

—Estoy bien —me limité a decir.

—¿Vivian se ha puesto en modo irritante por el camino? —Joey enarcó una ceja.

—Sí, pero ya estoy acostumbrado. Solo... creo que me iré más temprano.

Eso pareció descolocarla por completo.

—¿Qué? De eso nada. Tienes que dejarte ver por la fiesta de después, Ross, es en tu honor.

—No quiero ir a ninguna fiesta.

—¿Prefieres ir a casa? —preguntó, escéptica.

Prefería ir con Jen.

—Sí —le dije, sinceramente.

Joey pareció querer decir algo, pero los dueños del establecimiento empezaron a hacerle gestos frenéticos.

—Mierda, ya va a empezar la película —empezó a empujarme hacia la sala—. Venga, o llegarás tarde.

Puse los ojos en blanco, pero hice lo que me decía.

Después de una ronda de aplausos cuando los actores principales, el productor y yo nos quedamos de pie delante de la pantalla para presentar la película, fui a sentarme algo desganado al lugar que tenía una marca con mi nombre. Estaba entre mi madre y Will, mis invitados. Los demás actores también estaban ahí con su familia. Incluso los padres de Vivian habían venido.

Mamá sonrió cuando me senté a su lado y me colocó mejor la corbata que yo mismo había descolocado hace un momento.

—¿Estás nervioso? —me preguntó en voz baja.

—No —murmuré.

Ella me observó por unos segundos, pensativa, mientras las luces de la sala empezaban a apagarse.

—Jackie, cielo... —empezó, dudando—, parece que estás en un funeral.

—Es que no me gustan estos eventos —le dije, y era cierto.

—¿Y no tendrá nada que ver con no haber invitado a Jennifer?

Pero ¿en qué momento se había hecho tan fácil leerme las expresiones? Fruncí el ceño, incómodo.

—Sí la he invitado —mascullé—. Lo he hecho antes. Ha dicho que no.

—Bueno, Jackie, no te ofendas, pero yo también te habría dicho que no si me hubieras avisado con cinco minutos de antelación.

—Has sido diez —me enfurruñé.

Nos quedamos en silencio un momento cuando empezaron a salir los créditos iniciales de la película. Cuando vi el nombre del personaje de Vivian, cerré los ojos un momento. En realidad, me alegraba de que Jen no hubiera venido. No sé si alguna vez querría que viera esa maldita película.

—Mañana es su cumpleaños —le dije a mi madre en voz baja.

—Lo sé. Me pediste consejo para comprarle lo de las pinturas hace poco —me dijo, divertida.

Y sabía por qué estaba divertida; me había dado nombres raros de marcas de pintura y había tenido que deletrearlos varias veces para que pudiera apuntarlos. Y se había estado burlando de mí todo el rato.

—No me lo recuerdes —mascullé.

—Nunca me habías pedido consejo en cuanto a chicas —añadió, divertida.

—No era *en cuanto a chicas*, era en cuanto a pintura.

—En cuanti pintura para una chica.

—Mamá, no ayudas.

—Jackie —suspiró y me puso una mano en el brazo—, está claro que no quieres estar aquí, ¿por qué no te vas a casa?

Me quedé quieto un momento antes de mirarla, sorprendido.

—No puedo irme —remarqué—. Joey me matará.

—Yo me encargo de Joey. Venga, vete a casa.

La miré unos instantes, todavía perplejo, antes de esbozar una gran sonrisa.

—Vale —dije, encantado—. Te debo una, mamá.

—Tranquilo, ya me cobré mi deuda cuando me pude burlar de ti el otro día con las pinturas.

—No hay nada como una madre comprensiva y cariñosa —ironicé.

—Venga, vete antes de que cambie de opinión.

Esboqué una sonrisita malvada y me levanté algo agachado para que los de las filas de atrás no me vieran. Todos mis amigos se inclinaron hacia delante para mirarme con extrañeza. Mi padre pareció furioso. Mi abuela ya estaba roncando en el asiento y la película ni siquiera había empezado.

Cuando salí de la sala, casi esperaba ver a Joey o Vivian persiguiéndome para que volviera, pero no había nadie. Fui a la salida trasera del edificio y, tras asegurarme de que no había prensa, salí y escaneé a toda la gente que había en el aparcamiento. ¿Quién podía...?

Mi mirada se iluminó cuando vi al salvador de mi noche.

—¡Dimitri!

El chofer de Vivian levantó la mirada distraídamente y casi pude ver cómo se lamentaba cuando me vio acercándome felizmente.

—Señor Ross —murmuró, casi llorando.

—Hola, Deacon, ¿me has echado de menos?

—Mi nombre sigue siendo Daniel, señor.

—Pues eso. Dorian. Oye, ¿puedes llevarme a casa?

Él subió a su coche con un suspiro lastimero y yo me quedé en medio de los dos asientos traseros, asomándome para mirarlo con una sonrisita.

—A lo mejor debería contratarte para ser mi chofer —comenté.

Me puso cara de horror al instante.

—B-bueno... yo ya trabajo para la señorita Strauss y...

—No, es que me gusta conducir, no necesito chofer —sonreí mientras él avanzaba por el aparcamiento hacia la carretera—. Bueno, Dean, ¿en qué punto de mi historia con Jen nos quedamos? ¡Ahora puedo seguir contándotelo!

Él soltó un suspiro lastimero.

Cuando llegamos a casa, yo ya iba por la parte en la que Jen había vuelto a casa. Y me daba la sensación de que el pobre hombre intentaba no estampar la cabeza contra el volante repetidas veces.

Me despedí de él y subí las escaleras, algo más tenso de lo que creía que lo estaría solo por ver a Jen. ¿Debería darle ya el regalo? ¿O era mejor esperar a la fiesta que le harían mañana? Mhm... probablemente era mejor esperar. Además, todavía no eran las doce.

Abrí la puerta de casa y escuché que la televisión estaba encendida. Ya estaba mirando uno de sus programas de cambios radicales. Casi puse los ojos en blanco.

Ella estaba tumbada en el sofá con el pijama y la mantita. Ah, y las gafas. Hacía mucho que no la veía con las gafas puestas.

Jen se incorporó de golpe cuando me vio ahí plantado. Casi me reí cuando vi su expresión estupefacta.

—¿Qué haces aquí?

Iba a responder, pero mi atención se clavó con el plato lleno que había sobre la mesa. Prácticamente no había comido nada.

—¿No has cenado?

—¿Eh? No...

Vale, mejor no quejarme o se iba a enfadar. Y era preferible que no se cabreara conmigo tan temprano.

En lugar de eso, me quité la chaqueta y la tiré al sillón, agradeciendo no tener que seguir llevando esa cosa puesta. Jen soltó un ruidito de desaprobación.

—Jack, no puedes tirarlo así, se va a arrugar.

—El drama de mi vida —murmuré.

Tiré torpemente del nudo de la corbata y solo conseguí apretarlo más. Jen se reía disimuladamente de mí, tal y como lo había hecho antes en la habitación.

—¿Riéndote de mí otra vez? —enarqué una ceja.

—Ven —se ajustó las gafas, divertida—, déjame ayudarte.

Me quitó la corbata sin mucho esfuerzo y me senté a su lado. Me dolía un poco la cabeza. Llevaba casi un día entero sin tomar nada. Pero intenté ignorarlo. Necesitaba una distracción. La comida nunca era mala distracción. Agarré su plato y empecé a comer como si la vida me fuera en ello.

Jen me miraba con el ceño fruncido.

—Estará frío.

—Está bien —murmuré—. Se te da bien cocinar.

Ahora que lo pensaba... ¿cuánto hacía que no daba a los demás el placer de cocinarles mi prestigioso chili? Tenía que volver a cocinarlo algún día.

—¿No tenías un estreno al que asistir? —preguntó Jen, confusa—. Tu propio estreno, de hecho.

Si fuera consciente de lo igual que me daba ese estreno...

—Sí.

—Y... estás aquí.

—Sí.

—¿Puedo... preguntar por qué?

Porque quería estar contigo.

—Quería estar aquí —dije, sin embargo.

Jen me observó unos segundos mientras yo me terminaba su cena ahora fría e, incluso antes de que abriera la boca, ya supe que iba a ponerse en modo

regañina.

—Ross, ¿te has ido de tu propia premiere? —preguntó, no muy contenta con ello.

—Créeme, nadie me echará de menos.

Y era verdad. Después de todo, lo que más les interesaba no era yo, sino los actores y la película en sí.

—Es tu película —insistió ella, confusa.

—Por eso. Han ido a ver la película. No a mí. ¿Qué más les da que esté contigo y no con ellos?

Dejé el plato en la mesa, pero me seguía doliendo la cabeza. Apreté los dientes. Necesitaba una distracción urgente. Miré de reojo a Jen y vi mi distracción ideal, perfecta y magnífica justo ahí.

—¿Puedo tumbarme contigo? —pregunté sin pensar.

Jen parpadeó, pasmada.

—No.

Eché la cabeza hacia atrás, confuso, y ella empezó a negar frenéticamente con la cabeza, enrojeciendo.

—Es decir... eh... no en el sofá —aclaró casi tartamudeando—. En la... mhm... cama... estaremos mejor.

Si supiera el susto que me había dado por un momento...

Esbocé una sonrisa divertida. Cuando se ponía tan nerviosa era divertida.

—¿Me vas a ayudar a transportar mis cosas ahí? —le pregunté.

Después de todo, ahora el salón de mi casa estaba ocupado por el viejo parásito de Mike y el nuevo parásito de Chrissy. ¿En qué momento mi casa se había convertido en una pensión?

Bueno, al menos había tenido una excusa para volver a dormir con Jen, cosa que no estaba nada mal.

—¿Yo? —preguntó ella, todavía nerviosa—. Oh, sí, claro...

Me puse de pie y le ofrecí una mano que ella aceptó torpemente y me soltó enseguida, apresurándose a ir a la cómoda. Bueno, bueno, bueno... alguien se había puesto nerviosa por la perspectiva de ir conmigo a la habitación. No podía negar que eso me gustara.

Y, sin embargo, todos sus nervios desaparecieron de golpe para transformarse en una mueca cuando abrió el cajón de la cómoda. Empezó a abrir los demás, perdida, y frunciendo cada vez más el ceño.

—¿Qué? —pregunté al ver su expresión.

Oh, vamos, ¿y ahora qué había hecho?

—¿Eso es todo? —me miró, perpleja, señalando mi único y triste cajón.

—¿Qué más quieres?

—¡Esto es una miseria! ¡Solo tienes tres sudaderas y dos pantalones!

—También tengo camisetas —murmuré como un crío.

—¡Ross, necesitas más ropa!

Y se puso a sacar mis pocas cosas mientras negaba con la cabeza.

—No necesito más ropa —protesté.

—Claro que la necesitas. Eres famoso. No puedes ir por la vida de cualquier manera.

—¿Qué tiene de malo mi ropa? —me ofendí.

Ella levantó mi sudadera favorita, la de Pulp Fiction, y señaló el logo desgastado de tanto usarla.

—¿A parte de todo?

Si había una persona en el mundo a la que pudiera perdonarle que se metiera con mi sudadera de Pulp Fiction... esa era Jen.

Porque con el resto de la humanidad me habrían entrado instintos asesinos.

—¡Esa es genial! —protesté.

—¡Si ya casi no se ve el logo!

—¡Porque me gusta mucho y la uso a menudo!

—No, la usas a menudo porque no tienes nada más. Tienes que comprar más.

¡A mí me gustaba su logo desgastado! Me crucé de brazos, irritado.

—Pues, para no gustarte, bien que me robabas sudaderas cada vez que podías.

¿Por qué no lo había vuelto a hacer? No me importaría verla paseándose otra vez con mi ropa.

—¡Y las usaba de pijama! —protestó—. ¡No para ir por el mundo!

—*No para ir por el mundo* —imité su voz chillona de enfado.

Jen me entrecerró los ojos y empezó a cargar cosas, poniéndose de pie.

—Encima, no está bien doblada —masculló, viendo las arrugas—. Eres un desastre.

—¿Doblada? Si es ropa.

—¡Ross, la ropa se dobla!

—Ah, ¿sí?

—¡Pues claro!

Hubo un momento de silencio. Yo fruncí el ceño. Ella me lo frunció más.

—¿Para qué? —pregunté.

—¡Para que no se arrugue!

—¡Si luego se arruga igual!

Jen puso los ojos descaradamente en blanco y pasó por mi lado. ¡Ella sabía que yo tenía razón!

Justo cuando empecé a seguirla, me habló sin siquiera mirarme.

—¡Más te vale no seguirme a la habitación con las manos vacías, Ross!

Ups. Me detuve en seco y volví rápidamente al salón para recoger las pocas cosas que se había dejado.

Al final, empecé a meter las cosas en la cómoda de la habitación a toda velocidad. No quería estar doblando ropa cuando fueran las doce. No sería una gran forma de deseárselo un feliz cumpleaños a cierta señorita.

Y, justo cuando estaba a punto de terminar, Jen me dio un manotazo en el hombro.

—Por Dios —murmuró, negando con la cabeza—, ya sé cómo se siente mi hermana cuando dejo mi habitación hecha un desastre. ¡No dejes las cosas de esa manera!

—Madre mía, ¿estoy haciendo algo bien?

—¡No!

—¡Estás destrozándome la autoestima!

—Oh, pobrecito —ironizó antes de apartarme—. Quitá, yo me encargo.

Al final, me desterró a la cama mientras ella arreglaba mi desastre. Suspiré y miré la hora. Todavía tenía cinco minutos. Escondí el móvil rápidamente cuando Jen se giró hacia mí, todavía sentada en el suelo.

—Vas a tener que comprar más ropa —me dijo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Jack, apenas tienes!

—A mí me vale.

—¿Y qué harás si algún día te quedas sin ropa limpia!

Desnudarme.

—Poner la secadora.

—¿Si la pierdes o la rompes también pondrás la secadora para arreglarlo? —enarcó una ceja.

—Vale —la detuve, divertido—. ¿En qué momento hemos pasado a ser un matrimonio de sesenta años?

—Di lo que quieras. Vas a comprarte más ropa.

—Sí, Michelle.

Oh, mierda.

Supe que había puesto mi vida en peligro incluso antes de que ella se girara hacia mí con la niña del Exorcista.

—Es decir... —empecé, echándome hacia atrás inconscientemente.

—¿Quieres morir? —me señaló, furiosa.

A veces.

—No, señora.

—¿Vas a volver a llamarme Michelle, Ross?

Probablemente.

—No, señora.

—Eso me había parecido —y agitó el dedo delante de mí de forma que supuse que pretendía que fuera amenazadora.

Salió de la habitación y me apresuré a seguirla mientras iba hablando sobre no sé qué. Miré de nuevo la hora. Tres minutos. Mierda, no quedaba mucho tiempo. ¿Qué tenía que decirle? ¿Solo felicitarla? ¿No sería muy aburrido o...?

Me detuve de golpe cuando me di cuenta de que me miraba fijamente, confusa.

—¿Eh? —murmuré.

—¿Me estabas escuchando?

—Sí, sí.

—¿Y qué decía? —enarcó una ceja, divertida.

—Que... ¿algo sobre un coche?

Me puso mala cara. Vale, respuesta incorrecta.

—¡He dicho Gucci, no coche! ¿Qué te tiene tan distraído? —me dio un repaso con los ojos.

—Nada.

—Ross...

—Nada —oh, no, maniobra de distracción, ¡rápido!—, ¿qué miras tú?

—¿Eh?

—Me acabas de dar un repaso con los ojos. Lo he visto.

Jen dio un paso atrás y su cara delató que era verdad.

—¿Eh? —repetió, empezando a enrojecer—. No, yo no...

—Sí, tú sí —sonreí ampliamente.

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡Que sí, Mich...! —y me dio un manotazo en el estómago—. ¡Auch!

—¡Que no me llames Michelle, pesado!

Se marchó muy enfadada y le miré el culo antes de seguirla, divertido.

—¿Sabes que eso es maltrato? Y por tercera vez en una noche. Podría denunciarte.

—Pues búscate a otra que te ajuste las corbatas y te ordene el armario. Y que te aguante.

Sonreí, encantado, y miré el móvil de nuevo antes de acercarme a ella. Jen se había sentado en el sofá, así que le aparté las piernas para tener lugar y, bueno... quizá también para robarle el mando de la televisión.

—¿Qué es esta basura? —pregunté, señalando el reality que estaba viendo.

—¿Por qué solo es basura cuando no te gusta a ti?

—Porque yo tengo buen gusto.

Y ella era la prueba, después de todo.

—¿Quién te ha dado permiso para cambiar de canal? —se enfurruñó.

—Los papeles del piso. Y de la televisión. ¿A que no sabes qué pone en esos papeles?

Estuve a punto de añadir un *Michelle* al final, pero me contuve para salvar mi vida.

—¿Que son tuyos? —sugirió, entrecerrando los ojos.

—Bingo —me llevé la mano al corazón dramáticamente—. Eres muy lista.

Cambié de canal con una sonrisita triunfante mientras ella seguía matándome con la mirada.

—Y en esta casa no se miran realities basura —añadí para irritarla.

—¡No son basura!

—Son muy basura.

—Tú sí que eres basura.

—Tú más.

—No, tú más.

—No, tú mucho más.

—No, tú muchísimo más.

—No, tú muchisísimo más.

—No tú much... —suspiré, todavía cambiando de canal—. ¿Por qué demonios no hacen nada que valga la pena?

—Porque saben que tú tienes el mando.

Sonreí, divertido. ¿Por qué había tardado tanto en volver? Echaba de menos que me callara con bromas crueles.

—No te metas conmigo o volveré a llamarte Michelle —amenacé.

—¿Tú puedes meterte conmigo y yo contigo no?

—Exacto.

—Pues me parece fatal. Todos mis amigos han hecho eso siempre.

—Pues tendremos que cambiar eso. Aquí los derechos a meterse contigo están reservados.

—¿Y solo tú puedes meterte conmigo?

—Sí, solo yo.

Y en todos los aspectos, querida Michelle.

Volví a mirar el móvil. Un minuto. Estaba nervioso. ¿Por qué demonios estaban nervioso?

Justo cuando vi que Jen se incorporaba para ver qué miraba con tanta atención, me apresuré a esconder el móvil.

—¿Qué demonios mir...?

—Sht —y le puse un dedo sobre los labios, divertido.

Ella miró el dedo y luego me puso mala cara, apartándose.

—Oye, ¿qué...?

Ah, no. Cuando intentó volver a asomarse, le cubrí la cara entera con la mano. No pude evitar empezar a reírme cuando se frustró conmigo.

—¡Suéltame! —y me pellizcó la muñeca sin piedad—. ¡No puedo ver nada!

—Esa es la idea.

—¡Suéltame!

—¡Espérate, pesada!

Miré el móvil. Ya casi...

—¿Esperar a qué?

—Que te esperes.

—¿A qué quieres que esp...?!

La solté de golpe y le estrujé ambas mejillas con una mano, enseñándole el móvil felizmente. Las doce en punto. Perfecto.

Pero... claro, Jen solo se quedó mirándolo con una mueca de confusión.

—Precioso fondo de pantalla —me dijo.

Oh, iba a matarla.

Ella me miró, confusa.

—¿Me vas a decir ya qué...?

—Feliz cumpleaños, Jen.

Me quedé en silencio con una sonrisita orgullosa, esperando el momento en que ella reaccionara.

Pero... nada.

Pasaron unos cuantos segundos y lo único que hizo fue abrir mucho los ojos.

—Oh —masculló, pasmada.

—No me digas que se te había olvidado —enarqué una ceja.

Y se puso roja, claro.

—¿Eh? —murmuró torpemente—. ¡Claro que no se me había olvidado!

—Claro que sí se te había olvidado —sonreí, divertido.

Qué desastre era Jen. Pero bueno, era mi desastre.

—¡Que no...! —intentó insistir, pero la corté al volver a apretujarle las mejillas.

—Eres un desastre, Will tiene razón —dije, divertido—. Y mira que a mí se me

dan mal estas cosas, pero superarte es cada vez más difícil. En fin, feliz cumpleaños. ¿Cuántos cumplés? ¿Doce añitos? ¿Diez?

Ella me puso mala cara y me apartó la mano, irritada, pero no me podía importar menos.

Definitivamente, había valido la pena irme de ahí. Aunque la bronca de Joey iba a ser interesante.

—¡Irte de tu propia premiere! ¡¿Cómo se te ocurre, Ross?!

Y... ahí estaba la bronca de Joey.

Tenía la frente pegada a la mesa y mis ganas de morirme aumentaban a cada grito que soltaba Joey, furiosa, dando vueltas por el camerino. Había tenido que ir a otra entrevista aburrida. Vivian se estaba arreglando el maquillaje con una sonrisita mientras escuchaba la bronca.

—Tenía cosas que hacer —me limité a decir.

—¡Sí, atender a tus seguidores!

—¡Seguro que ni siquiera se dieron cuenta de que no estaba ahí!

—¡Pues claro que se dieron cuenta, Ross! ¿Qué era tan importante como para irte así?

—Mi novia.

Lo solté sin siquiera pensar. Vivian se dio la vuelta en seco hacia mí y yo me aclaré la garganta, incómodo.

—Mi exnovia —corregí en voz baja.

Joey había suavizado su expresión con eso último, pero igualmente me puso mala cara.

—Podrías haberme avisado, al menos.

—Me habrías dicho que no.

—¡Pero te habrías ido igual y al menos me habría enterado!

Sonreí un poco, divertido.

—Vale, la próxima vez te avisaré.

—¿La próxima vez? ¡No debería haber próxima vez!

—Pues resulta que tengo que irme —sonreí como un angelito—. Sigue siendo su cumpleaños. Tengo que ir a su fiesta.

—¿Yo no estoy invitada? —masculló Vivian, de mal humor.

No respondí. Solo dediqué a Joey mi sonrisita más encantadora al estrujarla en un abrazo.

—No te enfades conmigo, en el fondo sabes que te quiero —le dije felizmente.

—Deja de tocarme o voy a darte una patada, Ross.

—¿Sabes? —me separé, divertido—, me recuerdas a Sue, mi compañera de piso. Ella también tiende a darme patadas cuando intento abrazarla.

—Pues ya me cae bien —sonrió, pero se distrajo cuando su móvil empezó a sonar—. Venga, vete a ese cumpleaños y pásalo bien. Yo me encargo de la próxima entrevista.

—¡Eres la mejor, Joey! —le planté un beso en la mejilla y ella estuvo a punto de darme un manotazo, pero la esquivé justo a tiempo.

Definitivamente, Sue y ella se llevarían bien.

Conseguí llegar a casa en tiempo récord. Y lo primero que vi al entrar fue al amiguito de Jen estrujándola en un abrazo. Tuve que contenerme para no poner mala cara.

—Estás senssssacional —le chilló su amiguito.

—Hola, Charlie —enarqué una ceja sin poder evitarlo.

Jen puso los ojos en blanco cuando él se separó de un salto y se fue con los demás. Cuando me puso mala cara, fingí que no me daba cuenta.

—Bueno, bueno —Naya levantó dos cervezas felizmente—, ¿quién quiere beber algo?

Está claro que ella no, porque en cuanto hizo un ademán de abrir una cerveza Will se la quitó y ella se puso a gimotear, lamentándose.

Al final, me quedé sentado en el sofá junto a Jen, mirando las botellas de alcohol con cierta incomodidad. No había tomado nada de alcohol desde la noche en que había aparecido borracho. Y hacía todavía más tiempo que no me tomaba nada de lo otro. No me gustaba mucho eso de tener la tentación tan cerca de mí. Aparté la mirada y me aclaré la garganta.

Y, justo en ese momento, noté que Jen acercaba su mano hacia mí. Me estaba ofreciendo un refresco. Ella también tomó uno para sí misma, aunque podría haber bebido alcohol perfectamente. Oh, Jen...

Abrí el refresco y le di un trago mientras los demás ponían música y se ponían a hablar y cantar. La verdad es que yo estaba un poco nervioso respecto al regalo de Jen. No estaba muy seguro de si le gustaría. Ni siquiera había mencionado nada sobre pintura desde que había vuelto. Esperaba que siguiera gustándole.

Creo que ya llevábamos tres canciones horribles elegidas por Naya cuando no pude más y me dejé caer contra el respaldo del sofá, resoplando.

—¿Quién le ha enseñado cultura musical a esta mujer?

Jen soltó una risita divertida y se acurrucó a mi lado. Tuve la tentación de pasarle un brazo por encima de los hombros, pero me contuve. Mejor no arriesgar demasiado.

—La radio, probablemente —me dijo, divertida.

—Bueno, eso estaba claro.

—No todo el mundo tiene un buen profesor que le enseñe estas cosas.

Si supiera todo lo que podía seguir enseñándole...

La miré de reajo. Estaba más cerca de mí de lo que había creído que estaría, y tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no mirarle los labios. Especialmente si sonreía de esa forma. Me recordaba a la sonrisita que ponía cuando estábamos en la cama y empezaba a quitarle la ropa.

Vale, si empezaba a pensar en eso no podría concentrarme en ninguna conversación. ¡Concentración!

—Sí, todavía me acuerdo de cuando no conocías ni a Simba —bromeé.

—Ahora forma parte de mi vida diaria.

Le devolví la sonrisita y ya no pude evitar bajar la mirada a sus labios. Se los había pintado de un color bastante discreto, pero le brillaban más que de costumbre.

Y, justo cuando yo tragué saliva, ella dio un respingo y miró su móvil. Murmuró algo rápidamente y se alejó para responder a la llamada. No pude evitar mirarla de reajo unos segundos antes de girarme hacia delante. Naya me estaba pinchando una rodilla con un dedo, entusiasmada.

—¿Ya le has dado el regalo? —preguntó en voz baja.

Vale... puede que también le hubiera pedido ayuda a ella a la hora de elegirlo.

—Todavía no —puse una mueca.

—¡Cuando terminemos de jugar se lo das! Yo quiero ver su reacción. Seguro

que le encantará.

Naya se separó de un salto y fingió que no me prestaba atención en cuanto Jen volvió a sentarse a mi lado. Su expresión había decaído un poco, pero preferí no preguntar mientras Naya echaba a Mike de encima de la mesa, donde estaba bailando como un loco mientras Sue lo grababa.

—¡Venga, fuera! —insistió Naya cuando vio que iba a tirar todas las botellas al suelo.

—¡Es mi momento! —protestó Mike.

—¡No, es el momento de los juegos!

Jen, a mi lado, abrió mucho los ojos.

—¿De los juegos?

—Sí, mira —casi tiró a Mike fuera de la mesa. No entendía cómo esa chica tan pequeña podía tener la fuerza de Hulk—, he pensado que podríamos jugar a verdad o reto.

—Yo me apunto —dijo Lana enseguida.

—Y yo —Sue esbozó una sonrisita—. Siempre y cuando pueda hacer preguntas malvadas.

Mike se cruzó de brazos. Seguía enfurruñado porque nadie hubiera querido verlo bailar.

—Yo me apunto con la condición de que alguien me rete a bailar.

—Venga, yo también jugaré —sonrió Will.

Miré de reojo a Jen, que estaba dudando visiblemente.

—Y yo —dije sin pensar.

—Nosotros también —añadió Charlie.

—¡Genial, entonces jugamos todos! —exclamó Naya justo antes de que Jen pudiera protestar, cosa que me hizo sonreír.

Naya hizo girar la botella, que apuntó a Sue. No presté demasiada atención hasta que le hizo su pregunta.

—¿Con cuántos chicos has tenido sexo?

Sonreí disimuladamente cuando recordé que Sue solo había traído chicas a casa. Creo que nunca la había visto con un chico. Y con muy pocas chicas.

—Besarse no cuenta como sexo, ¿no? —preguntó.

—No —Charlie sonrió.

—Pues con ninguno.

Todo el mundo pareció sorprendido menos Will y yo, que intercambiamos una mirada divertida.

Sue, por otro lado, parecía casi ofendida.

—¿Por qué me has preguntado tan específicamente? ¿No puedo haber tenido sexo con chicas?

—Muy bien, ¿con cuántas chicas has tenido sexo?

—Supongo que los besos siguen sin contar.

—Así es.

—Oh, entonces... solo con sesenta y cinco.

Me atraganté con el refresco casi al instante.

Un momento... ¿tantas? ¿Cuándo demonios lo había hecho? ¡Si casi nunca traía a nadie y casi nunca salía de aquí!

—¿Sesenta y cinco? —repitió Jen, pasmada.

—Sí, ¿qué psa?

—Pero... —Naya, por primera vez en la historia, no tenía palabras—, ¿cuándo...?

—Que no hable de mis ligues no quiere decir que no existan.

Mike se había quedado con la boca abierta durante una pequeña eternidad, pero la cerró cuando Sue dijo eso último.

—Entonces, ¿eres lesbiana?

—Yo no he dicho eso.

—Acabas de decir...

—He dicho que he tenido sexo con chicas, no que solo me gustaran ellas.

Sonreí, divertido al ver la expresión de mi hermano cuando se dejó caer contra el sillón.

—Creo que voy a tomarme un momento para imaginarme eso y... un momento, ¿has estado con más chicas que yo?!

—Y que yo —masculló Charlie.

Jen me miró de reojo y yo fingí que estaba muy centrado en quitarme una pelusa del pantalón, aclarándome la garganta.

Mejor no decir nada.

Y así siguió el juego sin que prestara demasiada atención. De hecho, me limité a empezar a rasgar la etiqueta del refresco con un dedo distraídamente cuando fue el turno de Jen y la retaron a intentar engañarnos con unas cartas o no sé qué.

—Mhm... —murmuró ella, girando la primera—. El seis de tréboles.

Puse los ojos en blanco casi al instante.

—Mentira —dije sin necesidad de mirarla.

Jen me puso mala cara al instante, ofendida, cosa que me hizo llegar a la conclusión de que lo había adivinado.

—¿Qué te hace pensar que es mentira? —protestó.

—Lo es.

—¿Es mentira? —preguntó Chrissy, sorprendido.

Jen me fulminó con la mirada y yo intenté no echarme a reír cuando les enseñó el tres de corazones a los demás. Agarró otra carta y vi que se mordía un poco el labio al levantar la mirada y clavarla en mí. Ya sabía que iba a mentir y ni siquiera había abierto la boca. Era tan transparente...

—El ocho de...

—Mentira.

Jen puso una expresión tan ofendida que esta vez no pude evitarlo y me eché a reír.

—¡Ni siquiera he podido terminar! —protestó.

—No era necesario.

Enfadada, agarró otra carta cualquiera, y me miró fijamente tras echarle un vistazo rápido.

—El as de picas —casi sonó a amenaza.

Me di unos pocos segundos para disfrutar del momento antes de responder.

—Verdad —sonreí.

Furiosa mientras los demás se burlaban de la situación, Jen sacó otra carta más. ¿Cuándo iba a rendirse? Por mí, podíamos pasarnos la noche así.

—Cinco de rombos —espetó.

—Mentira —negué con la cabeza.

—¡Pues... era verdad! —enrojeció.

—Otra mentira.

—¡No estoy mintiendo!

—Y otra mentira.

Muy ofendida mientras todos los demás se reían a carcajadas, Jen dejó la carta bruscamente sobre la mesa y se cruzó de brazos, irritada.

—No quiero seguir jugando a esto —dijo, matándome con la mirada.

—¿La niña no sabe perder? —le sonreí ampliamente.

Recogí todas las cartas que había dejado tiradas sobre la mesa distraídamente mientras ella seguía enfurruñada en su rincón del sofá.

—Seguro que las estabas viendo —masculló.

—No hacía falta.

—*No hacía falta* —me imitó, molesta.

Empecé a reírme sin poder evitarlo.

—Bueno, ¿cuál es su reto? —preguntó Chrissy a Lana—. Porque está claro que ha perdido.

Vi que ella y Naya hablaban en voz baja y, de pronto, tuve una idea.

—Yo tengo uno —les dije.

Jen dio un respingo, temiéndose lo peor. Y tenía buenas razones, porque no iba a gustarle demasiado, pero yo iba a disfrutarlo cada segundo.

—¿Cuál? —preguntó Lana.

Me giré hacia Jen con una sonrisa maligna.

—Tienes que ver una película de terror.

Ella abrió los ojos de par en par al instante, negando frenéticamente con la cabeza.

—No —casi chilló.

—¡Yo quiero ver una película de terror! —chilló Mike.

—Yo no —Naya también tenía cara de horror.

—Yo sí —sonrió Charlie.

—Pues decidido —sonreí.

—¡Eh! —Jen me sujetó el brazo enseguida—, ¿cómo que decidido? ¡No todo el mundo ha hablado! Y mi voto vale por dos. Es mi cumpleaños.

—El mío vale por dos, también. Es mi casa.

—El mío vale por tres. Esa mantita es mía.

—El mío por cuatro. La televisión es mía, y el sofá donde has posado tu bonita culo de dimensiones insuficientes, también.

Sonreí como un angelito y ella se cruzó de brazos, frustrada.

—¿Podemos seguir? —pregunté felizmente.

En cuanto empezamos a elegir la película y ella se pegó a mí de brazos y piernas por debajo de la mantita, asustada, supe que había elegido el mejor reto de la historia.

—Te odio —masculló Jen mientras yo pasaba las películas.

—Más quisieras —sonreí.

Seguí pasando, intentando elegir alguna cualquiera para que siguiera así de pegada a mí un rato más.

—A ver... ¿la basada en hechos real...?

—¡No! —Jen dio un respingo—. No, no, no. Esa no.

—Es sobre una muñequita bonita, Jen —me burlé, divertido, señalando la muñeca fea de la pantalla.

—¿Eso es... bonito? ¡Es horrible!

—Sí, se llama Annabelle. Quiere ser tu amiguita.

Al final, ella eligió y yo me acomodé mientras me estrujaba con los brazos y las piernas, encantado. Apenas habían pasado unos minutos cuando empezó a dar respingos y a asomarse por encima de mi hombro cuando había momentos de tensión. Intenté no reírme con todas mis fuerzas.

—¿Qué hace? —masculló Jen cuando el niño de la película se acercó a la habitación maldita—. ¿Por qué se mete ahí? ¡No te metas ahí, idiota!

—Sabes que no puede oírte, ¿no? —le dijo Charlie, divertido.

—Cállate —masculló Jen, pero me atrapó la muñeca y se rodeó a sí misma los hombros con mi brazo, apretujándose contra mí. Sonreí felizmente.

Cuando terminó la película, yo apenas podía sentir el brazo. Jen me miró de reojo, avergonzada, mientras vi que su madre la llamaba y se apresuraba a responderle, alejándose del grupo. Miré de reojo a Mike, que estaba empezando a abrir las botellas de alcohol.

—Ni se te ocurra —le advirtió Will a Naya cuando ella miró las botellas con deseo.

—¡No iba a beber, solo quería... oler!

—No te lo crees ni tú —sonreí.

—¡Y tú no te metas! —se indignó, dándome un cojín en la pierna.

Divertido, tuve el impulso de agarrar una de las botellas de alcohol que Mike había abierto, pero me detuve justo a tiempo y agarré un refresco. Robé otro para Jen y la miré de reojo. Seguía hablando en voz baja con su madre.

Y, al instante, supe que algo iba mal.

No sé si fue por la forma en que se había quedado muy quieta por lo tensos que estaban sus hombros, pero me detuve en seco y me quedé mirándola unos segundos antes de ponerme de pie.

Jen estaba mirando fijamente un punto cualquiera de la pared. Estaba lívida. Fruncí el ceño y le sujeté el mentón suavemente, obligándola a mirarme. Era como si me mirara pero a la vez no pudiera verme. ¿Qué le pasaba?

—¿Qué pasa? —pregunté, confuso.

Ella no dijo nada, pero le estaba temblando el labio inferior. Tras dudar unos instantes, le quité el móvil de la mano y me lo llevé a la oreja.

—¿Jenny? —la voz ansiosa de su madre me sorprendió—. Jenny, por favor, respóndeme, ¿qué...?

—Soy Jack —aclaré, y tuve que carraspear—. Jen se ha quedado... pálida. ¿Qué pasa?

—Oh, Jackie, cielo... la abuela de Jenny, mi suegra... ha fallecido —me dijo con voz temblorosa—. Ha sido muy rápido. Apenas hemos tenido tiempo para asimilarlo. Y Jenny... ella la quería mucho.

Oh, mierda.

Cerré los ojos un momento antes de mirar a Jen. Ella seguía lívida, solo que ahora tenía los ojos llenos de lágrimas. Le puse una mano en la nuca y la acerqué a mí hasta que tuve su mejilla pegada al pecho.

—Lo siento mucho, señora Brown —murmuré.

—No te preocupes por mí, cielo. Solo... voy a comprarle un billete a Jenny para que pueda venir al entierro. Si pudieras estar con ella hasta entonces... no creo que quiera estar sola ahora mismo.

—No se preocupe, estaré con ella —le aseguré enseguida.

—Gracias, cielo —y sonó tan aliviada que casi pareció que iba a ponerse a llorar ella también—. Tengo que colgar, hay que avisar a los demás familiares y... bueno, cuida de mi niña, Jack.

Bueno, si algo podía tener seguro, era eso.

Nos despedimos rápidamente —era obvio que ella solo quería terminar con las llamadas a familiares y poder pasar el luto en paz— y me metí el móvil de Jen en el bolsillo. Miré a Will por encima de la cabeza de Jen. Todos se habían quedado mirándome con expresiones confusas.

Apreté los labios y le dediqué una mirada significativa. Él no entendió qué pasaba, pero sí que quería que se fueran todos, así que él y Naya empezaron a encargarse de cancelar la fiesta mientras yo me llevaba a Jen a nuestra habitación.

En cuanto estuvimos solos, empecé a apartar las sábanas y a no saber qué hacer. No sabía cómo manejar esto. Nunca había tenido que lidiar con la muerte de un familiar. La única había sido la de mi abuelo, pero yo era tan pequeño que apenas lo recordaba.

Miré a Jen, dubitativo, y noté que me paralizaba por completo cuando vi que ella estaba a punto de llorar.

—Joder, lo siento mucho, Jen —musité, acercándome y abrazándola con fuerza. No sabía qué hacer—. Estoy aquí, tranquila. Lo siento mucho.

Y... bueno, fue una noche bastante jodida. No sé cuántas horas se pasó llorando Jen y cuántas durmiendo, pero yo no pude dormirme. Estaba demasiado frustrado conmigo mismo por no saber qué hacer para ayudarla. No sabía cómo afrontar esas situaciones, así que simplemente me quedé con ella. Era lo único que podía hacer.

Por la mañana, mientras ella se despedía de los demás en el salón, me acerqué a su armario y lo revisé con los ojos. Iba a estar en casa de sus padres tres días, no necesitaba gran cosa, pero... bueno, metí unas cuantas cosas que había visto que se ponía mucho y mi mano se quedó suspendida cuando vi la sudadera de Pumba que le había dado el año pasado.

Espera, ¿la había guardado?

Me quedé mirándola unos segundos antes de meterla en la mochila junto con lo demás y cerrarla, colgándomela del hombro.

Jen no dijo gran cosa de camino al aeropuerto. Will se había ofrecido a conducir, así que ella simplemente tenía la cabeza apoyada en mi hombro y de vez en cuando se pasaba el dorso de la mano por debajo de los ojos. Naya y Will fingieron que no se daban cuenta cuando le pasé un brazo por encima de los hombros y le quité las lágrimas con los pulgares. Jen me dedicó una pequeña sonrisa triste.

Vale, no quería que se fuera, pero tenía que irse. No me gustaba dejarla sola estando así de triste. Incluso aunque supiera que su familia la estaba esperando en su casa.

Tragué saliva cuando Naya y Will se despidieron de ella ya dentro del aeropuerto. Mierda, quería ir con ella. Y, por la mirada que me echó cuando se acercó, me dio la sensación de que ella también quería que fuera, pero no estaba muy seguro. Y era un momento muy íntimo para su familia. No quería molestar.

Así que me limité a colgarle la mochila del hombro y sujetarla por la nuca.

—Aunque no esté ahí físicamente, no estarás sola —murmuré—. No lo estarás en ningún momento, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza y le di un beso en la frente antes de soltarla. Jen me miró unos segundos y, tras respirar hondo, se dio la vuelta y se perdió entre la gente.

Y, así de fácil, ya se había marchado otra vez.

Capítulo 16

♥Mini-maratón 2/2 ♥

Suspiré cuando vi que mi madre me estaba llamando. No tenía muchas ganas de hablar con nadie.

—Mamá —la saludé nada más descolgar.

—Hola, Jackie —pareció confusa—. No sueñas muy animado. ¿Va todo bien?

No. Jen se había ido por la mañana y solo había podido hablar con ella por teléfono. Y ahora Jen iba a dormir sola cuando podría estar con ella. No, no estaba todo bien.

—Más o menos —dije, sin embargo—. ¿Qué pasa?

—Bueno... había pensado que como fue el cumpleaños de Jennifer podríamos cenar todos en casa para celebrarlo.

Puse una mueca.

—Mamá, no creo...

—¡He hablado con tu padre! —me aseguró enseguida—. Y va a venir tu abuela, así que si tu padre se pone pesado le dará con el bastón y ya está.

—Mamá, no es eso. Jen no está aquí.

Hubo un momento de silencio.

—¿Os habéis peleado? —preguntó con un sorprendente tono de desilusión.

—No. No es eso... es... —suspiré—. Su abuela... murió ayer. Ha tenido que volver a casa por el funeral.

—Oh, no —murmuró—. Jackie, ¿cómo no me lo has dicho hasta ahora? Tienes que ir.

—Mamá, no creo...

—¿A ti te gustaría que se muriera tu abuela y Jennifer no estuviera ahí para ti en un momento tan complicado?

—Mamá, no quiero molestar a su familia.

Casi pude visualizar que estaba poniendo los ojos en blanco.

—Haz lo que quieras, Jackie, pero yo creo que deberías ir. Si yo fuera Jennifer, querría que fueras.

Lo consideraré un momento. Había pensado en ir, pero una parte de mí no estaba muy segura de si Jen realmente me querría ahí. No quería molestarla en un momento así, pero a la vez... mi madre no estaba tan equivocada.

—Sí, tienes razón —murmuré.

—Pues claro —dijo, muy digna—. Si al final decides ir, tu abuela y yo iremos contigo.

—¿En serio?

—Pues claro que sí, hijo —dijo, como si fuera obvio—. Voy a llamar a tu abuela para contárselo, ¿vale? Tú encárgate del vuelo.

—Vale —sonreí un poco.

—Avísame si necesitas que pague algo.

—Mamá, tengo dinero —le aseguré.

—Bueno, pero quiero pagarlo yo.

No iba a ponerme a discutir por eso. Al final, accedí a regañadientes y fui al salón en pijama. Will y Naya estaban abrazados en el sofá mirando una película. Sue estaba leyendo un libro en el sillón.

—Voy a ir a ver a Jen —les dije directamente—. Me voy mañana. Ahora llamaré a Joey para que consiga los billetes de avión.

—¿Los conseguirá tan rápido? —preguntó Sue, sorprendida.

—Esa mujer hace milagros —le aseguré.

—¡Espera! —Naya dio un respingo y me miró—. ¡Yo también quiero ir! Jenna también es mi amiga. No quiero que esté sola.

—Entonces, yo también voy —Will asintió con la cabeza.

Los tres miramos a Sue a la vez. Ella suspiró.

—Pues yo me quedo a controlar que los dos parásitos no hagan explotar la casa en vuestra ausencia —dijo finalmente—. Dadle un abrazo a Jenna de mi parte.

—Nunca me acostumbraré a que Sue sea cariñosa con otro ser vivo —

murmuró Naya.

—Contigo no lo seré nunca —le aseguró Sue, volviendo a leer su libro.

Naya le sacó la lengua y Sue le sacó el dedo corazón. Will y yo sonreímos, divertidos.

Me alejé de ellos y llamé rápidamente a Joey, que se hizo cargo de los billetes con una eficiencia tan sorprendente como de costumbre. En menos de media hora, ya teníamos un vuelo para todos. Y nos daría tiempo a llegar al funeral. Solo esperaba que Jen estuviera bien.

Dios, parecía que hacía años que no visitaba la casa de los padres de Jen.

La última vez que había estado ahí... había sido justo antes de que todo terminara entre nosotros. Tragué saliva, incómodo, cuando la abuela me puso una mano en el codo.

—Venga, Jackie —me animó—, tu novia va a necesitar un buen abrazo.

—No es mi novia —aclaré, aunque tenía una pequeña sonrisa en los labios.

—Todavía —mi abuela subió y bajó las cejas, y negué con la cabeza.

Las sonrisas se borraron cuando llegamos a la puerta principal. Estaba abierta. Carraspeé y entré el primero al funeral.

Apenas reconocí a nadie. Solo a la familia más cercana de Jen. Estaban todos hablando con invitados, así que ni siquiera me vieron, pero yo solo podía buscarla a ella con la mirada.

Y estaba sentada en el sofá. Estaba tan distraído mirándola que apenas fui consciente de que el imbécil de su exnovio estaba sentado a su lado. Honestamente, en ese momento me daba casi igual.

Esquivé a dos invitados y esboqué una pequeña sonrisa triste cuando nuestras miradas se cruzaron y yo me apresuré a acercarme a ella. No supe muy bien cómo interpretar su expresión. Estaba un poco lívida, con aspecto cansado y, a la vez, tenía una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó en voz baja.

—No íbamos a dejarte pasar por esto sola —le dije, también en voz baja.

—P-pero... los billetes... yo...

—Soy Steve Jobs, ¿no?

Cuando se le llenaron los ojos de lágrimas, la tentación de besarla casi hizo

que me precipitara y lo hiciera, pero me contuve. No era ni el momento ni el lugar. Me limité a sujetarle la cara con las manos y darle un beso en la comisura de los labios.

—Siento no haber llegado antes —murmuré—. Está claro que nadie te ha obligado a comer nada.

No me esperaba que Jen me abrazara con fuerza, pero lo hizo. No era su estilo para nada, pero lo acepté encantado.

Seguramente el abrazo hubiera durado más de no haber sido porque mamá y la abuela se acercaron para saludar a Jen. También tuve que ir a hablar con su familia, aunque en realidad quería volver con ella. La madre de Jen me dio un abrazo con tanta fuerza que por un momento creí que iba a sacar un pulmón por la boca. La verdad es que no me esperaba que fueran a alegrarse tanto de verme.

Tampoco me esperaba que fuera Jen la que se abrazara a mí cuando volví a acercarme a Will, Naya y ella. Le pasé un brazo por encima de los hombros cuando ella levantó la mirada hacia mí.

—¿Habéis dejado la casa a manos de Sue, Mike y Chris? —preguntó, como si me hubiera vuelto loco.

—A veces, hay que tomar algunos riesgos en la vida —bromeé.

—Sabes que, al volver, no va a quedar casa, ¿no?

—Me fío de Sue. No la has visto enfadada.

—¿No? —levantó las cejas, sorprendida.

—No —le aseguré, divertido—. Créeme que no. Yo solo la he visto enfadada dos veces. Da miedo.

La primera vez había sido cuando me había caído una cerveza encima de sus preciados cojines. Casi me había ahogado contra el sofá. Y la segunda fue cuando llevé una chica a casa y vomitó en medio del pasillo. Se escucharon los gritos desde la ciudad de al lado. La pobre chica prácticamente se fue corriendo despavorida.

—Esperamos que Mike no termine con sus nervios, entonces —murmuró Jen.

—O sí —bromeé—. Un problema menos en mi vida.

Jen se apretujó contra mi cuerpo y vi que se tensaba un poco al mirar la cocina. El imbécil de su exnovio estaba ahí con la que supuse que era la amiga de la que tanto había hablado. La miré con curiosidad y nuestras miradas se cruzaron. Cuando ella me parpadeó varias veces y me sonrió dulcemente, no pude evitarlo y le puse una mueca casi de aburrimiento antes de negar con la cabeza y volver a centrarme en Jen.

Pasamos el resto del día en casa de Jen, y los invitados no tardaron en marcharse. Me sorprendió un poco que su madre fuera la primera en ofrecermelo dormir con Jen en lugar de compartir habitación con uno de sus hermanos. Después de todo, ya no estábamos juntos.

¿Por qué parecía que todo el mundo quería que volviéramos a estarlo? Solo les faltaba encerrarnos en una habitación a solas.

Bajé a cenar con Jen y ella pareció mucho más animada que cuando había llegado. De hecho, no se despegaba de mí, cosa que no era muy habitual en ella. Normalmente, era yo el que tenía que abrazarla para que se acercara. Ese día era el revés. No dejaba de abrazarme y pegarse a mí. Y, la verdad... me encantaba.

Empezamos a cenar en silencio mientras los demás hablaban entre ellos de cosas que no me importaban. Sonreí cuando la miré de reojo y la pillé mirándome. Se le encendieron las mejillas y fingió que estaba centrada en su plato.

—No sabes disimular, ¿eh? —le dije en voz baja.

—No sé de qué hablas —dijo, enrojeciendo todavía más.

Le puse una mano en la rodilla, divertido, y ella me la devolvió a mi regazo, también divertida. Lo hicimos unas cuantas veces hasta que finalmente ella me sujetó la mano y me dio un beso en la palma, como la primera noche que habíamos dormido juntos desde que ella había vuelto. Después, se la colocó en el regazo y empezó a recorrérmela distraídamente con los dedos.

—Te estás volviendo muy cursi, Mushu —bromeé.

—Yo no soy cursi —masculló, avergonzada.

—Y yo tampoco, pero estás haciendo que lo sea —le aseguré.

—Creo que debería sentirme mal, pero no lo hago —dijo felizmente.

—Yo tampoco lo haría.

Iba a decir algo más, pero Will nos interrumpió cuando se giró hacia nosotros. Bueno, más bien hacia Jen.

—¿Les has contado ya lo del embarazo?

Oh, oh.

Jen congeló sus caricias al instante y yo noté que todo el mundo se quedaba en silencio, mirándonos fijamente.

Bueno, corrijo: el padre de Jen solo me miraba fijamente a mí. Y casi pude sentir como las dagas que me lazaba con la mirada me atravesaban el cráneo.

—¿Embarazo? —repitió lentamente.

No pude evitar sonreír un poco cuando vi la cara de horror de Jen.

—¡Estás embarazada! —chilló mi madre, y no supe muy bien si estaba emocionada o asustada.

—¿Eh? —Jen parecía completamente perdida.

—¡Un bisnieto! —mi abuela dejó la copa sobre la mesa, lamentándose—. Ay, Dios mío, envíame ayuda. La voy a necesitar.

Intenté decir algo, pero la madre de Jen se adelantó.

—¡Otro nieto! Cariño, ¿no habíamos hablado de esto? ¡No tienes por qué seguir los pasos de tu hermana!

—¡No, yo no...!

—¿Sabes que puedo oírte? —protestó mi querida cuñada.

—Y él también —dijo Spencer, tapando dramáticamente los ojos de Owen, el sobrino de Jen.

—Mira que te dije que tuvieras cuidado —murmuró Shanon.

—¡Que yo no...!

Di un respingo cuando vi que una cuchara se plantaba delante de la cara de Jen. Ella abrió mucho los ojos cuando vio que su padre la señalaba con ella, furioso.

—Pero ¿se puede saber qué parte de usa los condones que te di no entendiste? ¡Pensé que no volveríamos a pasar por esto!

—¡Que no est...!

—¡Que tu hermana lo hiciera puedo entenderlo! Pero ¿tú?

La hermana de Jen los miraba con la boca abierta, ofendida.

—¡Sigo pudiendo oírlos!

—Y él también! —exclamó Spencer, que no había dejado de cubrirle los oídos al crío, aunque él no parecía muy afectado mientras seguía devorando su plato tranquilamente.

—Pero... —Jen me miró en busca de ayuda.

—¡Ni me hables! —le gritó su padre.

—¡Jack! —Jen me miró, casi desesperada.

Sonreí un poco, pero mi sonrisa se borró de golpe cuando el padre de Jen se puso de pie de golpe y clavó un puño sobre la mesa ruidosamente, señalándome con la cuchara.

—Y tú... —empezó, en voz baja y amenazadora.

Abrí mucho los ojos cuando empezó a sacudir frenéticamente la cuchara delante de mi cara.

—¿Vas a hacerte cargo del bebé? —casi me gritó—. ¡Porque no es solo de la irresponsable de mi hija! ¡Es cosa de dos!

—¡Papá! —Jen quitó la cuchara, roja como un tomate.

Pero su padre estaba muy ocupado gritándome.

—¡Si eres bueno para embarazarse a mi niña, eres bueno para...!

—¡Que el bebé es de Will y Naya! —chilló Jen.

Hubo un momento de silencio absoluto en la mesa. Mi querido suegro dejó por fin de mirarme como si quisiera arrancarme la cabeza y solo parpadeó, confuso, hacia Will y Naya.

Y, de pronto, todo el mundo pareció muy feliz.

—¡Enhorabuena! —exclamó casi todo el mundo al unísono.

Y Jen, claro, era la personificación de la indignación. Incluso estaba cruzada de brazos, ofendida.

—¿Por qué todo el mundo se alegra por ellos y no por nosotros? —masculló.

—Porque no sabes ni cuidar de ti misma —su hermana la señaló—. Imagínate si tuvieras que cuidar de otro ser vivo. Qué desastre.

Siendo sinceros... Jen cuidaba muchas veces de mi hermano. E incluso de mí, de vez en cuando.

Si alguna vez tenía hijos, sabía que sería una madre genial.

—¡Podría hacerlo perfectamente! —Jen frunció el ceño.

—Oh, sí —uno de sus hermanos (no sé cuál era de los dos) sonrió—, como la tortuga Toby.

—Oh, me acuerdo de esa pobre tortuga —dijo el otro—. Qué final tan idigno.

Y así empezaron a hablar de todas las mascotas de Jen y de sus pobre muertes

súbitas. Intenté no reírme en todo el rato. No quería que la furia de Jen cayera sobre mí.

—¡Yo no soy un desastre, sería una madre genial! —exclamó, mirando a su alrededor en busca de ayuda—. ¿A que sí?

Cuando vio que nadie respondía, decidió apostar por lo seguro y se giró hacia mí amenazadoramente.

—¿A que sí? —repitió, esta vez con los ojos entrecerrados.

—La madre del año —dije enseguida.

—¿Veis? —exclamó a los demás.

Como Jen seguía indignada, fuimos los primeros en irnos de la mesa y subir a dormir. Ella estaba agotada, así que decidí que no iba a molestarla demasiado. Solo vi que se tiraba sobre la cama y me cambié rápidamente de ropa.

—¿Cansada? —pregunté al ver que bostezaba con ganas.

Asintió con la cabeza con una pequeña sonrisa adormilada.

—Ven aquí —murmuré, acercándome.

Ella se deslizó en la cama hasta quedar pegada a mí y le pasé la mano por la espalda. Casi al instante en que empecé a masajearla, vi que sus ojos empezaban a cerrarse. Estaba realmente agotada. Sonreí un poco y me incliné para besarle otra vez la comisura de los labios.

—Buenas noches, Jen.

Ella ya no respondió. Se había quedado dormida.

Me pasé unos minutos acariciándole la espalda por debajo de la sudadera de Pumba. Tenía la piel suave y cálida. Había echado de menos poder acariciarla. Y me gustaba la forma en que se pegaba todavía más a mí cuando estaba dormida.

Sin embargo, me descentré un poco cuando escuché que llamaban suavemente a la puerta. Levanté la cabeza y me separé de Jen con cuidado, dejándola sola en la cama y acercándome a ella.

Para mi sorpresa, el señor Brown estaba de pie en el pasillo, con aspecto muy incómodo.

—Ah, hola, Jack —dijo, y se aclaró la garganta—. ¿Jenny está dormida?

—Sí —dije, confuso—. Si quiere, la despierto.

—No, quiero hablar contigo.

Oh, oh.

Bueno, si iba a matarme, al menos no iba a morir estando peleado con Jen.

Lo seguí escaleras abajo y nos quedamos en la cocina vacía. Él no dejaba de jugar con las mangas de su camisa. También estaba nervioso. No era el único.

—Bueno, quería hablar contigo de lo que ha pasado hoy en la cena —aclaró.

—¿El qué? —seguía estando un poco perdido.

—Cuando hemos creído que Jenny estaba embarazada.

—Oh —no supe qué decirle.

—Solo quería disculparme por haber reaccionado así.

Seguía sin saber qué decirle. Solo asentí con la cabeza, dubitativo.

—No se preocupe, señor Brown, lo entiendo.

—No, no es eso, es... —suspiró—. Mira, Jenny ya tiene veinte años. Su hermana tenía dos menos cuando tuvo a su hijo. De hecho, en el momento en que se quedó embarazada solo tenía diecisiete. No sabes lo que fue para su vida tener que cuidar de un hijo. Sé que es feliz con Owen y todo eso, pero sé que se perdió ciertas cosas que ya no va a poder recuperar.

Hizo una pausa y yo, de nuevo, no tenía palabras. No entendía muy bien dónde quería llegar.

—No tengáis prisa por tener hijos —aclaró finalmente—. Por favor, espero no tener que preocuparme por nuevos nietos hasta, al menos, dentro de cinco años.

—Yo no tengo prisa —le aseguré, divertido.

—Eso espero, porque... uf... quiero mucho a Jenny, pero ahora mismo no la veo preparada para eso.

—No creo que Jen tenga tampoco ninguna prisa, señor Brown.

—Eso espero —repitió.

Me miró unos segundos, pensativo, antes de fruncirme el ceño.

—¿Y me puedes explicar qué pasa con vosotros dos? Porque hace unos meses ni os hablabais y ahora ya volvéis a estar juntos como si nada. No hay quien

os entienda.

—Creo que ni siquiera nos entendemos nosotros —murmuré.

Él sonrió, mucho más relajado que antes, y me puso una mano en el hombro.

—Bueno, sea como sea... solo quería decirte que últimamente he notado a Jenny más animada. Es obvio que vivir con vosotros la hace feliz.

Y él no sabía lo feliz que me acababa de hacer diciendo eso.

—Y, bueno, supongo que debería darte las gracias. Nunca has pedido nada a cambio de soportar a mi hija —puso los ojos en blanco—. Y he vivido con ella casi dieciocho años, créeme que sé que debes tener paciencia.

—Ella es la que tiene que tener paciencia conmigo —le aseguré. Había jodido las cosas muchas más veces que ella.

—Ya —de pronto, dejó de sonreír y la mano que tenía en mi cuello se apretó amenazadoramente—. Y ya que estamos, aprovecho para decirle que como le haga daño a mi niña voy a lanzarte al otro lado de la ciudad de una patada, ¿me has entendido?

Asentí con la cabeza enseguida. Él sonrió como un angelito y me dio una palmadita en la espalda.

—Perfecto, Jack. Venga, vete a dormir. Ya te he molestado bastante.

Me di la vuelta sin ser muy consciente todavía de lo que acababa de pasar, pero me detuve cuando apenas hube dado dos pasos porque me había vuelto a llamar.

—Oye, Jack.

—¿Sí? —pregunté, mirándolo.

—Nada de guarradas bajo mi techo —advirtió, señalándome amenazadoramente.

Sonreí, divertido, y asentí con la cabeza antes de subir de nuevo las escaleras y volver a la cama con Jen.

Jen durmió también durante gran parte del trayecto en avión. Yo leí un libro en el móvil distraídamente. Estaba un poco nervioso por la perspectiva de volver. No sabía cómo serían las cosas a partir de ahora. Y si Jen estaba bien.

Llevé a mamá a casa y luego volví a nuestro edificio con mi abuela, que se despidió de mí estrujándome las mejillas. Will, Naya y Jen ya habían llegado y estaban sentados en el salón con Chrissy y Sue. Me dejé caer junto a Jen al

instante.

—¿No está Mike? —preguntó Naya, confusa.

—Está dándose una ducha —murmuró Sue—. ¿No lo oís gritando como si mataran un bicho ahí dentro?

Joder, sí. ¿Cómo podía alguien que cantaba tan mal creer que cantaba tan bien? Nunca lo entendería.

Después de los intentos fallidos de Naya de hacer algo comestible para comer, Will decidió pedir comida rápida —cosa que todos agradecemos por nuestra salud—. Comimos viendo una serie aleatoria y, por la tarde, Jen volvió a su modo perezoso y se tumbó con la cabeza en mi regazo. Sonreí disimuladamente y le pasé los dedos por el pelo.

Justo cuando noté que empezaba a relajarme yo también, Chrissy resopló de forma lastimera.

—Qué asco da estar solo —murmuró.

—Espera —Jen lo miró—, ¿estar solo? ¿Y Curtis?

—¿Ha vuelto a pasar de ti, Chrissy? —sonreí maliciosamente.

—¡No ha pasado de mí! —era tan obvio que mentía que casi me reí.

Jen abrió mucho los ojos, incorporándose.

—¿Ha pasado de ti?

—¡Solo... hace dos días que no me habla!

—Ah, bueno —Jen se encogió de hombros.

Sue y yo intercambiamos una mirada divertida que a Jen no le pasó por alto.

—¿Qué? —preguntó, confusa.

Negué con la cabeza, dando la relación por muerta. Sue estuvo de acuerdo. Jen no parecía entenderlo.

Qué inocente era... solo queríamos irritar al pobre Chrissy.

—Son dos días —le dije significativamente, divertido.

—Es... muy poco, ¿no?

—¿Muy poco? —me hice el alarmado.

—Dos días es mucho tiempo en esos casos —le aseguró Sue malévolamente—.

Especialmente al principio.

—Son dos días —insistió Jen inocentemente—. No sabéis si ha tenido... yo qué sé... una emergencia o algo así.

Chrissy se cruzó de brazos, ofendido.

—¿Más emergencia que llamarme?

—Alguien pillado no espera dor días a llamarte —continuó.

Nuestro guitarrista raro lo hacía.

Espera, ¿qué?

¿Eh?

¿Guitarrista... raro?

Mierda, ya me he vuelto a equivocar de cabeza.

Vale, estaba volviéndome loco. Confirmado.

—¿Y cuántas veces te has pillado tú, experto? —me provocó Jen.

—Solo una. Pero me ha dado tantos dolores de cabeza que ya me considero experto en la materia.

La conversación siguió sin interrupciones... hasta que apareció el idiota de mi hermano, claro, que se dejó caer al otro lado de Jen con una sonrisita perversa que me hizo poner una mueca.

Y peor fue mi mueca cuando se abrazó a Jen y pegó su cabezota fea entre sus tetas.

—Esto es como una gran comuna hippie —me dijo felizmente—. Todo es de todos. ¿A que sí, cuñadita?

Jen me miró, dubitativa, sin saber qué hacer.

—Eh...

—No todo —mascullé.

Le empujé bruscamente la cabeza y lo aparté de Jen, acercándola a mí. Mike se sujetó la cabeza dramáticamente.

—¡Ten cuidado! ¡Podrías haberme matado!

—Mala hierba nunca muere.

Y pegué a Jen a mi lado.

—¡Te recuerdo que somos hermano, tú también eres mala hierba!

Y Mike pego a Jen a su lado.

—¿Podéis...? —intentó decir ella.

—Oye, ¿y tú banda no está triunfando? —le pregunté a mi hermano, irritado

—. ¿Por qué no te compras tu propio piso?

Y pegué a Jen a mi lado.

—Vivir solo es aburrido.

Y Mike pegó a Jen a su lado.

—Vivir contigo es un tormento.

—¡Dejad de...! —volvió a intentar decir Jen.

—¿Y por qué no te quedas a dormir en cada de una de tus mil novias?

—Estoy intentando cambiar a mejor y ser un hombre de una sola mujer, ¿vale?

—Pues buena suerte encontrando *una sola mujer*.

—¡Lo mismo te digo, capullo!

—Garrapata.

—Imbécil.

—Idiota.

—Amargado.

—Gorrón.

—Pesad...

—¡Los dos sois unos pesados! —gritó Jen de repente.

Los dos quedamos muy quietos cuando se puso de pie, zafándose de nuestros brazos, y nos señaló a ambos.

—Tenéis exactamente el mismo nivel de pesadez, así que dejad de discutir sobre quién es peor. ¡Sorpresa! Lo sois los dos.

Hubo un instante de silencio justo antes que de Mike y yo frunciéramos el ceño a la vez.

—Tampoco hacía falta llamarnos pesados —se ofendió Mike.

—Sí, Jen, te has pasado.

—¿Qué yo...? —ella parpadeó, perpleja.

—¿Te parece bonito llamar pesado al chico que te ofrece su cama cada noche?

—¿O a su hermano querido?

—No me creo que solo estéis de acuerdo en esto —murmuró Jen, poniendo los ojos en blanco.

Y, justo cuando empecé a sonreír, Mike hizo lo que era su especialidad: hacer que cundiera el pánico.

—Oye —sonrió a Jen—, tú también irás a la cena de mis padres esta noche, ¿no?

Oh, mierda.

Jen me miró, sorprendida.

—¿Eh?

—Gracias, Mike —mascullé.

—De nada —él me sonrió—. Pero ¿gracias por qué?

—¿Qué cena? —me preguntó Jen.

Y, claro, por culpa de Mike no pudimos pasar de esa cena con mis padres.

Y, claro, también tuve que ir de compras.

¿Es que a mi hermano le gustaba traer la desgracia hacia mí o qué?

Cuando llegamos a casa después de una larguísima tarde de compras, mis ganas de morirme aumentaron drásticamente cuando vi que Jen no dejaba de ponerse y quitarse jerséis sin quedar contenta con el resultado. ¿Es que era el único al que le parecían todos iguales?

—Deja de resoplar —protestó.

—¿Cuántas veces te has cambiado en cinco minutos?

—Es que no me gustaban.

—Eran todo jerséis. Todos ellos.

—¿Y qué? No son iguales.

—Son literalmente iguales.

—Eso no es verdad. Mira, este es más ancho de aquí y de aquí, el otro era más...

—¿No puedes elegir uno cualquiera y ya? —casi gimoteé.

—¡No!

—¡Todos te quedan igual!

—¡Que no es verdad!

—Muy bien, ¿y si yo elijo uno?

Estaba claro que iba a elegir el rojo, pero disimulé un poco mirando los demás. Jen se lo puso con una sonrisita.

—¿Sabes? —murmuró—. Ni siquiera es mío. Es de Shanon. Lo curioso es que se lo regalé por su cumpleaños, cuando cumplió los...

—Mierda.

Oh, no. Cumpleaños, regalos... el regalo de Jen.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Qué?

—Mierda, se me había olvidado.

Rebusqué en el cajón en que lo había guardado a toda velocidad mientras ella me miraba, confusa.

—¿Qué haces?

—Buscar tu regalo de cumpleaños. Aquí está. Menos mal que me lo has recordado. Se me había olvidado.

Lo saqué con una sonrisita orgullosa y se lo tendí a Jen, que tenía la boca entreabierta. Esperé unos segundos a que reaccionara, pero no parecía tener muchas intenciones de hacerlo.

—No me esperaba una reacción tan mala, la verdad —sonreí.

—¿Me has comprado un regalo? —preguntó en voz baja.

—Claro que te lo he comprado. Hace unas dos semanas. En fin, ábrelo.

Y se lo lancé sin nada de cuidado. Jen abrió mucho los ojos para atraparlo justo a tiempo, alarmada.

—¡Ten cuidado, es mi regalo!

—¡Solo era para animar la cosa! ¡Estabas como... ida!

—¡Si llega a caerse...!

—Bueno, no se te ha caído. Ábrelo de una vez.

¡Quería ver su reacción!

Nos sentamos los dos en la cama y yo insistí en que lo abriera, pero Jen tenía tan poca prisa como de costumbre, cosa que me ponía de los nervios. Al final, solté una maldición entre dientes y lo abrí yo mismo mientras ella se reía a carcajadas.

—Hay que tener más paciencia, Jackie —me dijo, burlona.

—Cállate y mira tu regalo, Michelle.

Finalmente, quitó el dichoso papel y se quedó mirando la caja de pintura que tenía delante. Yo repiqueteé los dedos en la cama, nervioso.

—¿Te gusta?

—Jack... —murmuró—, ¿cuánto te ha costado esto?

Fue como si me quitara todos los nervios de golpe para obligarme a poner una mueca.

—Eso es un poco maleducado para preguntar, señorita.

—Pero... pero... esto es carísimo.

—¿En serio eso es lo primero que me dirás? —puse una mueca, esperaba un poco más de emoción, no hablar de dinero—. Tampoco es para tanto. Puedo permitírmelo.

—Pero...

—Jen, he ganado muchísimo dinero con la película —más del que necesitaba—. Créeme, puedo permitírmelo.

—Vale, pero...

Si decía otro *pero* iba a comprarle otra solo para molestar.

—Simplemente, acéptalo. ¿No te gusta pintar?

Vi su expresión y cerré los ojos un momento.

—Dime que sigue gustándote, porque mi madre se reirá si ahora resulta que...

—Jack, no sé... no sé qué decir.

—¿Gracias? —sugerí con una sonrisita.

—Gracias —murmuró, y sonó tan agradecida que me sorprendió.

Pero, claro, era Jen, no podía simplemente aceptar un regalo. Estuvimos casi diez minutos irritándonos el uno al otro hasta que, finalmente, abrió la caja y empezó a mirar todas las cosas con una sonrisa emocionada. Yo seguía sin entender para qué eran tantas cosas.

En cuanto volvimos a esconderlo todo, suspiré y me encaminé hacia la puerta, pero me sorprendió cuando me detuvo por la muñeca.

—Gracias por el regalo —repitió, mirándome.

Sonreí un poco.

—No hay de qué —le aseguré—. El pacer ha sido m...

Me detuve en seco cuando ella me sujetó la cara y se puso de puntillas para darme un beso en los labios.

Creo que ni siquiera me había dado tiempo a reaccionar cuando se separó y me acarició las mejillas con los pulgares.

—Y gracias por todo lo demás —añadió.

Noté que mis hombros se relajaban y asentí una vez con la cabeza, recorriéndole la cara con los ojos.

Y supe que, o nos íbamos ahora, o no nos iríamos de esa cama.

—Venga, vamos a la cena.

Capítulo 17

—No me puedo creer que realmente creyeras que diría que no a una lasaña.

Puse los ojos en blanco.

—¡Déjame en paz ya con el tema! —protesté, mirando al frente.

Jen se cruzó de brazos, también mirando al frente. No me podía creer que me hubiera estado torturando con la maldita lasaña durante todo el camino.

Mike, por cierto, solo se reía de mí en el asiento trasero.

—Por cosas como esta me alegra estar solo —murmuró felizmente.

—Y así seguirás —mascullé, molesto.

—Bueno, siempre tendré a mi hermanito querido.

—No.

—Y a mi cuñadita querida.

Jen le dirigió una mirada de ojos entrecerrados un instante antes de quedarse en silencio por un buen rato. De hecho, parecía tan concentrada en algo que me vi obligado a pincharle el brazo con un dedo para que volviera a la vida.

—¿En qué piensas tanto?

—En que deberías estar agradecido por esa sudadera tan bonita y nueva que llevas puesta.

Bueno, vale. La sudadera que me había comprado me gustaba.

Pero ¿admitirlo? ¿Yo? Jamás.

Llegamos a casa de mis padres y dejé el coche en el garaje. Mike fue el primero en entrar y saludar a mamá.

Menos mal que Jen todavía cerraba la puerta del garaje cuando mi madre se acercó con una sonrisita feliz y me estrujó las mejillas con los dedos.

—Me alegra que hayáis venido los dos juntitos —canturreó.

—Mamá... —mascullé, avergonzado, intentando apartarme.

Al menos tuvo la piedad de soltarme cuando Jen llegó.

—Hola, querida —le dijo mamá con su sonrisita encantada—. ¿Cómo estás?

—Bien. Gracias por invitarme —Jen sonaba bastante tímida.

—Gracias por venir. Jackie me había dicho que quizá no querías.

Jen me dirigió una mirada rencorosa, desenterrando el hacha de guerra por enésima vez.

—Madre mía, tampoco he matado un perrito —mascullé—. No me mires así.

Y empezaron a burlarse de mí. Puse los ojos en blanco. Hora de ir a ver a mi abuela.

Casi me caí de culo al suelo cuando la vi masacrando un supermercado con mi hermano en la consola.

—¿Tengo que matar a ese? —le preguntó a Mike con una mueca de concentración.

—¡Sí, rápido o sacaré una ametralladora y...! —ahogó un grito cuando la pantalla se volvió roja—. ¡ABUELA! ¡Ya te ha matado!

—Pero... ¡si era un niño!

—Abuela, tenía treinta años.

—Pues eso, un niño.

—¡Saca ya las granadas o...! ¡¡ABUELA!! ¡Vas a hacer que nos maten a los dos!

—¿Sabes lo que contamina una granada, jovencito? No usaré eso.

Jen me dedicó una sonrisita divertida antes de que ambos nos acercáramos a ellos. Creo que ninguno de los dos se dio cuenta de nuestra presencia hasta que estuvimos justo al lado y mi abuela miró a Jen con una sonrisita encantada que era casi la misma que la de mi madre.

Por favor, ¿no podían disimular un poco que se alegraban de volver a verla viniendo por aquí?

—Hola, Jennifer —le dijo felizmente—. ¿Has visto esto? Me estoy modernizando.

—¿Estás segura de que quieres empezar esto de los videojuegos disparando?
—pregunté, divertido.

—Relaja bastante. Creo que me compraré una consola de esas para mi casa. Y mataré a la gente cada vez que me sienta frustrada.

Mi abuela, todo un encanto.

Estuvimos con ellos hasta que mi padre bajó las escaleras. No nos miramos el uno al otro. Había cierta tensión en el ambiente, como cada vez que nos veíamos. Noté que Jen me echaba una ojeada en cuanto él desapareció en la cocina, pero fingí que no me daba cuenta.

Fuimos todos a la mesa y me acomodé junto a Jen, que parecía algo nerviosa, también. Sin embargo, me distraje cuando vi que mi padre no se sentaba, solo daba tumbos con aire ansioso.

—¿Qué haces? —preguntó mamá, mirándolo.

—Estoy esperando... oh, ahí está.

Apenas había sonado el timbre y ya había ido a toda velocidad a la entrada. Miré a mamá con la pregunta grabada en los ojos, pero ella se encogió de hombros con aire perdido. Tampoco sabía nada.

Es decir... que no iba a gustarnos a ninguno de los dos. Si no, lo sabríamos.

Noté que Jen daba un respingo a mi lado y me obligué a mí mismo a mirar a mi padre, que como ya sospechaba... no vino con nada que fuera a gustarme demasiado ver.

Vivian, a su lado, me dedicó la sonrisita perfecta que usaba en las entrevistas.

—¿Vivian? —preguntó mamá, sorprendida.

Papá le señaló a Vivian la silla libre que había entre él y la abuela Agnes. Parecía encantado.

—Pensé que sería una buena idea que viniera. Para que conociera a la familia.

¿Y para qué demonios tenía que conocer Vivian a mi familia?

De mi padre me lo esperaba, pero... ¿de ella? ¿Para qué había accedido? Sabía que no me gustaría. No entendía a esa chica.

—¿Para que conociera a la familia? —repitió mamá, con el tono que solía usar para regañarnos a mí o a Mike, pero que nunca había usado con mi padre.

Espera, ¿mi madre estaba hablando con firmeza a mi padre?

Levanté las cejas, sorprendido, mientras Vivian se sentaba y decía no sé qué. Yo solía poder mirar fijamente a mi madre. Verla respondiendo a mi padre sin miedo a las consecuencias era... extrañamente agradable. Nunca había visto esa faceta en ella.

Pero ahora no era el momento. Primero, tenía que asesinar a mi padre con la mirada. Así que lo hice por un rato para sentirme realizado conmigo mismo.

La conversación de esa cena fue... considerablemente incómoda. Me daba la sensación de que solo hablaba Vivian. Y no dejaba de hacerlo. Eché unas cuantas ojeadas a Jen, pero me daba la sensación de que tenía la misma expresión intimidada que la primera vez que se había encontrado con Vivian. Y eso me frustraba bastante.

Y lo peor es que Vivian sabía que provocaba eso en ella, porque cuando la miré con mala cara se limitó a sonreírme dulcemente, aumentando mi mal humor.

—Bueno —dijo mi abuela, cortando en seco una frase Vivian y dirigiéndose a Jen—, no pude felicitarte por tu cumpleaños. Felicidades atrasadas, querida.

Jen levantó la mirada por primera vez desde que nos habíamos sentado y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Oh, es cierto —mamá también la miró—. Felicidades, Jennifer. ¿Has recibido algún regalo?

Noté que mis hombros se relajaban cuando Jen me dirigió una sonrisita bastante privada.

—Jack me dijo que le habías aconsejado a la hora de elegirlo.

La verdad es que me daba un poco de vergüenza que a mi madre se le iluminara la mirada cada vez que me llamaba *Jack* en lugar de *Ross*.

—Oh, sí. Espero que te guste el óleo.

—Y pintar —añadió Mike, a quien casi no le cabía espacio en la boca para respirar porque parecía querer ahogarse a sí mismo en lasaña.

—Me encanta —le aseguró Jen, y se le iluminó la expresión, como siempre que hablaba de algo que le gustaba—. No puedo esperar a estrenar la caja.

—No entiendo eso de pintar —murmuró Mike—. Es decir... ¿no te aburres? Parece aburrido.

—Es que destrozarse un micrófono a gritos es mucho más entretenido —enarqué una ceja.

—Pues tiene su arte —protestó Mike, muy digno—. Y te desahogas.

Sonreí un poco cuando vi que la cosa se había calmado, pero todo volvió a irse a la mierda cuando escuché que Vivian se aclaraba la garganta y Jen la miraba.

—Y... ¿cuántos añitos cumpliste?

Estoy seguro de que pudo notar los puñales que le lanzaba con la mirada.

Y más cuando empezó a burlarse de ella.

Me contuve para no decir nada inapropiado porque supe que a Jen no le gustaría ni aunque fuera por defenderla. Solo estuve callado como un idiota todo el rato, mirando fijamente a Vivian como si quisiera desintegrarla.

Ya había pasado un rato cuando noté que ella buscaba mi mirada. La ignoré unos segundos, pero al final la clavé en ella, enfadado. ¿Ahora qué demonios quería?

Vivian me sonrió con dulzura y se señaló la nariz de forma significativa antes de señalar a Jen y guiñarme un ojo. Noté que se me tensaba todo el cuerpo.

Jen sabía lo que había estado haciendo ese año. Y sabía que seguía con ello, pero... no estaba muy seguro de si sabía hasta qué punto seguía enganchado a esa mierda. Y no quería que Vivian fuera la que se lo dij...

—¿Estás bien?

Noté que una oleada de pánico me invadía cuando miré a Jen, que tenía una mueca preocupada.

—Sí —dije enseguida.

—¿Estás seguro?

—Sí —mascullé más secamente de lo que pretendía.

Me arrepentí al instante, y más cuando vi que la sonrisita triunfal de Vivian se acentuaba. Jen apretó los labios y murmuró algo antes de subir las escaleras, supongo que al cuarto de baño.

Y, claro, yo me giré en seco hacia mi padre, que seguía bebiendo vino como si no hubiera nada malo en esa situación.

—¿En qué momento se te ha ocurrido venir con ella? —mascullé, señalando a Vivian con la cabeza.

Mi padre se limitó a mirarme con cierto desprecio en los ojos.

—¿En qué momento se te ha ocurrido a ti venir con ella? —preguntó, señalando las escaleras por las que Jen había desaparecido.

—Esta cena supuestamente era por su cumpleaños —la defendió mamá.

—Pero Jack dijo que no iba a venir, ¿no?

Vivian, mientras toda la conversación transcurría, se limitó a mirarnos a todos sin una sola pizca de vergüenza.

—¿Y tú? —le pregunté sin poder contenerme.

—¿Yo qué? —enarcó una ceja.

Apreté los labios y me puse de pie, señalando la entrada con la cabeza.

—¿Podemos hablar un momento, Vivian?

—Siempre tengo tiempo para ti.

Casi echaba humo por las orejas cuando me detuve en el pasillo de la entrada, alejado de los demás. Vivian me siguió sin decir nada y se cruzó de brazos delante de mí con una pequeña sonrisa.

—¿Esa sudadera es nueva? —preguntó—. Intenté comprarte ropa cuando estuvimos en Francia y no me dejaste. Veo que has cambiado de opinión.

—Pues me la ha comprado Jen.

Ella por fin perdió parte de esa sonrisita para mirarme casi con rencor.

—Sigo sin entender qué ves en ella.

—¿Qué haces aquí, Vivian? —le pregunté directamente.

—Tu padre me invitó. No podía decirle que no.

—Sí que podías. Y no lo hiciste.

—Bueno, puede que no quisiera.

—Esta cena es por el cumpleaños de mi nov... de mi exnovia. Si ella no está cómoda contigo aquí, lo mínimo que podrías hacer es irte.

—¿Y por qué no está cómoda conmigo? —preguntó, dando un paso hacia mí—. ¿Le has contado lo que pasó entre nosotros?

—No, porque ni siquiera lo recuerdo —dije entre dientes.

—A lo mejor debería contárselo yo, que sí me acuerdo.

—Vivian, lárgate de aquí.

Me sostuvo la mirada por lo que pareció una eternidad hasta finalmente asentir una vez y girarse hacia el salón.

—Voy a despedirme y...

—No —la corté, ya estaba demasiado enfadado—. Vete, ahora.

—Pero...

—Lo digo en serio.

Ella me dedicó una mirada resentida antes de mascullar un insulto e ir directa hacia la puerta principal. Me quedé ahí de pie en el pasillo unos segundos intentando calmarme antes de volver, pero entonces escuché unos pasos acercándose.

—Jackie —mi madre se detuvo delante de mí, y me sorprendió ver que parecía algo nerviosa—, ¿por qué no vas a buscar a Jennifer? Hace un rato que está arriba.

—Déjala, mamá. Creo que se ha cabreado. Es mejor que se tranquilice y baje cuando ella quie...

—Es que... mhm... tu padre acaba de subir también —aclaró en voz baja—. No quiero ponerte nervioso, pero... bueno, ve a buscarla, ¿vale?

Me quedé mirándola un momento antes de reaccionar e ir hacia las escaleras. Las subí a una velocidad sorprendente y crucé el pasillo. Conociendo a Jen, seguro que había usado el cuarto de baño de mi antigua habitación. Tragué saliva y noté que los nervios aumentaban cuando me acerqué a la puerta entreabierta y...

—¿Qué te crees que quiere? ¿A ti?

Me detuve en seco al escuchar la voz de mi padre y me quedé mirando fijamente la puerta, pasmado.

¿Estaban hablando de...?

—Por favor, Jennifer. Los dos sabemos que no eres lo mejor para él.

—Tú no sabes lo que es mejor para él. Nunca lo has sabido.

Y esa era Jen, solo que sonaba... sorprendentemente enfadada. A mí nunca me había hablado así, y eso que la había cabreado mil veces.

Una parte de mí quería entrar y llevarme a Jen lejos de ese imbécil, pero la otra... no era capaz de moverse.

—Puede que no lo conozca tanto como me gustaría —siguió mi padre—, pero sé lo que es mejor para su futuro.

—¿Su futuro? —Jen soltó un bufido despectivo—. No, lo de la escuela, lo de Vivian... que quieras todo eso para él no tiene nada que ver con su futuro. Solo quieres tener el poder de presumir de que tu hijo ha hecho todas esas cosas.

—Sabes que eso es una bobada.

—No, no lo es. La única bobada de esta historia fue escucharte cuando me dijiste todas esas... tonterías... en Navidad.

¿En Navidad? ¿En su casa?

Eso había sido justo antes de que las cosas entre nosotros terminaran.
¿Qué...?

—¿Y qué te dije, Jennifer? —siseó mi padre—. ¿Que lo dejaras? ¿Yo dije eso? Porque no lo recuerdo así.

Espera, ¿qué?

Di un paso atrás, entreabriendo los labios.

—Sabías muy bien lo que estabas haciendo —le dijo Jen en voz baja, furiosa.

—Solo tuve una conversación contigo. En ningún momento te dije que lo dejaras.

—¡Me estabas manipulando!

—Querida, eres demasiado fácil de manipular, pero yo no te dije que lo dejaras tirado. Fue decisión tuya.

Entreabrí los labios. ¿Qué...? ¿Por eso me había dejado?

¿Porque él... la había convencido de hacerlo?

Y ahora estaba haciendo lo que hacía siempre que yo le acusaba de manipularme, girar la situación para que el culpable pareciera la otra persona. Apreté los dientes.

—¡No, pero me metiste la idea en la cabeza, y lo sabes perfectamente! —insistió Jen, frustrada—. ¡Lo hiciste a propósito! ¡Y yo fui lo suficientemente idiota como para escuchar media palabra de lo que decías! ¡Debí hacer caso a Jack e ignorarte!

Sí, para una vez que daba un buen consejo a alguien... ¡no me escuchaba!

Maldita sea, ¿todos estos meses...? ¿Había sido todo por culpa de ese imbécil? ¿Por qué demonios Jen no me había dicho nada hasta ahora? ¿Por qué no había hablado conmigo antes de irse de esa forma?

Me pasé las manos por la cara. Era demasiada información en muy poco tiempo. Y ellos no dejaban de hablar.

—¿Y qué harás ahora? —le preguntó mi padre—. ¿Le dirás la verdad? En el

mejor de los casos, consigues que te crea y me eche la culpa. Pero... él pierde a su padre. En el peor de los casos, te echa a ti toda la culpa y te deja. Él pierde a su novia.

Hizo una pausa, y yo apreté los puños. Me frustraba saber perfectamente saber lo que estaba haciendo porque lo había visto miles de veces antes.

—Hagas lo que hagas, va a perder a alguien —siguió él en voz baja—. Por tu culpa. Otra vez.

Él hizo una pausa, y yo cerré los ojos. Tenía que entrar, pero a la vez... quería saberlo. Quería saber si Jen caería otra vez en lo mismo. Una parte de mí tenía la esperanza de que esta vez no se dejara manipular.

—¿Vas a decírselo, Jennifer? —insistió—. ¿Vas a volver a tirar toda su felicidad por la borda por una decisión impulsiva?

—Nunca te ha importado su felicidad —casi susurró ella.

—Más de lo que te crees. ¿Qué creías? ¿Que iba a permitir que sacrificara toda su carrera por una relación con alguien que conocía desde hacía pocos meses? ¿Por alguien como tú?

—Él era mucho más feliz antes que ahora. Y sí, quizá gran parte de la culpa sea mía, pero eso no quita que tú también la tengas.

—Algún día, Jennifer, cuando te deje y se dé cuenta de cómo es la vida real, me lo agradecerá.

—¿Cómo te agradeció lo que fuera que hicieras por él en el instituto?

Me tensé de pies a cabeza al recordarlo, pero mi expresión era de sorpresa.

Bueno... no puedo decir que no me gustara esa Jen destruye-padres-capullos.

—Ten cuidado —advirtió él en voz baja.

—No sé lo que hiciste, pero los destrozaste. No solo a Jack, a Mike también. ¿Qué clase de padre hace eso?

—Un padre que sabe lo que es mejor para su hijo.

—¡Tenía veinte años, no diez! ¡Era lo suficientemente mayor como para saber lo que era bueno para él y debimos dejar que lo decidiera por sí mismo!

—Mi hijo es un desagradecido, Jennifer, pero...

—¿Desagradecido? —Jen casi escupió la palabra, y yo no supe muy bien cómo sentirme al respecto.

—¿Sabes cuántos ingresos desinteresados tuve que hacer a su instituto para

que no le expulsaran cada vez que hacía una de sus tonterías? ¿Sabes la cantidad de veces que tuve que pagar sus fianzas porque se metía en peleas y tenía que ir a buscarlo a la comisaría como si hubiera criado a un criminal?

Un sentimiento amargo se extendió por todo mi cuerpo y agaché la cabeza.

—¡No sabías si era un criminal o no! —insistió Jen—. ¡Estabas demasiado ocupado pensando en lo buen padre que eras como para intentar serlo!

—¿Quieres que te haga una factura de lo que me debe?

—Eso es todo para ti, ¿verdad? ¡El dinero!

Sí. Era exactamente eso. Yo lo había aprendido hacía tiempo.

—¡Está aquí gracias a mi dinero! ¡Debería estar de rodillas agradeciéndome todo lo que he invertido en él en lugar de andarse con tonterías de novias y escuelas! ¡Sin mí, no sería más que un criminal drogadicto tirado por algún callejón!

—¡Sin ti, sería un chico normal y corriente, sin problemas, que habría cumplido su sueño por su talento!

—¿Y tú qué sabrás?

—¡Sé que un niño necesita amor, no dinero! ¡Lo que necesitaba no era que le pagaras las fianzas, sino que te sentaras con él para entender qué estaba mal! ¡No pagar al colegio para que no lo expulsaran, sino darte cuenta de lo que estaba pasando en su vida e intentar hacérselo más llevadero! ¡Intentar ayudarlo! ¡Quererlo! ¡Demostrarle que no está solo! ¡Eso es lo que hace un padre que quiere a su hijo, no pagarle todo para poder echárselo en cara más tarde, como si te debiera algo!

Parpadeé, perplejo, mirando la puerta de mi habitación.

—¿Qué insinúas? ¿Qué no quiero a mi hijo?

—¡No, no le quieres! ¡Solo... te quieres a ti mismo! ¡Ni Jack, ni Mike han recibido la mitad del amor que se merecían, y todo por tu culpa!

Miré inconscientemente las escaleras. Estaban gritando, así que seguro que Mike lo había oído todo. Apreté un poco los labios.

—¿Y tú qué sabrás? Eres una niña.

—Una niña que quiere más a Jack que su propio padre.

Espera, ¿qué...?

¿Acababa de decir...?

—Cincuenta mil —mi padre cortó mi hilo de pensamientos frenéticos—. Es mi última oferta.

Jen soltó lo que pareció un bufido cansado.

—No lo entiendes, ¿verdad? Nunca vas a tener el dinero suficiente como para eso. No hay una cifra. Nunca la habrá.

Mi cerebro seguía medio entumecido cuando escuché pasos acercándose a la puerta del cuarto de baño, y luego a la de mi habitación. Seguía sin poder moverme de mi lugar cuando Jen la abrió de golpe, furiosa, y se quedó pasmada al verme ahí.

Por un momento, solo nos miramos el uno al otro. Ni siquiera levanté la mirada cuando mi padre salió detrás de ella. No sabía ni cómo reaccionar.

—Jack... —empezó Jen en voz baja.

Y solo pude ser capaz de formular una pregunta:

—¿Te fuiste por eso?

Jen dudó visiblemente y, tras cerrar los ojos un momento, me miró con la culpabilidad grabada en ellos.

—Sí —me dijo con un hilo de voz.

Todo este tiempo pensando que se había ido con el otro idiota, que me había dejado porque realmente lo nuestro no había significado nada para ella... ¿y había sido por la maldita película? ¿Por mi padre?

No reaccioné hasta que noté que las manos de Jen me cubrían las mejillas, obligándola a mirarla. Parecía tan preocupada que me entraron ganas de decirle que no pasaba nada, pero era incapaz de decir nada.

—Sé que debí decírtelo antes —empezó con un hilo de voz—. Lo siento mucho, Jack, no quería que...

—Lo he oído todo —mascullé. Sobraban las explicaciones.

Ella se tensó visiblemente.

—¿T-todo?

Sí, todo.

Miré a mi padre, furioso, y él se hizo pequeñito en su lugar.

Me quité las manos de Jen de las mejillas sin despegar la mirada de él. En cuanto Jen se apartó, confusa, di un paso hacia mi padre que él retrocedió al instante.

—¿La convenciste para que se marchara? —le pregunté directamente.

—Jack —ni siquiera me había dado cuenta de que mi madre hubiera subido, pero ahí estaba—. Cariño, creo que deberías irte antes de que hagas algo de lo que te arrepientas.

De lo único que me arrepentía era de no haberme ido de esa casa mucho antes.

Miré a mi padre con las ganas de darle un puñetazo aumentando a cada segundo que pasaba, pero entonces vi que él echaba una ojeada a Jen y, habiendo visto esa mirada tantas veces... ya supe lo que iba a hacer.

Iba a echarle toda la culpa a ella, ¿verdad?

Ojalá hubiera podido decir que me sorprendía, pero no lo hacía. En absoluto. La única pregunta era hasta qué punto sería capaz de llegar.

—Sí —dijo Jen de repente, acercándose a mí con cautela—. Jack, tengo que explicártelo todo y...

—¿Explicarme todo? —solté directamente, mirándola—. ¿Que te fuiste por una maldita tontería? Soy bastante consciente de ello, gracias.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida, pero no dejé que eso me desviara de mis intenciones. Ya me disculparía con Jen, pero ahora tenía que comprobar esto.

—Pero...

—¿Por qué demonios lo escuchaste? Te lo dije. Te dije que no lo hicieras.

—Lo sé, pero...

—¿Por eso no querías que te hiciera más preguntas el otro día?

—Jack, yo no...

—No, no me hables como si fuera un idiota. Estoy harto de esto. De tus mentiras.

Jen me miró como si le hubiera dado una bofetada, y estuve a punto de echarme atrás al instante en que lo vi, pero me contuve cuando ella se aclaró la garganta.

—Todo... todo fue por mi culpa —admitió en voz baja.

No dije nada, pero sí vi que empezaba a jugar compulsivamente con sus dedos, como cada vez que mentía. Tragué saliva y esperé que mi padre dijera algo, pero no lo hizo.

—Yo... —siguió Jen sin mirarme—, creí que... que era lo mejor para ti. Y lo hice. Y me arrepentí, muchas... muchas veces. Demasiadas. Pero... al final... al final has conseguido cumplir tu sueño. No fue para nada.

De nuevo, esperé en completo silencio, pero mi padre no dijo nada. Me giré hacia él con los labios apretados, pero no parecía tener ninguna intención de intervenir.

—¿Eso es verdad? —le pregunté directamente.

Él ni siquiera parpadeó a la hora de mentirme.

—Sí, es verdad.

No me lo podía creer. Era tan miserable que no me lo podía creer. Lo miré fijamente unos segundos antes de, sin poder evitarlo, soltar una risa amarga y despectiva.

—Eres un miserable —le dije en voz baja.

Él levantó la cabeza de golpe, sorprendido.

—¿Eh?

—¿Ibas a dejar que se echara toda la culpa? ¿De verdad?

Di un paso hacia él, que se encogió en su lugar.

—Jack, sé que ahora no puedes verlo —empezó con un hilo de voz—, pero...

—Oh, lo veo perfectamente. Veo a alguien que era capaz de dejar que la odiara con tal de que no me duela que mi padre sea un imbécil... y a ti. Créeme, lo veo perfectamente, papá.

Bajé la voz, intentando controlarme a mí mismo y no lanzarme sobre él. No quería ser así. No quería ser como él.

—No has cambiado nada desde el instituto, ¿verdad? —le pregunté en voz baja—. Quizá tu estilo ya no sea dar palizas, sino manipular a la gente, pero no has cambiado nada. Sigues siendo igual de miserable.

Él no dijo nada, tal y como esperaba. Nunca habíamos hablado tan abiertamente de eso. Era como si nadie quisiera mencionarlo. Pero yo ya estaba harto. No podía seguir así. Necesitaba sacarlo y no volver a solucionar las cosas como él me había enseñado a hacerlo.

—Pero ahora ya no soy un niño, ¿no? —seguí en voz baja—. Ya no puedes darme una bofetada para que haga lo que quieras. Ahora, sabes que eso ya no funciona. Y tienes que usar otros métodos. Porque sabes que podría hacerte mucho más daño yo a ti... que tú a mí.

En cuanto vi que se encogía, negué con la cabeza. No. Ya no iba a seguir solucionando las cosas con violencia. Estaba harto de ser así.

—No te molestes en hacer eso. Yo no soy tú. Puede que haya cometido algunos errores en el pasado, pero ya no soluciono las cosas como un puto animal.

Respiré hondo para calmarme e hice un ademán de girarme hacia Jen, pero me volví de nuevo hacia mi padre casi al instante.

—Pero si me entero de que has vuelto a hablar con ella, de lo que sea, en las circunstancias que sean —añadí en voz baja—... se me olvidará toda esa mierda de ser mejor persona que tú.

Lo miré unos segundos y él fue incapaz de decir nada. Eso era mi padre: muy valiente cuando la situación estaba a su favor, pero un cobarde de mierda en cuanto las cosas se torcían un poco.

Y no quería seguir estando en la misma casa que él.

Me di la vuelta y miré a Jen, dudando, antes de sujetarla de la mano. Ella parecía pasmada.

—Vamos a casa —le dije casi en un susurro.

Ella me miró durante unos instantes, todavía muda de la impresión, antes de asentir con la cabeza.

—Está bien —dijo con un hilo de voz.

Miré de reojo a mi madre al pasar, que no se atrevió a decir nada. Al igual que mi hermano. Tuvo que ser mi abuela quien nos dijera que fuéramos a casa. Todos habían escuchado todo. Y ahora todos estarían tristes por culpa de un miserable como papá.

Conduje en silencio hacia casa con Jen al lado, pensativa. No sabía qué decirle. O cómo sentirme. No me estaba dando a mí mismo la oportunidad de sentirme aliviado todavía. Necesitaba asegurarme de que no volvería a hacer eso de marcharse por mi bien.

En cuanto llegué al garaje y aparqué el coche, nos quedamos sumidos en ese mismo silencio por unos segundos más, hasta que me vi obligado a decir algo.

—Ahora ya lo sabes —le dije en voz baja.

Jen me miró de reojo, como si no se atreviera del todo a hablar de ello.

—¿El qué?

—Por qué nos llevábamos tan mal.

Jen apretó los labios y extendió una mano hacia mí, poniéndomela en el hombro.

—Os... golpeaba, ¿no? —murmuró con un hilo de voz.

Y ahí fue cuando decidí contárselo todo.

Estaba harto de no hablar de eso con nadie. Nunca lo había hecho. Sentía que con las únicas personas con las que podía hablarlo no querían hacerlo. O le quitarían importancia. Jen no era así. Ella solo me escucharía e intentaría hacer que me sintiera mejor. Y era... justo lo que necesitaba.

Jen siempre era justo lo que necesitaba y quería. Solo esperaba ser justo lo que necesitaba y quería ella.

Le conté todo. Desde lo de Mike hasta lo de la cicatriz. Sentí un tremendo alivio cuando ella no se enfadó por no habérselo dicho antes. Solo escuchó con atención e hizo unas cuantas preguntas más, mirándome fijamente.

—¿Mary nunca...? —empezó, dudando—. ¿Nunca hizo nada? ¿O Agnes? ¿O... Mike? ¿Para defenderte?

Tragué saliva cuando se me formó un nudo en la garganta al recordarlo.

—Mi abuela nunca lo ha sabido —le dije en voz baja—. Cree que nos llevamos mal por... bueno, porque todos tenemos unos caracteres de mierda.

—¿Y los demás?

—No hicieron nada.

Ojalá eso no hubiera sido cierto, pero lo era.

—¿Nunca? —repetió Jen como si no se lo creyera—. Pero... ¿lo sabían?

—Lo sabían, sí. Y no hicieron nada. Nunca.

Apreté los dientes cuando Jen se quedó en silencio. Sin poder evitarlo, me giré hacia ella.

—Nunca me había defendido nadie. Nunca. Hasta hoy. Hasta que has llegado tú.

Jen tenía los ojos llenos de lágrimas cuando apartó la mirada hacia cualquier cosa que no fuera yo, no supe si emocionada o avergonzada —como cada vez que le decía un piropo—. O ambas cosas.

—He oído toda la conversación —añadí en voz baja, observando su reacción—. Incluida la parte en la que le decías que me querías. ¿Es... cierto?

Jen volvió a mirarme, y vi que seguía intentando contenerse para no ponerse a

llorar.

—Sabes que es cierto, Jack.

Sí, pero necesitaba oírlo. Nunca me lo había dicho.

—Dilo —mascullé, un poco más ansioso de lo que me hubiera gustado demostrar. No me podía creer que esa noche tan horrible hubiera terminado con esta conversación tan perfecta.

—Jack...

—Si es verdad, dime que me quieres.

Jen entreabrió los labios y, por un horrible segundo, tuve la impresión de que iba a echarse atrás. Pero no. Solo respiró hondo y asintió con la cabeza.

—Te quiero.

Solté todo el aire que estaba reteniendo de golpe, como si mi cuerpo se hubiera relajado al instante.

Dudé antes de estirar el brazo hacia Jen y sujetarle una mejilla con la mano para acercármela. Apoyé la frente en la suya y me contuve antes de besarla. Necesitaba que me dijera algo más.

—No más secretos —le pedí en voz baja—. Prométemelo.

—Te lo prometo —dijo también en voz baja.

—Nunca más —insistí, mirándola—. Quiero que hables conmigo, no que te vayas corriendo porque crees que es lo mejor para mí.

—Lo sien...

—No digas que lo sientes —mascullé, odiaba que se disculpara conmigo—, solo dime que no volverás a hacerlo.

Ella asintió un poco antes de poner su mano sobre la mía, en su mejilla.

—No volveré a hacerlo. Te lo prometo.

Y por fin, después de un año, me daba la sensación de que todo volvía a estar bien.

Ya no pude aguantarlo más. Corté por completo la distancia entre nosotros y la besé en los labios con mucha más intensidad de la que pretendía. Hacía demasiado tiempo que me contenía.

Pero no. No íbamos a hacer eso en mi maldito coche, en medio del aparcamiento del edificio.

Por ahora.

Me separé intentando contenerme y ella me miró, sorprendida.

—Mañana me desharé de toda esa mierda —y casi se evaporó mi felicidad al recordar cómo había sido la primera vez que lo había conseguido.

—Hazlo cuando estés listo —murmuró Jen, mirándome.

—Ya lo estoy. Pero, ahora mismo, estoy pensando en hacer otra cosa muy distinta. Y mucho mejor.

Sonrió un poco cuando bajé del coche y fuimos al ascensor. Jen se apoyó con la espalda en la pared mientras yo le daba al botón, mirándola. No me lo podía creer. No me podía creer que esto estuviera pasando de verdad. Era demasiado bonito para ser cierto.

Sin poder contenerme, me acerqué a ella y le sostuve la cara con las manos para besarla. Apoyé mi cuerpo contra el suyo cuando noté que me sujetaba la espalda con las manos y apretaba los dedos.

De hecho, creo que me habría quedado ahí para siempre de no haber sido porque ella se separó riendo y metió la mano entre las puertas del ascensor, que se estaba cerrando. Ni me había dado cuenta de haber llegado.

Salí del ascensor buscando como un loco las llaves en mis pantalones. Cuando por fin las encontré y metí la correspondiente en la cerradura, vi de reojo que Jen me observaba con aire divertido.

—¿Algo que te parezca gracioso, Michelle? —entrecerré los ojos.

—Me enfadaría contigo por lo de Michelle, pero tu ansiedad me hace demasiada gracia.

Enarqué una ceja cuando su sonrisita divertida aumentó.

¡¿Cómo podía estar divertida en un momento así?! ¡Yo estaba frenético!

Finalmente abrí la dichosa puerta y ya no pude evitar acercarme a Jen, que se había detenido en medio del salón, y rodearla con un brazo por debajo del culo para levantarla e ir a la habitación de una vez. Ella soltó una risita divertida por el camino, pero dejó de reírse en cuanto cerré la puerta y quedamos los dos ahí dentro.

La dejé caer sobre la cama y clavé una rodilla entre sus piernas para sostenerme sobre ella, que empezó a quitarse el jersey y la camiseta que llevaba debajo rápidamente. Yo hice lo mismo con la sudadera, y sonreí un poco al ver que mientras la tiraba al suelo ella empezaba a deshacerme el cinturón frenéticamente.

—¿Algo que te parezca gracioso, Jackie? —entrecerró los ojos hacia mí.

Sonreí y levanté un poco su espalda del colchón para deshacerme de su sujetador. Casi empecé a babear y apenas la había tocado.

—Me enfadaría contigo por lo de Jackie, pero tus ganas se me están contagiando demasiado.

—Pues... —enganchó mi pantalón con un dedo y tiró hacia ella— ven aquí.

Y lo hice encantado.

—¿Jack?

Murmuré algo contra la almohada, pero no abrí los ojos. Aún así, noté un dedo pinchándome la mejilla.

—Jackie... despierta...

Finalmente abrí un ojo y miré a Jen, que estaba tumbada justo delante de mí, desnuda, con el pelo perfectamente despeinado, las mejillas sonrojadas y una sonrisita en los labios.

—Estoy dormido —le dije, y cerré los ojos.

—Yo creo que no.

—Jen, nunca creí que te diría esto, pero... no puedo más.

—Yo creo que puedes un poquito más.

—Solicito un descanso. Yo creo que me lo he ganado.

Empezó a reírse de mí y abrí los ojos de nuevo cuando volvió a pincharme la mejilla.

—A lo mejor debería buscarme un novio que me pueda seguir el ritmo —bromeó para irritarme.

—Oye, yo cumplo muy bien con mis funciones de novio —protesté, ofendido.

—Mhm... sigues sin tener un diez.

—Sigo sin creerme que no quieras darme un diez. He trabajado muy duro.

Volvió a echarse a reír y se acercó a mí. Se subió a mi espalda y esbocé una sonrisita cuando noté que se tumbaba sobre mí y me rodeaba con los brazos.

—¿Qué ha sido de don *nos-queda-tiempo-para-un-asalto-más*? —preguntó, asomándose por encima de mi hombro—. El año pasado lo decías mucho,

¿recuerdas?

—Me he vuelto viejo y amargado.

—¿En un año?

—Ahora soy un hombre, Michelle. Antes era un niño. Los niños tardan más en cansarse.

—Claaaro.

—Venga, a dormir.

—Tengo que ir al baño —me dijo, divertida, y se incorporó.

La miré de reojo ir felizmente hacia la puerta recogiendo mi camiseta por el camino y poniéndosela. Admito que disfruté más de lo que debería con el espectáculo.

Ya casi me había quedado demasiado embobado como para oírla cuando se detuvo justo antes de salir y me dedicó una sonrisita traviesa.

—A lo mejor dejo la puerta entreabierta... por si quieres terminar lo que dejamos a medias el año pasado.

Y tras ese reto imperdonable, se marchó felizmente.

Oh, vamos, no podía dejar que me ofreciera eso y no aceptarlo. Estaba en contra de mi naturaleza.

Me puse de pie y sentí que todo el cansancio se me iba de golpe cuando crucé el pasillo y efectivamente me encontré la puerta entreabierta. La abrí con una ceja enarcada y vi que estaba sentada en la encimera esperándome con una sonrisita.

—¿No estabas cansado?

—Tienes un don para hacer que se me vaya el cansancio de golpe —le aseguré, cerrando la puerta.

—¿Y se te ocurre algo que hacer ahora que estamos aquí los dos solitos?

Sonreí y me acerqué a ella. Jen dio un respingo cuando la sujeté de los tobillos para dejarla sentada al borde de la encimera y le separé las piernas para colocarme en medio de ellas. Cuando apoyé las manos en sus muslos, ella las apoyó en mis hombros. Ya tenía la respiración acelerada, igual que yo.

—La mejor reconciliación de la historia —murmuré.

Ella sonrió ampliamente y se inclinó hacia mí para besarme con ganas. Me encantaba que hiciera eso. Y más cuando hundía las manos en mi pelo para

acercarme más a ella.

Bueno, honestamente, me encantaba todo de Mushu.

Me separé un momento para besarle en la curva del cuello. Ella cruzó los tobillos en la parte baja de mi espalda para acercarme lo máximo posible a su cuerpo.

¿Cómo había sobrevivido un año sin esto?

Cuando metí una mano entre sus piernas, Jen apretó los muslos entorno a mis caderas y echó la cabeza hacia atrás. Yo me separé un poco para verle la expresión, encantado.

Jen me detuvo por la muñeca para poder centrarse y estiró la mano hacia un lado. En cuanto vi que me daba un pequeño cuadradito plateado, abrí la boca fingiendo escandalizarme.

—¿Un condón? —pregunté, exageradamente alarmado.

—Sí, Jack, un condón. ¿Por qué no te lo pones?

—¡Pero bueno, Mushu! ¿Acaso me has traído aquí con intenciones malignas? ¿Eres una perversa?

—¿Quieres que vaya a pedirle a alguien más que se ponga ese condón?

Vale, cuando Jen tenía ganas de hacerlo y la provocaba para alargar el momento, se cabreaba. Anotado para el futuro.

—No, señora —dije felizmente, alcanzándolo.

Y, justo cuando iba a abrirlo, escuché que alguien aporreaba la puerta. Jen y yo nos giramos hacia ella al instante.

—Maldita sea —masculló Sue desde el otro lado—. ¿Ya estáis otra vez haciéndolo en el baño, Will? ¡Luego tengo que desinfectarlo todo yo! ¡Sois asquerosos! ¡Mañana voy a matarte, que lo sepas!

Y se marchó furiosa a su habitación otra vez. Yo esboqué una sonrisita malvada al girarme hacia Jen.

—¿Debería decírselo o dejo que haga sufrir un poco al pequeño Willy Wonka?

—Creo que ahora mismo tenemos otras prioridades —me dijo ella, señalando el condón.

—Ah, sí. Tenemos que desinfectarlo todo.

—¡Jack!

—¡Vale, vale!

Y rompí felizmente el envoltorio del condón.

Capítulo 18

Ya no estaba seguro que el año sin Jen hubiera sido el peor momento de mi vida, porque... joder, esto estaba siendo horrible.

Sinceramente, no entendía cómo seguía aquí, conmigo.

Yo ya sabía que iba a ser una mierda. Will también. Pero los demás no. Especialmente Jen. Una parte de mí esperaba que se asustara y se marchara, aunque fuera solo por un tiempo, hasta que yo estuviera mejor. Y la verdad es que si lo hiciera no podría culparla.

Al inicio intenté ocultar la jaqueca, los espasmos dolorosos en el estómago o la cantidad de veces que empezaba a marearme solo por moverme, pero no pude hacerlo por mucho tiempo. Era inútil. No podía hacer otra cosa que no fuera pasarme horas y horas tirado en la cama con la cabeza contra la almohada, intentando mejorar un poco antes de que ella volviera y me encontrara así. Nunca servía de nada.

El dolor siguió. Especialmente el de la cabeza. Había momentos en que era tan intenso que no podía ni pensar. Y llegué a un punto en que me resultaba difícil mantenerme de pie.

Era humillante.

Intenté ducharme varias veces yo solo, pero una de esas veces terminé casi desmayándome en la ducha. Y cometí el grave error de decírselo a Jen al día siguiente.

—Yo te ayudo —me dijo enseguida.

Me crucé de brazos, solo con los pantalones puestos, junto a la ducha.

—Ni de coña —murmuré con la voz ligeramente más grave de lo normal. Hacía días que me dolía incluso la garganta.

—Jack...

—No —repetí.

—¡Podrías hacerte daño!

—He dicho que n...

—¿Y si me meto contigo en la ducha?

Hubo un momento de silencio.

—Bueno, vale.

Ella sonrió ampliamente y yo observé con cierta fascinación cómo cerraba la puerta y empezaba a quitarse ropa. De hecho, no me di cuenta de que era mi turno hasta que se detuvo delante de mí solo con sujetador y bragas y tiró ligeramente de uno de los cordones de mis pantalones.

—Bueno —enarcó una ceja—, ¿vas a deshacerte de esto o lo has pensado mejor?

—¿Y si animamos lo de la ducha y voy a por un condón?

—No estás en condiciones para hacer eso —replicó, cruzándose de brazos.

—Yo siempre estoy en condiciones de hacer eso —le aseguré—. Especialmente si te paseas desnuda delante de mí.

—Jack, métete en la ducha antes de que me cabree.

Suspiré y me bajé los pantalones y la ropa interior mientras ella sacaba las toallas. Me metí en la ducha y apoyé torpemente la espalda en la pared, mirando de reojo cómo se paseaba en ropa interior. Esbocé una sonrisita.

—Creo que nunca te he visto enfadada de verdad —le dije, pensativo, viendo con mucha atención cómo se quitaba el sujetador—. Seguro que eres de esas personas que cuando se enfadan se ponen a gritar y a aterrorizar al mundo.

—Reza porque nunca tengas que comprobarlo —bromeó.

Mi sonrisita aumentó cuando se bajó las bragas y las dejó junto a mi ropa. Se metió en la ducha conmigo, cerró la mampara y, en cuanto vio mi sonrisita estúpida, empezó a reírse.

—Deja de mirarme y abre el agua.

—Si siempre va a ser así, empezaré a ducharme diez veces al día.

—¡Jack!

—¡Vale!

Abrí el agua cálida y, en cuanto empezó a caer sobre nuestras cabezas, yo noté que se me quitaban las ganas de bromear. Un espasmo de dolor me cruzó el cuerpo y cerré los ojos, intentando aguantarme en la pared con una mano.

Jen apareció enseguida y me rodeó con sus brazos para sujetarme, acariciándome la espalda. Cuando abrí los ojos, vi que me miraba con una

mueca preocupada.

—¿Quieres sentarte?

Negué con la cabeza. Ella me observó unos segundos más antes de comprobar que no iba a caerme y alcanzó el champú. Sonreí un poco cuando vi que tenía que ponerse de puntillas para llegarme bien a la cabeza. Y más cuando vi su mueca de concentración.

—Puedo hacerlo yo —murmuré.

—Cierra la boca y déjame cuidarte, Jack.

Al cabo de unos segundos de insistir, terminé cediendo y la verdad es que fue sorprendentemente relajante tener los dedos de Jen masajeándome con suavidad la cabeza. Me dolía todo el cuerpo, pero al menos eso ocultaba un poco el dolor. Era casi como un sedante.

Cuando vi que me aclaraba el pelo y ella se lo enjabonaba a toda velocidad, no pude evitar ofrecerme a hacérselo yo. Casi me tiró el jabón a la cabeza, diciendo que me centrara en no caerme.

Qué cariñosa era siempre Jen.

La parte de enjabonarme el cuerpo fue... bueno, más interesante.

La observé con una sonrisita cuando vi que empezaba con mucha confianza pero iba cambiando y su cara iba enrojeciendo a medida que se pegaba más y más a mí. Al final, vi que tragaba saliva con dificultad.

—¿Seguro que no quieres que vayamos a por el condón? —sugerí.

Ella se puso todavía más roja y se apartó de mí, murmurando que terminara yo. Puse los ojos en blanco y lo hice con una mano —sujetándome para no caerme con la otra— mientras ella se enjabonaba dándome la espalda.

En realidad, si lo que pretendía era que cambiara de opinión al darme la espalda... estaba consiguiendo lo contrario. Porque la visión de sus manos pequeñas enjabonándose las nalgas empezó a hacer que me hirviera la sangre.

Al final, no pude aguantarme y tiré de su brazo hacia mí, dándole la vuelta para que se acercara. Su cuerpo chocó con el mío, pero me dio igual y le sujeté la cabeza para besarla.

No la había besado desde que todo esto había empezado. Ya habían pasado unas cuantas semanas. Y... mierda, echaba de menos tocarla. Y besarla. Y todo lo que pudiera implicarla a ella.

Jen correspondió al beso enseguida y abrió la boca bajo la mía, envolviéndome con los brazos mientras el agua chocaba contra nuestras cabezas. Noté que

un sonido de placer emergía de su garganta cuando bajé las manos por su espalda resbaladiza, caliente y suave y la agarré el culo con ambas manos para acercarla a mí y cortar cualquier tipo de distancia que pudiera haber entre nuestros cuerpos.

—Jack... —empezó, dudando, tan cerca de mi boca que sus labios rozaron los míos al hablar.

Intenté decir algo, pero al instante en que abrí la boca, un latigazo de dolor me recorrió el cráneo. Solté un sonido de protesta y me apoyé en la pared con el hombro. Jen cerró el agua enseguida, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¡Te he dicho que no hicieras tonterías! —protestó, y se apresuró a salir de la ducha para ir a por las toallas.

Adiós, diversión.

El dolor desapareció un poco cuando me obligó a sentarme sobre la tapa cerrada del inodoro y empezó a secarme la cabeza con una toalla y mueca de concentración pese a que había querido hacerlo yo. No pude evitar soltar una risita al verle la expresión.

Ella se detuvo un momento y frunció el ceño, confusa.

—¿Qué?

—Si cuando termine todo esto sigues aquí, voy a tener que compensarte durante muuuuchas noches por lo que estás haciendo.

—No lo estoy haciendo para que me compenses, idiota —sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Ya lo sé, pero vamos a tener que recuperar mucho tiempo perdido. Yo estoy dispuesto a sacrificarme y hacerlo, Jen.

Empezó a reírse y me quitó la toalla de encima de la cabeza.

—Seguro que sufrirás mucho haciéndolo —enarcó una ceja, divertida.

—Oh, sí. Será mucho trabajo acumulado. Tendremos que estar mucho tiempo juntitos y desnudos, Michelle.

Ella hizo una pausa y se ajustó mejor la toalla que se había puesto alrededor del cuerpo. Fruncí el ceño cuando vi que su cara pasaba de ser divertida a ser un poco triste.

—¿Qué pasa? —pregunté, preocupado.

Jen agachó un poco la cabeza antes de mirarme.

—¿Si cuanto termine todo esto sigues aquí? —repitió—. Jack, no me voy a ir a

ningún lado. La otra vez lo hice porque fui... una ilusa. Pero no volvería a hacerlo.

Entreabrí los labios, sorprendido, y empecé a negar con la cabeza.

—Jen, no quería decir eso. Me refiero a que esto es una mierda. Y... sé que va a ponerse peor. Ojalá no fuera así. Pero ya lo he pasado. Y sé que llegará un momento en que empezaré a estar de mal humor y portarme como un gilipollas. Y querrás irte.

—Jack, estoy más que acostumbrada a tu yo *gilipollas* —sonrió un poco.

—Vaya, gracias.

Ella suspiró y, para mi sorpresa, se sentó en mi regazo y me rodeó el cuello con los brazos, mirándome. Sus ojos castaños brillantes me recorrieron la cara entera antes de detenerse en los míos.

—¿Cuándo vas a meterte en la cabeza que no me iré a ninguna parte sin ti?

Se inclinó hacia mí, acunándome la cara con las manos, y me dio un beso tan suave en los labios que ni siquiera fui capaz de corresponderle. Me había quedado medio embobado.

—Si me das otro beso así creo que empezaré a convencerme —dije enseguida.

Ella sonrió, divertida, y me dio otro. Y otro. Y antes de darme cuenta el beso tierno ya no era tan tierno y ella me besaba con ganas, apretando los dedos en mis mejillas. Yo la había rodeado con los brazos, apretándola contra mi cuerpo.

Sin embargo, se detuvo antes de que la cosa fuera a más y respiró hondo. El pecho de ambos subía y bajaba rápidamente cuando escondió la cara en la curva de mi cuello. La abracé con más fuerza, amoldándola a mi cuerpo.

—Tienes que afeitarte —murmuró de repente, todavía con las manos en mis mejillas.

Sonreí, divertido.

—También podría dejarme una barba de esas gigantes. Yo creo que me daría un look muy sexy.

—Oh, no, por favor —murmuró contra mi cuello, riéndose.

—O podría dejarme bigote. Y girar las puntas hacia arriba para darme un toque más enigmático.

—¡Jack! —murmuró, todavía riéndose.

Con el buen humor del momento, se había olvidado incluso lo muchísimo que

me dolía todo el cuerpo. Solo podía pensar en alargar el tiempo que pasaría con ella antes de irnos a dormir.

Y solo se me ocurrió una cosa.

—¿Quieres ver una película?

Jen se quedó muy quieta un momento antes de levantar la cabeza de golpe y mirarme, pasmada.

—¿Quieres... ver una película? —preguntó, perpleja. No había querido ver nada desde que todo esto había empezado.

Asentí con la cabeza y vi que intentaba con todas sus fuerzas ocultar su mueca de felicidad.

—Claro que sí —murmuró, acariciándome las mejillas con los pulgares—. ¿Cuál quieres ver?

Su expresión fue cambiando hasta volverse desconfiada cuando vio que esbozaba una sonrisita malvada.

—Mulán.

Bueno, está claro que esa noche hubo muchas bromas respecto a Mushu, ¿no?

De hecho, llegó a un punto en que me estampó una almohada contra la cabeza y luego vino casi corriendo, aterrada, por si me había hecho daño. Yo solo podía reírme a carcajadas.

El dolor fue remitiendo durante las semanas siguientes, aunque mi humor también fue agriándose. Cada vez me resultaba más difícil dormirme o quedarme quieto durante mucho tiempo seguido. Estaba de los nervios. Podía notar los cosquilleos en las piernas y los brazos cuando estaba más de diez segundos sin moverme.

Y me volvía loco con cualquier tontería. Incluso llegué a tener una discusión con Naya, aunque ni siquiera recordaba muy bien por qué había sido.

Sí recordaba a Will advirtiéndome que, como volviera a hacer llorar a su novia, iba a darme un puñetazo que iba a desencajarme la mandíbula.

Sí, Will. Amenazando con puñetazos.

Habíamos llegado a ese punto.

Está claro que me disculpé con Naya un rato más tarde. De hecho, me acerqué a ella al sofá con una mueca de vergüenza, pero me sorprendió ver que ella estaba tan tranquila mirando la televisión mientras devoraba una tableta de chocolate.

—Eh... ejem... —me aclaré la garganta y me miró—. Siento lo de antes, Naya, no quería...

—Bah —murmuró y me hizo un gesto como restándole importancia.

Parpadeé, confuso. ¿Ya estaba? ¿Se le había pasado?

De pronto, completamente de la nada, ella soltó la tableta de chocolate y empezó a llorar.

Pero a llorar de verdad. Incluso con convulsiones, sollozos y aporreando el sofá con los puños.

¿Qué...?

—¡Esto es una mierda! —gritó, frustrada, mirándome—. ¡No puedo dejar de comer!

Espera, ¿era eso?

Solté un suspiro de alivio, aunque seguía sin saber demasiado bien qué hacer al respecto.

—Eh... bueno, supongo que es normal —le dije torpemente—. Estás embarazada, Naya, ahora comes por dos.

Además, su barriga había estado creciendo durante este tiempo y ya se podía ver la pequeña curva en su estómago.

—¡Pues este bebé es un adicto a la comida basura, porque es lo único que me apetece! —masculló, casi furiosa mientras se miraba el estómago—. Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Es que no sabes lo que son las verduras? Por tu culpa vamos a tener una salud horrible, que lo sepas.

—Naya...

—Necesito un abrazo.

Y abrió los brazos hacia mí. Yo di un paso atrás, incómodo.

—Eh... voy a llamar a Will. O a Jen.

—No, quiero un abrazo tuyo —se enfurruñó.

—No me gustan los abrazos, Naya.

—Dámelo y te perdono haber sido un gilipollas hace un rato. Es mi condición.

Suspiré y, tras unos segundos, me acerqué al sofá y ella me rodeó felizmente con lo brazos, apretujándome contra ella con una sonrisita en los labios.

—¿Te das cuenta de que vas a ser el tío Ross? —preguntó, casi estrangulándose con ese abrazo.

—Espero que los niños se me den mejor de lo que creo.

—Seguro que sí. Así practicas para cuando Jenna y tú tengáis hijos.

—¿Q-qué...?

—Oh, no —puso una mueca y se separó—. Mierda, ya vuelvo a tener hambre.

Y fue de mal humor a la cocina a robar más comida. Negué con la cabeza, observándola.

Después de ese incidente con Naya, evité hablar con los demás cuando notaba que mi mal humor empezaba a alcanzar extremos que no me gustaban. Simplemente me metía en nuestra habitación y empezaba a hacer ejercicio compulsivamente, intentando calmarme. No solía servir de mucho.

Y Jen se daba cuenta de ello. Siempre intentaba que durmiera un rato con ella, pero no servía de nada. El mal humor aumentó con la falta de sueño. Era un ciclo constante y horrible.

Hasta que un día, Jen abrió la puerta de la habitación con una sonrisa entusiasmada que me pilló completamente desprevenido.

—¡Vístete, he tenido una idea! —exclamó, rebuscando entre mis cosas por la cómoda.

Me puse de pie y la miré con una ceja enarcada.

—¿Finalmente vais a matarme?

—No, tonto —sonrió ampliamente y me pasó ropa de deporte—. Vamos, pónelo. Esto te va a encantar.

Gruñí a modo de respuesta, pero gran parte del mal humor se me escapó cuando ella se puso de puntillas y me dio un beso largo y delicioso en los labios. Cuando se separó y se fue al pasillo, seguí si culo perfecto con la mirada.

Me puse la ropa que me había dado, algo confuso porque hubiera elegido precisamente esa, y fui al salón. Naya y Sue estaban sentadas en el sofá y el sillón, pero Mike, Will y Jen me esperaban en la entrada.

Espera, ¿Mike? ¿Qué hacía él aquí? Ni siquiera había venido en semanas, desde que había dejado las drogas.

Bueno, en el fondo lo entendía. Tampoco sería fácil para mí ver a alguien desintoxicándose de esta mierda después de haber pasado por lo mismo.

—¿Dónde vamos? —pregunté, confuso.

—Vamos —me insistió Will.

—No.

—Vamos —me insistió Jen.

—Vale.

Will sonrió, divertido, cuando dejé felizmente que ella me guiara de la mano hacia la puerta.

Recogí las gafas de sol por el camino, cosa que agradecí al llegar al coche. Si ya de por sí el dolor de cabeza era difícil de aguantar, añadiendo el sol era todavía peor. Puse una mueca y me recosté en el asiento.

—¿Dónde me lleváis? —pregunté por enésima vez.

Y por enésima vez fui ignorado.

Genial.

Will sonreía cada vez que lo miraba con expresión inquisitiva, pero tampoco dijo nada.

Yo estaba tan enfrascado en poner mala cara al mundo que apenas me di cuenta de que había detenido el coche hasta que escuché que abrían las puertas. Bajé, de mal humor, y fui directo a Jen. Ella estaba abriendo el maletero con una sonrisita entusiasmada que seguía sin entender muy bien.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Ten un poco de paciencia —murmuró, rebuscando.

—No quiero. Exijo saberlo.

—Y yo exijo que te calles.

Intenté no sonreír con todas mis fuerzas.

Sin embargo, no pude evitar una mueca de sorpresa cuando Jen sacó una pelota de baloncesto y me la lanzó. La atrapé, confuso, y Jen me miró como si estuviera esperando una reacción.

Y entonces me di cuenta.

¡Este era el maldito campo de baloncesto al que había ido con Will durante años!

Miré a mi alrededor, pasmado. Dios, había pasado tantas horas aquí que no entendía cómo no había asociado que sería nuestro destino. Era el lugar perfecto. Estaba un poco alejado de la ciudad, así que siempre estaba vacío y, además, no muy lejos estaba el camino a la casa del lago.

Recordaba haber ido ahí miles de veces, especialmente en veranos, cuando íbamos a pasar un mes a la casa del lago y yo quería alejarme de mi padre. Mike vino conmigo en algunas ocasiones. Y Will y algunos otros amigos del instituto también.

Mierda, ¿cuánto hacía que no venía aquí? ¿Cuánto hacía que no jugaba?
¿Desde lo de la cicatriz?

Reboté la pelota, entusiasmado, y tiré las gafas de sol sobre mi asiento. Avancé rebotando la pelota, sorprendido por la forma en que todavía me acordaba de hacerlo, y llegué a la mitad del campo. La lancé mordéndome el labio inferior y sonreí cuando vi que entraba perfectamente.

—Veo que todavía te acuerdas —bromeó Will, que la atrapó y la encestó desde más cerca.

—¿Creías que ibas a ganarme o qué? —lo provoqué.

Will sonrió y me pasó la pelota, que atrapé casi sin mirar y empecé a rebotar. La pasé por debajo de mi pierna y luego se la devolví. Él se acercó a la canasta y encestó de nuevo mientras Jen y Mike se acercaban.

—Bueno —Mike se frotó las manos—, ¿cuáles son los equipos?

Jen dio un respingo enseguida.

—¿Eh? Si yo no sé jugar.

—Solo es botar una pelota, Jenna —Will le sonrió, burlón—. Seguro que incluso tú sabes hacerlo.

Jen puso los brazos en jarras, muy indignada. Yo sonreí. No me importaría enseñarle a jugar. Especialmente si llevaba ese conjuntito ajustado puesto. No podía despegar mis ojos de ella.

—¿Hacemos un hermanitos contra amiguitos? —sugirió Mike de repente.

Accedí, divertido, y Will y Jen se alejaron para empezar a murmurar entre ellos. Supuse que Will le estaba enseñando qué hacer o algo así.

Mike se acercó a mí, rebotando la pelota como si no lo hubiera hecho en su vida. Cuando se le escapó y le dio en la cara, puso una mueca.

—Mhm... bueno, yo me encargaré de cubrir a Will mientras tú haces todo lo demás —concluyó, devolviéndomela.

Negué con la cabeza, sonriendo.

El partido empezó y me hice rápidamente con la pelota. Sonreí ampliamente cuando vi que Jen empezaba a perseguirme por el campo, intentando robármela. No sirvió de mucho. Cada vez que dejaba que acercara un poco la mano, botaba la pelota entre sus piernas y salía corriendo por detrás de ella, recuperando la pelota y riendo mientras Jen soltaba maldiciones.

Un rato más tarde, Mike se dio por vencido y se tumbó en el suelo, junto al campo, abanicándose con una mano dramáticamente mientras nosotros tres seguíamos jugando.

Y, no es por presumir, pero los estaba destruyendo yo solito.

Will me quitó la pelota cuando llegué a la mitad del campo y sonrió, pasándosela a Jen. Ella abrió mucho los ojos, entrando en pánico, y la miró como si no supiera qué hacer con ella.

Me detuve delante de Jen en posición defensiva, sonriendo ampliamente.

—Esto a va ser muy divertido —murmuré.

Jen, claro, me puso mala cara y, mientras lo hacía, casi se le escapó la pelota intentando botarla con elegancia. La recuperó rápidamente con la cara roja de vergüenza.

—Tenemos que mejorar esa coordinación, Mushu —la provoqué.

—¿Quieres que te mejora la cara de un golpe?

Hice como si fuera a quitarle la pelota y ella la pegó a su pecho instintivamente, abrazándola con fuerza.

Maldita pelota suertuda.

Cuando intentó salir corriendo con la pelota abrazada como si fuera lo más valioso que había en su vida, la atrapé desde atrás y pegué su espalda a mi pecho, levantándola con facilidad. Jen empezó a removerse, enfadada.

—¡Suéltame! —pero ni así soltó la pelota, la testaurda.

Empecé a reírme y la sujeté todavía más alto. Jen soltó un chillido que me hizo reír todavía más cuando nos di una vuelta.

—¡Will! —pataleó, mirándolo—. ¡Eso es trampa! —y luego intentó darme un codazo sin soltar la pelota—. ¡Suéltame!

—¿Y dónde está el árbitro? —bromeé.

—¡Está...! —la levanté un poco más arriba—. ¡JACK!

Vale, hora de soltarla antes de que me diera un puñetazo destructor de los suyos.

La dejé en suelo y esquivé el puñetazo justo a tiempo, haciéndome con la pelota y saliendo corriendo con ella.

Ya casi estaba anocheciendo cuando dejé de jugar yo solo —los demás se habían cansado hacía un buen rato— y me giré hacia ellos. Will y Mike hablaban y fumaban junto al coche, pero Jen seguía indignada, sentada en el suelo y mirándome con los ojos entrecerrados.

En cuanto me acerqué y le sonreí, ella me sacó el dedo corazón.

—Yo no tengo la culpa de que seas mala, Jen —canturreé.

—No es que yo sea mala, es que tú eres un tramposo.

—Eres una mala perdedora, ¿eh?

—¡Y tú eres un pésimo ganador!

—Al menos yo soy un ganador, Michelle.

—Cállate —y volvió a cruzarse de brazos, enfurruñada, soltando un gruñido de frustración para dejarme claro que no eso no se le iba a pasar en un buen rato.

Vale, hora de hacer que me quisiera hora vez.

Me puse en cuclillas delante de ella.

—¿Quieres intentarlo? —ofrecí.

—¿Intentar qué? —me miró con desconfianza.

—Encestar —me puse de pie otra vez y le ofrecí una mano, sonriendo—. Venga, ven.

La conduje al área de la canasta y la dejé delante de mí, sujetándola de los hombros.

—Vamos a enseñarte las bases del lanzamiento, *Jennifer Michelle Brown* —sonreí.

—No hagas que me arrepienta de esto, *Jack Ross*.

Sonreí y empecé a indicarle todo lo que había que hacer. Lo siguió muy bien y enseguida adoptó la postura correcta.

—¿Y ya está? —preguntó, confusa.

—Bueno, eso de que ya está... tendremos que ver tu puntería. Si es tan buena como tu coordinación, dudo que ya esté.

Ella se giró hacia mí con cara de asesina.

—Jack, tu cabeza está muy cerca de la pelota. Ten cuidado.

—Cierto. Mejor me callo.

Y lanzó... y no encestró.

Intenté no reírme cuando me miró con la advertencia grabada en los ojos.

Fui a por la pelota y me detuve un poco cuando vi su mueca de decepción. Oh, no. Eso no iba a permitirlo. Ni de coña.

Me acerqué a ella y me coloqué detrás de su cuerpo. Jen me miró por encima del hombro, confusa, cuando coloqué mis manos sobre las suyas en la pelota.

—¿Qué...?

—A ver... unidos no seremos vencidos, ¿no? —murmuré, apuntando a la canasta—. Uno, dos y...

Impulsé sus manos hacia arriba y la pelota fue directamente a la canasta. Solté a Jen al ver que acertaba y no pude evitar reírme cuando empezó a dar saltitos de alegría, entusiasmada.

—¡¿Has visto eso?! —me preguntó, emocionada—. ¡Tengo que decírselo al imbécil de mi profesor de gimnasia del instituto! ¡Seguro que no se lo cree!

Ella chocó mis manos con las suyas, entusiasmada, y admito que su entusiasmo se me contagió.

—¿Se metía contigo tu profe de gimnasia? —me burlé juguetonamente.

—Me dijo que jamás encestraría cuando hicimos baloncesto en gimnasia —puso una mueca e intentó rebotar la pelota que acababa de pasarle.

—¿Y qué hiciste? —bromeé—. ¿Le diste un puñetazo?

Dejó de botar la pelota un momento y tragó saliva, empezando a ponerse nerviosa.

Oh, oh... conocía esa expresión.

Seguro que había matado a ese pobre hombre sin querer.

—No —murmuró, avergonzada.

—Oh, no —sonreí—. ¿Qué le hiciste a ese pobre hombre?

—¿Por qué asumes que le hice algo? A lo mejor solo... mhm... abandoné gimnasia.

—No se puede abandonar —la cosa mejoraba por momentos—. ¿Qué le hiciste?

Su cara se volvió roja al recordarlo.

—¡Fue sin querer! —me aseguré.

—Necesito oír esa historia.

—¡No fue nada importante! Solo... eh... se me resbaló la pelota y... mhm... fue a parar a su cara.

Empecé a reírme a carcajadas sin poder evitarlo.

—Dios, ¿por qué no fui a tu instituto? —pregunté, divertido—. Me perdí tantas cosas maravillosas...

Jen me dio la pelota, enfurruñada.

—Porque eres asquerosamente rico. Y, ahora, ¿podemos volver? Estoy sudando y me da mucho asco.

Empecé a seguirla hacia el coche, sonriente, y me incliné hacia ella para hablarle en voz baja junto a la oreja.

—A mí me gustas así, sudadita —le aseguré—. No me importaría ser yo la razón por la que sudas un poco más.

Me sacó un dedo corazón, pero conocía esa cara. A Jen en el fondo le gustaba que le dijera esas cosas. Y a mí me encantaba decírselas. Era la combinación perfecta.

Me rezagué un poco y suspiré cuando vi como aceleraba el paso delante de mí y su culo se movía un poco más al caminar.

—¿Cómo es que nunca te había visto en esos pantalones ajustados, Jennifer Michelle?

Estaban empezando a ser una competencia muy dura para esos vaqueros perfectos que tenía.

Jack Ross: presidente del club de fans del culo de dimensiones insuficientemente perfectas de Jennifer Michelle Brown.

—Porque solo me los pongo para hacer ejercicio y nunca lo hago —murmuré, mirándome por encima del hombro y sacándome de mi ensoñación—. Para

salir a correr, estos son incómodos.

—Tomo nota. Tenemos que hacer más ejercicio. No quiero que esos pantalones salgan de mi vida. Las vistas de tu culo son demasiado perfectas.

—¿Qué...? —Jen se giró hacia mí, completamente roja, y yo ya no pude evitarlo y le di una palmada en el culo—. ¡Jack!

—¿Qué? —sonreí como un angelito.

Mi humor mejoró un poco en los días siguientes, pero no lo suficiente como para que dejara de sentirme lleno de energía que necesitaba descargar de alguna forma. Y no sabía cuál.

Estaba haciendo flexiones en el suelo cuando Jen entró en la habitación. Ya llevaba el pijama y se había lavado los dientes. Me miró con una mueca un poco preocupada.

—Necesitas descansar —me dijo suavemente.

Me puse de pie y estiré el cuello, pero seguía notando mi cuerpo inquieto.

—No puedo —le aseguré.

—¿Quieres escuchar música? —sugirió.

Negué con la cabeza casi al instante.

—¿Película?

¿Ahora? Uf, no. Volví a negar.

—¿Quieres que vayamos con...?

—No —prefería estar a solas con ella.

—¿Puedes tumbarte conmigo, al menos?

Oh, eso podía hacerlo sin problemas.

Jen se tumbó en medio de nuestra cama y yo me dejé caer suavemente sobre ella, acomodando la cabeza en su pecho. Cerré los ojos cuando empezó a acariciarme el pelo con los dedos con esa suavidad que siempre usaba al hacerlo. Su corazón latía suavemente bajo mi oreja.

Oh... era tan relajante.

Pero no lo suficiente.

De hecho, de alguna forma, noté que esa caricia inocente empezaba a hacer que mi cuerpo se calentara. Giré un poco la cabeza y hundí la nariz en el

hueco de su clavícula, inspirando hondo. Adoraba el olor a Jen. Ella se encogió un poco cuando la rocé con la punta de la nariz.

Y ese simple gesto empezó a hacer que me hirviera la sangre.

Subí las manos por sus costillas y su camiseta me acompañó hacia arriba, hasta que quedó justo debajo de sus pechos.

Jen había dejado de acariciarme. Me apoyé sobre una mano para mirarla, dudando en si seguir. No lo habíamos hecho en todo este tiempo.

Cuando me devolvió la mirada, mi respiración se agitó. Y su pecho empezó a subir y bajar rápidamente. Cuando bajó la mirada a mis labios, ya no pude aguantarlo más y me acerqué bruscamente a ella, pegando mi boca a la suya.

Apenas unos segundos más tarde, me separé solo para arrancarle la camiseta. Jen soltó una bocanada de aire contra mi boca cuando empecé a acariciarla con tanta suavidad como pude reunir. De pronto, estaba ansioso. La necesitaba. Ya.

Y... bueno, la verdad es que resultó ser un método de calmarme bastante efectivo.

Y bastante gustoso, también.

Y... vale, sí, lo admito. Puede que el aumento dramático y repentino de mi buen humor tuviera... ejem... algo que ver con eso.

Después de eso, algunas mañanas salí a correr con Jen. Me gustaba ver cómo se agotaba antes que yo y se enfadaba consigo misma por ello, así que terminé fingiendo que me cansaba mucho antes de que ella para que me dedicara esa sonrisita que tanto me gustaba.

También volví a cenar con los demás cada día, cosa que no gustó mucho a Sue porque significaba que había un día más en que ella no elegía qué comer —volvía a tocarme a mí— pero me dio bastante igual, porque la verdad es que iba a volverme loco como siguiera en esa habitación por mucho más tiempo.

Una de esas noches, mientras esperaba a que Jen terminara de cepillarse los dientes, apoyado en la encimera del cuarto de baño, no pude evitar poner una mueca.

—Hace unos cuantos días que no siento... nada malo —murmuré.

Jen escupió la pasta de dientes y me miró, confusa.

—¿Qué?

Sonreí y le quité el resto de pasta de dientes de la comisura de la boca con el pulgar.

—Que hace unos cuantos días que no me siento acelerado, ni me duele nada... es como si estuviera volviendo a la normalidad.

—¿En serio? —pareció ilusionada.

Asentí.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que empecé todo esto? —murmuré.

Jen lo pensó un momento.

—Unos... tres meses.

Oh, venga ya.

Apenas una semana más tarde, confirmé que ya no sentía nada parecido a lo que había sentido esas semanas. Estaba... bien. Extrañamente bien.

Había estado tan mal tanto tiempo que estar bien era, simplemente... extraño.

Esa noche, no sé por qué, pero no dejaba de acercarme a Jen y a apretujarla contra mí. Es decir, más que de costumbre. Y ella no se quejaba en absoluto. Solo me miraba con esa sonrisita inocente que me volvía loco.

Al final, no pude evitarlo y tiré de ella hasta que la tuve tumbada delante de mí en el sofá, olvidándome de la existencia de los demás. Ella se quedó entre el respaldo y yo, sonriendo con cierta sorpresa.

—¿Qué te pasa hoy? —murmuró para que solo yo pudiera oírlo.

—Estoy de buen humor —sonreí.

—Me encanta tu buen humor.

—A mí me encantas tú.

Soltó una risita y yo no pude contenerme. Le atrapé la cintura con una mano y la nuca con otra, acercándola a mí. La besé en una comisura de los labios. Y en la otra. Y en las mejillas, y en la nariz... no podía parar. Era adictiva. Ella no dejaba de sonreír. Supongo que yo tampoco.

Cuando por fin la besé en los labios, noté que sus manos formaban puños con la tela de mi camiseta, tirando de mi cuerpo hacia ella.

—Vamos a la habitación —murmuró enseguida.

Sonreí.

—¿Tienes prisa, Mushu?

—Sí, la tengo por tu culpa, provocador.

Doña pantaloncitos sexys llamándome provocador.

Eso sí que era ironía.

La seguí dócilmente hacia nuestra habitación y cerré la puerta cuando ella se dejó caer en la cama. Cuando me tumbé a su lado, se colocó a horcajadas sobre mí y yo la sujeté automáticamente del culo, acariciándose esos pantaloncitos sexys con las palmas de las manos.

Pero cuando la besé, me sorprendí a mí mismo haciéndolo de forma... casi tierna.

¿Cuándo demonios había besado yo a alguien con ternura? Ni siquiera sabía que pudiera hacerlo.

Me separé de Jen y le pasé el pulgar por el labio inferior. Estaba enamorado de su boca. Y de su cara. Y de toda ella. Nunca me cansaría de esto.

—No te has ido en todos estos meses —murmuré.

—¿Todavía creías que lo haría? —sonrió un poco.

—A veces, me cuesta seguirte —y era cierto.

Jen negó con la cabeza y me besó en los labios.

—No me iré. Y lo sabes.

—¿Y si...?

—Jack, honestamente, creo que ya he visto lo peor de ti —enarcó una ceja, mirándome—. Si me hubiera querido ir, lo habría hecho hace tiempo. ¿Crees que me iré ahora que vuelves a ser el de siempre?

Cerré los ojos un momento. ¿Por qué no podía relajarme y asumir que no iba a marcharse de repente otra vez? ¿Por qué era tan difícil asumirlo?

—Sé que es una tontería —la miré—, pero necesito que lo digas otra vez.

Jen se tensó un poco. Me daba la impresión de que seguía intimidándola un poco decirlo, por eso no lo había repetido ni una sola vez. Pero yo necesitaba volver a oírlo.

—¿Me quieres? —pregunté.

Jen por fin me miró y sonrió un poco, acariciándome la mandíbula con los dedos.

—No —murmuró, y mi corazón se encogió, pero entonces ella me sonrió—. Te amo.

Abrí mucho los ojos.

¿Q-qué...?

Creo que mi cerebro ni siquiera lo había asumido cuando ella se echó a reír. Su risa hizo que mi cuerpo reaccionara y empecé a notar cómo mi corazón se aceleraba bruscamente.

—¿Eh? —murmuré con un hilo de voz.

Jen seguía riéndose de mi cara de estupefacción.

—Sinceramente, Jackie, me esperaba una reacción un poco más positiva.

—P-pero... yo... es decir... ¿eh?

—Que te amo —repitió, acercándose a mí y dándome un suave beso en los labios.

Me incorporé, quedando sentado con ella en mi regazo. Jen seguía sonriendo cuando me rodeó el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

—¿No vas a decir nada? —me preguntó, divertida.

Iba a responder, pero me callé cuando tiró de mi cuello y pegó su boca a la mía. El beso que me dio hizo que mi cuerpo empezara a acelerarse, como cada vez que me dedicaba sus pequeñas sonrisas pervertidas.

—¿Qué hay de ti, Jack? —preguntó, separándose un poco para mirarme.

—¿Eh? —repetí como un idiota.

—¿Me amas?

Por fin, después de esos segundos de shock inicial, sentí que mi cabeza se movía y empezaba a asentir.

—Claro que te amo, Jen. Joder, claro que lo hago. ¿En serio tenías alguna duda? ¿Me has visto? ¿Has visto cómo me afectas?

—¿Y eso es bueno? —bromeó, sonriente.

—Eres la única persona en mi vida por la que he querido cambiar a mejor, Jen.

Ella dejó de sonreír al instante, mirándome. Vi que tragaba saliva.

—Eres mi punto débil —le aseguré en voz baja—. Y no sabes lo aterrador y emocionante que es eso.

—Jack...

Se le habían llenado los ojos de lágrimas. Negué con la cabeza y la acerqué a mí, pegando mi frente a la suya.

—Nunca pensé que me dirías eso —murmuré finalmente.

Jen tragó saliva de nuevo y me sujetó la cara con las manos, obligándome a mirarla.

—Pues métetelo en la cabeza, porque eso no va a cambiar.

—¿No? —sonreí.

—No voy a dejar de amarte por muy idiota que puedas llegar a ser, así que prepárate para aguantarme por mucho más tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —bromeé.

—Hasta que te canses de mí.

Sonreí, mirándola.

—Pues prepárate para hacerlo toda la vida.

Capítulo 19

**El gif es un poco malvado peeeero también es la dura verdad JAJAJA
Por cierto, sigo viva je,je... perdón por tardar tanto en actualizar
*sonrisa de angelito***

Bueno ya aprovecho y os digo (porque vi que había bastantes dudas al respecto) que sí habrá capítulos de lo que sucedió tras el final de Después de diciembre, de hecho ahora habrá unos cuantos saltos temporales en los capítulos para llegar a ello.

Pero bueno, a lo que os interesa... a leer :D

Bueno... nunca creí que diría esto, pero anoche había tenido que rescatar a Jen de la policía.

Sí. Lo habéis leído bien.

Lo último que me esperaba cuando fui a buscarla fue encontrármela lanzando cosas a un maldito coche patrulla... CON EL MALDITO POLICÍA DENTRO DE ÉL.

¿No podía esperarse, al menos, a que se fuera?

Ahora, por la mañana, seguía tranquilamente dormida a mi lado, con la mejilla aplastada contra la almohada, la boca entreabierta y el pelo desparramado por todas partes. Murmuró algo en sueños y sonreí un poco, divertido.

Sin embargo, me giré hacia la puerta cuando escuché voces ahogadas al otro lado. Parecían Will y Naya. Y sonaban como si estuvieran discutiendo. Oh, oh.

Me aparté con cuidado de Jen, que se había abrazado a mí de brazos y piernas en sueños, y ella se quedó aferrada a mi almohada cuando salí al pasillo con el ceño un poco fruncido.

Efectivamente, esos dos estaban discutiendo mientras Mike y Sue los miraban como si de un partido de tenis se tratara.

—¡No me entiendes! —le espetó Naya, dejando bruscamente un plato en la encimera.

Will cerró un momento los ojos, invocando paciencia.

—Te entiendo perfectamente, Naya —dijo al final con voz calmada.

—¡No, no lo haces! ¡Estoy... aterrada con esto!

—Bueno, y yo también —Will le frunció el ceño—. No eres la única que va a tener que hacerse cargo de ese bebé, ¿sabes?

—Pues a veces lo parece.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Entrar en pánico todo el rato?

—¡No hablarme como si el hecho de que esté asustada fuera una tontería!

—Naya, yo no he hecho eso.

—Sí, sí lo has hecho. Y actúas tan... no lo sé...

—Alguno de los dos debería mantener la calma, ¿no crees?

Uuuuh, Willy Wonka estaba cabreado.

Naya y él se mataron con la mirada y yo me acerqué al taburete vacío, algo incómodo.

—Buenos días —les dije, intentando cortar el tenso silencio.

—Serán para ti —bromeó Mike.

Miré a Will. Él preparaba su desayuno con el ceño fruncido, irritado. Naya hacía lo mismo en el extremo opuesto de la cocina.

En realidad, los había visto discutiendo cientos de veces. Y con mucha más intensidad. Naya era una de las pocas personas que conocía capaces de alterar a Will con tanta facilidad.

Incluso una vez habían terminado lanzándose la cena el uno al otro mientras yo los miraba fijamente, comiendo mi platito intacto.

La cosa es que ellos se peleaban y a los cinco minutos volvían a estar apretujados el uno con el otro como si nada hubiera pasado.

Y seguro que eso es lo que iba a pasar.

—¿La criminal peligrosa todavía duerme? —me preguntó Sue, divertida.

—Qué graciosa —ironicé.

Y, como si la hubiéramos invocado, escuché la voccecita de recién despierta de Jen.

—Buenos días —murmuró, y solo por su voz ya estaba claro el nivel de resaca que tenía.

—Buenos días, bella durmiente —le sonreí, mirándola—. Menuda cara.

—La resaca es bonita, ¿eh? —bromeó Will, que pareció relajarse un poco con el cambio de tema.

—Oh, callaos —suspiró dramáticamente—. No lo entiendo. No bebí tanto.

Sí, definitivamente lo había hecho.

Pero sospechaba que si lo decía iba a volarme algo a la cabeza, así que opté por callarme.

Chico listo.

Gracias, conciencia.

Dejé que se sentara en mi taburete y ella casi se desplomó sobre la barra.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Will.

—No, por favor —le hizo un gesto, como si no quisiera oír hablar de comida—. Necesito agua o creo que moriré de deshidratación.

Ella apuró el vaso de agua con cierta desesperación y yo empecé mi pasatiempo favorito: meterme un poco con ella. Con cuidado, claro. No quería que me diera uno de sus puñetazos destructores.

—Bueno —interrumpió Naya de pronto—, ¿podemos seguir con el tema de antes?

¿El de la discusión? Bueno, sería entretenido.

—¿Y cuál era? —preguntó Sue.

—¡Mi fiesta!

Ah, así que por eso discutían.

Naya puso una mueca.

—¿Es que ya se os había olvidado?

—¿Qué fiesta? —preguntó Jen en voz baja.

Naya ahogó un grito y la miró como si acabara de cometer la peor de las traiciones.

—¡Mi *baby shower*!

Intenté no reírme con la cara de confusión absoluta de Jen.

—Tú... ¿qué?

—Su fiesta premamá —aclaró Sue.

—¿Premamá? —Mike miró a Will—. ¿Y tú qué? ¿No eres prepapá?

Cuando vi las miradas tensas que se echaba la parejita, casi le lancé una tostada al idiota de Mike.

—Yo tengo bastante claro que tengo un papel secundario en todo esto —dijo Will al final.

—Ese es mi chico —bromeó Naya, que pareció relajarse bastante—. Lo que me lleva a que espero que a nadie se le haya olvidado, porque os recuerdo *a todos* que en estas fiestas se llevan *regalos*.

Hizo una pausa y miró fijamente a Jen.

—Y no miro a nadie —añadió en tono amenazante.

—¿Eh? —murmuró Jen, dubitativa.

—Has comprado algo, ¿no?

—Eso no se pregunta —le dijo Will al ver la cara de pánico de mi pobre novia.

—¡Hay confianza, puedo preguntarlo! —sonrió Naya ampliamente.

Realmente sospechaba que ella no creía que Jen no hubiera comprado nada, simplemente quería saber qué era. Naya no sabía esperar. No tenía paciencia.

—Yo... —empezó Jen.

Y estaba cien por cien seguro de que no había comprado nada, claro.

Menos mal que ahí estaba yo para salvar el día.

Creído.

Y con razón.

—Sí, lo ha hecho —dije por ella—. Cálmate, premamá.

Jen se giró hacia mí mientras Naya se marchaba felizmente y sonreí al ver su cara de estupefacción. Está claro que me siguió al salón, intentando disimular lo sorprendida que estaba.

—¿Por qué le has dicho que tenía un regalo? —preguntó en voz baja, de pie delante de mí.

Yo miré mi móvil. Mi madre me había mandado un mensaje preguntándome si

podía ir a ayudarla con no sé qué después de una entrevista que tenía ese día.

Por cierto, ahora iba a todas las entrevistas. Básicamente porque Jen me obligaba.

Joey, mi manager, estaba encantada.

—Se te había olvidado la fiesta, ¿no? —la miré, divertido—. Eres un desastre.

—¡Pero... no sé qué se compra en estos casos!

Bueno, estaba seguro de que mi regalo les iba a gustar.

Dejé el móvil a un lado y me centré en una distracción mucho mejor, que era la dueña de mis pantaloncitos favoritos.

Jen dejó que tirara de ella hasta que la tuve sentada en mi regazo.

—¿Tu hermana no hizo una fiesta de esas cuando estaba embarazada? —pregunté, curioso.

—¿Mi hermana? Si se escondía como si fuera un vampiro del sol para que nadie le viera la tripa de embarazada.

—Bueno, estás de suerte. Yo ya tengo algo para ellos. Solo tienes que decir que es de parte de los dos.

Ella entrecerró los ojos, curiosa.

—¿Y qué es?

—Eso no te lo voy a decir.

—¿Por qué no? —puso un mohín.

—Porque es un regalo.

—¡Pero no es para mí!

Mierda, ¿por qué era tan difícil decirle que no? Con lo fácil que era decírselo a los demás...

—No quiero que Will y Naya se enteren antes de tiempo —aclaré.

—¿Yo...? ¿Qué...? ¿Qué insinuas?

—No lo insinúo. Lo digo directamente. Eres una bocazas.

Ella abrió mucho los ojos, completa y absolutamente ofendida.

—¡Sé guardar secretos!

—Te desmoronas bajo presión —le aseguré—. Si Naya empezara a interrogarte, terminarías diciéndolo.

—¡No es verdad!

Y ya se estaba desmoronando bajo presión.

—Ya lo creo que lo es —sonreí.

*** —Gracias, Dorian.

El pobre conductor de Vivian suspiró, casi estampando la cabeza contra el volante.

—Sigo siendo Daniel, señor —aclaró lentamente—. Como las dos últimas veces que nos vimos.

—Pues eso, Dylan —sonreí ampliamente—. Oye, si algún día necesito un conductor, pensaré en ti.

—Por favor, no —escuché que suplicaba en voz baja.

Joey, que estaba sentada a mi lado hablando por teléfono, lo apartó un momento para mirarme.

—Recuerda que mañana nos vamos de viaje —me dijo—. Con todo el equipo.

—Ajá —murmuré—. A mi novia le va a encantar.

—Lo va a entender —me aseguró, y volvió a lo suyo.

Tiré del cuello de la camisa cuando bajé del coche delante de la casa de mis padres. Me aseguré de que el ostentoso coche de mi padre no estuviera antes de avanzar hacia la entrada. Volví a tirarme del cuello de la camisa, incómodo.

Odiaba llevar ropa así. ¿Por qué demonios no podía usar sudaderas? ¡A todo el mundo le gustaban las sudaderas!

A mí me gustan.

¿Lo ves?

Propongo normalizar llevar sudaderas en eventos formales.

Yo lo apoyaría. Y también apoyaría quemar todas mis camisas absurdamente incómodas. Y con Joey mirando.

Llamé al timbre y apenas unos segundos más tarde me quedé algo descolocado al ver a mi abuela abriéndome la puerta en lugar de mi madre.

—Jack —me saludó, y parecía algo tensa.

Oh, no. Si mi abuela no me llamaba *Jackie* es que había pasado algo muy, muy malo.

Me quedé mirándola unos segundos, confuso.

—¿Qué pasa?

—Entra.

Oh, oh.

La miré de nuevo, dubitativo, antes de entrar en casa. Ella me siguió hacia el salón y pude notar cómo irradiaba irritación, aunque no entendí muy bien el por qué.

Mi madre estaba sentada en uno de los sofás con aspecto algo tenso y enseguida me di cuenta de que había algo raro ahí dentro, en el salón.

Bueno, más bien era lo que *no* había.

—¿Dónde están las cosas de papá? —pregunté, confuso.

Mi madre tragó saliva antes de echar una ojeada a mi abuela, que seguía detrás de mí con los brazos cruzados.

—¿Y bien? —insistí.

—¿Teníais pensado contarme en algún momento la clase de persona que era mi hijo? —preguntó mi abuela en voz baja.

Me quedé mirándola unos instantes antes de girarme inconscientemente hacia mi madre, que enrojeció un poco.

—He tenido que contárselo —dijo al final—. Para que entendiera por qué vamos a divorciarnos.

Tardé unos segundos, pero finalmente mi cerebro encajó la noticia y di un paso atrás, pasamado.

—¿Vas... a divorciarte de él? —pregunté en voz baja, perplejo.

Mamá asintió. Yo seguí mirándola con los ojos muy abiertos.

—Pero... ¿qué...?

—Después de la cena del otro día... sentí que no podía más —ella sacudió la cabeza—. Le dije que ya no podía seguir viviendo así. Y que necesitaba alejarme de él. Y alejaros de él.

No sabía qué decir. Ella se puso de pie y respiró hondo.

—En realidad, lo he querido hacer durante mucho tiempo —admitió en voz baja—. Desde que tu hermano y tú erais muy pequeños. Pero... me daba miedo. Tu padre me amenazó demasiadas veces con reclamar vuestra custodia completa y arruinarnos la vida si me la daban a mí. Y no sabía qué hacer.

No me sorprendía en absoluto, pero seguía sin saber qué decirle. Ella suspiró y me puso una mano en el brazo.

—Le pedí el divorcio hace unos meses, pero tú estabas... bueno... rehabilitándote... no quería añadir más preocupaciones a tu vida. Al menos, hasta que estuvieras mejor.

—¿Y vas a hacerlo? —pregunté finalmente, algo dudoso—. ¿Ha aceptado divorciarse... sin más?

—No, claro que no. He tenido que ponerle una demanda de divorcio. Pero tengo una abogada bastante buena. Ha tenido que solicitar una orden de alejamiento porque no dejaba de volver para amenazarme.

» Y me ha dicho que lo más seguro es que me quede con las dos casas, esta y la del lago, y una buena indemnización, aunque... bueno, yo no sé qué haré con tanto espacio. Y todos los gastos que supone. Seguramente tenga que vender la casa del lago. Será una pena. Sé que te encantaba esa casa.

—Mamá, si necesitas dinero...

—No necesito dinero —me aseguré, y puso una mueca—. Lo que necesito es alejarme de ese hombre. Y alejarlo de vuestra vida. Lo siento mucho, Jack. Debí hacerlo hace mucho tiempo. Tenías razón. Siento haber tardado tanto.

Entreabrí la boca para decir algo, pero volví a cerrarla, perplejo. Seguía resultando difícil creer que mi madre hubiera sido lo suficientemente valiente como para hacer algo así.

La abuela Agnes se aclaró ruidosamente la garganta, atrayendo nuestra atención. Seguía con los brazos cruzados.

—¿Es que a nadie se le ocurrió decirme nada de todo esto en todos estos años? —preguntó, molesta.

—No era tan fácil, abuela —le aseguré.

—Sí que lo era —me dijo, irritada—. *Abuela, papá es un maltratador de mierda y un imbécil*. ¿Ves qué fácil?

—Pero es tu hijo —aclaró mamá, dubitativa—. Pensé que aunque te lo dijera... no te lo creerías.

La abuela suspiró y se sentó en el sofá, quedándose en silencio unos segundos.

—Sí, sí me lo hubiera creído —aseguró—. Su padre era igual. Pero Jack nunca se comportó así conmigo. O delante de mí. Pensé que había salido mejor que su padre, pero... parece que no.

La verdad es que yo no recordaba mucho de mi abuelo. Había muerto cuando yo era muy pequeño.

Ahora, casi me alegraba de no acordarme demasiado de él.

—Yo... no lo sabía —le dijo mamá en voz baja, perpleja.

—Y yo no sabía lo tuyo, querida —murmuró mi abuela, enarcando una ceja—. Supongo que ambas estábamos avergonzadas. O que nos daba miedo admitirlo. Es curioso, ¿por qué siempre le da miedo a la víctima? Debería dárselo al maltratador.

Mi madre sonrió un poco, casi de alivio.

—Bueno —dijo finalmente, bastante más relajada, tratando de parecer completamente serena—, él se marchó de aquí hace un mes. Se llevó sus cosas al día siguiente. No he vuelto a hablar con él. Si te llama, Jackie...

—Hace tiempo que no respondo a sus llamadas —le aseguré en voz baja.

Mamá puso una mueca, pero asintió con la cabeza.

—En fin —dijo al final—, y ahora que hemos hablado de todos estos temas tan desagradables... ¿nadie tiene nada bueno que contar?

—Will y Naya tienen una fiesta de esas para bebés esta noche —murmuré.

Por la forma en que ambas sonrieron al instante, supe que había acertado con el cambio de tema.

—¿En serio? —mamá aumentó su sonrisa—. ¿Jennifer y tú les haréis algún regalo?

—Ejem... sí, bueno...

Ellas intercambiaron una mirada cuando yo empecé a jugar con el estúpido cuello de mi camisa, nervioso.

—¿Qué? —preguntó mamá.

—Voy a regalarles mi piso —aclaré.

Ambas se quedaron mirándome como si me hubiera vuelto loco.

—¿Eh? —mamá parpadeó, perpleja—. Pero... ¿y dónde vivirás tú?

—Donde he vivido hasta ahora, mamá. Supongo que no me echarán en cuanto les de los papeles —bromeé.

—Pero... ¿no es un poco excesivo, Jackie? —preguntó la abuela—. Es decir, no podría pedir unos vecinos mejores, pero... ¿regalarles un piso? ¿No es demasiado?

—Créeme, se lo debo a ambos. Especialmente a Will. Siempre está ahí cuando lo necesito. Y ahora es él quien necesita algo. Ha estado buscando pisos durante estos meses. Ya no necesitaré seguir buscando.

—¿Y qué hay de ti y Jennifer? —preguntó mamá.

—Y Mike —aclaró la abuela.

—Si ellos se mudan juntos, Mike no irá con ellos —le aseguró mamá.

—Ya lo creo que lo hará.

—Bueno, no lo sé —respondí a la primera pregunta, confuso—. Algo se me ocurrirá. Pero la verdad es que prefiero vivir en una casa con jardín que en un piso.

—¿Para cuando tengáis hijitos vosotros dos? —insinuó mamá, burlona

—Uf —puse mala cara—, no. Olvídate de niños hasta dentro de diez años.

Hice una pausa, dudando.

—Si es que alguna vez los tenemos, claro.

Me quedé hablando con ellas un rato más y ayudé a mamá a colocar algunos cuadros grandes por las paredes, sustituyendo los huecos vacíos que habían quedado después de que mi padre se llevara sus cosas.

Ah, y mi abuela empezó a beber vino mientras me daba órdenes sobre cómo hacerlo, claro.

Mi madre se limitaba a reírse y a intentar ayudarme.

Me gustó verla riendo. Me daba la sensación de que la había visto reír muy pocas veces en toda mi vida.

Al terminar, nos quedamos los tres mirando el resultado final con los cuadros caseros y coloridos de mi madre en lugar de las obras caras y grises de mi padre.

Sinceramente, esa casa nunca me había parecido tan acogedora como me lo pareció ese día.

—Bueno, ha sido una fiesta interesante —comenté.

Jen acababa de ponerse el pijama. Se metió en la cama a mi lado, apagó la luz y me miró.

—Especialmente la parte en la que regalabas un maldito piso —murmuró, negando con la cabeza.

—Siento no habértelo dicho antes. Quería verte la cara.

Y había valido la pena, créeme. Esa cara de estupefacción absoluta no tenía precio.

—No tenías por qué decírmelo. Es tu casa, no la mía —apoyó la cabeza en una mano, mirándome—. Pero... ¿has pensado en la parte en que esa niña crece y esta habitación sea para ella?

—Es decir, la parte en que nos echan.

Ella sonrió, divertida.

—Sí, bueno, más o menos.

Esperaba que la hija de Will y Naya no se lo pasara *tan* bien en esa habitación como me lo había pasado yo, la verdad.

—Ya te lo dije, no quiero vivir siempre en un piso —murmuré—. Quiero una casa con jardín.

Y... lago.

Espera... ¿y si...? ¿Y si hablaba con mi madre sobre la ca...?

Jen interrumpió mi línea de pensamientos al resoplar.

—Sí, y yo quiero ser millonaria —masculló.

Sacudí la cabeza, divertido.

—No te preocupes de eso ahora. ¿Qué tal te ha ido con tu hermano?

Estaba pasando unos días por aquí por trabajo o no sé qué. Ayer había cenado con nosotros y, para el fastidio de Jen —y sospecho que el de Mike—, había estado ligando todo el rato con nuestra pequeña Sue.

—Bien, como siempre —se acercó un poco más a mí, pensativa—. En realidad, me ha preguntado si quiero ir con él a casa. A pasar una semana con mis padres y mis hermanos.

—¿Y quieres?

—Sí... —pareció un poco avergonzada al admitirlo—. La verdad es que no estaría mal.

—Pues no hay más que hablar —sonreí ampliamente.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó, ilusionada.

Yo me aclaré la garganta, algo nervioso, cuando recordé lo que había hablado esa tarde con Joey y los actores principales de la película. Entre ellos, Vivian.

Mierda, esperaba que Jen no se cabreara.

—¿Qué? —preguntó al ver mi cara.

—Tengo que hablar contigo de algo —aclaré.

—Jack, si me lo dices así, harás que entre en pánico.

Sonreí, un poco tenso.

—¿Te acuerdas de que te he dicho que hoy tenía una reunión importante con Joey?

—Sí... —murmuró, algo asustada.

—Pues... esa reunión también era con mis productores —sí, ya tenía dos—. Quieren que compense mi ausencia de tanto tiempo yendo a varios festivales de cine.

Ella frunció un poco el ceño, sin comprenderlo.

—Vale... —murmuró, confusa—, ¿y no quieres ir?

—No puedo decir que no —y si pudiera lo haría, seguro—. La cosa es que... voy a estar tres semanas fuera.

Viva el tres.

¿Eh?

Nada, nada...

—¿Tres... semanas? —preguntó, sorprendida.

—Es menos tiempo del que parece —le aseguré.

—No es... es decir... —carraspeó—. No me malinterpretes, me alegro mucho por ti, pero... ¿por qué tanto tiempo?

—Porque cada festival dura dos días. Y tengo que ir de un lado a otro. Y los vuelos no son cortos. En fin, sé que es un poco precipitado, pero tendría que irme mañana por la tarde y...

—¿Mañana por la tarde?! —dijo un respingo.

Sonreí como un angelito.

—Sí.

—¿Y me lo dices ahora?

—No quería decírtelo delante de todos los demás.

—P-pero... ¿te vas mañana y te lo dicen hoy?

—Así van estas cosas —me encogí de hombros.

Ella dudó, pasándose una mano por el pelo para apartarse el mechón de siempre antes de volver a mirarme y entrecerrar los ojos.

Por supuesto, tardó dos segundos en ver que ocultaba otro detalle.

—¿Y qué más?

Maldita fuera Jen y su capacidad de leerme tan bien.

—El reparto estará con nosotros —aclaré.

Ella tragó saliva, incómoda.

—Es decir, que Vivian estará contigo —concluyó.

—No solo Vivian. El resto del reparto también.

—El resto del reparto no babea cada vez que te ve, Jack.

Bueno, a lo mejor sí.

Siempre positivo, así me gusta.

—No me gusta Vivian —aclaré.

—Pero a ella sí le gustas —me dijo, incómoda.

—¿Y qué?

—Que es... tan... es demasiadas cosas buenas.

—¿Sabes lo que *no* es? Mi novia.

Jen dudó, agachando la mirada por unos instantes. Ya había empezado a asustarme cuando volvió a mirarme, esta vez con media sonrisa.

—Entonces, supongo que yo iré a casa de mis padres.

Sinceramente, yo hubiera preferido irme con ella. Siempre prefería irme con ella donde fuera.

Pero no quería arriesgarme a que Joey cortara mis partes nobles. Les tenía bastante cariño.

—Tres semanas no son nada —le pasé un brazo por la espalda para acercármela—. Y pienso llamarte cada día.

—¿Cada día? Tampoco hace fal...

—Cada día.

—Vale, papá —bromeó.

—Esa palabrita en una cama tiene demasiadas connotaciones sexuales como para usarla tan a la ligera, Michelle.

Empezó a reírse, divertida.

—¿Quieres dormir en el suelo, Jackie?

Sonreí, encantado, y me incliné sobre ella para poder besarla. Jen me acunó la cara con las manos casi al instante.

Oh, esas tres semanas sin esto iban a ser más eternas de lo planeado.

Justo cuando el beso empezaba a ponerse interesante, me distraje al notar que Jen se tensaba. Levanté la cabeza y vi que Mike estaba ahí plantado con una almohada y una mueca de cachorrito.

—¿Qué? —pregunté, molesto.

¡Estaba interrumpiendo un gran momento, el último en unas cuantas semanas!

—Me sentía solito en el salón —me dijo, abrazando su almohada.

—Pues ve a molestar a Sue.

—¿Quieres que muera?

—No hagas que responda a eso.

Y, claro, Mike fue a por un objetivo mucho más fácil.

Es decir, Jen.

—Mi novia acaba de serme infiel y me siento taaaaan solito en ese salón vacío y oscuro —dio un paso hacia nosotros—. Y en ese sofá, tan grande para una sola persona y tan...

—¿Qué quieres, Mike? —preguntó Jen directamente.

Sonrió al instante.

—¿Puedo dormir con vosotros?

Preferiría dormir con un tigre hambriento.

—No —le dije enseguida—. De eso nada.

—¿Y por qué no?

—¡Porque estábamos ocupados!

—Bueno, podéis hacer vuestras guarradas en un lado de la cama. Yo os daré la espalda en el otro. Incluso puedo ponerme auriculares.

—Sí, claro, y cuando terminemos aplaudes.

—Si eso os gusta... yo no juzgo.

Me separé de Jen, molesto. Y más molesto me puse cuando vi que ella parecía divertida.

—Venga —le dije a Mike—. Vete a dormir.

—¿En serio me vais a mandar solito al salón? —protestó—. ¿Qué clase de hermano eres tú?

—Uno que no te ha matado pero todavía está a tiempo de hacerlo, así que vete a dormir de una vez.

—Jack —me dijo Jen de pronto—, ¿qué más da? Que se quede por una noche. No es para tanto.

La miré al instante como si le acabara de salir una segunda cabeza.

—¿Eh? —¿se había vuelto loca o qué?

—Vamos, está triste.

—¡Yo sí que estoy triste por no poder dormir con mi novia!

—Venga, no seas amargado —canturreó Mike.

No me quedó más remedio que apartarme cuando —literalmente— se lanzó sobre la cama entre nosotros dos.

En mi cabeza, lo asesiné de cien formas distintas... pero por fuera solo lo miré mal.

—Oye, pues es muy cómoda —me dijo felizmente antes de girarse hacia Jen—. ¿Qué se siente al tener por fin al hermano guapo a tu lado?

Jen entró en modo pánico cuando vio que mis ganas de asesinarlo aumentaban, así que se apresuró a aclararse la garganta.

—Venga, Mike, duérmete.

—Es que ahora no tengo sueño. ¿Contamos historias de miedo?

—¿Quieres que te cuente la del chico que perdió la paciencia y asesinó a su hermano mayor? —mascullé.

—No, no suena interesante —se giró hacia Jen de nuevo—. ¿Quieres que te abrace un ratito, cuñadita?

—¿Quieres morir, Mike? —espeté.

Cuando Jen vio que íbamos a empezar a discutir, puso los ojos en blanco y se giró, dándonos la espalda.

Un buen rato más tarde, estaba mirando el techo de mal humor. ¿Por qué teníamos a mi maldito hermano metido en la cama con nosotros? ¡Podríamos estar haciendo cosas mucho mejores que oír sus ronquidos!

Miré de reojo a Jen y vi que estaba sonriendo.

—¿Qué he hecho mal en la vida para tener que aguantar esto? —pregunté.

—Habla en voz baja —susurró.

—Oh, sí, no sea que se despierte el bebé de metro ochenta que tenemos en medio.

Jen sonrió y le subió la manta de Mike hasta su barbilla. Él seguía roncando.

—Mi última noche aquí y tengo que pasarla con el señorito en mi cama —protesté.

—Tenemos todas las noches para pasarlas juntos, Jack.

—Y aún así no parecen suficientes.

—Mañana te vas por la tarde —me recordó, estirando la mano por encima de Mike para acariciarme la mejilla—. Podemos pasar el día juntos.

—Vas a arrepentirte de decir eso —le aseguré, entrecerrando los ojos—. Porque voy a estar todo el día pegado a ti.

—Uf. Suena horrible.

Le besé la mano y ella me sonrió antes de darse la vuelta para acomodarse y quedarse dormida, cosa que consiguió en unos pocos segundos.

Jen siempre se quedaba dormida al instante. No lo entendía. Yo tardaba siempre más de media hora y...

—Oye, tú.

Di un respingo cuando noté un manotazo en la mejilla y bajé la mirada hacia Mike, que me observaba con los ojos entrecerrados.

—¿Qué...? —fruncí el ceño, bajando la voz—. ¿Estabas despierto?

—Sí.

—¿Lo has estado todo el tiempo?

—Sí.

—¿Y por qué demonios roncabas?

—Porque me hacía el dormido para escuchar a escondidas.

—Ah, muy bien. ¿Quieres un premio? ¿Una patada en el culo, por ejemplo?

—Relájate, hermanito. Es que tenía curiosidad por ver si os poníais a hacer guarradas. Para unirme a la fiesta.

—Qué asco, Mike, somos hermanos.

—¿Y dónde está escrito que eso esté mal?

—No lo sé. Busca en la parte de *incesto*.

—Bah —dejó el tema, como si le aburriera—. ¿Podemos hablar del hecho de que has regalado este piso a esos dos antes que a mí, que soy tu querido hermano mayor? ¿Se puede saber por qué a mí no me tratas así de bien?

—Mike, no me obligues a decir cosas que no te van a gustar.

—Bueno, solo digo que si tienes más cosas que regalar... aquí estoy yo dispuesto a recibirlas. Si es una casita mejor, ¿eh?

—No tengo más casas, y tampoco te las regalaría —torcí el gesto—. ¿Es que nunca has pensado en ponerte a trabajar o algo así?

—Yo trabajo, tengo mi banda —frunció el ceño.

—¿Y cuánto dinero ganas con eso?

—Nada —enrojeció—. ¡Pero en las bares en los que tocamos siempre nos invitan a una bebida!

—Mike... —suspiré.

—Esto es una inversión —aclaró, señalándose— Algún día me convertiré en un cantante famoso y seré yo quien te acoja en mi casa. Con mi cuñadita y los quinientos hijos insoportables que tendrás.

—¿Por qué demonios todo el mundo asume que tendremos hijos?

—Bueno, si no los tenéis, siempre podéis adoptarme como a un hijito —se puso una mano en el corazón—. Yo estoy dispuesto a sacrificarme por una buena causa.

—Claro, eres la víctima de todo esto.

—Exacto.

Hubo un momento de silencio y me di cuenta de que estaba sonriendo.

Yo. Sonriendo. A mi hermano.

¡Yo sonriendo a Mike!

Puse una mueca al instante, a lo que él enarcó una ceja.

—¿Tanto te cuesta ser simpático conmigo, Jackie? —bromeó—. ¿Tengo que pedirle a la agente Susie que te psicoanalice?

—No, gracias.

—Yo siempre te sonrío porque soy un buen hermano —protestó.

Y, pese a que normalmente mi primer impulso hubiera sido hacer alguna broma o ponerme irónico, lo que me salió en ese momento fue volver a sonreír, cosa que descolocó visiblemente a mi hermano.

—Sí, tienes razón —murmuré.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Eh?

—Que tienes razón —insistí—. Siempre soy un capullo contigo porque... bueno, por lo que hacías hace unos años con mis novias. Una parte de mí esperaba que intentaras hacerlo con Jen. Por eso siempre estoy tan a la

defensiva contigo.

Hubo un momento de silencio. Mike pareció querer decir algo, pero al final no dijo nada.

—Es decir... sé que eso fue hace años —seguí, incómodo—. No debería seguir torturándote con el tema. Tienes razón. Has cambiado. Lo siento.

Te aseguro que *jamás* había visto a mi hermano perplejo.

Pero, en ese momento, lo parecía.

—Yo... —empezó.

—A ver, tú tampoco ayudas mucho cuando te pones a apretujarte contra Jen o a decir lo guapa que es, o a hacer comentarios de sus tetas —le puse mala cara—. Comprenderás que me moleste un poco teniendo en cuenta nuestros antecedentes.

—Yo... —repitió, pero tampoco pareció saber cómo seguir.

—Pero Jen es distinta, no es como mis otras novias, ¿sabes? No es una novia con la que quiera pasarlo bien por un tiempo. Quiero estar con ella el resto de mi vida, ¿lo entiendes? —suspiré—. Creo que por eso me daba tanto miedo que intentaras algo con ella.

»Pero no lo has hecho. De hecho... tengo la ligera impresión de que entre tú y Sue hay algo, ¿no?

Puso una mueca.

—¿Eh? No —me aseguró en voz baja.

—¿No te gusta Sue? —pregunté, sorprendido.

Él negó con la cabeza con expresión incómoda y extraña.

—Bueno —concluí—, pues eso. Que siento haberte juzgado tan rápido. No te lo merecías. Aunque voy a seguir haciéndote bromas crueles, ¿eh? De eso no te librarás tan fácilmente.

Mike no dijo nada cuando yo me acomodé mejor en la cama para dormirme, pero noté que seguía mirándome con esa expresión extraña.

—Por cierto, mañana me voy por tres semanas —añadí—. Intenta no matarte mientras no esté. No querría perdérmelo.

—Lo intentaré —murmuré, y su tono de voz sonaba extrañamente ausente de diversión.

Decidí pasarlo por alto y cerré los ojos, dándole la espalda.

Capítulo 20

Puse mala cara cuando vi que me traían el plato.

—¿Por qué estamos comiendo sushi... en Italia? —pregunté, confuso—. ¿No deberíamos aprovechar y comer comida italiana?

—Te recuerdo que ayer quisiste ir a una hamburguesería —Joey me enarcó una ceja.

Le dediqué una sonrisita inocente y empecé a comer.

Solo llevábamos ahí unas horas, pero ya había tenido una entrevista con Vivian y otro actor del elenco. Había tenido suerte y casi todas las preguntas habían sido para ellos, pero sospechaba que no iba a seguir teniendo tanta suerte en las próximas.

Yo quería dormir, no responder las mismas preguntas una y otra vez.

Pobre chico, cuánta tortura.

Ejem, ejem... eso parece ironía, querida conciencia.

Es que lo es.

¡Y lo peor es que siempre eran las mismas preguntas! ¿Alguno de los personajes está basado en personas que conoces? ¿Cuánto tardaste en escribir el guión? ¿Alguna vez dudaste con alguna escena?

Y, la peor de todas. La que me hacían en cada maldita entrevista. La que odiaba.

¿Cómo te inspiraste para escribir la película?

Esa maldita pregunta...

Está claro que no iba a decirles la verdad, ¿no?

Terminamos de cenar y salimos del restaurante. Joey quería aprovechar que las tiendas no cerraban hasta dos horas más tarde para comprarme una corbata nueva —qué ilusión—, así que nos metimos en un centro comercial cercano y yo dejé que eligiera la que quisiera. Solo quería llegar al hotel y llamar a Jen.

La verdad es que había algo de tensión en el grupo. Y era por culpa de mi

situación con Vivian. Era obvio que no estábamos en nuestro mejor momento, porque nos evitábamos no muy disimuladamente y, cada vez que uno hablaba, el otro ponía mala cara y se giraba en dirección contraria.

Según Joey, mientras fingiera que todo iba bien en las entrevistas, no iba a meterse en mi vida. Y tenía razón. Lo último que necesitaba era una revista de cotilleo especulando sobre por qué Vivian y yo nos llevábamos mal.

—Oh, necesito mirar en esa tienda —dijo Vivian, precisamente, en ese momento.

Era una tienda de zapatos. Zapatos innecesariamente caros. Sonreí un poco al imaginarme la cara de espanto que pondría Jen si viera el precio de uno de esos.

Madre mía, solo habían pasado unas horas y ya la echaba de menos. ¿En qué momento me había quedado así de enganchado a ella?

Desde que viste su culo de dimensiones insuficientes cuando se apoyó en el mostrador de Chrissy el primer día.

Cierto. Tenía que pedirle que volviera a ponerse esos pantalones más a menudo.

—Bueno, nos vemos aquí en media hora —le dijo Joey a Vivian y al resto del elenco, ya que todos parecían querer entrar, antes de mirarme—. ¿Quieres acompañarme a comprarle algo a mi novia?

—Claro —sonreí de lado—. Mi ayuda es una mierda, pero al menos hago compañía.

—Justo lo que necesito.

Nos metimos en una joyería carísima que hizo que mirara a mi alrededor con una mueca de incredulidad. ¿Tanto dinero tenía Joey? Ni me había dado cuenta.

Ella se acercó a una de las trabajadoras y empezó a parlotear con ella sobre no sé qué de un collar que quería comprarle a su novia. Yo me aburrí en menos de un minuto y empecé a dar vueltas por la tienda con un suspiro.

Qué día tan largo.

Pasé la vista distraídamente por las cristaleras reforzadas. Estaba en la sección de anillos. Los precios eran ridículos. Y ni siquiera estaba seguro de en qué ocasión alguien podría ponerse un anillo de ese calibre sin parecer ostentoso.

Puse una mueca y pasé a la siguiente vitrina. Y... oh, oh.

Anillos de compromiso.

Por algún motivo, me quedé mirando esa parte un poco más de lo que debería.

Ejem, ejem.

Vale, quizá fue mucho más de lo que debería.

EJEM, EJEM.

¡VALE! Estuve ahí diez minutos.

De hecho, pasé ahí tanto tiempo que Joey ya había comprado el collar cuando se acercó a mí con una ceja enarcada, curiosa.

—¿Anillos de compromiso? —preguntó, sorprendida—. ¿Vas a proponerle matrimonio a tu novia?

—Claro que no —fruncí el ceño—. Todavía somos dos críos.

—Ajá.

—He dicho que no.

—Ajá.

—No me...

—Ajaaaá.

—Eres odiosa, ¿lo sabías?

—¿Te he contado alguna vez que yo me casé?

Me detuve un momento, mirándola de reojo.

—¿Sí? —pregunté, fingiendo desinterés, aunque escuchaba atentamente.

—Sí —sonrió—. Me casé a los dieciocho. Con mi novio del instituto. Habíamos estado juntos cuatro años. Cuando me lo pidió, no pude negarme.

—Y salió mal —deduje, viendo que ahora compraba cosas para su novia.

—Bueno, el primer año fue maravilloso, pero después nos dimos cuenta de que nunca nos veíamos, de que ya no nos apetecía pasar el tiempo juntos... técnicamente, sigo casada con él, pero hace unos cuantos años que no nos vemos.

—¿Y todo esto me lo dices para que no me case nunca?

—No —empezó a reírse—. Nosotros no funcionamos, pero mi mejor amiga se casó a los veinte y sigue casada a día de hoy. Solo quiero decir que no hay

una edad exacta para empezar a pensar en estas cosas. Y, si no funciona... solo hay que divorciarse. Tampoco es para tanto.

Puse una mueca y me quedé mirando la vitrina de nuevo.

—Yo creo que a mi novia le daría un infarto si me presento con un anillo.

—No lo creo —sonrió, divertida—. Esa chica ha estado contigo cuando te desintoxicabas, Ross. Y se preocupa por ti. Te quiere más de lo que tú crees.

—No sabes lo que creo —enarqué una ceja.

—Claro que lo sé, me paso el día contigo —puso los ojos en blanco—. Ahora, ¿vas a comprar algo o vamos a reunirnos con los demás?

Miré de nuevo la vitrina, mordiéndome el labio inferior. Joey me sonrió como si supiera que no iba a salir con las manos vacías.

Al final, suspiré y me giré hacia la trabajadora que había hablado con ella. Se acercó a mí casi con dos billetes grabados en la mirada cuando vio que señalaba la vitrina con anillos de compromiso.

—¿Quiere ver los otros modelos que tenemos? —preguntó enseguida.

—Eh... —dudé un momento antes de tragar saliva—. Sí.

—¿Tiene algún presupuesto, señor?

—No lo tiene, el idiota es rico —Joey puso los ojos en blanco.

Sonreí y ambos seguimos a la chica hacia el mostrador de la tienda.

Admito que tenía un nudo de nervios en el estómago cuando subí las escaleras con la maleta en la mano. Tenía el anillo en el bolsillo, y de pronto era muy consciente de su presencia ahí. Me detuve delante de la puerta, respirando hondo.

Habíamos podido volver a casa antes, pero eso significaba que yo no había tenido tiempo de mentalizarme de volver a ver a Jen y dárselo. Apreté un poco los labios intentando calmarme.

Había llamado a sus padres, sí. Más que nada para asegurarme de que su padre no me perseguiría con un cuchillo si le proponía matrimonio a Jen.

Solo con insinuarle lo del anillo, su madre había dejado de hablar de golpe y el padre de Jen me había informado de que se había dejado caer dramáticamente en el sofá, abanicándose con una mano y sonriendo, encantada.

Es decir, que tenía su bendición, cosa que no estaba mal.

Ahora solo me faltaba la de su hija preciosa, testaruda y dueña de mi culo favorito.

Solté todo el aire de mis pulmones y abrí la puerta con una amplia sonrisa.

—¡Adivinad quién ha llegado antes de lo prev...! —me callé cuando vi que todo el mundo me miraba mal—. Vale, sé que la camiseta no es al mejor de mi armario, pero tampoco es para que os quedéis así.

¡Era mi camiseta de soldados imperiales! ¡Se merecían un respeto!

Fui bajando el volumen cuando vi lo que tenía delante... hasta el punto de quedarme callado.

Jen estaba pálida, Mike tenía cara de espanto, Sue una mueca —aún peor que las que ponía normalmente—, Will estaba como paralizado y Naya tenía cara de infarto.

Ah, y un charco debajo de ella.

—Eh... Naya... no sé si te has enterado, pero has roto aguas o te has meado encima.

—¡Me he enterado! —chilló ella, empezando a respirar entrecortadamente—. ¡Que alguien haga algo! ¡WILL!

Will dio un respingo, como si acabara de volver de sus vacaciones en su fábrica de chocolate mental.

—¡Eh... sí! —se giró, frenético, y literalmente me lanzó las llaves que acababa de dejar en la barra a la cara—. ¡Ross, el coche!

Yo puse una mueca. ¡Me había dado en la frente!

—¿Eh?

—¡QUE CONDUZCAS!

Will se acercó a Naya y la sacó de casa a toda velocidad. Yo creo que todavía no había reaccionado cuando Jen se acercó a mí y me enganchó del brazo para arrastrarme con los demás.

Y, en mi pobre coche, Naya se tumbó atrás con la cabeza en el regazo de Will mientras Jen se sentaba a mi lado con cara de espanto.

—¡Mierda, esto duele! —chilló Naya.

Jen intercambió una mirada entre ellos y yo mientras salía del aparcamiento, tenso de pies a cabeza.

—Creo que ha llegado tu momento de demostrarnos lo rápido que puedes ir —me dijo, muy seria.

Y yo, claro, olvidé la tensión por un momento.

¡Sí, por fin!

¡Mi momento de brillar había llegado!

—Genial —le dije, entusiasmado.

—¡No es genial, Ross! —me gritó Naya—. ¡Siento que voy a partirme por la maldita mitad!

—¡Tenemos que cronometrar las contracciones! —chilló Will con voz aguda, buscando su móvil con cierta desesperación bastante graciosa—. Si no recuerdo mal, si son cada...

—¡AAAAAAHHHH! ¡CONTRACCIÓN, CONTRACCIÓN!

Lo gritó tan fuerte que juro que sentí los chillidos rebotando en mi cerebro.

—¡Nos hemos enterado! —protesté.

Y aproveché el momento para pisar el acelerador con fuerza y pasar de largo junto a dos coches. El impulso fue tan grande que Jen se quedó bruscamente pegada al asiento, pero no frené. Teníamos que llegar rápido.

—¡CÁLLATE, ROSS! —me gritaba Naya mientras tanto, agonizando ahí detrás.

—¡Oye, yo no tengo la culpa de que vaya a salirte un bicho de entre las piernas! —me enfadé.

Y, cuando le eché una ojeada rápida, puse una mueca.

—Oye, ¿podrías intentar no manchar los asientos del...?

—¡JENNA, POR DIOS, DALE UNA BOFETADA DE MI PARTE!

Cuando vi que mi querida novia preparaba un puñetazo destructor, me encogí contra mi asiento.

—¡VALE, PERDÓN! —chillé enseguida.

Conseguí llegar al hospital en tiempo récord y sin ninguna muerte, cosa que no estuvo mal.

Will y Naya se metieron en él mientras Jen y yo íbamos a aparcar. Tardé más de lo previsto por falta de sitio, así que cuando llegamos a la habitación Sue,

Lana y Mike ya estaban ahí.

Naya ahogó un grito en cuanto nos vio aparecer y abrió los brazos hacia Jen.

—¡Jenna! ¡Ven, por favor, necesito a alguien que me sujete la mano!

—¿Y yo qué? —Will le puso una mueca.

—¡A ti te odio! ¡Estoy sufriendo por tu culpa!

—Seguro que cuando engendraron al bebé no sufría tanto por su culpa —
murmuré, divertido.

Y me gané una mirada asesina de Naya, claro.

Al final tuvimos que esperar en el pasillo porque, obviamente, no podía estar tanta gente ahí reunida.

Y pasó el rato.

Y siguió pasando...

Dios, qué aburrimiento.

Ya casi estaba dormido con la cabeza de Jen en el hombro cuando noté que me ponía una mano en la rodilla.

—Bienvenido, por cierto —sonrió.

—No ha sido la bienvenida que esperaba —le aseguré.

—¿Y qué te esperabas?

—¿Sinceramente? Echar un polvo, no atender un parto.

Ella se puso roja como un tomate.

—Conmigo no echas polvos, haces el amor.

Madre mía, alguien se había despertado cursi.

—Bueno, la mecánica es la misma —me encogí de hombros.

Ella se giró hacia mí, ladeando la cabeza.

—¿Cómo has llegado tan pronto?

Noté, de nuevo, que el anillo en mi bolsillo era muy notorio cuando la miré.

—En Italia no hacía muy buen tiempo y han tenido que suspender la mitad de uno de los festivales. El último. Cancelar el otro vuelo ha sido caro, pero te

aseguro que ha valido la pena. Parece que la niña me estaba esperando para nacer. ¿Ya saben qué nombre le pondrán?

—Están en medio de un debate. Naya quiere ponerle Kim, Michelle o Gabriela. Will quiere ponerle Jane.

—Michelle —levanté y bajé las cejas—. Me gusta. Ya sé qué nombre le pondremos a nuestra hija.

La imagen de una mini Jen revoloteando por el piso hizo que mi sonrisita se acentuara.

¡A ella también podría llamarla Mushu!

Oooooohhh... ¡PODRÍA LLAMARLA MINI-MUSHU!

Vale, quería una hija. Confirmado.

—Vale, ¿por qué asumes que tendremos una hija? —ella enarcó una ceja—. ¿O que le pondremos ese horrible nombre?

—No es horrible. Solo le tienes manía porque es tuyo.

Jack Ross, defensor de todas las Michelles del mundo.

—Y tú también deberías asumir que tendremos hijos, querida Michelle —añadí, burlón.

—¡Que no me llames...!

—¿Qué nombre le pondrías a un chico?

Puso una mueca, confusa.

—Nunca lo he pensado.

—¿En serio? Pues yo sí.

—No me asustes —murmuró, negando con la cabeza.

—Te asustas tú solita —la provoqué, sonriente.

—No compuestos, por favor.

—¡Los nombres compuestos son lo mejor!

—¡No!

—Vale, pues nombres originales.

—¿Como cuál?

Y así hice lo último que pensé que haría hoy —después de atender un parto—: pensar nombres para mis futuros hijos.

Pero la testaruda decía que no a todas mis propuestas.

¡Eran buenas propuestas, no sabía valorarme!

Al final, le puse una mueca.

—No me lo estás poniendo fácil, Mushu.

—Si te lo pusiera fácil, no estarías tan perdidamente enamorado de mí —me guiñó un ojo.

Abrí mucho los ojos. ¿Eso acababa de salir de mi inocente Mushu?

Me distraje un momento cuando me incliné para besarla, pero por suerte mi cabeza maligna seguía planeando nombres. Y se me ocurrió el perfecto.

—Vale. ¿Qué tal Jeremy?

Jen se separó un poco de mí, confusa.

—¿Jeremy?

—Sí. No está mal. Ni muy largo, ni muy corto. Ni muy común, ni muy original. A mí me gusta.

—Podríamos llamarlo Jay —sonrió.

—Ya no me gusta tanto.

—¡Pero si Jay es genial!

—Muy bien, genia, te dejo a ti la elección de la niña.

—¿Y si solo tenemos chicos?

—¿Cuántos quieres tener, Michelle? No me asustes.

—¡Solo estoy bromeando!

—Pues yo no —bromeé.

O... quizá ya no bromeé tanto.

A esas alturas ya no estaba muy seguro de ello.

—Llevo con estos dos nombres desde que era pequeña —me advirtió—, así que espero que te gusten.

—¿Jennifer y Michelle? —sugerí maliciosamente.

—No, idiota. Victoria y Elisabeth.

Los consideré un momento, pensativo.

—Me gusta Ellie.

—Pues Ellie, decidido.

—Genial, ahora solo nos falta engendrarlos. ¿Vamos a ello?

—¿Con Naya aquí al lado agonizando porque tiene que parir? —puso una mueca—. Sí, claro. Ahora mismo me encantaría tener un hijo.

Sonreí y me acomodé mejor en el asiento, esperando.

La buena noticia es que Jen me había dicho que sí.

La mala noticia es que, por primera vez en mi vida, había sentido impulsos asesinos contra un bebé.

¡Dios mío, es que no se callaba!

¿Es que la torturaban o algo así? ¿Cómo podía algo tan tierno llorar de esa forma tan insoportable?

Joey empezó a burlarse de mi cara de sueño durante ese mes, y podía entenderla. Jane, la hija de Naya y Will, no me dejaba dormir. Era una tortura. Y lo peor es que Naya sí dormía como si nada.

Esa mujer no tenía tímpanos.

En ese momento estábamos en una cena en la que supuestamente íbamos a presentarle a Jane a mi madre y a mi abuela, pero no era cierto. Era una excusa para decirles que nos íbamos a casar.

Oh, no. Mi madre iba a llorar y mi abuela iba a emborracharse, seguro.

Los nervios de Jen fueron casi obvios durante toda la cena, pero por suerte fui el único que se dio cuenta. Le puse una mano en la rodilla, mirándola de reojo. Ella cerró un momento los ojos. Realmente estaba nerviosa.

—Bueno —dijo mi abuela de pronto—, creo que va siendo hora de que me vaya. A no ser que alguien quiera emborracharse, claro.

—En realidad —dije enseguida, deteniéndola—. Hay algo que... ejem... tenemos que contaros.

—¿Tenemos? —Naya nos miró con una mueca de confusión.

—Sí, tenemos —confirmó Jen en voz baja.

Todos se quedaron en silencio a la vez. La única que reaccionó fue Sue, y con una mueca de horror absoluto.

—Oh, no. Más niños no, por favor.

—No es otro niño —Jen entrecerró los ojos.

—¿Y qué es? —preguntó mamá.

Intercambié una mirada con Jen, que me dejó bastante claro que ella no estaba dispuesta a decir nada. Al final, suspiré y asumí que me tocaba a mí hacer el trabajo sucio.

—Queríamos decirnos que... —sonreí—, vamos a recorrer el mundo en globo.

—¿Qué? —Jen dio un respingo y me pellizó el brazo, irritada—. ¡Jack!

—¡No me dejes a mí estos temas, sabes que no me los tomaré en serio!

—¿Vais a decir algo o qué? —preguntó Sue.

—Sí —Jen intentó decirlo varias veces, haciendo que el silencio se prolongara, y al final lo soltó tras respirar hondo—. Vamos a casarnos.

Durante lo que pareció una eternidad, todo el mundo se quedó en absoluto silencio.

Sinceramente, no estaba muy seguro de si las caras eran de horror o de felicidad.

Yo sujeté la mano a Jen, esperando, y al final dediqué una mirada significativa a mi abuela, que por fin reaccionó y dio un respingo, sonriendo ampliamente.

—¡Ya tenemos una excusa para emborracharnos!

—Espera, ¿qué? —Naya parpadeaba mucho, como si hubiera entrado en un cortocircuito—. Pero... ¿y el anillo? ¿No deberías llevar uno?

Jen lo sacó del bolsillo y sonreí al verlo en su mano.

No lo admitiría nunca, pero había estado una hora eligiéndolo. Y había valido la pena. Era perfecto.

En cuanto se lo enseñó a Lana y Naya, ellas se lanzaron sobre él para mirarlo desde más cerca, embelesadas. Mientras, Will me daba una palmadita en la espalda.

—Enhorabuena —me sonrió—. ¿Quién nos habría hace unos años dicho que tú te casarías antes que yo?

—Nadie —le aseguré.

—Un momento —nos interrumpió mamá, como si estuviera en una galaxia paralela—. ¿Lo decís de verdad? ¿No es... broma?

—Claro que no es una broma —le dije, divertido.

—Whoa... yo no... bueno, no me esperaba... es decir, Jackie, cielo, nunca imaginé que tú...

Se cortó a sí misma y yo fruncí el ceño, ofendido.

—Oye —la señalé—, ¿qué es lo que no te imaginabas?

—Que fueras a casarte con alguien —me dijo directamente la abuela, llenando vasos de ginebra.

—¿Qué? —solté con voz aguda, indignado—. ¿Y por qué no?

—Cielo, siempre has sido un poco... mhm... ¿cómo decirlo?

—Desastre —sugirió mi abuela.

—Vaya, muchas gracias, abuela.

—De nada.

—¿Sabes qué? —mamá sacudió la cabeza—, olvídale. Lo único que importa es que me alegro mucho por vosotros, chicos.

Al final, la cena terminó bien y pude acompañar a mi madre a casa, que mantuvo su sonrisita encantada todo el camino, cosa que no pude ignorar. Al final, cuando llegamos, le puse mala cara.

—Tampoco hace falta que parezcas tan sorprendida porque alguien quiera casarse conmigo —masculé.

—Oh, no es eso, Jackie —me sonrió—. Es que... me alegro mucho de que seas feliz. Me daba miedo que hicieras como yo y te casaras con alguien que... bueno... con alguien que no te quisiera.

Aparté la mirada, incómodo.

—Bueno, él no estará invitado —le aseguré.

—Sí, eso me lo imaginaba —su sonrisa se apagó un poco—. En fin, Jack... espero que vengas a visitarme más a menudo aunque te cases. Puedo cocinar

lasaña.

—No necesitas cocinar lasaña como soborno para que venga, mamá.

—Bueno, sí lo necesito para que venga tu hermano —dijo, divertida—. Buenas noches, hijo.

—¡Espera!

Se detuvo de golpe y me miró, confusa.

—¿Qué sucede?

—Yo... eh... um... —cerré los ojos un momento antes de girarme hacia ella—. ¿Sigues queriendo vender la casa del lago?

Mi madre me observó por unos instantes, como si no entendiera a qué venía eso.

—Yo no puedo mantener dos casas, Jack —me aseguró con una mueca de lástima—. Lo siento. Sé que era tu favorita.

—No lo sientas. Yo... a lo mejor podría comprártela.

Abrió mucho los ojos, sorprendida, y se quedó en silencio durante casi un minuto entero, pasmada.

—¿Comprarla?

—Para... ejem... para Jen y para mí.

—Oh, Jack —de pronto, sonrió, encantada—. No necesitas comprármela. Podría ser mi regalo de bod...

—No. Quiero comprártela.

—Pero...

—Mamá, quiero hacerlo.

Ella suspiró y asintió.

—Bueno, ahora mismo no es el mejor momento para hablarlo —me dijo, abriendo la puerta—. Ven en cuanto puedas a verme para hablar de los detalles, ¿vale?

—Vale. Buenas noches.

Conduje de vuelta a casa con música sonando a todo volumen, pero la verdad es que estaba pensativo. Aparqué el coche rápidamente y subí las escaleras dando vueltas a las llaves con los dedos.

Sin embargo, me quedé de pie en la entrada cuando escuché el chillido indignado de Jen.

—¡Naya! Será... ¿se suponía que era un secreto!

¿Un secreto? Oh, no. Puse los ojos en blanco. ¿Qué había hecho ahora.

—A ver, no se lo diré a nadie —aclaró Lana.

—Pero... ¿de qué estáis hablando? —preguntó Mike.

Entré en el salón sonriendo, pero nadie se dio cuenta de mi presencia mientras empezaba a desabrocharme la chaqueta. Genial. Ya volvía a ser invisible.

—¿Qué? —preguntó Mike.

—¿Y tú qué crees, idiota? —le soltó Sue.

—No sé. Hago bastantes cosas malas en mi día a día.

Lana negó con la cabeza.

—¿Y la de besar a tu cuñada es la primera que se te olvida?

Mi mano se quedó congelada justo antes de quitarme la chaqueta.

¿Acababa de decir...?

Levanté bruscamente la cabeza hacia mi hermano, que se había ruborizado un poco, y sentí que cada centímetro de mi cuerpo se tensaba.

¿Había... besado a Jen?

¿Lo había hecho de verdad?

¿Después de...? ¿Después de todo lo que le había dicho esa noche?

¿Después de que le dijera que me sentía jodidamente mal por haberlo tratado así todo este tiempo?

No sé en qué momento había pasado, pero ahora todos me miraban con cara de espanto y me daba igual. Me zumbaban los oídos. Y solo podía centrarme en una cosa.

—¿Que has dicho? —le pregunté a Lana en voz baja.

Ella dio un paso hacia atrás instintivamente.

—No... yo... eh...

—¿Has dicho que la besó? —noté que se me crispaban los puños.

—Ross —me dijo Will lentamente—, vamos, cuenta hasta diez y...

—Cierra la boca, Will —le solté sin mirarlo.

No me lo podía creer. No me podía creer que ese idiota hubiera hecho exactamente lo mismo que hacía siempre... y yo hubiera creído que había cambiado.

¿En qué momento me había dejado engañar de esa forma? Nunca cambiaría. Nunca lo haría.

Ni siquiera decirle cómo me sentía había servido para que, por primera vez en su maldita vida, hiciera algo teniendo en cuenta mis sentimientos.

Noté que mis piernas se movían solas y avancé hasta enganchar a Mike del cuello de la camiseta. Él ni siquiera se molestó en defenderse, solo levantó las manos.

—No significó nada —me aseguró casi al instante, encogiéndose—. Fue... un error... no quería...

—Un error —repetí con un nudo en la garganta.

Había besado a la chica que quería, había traicionado mi confianza... y para él era solo un error.

Nunca me pediría perdón, estaba seguro. Era incapaz de asumir que había hecho algo mal. Solo giraría las cosas para hacerme creer que era una mala persona por enfadarme con él.

Pues, ¿sabes qué? Que estaba harto. Harto de su mierda. Y de estar siempre disponible para él cuando no podía recordar ni una maldita vez en que él hubiera estado ahí para mí.

—Sí. Lo fue —insistió en voz baja—. Eh... mira, sé que es difícil de explicar, pero...

—¿Y qué quieres explicarme? —espeté—. ¿Lo mismo que me explicaste hace cinco años, o lo de hace dos años con esa?

Señalé a Lana sin mirarla antes de volver a centrarme en él.

—No es lo mismo —murmuró Mike.

Oh, el problema era que, precisamente, sí era lo mismo. Claro que lo era. Maldito egoísta de mierda.

—¡Claro que lo es! —solté, enfadado—. Es exactamente lo mismo. Contigo, siempre es lo jodidamente mismo.

—Chicos —escuché decir a Sue detrás de mí—, creo que lo que deberíamos hacer ahora mismo es calmarnos e intentar hablarlo antes de...

Oh, no. Estaba harto de que todo el mundo defendiera solo por pena a ese imbécil cuando hacía algo mal. Harto.

No iba a seguir aguantándolo. Se merecía que alguien le dijera las cosas tal y como eran por una maldita vez en su vida.

—Cállate, Sue —le solté, furioso—. Este no es tu maldito tema. No te metas.

—Vale —me dijo Mike, ya nervioso—, mira, sé que parece...

Y ahí estaba. Ninguna disculpa. Solo excusas.

No se sentía culpable, ¿verdad? Simplemente era incapaz de asumir que había hecho algo mal y disculparse conmigo por ello. Solo sabía sacar excusas para hacer que los demás se sintieran culpables.

—Oh, déjate de excusas de mierda —mascullé y lo solté bruscamente de la camiseta.

Necesitaba alejarme de él. Nunca había querido golpearlo... hasta ese momento, y no iba a hacerlo. No quería reaccionar como sabía que habría reaccionado mi padre.

Intenté calmarme, lo juro.

Pero cuando vi que abría la boca y supe, por su expresión, que iba a soltarme alguna excusa... no pude más.

No. Ya no iba a seguir aguantando esto.

—¡Cierra la boca de una maldita vez, Mike! —espeté, acercándome a él—. Y no vuelvas a abrirla. Lo único que sale de ella son mentiras. Y cada vez peores. No sé ni por qué me molesto en seguir dándote oportunidades si está claro que lo único que te importa eres tú mismo.

—Eso... no es verdad...

—Sí, sí lo es —exploté. Demasiados años aguantándome. Demasiado rencor acumulado—. En toda tu maldita vida, no te he visto haciendo nada que no fuera ser un imbécil egoísta. Y no solo conmigo, sino con todo el mundo. Haces lo que te da la gana, luego lloras para que te perdonen y nunca piensas en los demás. Nunca. Solo en las cosas que te afectan a ti. Y luego te preguntas por qué no tienes novia. Pues claro que no la tienes. ¡Ni la tendrás nunca! No sabes querer a nadie. Y no te mereces que nadie te quiera.

Di un paso atrás. Me temblaban las manos de lo enfadado que estaba, así que apreté los puños mientras Mike respiraba hondo y me miraba.

—Mira —empezó en voz baja—, sé que ahora estás enfadado y...

—No sabes nada —le aseguré en voz baja, negando con la cabeza—. Nunca has sabido una mierda, Mike.

Y, entonces, me tensé de pies a cabeza al notar una mano conocida rodeándome el brazo.

—Jack —me dijo Jen con un hilo de voz—, hablé con él y realmente creo que...

No sé qué me jodió más, que lo defendiera a él... o que me hubiera ocultado todo esto.

Me zafé bruscamente de su agarre y ella se quedó pálida. Estaba tan enfadado que me dio absolutamente igual.

—¿Y cuándo hablaste con él? —espeté.

—Cuando... cuando estuviste de viaje.

—Es decir, que hace más de un mes —intenté calmarme al hablar con ella, pero era imposible—. Y no me dijiste nada.

—Yo...

—Dijimos que nada de secretos.

Jen tragó saliva, jugando con sus manos. Parecía que iba a ponerse a llorar en cualquier momento, pero no me moví de mi lugar.

—Lo sé, pero...

—Dijimos que nada de secretos —repetí, señalándola—. Y yo he cumplido con mi maldita palabra. ¿Puedes decir tú lo mismo?

—Jack... te juro que iba a contártelo, p-pero... con todo lo del bebé... y la boda... se me olvidó y...

—Y no lo hiciste —deduje en voz baja.

—¡No es como... como lo ves tú ahora mismo!

—¡Lo único que veo es que este imbécil no ha cambiado, y nunca lo hará, y por algún motivo tú sigues insistiendo en defenderlo!

—¡No lo estoy defendiendo, solo estoy...!

—¡Me dijiste que nunca volveríamos a guardarnos secretos!

—¡Lo sé, lo siento, pero...!

—¡No quiero oír tu maldito *pero* ! —le espeté, furioso—. ¡Me da igual! ¡Solo te pedí una cosa! ¡Solo una! ¡Y no has sido capaz de cumplirla!

—¡Quería hacerlo!

—¡Y no lo hiciste! ¡Igual que la primera vez que querías decirme la verdad, pero tampoco lo hiciste! ¡Y te fuiste! ¡Y no supe nada de ti en un año entero!

—¡No es lo mismo, Jack!

—¡Claro que no es lo mismo, porque esta vez hay más gente implicada y no has podido guardar tu maldito secreto!

Me di la vuelta. Necesitaba salir de ahí. Urgentemente. Me sentía como si no pudiera ni respirar.

No me lo podía creer. Lo sabían todos. Todos. Y nadie había dicho nada. Me jodía hasta tal punto que...

Un momento.

Me detuve en seco.

¿Y si no era el único secreto que había sabido más gente?

Jen no se habría ido por un año entero sin confesárselo a alguien. La conocía. La conocía tan bien que no entendía cómo no había llegado antes a esa conclusión.

Y... ¿a quién se lo habría contado yo para estar seguro de que me guardaría el secreto bajo cualquier circunstancia?

Solo se me ocurría una persona.

Me giré hacia Will, respirando entrecortadamente.

—¿Lo sabías? —le pregunté en voz baja.

Él me miraba con cautela, pero cambió su expresión a una de confusión absoluta.

—¿Qué?

—¿Sabías por qué se fue un año? ¿Lo sabías?

Will y Jen intercambiaron una mirada, lo que hizo que la cabeza empezara a darme vueltas y me doliera ese punto exacto que no me había dolido en meses... y solo sabía calmar con la droga.

No, ahora eso no. Intenté centrarme, pero mi cabeza era un hervidero de

ideas confusas, y solo podía mirar fijamente a Will con la esperanza de que lo negara.

Y no lo hacía:

—Mira —empezó él con voz suave—, creo que no hace falta sacar eso ahor...

—Lo sabías —confirmé en voz baja, con el nudo de mi garganta aumentando—. Estuve un año entero preguntándote qué demonios había hecho mal y tú repetiste mil veces que no te había dicho nada. Y lo has sabido todo este maldito tiempo.

Y Will, por primera vez desde que nuestra amistad empezó, agachó la cabeza sin ser capaz de mirarme a la cara.

—Jack —murmuró Jen—, vamos...

—No —la detuve bruscamente, mirándolo a él—. Di sí o no, ¿lo sabías?

Tras lo que pareció una eternidad, sentí que mis puños se crispaban cuando él asintió una vez con la cabeza.

—Sí —confirmó en voz baja.

No supe cómo reaccionar. No supe muy bien lo que quería hacer.

Bueno, sí. Salir de ahí. Alejarme de todos ellos.

—Que os den —dije en voz baja—. Que os den a todos.

Me di al vuelta y, sin mirar atrás, cerré de un portazo.

Capítulo 21

Frené el coche bruscamente, todavía medio perdido, y me quedé mirando la casa que tenía delante.

Sinceramente, no estaba muy seguro de qué hacía ahí. O de qué pretendía ganar entrando. Pero... por algún motivo... aquí estaba.

Salí del coche con una extraña sensación de ansiedad creciéndome por el cuerpo que solo había sentido unos meses atrás, al volver de Francia. Me froté la sien con una mano, dolorido, y llamé al timbre de la casa de forma bastante impaciente.

Apenas habían pasado unos segundos cuando una chica que no había visto en mi vida abrió la puerta y me miró con cierta sorpresa.

—¿Dónde está Vivian? —pregunté directamente.

Ella dudó visiblemente antes de apartarse y señalar las escaleras. Me dirigí a ellas sin dudarle y las subí en unas pocas zancadas, evitando deliberadamente a la gente que intentó detenerme para decirme algo de la estúpida película. Si eran amigos de Vivian, seguro que me conocían. Y ahora mismo no estaba preparado para una conversación sobre nada.

Abrí la puerta del fondo, la grande, y vi que Vivian estaba rodeada de amigos, sentada en una bañera de hidromasaje grande y redonda. Tenía una copa en la mano y el pelo atado para que no se le mojara.

Casi al instante en que entré en la habitación, ella levantó la cabeza y su mirada se iluminó al verme.

—¡Ross! —exclamó alegremente—. ¡No sabía que fueras a venir! ¿Por qué no te metes con nosotros en...?

—Necesito hablar contigo.

Mi tono de voz hizo que su expresión cambiara a una más seria. Especialmente cuando hizo un gesto a sus amigos, que se apresuraron a salir de la bañera como corderitos y dejarnos solos, cerrando la puerta.

Cuando lo hicieron, ella me indicó con un gesto que me metiera en el agua con ella.

—Puedes meterte en ropa interior —sugirió al ver que iba completamente vestido.

—No, gracias.

—También puedes meterte sin ropa —sonrió.

Intenté no ponerle mala cara, pero no lo conseguí.

—No estoy de humor, Vivian.

—¿Qué te pasa? Ven aquí.

Suspiré y me acerqué al borde de la bañera, sentándome ahí. Ella me sonrió, apoyándose con los brazos a mi lado para mirarme.

—¿Algún problema con la película nueva? —sugirió.

Sí, había firmado un contrato para una película nueva. Y sí, ya se lo había dicho a todo el mundo. Pero no, ese no era precisamente el motivo de mi enfado.

—No es eso.

—¿Algún problema con esa chica? —enarcó una ceja, mirándome.

No me gustó mucho cómo pronunció *esa chica*, pero me limité a suspirar.

—Algo así.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, la verdad es que no.

Hubo un momento de silencio en que le dediqué una mirada significativa. Ella me sonrió, como si entendiera lo que quería decirle, y se puso de pie.

Creo que la intención era que mirara su bikini —seguramente carísimo— pero la verdad es que no podía estar más descentrado.

En mi cabeza no había lugar para bikinis caros, o chicas rubias explosivas. Solo para una chica de ojos castaños brillantes... besando a mi hermano.

Vivian se envolvió en una toalla y me dio su copa, que acepté con una mueca de confusión.

—Creo que la necesitas más que yo —me explicó.

Puse una mueca, mirándola, y dudé visiblemente antes de llevármela a los labios y casi terminármela de un trago.

Vivian sonrió y me hizo un gesto para que la siguiera.

—No tengo mucho material —me avisó—. En las fiestas se termina muy rápido... ya sabes cómo van estas cosas.

—Mhm —murmuré.

Ella se detuvo en otra de las puertas del pasillo y la abrió, dejándome pasar primero. Me quedé plantado en medio de su habitación, incómodo, mientras ella se sentaba en su cama y abría uno de los cajones de su mesita de noche. Sonrió ampliamente y dejó cuatro bolsitas blancas y pequeñas sobre la cama, para mí.

—¿Cuántas quieres?

En realidad, sabía que yo mismo había insinuado que las quería, pero ahora que las veía...

Solo imaginarme la expresión decepcionada de Jen, de Will o de mi madre... no. Mierda. ¿Qué estaba haciendo?

Di un paso atrás inconscientemente.

—No —mascullé—. Es... yo no...

—Vamos —enarcó una ceja—, ¿a qué has venido si no es por esto?

—No debería...

—Como quieras —me interrumpió.

Se me secó la garganta cuando vi que abría una de las bolsitas y ponía parte de su contenido sobre la mesita de noche, empezando a colocarlo en forma de raya. Me quedé mirándola fijamente, con la cabeza zumbándome, mientras me sonreía.

—Joey ya me dijo algo de que te habías *desintoxicado* —comentó, poniendo los ojos en blanco—. Me dijo que debería hacer lo mismo, pero... esto es demasiado divertido como para dejarlo.

No dije nada. Fui incapaz. Especialmente cuando ella se tapó un agujero de la nariz con un dedo y se inclinó para inhalar con el otro hasta que la mesita quedó limpia de nuevo. Cuando levantó la cabeza y la echó hacia atrás, sorbiendo por la nariz, sentí que me escocía mi propia nariz y me cosquilleaban los dedos.

Vivian me dedicó una sonrisita radiante cuando se puso de pie otra vez e hizo un ademán de esconder de nuevo todo lo que le quedaba.

Y yo hablé sin pensar.

—¡Espera!

Ella se detuvo de golpe y me sonrió de nuevo.

—¿Sí, Ross?

—Dame... una. Solo una.

Me entraron ganas de vomitar solo al imaginarme lo que pasaría si me veía alguien. Pero no pude evitarlo. Era más fuerte que yo.

Vivian me guiñó un ojo cuando me dio una de las bolsitas, que yo apreté entre los dedos.

—Sabía que no eras tan aburrido —comentó.

Aparté la mirada y la metí en mi bolsillo.

—Venga —sonrió y me sujetó del brazo—, vamos a pasarlo bien, como en los viejos tiempos.

No sé por qué, pero me dejé arrastrar por ella.

Sinceramente, no tengo muchos recuerdos alegres de esa noche.

Recuerdo a Vivian bailando e intentando que yo también bailara, aunque me negué. Recuerdo mucho alcohol. Muchísimo. Y también recuerdo la cantidad de veces que pensé en abrir esa bolsita, pero la cara de preocupación de Jen que me imaginaba me detenía en seco y hacía que volviera a esconderla.

Cuando volví a ser consciente de la situación, estaba tumbado en la cama de la habitación de invitados de Vivian completamente solo. La luz entraba por las ventanas. Era de día. Y... Dios, cómo me dolía la cabeza. Y tenía mucha sed.

Aliviado, comprobé que la bolsita de mi bolsillo seguía intacta y la dejé en la mesita antes de ponerme de pie y bajar torpemente a la cocina, donde me llené varios vasos de agua. Nunca parecía suficiente.

—Oh, no.

Me di la vuelta, sorprendido, y vi que Dimitri, el chófer de Vivian, estaba ahí de pie mirándome como si fuera un animal salvaje y, si no se movía, para mí sería como si no existiera.

Sinceramente, no sé qué se esperaba, pero yo solo volví a darme la vuelta y a centrarme en mi vaso.

—Hola —murmuré con voz arrastrada.

Él se quedó en silencio unos segundos, pasmado.

—¿HOLA? ¿Ya está? —preguntó—. ¿No habrá historias eternas sobre su

exnovia?

—No, Dorian.

Él pareció extrañamente decepcionado cuando me miró unos segundos más, como si se hubiera acostumbrado a mis historias.

—¿Quiere que lo lleve a algún lado? —preguntó al final.

—No puedo. Tengo el coche por aquí.

—Yo se lo llevaré a casa, señor Ross.

Lo consideré un momento, pero... no quería volver a casa. No quería enfrentarme a la situación.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

Un rato más tarde, estábamos los dos sentados en la hamburguesería-barracafetería a la que siempre me llevaba mi abuela de pequeño. Y a la que había ido con Jen un año antes, cuando la había encontrado en su habitación con todas sus cosas destrozadas.

Dylan estaba sentado al otro lado de la mesa, mirando la carta. Parecía encantado con que lo invitara a comer. Y la verdad es que se lo había ganado. El pobre hombre nunca me pedía nada a cambio de escuchar mis monólogos eternos y llevarme a todas partes.

Debería contratarlo.

Casi me había dormido cuando una camarera pelirroja muy guapa —ese detalle Jen no necesitaba saberlo, ejem— se acercó a nosotros con una libreta en la mano.

—Bienvenidos —nos saludó, preparándose para escribir—, ¿ya saben lo que van a pedir o necesitan más tiempo?

Dimitri, que todavía miraba la carta como si fuera a descubrir el secreto de su vida en ella, no dijo nada. Suspiré y se la quité, dándosela a la camarera.

—¿Qué nos recomiendas?

—Casi todo el mundo que viene a comer se pide una hamburguesa completa —me aseguró, señalando a su alrededor.

Y era cierto. Era lo que tenía casi todo el mundo.

—Pues... eso mismo para los dos —concluí—. Y agua, por favor. Mucha agua. Te lo suplico.

Ella sonrió, recogió las cartas y se volvió a la barra. Cuando vi que Dorian lo

seguía con la mirada, sonreí un poco y le chasquéé los dedos delante de la cara.

—¡Que estás casado! ¿Te parece bonito mirarle el culo a las camareras, Dominic?

Él se puso rojo como un tomate.

—Bueno... no... eh... en realidad estoy divorciado.

—Pero si me dijiste que vives con tu mujer.

—Bueno, estamos divorciados pero vivimos en la misma casa. No hay presupuesto para dos casas.

Suspiré y miré de reojo a la camarera, que hablaba con un tipo con bandana que supuse que sería el cocinero.

—Tranquilo, no se lo diré a nadie —le aseguré con una sonrisita—. ¿Quieres que le pida el número por ti?

—¿Eh? ¡No!

—¿Por qué no?

—¡Porque debe tener unos... veinte años, como mucho!

—Vamos, la esperanza es lo último que se pierde, Dorian.

—¡Que me llamo...!

Se cortó a sí mismo, enrojeciendo, cuando la pelirroja se acercó a nosotros y nos dejó el agua que le había pedido en medio de la mesa. Nos dedicó una sonrisa un poco extrañada cuando notó que ambos la mirábamos demasiado fijamente.

—Espera —la detuve, para el horror de Dimitri.

Ella me miró, esperando que le pidiera algo más.

—¿Sí? —preguntó al ver que no decía nada.

Dorian me dio una patadita por debajo de la mesa a modo de advertencia, pero yo lo ignoré y me giré hacia la pelirroja.

—¿Cómo te llamas? —pregunté con una sonrisita encantadora.

Ella levantó las cejas casi al mismo tiempo que Dylan intentaba desaparecer del mundo escondiéndose detrás de su vaso de agua, avergonzado.

—Amara —me dijo ella finalmente.

—Ooooh, ese es un nombre muy bonito —le aseguré.

—Gracias —me dijo, extrañada—. ¿Algo más?

—En realidad, sí, Amara, verás...

—Eh... prefiero Mara —me aseguró enseguida—. Solo un pesado me llama Amara.

—Mara —corregí con una sonrisita—, verás... nos preguntábamos si tienes pareja.

Ella levantó una ceja y sonrió, medio divertida.

—No está muy claro —dijo finalmente.

—Bueno... si no la tienes... podrías darle a mi amigo tú número, ¿no crees? Es una buena persona. Y un excelente conductor. Nunca tendrás sitios a los que no puedas ir.

Ella sonrió y me dio la sensación de que miraba un poco por encima de su hombro, pero lo ignoré mientras Dorian enrojecía cada vez más.

—Bueno, ¿nos das tu número, Mara?

Ella se quedó mirándome un momento antes de intentar ocultar una sonrisita divertida.

—Sinceramente, no creo que pueda.

—¿Por qué no? ¿No te gusta Dimitri?

—Parece muy simpático —me aseguré, divertida—, pero creo que a mi *amigo*, el del fondo, el que os está matando a los dos con la mirada ahora mismo... no le gustará mucho que le dé mi número.

Dejé de sonreír al instante para girarme hacia el tipo que estaba sentado en una de las mesas del fondo con una chica que se parecía bastante a él.

Y sí, nos estaba matando con la mirada.

A ver, siendo realistas... ese tío entrenaba. Se le notaba. Seguro que era boxeador o algo así.

¡Podría convertirnos en puré a los dos sin pensarlo!

Sí, mejor olvidarnos de la camarera y seguir viviendo sin un boxeador cabreado detrás de nosotros.

—Ah —sonreí como un angelito—, bueno, en ese caso... ejem... ¿por qué no le

invitas a un café de nuestra parte? El café de la amistad. Y recuérdale que las amistades son pacíficas, ¿eh?

—Claro —sonrió ella, divertida—. Un placer, chicos.

El pobre Dorian pareció volver a la vida cuando la chica se alejó y yo empecé a reírme de su cara de horror.

Al menos, el rato que estuve con él me olvidé de todo lo que había pasado la noche anterior. Y de que había estado ignorando los mensajes y llamadas de Jen, que seguro que me mataría en cuanto apareciera por casa.

A Will si le respondí, y sonaba cabreado con que no hubiera dicho nada en toda la noche.

¡Incluso me insultó!

¡El maldito Willy Wonka me insultó!

¿Y qué te dijo?

¡Me llamó idiota! ¡Idiota! ¿Te lo puedes creer?

Ooooooh, pobrecito...

¿No se suponía que *yo* era el enfadado? ¡¿Por qué todo el mundo me insultaba?!

Yo también lo haría.

De alguna forma, terminé otra vez en casa de Vivian esa noche, aunque a ella ni siquiera la vi. Había demasiada gente. Y volví a emborracharme.

Eso sí, no tomé nada que no fuera alcohol. Me negaba a hacerlo. Por enfadado que estuviera. No podía hacer eso. No después de todos esos meses de mierda

Aunque me muriera de ganas.

Ya era más de medianoche cuando salí al patio delantero de la casa tambaleándome y con ganas de vomitar. Uf, demasiado alcohol...

—¿Alguien ha visto a Dimitri? —pregunté a un grupo aleatorio que estaba por el jardín.

—¿A quién?

—¡A Dominic!

—¿Se llama Dominic o Dimitri?

—¡SE LLAMA DORIAN!

Se miraron entre ellos, confusos, y yo me alejé enfadado por su ignorancia.

La gente era estúpida.

Después de casi media hora buscando, por fin encontré a Dylan. Estaba sentado en su coche tranquilamente escuchando la radio y leyendo un libro. Casi le dio un infarto cuando me puse a aporrear su ventanilla como un loco.

—¡Doriaaaaaaaaaa! —pegué la nariz a su ventanilla—. ¿Es que nunca tienes vacaciones?

—¿Eh...?

—Venga, llévame a casa, por favor. Tengo que contarte el último drama de mi vida.

Él suspiró pesadamente y bajó del coche para ayudarme a sentarme en el asiento de atrás sin matarme. Y, claro, cumplí con mi parte y le conté todos los cotilleos de mi relación por el camino. Él no parecía especialmente interesado, de hecho, canturreaba la canción de la radio, pero me daba igual. Lo único que quería era poder parlotear sin parar.

—Gracias, Dimitri —sonreí al bajar de su coche.

—Señor Ross... —suspiró—, es Daniel.

—Pues eso. Dylan.

—Repita conmigo: Da...

—Da...

—...ni...

—...ni...

—...el.

—...el.

—Daniel —finalizó él.

—Dorian —finalicé yo.

Al final, debió rendirse, porque tras ayudarme a entrar en el edificio se fue sin decir nada más. Subí en el ascensor, buscando mis llaves torpemente. ¿Por qué demonios tenía tantos bolsillos? ¡Si nunca guardaba nada!

Tuve que detenerme por el pasillo porque la cartera me salió volando cuando le di la vuelta al bolsillo, pero al final conseguí entrar en casa.

Mientras estaba jugueteando con las llaves e intentando no matarme mientras cerraba la puerta, levanté la cabeza inconscientemente y casi me dio un infarto cuando vi a Jen, irritada y de brazos cruzados, mirándome fijamente.

Oh, oh, la matriarca está enfadada.

—Hey —me dijo, muy seca.

Dudé visiblemente, sin saber si debería ser frío o alegre.

—Hey —dije al final.

Y solo con esa estúpida palabrita ya supo lo que no quería que supiera.

—¿Has bebido? —preguntó en voz baja, acercándose.

¿Jen hablando en voz baja y acercándose?

Hora de salir corriendo.

Bueno... quizá lo habría hecho si no supiera que me caería al suelo nada más dar un paso.

—Depende —canturreé.

—¿Que depende? ¿De qué?

—De a lo que te refieras —le pinché la nariz con un dedo—. No he bebido agua.

No pude evitar sonreír cuando vi que me fruncía el ceño, enfadada.

¿Por qué Jen, cuando se enfadaba, era tan tierna? ¿No debería darme miedo?

—¿Eso te hace gracia? —preguntó, cabreada.

Ajaaaá... volvía a llevar los pantaloncitos.

Aunque estos eran nuevos. Mhm... no estaban mal. Nada mal.

—¿El qué? —pregunté distraídamente.

—¿Se te han olvidado estos meses, Jack?

Aunque... no sé cuáles me gustaban más. Igual podría comprarle unos pantaloncitos con katanas ensangrentadas.

Oh, eso sí que sería una fantasía húmeda.

—¿Qué meses? —intenté centrarme en lo que decía, pero no podía. Ya estaba sumido en mis fantasías.

—¡Los que te pasaste encerrado en una habitación! ¿Se te ha olvidado lo mal que lo pasaste?

—Si no recuerdo mal, uno de esos meses fue prácticamente todo hacerlo... así que tampoco fue tan malo.

Oh, podríamos estar así todos los meses. De todos los años. No me importaría.

Pasé por su lado, dispuesto a empezar ahora mismo, pero me detuve en la entrada del pasillo cuando vi que ella no se había movido y solo me miraba, claramente molesta.

—Bueno —murmuré señalando la puerta de nuestra habitación—, venga, vamos.

Pero solo siguió mirándome como si quisiera darme un puñetazo destructor.

—¿A qué esperas? —pregunté, confuso.

—¿A qué...? —frunció el ceño aún más—. ¿Dónde vas?

—A la habitación.

—¿A qué?

—¡A hacer las paces! Venga, vamos.

Por su cara, supe que no había elegido las palabras adecuadas.

De hecho, diría que me estaba jugando la vida, porque nunca me había mirado de esa forma tan enfadada.

Oh, esa noche iba a terminar llevándome un puñetazo.

—¿Estás bromeando? —espetó—. ¿Te crees que así se arreglan las cosas?

—No sé si se suelen arreglar así, pero seguro que es la mejor forma.

—¿La mejor...? ¡Jack, estás borracho!

—No seas exagerada, no he bebido tanto.

Probablemente sí había *bebido tanto*, pero eso no lo admitiría.

—¡Me da igual! —me dijo, indignada—. ¡Me dijiste que no volverías a hacerlo!

—Y tú me dijiste que no volveríamos a guardar secretos el uno con el otro —le guiñé un ojo—. Ya estamos en paz, Mushu.

—¡No me llames Mushu ahora!

Es que era difícil no hacerlo. Se había puesto roja con el enfado.

—Nunca dejas que te llame así —protesté como si fuera el mayor drama de mi vida, deteniéndome delante de ella—. Ni estando enfadados, ni estando contentos...

Ella parpadeó, sorprendida, cuando la atrapé de las caderas sin previo aviso. No pude resistirme. Siempre que pasaba unas horas sin ver a Jen sentía que mis ganas de encerrarme con ella en nuestra habitación se intensificaban. Y si sumabas eso a ir borracho... bueno, simplemente no podía resistirme.

Me incliné y, pese a que quería besarla en los labios, me limité a recorrerle la oreja con la punta de la nariz y darle un beso justo debajo, haciendo que ella se estremeciera. Mhm...

—¿Seguro que no quieres ir a hacer las paces? —insinué con una sonrisita.

—Jack, estás borracho —repetió.

—Y tú tienes un culo espectacular.

Bajé las manos a su culo de dimensiones perfectamente insuficientes y ella enrojeció cuando lo apreté con las manos. Sonreí ampliamente, encantado con la reacción.

—Jack... —me advertió, sin embargo.

—Venga, Michelle, no seas aburrida.

—No, para.

Me sorprendió la firmeza con que dijo eso último. Ya ni siquiera sonreía.

La solté, sorprendido, y ella se alejó de mí, enfadada.

—¿Qué? —pregunté, confuso por su reacción.

—¿Qué? —repetió, mirándome como si me hubiera vuelto loco—. ¡No he sabido nada de ti desde anoche!

—¿Y qué?

—¿Qué...? ¿Te crees que ha sido agradable para mí?

—Ahora estoy aquí, ¿no?

—¡No es eso, Jack!

—¿Por qué siempre tienes que complicarlo todo? —suspiré y me dejé caer perezosamente en el sofá.

Cuando vi que no tenía ninguna intención de sentarse conmigo, resoplé ruidosamente.

—¿Qué? —repetí.

—¿Eso es lo que vas a hacer siempre que tengamos un problema? ¿Irte corriendo?

—¡No me fui corriendo!

¡Me fui caminando!

Eso es verdad.

¡Por fi te pones de mi parte, conciencia!

—Sí, lo hiciste —me dijo Jen—. Lo haces continuamente. En cuanto tenemos un problema, te vas y desapareces, me evitas... y... y luego vuelves esperando que ignoremos que lo has hecho.

—No estaba evitándote —mentí descaradamente. Claro que lo hacía.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no me respondías a las llamadas? ¿O a los mensajes?

Suspiré y eché la cabeza hacia atrás. Esto no estaba yendo como lo había planeado.

—Estoy demasiado bebido como para hablar de esto. Y tú demasiado enfadada.

—Igual si no hubieras bebido no estaría enfadada, Jack.

—¿Y qué más te da si bebo o no? No eres mi madre.

—¡No, soy tu prometida! —me espetó, enfadada—. ¿O ya se te había olvidado?

—¿Cómo voy a olvidarme de eso? —me enfurruñé.

—¡No lo sé, Jack, dímelo tú!

—¡Es que no sé qué demonios quieres que te diga!

—¡No quiero que digas nada! ¡Quiero que, si tenemos un problema, te quedas a hablarlo conmigo para que podamos arreglarlo, no que te vayas corriendo!

—¿Y de qué querías que hablara? ¿Del hecho de que besaste a mi hermano?

Ella respiró hondo, intentando calmarse antes de hablarme.

—No fue así. Y lo sabes.

—Oh, ¿lo sé? ¿En serio? ¿Te molestaste en explicármelo? Porque yo no recuerdo que me contaras muchos detalles.

—¿Y qué demonios querías que te contara?

—¡Que mi maldito hermano te besó, Jennifer!

—¡No fue como tú crees! —me aseguró, frustrada—. ¡No es... no significó nada! ¡Solo fue un beso!

—¡Igual que lo mío con Vivian solo fue un beso, justo después de que me dejaras tirado como a un imbécil! ¡Y cuando te lo conté te pusiste histérica!

—¡No es lo mismo!

—¿Y por qué demonios no es lo mismo? ¿Porque tú estabas conmigo y yo no estaba contigo cuando lo hice?

—¡Yo no besé a Mike, Jack!

—¡Igual que Lana no lo hizo! ¡O la otra! ¡Siempre es todo culpa de Mike pero, de alguna forma, siempre termináis acostándoos con él!

Ella apretó los labios, claramente furiosa. Y algo decepcionada.

—¿Eso es lo que te crees? ¿Que iba a acostarme con él?

No, no lo creía.

Sinceramente, no lo hacía.

—No es eso —murmuré.

—Sí, sí lo es. Es lo que acabas de decir.

—No quería decirlo así, ¿vale?

—Pues es como te ha salido —masculló ella—. ¿Esa es toda la confianza que tienes en mí? ¿Te crees que no te dije nada porque quería hacer algo con él? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

—Jen, no...

—¡Cállate! ¡Lo que pasó fue que Mike me besó, me aparté y luego se disculpó

porque se arrepentía de haberlo hecho! ¡Eso es todo! ¡No hubo más intenciones! ¡Ni siquiera intentó volver a acercarse a mí! ¡O yo a él!

No supe qué decirle. Una parte de mí no se esperaba que se cabreara tanto.

Y creo que eso, que no dijera nada, fue lo que terminó de enfadarla.

—¿Sabes qué? —alcanzó una mantita y casi me la tiró a la cara—. Creo que tienes razón. Has bebido demasiado como para hablar de esto. Mejor recupérate aquí solo esta noche.

Observé cómo se marchaba y supe que no quería dejar las cosas así. Dejé la manta a un lado y me puse de pie, decidido, pero esa decisión desapareció cuando vi que se daba la vuelta. Sus ojos centelleaban, furiosos.

—¿Qué? —pregunté, entre confuso y asustado.

—¿Dónde pasaste la noche ayer?

Oh, oh.

Intenté decir algo, pero me había quedado completamente en blanco. Y solo fui capaz de quedarme mirándola como un idiota.

—¿O con quién? —corrigió, dando un paso hacia mí. Le temblaba la voz.

—No pasó nada —le aseguré en voz baja.

—¿Que no...? —se detuvo de golpe y se volvió pálida—. ¿Has pasado la maldita noche con Vivian?

Ojalá pudiera decirle que no. Ojalá pudiera hacer que dejara de mirarme de esa forma.

Pero... no podía mentirle en eso.

—No pasó nada —murmuré—. Solo... no sabía dónde ir...

—¡Podrías haber venido aquí! ¡Podrías haber ido a casa de tu abuela, o de tu madre! ¡Podrías haber ido a un maldito hotel si hubieras querido! ¡Tú mismo elegiste ir a casa de esa chica sabiendo perfectamente lo que siente por ti!

La verdad es que la razón por la que había ido con Vivian había sido la bolsita que había dejado en su casa, pero no podía decirle eso a Jen. Me mataría.

—No siento nada por Vivian, Jen —le aseguré otra vez.

—¡No, claro, pero en cuanto discutimos lo primero que haces es ir a su casa a dormir!

—¡Te estoy diciendo que no pasó nada!

—¡Me da igual! ¿Cómo te sentirías si yo te dijera que he ido a dormir a casa de Monty? ¿O de alguien con quien me hubiera besado antes? ¿Te calmaría mucho que te dijera que no pasó malditamente nada?

—Jen... —intenté acercarme a ella.

Ella dio un respingo hacia atrás, furiosa.

—¡No, no me toques! ¡Vete a la mierda, Jack! ¡O vete a dormir con tu nueva novia, porque te aseguro que conmigo no vas a dormir!

Y se marchó, furiosa, hacia nuestra habitación. Ni siquiera había reaccionado cuando se encerró en ella de un portazo que, milagrosamente, no hizo que el dichoso bebé se pusiera a lloriquear.

Suspiré y me dejé caer en el sofá otra vez. Tuve la tentación de ir con Jen, pero sabía que me mataría si lo intentaba.

Al final, me quedé dormido en el sofá.

Bueno, no estaba muy seguro de qué había pasado el día anterior, pero... la conclusión era que había hecho las paces sentado en el cuarto de baño con Jen encima y habíamos descubierto que Jay Jay no estaba en camino.

Un día... interesante, sí.

En ese momento estaba sentado en el suelo con Jane —también conocida como el pequeño monstruito— fingiendo que me asustaba cada vez que ella hacía sonar uno de sus juguetes, cosa que parecía divertirla profundamente.

De hecho, ¿por qué solo le divertían las desgracias ajenas?

Esa cría era maligna.

Me encanta.

Ah, y los demás estaban sentado en los sofás y el sillón. Naya y Jen, concretamente, estaban mirando el portátil. Estaban buscando no sé qué sobre la boda.

No entendía a qué venía tanta complicación. Solo era una boda. ¡Y yo solo estaba interesado en la noche que la seguiría!

Jane, al darse cuenta de que no le estaba haciendo el caso que se merecía, casi me dio un mini-puñetazo en la nariz, muy indignada.

—¡Perdón! —dije, dando un respingo—. Tienes el mal carácter de tu madre, ¿eh?

Ella solo me miró sin comprender, esperando indignada a que me asustara porque acababa de encender un juguete. Al final, no me quedó más remedio que hacerlo y pareció quedarse contenta de nuevo.

—¿Y esta? —exclamó Naya de pronto—. ¡Es perfecta!

—Boda temática —leyó Jen con un tono que casi hizo que empezara a reírme.

—¡Sería genial! ¡Podrías hacerla con temática de Disney! Yo soy Cenicienta.

—Sue es el enano Gruñón —sonreí maliciosamente.

Ella se limitó a amenazarme con tirarme el libro mientras la niña se reía felizmente.

¿Veis como era maligna?

Bueno, si hacíamos disfraces, yo tenía claro que iba a obligar a Will a vestirse de Willy Wonka y a Jane de Umpa Lumpa.

—¡Y tú podrías ser Bella! —exclamó Naya.

—Entonces —Will me miró, divertido—, Ross es la bestia.

—A ver, es un poco bruto —Naya se encogió de hombros.

—Gracias, amiga mía —ironicé.

—¡No lo decía para ofenderte, pero es que quedaría genial!

—Lo siento, Naya —dijo Jen con una mueca—, pero no lo veo. No creo que sea mi boda ideal.

—Ni la mía —aseguré en voz baja.

Mientras seguían discutiendo, yo levanté del suelo a la umpa lumpa y me la senté en el regazo. Ella empezó a reírse cuando le puse una cara rara.

Vaya, cuidar niños era más gratificante de lo que parecía.

¡Yo también quería uno!

E-es decir... dentro de un tiempo... y eso...

—Como le diga a mi madre que va a tener que disfrazarse en mi boda, Naya —escuché decir a Jen de fondo—, va a matarme delante de todos los invitados vestida de señora Potts.

—Menudo giro argumental tendría el cuento —murmuró Sue.

—¿Y por qué te complicas la vida? —preguntó Will, confuso—. Haz una boda

normal. La ceremonia en una iglesia y el banquete en un restaurante. Y ya está.

—¿Una boda tradicional? —empecé a reírme—. ¿Quién demonios quiere eso hoy en d...?

Me callé de golpe cuando Will me dio una patada disimulada y señaló a Jen con la cabeza, que me miraba con los ojos entrecerrados en clara señal de advertencia.

—A parte de mí, claro —añadí enseguida—. Suena perfecta. Maravillosa. Es el sueño de mi vida.

—Jack —Jen cerró los ojos un momento—, no me estás ayudando mucho.

—¿Cómo que no? ¡Estoy distrayendo al monstruito!

Jane me sonrió ampliamente. Siempre que hacía eso se le achinaban los ojos claros —herencia de Naya— y su piel oscura —herencia de Will— destacaba todavía más.

Oh, esa niña iba a ser preciosa cuando creciera. Will iba a tener que preparar una buena mirada amenazadora para espantar a posibles candidatos y candidatas.

Oh, no, ¿y si yo tenía a una niña?

Ooooooh, no... ¿y si tenía una niña con el culo perfecto de Jen?

¡¿Cuántos pretendientes tendría?!

No, no iba a permitir que se trajera a idiotas a casa. De eso nada.

Ya me estaba agobiando y ni siquiera estaba en camin...

—Sabes que también es tu boda, ¿no? —me dijo Jen, devolviéndome a la realidad.

—Sí, gracias por recordármelo. A veces, se me olvida.

—¡Si te acordaras bien, estarías aquí sentado aportando ideas en lugar de dejármelo todo a mí!

—Eso, eso —Naya asintió fervientemente con la cabeza a su lado.

Miré a Jen y suspiré.

—A mí me da igual cómo sea la boda, Jen. Lo único que me importa es casarme contigo.

Hubo un momento de silencio en que vi cómo las comisuras de sus labios

luchaban por no curvarse en una sonrisita cursi, pero nos distrajimos todos cuando empezamos a escuchar soniditos dramáticos a su lado.

—Es que eso ha sido muy bonito —lloriqueó Naya dramáticamente, sorbiéndose la nariz.

—Qué cursis sois todos —Sue puso los ojos en blanco.

Will, al ver que todo esto no iba a llegar a nada si no se ponía al mando, apagó la televisión y se giró hacia nosotros.

—A ver...

—Silencio —exclamé, divertido—, que se pare el mundo. La voz de la razón está a punto de pronunciarse.

—Oh, cállate —y se giró hacia Jen—. ¿Por qué te molestas en organizarla tú? Ahora hay gente que lo hace por ti.

—Pero... eso es carísimo.

—Querida —Sue enarcó una ceja—, tu prometido es rico.

Todos se giraron hacia mí, que estaba todavía jugando con Jane pero me detuve un momento para centrarme.

—Ah, sí. Es verdad. Soy rico.

—Bueno, es su dinero —Jen pareció muy incómoda—. No puedo decidir en qué lo gasta y en qué no.

—Pero ahora también va a ser tu dinero —le recordé—. Bienvenida al mundo de los ricos.

—Pero... ¿tú cuánto dinero tienes? —me preguntó Naya sin poder contenerse.

—Ni idea —confesé, y volví a centrarme en Jane.

—*Ni idea* —Sue suspiró—. Yo quiero ser así de rica.

—A ver, tampoco es tan importante, solo es una cifra.

Miré a Jen, que seguía pareciendo algo incómoda. No quería que se sintiera incómoda. Y menos por nuestra boda.

—¿Quieres contratar a alguien que la organice? —pregunté.

—Eh... no lo sé.

—Si quieres, solo tienes que pedirme la tarjeta.

—¿Y si yo quiero comprarme algo? —sugirió Naya con una sonrisita.

—Lo siento, pero creo que tú no eres mi prometida.

—¡Pero lo gustaría mejor que Jenna!

—Y yo —sonrió Sue—. Si necesitas a alguien que lo derroche, ya sabes dónde acudir.

Lo peor es que sabía que, aunque le diera mi tarjeta a Jen, ella no la tocaría. Ni para emergencias. Era muy testaruda.

—Antes de contratar a alguien, si es que lo contratamos... —Jen me miró—, deberíamos tener una idea de cómo queremos que sea la boda, ¿no?

—¿De cuántas formas puede ser? —casi me estaba aburriendo solo de pensarlo.

—Jack, no solo es la forma, sino el lugar, y los invitados, y la comida, y la decoración, y la...

—Vale, vale —suspiré—. Lo pillo. Son muchas cosas. ¿No podemos hacerlo en casa de mi madre? Invitamos a veinte personas, compramos una tarta en el supermercado y...

Me callé cuando el cojín de Naya me dio en la cara y Jane empezó a reírse felizmente.

—¡No seas cutre! —me dijo, enfurruñada—. ¡Eres rico, más te vale hacer una boda a la altura para que las fotos sean perfectas!

¿También había que buscar un fotógrafo? Uf...

—Naya —Will sonrió, divertido—, cuenta hasta diez.

¿Qué demonios le había dado con decirle a la gente que contara hasta diez?

La discusión siguió y, después de que Will pidiera la opinión de Jen, sentí que un escalofrío de alarma me recorría al cuerpo al ver su expresión avergonzada.

Oh, no. Yo no iba a vestirme de Bestia para mi boda. Ni de coña.

—Dime que no has reconsiderado lo de la fiesta con temática de Disney, por favor.

—No es eso. Y estamos hablando del lugar.

—¿Y qué tienes pensado? —preguntó Naya.

—Bueno... suena un poco... mhm... raro. Pero...

—Esto se pone interesante —Sue incluso cerró el libro para poder centrarse mejor.

—Pero... —continuó Jen, enrojeciendo—, siempre me ha gustado la idea de casarme en la playa.

Parpadeé, sorprendido, y miré a Jane, que parecía tan sorprendida como yo.

Aunque sospecho que ella realmente no estaba sorprendida, solo pensaba en sus cosas felizmente.

—¿En la playa? —repetí, confuso.

—Sí... lo sé. Suena un poco raro...

—Admito que no esperaba eso.

—Lo sé. Solo es una idea —enrojeció aún más—. Si no te gusta, no tenemos que...

—¿Por qué en la playa? —Sue puso una mueca de confusión.

—Porque... no lo sé. La idea de una boda taaaan formal no me gusta. Es como... que en la playa podríamos estar más relajados. Y es mucho más cómodo en cuanto a vestuario, ¿no? Casi no hace falta ni llevar zapatos.

Sinceramente, me daba igual lo de la playa, pero me encantó la forma en que la mirada de Jen se iluminó al hablar de ella.

Así que interrumpí a Naya sin siquiera escuchar lo que decía.

—Me encanta —le sonreí a Jen—. No se hable más. Una boda playera. A lo hippie.

Hubo un momento de silencio en que ella me devolvió la sonrisa, solo interrumpido cuando Will suspiró.

—Bueno —sonrió—, ahora solo falta toooodo lo demás. Enhorabuena.

—Gracias por tanta positividad, Will —ironicé.

—De nada. Bueno, esta es una conversación muy interesante, pero ya va siendo hora del baño de cierta señorita.

Jane iluminó su expresión con una gran sonrisa cuando vio que Will se acercaba y empezó a estirar los bracitos, emocionada. Will podía considerarse el padre del año, la verdad.

La pobre Naya, en cambio... bueno, no es que tuvieran la mejor relación del mundo.

A Jane le gustaba ponerle mala cara o ignorarla, Naya lloriqueaba y Jane se reía. No. No era una relación muy sana.

Me fui a sentar al lado de Jen en cuanto se fueron, pasándole un brazo por encima de los hombros y asomándome a la pantalla del portátil. Estaba mirando fotos de bodas en la playa.

—¿Estás seguro de que te gusta esto? —preguntó, dubitativa—. No quiero obligarte a hacerlo. Es decir... también es tu boda.

Cuando decía esas cosas, me daba la sensación de que a Jen le habían dicho demasiadas veces en su vida que su opinión no era tan válida como las demás.

Ojalá pudiera convencerla de que la suya era mi opinión prioritaria.

—A mí me da igual cómo sea, ya te lo he dicho.

—Vamos, Jack. Seguro que tienes una idea de cómo te gustaría que fuera. Es imposible que no la tengas.

—Si fuera por mí, nos iríamos ahora mismo al ayuntamiento, firmaríamos un papelito y ya estaríamos oficialmente casados y felices como perdices.

Ella soltó una risita y me empujó el hombro, divertida.

—Qué poco romántico eres.

—Aunque, claro, pensándolo mejor...

Cuando notó cómo lo insinuaba, me entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—...si hacemos una boda normal —sonreí maliciosamente— querrá decir que también tendremos una noche de bodas.

Ella tardó unos segundos en entenderlo, pero cuando lo hizo enrojeció de pies a cabeza.

—Y luna de miel, claro —añadí—. Y ya te digo yo que sé cómo la pasaremos.

Jen enrojeció todavía más, pero la conocía. Y sabía que la idea le gustaba tanto como a mí.

Justo cuando pareció que iba a decir algo, Sue cerró su libro de golpe y se puso de pie con una mueca de asco.

Sinceramente, ni me acordaba de que estuviera ahí sentada.

—Bueno —concluyó, mirándonos—, tras tantas muestras de amor, ha llegado el momento de que vaya a vomitar al cubo de basura de mi habitación. O a lanzarme por la ventana, no sé. Depende del frío que haga.

Se fue por el pasillo murmurando algo de *qué sola estoy* antes de encerrarse en su habitación, dándome la oportunidad perfecta para cerrarle el portátil a Jen y tirar de ella hacia mí.

—¡Oye, estaba mirando eso! —protestó.

—Venga, ahora estamos los dos solitos... podríamos hacer algo más interesante que mirar fotos.

—¿Puedes dejar de pensar en eso, perverso?

—¿Teniéndote tan cerca? No lo creo.

—¡Jack! —empezó a reírse.

—¡Llevamos un mes peleados! ¡Tengo mis necesidades!

—¿Un...? ¡Solo estuvimos peleados unos pocos días! ¡Y eso fue hace dos semanas.

—Pues a mí me pareció un mes.

Tiré de ella hasta acomodarla encima de mí, a lo que me sonrió maliciosamente.

—¿Dónde quieres ir de luna de miel? —preguntó, como si intentara adivinarlo.

—Tú te encargas de la boda, ¿no? Pues yo me encargo de la luna de miel.

Y le iba a encantar. Me aseguraría de ello.

En todos los aspectos posibles, ¿eh?

—Pero... —empezó.

—...y eso es todo lo que sabrás del tema —concluí con una sonrisa.

—¡Tengo derecho a saberlo!

—Y lo sabrás cuando tengamos que ir. No seas tan impaciente, querida Michelle.

—¡No me llames...!

La besé antes de que empezara a protestar y ella sonrió bajo mis labios cuando me rodeé a mí mismo la cintura con sus tobillos.

Ajá, por fin empezaba la fiesta.

—¿Qué? —preguntó cuando vio que me separaba un poco.

—Nada —me puse de pie, sujetándola del culo con una sonrisita perversa y yendo a la habitación—. Vamos a trasladar esta bonita estampa familiar a la habitación antes de que vuelva Sue a cortarnos el rollo.

Capítulo 22

Unos meses más tarde

Abrí la puerta de casa con una gran sonrisita orgullosa. Tenía los papeles bajo el brazo.

—¡Jen! —canturreé alegremente, cerrando detrás de mí.

No obtuve respuesta, aunque la música que salía de la sala que había al fondo del pasillo dejaba bastante claro que seguramente no me había oído.

—Miiiiicheeeeeleeeee —sonreí maliciosamente—. Cariiiiiiiiñooooooooo...

—¿Qué? —preguntó Mike desde el sofá.

Le puse mala cara al instante.

—¿Te parece que a ti te llamaría cariño?

—No sé, a lo menor te has levantado de buen humor.

—¿Qué haces aquí, Mike? Tienes tu propia casa aquí al lado.

—¡Pero me había quedado sin chocolate!

—¿Has tocado mi choc...?!

—¿Qué pasa? —preguntó Jen, asomándose por la puerta del final del pasillo.

Dejé de fulminar a mi hermano con la mirada por un momento para centrarme en ella y dedicarle una sonrisita maliciosa.

—¿A que no adivinas que he hecho? —le pregunté, acercándome a ella.

—Algo malo —dedujo Mike.

—Pues no —le puse mala cara otra vez—. Y vete de aquí, este es un momento familiar muy bonito.

—Soy tu hermano —me frunció el ceño, ofendido—, ¡formo parte del núcleo familiar!

De todos modos, sabía que en cinco minutos volvería a marcharse.

Jen y yo habíamos decidido regalarle la casa de invitados de nuestro nuevo hogar, la casa del lago —sí, al final se la compré a mi madre—. Y la verdad es que su casita estaba muy bien. Era de un solo piso, pero tenía dos habitaciones completas, un salón, un cuarto de baño y una cocina. Ah, y un garaje pequeño. Y estaba al otro lado de nuestro patio trasero. No podía pedir más.

Nosotros, por nuestra parte, hacía ya cuatro meses que vivíamos en la casa del lago. Y básicamente nos habíamos dedicado —o más bien Jen, porque yo era horrible en ese aspecto— a convertirla en un sitio que pareciera un hogar y no un lugar de vacaciones.

Lo primero había sido quitar las cosas de mi padre, cosa que había sido idea de Jen y que yo había agradecido inmensamente. Dejamos, eso sí, las pinturas de mi madre. E incluso algunas pocas cosas que mi abuela se había dejado por aquí.

Lo segundo había sido deshacernos de uno de los salones porque, según Jen, ¿quién demonios necesita dos salones?

Y había surgido mi oportunidad de oro para convertirlo en... ¡mi sala de cine!

Sí, básicamente tenía dos sofás y una pantalla gigante para ver películas.

Y no, no me arrepentía de nada.

Como yo había decidido usar una de las salas para algo mío, Jen había decidido hacer lo mismo y eligió la última habitación del pasillo de la planta baja, la que antes solía ser un despacho bastante vacío, y la había convertido en su propio estudio para pintar. Tenía un montón de lienzos, pinturas, caballetes y pinceles por todos lados. Y siempre olía a pintura, por mucho que abriera las ventanas.

Bueno, ahora no, porque por el embarazo le habían recomendado no usar del tipo con la que pudiera inhalar solventes de pintura, pero usaba lápices de colores igual.

No habíamos hecho gran cosa en el piso de arriba, aunque Jen había sugerido que igual deberíamos empezar a escoger una habitación para el pequeño monstruito que le crecía en las entrañas y que ya había hecho que su vientre creciera bastante.

—¿Cuál te gusta más? —me había preguntado hacía un mes.

Yo, que me paseaba con ella por el piso de arriba, me quedé mirando las tres habitaciones restantes. Nosotros nos habíamos quedado con la grande.

—Esa tiene dos ventanas que dan al patio trasero —comenté—. Y esa de ahí tiene un cuarto de baño propio, no tendría que compartirlo con nadie.

—¿Y la del fondo?

—La del fondo... —puse una mueca—. Es la que solía usar yo.

—¿No quieres compartirla? —bromeó, divertida.

—Sí, pero está muy lejos. ¿Y si se pone a llorar? ¿Y si...?

—Entonces, esta es la elegida —señaló la que había justo al lado de la nuestra—. Así podremos escuchar sus llantos en estéreo.

En conclusión, que habíamos quitado casi todos los muebles que había ahí —seamos sinceros, eran horribles— y habíamos decidido comprar otros nuevos un poco más modernos. Y una cuna. Y juguetes. Y...

Bueno, los bebés conllevaban muchas cosas, sí.

Menos mal que Naya y Will me echaban una mano cuando Jen no miraba. Me daban mil consejos y luego podía hacerme el listo delante de ella.

Por sus sonrisitas divertidas, yo diría que sabía que los consejos no eran míos, pero al menos no decía nada para que no me sintiera mal.

—Bueno —Jen, que seguía asomada en su estudio—, ¿qué has hecho?

Ah, sí. Vuelta a la realidad.

Agité el papelito que tenía en la mano y lo dejé en la mesa del salón alegremente, haciendo que Jen se acercara y lo mirara con curiosidad.

—¿Debería estar asustada? —preguntó, enarcando una ceja mientras lo recogía.

—No lo creo, no.

Ella leyó rápidamente y Mike asomó la mirada por encima de su móvil, escuchando a escondidas.

—¿Qué...? —empezó Jen, medio pasmada, mirándome—. ¡Será una broma!

—¡Claro que no lo es!

—P-pero... ¡Jack!

—¡Te dije que lo haría!

—¿El qué? —preguntó Mike, que ya no disimulaba y escuchaba atentamente.

—¡Ha comprado una sala de cine! —chilló Jen, señalándome.

Sonreí ampliamente, esperando mis aclamados vítores, pero ambos se limitaron a mirarme fijamente.

—¿Qué? —puse una mueca, decepcionado.

—Ni siquiera sabía que se podía hacer eso —murmuró Jen, releyendo el papel como si fuera a descubrir algo nuevo en él.

—Bueno, admito que quería comprarle el cine, como te dije que haría —le hice una reverencia, a lo que sonrió—, pero el dueño prácticamente me ha mandado a la mierda. Era más fácil lo de la sala.

—¿Y ya nadie puede ir ahí... solo por ti? —Mike entrecerró los ojos.

—¡Claro que pueden ir! —sonreí—. Solo le he puesto un nombre a la sala. Y, si quiero, puedo reservarla para ver películas nosotros solos.

Jen había levantado la cabeza a medida que iba hablando, y vi que su mirada se volvía afilada y desconfiada.

—Espera... ¿le has puesto nombre a la sala?

Ajá, por fin llegábamos a la mejor parte.

—Sí —sonreí como un niño bueno.

—Jack —dijo lentamente, señalándome—, como le hayas puesto Mushu...

Dejó que la frase flotara entre nosotros, esperando que yo lo negara, y vi que su cara entera se volvía roja cuando se dio cuenta de que no iba a hacerlo.

—¡JACK!

—¡Es un buen nombre! —me defendí.

—¡No lo es!

—¡Es mi sala, le pongo el nombre que quiero!

—¿Y no podía ser otro? ¡Creo que habría preferido incluso Michelle!

—Si quieres, puedo ir a cambiarlo por Mich...

—¡No! —me detuvo enseguida, suspirando—. Déjalo. Maldito apodo. ¿Por qué demonios te conté que me llamaban así?

—Porque el destino quería que *yo* te llamara así.

Me entrecerró los ojos y pasó por mi lado para sentarse en el sofá junto a Mike. Últimamente, se sentaba continuamente porque decía que estaba muy cansada y no dejaba de protestar porque se le habían hinchado los tobillos.

Yo no veía tanta diferencia, pero cuando intenté decírselo no me hizo mucho

caso.

—Bueno —murmuró Mike, escondiendo su móvil y mirando a Jen—, al menos, sabes que durante vuestro maravilloso matrimonio no os aburriréis.

Sí, esa era otra cosa. Todavía teníamos la boda pendiente.

Aunque la verdad es que ese tema había quedado bastante aparcado con lo del bebé y la casa. Y ya teníamos bastante claro cómo sería, así que era un dolor de cabeza menos.

—Eso seguro —Jen sonrió—. A ver si el de aquí dentro tiene un sentido de humor mejor que el de su querido papi.

—¿Qué insinúas? —me ofendí.

—Que espero que sea más gracioso que tú —me provocó.

Oye, ¡yo era gracioso! ¡No podía negarme eso!

Ejem...

¡Tu opinión no cuenta, eres una conciencia estúpida!

¡Oye!

—Yo soy gracioso —protesté—. Y además tengo estilo. Llevo sudaderas de Tarantino. ¿Tú qué llevas? ¿Eh?

—A un bebé en el vientre, ¿te parece poco?

Mike sonrió una risita.

—Oye —dijo, sin embargo, poniéndose serio—, ¿cómo vais a llamarlo?

—Todavía no sabemos si será niño o niña —le recordé.

—Lo sabremos esta tarde —añadió Jen, pasándose una mano por el vientre abultado.

—Bueno... yo solo digo... que si es un niño, ¡Mike parece un gran nombre!

—No —le aseguré.

—¡Podría ser el pequeño Mickey!

—¿Como Mickey Mouse? —Jen puso una mueca.

—Y si luego tenéis una niña, le ponéis Minnie. ¡Serían una parejita perfecta!

—E incestuosa, sí —puse los ojos en blanco.

Mike me miró como si no hubiera llegado él solito a esa conclusión.

—Oh, entonces no. Qué mal rollo.

—Y ya tenemos nombres —añadió Jen—. Si es un niño, Jay. Si es una niña, Ellie.

—Perfecto, mi nombre seguirá siendo el mejor —Mike sonrió ampliamente y volvió a centrarse en su móvil.

Estaba a punto de decirle que no, pero Jen me pellizcó disimuladamente y opté por callarme y dejar que Mike siguiera sonriendo como un idiota.

—Ah, mira —me dijo Jen mientras buscaba un sitio donde aparcar—, Sue me ha mandado una foto.

—¿De qué?

Me dedicó una miradita de ¿en serio? a lo que yo intenté pensar a toda velocidad lo que fuera que me había dicho que estaba haciendo Sue.

—Ah, sí, de... —improvisé a toda velocidad— su... ejem... ¿nueva... casa?

Entrecerró los ojos.

Vale, respuesta incorrecta.

—¡Jack, nunca me escuchas!

—¡Es que me dices muchas cosas, no puedo acordarme de todas!

—¡Yo me acuerdo de todo lo que me dices tú!

—¿En serio? ¿Qué te dije que tenía que hacer Will mañana?

—Llevar a Naya y Jane a ver a su madre.

Mierda, se acordaba.

—¿Y qué te dije que mi madre tenía que...?

—Inaugurar una galería de arte —me puso mala cara—. ¡Yo sí me acuerdo!

¿Por qué demonios se acordaba tan bien? ¡Si no me acordaba ni yo!

—Bueno —concluí—, ¿y de qué es la foto de Sue?

—Está de viaje por Islandia —giró el móvil hacia mí cuando aparqué. Era una

foto de Sue en una de esas playas de arena negra—. Dice que se lo está pasando muy bien, que nos vendrá a ver en cuanto pueda.

—Es decir, que vendrá a veros a ti y a Mike —deduje, enarcando una ceja.

—Somos el equipo de la droga —se defendió Jen.

¿Que eran... el qué?

Bueno... prefería no saberlo.

Nos hicieron esperar muy poco rato antes de entrar en la sala en la que siempre hacían las ecografías a Jen. La ayudé a tumbarse sobre la camilla y ella se levantó la camiseta para que el señor de siempre le pudiera poner un gel incoloro sobre el estómago.

—Bueno —le dijo educadamente, como siempre que íbamos—, ¿cómo has estado estas dos semanas? ¿Algún problema?

Y Jen se puso a parlotearle sobre lo duro que era estar embarazada mientras yo me limitaba a estar de pie a su lado, mirando la maquina con mis nervios creciendo. ¿Por qué estaba tan nervioso? Solo íbamos a saber si era niño o niña. No era para tanto.

—¿Tenéis alguna preferencia? —preguntó el hombre con curiosidad, mientras pasaba la máquina por el estómago de Jen y los tres mirábamos la pantallita.

Jen y yo intercambiamos una mirada rápida.

—Mientras esté sano, no hay preferencia —concluyó Jen.

—Tenemos nombres pensados para ambos casos —murmuré yo.

El hombre sonrió y movió la máquina por encima del estómago de Jen antes de esbozar una sonrisa alegre.

—Ah, aquí está. ¿Queréis apostar u os lo digo directamente?

Oh, apostar. Eso era divertido.

—Diez dólares a que es una niña —le dije a Jen en voz baja.

—Cincuenta dólares a que es un niño —ella enarcó una ceja.

—Muy bien —le estreché la mano—. Reto aceptado.

El hombre empezó a reírse y terminó de colocar la maquina antes de girarse hacia mí.

—Espero que tenga esos cincuenta dólares, señor Ross. Es un niño.

Un rato más tarde, ya en casa, al cerrar la puerta... por algún motivo, solté un suspiro de alivio.

Jen me miró, divertida.

—¿Qué?

—Sinceramente, prefiero un niño —confesé.

—¡Jack!

—¡Es verdad! No entiendo a las niñas. Nunca he convivido con una. A no ser que Naya cuente, claro.

—Has convivido con Jane —me recordó.

Oh, sí, el pequeño diablillo.

Will y Naya ahora lo estaban pasando peor que nunca porque habían entrado en la fase de *crecer dientes* de Jane, lo que implicaba que se pasaba el día entero intentando morder cosas.

A Naya, por ejemplo.

—Bueno —levanté las manos en señal de rendición—, el pequeño Jay Jay ya ve la luz al final de túnel. Me pregunto si será igual de insoportable que nosotros.

Jen sonrió y se dio la vuelta para subir las escaleras. Últimamente, prefería pasarse todas las horas que podía del día con ropa más cómoda que la que usaba para ir por la calle. Yo aproveché para ir a darme una ducha rápida. Estaba muy contento con la noticia, como si hasta ahora no hubiera sido consciente de que iba a tener un hijo.

¡Un hijo! En realidad, seguía dando miedo, pero al menos tenía a Jen, que... bueno, aunque ella no lo creyera, se le daban muy bien los niños. Había visto cómo la adoraba Jane.

Cuando salí del cuarto de baño envolviéndome la cintura con una toalla, me la encontré apoyada en la puerta de la futura habitación de Jay. Se estaba mordiendo el labio inferior con aire pensativo.

De hecho, estaba tan pensativa que ni siquiera se dio cuenta de que me había acercado hasta que la rodeé con un brazo por la cintura.

—¿Qué te pasa?

—Nada —mintió descaradamente.

Enarqué una ceja y ella suspiró.

—Es que... no quiero deprimirte con mis problemas.

—Jen, escucho los problemas de Mike cada día, ¿te crees que protestaré por los tuyos?

Sonrió un poco y se giró hacia mí.

—Mira, sé que es muy pronto para hablar de esto... prontísimo... —empezó, dubitativa—, pero creo que solo quiero tener a Jay. No... no le hacen falta hermanitos.

Vale, no me esperaba tener esta conversación.

—¿A qué viene eso? —pregunté, confuso.

—No lo sé, lo he estado pensado.

—La semana pasada me dijiste que no te gustaría tener solo un hijo porque podría sentirse solo.

Ella volvió a morderse el labio inferior y a echar una ojeada a la habitación. Me dio la sensación de que necesitaba un momento, así que dejé que el silencio se mantuviera hasta que ella se dio la vuelta hacia mí de nuevo.

—Es que... —suspiró—, no quiero que se sienta como yo me siento... algunas veces... con mi familia.

No dije nada, dejando que continuara.

—No es que me traten mal —añadió, dudando—. Pero... a veces... me hacen sentir muy insegura.

—¿Te refieres a los gemelos?

—Mi madre también puede ser un poco... —se detuvo antes de decir la palabra y sacudió la cabeza—. Y mi padre pasaba bastante de nosotros. No es que fueran malos, pero... no lo sé. Me hacen sentir muy insegura. No quiero que Jay se sienta así.

Me pasé una mano por la nuca, pensativo.

Hacía tiempo que no me gustaba demasiado cómo se comportaba Jen alrededor de su familia, y ella tenía razón: no es que la trataran exageradamente mal, pero muchas veces no sabían medir el límite de sus bromas.

Además, no dejaban de repetirme que era difícil de aguantar. ¡Yo estaba encantado con ella! ¡Era el único ser humano del mundo que me aguantaba a mí!

—Tú no eres tu madre —le aseguré—, y yo no soy tu padre. Y, aunque

tuviéramos más hijos, cosa que ya pensaremos a su debido tiempo, no tienen por qué ser como tus hermanos.

Ella asintió con la cabeza, pero seguía pareciendo dubitativa.

—Además —enarqué una ceja, sonriendo—, ¿te crees que yo dejaría que mi descendencia se juntara con alguien como yo?

—¿Qué tienes de malo? —protestó.

—Bueno, soy un pesado. Encantador, lo reconozco, pero un pesado.

—Ay, Jack... —puso los ojos en blanco, divertida—. Creo que cualquier hijo que podamos tener tendrá la capacidad de saber si alguien le conviene o no él solito.

Puse una mueca.

—Bueno, eso está por ver —protesté.

—Te lo diré Jay cuando crezca, no te preocupes —me dio una palmadita en el pecho.

Torcí el gesto mientras ella sonreía ampliamente, ahora más animada. Jen era muy fácil de animar. Con una broma era suficiente.

Me miró de arriba a abajo y sonrió al ver que solo llevaba una toalla.

—Espero que cuando el niño crezca y se traiga a sus amigos no te pasees solo con toallas por aquí.

—¿Ahora me dirás que no te gusta que me pasee solo con una toalla? Porque no me lo voy a creer.

—Pues no me gusta —su sonrisita se volvió maliciosa, y yo abrí mucho los ojos cuando metió un dedo en el nudo de la toalla para deshacerse de ella—. Sí, creo que así me gusta más.

—Jennifer Michelle —fingí escandalizarme—, ¿acabas de desnudarme?

—Pues sí, ¿a qué esperas para desnudarme tú a mí?

Sonreí, encantado, y me adelanté para empezar a deshacerle botones de la blusa.

Dos meses antes de la boda

Jen estaba tumbada en el patio de atrás hablando con Naya. Las dos estaban en las tumbonas, protegidas del sol. Yo estaba con Will dentro de la casa,

sujetando a Jane.

Jane, por su parte, intentaba morderme el hombro cada vez que me despistaba.

—¡Jane! —Will le frunció el ceño, y la niña dio un respingo—. ¡Deja de morder a la gente!

Jane le dedicó una mirada de rencor antes de mirar a su alrededor, claramente aburrida, buscando otra cosa que morder.

Qué encanto de niña.

—Hace mucho que no veo a Mike —comentó Will mientras sacaba la comida del horno.

Estaba claro que tenía que hacerlo él, porque a mí no me podían dejar a cargo de comida sin peligro de incendiar la cocina, Naya igual y Jen... bueno, ella había estado todo el día diciendo que le dolía todo, así que prefería no cocinar por hoy.

Le dediqué una miradita de preocupación. Ella seguía tumbada con los ojos cerrados mientras Naya hablaba con ella.

—Ahora está cantando con otra banda —le dije, encogiéndome de hombros—. Se llaman... Brainstorm, creo.

—Ah, sí. Los conozco. Naya y yo fuimos a un concierto suyo hace dos años. Pero todavía estaban el antiguo cantante y el antiguo guitarrista.

La verdad es que las cosas a Mike le habían ido bien. Había conseguido superar las pruebas para ser el cantante de ese grupo —se ve que eran bastante conocidos— y había ganado bastante dinero, porque había visto cómo cambiaba su coche y la decoración de su casa a una mucho más cara.

Eso sí, no pasaba mucho por casa. Y, cuando lo hacía, solía preferir estar con nosotros durante un buen rato. Y nosotros tampoco teníamos ningún problema con ello.

Tanto Jen como yo sabíamos que a Mike no le gustaba pasar mucho tiempo solo.

Además, ahora que ganaba dinero se pasaba el día comprándole cosas a Jay y a Jane. Yo ya le había dicho que no hacían falta tantos juguetes, pero le daba igual. Prácticamente podíamos llenar una habitación con los juguetes que había regalado a ambos.

—Me alegro por él —añadió Will, revisando la comida con los ojos—. Y también me alegro de que no escuchara a tu padre y siguiera trabajando en lo que quería.

—No estaría en ese grupo si lo hubiera escuchado —murmuré.

—Probablemente trabajaría en una oficina porque tu padre le habría obligado a hacerlo.

—No me imagino a Mike en una oficina —le aseguré, divertido.

—Yo tampoco. Terminaría incendiándola o algo así.

—¿Y Sue? —pregunté—. ¿No estaba de viaje por no sé dónde?

—Naya me dijo que empezó a salir con una chica escocesa y ahora está pasando unas semanas con ella.

Sí, seguro que Jen también me lo había dicho, solo que no lo recordaba.

—¿A cuántos sitios ha viajado estos meses? —pregunté con una mueca.

—No lo sé, a unos cuantos —Will sonrió—. Creo que es psicóloga a distancia o algo así. Por eso puede viajar donde quiere.

Bueno, estaba claro que cada uno estaba haciendo lo que quería con su vida. Me alegraba por ellos.

—Esto ya está —añadió Will—, ve a avisar a Naya y Jen.

—Sí, jefe.

Me di la vuelta con Jane en brazos, que intentó mordirme en cuanto su padre se dio la vuelta.

Le puse mala cara. Ella me la puso peor.

Justo cuando iba a abrir la puerta del patio trasero, ésta se abrió de golpe y los dos dimos un respingo mirando a Naya, que estaba prácticamente lívida.

—¿Qué...? —empecé.

—Ross, creo que Jenna tiene algún problema con el embarazo —me dijo rápidamente.

Durante un momento, tanto Jane como yo nos quedamos mirándola fijamente, como si se hubiera vuelto loca.

—¿Eh? —pregunté al final, perdido.

—¡Que dice que se encuentra mal!

Silencio.

—¿Eh? —repetí como un idiota.

—¡Reacciooonaaaaa! —ella me sacudió, como si me hubiera quedado en otro planeta.

Me giré automáticamente hacia Jen, que estaba sentada en la tumbona. Tenía una mano en su estómago y los ojos cerrados con fuerza.

—P-pero... no...

—¡Will! —Naya optó por la mejor opción al ver que yo no reaccionaba—, ¡ven aquí, necesitamos ayuda!

Yo todavía estaba medio atontado cuando Naya apareció y sujetó a Jane por mí, prácticamente empujándome hacia Jen para que reaccionara. Y por fin lo conseguí.

—¿Qué pasa? —pregunté como un idiota.

—Me duele —me dijo con una mueca que casi hizo que me doliera a mí—. Me duele muchísimo.

Menos mal que Will me puso una mano en el hombro y me dijo algo de ir al hospital, porque yo seguía sin reaccionar.

Jen hizo un verdadero esfuerzo en el coche por fingir que no le dolía nada, pero podía ver cómo apretaba la mano en su rodilla, como presionaba las piernas una contra la otra, como su pecho subía y bajaba rápidamente, cómo cerraba los ojos con fuerza...

Yo no sabía qué hacer, así que me limité a cogerle la mano y dejar que me la apretara tanto como quisiera.

Ya en el hospital, una enfermera nos atendió enseguida cuando vio el vientre hinchado de Jen. Le expliqué lo que había pasado a toda velocidad y vi cómo intercambiaba una mirada con otra, que fue la que nos dijo que la acompañáramos hacia...

Bueno, no llegó a decirlo, porque escuché que Jen ahogaba un grito y, al darme la vuelta, vi que un líquido transparente le resbalaba entre las piernas.

Oh, no.

¡Apenas había pasado ocho meses! ¿Cómo...?

Ella me miró con el terror grabado en los ojos y la enfermera vino prácticamente volando con una silla de ruedas en la que la obligó a sentarse. Will y Naya se quedaron abajo con Jane mientras yo las seguía, notando que me zumbaban los oídos. ¿Por qué las enfermeras parecían tan tensas?

Bueno, al menos Jen parecía haberse calmado. Ahora estaba apoyada en la

silla de ruedas con los ojos entreabiertos y una mano en el estómago.

Los siguientes minutos pasaron a toda velocidad para mí. Apenas los noté. Solo vi que hacían preguntas a Jen que ella respondía, algunas veces me las hacían a mí, otras veces ella cerraba los ojos por el dolor, y otras pocas los médicos le hacían pruebas.

Al final, creo que los dos ya sabíamos lo que estaba pasando cuando entró un médico con una pequeña sonrisa comprensiva.

—Bueno, parece que ese bebé tiene muchas ganas de salir —bromeó, y te aseguro que nadie empezó a reírse.

Ni siquiera Jen para ser educada.

Ella ahora estaba en una camilla. Tenía el pelo pegado a la frente por una pequeña capa de sudor frío.

—Vas a tener un parto prematuro, Jennifer —le dijo con toda la calma posible dada la situación—. Lo normal es que el parto empiece entre las treinta y ocho y las cuarenta semanas, y el tuyo se ha adelantado un poco a las treinta y cinco.

Sinceramente, yo ni siquiera había contemplado esa posibilidad. ¿Qué pasaba con eso? ¿Era malo? ¿Horrible? ¿Podía pasarle algo al bebé o...?

—No tiene por qué haber complicaciones —añadió enseguida—. Vamos a ingresarte en esta habitación y estaremos pendientes de ti en el tiempo que tardes en dilatar. Para ser primeriza, estás siendo muy rápida. En unas cuatro horas quizá podamos empezar a contemplar la posibilidad de...

Y yo ya me perdí a partir de ahí.

Miré a Jen, que escuchaba muy atenta y muy pálida a ese hombre mientras me apretaba la mano con fuerza. Seguro que ella se había enterado de todo. Seguro que ella sabía mantener la calma. ¡Y era ella la que estaba de parto!

Cuando nos dejó solos, echó la cabeza hacia atrás y puso una mueca.

—Nadie me dijo que esto fuera a doler tanto —me aseguró en voz baja.

—Ojalá pudiera hacer algo —murmuré, impotente.

—Dime que todo saldrá bien aunque no sea cierto —suplicó.

Tragué saliva y asentí fervientemente, intentando convencerme a mí mismo tanto como a ella.

—Todo va a salir bien, Jen. Ya lo verás. Y si algo sale mal le daremos un puñetazo al doctor, no pasa nada.

Y ella, en medio del caos, al menos me dedicó una pequeña sonrisa.

Las siguientes horas se hicieron... eternas. Prácticamente venía un enfermero a ver a Jen cada cinco minutos, y ella tenía momentos en los que las contracciones le dolían tanto que no podía ni respirar y otros en los que estaba perfectamente. Eso sí, los momentos de dolor eran cada vez más seguidos. Y mi mano era muy consciente de ello, porque cada vez la apretaba como si la vida dependiera de ello.

Pero también noté que estaba preocupada, como yo. Y eso que ninguno de los dos dijo nada sobre lo que nos habían dicho. Era como si no nos atreviéramos.

Por fin, lo que pareció una eternidad después, nos acompañaron a la sala de partos y me obligaron a ponerme un traje quirúrgico, a lavarme las manos... yo estaba como flotando. Solo quería estar con Jen. Y me dejaron estar con ella casi al instante. Ella hiperventilaba cuando me agarró la mano con fuerza y me dedicó una mirada significativa.

Vale, quería que la confortara.

Así que, aunque probablemente estaba tan aterrado como ella, empecé a asegurarle que todo iría bien, que pronto estrenaríamos la habitación de Jay Jay, que seguro que Will, Naya y Jane nos maldecían en la sala de espera porque no se habrían movido...

Al menos, conseguí distraerla por un rato, hasta que tuvo que empezar a empujar.

Fueron los minutos más confusos y aterradores de mi vida.

Podía ver la cara de los médicos, la tensión del ambiente. Estaban preocupados. Y solo hacían que mi preocupación se multiplicara, aunque no dejaba de decirle a Jen lo bien que iban a ir las cosas y lo maravillosa que estaba siendo.

Y, cuando nació el niño... hubo silencio.

Lo que más había leído es que era importante que el bebé llorara, aunque en algunos casos era normal que no lo hiciera y no pasaba nada, pero lo mejor era que llorara.

Pero... ¿por qué no lloraba Jay Jay?

Ellos dijeron algo en voz baja mientras yo acariciaba la mano de Jen con el pulgar, tragando saliva con fuerza.

Y, entonces, empecé a escuchar un llanto agudo y algo suave que hizo que casi todos los que estábamos en la sala soltáramos un suspiro de alivio.

Bueno, todos menos Jen, que estaba llorando en una mezcla de alivio, agotamiento y ansiedad. Le dieron al niño tras decirle algo que ni siquiera

entendí, solo podía mirar al bebe pequeñito, de piel enrojecida, que lloraba con la cara un poco hinchada y una mata de pelo castaño ligeramente aplastada.

Curiosamente a mí, que nunca había apreciado demasiado a los bebés, que nunca me habían gustado, que siempre los había encontrado bastante feos... me pareció el niño más precioso que había visto en mi vida.

Jen me dio algo que no entendí. Me zumbaban los oídos. Y también le dijo algo al niño en voz baja, como si no creyera que eso estuviera pasando.

Como en otra galaxia, me lo tendió y yo me di cuenta, en ese preciso momento, que nunca había sujetado a un bebé tan pequeño.

Es decir, la primera vez que había sostenido a Jane ya tenía unos cuantos meses.

¡Mierda! ¿Cómo demonios se sostenía un bebé recién...?

La verdad es que no tuve tiempo para pensarlo. Jen me lo puso encima y fue como si me saliera natural. Miré al niño, perplejo, sin poder creermelo que esa cosita pequeña fuera mi hijo, y noté la mano de Jen acariciándome la mejilla. Supongo que me dijo algo, pero yo ni siquiera me enteré.

Creo que todavía no había reaccionado cuando me hicieron sujetar al niño mientras le hacían pruebas, le ponían una inyección en la pierna, lo lavaban, lo revisaban y, finalmente, lo vestían.

No dejaron de repetirnos lo sano que estaba, como si hubieran esperado algo peor, supongo que por el parto prematuro. Pero Jay parecía bastante feliz.

Es decir... no hacía gran cosa, pero se lo veía bien.

Solo estaba removiéndose encima de mí con una manita agarrando mi dedo.

Después de eso nos dejaron ver a Jen otra vez, pero pronto se llevaron al niño a la incubadora y a mí me llevaron a hablar con una enfermera a la que tuve que decirle el nombre de Jay. Ella me sonrió y me indicó que entrara en una habitación.

Pareció pasar una eternidad hasta que por fin subieron a Jen con el bebé. Ella parecía tan fresca como una rosa, cosa que era sorprendente después de todo lo que habíamos pasado esa tarde. Jay simplemente dormitaba ignorándonos.

En cuanto nos dejaron solos, yo me llevé las manos a la cabeza.

—Mierda, ¡hemos tenido un hijo!

Jen empezó a reírse a carcajadas.

—Gracias por destacarlo, Jackie, si no llegara a hacerlo, creo que ni me habría

dado cuenta.

No nos dejaron volver a casa al cabo de dos días, y, entre mi familia y la de Jen, para entonces Jay Jay ya había visto más de diez caras asomándose a su cuna del hospital.

Seguro que tenía ya tenía un trauma, el pobre.

Llegar a casa fue... casi un alivio. Había estado durmiendo en un sillón de hospital durante esos dos días porque no quería dejar a Jen sola, y ella me había dicho mil veces que fuera a casa, aunque no le había hecho caso. El dolor de espalda eran las consecuencias, pero había valido la pena.

Jen llevaba a Jay en brazos cuando les abrí la puerta con la bolsa colgando del hombro. La dejé en el suelo y solté un suspiro, ganándome una miradita divertida de Jen.

—Bueno... pues aquí estamos —concluyó.

—Sí, parecía que nunca iban a dejarnos volver. Nos tenían retenidos —dramaticé.

Ella sonrió y se dejó caer en el sofá. Jay la miraba con curiosidad, apretando la manita entorno a un mechón de pelo.

De hecho, siempre se quedaba mirándola medio embobado.

No podía culparlo, yo también lo hacía.

—Me han dicho que hay que darles de comer prácticamente cada tres horas —murmuró Jen con una mueca—. Creo que me voy a quedar sin pezones.

—Solo tú puedes hacer que la palabra *pezones* suene no-sexual.

Sonrió y pareció que iba a decir algo, pero se vio interrumpida cuando ambos vimos de reojo que se acercaban dos personas por el patio trasero, desde la casa de Mike. Eran él y Sue.

Sue nos había dicho que vendría en cuanto le dijimos que ya había nacido Jay Jay, pero no pensé que fuera en serio. No me esperaba que fuera a subirse a un avión en cuanto pudiera solo para estar con nosotros, la verdad.

Sin embargo, la sonrisa de oreja a oreja que dibujó al ver a Jay Jay fue la sonrisa más abierta que había visto alguna vez en ella.

—Dios mío, qué pequeñito es —murmuró fascinada cuando Jen dejó que lo sujetara.

—Es lo que tienen los bebés, que son pequeños —Mike enarcó una ceja.

Él ya había venido en cuanto había podido, pero se notaba que estaba entusiasmado con eso de ser tío.

—Gracias por el dato, idiota —Sue puso los ojos en blanco.

—Nada de palabrotas delante del niño —advirtió Jen.

—Idiota no entra en la categoría de palabrota —protestó Mike—. Es como caca, culo, pedo, pis...

Sonreí cuando vi que Jen le ponía mala cara.

Mientras tanto, Sue dejaba que Jay le rodeara un dedo con la manita, sonriendo.

—Parece que tenemos un nuevo integrante para el equipo de la droga —dijo alegremente.

Mike aplaudió, entusiasmado, pero Jen puso una mueca de horror.

—¿Qué? ¡No!

—¿Cómo que no? —protestó Mike—. ¿No quieres que se una a nuestro selecto grupo?

—¡Es un bebé, claro que no quiero que esté en un *equipo de droga* !

—Pues qué aburrida —protestó Sue.

Ella y Mike intercambiaron una miradita maliciosa.

—Podemos esperar a que tenga dieciocho años —sugirió Sue.

—¡Y haremos una ceremonia de admisión fumando un porro! —dijo Mike alegremente.

—¡Que no! —chilló Jen.

Sacudí la cabeza, sonriendo.

Esa noche, cuando por fin conseguimos que Jay se durmiera en la cuna, hice un ademán de ir a la habitación, pero me detuve cuando vi que Jen se quedaba mirándolo unos segundos de más.

—¿Qué? —pregunté.

Ella me dedicó una sonrisita.

—Jack, he cambiado de opinión.

—¿Sobre qué?

—Sobre... tener más hijos —sonrió—. Quiero tener dos más.

¿Después de lo que había pasado esos dos días con ese señorito malvado que ahora dormía tranquilamente en la cuna?

Bueno, hora de ir a desmayarse.

Capítulo 23

Penúltimo capítulo mis sielas ;)

16 de abril

Contuve una risita cuando salí del agua, pasándome una mano por el pelo empapado que se me había quedado pegado en la frente. Me daba miedo darme la vuelta y ver a mi recién estrenada esposa gritando a todo el mundo, furiosa.

—¡Maldita sea! —la escuché mascullar cuando salí del agua, chapoteando con el vestido largo y empapado—. ¡Jack, ayúdame! ¡No sabía que un vestido mojado pesara tanto!

—Si quieres, te lo quito.

Dejé de sonreír cuando me clavó una mirada mortífera y me apresuré a acercarme para ayudarla a salir del agua.

Ya había terminado la ceremonia de nuestra boda, antes de la cual yo había estado a punto de sufrir un infarto por culpa de cierta señorita con el vestido mojado, que había tardado lo que habían parecido años en bajar a casarse conmigo.

La pobre fotógrafa, que en esos momentos se había quedado un poco al margen al ver que todos nos lanzábamos al agua, había tenido que sufrir un rato mis quejas.

Y, de hecho, ahora estaba peor, porque estaba sufriendo las de Mike.

—Es que yo soy melómano, ¿sabes? —le estaba diciendo con su sonrisita engreída, a lo que la pobre chica lo miraba con expresión educada a pesar de querer marcharse corriendo de ahí.

—¿Sí? ¿Te gusta la música?

—¿Eh? —Mike puso una mueca, como si no la entendiera—. No, me gustan los melones.

—Pero... la melomanía es...

—Oye, ¿me has dicho ya si tienes novio o no? No me acuerdo.

—Mike —intervine, enarcando una ceja—, deja a la pobre chica en paz. Está

haciendo su trabajo.

—¡Solo le hago compañía! ¡Parecía que estaba aburrida!

—Pues ahora parece que se quiere morir —masculló Jen, malhumorada por el vestido.

—¿Por qué no vas a la zona del banquete? —le sugerí a la pobre chica—. Seguramente todavía quede alguien que quiera hacerse fotos.

Ella me dedicó una sonrisa mezclando el agradecimiento con el alivio y se alejó rápidamente de Mike, que puso una mueca.

—Melómano es que te gustan los melones, ¿no? —me preguntó.

Negué con la cabeza y tiré de Jen hacia la zona del banquete, donde todos los invitados que no se habían lanzado al agua seguían sentados. Jane y Jay estaban con mi madre y la madre de Jen al final de una de las mesas. Estaban hablando entre ellas mientras Jay miraba a Jane con atención y ella agarraba cosas de la mesa y las agitaba como si fueran a explotar o algo así.

El padre de Jen se había quedado dormido en la silla con la cabeza hacia atrás, cosa que me indicó que tendría un dolor considerable de espalda al día siguiente, y mi abuela había enganchado a dos invitados que habían venido con la fotógrafa y les contaba toda su vida mientras les rellenaba las copas una y otra vez y los retenía para que no pudieran escapar.

Jen, detrás de mí, suspiró con amargura.

—Me han arruinado el vestido, con lo difícil que fue elegirlo...

—Bueno, siendo positivos, no tendrás que volver a usarlo —sonreí.

Conseguí sacarle una pequeña sonrisa antes de que llegáramos a la mesa. El sol ya se había puesto y empezaba a hacerse de noche cuando Jay levantó la mirada y nos vio ahí, empapados. Empezó a agitar los brazos y la madre de Jen levantó la cabeza. Al ver la cara de amargura de su hija y su vestido arruinado, ahogó un grito.

—Pero... ¿¿os habéis caído al agua?!

—¡Tus hijos me han tirado! —replicó ella, indignada.

—¿Los gemelos? —preguntó el padre de Jen, que se había despertado con el grito.

—¿Quién va a ser? —mi suegra se puso de pie, furiosa, y dejó el bebé en manos de su marido—. ¡Voy a matarlos! ¡Jenny, no te preocupes, yo me encargo!

Y vi como la furia de mi suegra caía directamente sobre esos dos, que salieron

del agua a base de tirones de oreja.

No pude evitar media sonrisa cuando vi que la hermana de Jen, Shanon, perseguía a su hijo Owen por la arena para impedir que se lanzara al agua con los demás.

—Bueno —mi madre nos miró con una pequeña sonrisa. Jane estaba sentada encima de ella—. Yo creo que ya habéis estado bastante tiempo aquí aburridos, ¿por qué no os vais ya al aeropuerto?

Oh, sí, la luna de miel.

La había estado planeando con Joey. Duraría una semana. Y habíamos estado mirando sitios a los que ir durante unas cuantas semanas, hasta que los dos coincidimos en uno que podría gustarle bastante a Jen. Y ese habíamos elegido.

Y lo mejor de todo es que Jen no sabía cuál era.

—¿No tenemos que irnos a una hora concreta? —preguntó ella, confusa.

—Vamos con el avión privado de mi productor —le dije—. Podemos ir a la hora que queramos.

—Oh... vaya —se puso roja, como si se avergonzara de no haberlo asumido por sí misma—. Claro, tiene sentido.

—¿Avión privado? —repitió el padre de Jen con los ojos abiertos como platos.

—¿Nunca has ido en uno? —le preguntó mi madre a Jen.

—Eh... yo... bueno... la verdad es que no. Ni siquiera he ido nunca en primera clase.

—Pues los aviones privados tienen habitaciones privadas —sugirió mi abuela, levantando y bajando las cejas.

Mamá le chistó mientras ella se reía y Jen se ponía roja otra vez.

Me encargué de hablar con los del hotel para que se encargaran de atender a los invitados cuando nos fuéramos y, al volver a la ceremonia, vi que todo el mundo había salido ya del agua y estaba otra vez entorno a la mesa. Jen, que se había cambiado de ropa —como yo— intentaba escapar de las garras de Naya y Lana, pero cuando intenté acercarme su padre se interpuso en mi camino y me devolvió a Jay.

—No deja de querer ir contigo —me explicó.

Sonreí a la pequeña bolita que era Jay, que pareció encantado cuando empezó a tirar de mi camisa para que le hiciera más caso.

—¿Qué le están haciendo? —pregunté a su padre, viendo cómo la mitad de las invitadas intentaba retener a la pobre Jen—. ¿Debería ir a rescatarla?

—Si lo haces, creo que te atraparán a ti también.

Bueno, tenía razón, la verdad.

Por fin, Shanon, Sue y Spencer unieron fuerzas para ir a rescatar a la pobre Jen, que se acercó a nosotros resoplando. Iba preciosa con ese vestido de encaje blanco y corto, pero tuve que disimular la expresión de querer quitárselo porque su padre estaba a mi lado y teníamos cuchillos cerca.

Madre mía, ¿sería yo así cuando el pequeño Jay creciera? Empezaba a estar convencido de que sí.

—¿Qué querían? —pregunté a Jen, curioso.

Jay abrió los bracitos hacia ella, que lo recogió con una sonrisa y lo sostuvo con mucha más facilidad que yo. El niño pareció encantado.

—Quieren que haga lo del ramo de flores —protestó.

—¿El... qué?

—Lo de que la novia tira el ramo hacia atrás —me dijo su hermana, que se había acercado a nosotros—. Ya sabes, quien recoja el ramo es el próximo en casarse.

—¿Y no quieres hacerlo? —pregunté, confuso.

Jen puso una mueca.

—Es que, con mi suerte, seguro que el ramo termina encima del tejado.

—Venga, Jenny —la animó su padre, divertido—, solo es tirar un ramo. Hazlo y podrás escaparte con tu marido.

Ella lo pensó un momento y, por su expresión, ya supe cuál sería la decisión final.

Cinco minutos más tarde, Jay abrió mucho los ojos en mis brazos cuando Jen se detuvo delante de nosotros, dio la espalda al grupo que tenía en frente y se preparó para lanzar el ramo con una gran sonrisa.

—¡ESPERADME! —escuché una voz chillona.

Puse los ojos en blanco cuando vi que Mike se unía a la gente que lo esperaba, entusiasmado, y se preparaba para saltar a por el ramo.

También estaban Naya, Lana, Sue, Shanon, algunas otras invitadas —incluso la fotógrafa y su amiga— y mi abuela, que era la que parecía más

determinada a recogerlo.

—¿Estáis listos? —preguntó Jen, mirando por encima del hombro.

Sinceramente, se prepararon como si recoger el ramo o no fuera a ser la decisión más intensa de su vida.

—¡Sí, capitán! —exclamó Naya, entusiasmada.

Jen me sonrió ligeramente antes de balancear el ramo y lanzarlo hacia atrás, a lo que Jane, que estaba en brazos de Will a mi lado, soltó un sonidito de entusiasmo.

El ramo voló y vi, casi en cámara lenta, cómo todo el mundo se lanzaba hacia el mismo rincón para recogerlo en medio de maldiciones, codazos, patadas y empujones.

Parecía una guerra espartana.

Y los más violentos eran Naya, Mike y mi abuela, solo les faltaba morderse entre ellos.

Finalmente, pareció que el ramo iba a caer encima de Naya, pero rebotó contra su mano, chocó con la cabeza de Sue, que soltó una palabrota, y dio un brinco hasta volar a las manos de...

Oh, la pobre fotógrafa.

Ella se quedó con el ramo en la mano, mirándolo con perplejidad, y todo el mundo empezó a aplaudir. Especialmente su amiga, que parecía estar entusiasmada.

—¡Brookie, tenemos que contárselo a tu guitarrista raro! —le chilló ella.

Brookie no pareció tan entusiasmada. De hecho, miró el ramo casi con tristeza.

Sin embargo, no pude fijarme mucho en eso, porque Jen y yo teníamos el viaje pendiente. Nos despedimos de los invitados, especialmente del pequeño Jay, y me pregunté por enésima vez si era una buena idea dejarlo en manos de mi madre y mi abuela, que vivirían en nuestra casa durante esa semana con él.

—No te preocupes —le repitió mi madre a Jen, que parecía desolada por tener que alejarse de Jay—. Si pasa algo, seréis los primeros en saberlo.

—Pero... tenéis mi número, ¿no? Es decir, si pasa algo, lo que sea...

—Jen —le puse una mano en el hombro—, solo es una semana. Y tampoco es que Jay parezca muy afectado.

De hecho, se había quedado dormido y ni se había enterado de la despedida.

Jen pareció calmarse con eso, y finalmente terminamos de despedirnos del resto de invitados —como Joey y su novia, por ejemplo, que llevaba lo que le había comprado en nuestro viaje meses atrás— y Jen me sonrió, entusiasmada, cuando pasamos por delante de los invitados para llegar al coche que nos esperaba.

—Ah, te presento a nuestro nuevo conductor a tiempo completo —sonreí ampliamente, señalándolo—. Se llama Dimitri.

Él enrojeció, sujetando la puerta para que entráramos.

—Daniel —masculló—. Da-ni-el.

—Encantada, Daniel —le sonrió Jen, casi con piedad.

Entramos los dos en la parte trasera del coche y Dorian cerró la puerta para nosotros. En cuanto empezó a conducir y subió la pantalla negra para dividir las dos mitades del coche, me giré hacia ella, sonriendo maliciosamente.

—Así que oficialmente ya estamos casados, ¿eh?

—Eso parece —ella se apoyó en el asiento, suspirando—. Por un momento, he pensado que vomitaría en medio de la ceremonia.

—Por un momento, he pensado que no aparecerías y he pensado en subir a buscarte.

Sonrió, divertida, y alargó una mano para sujetarme la muñeca.

—¿Dónde vamos?

—Al aeropuerto —volví a sonreír maliciosamente.

—Ya me has entendido, Jack.

—Sí, pero es una sorpresa.

—¿No puedes darme ni una pista? ¿Por favor? ¿Por fi?

Bueno, si me lo pedía así, era difícil decirle que no. Pero decidí resistirme y me limité a fingir un bostezo para evitar la conversación. Ella me dio un manotazo, divertida.

Llegamos al aeropuerto unos minutos más tarde, y vi que Joey se había encargado de que el avión tuviera todas las comodidades posibles. Jen parecía fascinada, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creerse que todo eso fuera solo para nosotros dos.

Sí, tenía que subirle el sueldo a Joey.

Jen no dejó de preguntarme durante todo el camino dónde íbamos, pero me

negué a decírselo, y por mucho que miraba por la ventanilla del avión por dónde estábamos, no era capaz de adivinarlo. Menos mal que se distrajo mirando una película conmigo, durmiendo un poco o preocupándose por Jay.

Al menos, hasta que vio el nombre en la pantallita del avión cuando la auxiliar nos pidió que nos pusiéramos los cinturones. Jen abrió mucho los ojos.

—¿Santorini? —preguntó, mirándome.

Oh, no. ¿Eso era cara de horror o alegría?

—¿No te gusta? Es un poco tarde para cambiarlo.

—¡¿Bromeas?! ¡Me encanta!

No borró su sonrisa entusiasmada en todo el aterrizaje.

Al llegar, como nos habían advertido para que nos pusiéramos ropa de verano —aunque ya la llevábamos por la boda— no nos extrañó demasiado la oleada de calor que nos invadió cuando bajamos del avión. Un conductor nos esperaba con nuestras maletas ya en el coche, y Jen se pasó todo el trayecto con la nariz pegada a la ventana para poder verlo todo, aunque ahí era de madrugada.

—¡No me puedo creer que esté en Grecia! —no dejaba de repetir, completamente feliz.

Vale, había acertado, menos mal.

El hotel estaba cerca de la playa, y nos habían dado la suite que solían reservar para los recién casados —se ve que las lunas de miel por ahí eran bastante comunes—. Al llegar, nos encontramos por una estancia amplia, blanca y azul, decorada perfectamente, con una botella de champán en una cubitera, una fuente de chocolate con fresas y otros aperitivos y pétalos de rosa encima de la cama.

Madre mía. Tanto esfuerzo y lo destrozábamos en cinco minutos.

Pero lo primero que hizo Jen cuando nos dejaron las maletas y los del hotel se marcharon fue ir corriendo al balcón de nuestra habitación, abrirlo de par en par, y asomarse para ver las vistas. Daban directamente a la playa.

—¡Mañana tenemos que ir! —chilló, corriendo hacia el otro lado de la suite para asomarse al otro balcón. Escuché sus chillidos amortiguados por las paredes—. ¡Ooooooh! ¡Jack! ¡Desde aquí se ve la ciudad, mira! ¡Esto es increíble!

Pero yo estaba ocupado apartando los pétalos de rosa para poder dejarme caer sobre la cama, agotado. Cuando Jen vio que había destrozado la obra de arte de los del hotel, puso los puños en las caderas, indignada.

—¡Seguro que les ha llevado mucho trabajo, desagradecido!

—¡bamos a destrozarlo igual —le aseguré.

—Oh, vamos, Jack —tiró de mi mano con una gran sonrisa para ponerme de pie—. ¿Por qué no estás entusiasmado?

—Porque tú lo estás de sobra por los dos.

Me ignoró completamente y se metió en el gigantesco cuarto de baño, curiosa. Ahogó un grito de emoción y asomó la cabeza por la puerta.

—¡Mira esto!

Me asomé y sonreí un poco cuando vi que nos habían dejado una bañera de agua caliente, más pétalos de rosa —qué pesados con eso— y sales de agua que olían a flores. Yo puse una mueca, pero Jen pareció entusiasmada.

—¡Esto es tan romántico! —murmuró, suspirando.

—Oh, sí. Una bañera. Madre mía. Nunca había visto una.

—¡Jack, admite que es romántico!

—No lo es. Es solo agua. Y flores muertas.

Me puso mala cara, divertida, y se acercó para meter un dedo en el agua.

—La temperatura es perfecta —casi suspiró de gusto.

Y entonces, para alegría de mi cuerpo, vi que empezaba a quitarse los zapatos y a deshacerse la coleta del pelo.

Ooh, esa conversación sí que me parecía interesante.

—Deja de mirarme así —protestó.

Yo me acerqué con una sonrisita, pero me detuvo con un dedo en el pecho.

—Admite que esto es romántico —exigió.

—Lo admito —dije al instante.

Ella empezó a reírse y yo aproveché el momento de distracción para rodearla con un brazo y pegarla a mí. Todavía estaba sonriendo cuando me incliné para besarla. Y todavía sabía a sal de mar.

Y a partir de ahí ya no hubo risitas, o al menos no así de divertidas. Eran de otro tipo, ¡del mejor!

Su vestido terminó en el suelo a tiempo récord junto con mi camisa, mis pantalones, mis zapatos, mis calcetines... sonreí maliciosamente cuando se deshizo de mi ropa interior y me empujó hacia la bañera.

—Puedo ayudarte con eso —señalé la suya, que todavía llevaba puesta.

—Cálmate, Jackie, y métete en el agua.

Puse mala cara, pero di un paso atrás y me acomodé en la bañera, mirándola. Jen me dedicó una sonrisita y yo clavé la mirada en su culo cuando se dirigió al espejo y empezó a quitarse los pendientes y el collar que le habían regalado mi madre y mi abuela.

—Me siento como si hiciera años que no hacemos nada —solté sin pensar.

No habíamos podido hacer nada desde el parto de Jay —y tampoco durante gran parte del embarazo—. En principio nos dijeron que esperaríamos cuarenta días después del parto, pero luego sugirieron dos meses. Y hoy se cumplían esos dos meses. Era la gran noche.

Ella soltó una risita al ver como repiqueteaba los dedos en la bañera, muy nervioso.

—¿Estás impaciente?

—Pues sí. Y más si te paseas por delante de mí en ropa interior.

—Si no te gusta, no mires.

—Si cierro los ojos ahora, no me lo perdonaré en la vida.

Me dedicó una sonrisa deslumbrante, poco afectada, y por fin vi que echaba las manos sobre sus espaldas y se deshacía del sujetador.

Me froté las manos, entusiasmado, cuando también se quitó las bragas y se dio la vuelta hacia mí.

Pareces un perro esperando un filete, pesado.

—¿Has dejado sitio para mí? —bromeó.

—Sí —señalé mi regazo—. Creo que aquí estarás cómoda.

—¡Jack!

—¡Me he estado reprimiendo durante meses, no me juzgues!

Sonrió, sacudió la cabeza y se apoyó en la mano que le ofrecía para meterse en la bañera. Pero mi sonrisa de oreja a oreja desapareció cuando vi que, en lugar de acercarse a mí, se tumbaba al otro lado, cerraba los ojos y se hundía con un sonidito de satisfacción.

Debió darse cuenta de mi mirada de indignación, porque empezó a reírse sin siquiera abrir los ojos.

—Ven aquí, vaquero, y cumple con tu misión.

Mi sonrisita volvió al mismo tiempo que el agua salía de la bañera cuando me adelanté hasta pegar mi cuerpo al suyo.

—Mañana podríamos ir a Perissa —sugirió Jen, ajustándose las gafas de sol mientras seguía mirando el móvil.

Sonreí ligeramente.

—Estuvimos ahí el primer día.

—Eso no es verdad.

—En esa playa perdiste las gafas de sol y tuvimos que comprar las que llevas ahora.

—Aaaaah —puso una mueca—. Sí, es verdad.

No sé cómo lo hacía, pero conseguía perder algo en cada sitio al que íbamos. Y luego se disculpaba conmigo novecientas veces, como si fuera yo el que había perdido algo. Yo no podía hacer otra cosa que reírme.

En ese momento estábamos en Kamari, otra playa de esa isla. Habíamos estado todo el día sin hacer nada productivo, ahí tumbados, aunque pronto tendríamos que ir a cenar porque se estaba poniendo el sol. Jen quería verlo antes de ir a buscar un restaurante.

La observé de reojo. Seguía mirando el móvil en busca de algo que hacer mañana, que sería nuestro último día aquí. Parecía tan absorta en su tarea que ni siquiera se dio cuenta de que la estaba mirando. Deseé poder verla en bikini, pero no había querido ponérselo porque decía que todavía tenía el vientre raro por el parto. Yo no lo creía en absoluto, pero no había forma de que me escuchara.

Sinceramente, si fuera por mí, no habríamos salido de la habitación ninguno de esos días. Lo que más me interesaba era lo que hacíamos ahí dentro, no aquí fuera.

Pero, claro, Jen casi me había asesinado cuando lo había insinuado.

Ella quería ver la dichosa isleta.

—Si querías quedarte encerrado en una habitación, no hacía falta ir al otro lado del mundo —me había replicado, muy indignada.

Así que habíamos visitado casi todas las zonas importantes de la isla, habíamos comido casi todos los platos típicos —nuestro favorito había sido el gemistá, y eso que al principio no me había apetecido mucho probarlo—, habíamos comprado unas cuantas cosas para mi familia y la suya, algunas otras pocas para nosotros y, por algún motivo, Jen se había empeñado en alquilar unas bicicletas para recorrer una ruta bastante conocida.

Al parecer, a ella se le daba bien ir en bicicleta, pero a mí no.

Y lo digo porque, a los veinte metros recorridos, la rueda delantera de la mía chocó con una piedra y salí volando por los aires, aterrizando de una forma bastante estúpida entre unos arbustos.

Jen se había reído tanto que casi se había hecho pis encima.

—No sé qué le ves a esto de gracioso —había protestado yo mientras le daba la espalda para que me quitaba la suciedad del culo y la espalda con la palma de la mano.

Bueno, al menos lo intentaba, porque se reía tanto que no lo estaba haciendo muy bien.

—¡Por fin eres tú el que se cae y no yo! —dijo al final, muy orgullosa.

—¡No me he caído, me he tropezado! ¡No es lo mismo!

—Jack, asúmelo. Esto no se te da bien.

—Sí que se me da bien —protesté, irritado.

—¿En serio? ¡Pues carrera hasta la cima!

—¿Eh...? —de pronto, ella ya estaba encima de su bicicleta y yo tuve que correr para alcanzar la mía, pero ya me había ganado veinte metros de ventaja—. ¡OYE, ESO ES TRAMPA!

Los demás turistas me juzgaron mucho con la mirada cuando me vieron, rojo por el esfuerzo, pedaleando por el camino mientras Jen me esperaba tranquilamente en la cima con una ceja enarcada.

—Al parecer, *dar brincos por el parque* me ha preparado para este momento —me dijo, sonriendo maliciosamente.

Le puse mala cara, pero el enfado se me pasó cuando se giró y rebuscó en su bolsa hasta pasarme su botella de agua fría.

Después de ese incidente, habíamos optado por ir andando a los otros sitios. No es que estuvieran muy lejos, y por la mayoría de las calles por las que íbamos ni siquiera estaba permitido en coche, así que no teníamos mucha otra opción.

Volviendo al presente, cuando se puso el sol, Jen señaló un restaurante no muy lejos de nosotros en el que terminamos cenando. Estuvo muy bien, y el camarero resultó ser bastante simpático. Ella parecía encantada cuando volvimos al hotel y se dejó caer sobre la cama, agotada, antes de empezar a quitarse la ropa para meterse en la ducha.

Está claro que la seguí en cuestión de segundos, ¿no?

La oportunidad era demasiado tentadora como para dejarla marchar.

No pude evitar una sonrisita cuando entré en el cuarto de baño y vi que estaba sosteniendo la puerta de la ducha para mí, ya esperándome.

Bueno, podía acostumbrarme a esto.

Pero claro, llegó el día de irnos. Hicimos las maletas por la mañana y fuimos en taxi al aeropuerto. Los dos estábamos agotados, así que ella no tardó en quedarse dormida en el avión con la cabeza encima de mi hombro. Yo ni siquiera me di cuenta de haberme quedado también dormido hasta que la auxiliar me despertó, diciéndome que solo faltaba media hora para que llegáramos.

—¿Solo media hora? —Jen se frotó los ojos cuando la desperté.

—Bueno, ahora son diez minutos. He querido dejarte dormir un poco.

Ella me sonrió un poco, agradecida. El bronceado que había adquirido esa semana le quedaba genial, y el pelo se le había aclarado ligeramente por el sol. Estaba preciosa. Incluso más que de costumbre. No podía dejar de mirarla.

—¿Tienes ganas de llegar? —me preguntó.

—Sinceramente, me habría quedado otra semana ahí contigo. O un mes, incluso. Pero... Jay Jay debe estar indignado, preguntándose dónde demonios estamos.

En realidad, lo dudaba, porque casi cada noche mi madre había hecho una videollamada con nosotros —con la ayuda de Mike, porque ella y las tecnologías no se llevaban muy bien— para decirnos que todo iba bien y enseñarnos a Jay como prueba.

Lo único malo que había pasado en nuestra ausencia fue que Jay le vomitó encima a Mike y a él le dio tanto asco que casi le vomitó encima, también.

Menos mal que no lo hizo, porque lo habría matado.

—¿Por qué elegiste Santorini? —preguntó Jen de repente—. Tengo curiosidad.

Me encogí de hombros, volviendo a la realidad.

—Por alguna extraña razón adoras la playa. Y el sol. Santorini tenía ambas

cosas.

—Sí, pero... hay sitios más cercanos que también las tienen, ¿no?

—Pero en Santorini no nos conoce nadie —sonreí.

—Oh —levantó las cejas—. Oh, claro. Bien pensado.

Últimamente, Jen se había agobiado un poco con la prensa.

Es decir, lo había soportado bastante bien desde el estreno de mi primera película, y nunca se habían fijado demasiado en ella. Pero todo había cambiado cuando se supo que nos casábamos y con el nacimiento de Jay. Todo el mundo empezó a llamarla cazafortunas, o a insinuar que solo nos casábamos porque se había quedado embarazada. Y mil otras cosas que prefería no saber.

Ella nunca se había quejado directamente. Y nunca lo haría, ya lo sabía. Jen era de esa clase de persona que, si tenía que aguantar a la prensa contando mentiras sobre ella con tal de que yo pudiera tener una carrera, lo haría sin protestar ni un poco.

De todas formas, ya había hablado con Joey del tema. Se encargaría del tema de la prensa, y la idea de irnos tan lejos había sido suya, y había sido un acierto.

Sí, definitivamente tenía que subirle el sueldo.

Me distraje cuando el avión aterrizó y nos bajaron las maletas al coche, donde Dorian nos esperaba.

—Hola, Dylan —le sonreí ampliamente—. ¿Me has echado de menos?

—Mucho, señor Ross —se vio obligado a decir.

Jen sacudió la cabeza y la expresión de Dimitri se suavizó al mirarla.

—Espero que haya tenido un buen viaje, señora Ross.

—Ha sido genial —le aseguré ella, encantada—. Pero ya va siendo hora de volver a la realidad.

El viaje a casa fue bastante silencioso. Jen jugueteaba distraídamente con su anillo mientras miraba por la ventanilla, pensativa. Yo miré el mío. Todavía se me hacía raro llevar uno, pero también era agradable mirarlo y recordar a Jen en ese vestido. Y el viaje del que acabábamos de volver. Y todo lo demás.

Mi madre, mi abuela y Mike nos habían preparado una comida de bienvenida que nos encontramos al llegar. Jay se puso a llorar —no sé si de la emoción o porque tenía hambre, la verdad— y mi madre nos dio a los dos un gran abrazo de bienvenida.

—¡Qué bronceados estáis! —exclamó, repasándonos con la mirada—. ¿Os lo habéis pasado bien?

—Oh, ha sido fantástico, Mary —le aseguró Jen, que ya tenía al niño en brazos—. El primer día fuimos a...

Y así empezó a explicarles lo que habíamos hecho durante el viaje —ahorrándose las partes de la habitación, claro— mientras todos comíamos en la mesa grande, la que casi nunca usábamos. Mike se ocupó de comerse casi la mitad de los platos mientras yo, que no tenía mucha hambre porque había comido en el avión, dividía mi atención entre comer algo y darle el biberón a Jay, que miraba felizmente a su alrededor.

Naya, Will y Jane vinieron esa tarde. Y Jen volvió a soltar todo el sermón de cómo habían ido las cosas. Yo salí fuera, agotado, y me quedé en la tumbona con Jay mientras Will hacía lo mismo con Jane a mi lado.

Jay no tardó en quedarse dormido y empezar a babearme en el hombro, mientras que Jane mordía un juguete como si quisiera arrancarle la cabeza.

—La pobre Naya termina con el pelo lleno de saliva cada vez que la sujeta —me dijo Will, negando con la cabeza, cuando le quitó el juguete—. Le encanta morderle el pelo. Tengo la esperanza de que se lleven mejor cuando cierta señorita crezca un poco.

—¿Cuál de las dos?

Me dedicó una mirada significativa y yo sonreí como un angelito.

—¿No vas a decirme lo guapo que estoy con este magnífico bronceado, Willy Wonka?

—No te hace falta, ya tienes el ego bastante hinchado.

—Pero siempre puede estarlo un poco más.

—No voy a decírtelo, Ross.

—Aburrido.

Jane, mientras tanto, luchaba por recuperar su juguete y morderlo.

Después de que Will, Naya y ella se marcharan, mi familia hizo lo mismo, dejándonos solos. Ya se había hecho de noche. Jen subió a la habitación de Jay con él en brazos y lo dejó en la cuna. Escuché sus pasos cuando bajó de nuevo las escaleras. Estaba en mi preciosa sala de cine buscando algo que mirar.

Jen se dejó caer a mi lado y miró también la pantalla.

—¿Qué película buscas?

—Una de terror.

—¡De terror, no!

—Oh, vamos, ya va siendo hora de que superes a la monja loca.

—¡No lo haré nunca, me dejaste traumatizada! —protestó, y me quitó el mando—. Elijo yo.

Me resigné a cruzarme de brazos y dejar que ella eligiera lo que quisiera, divertido.

Pero... toda diversión fue reemplazada por una mueca de terror cuando vi en cuál se había detenido.

—Esa no —dije enseguida.

Jen me frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Jack, es tu película. Quiero verla.

—No quiero que la veas.

—Ya sé de qué va —enarcó una ceja.

—¿Y qué?

—¡Pues que no voy a sorprenderme mucho con ella! —me dijo, divertida—. Jack, no pongas esa cara. Solo es una película.

—No es solo una película, es algo que hice cuando... cuando... bueno... cuando creí que te odiaba.

—¿Creíste? —repitió.

—Jamás podría odiarte, Jen.

Se quedó sorprendida un momento antes de inclinarse y darme un beso en la mejilla.

—Jack, me he casado contigo, he tenido un hijo contigo... ¡y no sé ni cuánto tiempo llevamos juntos! ¿Te crees que voy a dejarlo todo por ver una simple película?

—No creo que vayas a dejarlo todo, pero creo que vas a enfadarte.

—¿Por qué?

—Porque yo lo haría. Te reflejo casi... no lo sé... como si fueras la villana.

—Bueno, los villanos suelen caerme bien, Thanos me caía bien —se encogió de hombros y eligió esa película—. A ver cómo es esa peliculita tuya. Tengo curiosidad.

Yo estuve tenso durante todo el rato en que vi, casi automáticamente, cómo las imágenes de la película iban avanzando.

Vi la escena de la azotea el primer día que vino a casa, la habitación, mirando El rey león, la de la tienda de los cómics, la de la galería de arte, la de la terraza... nuestro primer beso.

Miré a Jen de reojo en todas las escenas, pero ella no dejaba entrever demasiado. Solo sonreía ligeramente, enarcaba una ceja o miraba atentamente. Me estaba poniendo más nervioso con el silencio. Solo quería que terminara.

Finalmente, llegó la escena de la residencia y aparté la mirada. No quería verla. Ni siquiera después de tanto tiempo.

Cuando supe que habían llegado los créditos, levanté la mirada hacia Jen, que los estaba mirando con expresión pensativa. Me aclaré la garganta tenso.

—¿Y... bien?

Ella se giró hacia mí y me dedicó la misma mirada pensativa.

—Jen, di algo antes de que me dé un infarto, por favor.

—Bueno... —murmuró, y una pequeña sonrisita burlona afloró en sus labios—. Está un poco sobrevalorada, ¿no? Tampoco es taaan buena.

—¡Estoy hablando en serio!

—La película está genial, Jack —puso los ojos en blanco—. Está tan bien hecha que casi se me ha olvidado que yo misma había vivido esas cosas.

—Pero...

—Es solo una película —negó con la cabeza, se puso de pie y me ofreció una mano—. Venga, vamos a dormir. Estoy agotada.

Perplejo, me quedé mirándola unos segundos, sin reaccionar.

—¿No estás enfadada conmigo?

—Claro que no, no digas tonterías.

—Pero...

—...pero voy a empezar a enfadarme como no reacciones de una vez, Jack Ross.

Noté que una oleada de alivio me recorría cuando acepté su mano, apagué la televisión y la seguí escaleras arriba.

—Ha sido mejor de lo que esperaba —admití en voz baja.

Ella sonrió, divertida, pero no pudo decir nada más porque Jay, en ese momento, se puso a llorar.

Dos semanas más tarde, estaba jugando con el borde de una de las hojas mientras Joey discutía airadamente con uno de los productores de la nueva película en la sala de reuniones el plató.

Sinceramente, ya no sé ni de qué hablaban. Me había enterado un poco al principio, pero había dejado de hacerlo al cabo de diez minutos de berridos entre ellos. Y lo peor es que ese tipo no sabía dónde se estaba metiendo; Joey podía llegar a ser mortífera cuando se lo proponía.

—Bueno —murmuré, poniéndome de pie—, esta conversación es maravillosa pero, sinceramente, ha dejado de importarme hace un buen rato. Intentad no mataros en mi ausencia. Adiós.

Ni siquiera se enteraron de que salía de la sala.

Si hubieran discutido por algo relacionado con la película, me habría implicado, pero nunca discutían por eso. Solo por cosas aburridas, como un posible cambio en uno de los apartados de los créditos, o fondos disponibles para una escena... casi me entraban ganas de ir a dormir solo al pensar en cómo se ponían por esas tonterías.

El plató estaba vacío, aunque el inicio del rodaje ya estaba programado. El único personaje que nos estaba causando problemas para elegirlo era la protagonista. No había ninguna que terminara de convencerme, ni tampoco a Joey.

Por poco que me gustara ahora Vivian, había que admitir que era una actriz excepcional.

Había dejado las expectativas tan altas que no sabíamos encontrarle sustituta.

Dimitri me llevó a casa y, por primera vez, fue él quien parloteó todo el camino en lugar de hacerlo yo. Me habló de que tenía dos hijos, que el mayor se pasaba casi todas las noches en fiestas, y que el pequeño era un poco tenebroso.

Al llegar a casa, me encontré a Jen sentada en el sillón hablando por teléfono mientras que, con una habilidad impresionante, se las apañaba para sostener a Jay contra ella con el otro brazo sin que se le cayera.

Y luego estás tú, que casi se te cae usando las dos manos.

Gracias por tanto, conciencia.

Estaba hablando sobre dibujos, así que supuse que era con algún sitio que quería exponer sus cuadros. Últimamente había tenido bastante demanda, y me alegraba saber que no era por mí, porque en sus cuadros seguía poniendo la firma de J. Brown.

Ella sonrió ligeramente y me dio un beso en los labios a modo de saludo mientras escuchaba lo que le decía el del móvil. Me dio a Jay, que estaba bostezando.

Ese crío se pasaba el día durmiendo. No sabía si era muy normal.

Puede que sea mitad gato.

Él abrió los ojos cuando detectó que lo estaba sosteniendo otra persona, hizo un ruido raro, sonrió al verme y empezó a tirar de mi camiseta y a meterse la tela en la boca, dejándomela llena de babas.

Suspiré.

—Sí, yo también me alegro de verte.

—¡Ah!

—Espero que cuando crezcas un poco podamos jugar a baloncesto para compensar que ahora me habees la ropa.

—¡Oh!

Sí, esos eran los dos únicos sonidos que sabía hacer.

Lo levanté un poco mejor y le saqué la lengua, cosa que hizo que dejara de meterse la camiseta en la boca de golpe, pasmado, y me mirara con los ojos muy abiertos.

—¡Ah!

Sí, por algún extraño y desconocido motivo, siempre se quedaba perplejo con eso. No fallaba.

Era un buen truco para cuando se ponía a llorar.

Justo en ese momento, mi móvil empezó a sonar. Estaba en la entrada. Hice un ademán de ir a recogerlo, pero Jen estaba más cerca y ya había terminado

de hablar por el suyo.

—¿Puedes responder tú? —le pregunté con una sonrisita de ángel.

Jay también intentó poner una sonrisita de ángel al verme.

Jen fue a responder a mi móvil y escuché cómo saludaba a Joey mientras yo volvía a girarme hacia el pequeño diablillo.

—Así que te gusta imitarme.

—¡Ah!

Entrecerré los ojos. Él se quedó intrigado, y empezó a poner expresiones extrañas mientras también intentaba hacerlo.

Le sonreí, me devolvió la sonrisa, encantado.

Pensé en enseñarle a sacar el dedo corazón, pero dudaba que supiera hacerlo y probablemente Jen me mataría si se enteraba.

Además, acababa de volver al salón, así que fingí que no estaba poniéndole caras al niño, que seguía intentando entrecerrar los ojos sin mucho éxito.

—¿Jack? —preguntó Jen.

—¡No estaba poniendo caras!

—No es eso.

Me giré cuando noté el tono ligeramente tenso de su voz y fruncí el ceño al ver que parecía asustada.

—¿Qué pasa?

—Creo... creo que deberías hablar con Joey.

Intrigado y algo tenso, le devolví a Jay y noté que me miraba cuando recogí el móvil y me lo llevé a la oreja.

Media hora más tarde, llegué a la puerta que me habían dicho. Nada más llamar con los nudillos, un matrimonio que no había visto en mi vida salió de la habitación y me miró.

Ella era alta, con el pelo rubio y lacio, y él era algo más bajo que yo, con la piel bronceada, el pelo oscuro y los ojos azules brillantes. No podías negar de quién eran padres.

—Tú debes ser Ross —dijo la mujer, que parecía agotada.

—Sí —murmuré, todavía algo perdido—, ¿cómo está Vivian?

—Bien, dentro de lo que cabe —me dijo el hombre—. Seguramente querrá verte. Está hablando con vuestra manager.

Asentí torpemente y vi cómo los padres de Vivian iban a por algo de comer a la cafetería. Seguramente habían estado ahí desde anoche. Y seguramente no era la primera vez.

En la habitación del hospital, me encontré una sola cama con algunas máquinas al lado. Estaban todas conectadas a Vivian, o a la chica que parecía Vivian. Su piel parecía apagada, su mirada perdida, su cuerpo mucho más delgado y su pelo... parecía que no se lo había lavado en un tiempo. Le faltaba brillo y estaba enmarañado.

Ella no levantó la cabeza cuando me oyó llegar, pero Joey, que estaba al lado, sí lo hizo. Parecía que habían estado discutiendo.

—Mejor os dejo solos —dijo Joey ásperamente—. Tengo que hacer una llamada.

En cuanto cerró la puerta a su espalda, nos quedamos sumidos en un silencio bastante incómodo que interrumpí yo mismo al acercarme a la cama de Vivian y sentarme en una de las dos sillas que supuse que sus padres habían estado ocupando.

Ella no me miró. Solo se miraba las manos.

—¿No vas a decirme que me lo he buscado? —preguntó en voz baja.

Admito que una parte de mí quería hacerlo, pero me contuve.

—No. Las sobredosis son algo demasiado grave como para echárselo a alguien en cara.

—Pues eres el único que no va a reñirme —se rio amargamente.

Al mirarla, solo podía pensar en la chica alegre y vivaz que había conocido en Francia. Ahora solo parecía una sombra de esa chica. Una sombra triste y gris.

No pude evitar preguntarme si le hubiera ido mejor de no haberme conocido.

—¿Es la primera vez que has tenido una sobredosis? —pregunté.

—No. Ya es la cuarta.

—¿La...? —me corté a mí mismo e hice un verdadero esfuerzo para no decirle nada acusatorio—. Mierda, Vivan.

—No me des una lección —me advirtió en voz baja—, no vas a decirme nada que yo todavía no haya pensado.

—Me da igual, ¿se puede saber qué te ha pasado? Cuando te conocí, ni siquiera habías probado la cocaína.

—¿Te crees que esto ha sido a causa de consumir solo cocaína? —preguntó amargamente.

—Vivian...

—Bueno, he cambiado.

—A peor —espeté sin pensarlo.

Fue la primera vez que me miró. Sus ojos ya no parecían... brillantes. Era una sensación extraña. Como si estuviera apagada, de alguna forma.

—Puede ser —admitió.

—¿Es que nadie te ha ofrecido ayuda?

—Joey no deja de decirme que debería intentar dejarlo. Y mis padres querían llevarme a un centro de rehabilitación.

—¿Y por qué demonios no has ido?

Hubo un momento de pausa. Ella volvió a apartar la mirada.

—¿Y bien? —me impacienté.

—No se lo pueden permitir —me dijo en voz baja.

Me quedé mirándola unos segundos, confuso.

—Vivian, he visto tu casa. Puedes permitirte.

—No, no puedo, créeme.

—Pero...

—Ross —me cortó, mirándome—, me he gastado todo lo que tenía en drogas, estoy endeudada por ellas y ahora nadie quiere contratarme para hacer nada. Ni siquiera como camarera. Me ven las marcas en los brazos y tardan cinco segundos en decidir que no me quieren en su estúpido local. ¿Me vas a decir tú de dónde demonios saco el dinero?

Hubo un momento más de silencio en el que no supe qué decirle.

Y, entonces, ella se derrumbó. Levanté la cabeza y vi que había empezado a

llorar. A llorar de verdad.

Fue la primera vez que su llanto me pareció real desde que la había conocido, y por mucho que ahora no me gustara del todo, no pude evitar sentir que se me retorcían las entrañas por verla así.

—Teníais razón —me dijo, entre sollozos, pasándose las manos pálidas y ligeramente huesudas por la cara—. Mierda, todos teníais razón. Debería haber dejado esto, pero... no puedo. No lo entiendes, Ross, no puedo. Es como si me destrozara por dentro tenerlo, pero me destrozara aún más no hacerlo. Es horrible. Es... es jodidamente insoportable.

—Sé lo que es —le aseguré en voz baja.

—¡Pero tú lo dejaste! —casi me gritó—. ¡Yo no pude! ¿Es que no lo entiendes?

—Yo al menos lo intenté, Vivian.

—¡Y yo también lo he intentado!

—¿Cuando me intentabas dar drogas a mí también lo estabas intentando?

Por un momento, pensé que me había pasado, pero ella, lejos de reprocharme nada, se puso a llorar otra vez.

—Yo... yo solo quería...

—¿Qué? —pregunté, impasible.

Ella sacudió la cabeza.

—Pensé que... q-qué... que si yo tenía drogas y tú las querías... v-vendrías a mí.

—Solo querías engancharme otra vez para que pasara tiempo contigo —deduje en voz baja.

Ella ni siquiera se atrevió a mirarme a la cara cuando volvió a asentir, llorando y pasándose las manos por debajo de los ojos.

—Lo siento, Ross —murmuró.

—¿El qué?

—T-todo... yo... tú...

No dije nada. Quería que lo dijera ella. Solo apreté un poco los labios.

—Llevo enamorada de ti desde Francia —dijo al final, mirándose con los ojos enrojecidos por las lágrimas—. ¿Es que estás ciego? Y durante meses tuve que soportar que el chico del que estaba enamorada me dijera lo mal que estaba

por culpa de la chica de la que él estaba enamorado.

Hizo una pausa, sorbiendo la nariz.

—Y después de todo... te has casado con ella. Yo... estaba convencida de que podía ser mejor que ella. Que podía cuidarte mejor. Hacerte más feliz. Y no hacerte daño.

Estaba a punto de decir algo, pero ella me interrumpió, apartando la mirada.

—Pero no era así —añadió el voz baja.

No dije nada. No sabía qué decirle. Ella continuó.

—Nunca te he visto tan feliz como lo eres cuando ella está a tu alrededor —dijo en voz baja—. Estaba tan celosa... que estaba dispuesta a arruinarte la vida con tal de que volvieras a pasar tiempo conmigo. Pensé que así podrías enamorarte de mí o... no lo sé. Fui una idiota.

De nuevo, fui incapaz de decir nada. Ella tragó saliva y se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Lo siento —repitió en voz baja—. Nunca debí meterme en tu relación. Ni debí ofrecerte drogas. Siento haber sido así contigo, Ross. No te lo has merecido nunca.

Pese a que muchas cosas habían sonado falsas en ella a lo largo del tiempo que había pasado a su lado... eso pareció tan real que no pude quedarme callado.

—Solo... no vuelvas a hacerlo —dije, incómodo, sin saber qué más hacer.

—No lo haré. Te lo juro. Ahora es diferente. Tú... ella... bueno, tenéis un hijo. Os habéis casado. Sois una familia. No podría destrozar una familia. Y menos la de alguien que me importa, aunque no te lo creas.

Hizo una pausa y se pasó un brazo por debajo de la nariz.

—Yo... tengo que decirte algo, Ross —murmuró, mirándome.

Mi mirada se volvió desconfiada.

—¿El qué?

—¿Te acuerdas de la noche en... en que volviste a tomar drogas? ¿Esa noche en que pasó... eso... entre nosotros... de lo que no te acuerdas?

Asentí, dubitativo.

—No pasó nada —me dijo con un hilo de voz.

Durante unos instantes, me pareció no haberla entendido bien.

—¿Qué?

—Que no pasó nada. Cuando intenté besarte... dijiste su nombre. El de ella. Y sentí que se me partía el corazón. Creías que era ella. Intentaste besarme tú a mí, todavía pensándolo, y me alejé. Yo... no podía. Pero quise pasar la noche contigo, así que nos dejé en ropa interior y me quedé dormida contigo. Por la mañana, cuando te vi la cara... supe qué pensabas. Y dejé que lo creyeras.

Hizo una pausa con una sonrisa amarga.

—No pasó nada más, te lo juro.

Yo fui incapaz de reaccionar durante unos instantes.

—¿Qué...? —empecé, dudando—. ¿Y por qué demonios me dijiste que sí había pasado?

—¡Porque... pensé que eso me abriría más posibilidades de estar contigo!

—¡Vivian, tuve que decirle a Jen que había hecho todo eso contigo! ¿Tienes idea de...?

—¡Lo siento! —exclamó, agachando la cabeza—. Lo siento, sé que no estuvo bien. Yo... no sé cómo arreglarlo. Solo quería que lo supieras.

—¿Y hay algo más que también sea mentira? —pregunté, irritado.

—¡No!

—¿Por qué voy a creerme eso?

—¡Porque te estoy diciendo la verdad, te lo juro!

—Oh, claro, me lo juras.

—¡Estoy intentando hacer las cosas bien! Sé que es tarde, y me da igual que no vuelvas a hablarme, pero quería que supieras la maldita verdad, ¿vale? Eso era todo. No te lo creas si no quieres, pero es la verdad.

No me había dado cuenta de haberme puesto de pie, pero volví a sentarme, mirándome las manos y sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué quieres cambiar ahora? —pregunté finalmente.

—Porque... estoy harta de ser la que se queda en la estacada. La que nadie quiere en su vida. Estoy... estoy tan sola, Ross. No puedes ni imaginártelo. A veces, me siento como si me ahogara en mi propia soledad. Es horrible. No quiero seguir siendo esta persona, estoy harta.

Me miré las manos, pensando, y pareció que pasaba una eternidad hasta que por fin la miré.

—Júrame que intentarás dejar las drogas.

—¿Qué...?

—Hazlo, Viv.

Ella cerró los ojos un momento antes de mirarme con determinación.

—Te lo juro.

—Bien. Pues yo te pagaré el centro de rehabilitación.

Ella abrió mucho los ojos, pero no le di tiempo para pensarlo.

—Si en cuatro meses has conseguido dejarlo, te daré el papel protagonista de mi película. Si no, se lo daré a otra. Así que más te vale esforzarte.

Cuando vi que se le llenaban los ojos de lágrimas de agradecimiento me puse de pie, incómodo.

—Buena suerte, Viv —murmuré, mirándola—. Espero que puedas empezar a ser la persona que realmente quieres ser.

Capítulo 24 - Final

Seis años más tarde

Puse los ojos en blanco por enésima vez.

—¡Que sí lo he hecho! —le protesté al móvil antes de apartarme y mirar a los dos diablillos que correteaban por el salón—. ¡SILENCIO!

Jay se detuvo de golpe haciendo que su hermana pequeña, Ellie, chocara contra su espalda, cayera de culo al suelo y se pusiera roja de rabia.

—Jack —la voz de Jen, al otro lado de la línea, sonaba a advertencia—, como vuelva a casa y me encuentre a un niño subido al tejado...

—¡Eso solo pasó una vez! ¡Y fue culpa de la niña!

—¡Es tu responsabilidad!

—Jen, si es una salvaje, ¿quién soy yo para luchar contra su naturaleza?

Ellie se giró hacia mí, ofendida, mientras Jay le ofrecía una mano para ayudarla a levantarse.

Pero ella era pequeña y rencorosa, así que agarró su mano y también lo tiró al suelo. Casi al instante, se convirtieron en una masa confusa que daba vueltas por la alfombra del salón.

—Oye, Jen. No es porque esté pasando ahora mismo, ¿eh? Porque no está pasando... pero... ejem... ¿qué se suele hacer cuando empiezan a lanzarse mordiscos?

—¡¿Mordiscos?! —casi chilló ella—. ¡Sepáralos ahora mismo!

—¡Te he dicho que no está pas...!

—¡Jack, sepáralos! No me hagas enfadar.

—Te enfadas por cualquier cosa —protesté.

Escuché una voz de fondo que hablaba con ella antes de que Jen volviera a centrarse en mí.

—Tienes razón, estoy un poco alterada, es que os echo de menos —casi pude visualizar la mueca que estaba poniendo—. Nos vemos mañana. Acuéstalos

temprano, dale el baño a Jay y acuérdate de levantarte antes que Ellie o te encontraras la cocina y el salón hechos un desastre.

—Que sí, mamá oso. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana. Te quiero.

—Y yo a ti, Mushu.

—¡JACK...! —colgué antes de que pudiera gritarme.

En cuanto lancé el móvil a un lado, me quedé mirando a mis dos hijos. Jay tenía seis años, el pelo castaño revuelto y hecho un desastre —no podíamos peinarlo por mucho que lo intentáramos, era como si tuviera vida propia—, ojos grandes y del mismo color que los míos y una peca junto a la punta de la nariz por la que Ellie siempre lo pinchaba ahí con un dedo.

Eso sí, Jay era muy ordenado. Le gustaba tener sus cosas siempre a la perfección, casi nunca se ensuciaba la ropa, recogía las cosas en cuanto se lo pedías...

En cambio, Ellie...

Bueno, digamos que ella era un poquito más... ejem... fiera.

Solo tenía cuatro años, pero ya tenía más mala leche que toda la familia junta.

Ha salido a ti.

Básicamente, su actividad de entretenimiento favorita era molestar a su hermano. Y, cuando no molestaba a su hermano, se dedicaba a ir por la casa sembrando el caos. O por el jardín trasero.

Ya había tenido que ir a rescatarla del tejado unas cuantas veces —aunque Jen solo se había enterado de una— y nos pasábamos el día comprándole ropa porque siempre se la agujereaba o se la rompía de una forma u otra.

Y su pelo... bueno, era parecido al de Jay; indomable, castaño y espeso. Solo que Jen siempre se las apañaba para arreglárselo cuando estaba aquí. Le gustaba mucho que le hiciera una trenza.

Yo lo había intentado una vez, pero Ellie me había lanzado el peine a la frente, había gritado algo y se había ido huyendo despavorida.

Sí, Jen se las arreglaba mejor con ella que yo, la verdad.

Eso sí, lo que teníamos en común era que le gustaba el baloncesto.

O, al menos, en el concepto que tenía ella de baloncesto, que era intentar levantar la pelota por encima de su cabeza sin caerse al suelo.

Al menos, se lo pasaba bien viéndome jugar con Will cuando venía.

Por otra parte, Jane, la hija de Will y Naya, y Jay Jay se llevaban de maravilla. Supongo que porque tenían la misma edad y prácticamente se habían criado juntos. Eran prácticamente inseparables.

Ellie era distinta. No se le daban tan bien los otros niños. Prefería jugar sola a despeluchar pobres muñecas inocentes que ponerse a chapotear en el agua del lago con Jay y Jane.

Will y Naya seguían viviendo en el piso que les había dejado y, por lo que había visto, Jane ahora ocupaba la habitación que había usado yo en mi tiempo ahí. Cuando la vi con la decoración infantil, fue un momento muy extraño. Yo que estaba acostumbrado a los pósters sangrientos de Tarantino... y ahora esas paredes tenían estrellitas y lunitas.

Mike, por otro lado, venía a casa de vez en cuando. Especialmente si olía que cocináramos algo succulento. Se pasaba el día con la banda, y si no estaba con la banda estaba durmiendo o jugando a videojuegos. Y la verdad es que vivía bien. No podía quejarse. Y los niños adoraban que viniera por casa.

A quien también adoraban que viniera era Sue, ahora más conocida como tía Sue, porque básicamente siempre les traía regalitos de todos los viajes que iba haciendo, aunque últimamente no la habíamos visto mucho.

Volví a la realidad en la que mis dos hijos me miraban con cierta desconfianza, como si no supieran qué esperar de mí.

—Bueno —me puse de pie y señalé a Jay—. Tú, a la bañera. Y tú... no incordies.

—Yo no inco-dio —protestó Ellie de mala gana.

Sí, tenía problemas pronunciando ciertas palabras.

—No quiero bañarme —protestó Jay, a su vez—. ¡Estoy limpio!

—Te has pasado el día correteando de un lado a otro, no te...

—¿Dónde tá ma-á? —protestó Ellie, enfurruñada.

—Vuelve mañana —me crucé de brazos—. Y espero que no tenga que quejarse de que no os he cuidado bien yo solo, porque eso significaría que os quedaríais sin noches de películas y pizza. Y eso no os gustaría, ¿verdad?

Ellos dos intercambiaron una mirada, como si estuvieran pensando en la negociación.

—Va-e —Ellie asintió, decidida—. Yo me po-to bien, peo tienes que copanos choco-ate.

—¿Copanos?

—Comprarnos —tradujo Jay.

—Oye, enana, aquí soy yo quien da las órdenes.

Al final, tras una ardua negociación de dos minutos, todo el mundo quedó satisfecho.

La verdad es que notaba mucho la ausencia de Jen cuando tenía que hacer algún viaje, por corto que fuera, por algo relacionado con la pintura. Durante estos últimos años había vendido cada vez más, cosa que equivalía a que cada vez ocupaba más de su tiempo. Y la verdad es que me gustaba verla feliz, pero me desesperaba un poco tener que cuidar de los críos yo solo cuando se iba. Es como si ella tuviera un don natural para esto y yo fuera un verdadero desastre.

Al día siguiente, metí a los dos diablillos en el coche, me coloqué en el asiento conductor y puse la canción que sabía que les gustaba a los dos sobre un cerdito que hacía no sé qué con un amiguito suyo que era un pescado... en fin. Estúpida canción. Seguro que después se me quedaba grabada en el cerebro.

—¿Dónde vamos? —preguntó Jay, curioso, mirando por la ventanilla.

—He pensado que podríamos cocinarle algo a mamá —murmuré, recorriendo el camino de entrada—, para cuando vuelva esta noche.

La idea pareció encantarles.

—¿Podemos hacer macarrones? —exclamó Jay.

—¡CHO-OLATE! —chilló Ellie a todo pulmón.

—En realidad... —les di un momento de pausa dramática para que las reacciones fueran todavía mejores—. ¡He pensado que podríamos hacer chili!

Hubo unos segundos de silencio. Les eché una ojeada por el retrovisor y vi que ambos me miraban con cara de asco.

—¿Qué? —protesté.

—Nadie quie-e chili, pa-á —me aseguró Ellie.

—¡A tu madre le encanta!

—Mamá dice que le gusta, pero no es verdad —me corrigió Jay.

—Pues de eso se trata el amor, de fingir que te gusta algo que hace el otro para que no llore. Tomad nota, queridos niños.

—Eso no es... —empezó Jay.

—Bueno —puse una mueca—. ¿Macarrones, entonces?

—¡Sí! —exclamó Jay felizmente.

—¡Y CHO-OLATE!

—Macarrones y chocolate, qué gran combinación.

Cuando por fin llegamos al supermercado, no me quedó más remedio que sentarme a Ellie en los hombros —si no la tenía controlada, correteaba de un lado a otro y si me despistaba terminaría incendiando algo— mientras que Jay se negaba a sentarse en el carrito, en la zona para niños.

—¡Ya soy un adulto! —me chilló, frunciendo el ceño.

—¡Si tienes seis años! ¡Tengo sudaderas más viejas que tú!

Al final accedió a sentarse en el carrito, aunque sospeché que era solo para ahorrarse caminar.

La verdad, ir con ellos dos a algún lado era una verdadera aventura, porque nunca sabías cuántas desgracias te podían pasar. Como ese día, en que Ellie dio un tirón a una de las bolsas de una estantería y se cayó la mitad al suelo. Se puso roja como un tomate y tuvimos que recogerlo todo entre los tres a toda prisa.

—Pa-á —Ellie me dio un golpecito en la frente con un dedo cuando pasamos por su pasillo favorito—. ¿Puedo ir a por el choco-ate?

—¿Por qué no puedo hacerlo yo?

—Poque tú no sa-es el que tá bueno de vedá.

—¿Y tú sí? ¿Ahora eres una maestra chocolatera?

De todos modos, me sorprendió ver cómo recorría las estanterías con los ojos entrecerrados porque estaba usando su máxima concentración, y volvió al cabo de unos segundos con doce barras de chocolate. Tuve que devolver más de la mitad a la estantería.

Cuando por fin volvimos a casa, Ellie soltó un chillido y salió corriendo hacia la cocina, emocionada por empezar a cocinar cosas —aunque a ella solíamos reservarle la parte de remover o golpear cosas—. Jay y yo llegamos unos segundos más tarde.

—Bueno —miré a Jay con una mueca—, tú te acuerdas de la receta, ¿no?

—Ajá —empezó a sacar cosas de las bolsas con mucha eficiencia.

Menos mal que él era un pequeño genio, porque si dependiéramos de mí...

No sé cómo, pero conseguimos hacer la dichosa pasta, aunque los resultados fueron: Jay con su delantal impecable, yo con una mancha de tomate gigante en la camiseta y Ellie con la boca llena de chocolate porque había ido comiéndolo mientras nosotros hacíamos todo lo demás.

Por no hablar de la pobre cocina, que había quedado hecha un desastre.

—Bueno... —murmuré—, la intención es lo que cuenta, ¿no? Además, vuestra madre no llegará hasta dentro de una ho...

—¡Ya estoy en casa!

Di un respingo cuando Ellie soltó un chillido, dejó el chocolate a un lado como si ya no le importara y salió corriendo hacia la entrada.

—¡MAAAA-AAAAÁ!

Intercambié una mirada de pánico con Jay Jay, y casi automáticamente nos pusimos a recoger cosas a toda velocidad para dejar un aspecto mínimamente decente a la cocina. Él me lanzó un delantal a la cabeza para poder cubrirme la mancha.

Justo cuando terminé de ponérmelo, Jen entró en la cocina sujetando a Ellie con un brazo.

—Oh, no —puso una mueca de terror—, ¿habéis estado cocinando?

—¡No pongas esa cara! —protesté—. Mira qué limpia está la cocina.

—Pues sí —parecía tan sorprendida que resultó incluso ofensivo.

—Hola, mamá —Jay se acercó para darle un abrazo.

—Hola, cielo —Jen levantó la mirada hacia mí y se acercó para darme un beso en los labios—. Y hola a ti también. ¿Qué tal estos días? Veo que habéis sobrevivido sin mí.

—Papá se ha portado bien —le informó Jay.

—¿Eso no debería decirlo yo? —entrecerré los ojos.

Jen empezó a reírse y dejó a Ellie en el suelo para acercarse a la salsa, que todavía se estaba haciendo.

—Mhm... esto huele de maravilla —me miró de reojo, divertida—. Admito que una parte de mí esperaba que hicieras chili.

—¿Yo? Claro que no. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante tontería?

Cenamos los cuatro en el comedor mientras Jen nos contaba cómo había ido el viaje y Ellie enrojecía al tener que admitir que me habían llamado de la

escuela porque, durante un recreo, se había dedicado a robar las muñecas de unas chicas que no le caían bien y enterrarlas en el patio trasero de la escuela.

Al parecer, cuando las niñas le habían preguntado el por qué, ella había soltado: *poque tan muertas, como vuesta gacia* .

Sí, me había reído cuando me lo había contado la profesora.

Y sí, me había juzgado muy duramente con la mirada.

—Ellie... —Jen le dirigió una mirada severa cuando se lo contó.

—¡A pa-á le hi-zo gacia! —protestó ella.

Esta vez, la mirada severa de Jen fue para mí. Jay se lo pasaba en grande, viendo la guerra que tenía delante.

—A papá no le hizo gracia —replicó Jen, enarcándome una ceja—. ¿Verdad, Jackie?

—Claro que no. ¿Cómo me va a hacer gracia eso? Qué desastre, qué desastre...

—¿Lo ves? —Jen volvió a mirarla con una ceja enarcada—. Espero que te disculparas con esas niñas.

—No —se enfurruñó Ellie.

—¿Por qué no?

—¡Poque siem-pe se meten co-migo poque soy da-da!

—¿Dada? —repetí con una mueca.

—Rara —me tradujo Jay.

—Ah, claro.

—¿Y qué? —Jen no parecía nada contenta—. Eso no te da derecho a hacer esas cosas. Ignora a esas niñas. ¿No tienes a tus amigos? ¿Qué hay de Rebeca? ¿Y Victor?

Eran los dos hijos del vecino. Dos mellizos bastante simpáticos que, al parecer, formaban parte de la selecta lista de seres vivos que Ellie era capaz de tolerar sin que le entraran ganas de asesinarlos.

—Ellos no taban conmigo —murmuró Ellie, cabizbaja.

—¿Y qué hay de Livvie? Con ella también te llevas bien.

Ella era otra amiga que entraba en la categoría de personas que toleraba. Por lo que recordaba de las veces que había venido, era lo contrario a Ellie; tímida, callada e indecisa.

—¡Tapoco taba!

—Pero ¿no te lo pasas mejor con ellos que molestando a esas otras chicas?

—Supo-go...

—Entonces, céntrate en ellos.

—Vale, ma-á... pe-dón.

Cuando los dos ya estuvieron en sus respectivas habitaciones y yo subí la maleta de Jen a la nuestra, ella se dejó caer en nuestra cama con un suspiro lastimero.

—He echado de menos esta camita —murmuró, cerrando los ojos.

—¿Solo la cama? —enarqué una ceja, ofendido—. Porque la cama viene con un regalo. Un regalito muy bonito que tienes justo delante, hablándote.

Jen sonrió y me miró, divertida.

—¿Es una indirecta, Jackie? Estoy muy cansada para pensar.

—Bueno, no hace falta que pienses. Me conformo con que empieces a desenvolver el regalo.

Ella empezó a reírse a carcajadas antes de acercarse, agarrarme de la mano y tirarme a la cama a su lado.

Cuatro años más tarde

—Oye, Ty —miré mejor por la ventana—, ¿sabes qué le pasa a tu hermana, exactamente?

Mi tercer hijo, Tyler —más conocido como Ty Ty—, solo tenía tres años, pero hablaba como si tuviera cincuenta y, además, había querido raparse el pelo. Cuando abría la boca y decía algo sabio, parecía un pequeño y extraño buda.

—Está enfadada —me dijo, mirando también por la ventana porque lo tenía sujeto en brazos.

—Eso ya lo veo.

Ellie estaba en el patio trasero con una pelota de baloncesto en el brazo,

pateando a un árbol como si le fuera la vida en ello.

Lanzó la pelota contra el árbol, furiosa, y le rebotó contra la frente, tirándola al suelo.

Cuando se levantó, estaba todavía más furiosa y empezó a patear la pelota.

—¿Sabes por qué? —pregunté con una mueca.

—¿Y si se lo preguntas a ella? —me miró—. Es la que está chillando. Sé un buen padre y consuela a tu prole.

—Niño, tienes tres años, habla de piruletas, no de prole.

—Yo sí sé qué le pasa —intervino Jay.

Se había acercado a la cocina en busca de algo de comer. Ya iba vestido con su atuendo para ir a jugar a fútbol con un equipo local. Él era el portero. Y la verdad es que vestido así, parecía tener más de diez años.

—¿Tú? —lo miré con cierta desconfianza, dejando a Ty en el suelo para que fuera a jugar al salón.

—Es que en el colegio solo hay un equipo de baloncesto —me explicó Jay, mordiendo una manzana y acercándose a mí—. Y no la han aceptado.

—Madre mía, ¿es que no valoran sus vidas?

—Es que es un equipo masculino. Dicen que no quieren a una chica.

—¡Pero si tienen ocho años! ¿Qué demonios saben de lo que es una chica?

—Eso díselo a su entrenador —Jay se encogió de hombros.

—Ya lo creo que lo haré.

Justo en ese momento, Jen bajó las escaleras a toda prisa, abrochándose los últimos botones de la camisa azul.

—¿Ya estás listo? —le preguntó a Jay.

Él asintió con la boca llena de manzana e intentó apartarse cuando Jen se acercó e hizo un inútil intento de ordenarle la mata de pelo castaño.

—Deberías dejarme cortártelo —le advirtió a Jay.

—¡Mamá, todos los demás lo llevan así! Es lo que está de moda.

—¿Y si estuviera de moda tirarte por un puente, también lo harías?

Jen puso una mueca casi al instante en que lo dijo.

—Dios mío, me he convertido en mi madre —sacudió la cabeza y me miró—. Me voy, he quedado con Naya, Lana y Sue y ya llego tarde. Dejaré a Jay en el campo de fútbol.

—Yo me encargaré de cierta señorita —señalé la ventana con una mueca.

—Buena suerte —Jen me sonrió—. ¡Adiós, Ty!

Ty la ignoró, como nos ignoraba a todos constantemente. Estaba muy ocupado meditando con los ojos cerrados y postura de flor de loto.

Era un niño muy extraño, sí. A mí me daba miedo.

En cuanto nos dejaron solos, salí al jardín trasero con las manos en los bolsillos. Ellie seguía soltando maldiciones mientras pateaba el árbol otra vez, furiosa.

Se dio cuenta de que me acercaba, pero no dejó de hacerlo.

—¡AGH, LOS ODIÓ A TODOS! —espetó, marcando cada palabra con una patada.

—¿A quiénes?

—¡A los hombres! ¡Los odio! ¡Son todos insoportables!

—Bueno, gracias.

—A ti no te odio —se separó del árbol y se cruzó de brazos, enfadada—. ¡No me dejan entrar en el equipo por ser una chica! ¡Solo por eso!

—¿Has hablado con el entrenador?

—¡Él ha sido quien me lo ha dicho! —Ellie se sentó, enfurruñada, en una de las sillas que teníamos en el patio trasero. Seguía de brazos cruzados—. Es injusto. ¡No hay equipo femenino! Cuando se lo he dicho, me ha soltado que, entonces, a lo mejor debería pensar en hacer *otras actividades más acordes con mi condición*.

—¿Tu condición? ¿Qué condición?

—¡Ser una chica, papá!

Suspiré.

—Vale, lo pillo, el tipo es un idiota.

—El único que me ha defendido ha sido Víctor —protestó Ellie, mirándose las zapatillas—. Él también está en el equipo. Queríamos entrar juntos, pero...

—¿Y Livvie y Rebeca? ¿Ellas no están?

—A ellas dos no les gusta el baloncesto, papá. A Rebeca le gusta bailar y Livvie se pasa el día tocando el piano, o el violín, o la guitarra... o cualquier otro instrumento. Victor y yo somos los únicos que nos lo pasamos bien con el baloncesto.

No supe qué decirle durante unos instantes, hasta que al final le pasé un brazo por encima de los hombros.

—Mañana hablaré con ese entrenador tuyo —le aseguré.

Ellie levantó la cabeza y me miró con los ojos muy abiertos, esperanzados.

—¿En serio?

—Pues claro que sí. ¿Qué norma impide que una chica no pueda estar en un equipo de un colegio? Ni que fuera la NBA, madre mía.

—¡Eres el mejor, papá!

—¿Qué pasa?

Los dos nos giramos hacia quien había hecho la pregunta. Mike se acercaba con aspecto de recién levantado hacia nosotros, cruzando el patio trasero desde su casa.

—Papá va a hablar con el entrenador del colegio para que me deje entrar en el equipo de baloncesto.

—¿Por qué no te dejan?

—¡Porque soy una chica!

—Mhm... —Mike entrecerró los ojos—. ¿Y si tu padre y yo vamos a darle una paliza?

—¡Sí! —chilló Ellie, entusiasmada.

—¡No! —le fruncí el ceño a Mike—. ¿Solo has venido a proponer peleas?

—No, también a robar café, se me ha terminado y me da pereza ir a comprarlo.

Me dedicó una sonrisita de angelito hasta que suspiré y señalé la puerta.

—Ve a buscarlo. Y cuidado con pisar a Ty, está meditando y apenas se mueve. Es fácil confundirlo con la decoración.

Una vez casi lo había pisado y Ty le había dado un mordisco en un tobillo, así

que supuse que iría con cuidado.

En cuanto desapareció, me giré de nuevo hacia Ellie, que ahora parecía mucho más determinada.

—De todas formas —murmuré—, aunque consiga convencerlo... sabes que tendrás que pasar las pruebas para entrar, ¿no?

—Llevo practicando todo el verano —me aseguró.

Sí, la había llevado unas cuantas veces al campo de baloncesto que solíamos usar Will y yo cuando teníamos su edad.

—Entonces, no se hable más —me puse de pie y le ofrecí una mano—. Venga, deja de torturar al pobre árbol, él no tiene la culpa de nada.

—Era patearlo a él o patear a Jay. Me ha parecido mejor el árbol.

—Sabia decisión.

Tres años más tarde

—¿Dónde está Jay? —me preguntó Naya, confusa.

Aparté la vista del guión que estaba revisando en el portátil.

Habían venido a pasar la tarde con nosotros, aprovechando el calor veraniego para nadar un poco en el lago. Eché una ojeada a Jen, que estaba nadando con Will, Jane y Ty. Sue estaba dormida en la tumbona que había junto a Naya y Mike no había venido porque tenía ensayo.

—Ha subido a su habitación —puse una mueca— a *escuchar música*.

—¿Escuchar música?

—Sí, está entrando en esa edad preadolescente de querer *escuchar música* todo el día. Ya me entiendes.

—Oh —Naya intentó no reírse—. ¿Y Ellie?

—Pues... se suponía que ella iba a ponerse el bikini y bajar —fruncí el ceño, confuso—. Pero está tardando mucho.

—A lo mejor ha colado a algún chico en su habitación.

—Naya, tiene once años.

—¿A qué edad te crees que di yo mi primer beso?

La miré con un gesto de horror y ella empezó a reírse a carcajadas cuando cerré la tapa del portátil de golpe y me apresuré a subir las escaleras.

En la habitación de Jay, la del fondo, se oía música a todo volumen. Mejor no molestar. Había ciertas cosas que prefería imaginarme que mi hijo no hacía — aunque disimulara así de mal—.

La habitación de Ellie es la que había delante de la nuestra, la que daba al patio delantero. Me detuve delante de la puerta y llamé con los nudillos, intrigado.

—¿Ellie? —pregunté.

—Vete, papá —me soltó ella al otro lado de la puerta.

Pero por su tono de voz no me despegué de ella.

—¿Estás llorando?

—¡No!

—Ellie...

—¡No estoy llorando! —insistió.

—¿Me puedes decir qué pasa, entonces?

Hubo un momento de silencio antes de que la escuchara suspirar.

—Puedes pasar, está abierto.

Abrí la puerta, dubitativo, y eché una ojeada a la habitación. Pero no estaba ahí, sino en el cuarto de baño.

Me la encontré sentada en el suelo, abrazándose las rodillas. Es cierto que no lloraba —Ellie rara vez lo hacía— pero sí tenía una mueca de disgusto en los labios.

—¿Qué pasa? —pregunté, confuso.

—Nada —masculló.

Suspiré y me dejé caer delante de ella, sentado con la espalda en la pared opuesta. Ellie me echó una ojeada avergonzada antes de volver a mirar fijamente sus rodillas.

—Está claro que pasa algo. ¿No te encuentras bien?

—Pues... más o menos...

—¿Quieres que llame a...?

—¡No! —me chilló enseguida—. Quédate, pero no avises a mamá.

Oh, eso sí que captó mi atención. Me moví y me senté a su lado, mirándola de reojo.

—¿Vas a decirme qué pasa o nos quedamos aquí sumidos en un silencio incómodo hasta que explote el universo?

—¿Por qué va a explotar...?

—Ellie, no desvíes el tema.

—Vale —suspiró—. Es que... me ha pasado... ejem... *eso*.

Me miró de una forma muy significativa, pero yo no lo entendí.

—¿El qué? ¿Te duele la cabeza?

—No, papá, es más bien...

—¿El estómago?

—¡No, no es dolor!

—¿Y qué es?

—¡Eso que le pasa a las chicas cuando crecen, papá!

Durante unos instantes, nos quedamos mirando el uno al otro, ella con una mirada significativa y yo con una mueca que fue cambiando poco a poco... hacia el horror.

—¿La menstruación? —casi chillé.

—Sí, papá. ¡No lo digas como si fuera algo horrible!

—Bueno, bonito, precisamente... tampoco es.

—¡Papá!

—¿Quieres que vaya a buscar a tu madre? Ella sabrá...

—¡No! —me sujetó del brazo para que no pudiera moverme—. Si bajas y le dices que venga, ¡todo el mundo sabrá que me pasa algo!

—¿Y qué quieres que haga?

Ellie dudó unos instantes, bajando la mirada.

—¿Tú... sabes de qué va esto? —preguntó—. Mamá me lo explicó una vez, pero no lo entendí muy bien.

Oh, no.

Oh, no, por favor.

Dime que no iba a tener que darle *la charla*.

Oh, ya lo creo que sí.

Mierda.

Me pasé una mano por el pelo, más nervioso de lo que debería, y empecé a pensar a toda velocidad alguna forma mínimamente decente de explicarle lo que le estaba pasando.

—Bueno... —me aclaré la garganta dos veces antes de poder continuar—. Lo que... ejem... lo que te pasa es algo natural, Ellie.

—¿Sí? —me miró, dubitativa.

—Sí, es... bueno... es una señal de que estás creciendo.

—Yo no quiero crecer, estoy muy bien así.

—Siento decirte que eso no se elige, Ellie —puse una mueca—. Es decir... ejem... esto te pasará cada mes. Lo sabes, ¿no?

—Mamá lo comentó. Pero... no entiendo el por qué de la... bueno... de la sangre. ¿Por qué hay sangre?

—Bueno, es como si te apuñalaran el útero cada mes. ¿Cómo no va a sangrar?

Ella abrió mucho los ojos, horrorizada, y me apresuré a cambiar de estrategia.

—E-es decir que... yo... ejem... ¿seguro que no quieres que llame a tu madre para...?

—¡No! Déjalo. Mejor cambia de tema. Ya le preguntaré yo.

—Gracias —suspiré, aliviado—. Háblame de cualquier otra cosa, te lo suplico.

—Vale. ¿Qué hace Jay cuando se encierra en su cuarto y pone música?

Mierda.

Je, je.

—A ver... —empecé, con sudores fríos—. Verás, es que Jay... bueno... está en esa fase de la vida en que tu cuerpo empieza... a crecer y quieres

experimentar cosas... mhm... nuevas...

—Mi cuerpo también está creciendo —me dijo, confusa.

—Ni se te ocurra experimentar cosas nuevas hasta dentro de unos cuantos años —le advertí al instante.

—¿Experimentar? ¿A qué te refieres?

—A que... mhm... bueno, su cuerpo está creciendo, le crece vello por las piernas, por el bigote, las axilas, su voz está cambiando, el cuerpo se le proporciona, le salen granos en la cara...

—Sí, es asqueroso —Ellie puso una mueca.

—Pues eso es la pubertad, y siento decirte que tú también tendrás que pasar por ella.

—¿También me crecerán pelitos y se me cambiará la voz?

—¿Eh? No. Bueno, que yo sepa, la voz no...

—¿Y me encerraré en mi habitación con música a todo volumen?

—¡No! —le puse mala cara—. Ya intento fingir que tu hermano no lo hace, no me llenéis la cabeza con más traumas, por favor.

Ellie sonrió y se puso de pie. Hice lo mismo, estirando el cuello, mientras ella se acercaba al espejo y empezaba a revisarse minuciosamente la cara.

—Entonces, ¿me van a salir granitos?

—Puede que sí.

—¿Y me crecerá vello?

—Sí.

—¿Y me saldrán tetas?

—¿Eh?

—A Livvie ya le han crecido un poco las tetas y los chicos la miran todo el tiempo. Dice que no le gusta. Un día un chico intentó tocárselas.

—¿Cómo? ¿Y qué hizo?

—Se puso a llorar. Pero luego llegué yo y le di una patada en los cataplines.

—Bien hecho.

Me sonrió, muy orgullosa.

—Bueno —concluí—, supongo que no quieres ir a nadar, ¿no?

—No, la verdad es que no.

—Bueno, pues quédate aquí. Me inventaré una excusa para los demás.

—Gracias, papá —sonrió y se dejó caer en su cama, suspirando.

En cuanto cerré la puerta de su habitación a mis espaldas, vi que Jay acababa de salir de su dormitorio con una sonrisita de satisfacción.

Está claro que se borró en cuanto me vio ahí plantado. Su cara se volvió escarlata.

—Eh... hola, papá.

—Sí, hola —enarqué una ceja—. Mira, no me meteré en lo que haces o no ahí dentro, pero espero que al menos uses pañuelos, o lo hagas en el cuarto de baño.

Jay enrojeció más, si es que era posible.

—N-no sé de qué me hablas, yo...

—Sí que lo sabes. Mira, te daré un consejo de padre sabio que ha pasado por lo mismo que tú: disimula un poco mejor o tu madre empezará a preguntarte sobre el tema.

—¿Disimular?

—¿Te crees que alguien se cree lo de que la música a todo volumen es para echarte una siesta? —enarqué una ceja.

Jay puso una mueca.

—Vale, sin música.

—Hazlo por la noche, hombre, un poquito de decencia.

—Vale, pero... eh... no le digas nada a mamá, ¿eh?

—Claro que no —me acerqué y le puse una mano en la nuca—. Si yo te entiendo, Jay Jay, eres un nido de hormonas adolescentes revolucionadas y de alguna forma tienes que calmarlas un poco, pero... oye, tampoco *escuches música* taaaanto tiempo, ¿eh? Vas a terminar con una esguince de codo.

Jay enrojeció otra vez y me puso una mano en el brazo.

—Vale. Me calmaré un poco.

—Bien —nos quedamos los dos en silencio un momento antes de que le entrecerrara los ojos—. Te has lavado esa mano, ¿no?

—¡Claro que sí!

—Menos mal. Iba a matarte.

Bajé las escaleras con él y vi que Jen había salido del agua. Miró con curiosidad a Jay cuando se escabulló rápidamente para lanzarse al lago con los demás, pero por suerte no hizo preguntas.

—¿Dónde está Ellie? —me preguntó, curiosa.

—Ha preferido quedarse en su habitación.

—¿No se encuentra bien?

—No mucho, pero ya le he dado algo para el dolor de cabeza —mentí.

Jen asintió y yo dirigí una mirada al lago. Todos los demás estaban nadando, incluso Sue, que tenía a Ty subido encima de los hombros y lanzaban las mismas miradas despectivas a todo el mundo.

—¿Vienes a nadar? —me preguntó Jen con una sonrisa.

—Mhm... no lo creo.

—¿Estás seguro? —dio un paso hacia mí con una sonrisita—. Podrías volver a ser mi tiburón. ¿Te acuerdas de esa noche?

—¿La noche en que mi familia te emborrachó, te tiraste vestida al lago, quisiste que echáramos un polvo a veinte metros de mi familia y luego te hiciste un tatuaje? Sinceramente, es difícil de olvidar.

Jen empezó a reírse alegremente antes de estirarse para alcanzarme la muñeca.

—Venga, Jackie, no me seas amargado.

—Como empieces a llamarme Jackie, empezaré a llamarte Mushu.

—Vaaale, aburrido, pues me voy yo sola.

Pero sabía lo que hacía, porque cuando vi su culo de dimensiones insuficientes moviéndose en sincronía perfecta con su cuerpo, no pude resistirme y me empecé a quitar la camiseta.

Cuando llegué al final del muelle, toda la familia me esperaba aplaudiendo y

riendo. Incluso Ellie estaba en el patio trasero mirándonos con una sonrisa.

Ellie, bromeando, me señaló como si su mano fuera una pistola y yo levanté las manos en señal de rendición, pero ella hizo como si apretara el gatillo. Me llevé una mano al corazón y me caí hacia atrás, chapoteando a todo el mundo.

Cuando saqué la cabeza del agua, me giré hacia Jen, que estaba riendo.

—Veo que sigues siendo mi tiburón.

—Y lo seguiré siendo hasta que te aburras de mí.

Ella sonrió.

—Pues prepárate para hacerlo toda la vida, Jack Ross.

Fin

